REVISTA DE ARTES Y LETRAS

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

TOMO XII

7493

SANTIAGO DE CHILE
OFICINA: CALLE DE HUÉRFANOS, NÚM. 64-A

1888

SISTEMA FÍSICO-QUÍMICO

DEL MUNDO

El trabajo que aparece á continuación sobre el *Sistema físico-químico del mundo*, que esta importante REVISTA ha querido acoger con cariñosa hospitalidad en sus columnas, forma parte de los manuscritos inéditos del doctor Erasmo Rodríguez, fallecido en Quillota, víctima del cólera, hace hoy justamente un mes, es decir el 25 de febrero del presente año.

El señor Rodríguez fué natural de Quillota, estudió sus humanidades en Santiago en el Colegio de los Padres Franceses, de donde pasó á la Escuela de Medicina pará alcanzar su diploma de médico cirujano en 1872. Juntamente con sus estudios de medicina siguió el doctor Rodríguez los cursos de farmacia hasta recibirse de farmaceútico, pues consideraba enteramente necesario para ser buen médico el conocimiento de los agentes medicamentosos que forman el arsenal terapeútico, su modo de preparación, y los procedimentos más expeditos para reconocer ó practicar su pureza.

La memoria que presentó el doctor Rodríguez para optar al título de Licenciado en Medicina versó sobre *La disentería* y mereció el alto honor de ser publicada en los ANALES DE LA UNIVERSIDAD, después de recibir por ella su autor los aplausos más entusiastas de las eminencias médicas de aquella época.

Tres años después, ó sea en 1875, si no nos engaña la memoria, se desarrolló en esta capital una epidemia de viruela, de fuerza extraordinaria, y el doctor Rodríguez se hizo cargo de un lazareto y recibió una

medalla de oro en recompesa y como premio de su solicitud y perseverancia en el trabajo.

En seguida, sin desatender su profesión, asociado con el señor Francisco Navarrete, ideó y puso en práctica el infatigable doctor un procedimiento nuevo de destilación de alcoholes por el vacío, y publicó en La Estrella de Chile un estudio sobre *Los alcoholes y sus efectos sobre el organismo*, cuestión puesta hoy en Francia á la orden del día, y que es un resumen y discusión completa de las diversas teorías que estaban más en boga en esa fecha entre los hombres de ciencia.

La nostalgia de provincia arrastró en seguida al doctor Rodríguez á su ciudad natal de Quillota, donde en compañía de su hermano Pedro trabajó un par de años en la instalación de una fábrica de productos químicos, que fracasó no sabemos por qué motivos; pero que tiene hoy su representante en el país en una que funciona con regularidad y con esperanza de éxito.

Era Quillota, para un hombre como el doctor Rodríguez, un campo muy estrecho, donde precisamente su actividad había de traspasar los límites del ejercicio de la profesión, para buscar, como sucedió en efecto, en la agricultura un espacio más abierto donde pelear la batalla de la vida; en la caridad, que supo practicar sin ruido, el cumplimiento del precepto evangélico del amor al prójimo, y en el estudio de las ciencias naturales, que ocuparon la mayor parte de su tiempo, la satisfacción de ese deseo innato del hombre de descubrir la verdad, observando y comprobando hechos, haciendo el análisis y la síntesis de las sustancias y de las ideas, sorprendiendo los secretos de la naturaleza en el fondo de un labatorio ó en lo más íntimo de su santuario.

Y en esta tarea lo sorprendió á su turno la muerte. El cólera, esta planta exótica de nuestro territorio; esta hoz implacable que nos ha arrebatado ya tantos miles de brazos robustos y segado tantas existencias preciosas; este ejército microscópico, inmenso, que ya durante dos veranos ha extendido sus guerrillas por todo el país, no dejando un sólo hogar sin luto: el cólera, al que hizo guerra tenaz y desesperada el mismo doctor Rodríguez, persiguiéndolo en Quillota hasta en sus últimos atrincheramientos, ha sido también el que ha extinguido su vida, su aún corta vida de treinta y nueve años, consagrada al estudio de las ciencias, al alivio de los dolores corporales de sus semejantes, al ejercicio de la caridad y á la fundación de una familia que puede vivir orgullosa de su herencia de honra.

Nosotros que como auxiliares de él en la presente epidemia pudimos conocerle y tratarle, que nos honramos siempre con su amistad y pudimos ser testigos de su inteligencia, de sus ideas fijas, base de su ca-

rácter inquebrantable, hemos creído rendir á su memoria justo homenaje de cariño dando á la publicidad sus trabajos científicos, cuya lectura recomendamos encarecidamente á los pocos hombres que en Chile se dedican á esta clase de estudios.

S. B. R.

Quillota, 25 de marzo de 1888.

I

Se cree generalmente en la existencia de muchas especies de sustancias que se llaman cuerpos simples y en un movimiento de estos sistemas químicos producido por una fuerza que no es otra cosa que el movimiento mismo que se comunica de unos cuerpos á otros, sufriendo transformaciones en la especie del movimiento.

Esta teoría dualista del sistema físico-químico del universo, es falsa. La verdad es que el sistema del mundo es trinitario y que podemos distinguir en él tres especies de elementos: la *base*, que es el éter; su *agente*, que es el gas químico; y su *actividad*, que es un éter neutro que llamaremos *luz*. Estas tres especies de sustancias tienden á su propio equilibrio; son, en una palabra, fluídos que se difunden para igualar sus presiones. Pero son al mismo tiempo susceptibles de combinarse en sistemas compuestos, que guarden tal proporción que la suma del compuesto sea siempre tres. Á su turno los compuestos secundarios se pueden combinar, pero siempre en las mismas proporciones, de modo que la suma sea siempre tres. Todos los fenómenos de la química son sustituciones en que se reemplaza un sistema por otro, quedando siempre la suma igual á tres. La razón de la sustitución

es que se tiende á la igualdad de los tres simples, y esto es lo que se llama afinidad.

Estamos seguros de que con las líneas anteriores no habrán podido formarse una idea cabal de nuestro pensamiento los que las hayan leído, y es por esto que principiaremos por mostrar el absurdo del sistema dualista actual para explicar en seguida nuestra manera de ver en la presente cuestión.

Tomemos un hecho simple: por ejemplo, un arma de fuego que lanza su proyectil. Á medida que éste sube en la atmósfera, se enfría, dice la experiencia; y á medida que vuelve á caer, se calienta. El hecho es cierto. La consecuencia que se saca de aquí es que una cierta suma del calor que contenía se ha transformado en movimiento á medida que el proyectil subía, y por eso su temperatura ha bajado; y en su caída ha sucedido lo contrario, por lo cual ha subido esa misma temperatura. La explicación no la aceptamos, y he aquí por qué.

Tomemos, por ejemplo, un volador, prendámoslo y lancémoslo hacia arriba: veremos que se encumbra mucho y que luego vuelve hacia abajo y cae. Nosotros decimos: á medida que el volador sube, la pólvora disminuye; y cuando se le acaba, baja; luego es la pólvora la que se ha transformado en la fuerza de ascensión, y lo que veíamos y considerábamos como pólvora es en realidad movimiento. Y si se nos objeta que nuestra explicación es falsa porque no hemos tomado en cuenta los gases que se desprenden del volador á medida que sube, advertiremos que en el hecho del proyectil tampoco se ha tomado la de la pólvora calorífica que lo ha proyectado y que pierde cuando sube y que recobra cuando baja.

Se nos dirá aún que en nuestro ejemplo del volador

hay un fenómeno intermediario que es la transformación química de la pólvora y la salida de los gases que de ella resultan; pero podremos probar también que la fuerza del proyectil toma su origen de una descomposición química producida por la pólvora, ó si se quiere, por la electricidad, una máquina á vapor ó un motor animado. Luego, no es en esta parte donde podremos encontrar la diferencia. Tampoco la está en que nuestro volador lleve en sí el principio de descomposición y el proyectil nó, porque el esfuerzo de los gases que salen de la pólvora podríamos sustituirlo por un resorte ó acumularlo en él.

Si se acepta, pues, que los dos fenómenos son en el fondo idénticos y que en el caso del volador es el movimiento, que existía latente en la combinación de la pólvora, el que se ha transformado en movimiento visible, que es el de los gases que salen y el calor que se desarrolla, si se acepta, decimos, que el calor pueda existir latente y ser movimiento aparente ú oculto; ¿por qué no podríamos sostener con mayor razón que el calor es una sustancia como cualquiera otra, que cuando se combina no aparece como tal, sino cuando se pone en libertad? ¿Acaso podemos encontrar el hidrógeno cuando se combina con el oxígeno, éste cuando oxida el hierro? ¿Por qué extrañar entonces que desaparezca el calor cuando se combina?

¿Qué es, pues, el movimiento en la naturaleza? Un puro efecto del equilibrio; porque el equilibrio del sistema universal es perfecto y absoluto en su ocupación sustancial. Explico mi pensamiento. Supongamos que, estando en esta mesa escribiendo, me alzo del asiento y ando para probar el movimiento; ¿no es verdad que mi movimiento no es sino relativo á los objetos de la pieza,

porque con relación al medio del aire no me he movido? Todos los que estudian las ciencias naturales habrán comprendido nuestro pensamiento. En efecto, para hacer un movimiento respecto del agua tiene el pez que vencer la presión del agua; el hombre, la del aire. Pero como el vacío respecto á los elementos etéreos no podemos hacerlo, resulta que los movimientos que se consideran como absolutos son sólo relativos. En los vacíos planetarios se admite el fluído etéreo, y si la luz es en los espacios planetarios la vibración del éter, ¿por qué no lo sería en nuestra atmósfera? Si el aire se difunde en el agua del océano, ¿por qué el éter, que está sobre nuestra atmósfera, no se habría de difundir en el aire?

Estúdiense las leyes de difusión de los gases y véase si, colocando en una probeta ácido carbónico en la parte inferior, aire más arriba y sobre él hidrógeno, no es cierto que el hidrógeno, á pesar de su densidad menor, se difunde hacia abajo en el aire y en el gas carbónico y éste hacia arriba. Y si esto sucede, á pesar de no mover la probeta, ¿cómo, entonces, nuestra atmósfera y nuestra tierra, que se agitan en el seno del éter, no tomarían nada de él por difusión? Por otra parte, nadie puede negar el éter en nuestra atmósfera, porque si la luz es movimiento ¿cómo se propaga por el vacío neumático? pues, movimiento propagado por la nada es absurdo. Si se reconoce la existencia del éter, las leyes de la mecánica de los fluídos fuerzan á reconocer que debe existir también en nuestra atmósfera. Mas ¿cómo el éter está en nuestra atmósfera?

Es un hecho muy simple, y para comprenderlo sigamos nuestro ejemplo. Tomemos el agua del mar y consideremos en ella el aire. Pues bien, el aire disuelto en

el agua es cuestión de presión; si disminuímos la presión del agua, el aire nos aparece en burbujas, y si la aumentamos, desaparece. Es lo mismo lo que pasa en nuestro proyectil; si lo lanzamos al aire es la presión la que aumentamos, y aumentamos así el poder de disolución del proyectil para el éter, y por eso el termómetro lo indica con su enfriamiento; cuando cae, tiene lugar el fenómeno inverso, y por eso se calienta. El hecho es muy fácil de comprobar. Tomemos un frasco de agua en la superficie de un estanque, y analizándolo encontramos, por ejemplo, un céntimo de aire. Si tomamos en seguida el mismo frasco á un metro de profundidad, no es ya un céntimo el que encontramos de aire sino más. El agua disuelve un volumen constante de aire; pero cuando la presión aumenta la cantidad de aire contenida en ese mismo volumen, disminuye. La cantidad de éter que el cuerpo lanzado puede disolver, aumenta para llenar la razón de la igualdad.

Otro ejemplo más sencillo ó exacto, sería el siguiente: tomemos una vejiga con aire y sumerjámosla en el agua; veremos que á medida que la vejiga se comprime por su descenso, el aire se calienta, y á medida que sube, el aire se dilata y se enfría. Lo mismo pasa con nuestro proyectil; á medida que sube, el éter que contenía, por la menor densidad del aire, se difunde y se enfría, y á medida que baja se comprime y por eso se calienta.

La temperatura es, pues, la tensión del éter; sube si la tensión aumenta, y baja si disminuye.

Que un cuerpo disminuya de temperatura con su subida es, pues, un hecho idéntico á la baja de la tensión del aire disuelto en el agua cuando ésta sube; porque su tensión tiene que ser igual en tensión al aire que la car-

ga. Así, el éter se disuelve en el aire como el aire en el agua, y su tensión la medimos por un instrumento que se llama termómetro. Si un proyectil, un frasco con agua, suben en el aire, vemos lo siguiente: á medida que el barómetro indica que la presión del aire disminuye, la tensión calorífica que nos indica el termómetro en el proyectil, baja, como asimismo la tensión de los gases que quedan en el agua. Si vuelven para abajo, se producen fenómenos inversos.

Si para los que nos leen fueran estas explicaciones tan claras como lo son para nosotros, no tendríamos la menor duda de que se hubiesen ya comprendido nuestras teorías y se hubiesen aceptado; pero no creyéndolo así, seguiremos adelante y tomaremos otro ejemplo.

Sea un peso que cae y cuyo movimiento se lo trasmitimos á una rueda que da vueltas bajo el agua. Lo que sucede es que en el cuerpo que cae no es la temperatura ó tensión calorífica la que aumenta, como antes, si no la del agua. ¿Por qué sucede esto? Por una razón muy sencilla. Si consideramos nuestro volador ó nuestro frasco con agua, con el que hacíamos la ascensión anterior, no vemos que sale el gas por el punto de su resistencia ó más bien de su comunicación. Así, por ejemplo, si lleváramos hacia arriba nuestro frasco de agua con gas disuelto, tapado con nuestra mano ¿no sentiríamos que alguna cosa se comunicaba á nuestra mano, que llamaríamos esfuerzo? ¿No nos pasaría lo mismo con el volador? Pues, es lo mismo lo que pasa en el móvil que cae y que comunica su movimiento á una rueda sumergida en el agua.

Todo el esfuerzo que va haciendo el éter cuya tensión crece, se lo comunica á la rueda y es allí donde el calor

aparece, porque allí está su salida. Lo que se creía trasporte de un movimiento es en realidad trasporte del fluído calorífico. El sistema que se creía de trasmisión de movimiento, no era en realidad sino la trasmisión del fluído calorífico.

¿Qué es, pues, el equivalente mecánico del calor? La medida de la presión del éter. Vemos que por cierto peso que se sube á tal altura, tanto calor se pierde y por este mismo peso que se baja, ese calor nos aparece. La cosa es muy clara: 425 quilogramos de peso por un metro de ascensión en la atmósfera, absorben una caloría, y por el descenso de un metro la devuelven. Es lo mismo que decir: el agua subida á un metro tiene un aire disuelto con una tensión una unidad menor, y bajada la recobra. La cuestión de la elevación de un peso se convierte así en esta otra: el poder de disolución de cada sustancia. Si tomamos, por consiguiente, volúmenes iguales de agua y de hierro, y para elevar á ambos á un metro se absorbe ocho veces más calor con el segundo que con el primero, podremos decir que, al volumen, el éter es ocho veces más soluble en el hierro que en el agua.

Esto mismo nos pasaría con nuestro ejemplo anterior. Si en lugar del frasco de agua con aire disuelto tomáramos otro en que el agua tuviera otro gas ocho veces más soluble, el esfuerzo de salida que mediría sería también ocho veces más grande. Se ve que la analogía no puede ser más completa.

Vamos, pues, adelante y veamos de qué depende el peso de los cuerpos. Para nosotros, del poder disolvente que tienen para el éter. Así, un cuerpo es tanto más pesado mientras más éter disuelva bajo un volumen dado. Está bien, se nos dirá, pero ¿cómo se explica entonces

el contrasentido de que son los cuerpos más livianos los que tienen una capacidad calorífica mayor? Entendámonos. Si tomamos nuestro frasco con agua y subimos á cierta altura ¿qué haríamos para que el agua disolviese más aire que el que puede disolver en esas condiciones? Nada más sencillo; tomaríamos otro frasco con aire comprimido y lo pondríamos en comunicación con nuestro frasco de agua. Sucedería que el aire pasaría al frasco de agua, veríamos sus burbujas en el seno del líquido y la presión no sería ya la anterior igual á la barométrica, sino que la excedería. Aquí el fenómeno se nos aparece por las burbujas de aire; en el otro caso el termómetro ó nuestra mano daban testimonio de él. Los dos fenómenos son, pues, de un orden distinto: mientras que en el primer caso se trata de un fenómeno de disolución del éter; en el segundo, de un fenómeno de mezcla.

En una mezcla de gases la tensión de cada elemento es independiente. Así, cuando digamos que la capacidad calorífica del agua es ocho veces mayor que la del hierro, es porque la misma masa de agua es ocho veces mayor que la del hierro. Vemos ya que la capacidad calorífica es cuestión de volumen. Según esto, á volumen igual todos los cuerpos debían tener la misma capacidad calorífica; esto es cierto para los gases simples, pero no lo es para los otros cuerpos. La razón de esta diferencia es muy fácil de comprender, porque al estado de mezcla es necesario tomar en cuenta para su tensión el volumen del espacio que se considera, que es ocupado por el otro cuerpo.

Supongamos el mismo volumen *A* lleno de dos cosas, hierro y un gas. ¿No es cierto que á medida que en ese espacio introduzcamos más hierro disminuirá el gas que

contiene, y con menos gas que le introduzcamos podremos introducir una cierta presión? Es precisamente lo que sucede en este caso: á medida que el espacio está más ocupado, la capacidad calorífica disminuye. Es, por esta razón, que la capacidad calorífica es inversa del equivalente químico. El equivalente químico de una sustancia es, pues, el volumen que ocupa en la mezcla. Él es tanto más pesado, cuanto su volumen es mayor y tanto más liviano cuanto el volumen es menor. Esto es muy natural, porque si hacemos una mezcla de una sustancia cuyo peso es casi inapreciable con otra más ó menos pesada, es claro que encontraremos la mezcla tanto más pesada cuanto mayor cantidad hayamos puesto en ella de la sustancia de más peso. Siendo así, las capacidades caloríficas debían ser rigorosamente inversas de las densidades, lo que no sucede en realidad, por la simple razón de que estamos considerando sólo dos elementos del problema, cuando en realidad hay tres.

Hemos dicho que el éter disuelto es una presión ó peso y libre una tensión que se llama calor. El fluído luminoso libre es luz; disuelto, electricidad. Aunque decimos mal, pues, bajo el nombre de electricidad se comprenden dos cosas distintas, una positiva y una negativa; es decir, estos dos fluídos, el luminoso y el calorífico. Es este problema el que debemos tratar de resolver actualmente.

Cuando tomamos un gas y lo comprimimos, su volumen disminuye y aparece calor; pero este calor que nos aparece no es el que contenía el gas, que sólo se ha reducido de volumen aumentando de tensión, sino el calor desaparecido por el esfuerzo mismo hecho en comprimirlo. De modo que si tomamos un gas comprimido en un recipiente sumergido en el seno de un líquido y le

abrimos una llave para que se esparza en otro compartimento vacío, vemos que la temperatura no cambia. Esta experiencia, hecha primeramente por M. Joule, ha sido repetida por M. Regnault y otros, y encontrada exacta. Se dirá que la transformación del movimiento en sonido no deja lugar á duda de que éste es una vibración, y que el calor que había producido el movimiento lo era también. Sin duda que esto es exacto; pero hemos dicho ya que la tensión del éter podía desaparecer si animaba á un cuerpo de cierta velocidad, como la tensión de un gas comprimido disminuye á medida que se aparta el obstáculo que lo comprime. La diferencia está en que el calor sigue incluído en el cuerpo que anima, y no pierde su velocidad sino en la medida en que disipa su éter, como en el ejemplo citado del volador.

En el caso de la disipación del éter por una resistencia, el éter se pone en libertad bajo forma de calor ó electricidad, lo que sucede en particular por el roce. En el caso del sonido, es el impulso mismo que tenía el cuerpo sonoro el que se trasmite al aire como vibraciones sonoras. De modo, pues, que el caso del sonido no es un caso de transformación del calor en movimiento y de éste en sonido, sino un caso de modificación de la forma de trasmisión de movimiento. Á medida que el sonido se disipa, el calor reaparece, lo que es muy natural, porque por la trasmisión misma de un movimiento al aire bajo forma de sonido, se trasmite el éter que aparece como en los demás casos de movimiento, sólo por la disipación de éste. Por otra parte, ¿cómo no ver la enorme diferencia que media entre el sonido y el calor? Mientras que el sonido se trasmite por el aire á grandes distancias y no desaparece sino con las resistencias, el calor se disipa

como un gas cualquiera en un recinto muy reducido. Si tomamos un gas y lo comprimimos y en seguida lo dejamos escaparse por una llave, ¿no tenemos dos cosas, el sonido que se propaga á lo lejos y el gas cuya presencia notaremos cerca de la llave? ¿No vemos en las máquinas de ferrocarril que mientras el sonido del pito se siente á lo lejos, el calor se difunde exactamente como el vapor de agua?

Es cierto que se tiene una apariencia engañosa cuando se ven dos fenómenos sucederse siempre. Se ha dicho que, si siempre que un movimiento se produce, cierta suma de calor desaparece y cuando éste se extingue reaparece, es porque calor y movimiento son la misma cosa. Pero éste es un argumento muy fútil. Si vemos que las máquinas de ferrocarril están sin andar cuando no tienen maquinista y que es éste el que las hace moverse, ¿concluiremos que es alguna parte del maquinista la que se ha transformado, ya que por verlo siempre en movimiento no nos es posible decir que todo él se ha vuelto movimiento? Supongamos que nos encontramos en una época anterior al presente siglo, cuando no se conocían los gases. ¿No habrían pesado la estearina de una vela y luego, medida por un fotómetro la luz que daba, no habrían concluído: á tanta luz producida corresponde tanta estearina desaparecida; luego la estearina se transforma en luz según cierto equivalente? ¿Y quién duda que podrían aún haber hecho la operación inversa y haber medido la suma de luz que absorbía un olivo para producir cierta suma de aceite, y concluir en seguida con nueva certidumbre: la luz y las grasas son la misma cosa, porque cuando luz se produce la grasa se destruye y á su turno la luz solar se destruye por la producción de la grasa? Luego,

dirían, luz y grasa son la misma cosa, y se llama equivalente graso de la luz la relación entre ambas cosas.

¿Á quién se ocultará la analogía y el absurdo que encierran ambos raciocinios? La teoría de la transformación del calor en movimiento nace, pues, de una confusión en que se identifica sin razón una causa con su efecto.

Nuestra tierra recibe del sol el éter con cierta tensión, es decir, calor; éste se difunde como cualquier otro gas en nuestra atmósfera; como más liviano que los gases de nuestra atmósfera, los dilata con su mezcla, como lo haría el hidrógeno, por ejemplo. De esta causa resulta desequilibrio en la tensión del aire de los distintos puntos de la atmósfera, y según el principio del equilibrio de las tensiones, los vientos se producen. Pero como esta difusión se hace sobre el agua del mar, también por el mismo principio de equilibrio se producen las corrientes marinas, que resultan, además, del movimiento trasmitido por el viento mismo. Así, pues, del sol recibimos el éter con cierta tensión de difusión y los movimientos en la tierra son el resultado del movimiento difusivo en primer lugar, lo que se llama radiación calorífica del sol, y en seguida de la diferencia de densidades que produce por su absorción por el agua y por el aire. Según esto, se verá que la teoría llamada de emisión es la que consideramos verdadera.

El calor es, pues, un gas que llamaremos éter, y es él la causa de los movimientos mecánicos. Él produce el movimiento por diferencia de tensiones, como lo hacen los demás gases. Tal temperatura es tal tensión del éter; tanta cantidad de calor ó caloría, es tanta cantidad de éter, como si dijéramos tal peso. El movimiento es la trasmisión á la masa de los cuerpos de esta tensión

por la disolución en su masa de cierta suma del éter. El movimiento así considerado, es proporcional á la suma de éter disuelto. Por consiguiente, cierta suma de calor ó caloría disuelta en un cuerpo por cierto exceso de tensión que tiene en la máquina que se considere, nos da cierta suma de trabajo mecánico ó de kilográmetros producidos. Esta es la relación entre el calor y el movimiento.

Nuestra atmósfera es una mezcla gaseosa compuesta no sólo de ázoe y oxígeno, sino también de éter. Cuando se habla de la radiación calorífica del sol, se habla de su corriente etérea que se propaga á la tierra. Ésta se propaga como lo hacen el sonido, el viento y las olas y su velocidad es proporcional á la densidad del medio de propagación. La radiación calorífica es la propagación del calor por el éter mismo contenido en la atmósfera. El calor que recibimos por el roce nos es trasmitido por los cuerpos en movimiento. Y, por fin, el calor que tomamos del aire ó que perdemos en él, es trasmitido por una diferencia de tensión entre el éter libre contenido en el objeto y su medio, y se trasmite por el éter si es radiante, y si no, por el mismo aire.

Si el éter es un gas, ¿es preciso asignarle propiedades físicas y químicas como á los demás gases? Se ha visto ya que el éter puede existir con tensiones diversas como los gases, que en este caso se llaman temperaturas. Lo hemos visto, además, con facultad de disolución, que disminuye por una diminución de presión y que aumenta por un exceso, como todos los gases disueltos. Así, por ejemplo, si tomamos dos émbolos y comprimimos en uno aire con agua y en el otro aire solo, la compresión expulsa en un caso una parte del aire en el agua por su

aumento de poder absorbente. En los dos casos se expulsa una cierta suma del éter del aire, como nos lo prueba el aumento de temperatura del émbolo. Si suspendemos el émbolo en los dos casos, veremos que el aire disuelto sube del agua hacia el aire, y que la temperatura del émbolo baja porque el éter entra también. La cantidad de gas etéreo la hemos visto también avaluada al estado de disolución por los movimientos que les equivalen y al estado de mezcla por las calorías. Nos queda, pues, que señalarle su equivalente y combinaciones químicas, su densidad y variaciones cósmicas; lo que iremos haciendo en el curso de este escrito.

Otra propiedad de los gases y de todos los cuerpos, es el ocupar un lugar, y sabemos que el éter ocupa los espacios planetarios. Alguien se preguntará: ¿Cómo es que si los espacios planetarios están ocupados por el éter y el éter es calor, pueden aquéllos estar fríos? No hay que confundir. Calor se llama el éter por su tensión, así como se llama viento el aire por su tensión. Si falta aire nos asfixiamos y tenemos el vacío, cosa muy distinta de la falta de viento. El éter no es el que nos falta, sino su tensión, que si baja produce frío; y si sube, calor.

Si los pescados tuvieran instrumentos para medir los fenómenos naturales del medio en que están colocados ¿no llamarían presión atmosférica á la presión del agua del mar, aire á su agua, viento á las corrientes marinas, y calor y frío al aumento y diminución del aire disuelto en el agua? ¿Y qué somos nosotros sino peces que tenemos sobre nuestra atmósfera gaseosa otra atmósfera etérea? Si nuestra atmósfera es más caliente que los espacios celestes, eso depende de otras causas, como después veremos. Pero no son sólo los espacios celes-

tes la prueba de que el éter ocupa un lugar, pues la tenemos en el hecho mismo de que un cuerpo aumenta de volumen por el calor y disminuye por el frío. Esto es cierto, pero ¿cómo explicar que mientras la dilatación de los gases es tan grande por el calor, la de los líquidos y sólidos es tan pequeña? Es necesario para ello que tomemos en cuenta que para dilatar un volumen de gas tenemos que vencer sólo la presión atmosférica, mientras que para dilatar un líquido ó sólido tenemos que vencer la presión del éter además de la atmosférica. Por ejemplo, si un pescado pudiese dilatar una masa de agua contenida en un tiesto que diera pasaje al aire disuelto en el agua, sólo tendría que vencer la presión del agua. Si después quisiese dilatar una piedra del fondo del mar, sería la cosa muy diferente. Es lo que nos pasa á nosotros; mientras que nuestra atmósfera es ázoe, oxígeno y éter mezclados, los cuerpos líquidos y sólidos son cosa muy distinta, porque en ellos el éter está sólo en solución y combinación. El éter, como gas, se mezcla con los otros gases, pero en los líquidos y sólidos sólo se disuelve como lo hacen todos los gases. Pero, como hemos dicho que la cantidad disuelta produce el movimiento que varía con las densidades, para descomponer las moléculas químicas necesita superar en tensión otro gas de que tendremos que ocuparnos, que se llama fuerza química. Es por esto que dejaremos por de pronto esta clase de cuestiones para más adelante.

Cuando el hielo se liquida, lo que se llama calórico latente de fusión es la cantidad de éter que se combina con el agua para formar el agua líquida; cuando se volatiliza es, por el calórico latente de vaporización, que se

expresa la suma del calórico necesario para la nueva combinación del agua en el otro grado de eterización. La prueba de que es así la tenemos en el hecho siguiente: si tomamos cualquier compuesto químico, el ázoe por ejemplo, y lo combinamos con otro elemento de modo que el peso del equivalente del compuesto aumente, el calor específico disminuye y los números que expresan esta relación son muy simples. Es lo que pasa con el agua, que al estado de hielo su calor específico es ½; al estado de agua, 1, y al estado de gas, ⅓. Esto nos indica también que el poder de disolución del éter para el mismo compuesto varía con las cantidades que encierra; que ½, si encierra poco éter, se hace mayor; si encierra más 1, y menor aún, ó sea ⅓, si encierra un exceso. Así, la capacidad calorífica sería como la solubilidad de ciertas sales en el agua, que siendo menor á una baja temperatura, crece á una temperatura más elevada.

¿Cómo medir la tensión etérea ó sea la presión que el éter ofrece sobre los cuerpos químicos? ¿Cómo hacer en este caso nuestro barómetro? Si tomamos 425 kilogramos y los elevamos á un metro de altura, hemos dicho que se absorbe una caloría, y si lo bajamos se expulsa. Este hecho no puede tener otra explicación que la siguiente: la presión del éter contenido en el cuerpo disminuye cuando se sube y aumenta cuando se baja, y por eso en el primer caso el éter se absorbe y en el segundo se emite. El éter sería, pues, por todo lo que hemos visto, igual á los otros gases y se enrarecería con la altura. El éter estaría sujeto á la gravedad y formaría atmósfera al rededor de nuestra tierra como lo hacen el ázoe y el oxígeno. Los vacíos planetarios no serían tales, sino que

las atmósferas de los cuerpos celestes se alcanzarían y se tocarían.

Mas ¿qué valor tiene esta tensión á la superficie de la tierra? Para medirla no podemos echar mano sino del éter mismo. Si tomamos un gas permanente, para que no tengamos que hacer al mismo tiempo con fenómenos internos de combinación, y buscamos su dilatación bajo la misma presión, tenemos que en este caso la caloría hace dos cosas: la elevación de la temperatura y la dilatación. La elevación de la temperatura la tenemos sola si tomamos la capacidad del gas á volumen constante y es de 0.1687; ahora si restamos la capacidad á volumen variable y presión constante, que es 0.2377, tenemos la dilatación absoluta del éter. Así, resulta para la capacidad calorífica absoluta de dilatación el número 0.069 de caloría. Ahora bien, siendo el coeficiente de dilatación del aire, bajo presión constante, 0.00367, resulta que 0.069 de caloría ocupan un volúmen de 0.00367. Esto equivale á decir que 69 calorías ocuparían un volumen de 3.67 litros; lo que hace ocupar á una caloría 0.053 de litro. Como la presión atmosférica equivale á 1 kilogramo y poco más por centímetro de superficie, tenemos que consumiríamos 0.550 de kilográmetro para producir un vacío aéreo correspondiente. Sabemos, por otra parte, que una caloría equivale á 425 kilográmetros, de lo que podemos concluir que la presión atmosférica, representando por 0.55 la presión etérea, es igual á 425 ó sea como 800 veces mayor.

Así, pues, la atmósfera etérea que envuelve á la tierra, aunque mucho menos densa que su atmósfera aérea, tiene un peso 800 veces mayor, porque su espesor es con-

siderablemente más grande. ¿Cómo podríamos calcular su espesor? Para esto tenemos que tomar en cuenta su densidad y la diminución de la gravedad que se aumenta con la altura ó el alejamiento de la tierra. Para llegar á este resultado podemos partir de la ley que somete la velocidad de propagación de los movimientos á la densidad del medio de propagación. Así, mientras que el sonido recorre en el aire 333 metros por segundo, en el hidrógeno recorre 1269, lo que es inversamente proporcional á la raíz cuadrada de las densidades.

Y bien ¿con qué velocidad se irradia el calor? No ha sido fijada aun, de manera que por este medio no la podemos encontrar. Partamos de la base de que el largo de las vibraciones sonoras es inversamente proporcional á la raíz cuadrada de la densidad de la cuerda. Pues bien, el sonido más agudo es una onda 1560 veces mayor que la vibración calorífica más grande, de modo que, siendo la diferencia de las densidades como los cuadrados, resulta que el éter es 2.433,600 veces menos denso que el aire. Esta densidad, que parecerá excesivamente pequeña, explica cómo con las balanzas más sensibles no se ha podido encontrar un peso mayor en un cuerpo caliente que en el mismo cuerpo frío. Si tomamos el cuerpo más denso, el platino, y el más liviano, el hidrógeno, tenemos: el platino igual á 23 con relación al agua, ésta con relación al aire y éste al hidrógeno nos dan el número 0.0000896, que dividido por 23 nos da la relación 0.000,00039; lo que hace la densidad del platino dos y medio millones de veces mayor próximamente. Por consiguiente, la densidad del platino martillado es al hidrógeno como este gas al éter.

Si con estos datos queremos determinar el espesor de

la atmósfera etérea, llegamos á números fabulosos. Si le damos, con M. Liais, 75 leguas de espesor á nuestra atmósfera de ázoe y oxígeno, siendo la de éter 800 veces más pesada, tenemos 800 × 75 leguas; pero como por su densidad el éter es 2.500,000 veces menos denso, por su espesor será, pues, de 2.500,000 × 800 × 75 ó sea de 150,000.000,000 leguas. Con una atmósfera de semejante grueso nuestra tierra se comunica sustancialmente con todo el sistema solar. Después veremos que el cálculo que hemos hecho respecto de la atmósfera etérea de la tierra es pequeño y que hay sobre ellas otras dos atmósferas más, una que envuelve á nuestro sistema planetario sobre la atmósfera de éter que hemos calculado que es de *gas luminoso* y una tercera de *gas químico* que llena los espacios entre los sistemas planetarios, que calcularemos también.

La tierra tiene, como vemos, su doble atmósfera, una que la rodea á ella y otra que sirve de medio al sistema solar, el éter. Á su turno, el sistema solar tiene una atmósfera especial, el *gas luminoso* y una segunda atmósfera que lo separa de los otros sistemas planetarios, el *gas químico.* Y si al llegar aquí os asombráis de la osadía de nuestros pensamientos, os responderemos que hacéis mal, porque de lo que deberiais asombraros con justicia es de la majestuosa inmensidad de este templo de la naturaleza. Pero prosigamos y hagamos todos los cálculos que se desprenden de nuestras ideas.

El cálculo de la mecánica física nos ha dado ideas sobre el gas etéreo; el cálculo de la mecánica química va ahora á suministrarnos ideas sobre el *gas químico.* Hemos visto que la dilatación de los gases nos ha servido para calcular el vacío etéreo; veamos si podemos sacar

de la afinidad química la medida del vacío químico. Tomemos el vapor de agua, por ejemplo, á cierta temperatura y presión, disociémoslo en oxígeno é hidrógeno, dejémoslo seguir disociado á la misma temperatura y presión. En cuanto al mayor espacio que ocupa, lo consideraremos lleno de éter, que calcularemos según lo que antes dejamos expuesto. El resto de fuerza que nos queda es, pues, la medida de la presión del *gas químico* que hay que considerar difundido en el espacio ocupado por el éter. Con estos antecedentes podemos, pues, entrar en materia. Estos cálculos, como ideas primas, son más bien destinados á señalar el camino á la observación de los hombres de ciencia que á dar la solución misma de la cuestión por un cálculo matemático, por ahora imposible de fijar con exactitud.

Si quemamos el carbono en el oxígeno, el volumen de gas no cambia. El oxígeno por su constitución química lo podemos considerar en el medio de la escala química, porque forma la combinación ordinaria; el ozono y antiozono con el gas químico y el éter. Cuando hace una combinación con el carbono y forma ácido carbónico va al lado ácido de la escala, en que la proporción de gas químico debe estar doblada. Partiendo de estas bases, veamos lo que resulta. Un gramo de diamante da por su combinación con el oxígeno 7.880 calorías y forma un peso de 3 gramos 7 decigramos de ácido carbónico próximamente, ó sea dos litros de volumen. Como en este caso el efecto exterior no es ninguno y como no podemos suponer sino un reemplazo de la mitad del volumen ó sea de un litro del gas etéreo por el gas químico, resulta que un litro del gas químico tiene su medida en el gas etéreo que desaloja ó sean 7.880 calorías. Como hemos

visto que una caloría de gas etéreo equivale á un volumen de 0.053 de litro, resulta que 41 litros 764 centímetros cúbicos equilibran 1 de gas químico. De lo que podemos concluir que el gas químico ejerce una presión cuarenta veces más grande que el gas etéreo. Así, si hemos calculado la presión de la atmósfera etérea en 800 atmósferas de ázoe y oxígeno, la atmósfera química la debemos calcular en 800 × 40 = 32,000 atmósferas. Por cálculos de Hirn sobre la fuerza necesaria para separar el agua á 100 grados habría encontrado 27.110 atmósferas, y para el agua á 60°,47.448 atmósferas. Por estos números se verá que mi cálculo expresa próximamente la verdad.

Sigamos, sin embargo, adelante y busquemos ahora el espesor de esta nueva atmósfera cuya presión es tan enorme. Para esto podemos partir de las mismas bases de que hemos partido para calcular la densidad del éter, del largo ó del número de los movimientos ondulatorios que en ella se producen; pues sabemos que son proporcionales las densidades á los cuadrados de las velocidades en razón inversa, supuestas las densidades iguales como debe ser. Siendo el largo de las ondas químicas de 6 á 7 veces menor que el de las caloríficas, resulta que la densidad del gas químico debe ser, según ley citada, de 35 á 45 veces mayor que la del gas etéreo. Si tomamos, pues, el número de 40, tenemos que el espesor de nuestra atmósfera química debe ser la del gas etéreo ó sea, 150,000.000,000 de leguas multiplicadas por 40 × 40, lo que nos da un espesor de 240 billones de leguas. Con lo que se comprenderá que si por nuestra atmósfera etérea llegamos á extender la de nuestra tierra á todo el sistema solar, por nuestra atmósfera química, 1,600 ve-

ces mayor, llegamos á ponernos en contacto con las estrellas.

Otro hecho digno de notarse es el equilibrio de los dos gases etéreo y químico; porque mientras que el gas etéreo es cuarenta veces más denso que el anterior, en cambio su presión es cuarenta veces mayor. Existe entre los dos gases de que hemos hablado un tercer gas intermediario que es el *gas luminoso*, del que pasamos á ocuparnos. Para calcular su densidad y el espesor de su atmósfera no vemos mas que un medio y es el siguiente: si tomamos un bastón y lo sumergimos en el agua, lo vemos desviado ó quebrado por la diferencia de densidad que tienen el agua y el aire. Vemos que se produce una desviación proporcionada á la diferencia de densidades de los dos medios. Pues bien, si tomamos un prisma y desviamos la luz solar, es claro que los rayos del gas luminoso, del gas calorífico y del gas químico se me desviarán una cantidad igual por el vidrio pero desigual por la diferencia de densidad de la sustancia de los tres rayos. En efecto, el rayo calorífico converge más á la perpendicular, el luminoso menos y el gas químico menos aún. Esto es lo que se llama el espectro solar.

Por este carácter vemos que la densidad del gas luminoso debe ser intermediaria á la de los otros gases, y la diferencia que lo separa del gas químico debe ser el doble de la que lo separa del gas calorífico; es decir, sería como doce veces menos denso que el gas etéreo y veinticuatro veces más denso que el gas químico. Como estos tres gases deben estar en equilibrio, debemos suponer que su atmósfera es como cuatro veces menor que la del gas químico. Sin embargo, queda para la atmósfera especial de nuestro sistema solar, que es el gas luminoso,

un espacio suficiente para la libertad de sus movimientos. Sentadas estas bases de las ciencias físico-químicas, nos queda un trabajo inmenso que hacer: el de probar que toda la química actual sentada bajo otra base, se explica mejor por el sistema presente. Así probaremos la verdad de nuestras teorías.

Según esto, el sol no debe tener su luz propia y la energía que se le atribuye; es sólo un cuerpo donde convergen las ondas etéreas, químicas y luminosas que parten del centro del gran sistema del universo. La razón de este fenómeno es clara, porque creciendo la densidad del sistema solar desde su atmósfera química que lo une con los otros sistemas del universo hasta el sol, las ondas fluídas de los tres gases de que hemos hablado deben quebrarse por esta causa y converger hacia el sol que las refleja en todos sentidos. De esta manera nuestra luz no dimana del sol sino mediatamente, como la de la luna, que á su turno procede del sol. La *luz*, la acción *química* y *calorífica* nos vienen, en último análisis, exclusivamente del centro del sistema universal.

¿Qué se hacen estas ondas? ¿Cuándo llegan á los confines del universo? Es muy sencillo responder: refluyen á su centro como las olas del mar. ¿Cómo es el centro del universo? No necesita ser muy voluminoso, pues los astrónomos no han llegado á verlo, sea por su distancia, sea porque su posición central es suficiente para que el universo entero gravite sobre él. En este centro se deben reunir y coordinar todas las fuerzas del universo y no nos es posible representarlo de otra manera que como un espejo de triple reflexión en que las fuerzas *química*, *térmica* y *física* se armonizan, se transforman y se reparten según las necesidades coordenadas de los

distintos sistemas del universo. La línea de las curvas que expresa las variaciones que tiene la fuerza *química*, *luminosa* y *calorífica* en las distintas regiones del espectro solar puede dar una idea de nuestro pensamiento.

Según los cálculos que hemos hecho sobre la densidad de la luz, ésta sería más de 2.500,000 veces inferior á la del hidrógeno y á lo más inferior á la del gas químico que es 40 veces menos denso, ó sea, 100.000,000 inferior á la del hidrógeno. Según se ha notado, la velocidad de la luz sería de 77,000 leguas, de 4,000 metros por segundo, y como la velocidad del sonido en el hidrógeno es de 1,269 metros por segundo y como las velocidades son inversamente proporcionales á la raíz cuadrada de las densidades, resulta que tomando por unidad el hidrógeno, la densidad del medio de propagación de la luz sería 74,755.000,000 inferior á la del hidrógeno, lo que nos da una velocidad 15,000 veces superior á la que resulta de la densidad del éter respecto del hidrógeno. La explicación de esto es que el hidrógeno y el aire los consideramos con la elasticidad de la presión atmósférica, y la velocidad crece en razón directa de la raíz cuadrada de la elasticidad del gas.

Pues bien, siendo la presión ó elasticidad de la luz la mitad de la del gas químico, ó sea 15,000 veces superior á la presión atmosférica, su velocidad debe ser 15,000 veces mayor. Pero como las densidades son inversamente proporcionales á las presiones, la velocidad de la luz debe ser igual, sea medida en la tierra ó nó, porque vibrando de la periferia al centro y del centro á la periferia, igualmente es la luz. El éter tiende hacia arriba, el gas químico hacia abajo; la luz igualmente hacia arriba, abajo y lateralmente. El éter se escapa por la tangente

y produce el movimiento de rotación de los cuerpos celestes. El gas químico, ejerciendo su presión por la tangente, también determina el movimiento de traslación. Las fuerzas astronómicas son como las fuerzas terrestres: cambios de materia.

Dr. Erasmo Rodríguez

(Concluirá)

LAS DOS NOVIAS

Aquel castillo elevábase soberbio y erguido sobre sillares de granito.

En no lejano horizonte tenía bosques de encinas y tupidos arbolados, y picachos abruptos y solitarios como férreos centinelas, y un brazo de mar, ora con mugidos muy suaves de olas, ora con el fragor de las tormentas.

Castillo era aquel de condes soberanos, que en pos de sus pendones de guerra arrastraban millares de hombres de armas, y que con su horca y su cuchilla hacían justicia y leyes y cobraban impuestos.

Castillo era aquel suntuosísimo para gozar de la vida é inexpugnable para defenderla.

¡Qué hermosas salas de armas allí había! ¡Qué telas hechas por manos de hadas cubrían los muros! ¡Qué espléndidas pieles arrancadas á las fieras en alegres y sangrientas cacerías, arrojadas sobre los sonoros pavimentos apagaban humildes hasta el rumor de las pisadas!

En las extensas cuadras piafaban inquietos los hermosos corceles, ágiles como el viento, adiestrados para los encuentros bélicos; en los establos ahullaban las jau-

rías de ojos de fuego, mostrando sus fuertes, agudas y tan temibles dentaduras; y en los patios revolaban bulliciosos, sacudiendo las amarras, los halcones de cuellos negros y blancos, como si esperasen la hora de lanzarse á los aires sobre la codiciada presa.

Allí tampoco escaseaban las cántigas y consejas de los errantes trovadores; las truhanerías y sortilegios de los juglares; las malicias chocarreras de los bufones; los festines con sus báquicos cantares, que mil veces concluían en sangrientas reyertas; los torneos con armas blancas; la caza de bestias entre las quebradas y los bosques; y la pesca en el brazo de mar tranquilo y hermoso que por occidente rodeaba al castillo.

¡En verdad que aquella morada era espléndida para gozar de la vida!

¡Muy feliz conde debía de ser don Jaime, su poderoso dueño y señor!

¡Muy feliz dama debía de ser doña Mencía, su prima y prometida!

* * *

Mas si queréis saber la verdad, escuchad la triste relación consignada en los amarillentos pergaminos que forman los fastos de tan alta y tan poderosa familia.

¡Oíd esa triste relación ¡oh hermosas y nobles damas! siquiera sea por curiosidad, para que, cuando recorráis en una ligera barca aquel brazo de mar, sepáis el secreto que guarda en su seno; y cuando os encontréis en la estancia del castillo, en la estancia de rojos tapices, conozcáis también el misterio que encierra su recinto!

¡Oídla ¡oh trovadores! para que la cantéis con acento de fuego, tañendo las más sonoras cuerdas de vuestras

arpas en las gratas horas de la hospitalidad y del regocijo!

¡Oídla para enseñar á los poderosos señores que os escuchen, lo que valen las grandezas humanas en esta vida, y terminéis vuestras cántigas con aquellas sombrías palabras del libro hebreo: «Humo y humo, y vanidad de vanidades»!...

*
* *

Noche era aquella creada para el amor y sus deliquios, allá en la soledad de la playa, sobre las crujientes arenas, entre las renegridas y salobres rocas y á la vista de las ondas turgentes y temblorosas, como el seno que se agita al sentir un grito de pasión correspondida.

No lejos de la orilla se cimbraba juguetona y solitaria la barca de gala del castillo, como si esperase recibir en sus cojines de plumas el cuerpo de una mujer amante y amada para llevarlo sobre las corrientes, entre leves estelas de espuma y los rayos de los astros...

¿Qué extraña cita era aquella?

Don Jaime, de pie junto á una roca de la playa, vestía la túnica más hermosa y llevaba ceñida sus armas de honor y todas sus insignias y preseas.

Doña Mencía, á su lado, envuelta en albo ropaje, dejaba flotar su cabellera negra y profusa.

Á pocos pasos, el escudero Gil, cubierto con su arnés de guerra, fiero y rígido, sostenía con una cuerda la juguetona barca.

Ningún otro sér humano se veía al rededor.

¿Qué extraña cita era aquella?

*
* *

—Estáis ante un juez severo, pero justo,—dijo don Jaime á su hermosa prometida.—Hubo un noble conde á quien jurasteis amor en presencia de su madre moribunda, que era vuestra tía. ¿Lo recordáis, señora?

Doña Mencía ahogó un suspiro y guardó silencio.

—Ese hombre os amaba,—prosiguió don Jaime,—os amaba tanto que se dijo: he aquí una huérfana sin patrimonio y sin apoyo alguno, pero noble y virtuosa; yo he de hacer de ella la más alta dama: le daré mi nombre, y luego con mi espada he de conquistar señoríos y señoríos y condados y condados, y he de unirlos hasta formar un reino que le sirva de alfombra á sus pies.

¡No sabéis cuánto puede la voluntad de un hombre que ama como se os ha amado! ¡No sabéis cuánta fe tenía yo en la victoria, en el coronamiento de mis planes, en el logro de mis deseos!

Cuando á la cabeza de mis huestes lanzábame al combate, en vos pensaba; cuando daba y recibía golpes, vuestro nombre era lo que pronunciaban mis labios; cuando resonaban las trompetas de la victoria, feliz y orgulloso, deseaba como mi único galardón tener en ese instante la orla de vuestra túnica entre mis manos para besarla.

Pero sabed algo más.

No sólo el valor personal y la gloria guerrera bastan para engrandecer á una raza; nó, hay algo también que germina en el cerebro y ensancha las ideas y abre horizontes nuevos; algo que se aprende en los pergaminos de los sabios.

Comprendiendo, por vos y para vos, lo que debe ser un noble, y ocultándome á fin de no provocar la risa de mis iguales, me he encerrado en la biblioteca del castillo

noches enteras, como un criminal, para devorar esos pergaminos y saciar este hambre de saber que poco á poco se va adueñando del espíritu.

Temeroso al principio, escaldé mis ojos con el estudio de las ciencias ocultas, la magia, la alquimia, las virtudes de los cuerpos celestes.

Destilé en seguida los simples y hallé el filtro precioso que engendra el amor y que avasalla la ajena voluntad á nuestro albedrío.

En los cálculos de la cábala descubrí la hora y el planeta bajo cuya influencia debe el amador suministrar ese bendito filtro.

Pero todo esto ¿qué me importaba?

¡Creíame tan seguro de tu afecto, que me causaban risa mis temores y mis celos imaginarios!

¡Cuando se ama como yo he amado, no se concibe la traición!

¡Y yo te pintaba la pasión de mi alma en aquellas ardientes cántigas que tú recibías, y que escritas por mi cronista no fueron, sino por mí, trovador novel, que me ocultaba para hacerlas, y te adoraba!...

Al oír estas frases de don Jaime, corría quemante lloro por las mejillas de doña Mencía y cortados suspiros se escapaban de sus labios pálidos y trémulos.

Nada más que su lloro turbaba el silencio imponente de aquella playa de arenas y de aquel mar inmenso y callado.

En lo alto la luna se regocijaba muy tranquila en su espléndida belleza.

Con una calma tan terrible como la más acerba ira, el conde continuó:

—¡Hablad, señora, decid algo en vuestro abono; jurad

por la cruz de esta espada de honor que llevo pendiente de mi cinto, la espada tradicional de mi raza, jurad que sois inocente!

¡Dadme siquiera excusas de vuestro crimen!

¡Decid que alguna cosa os faltaba para embellecer y alegrar vuestra vida; decid que era poca mi nobleza, que os pareció pequeño mi amor!

—¡Perdón, Dios mío!—murmuró doña Mencía.

—¡Que él os lo otorgue! ¡Ah, buen Dios, pero yo os lo digo que no es posible que perdón obtenga la mujer honesta y noble que ha olvidado y abandonado todo por las trapacerías de un juglar, de un vil aventurero que corre su vida mendigando un pan y un lecho en los castillos, y que en hora menguada entró en el mío, sólo para hacer reír á mi gente con sus cubiletes y sus farsas!...

Esa dama honesta y noble, en vez de esperar á su amado, á su prometido, que en la guerra estaba por ella jugando su vida, en vez de esperarlo rogando al cielo por su salud ó bordándole una hermosa banda para su triunfal regreso, ó leyendo el libro santo que le dió su madre al morir; en vez de todo esto, ha olvidado su recato y su extirpe, y renegado de la fe que juró, y admitido los requiebros de un villano, y luego ha reído, y luego... ¡santo cielo!... ¡ha caído amante entre sus brazos!...

¡Hablad, señora; decid que miento, que me han engañado!

¡Pero si aquí está el billete amoroso que mi leal escudero halló entre las páginas de vuestro misal!

¡Aquí tenéis también la banda bordada que regalasteis á ese amador, cuyo cuerpo descuartizado por mi mandato sirve ahora de pasto á las aves de rapiña y á las fieras!

—¡Piedad!—murmuró doña Mencía, cayendo desplomada sobre la arena de la playa.

—¡Piedad!—repitió don Jaime con tono sardónico.—¡Ah! ese fué el buen momento! ¡Con qué dicha lo recuerdo!

Estabais á mi lado, en el alféizar de la ventana de vuestra estancia que da vista al patio.

Cuatro caballos sostenían de pies y manos el cuerpo del seductor, bien asegurado con fuertes cuerdas.

¡Aun siento el rugido de placer que se arrancó de mi pecho al dar la orden, la orden justa!

¡Ascuas encendidas quemaron los ijares de los indómitos caballos; mis más diestros picadores fueron atenaceándolos; y crujieron los huesos de vuestro amante, y sus carnes vivas quedaron hechas jirones, y la sangre que de éstos brotaba, sólo al verla, iba refrescando la sed de mis entrañas!

¡Ah, ese fué el buen momento!

¡Abajo y muy ligero la poterna y el rastrillo, y campo franco á los caballos que corren con el villano... y luego en pos mis bravos perros de caza que ahúllan como condenados... y oleadas densas de polvo... y rumoreo bullicioso de mis vasallos... y á mi lado tú, mi novia, viendo á tu amante acusado de un supuesto robo y por ladrón castigado, que en la desesperación de tu alma enterrabas las uñas en mis manos hasta que caíste inerme y desfallecida á mis plantas!...

¡Qué bella estabas! ¡Qué hermosa también era mi venganza! ¡Con tus ojos cerrados, con el semblante pálido, tendida sobre las pieles de la estancia, sin fuerza, casi sin vida, te asemejabas á una virgen desposada, á la cual su amador y dueño recientemente le hubiere arrancado la corona de azahares!

Apoyado yo en esta espada de honor, espada tradicional en mi raza, y contemplándote así, ¡cuántas cosas, Dios mío, pasaron por mi cabeza trastornada en solo un instante!

¡Tuve la visión entera del pasado, desde que empuñé el acero por vez primera, y domé un corcel, y rompí una lanza, y levanté mi gente con mis pendones, y murió mi madre y te amé siendo apenas una niña!

¡Y luego más tarde mis ambiciones y estudios, y guerras y conquistas, y mi fama que crecía y mi raza que se encumbraba, y el inmenso poderío soñado y mi amor por ti, dándole vida y fuerza á todo, como el sol con sus quemantes rayos á la naturaleza entera!

Y en seguida, en un instante, por una debilidad mujeril, por una caricia impura, ver toda esta existencia, aquel pasado y aquel porvenir reducidos á sombra, á humo, á nada, y ofreciéndome como único vestigio el cuerpo de una mujer mancillada y tendida sin conocimiento en el suelo!...

—¡Dadme la muerte, pero perdóname!—exclamó doña Mencía como en un delirio.

—¡Piedad, has dicho!—prosiguió don Jaime sir oírla. —Y ¿para qué? ¿para vivir y perpetuar más tiempo vuestro oprobio y el mío?

¡Nó, mil veces nó!

Dios ha querido ahorrarme la vergüenza de recibiros manchada en mi tálamo nupcial.

¡El mismo buen Dios me ha inspirado la idea de ofreros el que merecéis, en esa mar pérfida y salobre que tiene bastante agua para lavar vuestra afrenta!

Y el conde le señaló con una mano rígida las olas que se estremecían.

—¡Gil!—prosiguió con terrible y helado acento;—¡á la obra!

El escudero se aproximó á doña Mencía. Ligó sus brazos con una cuerda y ató á sus pies una pesada barra de hierro, y como liviana carga la arrojó sobre los cojines de plumas, en el fondo de la barca.

El conde y el escudero saltaron á ella y remaron mar adentro.

La barca se fué cimbrando juguetona sobre las corrientes, mientras que desde lo alto la luna derramaba una luz muy tranquila y las estrellas hacían guiños sin descansar...

*
* *

Junto á la enorme fogata que ardía en la gran sala del castillo estaban reunidos en aquella noche las principales gentes de armas.

—Á don Jaime lo han hechizado. ¡Por mi patrón San Andrés que así lo creo!—exclamó uno de los pajes de honor.

—¡Calla, deslenguado!—gritó el viejo escudero Gil;—y dejaos todos vosotros de necias suposiciones!

—¡Pero las armas están mohosas, ya no hay combates!—exclamó un hombre de armas,

—¡Ni torneos!—añadió un heraldo.

—¡Ni cacerías!—dijo un montero.

—¡Ni banquetes!—añadió un menestral.

—¡Ni se sabe lo que es de doña Mencía!—murmuró un juglar.

—¡Y el conde pasa encerrado en su estancia como una rata!—refunfuñó el bufón.

Una mirada terrible despidieron los ojos del escudero

Gil sobre el círculo en que estaban los que tales cosas habían proferido.

Con voz temblorosa por la ira exclamó:

—¿Recibís puntualmente vuestras soldadas? ¿Se os viste y da de comer? Pues, bien, ¡qué más tenéis que cavilar, bellacos!

¿De cuándo acá podéis vosotros legislar sobre los actos de vuestro señor y amo?

Sabed que en adelante al primero que murmure lo hago desollar á vergazos, ó lo cuelgo de una almena ó lo descuartizo entre cuatro caballos, como al juglar que hace un mes entró en la estancia de doña Mencía y se robó el broche de oro! ¡Por mi patrón bendito San Gil, que no habréis olvidado aquel gracioso pasaje!

Y como ya es hora de recogerse, ¡desfilad, y buenas noches!

Ante la explosión de enojo del temido escudero, acallóse la gente y poco á poco abandonó la sala.

Al rededor de la fogata sólo quedaron saltando chispas alegres y bulliciosas, y los leños fueron deshaciéndose en humo que subía al aire y en ceniza que lentamente se desgranaba.

De repente el viejo escudero se estremeció sobre el escabel en que se había sentado.

Escuchaba en las almenas del castillo el rumor de los centinelas que cambiaban las guardias.

—¡Ya llegó la hora,—dijo,—la terrible hora para el pobre don Jaime, para mi pobre señor!

Encendió apresuradamente una lamparilla; abrió un tablero de la sala que dejó en descubierto una escalera secreta que daba acceso á la habitación del conde; santiguóse, y se perdió en la sombra.

*
* *

En un sillón blasonado y recibiendo por única luz la que arrojaban los rayos de la luna á través de una alta ventana, estaba el conde don Jaime, teniendo oprimido entre sus brazos el acero desnudo de su espada de honor, de aquella espada tradicional entre los jefes de su raza.

Extraño era en esa hora el aspecto de la estancia decorada con rojos tapices.

Pero más extraño aún el del poderoso conde, que solitario en su castillo vestía, sin embargo, el más rico traje de gala, como en las grandes ceremonias, y ostentaba sus más preciosas joyas y preseas, y llevaba arreglados sus cabellos y perfumados como para amorosa cita.

De sus labios se escapaban palabras sueltas, frases raras, que debían de obedecer á bizarros, por no decir extravagantes sentimientos.

Siguiendo los rayos de la luna, á cada instante colocaba en diversas direcciones el acero de su espada, y fijaba en ella sus ojos extraviados, y le hablaba y hablaba como si fuera á un sér humano.

—¡Tú si que eres buena, hermosa y fiel; tú si que eres ¡oh mi espada! solícita y amante!

Nunca me abandonas y siempre me defiendes.

Si te llevo en mis brazos y te mezo, amor mío, para que goces de un rayo de luna, te veo centellear con divinos colores.

¡Esas mujeres de carne y de hueso sólo son miseria y podredumbre!

¿Cómo he podido hasta ahora desconocerte?

Déjame, bien mío, tocar tu cuerpo, que tiene, al amor

de la claridad de los astros, el colorido de haces de luz descompuesta, albos, rojos, azules...

Esbelta eres como el más hermoso lirio de mis comarcas, y si te oprimo contra mis labios me das el frescor de la nieve cuando está cayendo del cielo ó recientemente se cuaja entre las grietas de las montañas.

Díme, amor mío, ¿cuándo me hablarás?

¿Tienes sed? ¡Pues yo te ofrezco la sangre toda de mis venas para que la aplaques!

¡Dicen que te agrada la sangre; á mí también: somos, al fin, los dos lobeznos!

¡Ah! tú has sido siempre mía y de los míos! ¡Quién nos dió la grandeza sino tú! ¡Quién nos dió castillos y siervos y mujeres hermosas para gozar, y derechos soberanos... ¡Tú, amor mío, has sido tú, oh espada!

Ya vengo suplicándote hace largas noches; los dos solos con un rayo de luna en esta estancia...

¡Algunas veces me has herido, yo tengo la culpa; perdóname; te amo tanto!

Pero al fin serás mía ¿no es verdad?

Tálamo regio te preparo...

Ahora, mira, voy á tomarte entre mis brazos; así, junto á mi corazón, hasta que sienta en mi carne el contacto de tu cuerpo y hasta que la dicha me arranque un quejido...

Fuego ardiente abrasa mi pecho; mis ojos pierden la vista contemplando los reflejos tuyos que despides; parece que me llamaras. ¡Sí, no más vacilación; no más súplicas; te doblegas entre mis brazos; es cierto, lo quieres, al fin!...

Y el conde, como en un frenesí, enterró en su pecho la punta del acero.

Cayó desfallecido al suelo.

—¡Dios santo! ¡qué has hecho, amo mío!—gritó el escudero Gil, penetrando en la estancia después de haber roto las cadenillas de una puerta con sobrehumano esfuerzo.

—¡Calla,—murmuró don Jaime,—calla, mi leal viejo! Tenía que suceder; siento un ardor en las entrañas, pero mi cráneo vive ahora, ahora vive...

¿Recuerdas la profecía sobre el fin de mi raza: «Un conde matará á su novia y otra novia lo matará»?

¡Ya se ha realizado!

He sufrido mucho; voy á descansar...

Muero por el acero, como debe morir un noble; muero amando el acero, causa de nuestra grandeza...

¡Mencía, te perdono!

Dame tu mano, Gil, así, así...

Y el conde, apoyándose en su viejo escudero, hizo un último y violento esfuerzo y lanzó un agudo grito.

¡Había concluído de traspasarse con la espada!

BRUNO LARRAÍN BARRA

LA MIGRACIÓN DE LAS FÁBULAS

UNIDAD HUMANA PRIMITIVA

(Vide Max Müller)

Los filósofos y los poetas fueron los únicos que en los pasados tiempos escribieron la historia primitiva de la raza humana: sólo en nuestros días se la ha considerado de nuevo con serio ardor por hombres que buscan hechos y que no prestan crédito mas que á los hechos. Si no pueden revelarnos los orígenes mismos de la vida y del pensamiento humano, han, por lo menos, logrado abrir horizontes amplios sobre un pasado lejano y hasta hoy impenetrable; han acopiado y reunido despojos y trozos de lengua, de religión, de mitología, de leyendas, de leyes y de costumbres de otras épocas, que nos suministran idea real y viva de los primeros hombres de nuestra raza.

La ciencia del lenguaje es la que ha dado impulso primordial á estas investigaciones. Mediante una sencilla clasificación de las lenguas y con un cuidado análisis de las palabras, esa ciencia ha derramado luz esplendorosa

sobre las épocas más oscuras de la historia del hombre. Donde todo era antes conjetura, tenemos hoy una bien asentada genealogía de las lenguas y de las razas, genealogía que puede resistir á la crítica del más empecinado escepticismo. ¿Quién, en el siglo dieziocho, habría podido pensar en establecer lazos de parentesco entre las lenguas de los griegos y los romanos, y la lengua de los antiguos indios ó de los persas de Zoroastro y de Darío? ¿Quién se habría atrevido á sostener que las naciones teutónicas, célticas y eslavas eran, en realidad, de la misma carne y de la misma sangre que esos griegos y romanos que desdeñosamente las trataban de bárbaras? El gran cambio que nos ha hecho pasar del sistema de Ptolomeo al que coloca al sol en el centro de nuestro mundo planetario, no es más sorprendente que el descubrimiento de esta familia de lenguas, que se ha llamado indo-europea ó aria, descubrimiento que ata con lazo común naciones tan distantes entre sí como el Ceylán y la Islandia.

Y después, comparando y analizando las palabras, y, principalmente, las palabras comunes á la mayor parte ó al conjunto de las naciones arias, ha sido posible rehallar no pocos de los pensamientos que henchían el corazón y espíritu de nuestros antepasados más lejanos, de esa raza de hombres que vivían no sabemos dónde ni cuándo, pero á cuyas labores debemos no sólo el precioso metal, sino también la moneda corriente hecha de él que sirve aún á la circulación intelectual del universo ario. Nuestras gramáticas no son mas que resúmenes de sus gramáticas, nuestros diccionarios no son mas que ediciones nuevas de sus diccionarios. Si somos lo que somos, no únicamente por la carne y por la sangre, mas por el pen-

samiento y por la lengua, debemos mirar á las nacionalidades de Grecia y de Italia, de India y de Persia, como nuestros verdaderos parientes ó colaterales, pues lo que es nuestros antepasados, duermen en aquella patria central de la raza aria, de donde emigraron, en tiempo bien anterior al siglo XV antes de Jesucristo, los que llevaron á la India la lengua de los Vedas, y á las orillas del mar Egeo el idioma de los poemas homéricos.

No se detiene ahí, sin embargo, la ciencia del lenguaje. No contenta de haber comprobado la identidad primitiva de la estructura gramatical del sánscrito, del persa, del griego, del latín y de los dialectos teutónicos, eslavos y célticos, y de haber así puesto en claro la significación primitiva de sus palabras, se ha preocupado de establecer otro hecho de importancia igual y de abrir un campo nuevo de estudios, más fecundo aún y más interesante. Nos demuestra que el fondo de las antiguas religiones de esas razas era uno mismo, y que, primitivamente, todas ellas adoraban á unos mismos dioses. La comparación de las diferentes formas de la religión y de la mitología aria en la India, la Persia y la Grecia y la Germania, ha seguido muy de cerca al nacimiento de la filología comparada, y sus resultados no pueden menos que modificar sensiblemente las ideas más aceptadas sobre el origen de las religiones del género humano.

No fué esto todo. Se echó de ver muy pronto que en esas naciones había tendencia incontrastable á mudar la concepción primitiva de las potencias divinas, á perder de vista el recto sentido de la mayor parte de los nombres dados á esas potencias, y á mal interpretar las alabanzas que les eran dirigidas. Por este modo, algunos de los nombres divinos se aplicaron á héroes mitad

humanos, mitad divinos, y al fin y á la postre, los mitos que eran verdaderos é inteligibles, refiriéndose, como entonces, al sol, á la aurora ó á las tempestades, se transformaron en fábulas y en leyendas demasiado maravillosas para que pudiesen simples mortales ser sus actores, y demasiado profanas, sin embargo, para que en ellas pudieran figurar dioses como los que adoraban los contemporáneos de Tales y de Heráclito. Es el camino que invariablemente se ha seguido en la India, la Grecia y la Germania: una misma historia, ó casi una misma, es la que se cuenta primero de los dioses, después de los héroes y, por último, de los hombres. El mito divino se convierte en leyenda heroica, y la leyenda heroica palidece y se convierte en cuento de niño.

Y estos cuentos de niño, degeneración del mito religioso y épico, unos en el principio y propios de una sola nación, emigraron de ésta y fueron junto con la lengua, las costumbres y el culto á visitar las comarcas más apartadas y distintas, y hoy, mediante las misteriosas afinidades y transformaciones de la naturaleza, las nodrizas ó hermanas mayores de la Escandinavia ó de Castilla aduermen á los infantes en la cuna con las mismas maravillosas historias con que en las edades originales se adormecían los padres de la raza aria. La conseja, que todos hemos oído cuando niños, al rededor del brasero, y sintiendo afuera el furioso caer de la lluvia en el patio empedrado y medio durmiéndonos en las rodillas de la narradora, conseja en que se historían con vivaz colorido las aventuras del peregrino de los zapatos de hierro y se pinta la temerosa cabaña de la madre de los vientos, adonde llega el Norte sintiendo olor á la carne humana, es tradición arábiga heredada, sin duda, de los arios, y

que se halla pintorescamente referida en los cuentos de todos los demás países, desde los de Grimm hasta los de Andersen, último que la ha beneficiado con ingenio en su hermosa leyenda *El vergel del Paraíso.*

No hay casi narración fabulosa alguna cuyo origen no se pueda desenmarañar con más ó menos facilidad: Don Quijote (parte I, c. XX) calificó de «una de las más nuevas consejas, cuento, ó historia,» la que Sancho acababa de contarle, y que es la famosísima de las cabras: un apacentador de ellas, desdeñado por la hermosa pastora Torralva, decidió poner tierra en medio, y emprendió viaje con sus centenares de cabras y se encaminó á Portugal, y topóse de repente con el río Guadiana, que en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre. No había más que un barquichuelo pequeño á su orilla, y en él empezó á verificarse la traslación del ganado. «Entró el pescador en el barco (decía textualmente Sancho) y pasó una cabra, volvió y pasó otra, tornó á volver y tornó á pasar otra: tenga vuestra merced cuenta con las cabras que el pescador va pasando, porque si se pierde una de la memoria, se acabará el cuento, y no será posible contar más palabra dél...—¿Cuántas han pasado hasta ahora? dijo Sancho.—Yo ¿qué diablos sé? respondió Don Quijote...—Pues por Dios que se ha acabado el cuento, que no hay pasar adelante.»

Y nada tenía de nueva la tal conseja. Como lo han anotado minuciosamente, y refiriéndose los unos á los otros, como yo á ellos, los tres grandes comentadores del *Quijote*, la historia de Sancho era muy vieja en el mundo. En las *Cento novelle antiche* (Nov. XXXI) que Francesco Tatti (dicho Sansovino) agregó á sus *Cento novelle scelte*, aparece un cuento que en su fondo y sus-

tancia es muy semejante al de la pastora Torralva, y del que dice don Juan Antonio Pellicer que Cervantes «lo varió y mejoró tanto, que lo hizo suyo». Según el texto italiano, un gran señor tenía un fabulista para que le divirtiese con sus cuentos las noches largas de invierno. En una ocasión que el amo le pidió un cuento y el criado tenía mucha gana de dormir, empezó éste á contar el de un aldeano que, volviendo de la feria con el ganado que había comprado, lo iba pasando al otro lado de un río muy ancho en una barquilla, donde sólo cabían una res y el aldeano. Como se estaba durmiendo, contaba despacio, y el señor impaciente le decía que pasase adelante. «Dejemos, contestó, pasar el ganado, que para ello necesita mucho tiempo, y luego proseguiré: entre tanto, podemos dormir á nuestro placer.»

Y ¿se acaba aquí la antigüedad del cuento de la pastora Torralva? Nó, sin duda. No había el cuento nacido en Italia, sino que allí fué tomado de un antiquísimo «fabliau» francés, que íntegro cita Clemencín en su *Comentario:*

Un Roy un Fableor avoit
à qui deduire se souloit...

y que concluye así, más ó menos como la XXXI de las *Novelle* de Tatti:

«Sire, dist-il, la nacelette
est molt faible et petitete,
l'aive est molt grant outre à passer,
berbiz i à molt à porter:
or laissons les berbiz passer,
et puis pourrons assez conter.»

Y este tan antiguo «fabliau» no era original. El poeta francés lo tradujo del latín de Pedro Alfonso, judío

converso de Huesca, en Aragón, médico del rey Don Alonso, que floreció por los años de 1100, y escribió una obra con el título de *Proverbiorum seu clericalis disciplinæ libri tres*, de que existe un ejemplar en la Biblioteca del Escorial. En ella incluyó los consejos que un padre daba á su hijo por medio de fábulas y cuentos, y entre ellos se halla el precedente de las ovejas, con otros que tradujo el poeta francés, dando á su obra el título de *Chastoiement d'un père à son fils*. Como lo advierte Pedro Alfonso en el proemio, esta fábula había sido tomada del árabe, idioma al cual en aquel tiempo habían ya sido vertidos del persa y del sanscrito los populares apólogos de *Calila y Dimna*.

Con una de las fábulas ó alegorías más conocidas de los modernos, puede hacerse una mayor y más fructuosa peregrinación.

Samaniego trae la siguiente como la II del libro II:

Llevaba en la cabeza
una lechera el cántaro al Mercado,
con aquella presteza,
aquel aire sencillo, aquel agrado
que va diciendo á todo el que lo advierte:
«¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!»

Porque no apetecía
mas compañía que su pensamiento,
que alegre la ofrecía
inocentes ideas de contento,
marchaba sola la feliz lechera
y decía entre sí de esta manera:

«Esta leche vendida,
en limpio me dará tanto dinero,
y con esta partida
un canasto de huevos comprar quiero,

para sacar cien pollos, que al estío
me rodeen cantando el *pío pío*.

»Del importe logrado
de tanto pollo, mercaré un cochino:
con bellota, salvado,
berza, castaña, engordará sin tino,
tanto que puede ser que yo consiga
ver cómo se le arrastra la barriga.

»Llevarélo al Mercado,
sacaré de él sin duda buen dinero:
compraré de contado
una robusta vaca y un ternero,
que salte y corra toda la campaña
desde el monte cercano á la cabaña.»

Con este pensamiento
enajenada, brinca de manera
que á su salto violento
el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!
¡Qué compasión! ¡Adiós leche, dinero,
huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!»

Esta fábula, como es sabido, no es original de Samaniego: es imitación bellísima de la X del libro VII de La Fontaine, intitulada *La laitière et le pot au lait*, que principia

Perrette sur sa tête ayant un pot au lait, etc.

y que termina, como la española copiada,

Le lait tombe: adieu veau, vache, cochon, couvée.

¿Inventó La Fontaine esta fábula? Publicóla por la primera vez en la edición de 1678, y al frente de ella, entre otras cosas, dijo: «Juzgo que el lector no tendrá necesidad de que yo le diga de dónde he sacado estos mis últimos argumentos. Diré, sí, por reconocimiento,

que la mayor parte de ellos los debo á Pilpay, sabio indio. Su libro ha sido traducido á todos los idiomas, y las gentes de su tierra lo creen muy antiguo, y tan original como Esopo, si no es el mismo Esopo bajo el nombre del sabio Locmano». Y si La Fontaine nos dice que casi todos los asuntos de sus fábulas son de Pilpay, el sabio indio, debemos, sin duda, volver nuestras miradas á la India é investigar si en la antigua literatura de ese país se hallan algunas huellas de la lechera y de su cántaro.

La literatura sánscrita es riquísima en fábulas y cuentos: ninguna otra puede competir con ella bajo este punto de vista. Es aún por todo extremo probable que las fábulas, y singularmente las en que figuran animales, tengan su fuente principal en la India.

En la literatura sagrada de los budistas, las fábulas ocupan uno de los más importantes lugares: como sus predicadores se dirigían principalmente al pueblo, á los ignorantes y á los perseguidos, hablábanles, lo mismo que hoy hablamos á los niños, por medio de fábulas y parábolas. Gran número de éstas debe de haber existido antes del nacimiento de la religión budista. Otras, sin duda, fueron improvisadas según la inspiración del momento, al modo que Sócrates inventaba un mito ó una fábula cada vez que esta forma de argumento le parecía más apta para hacer impresión en sus oyentes y convencerlos. Pero el budismo vino á favorecer el desarrollo de esta rama de la mitología moral, y en el Canon sagrado, tal como fué constituído en el siglo III antes de Jesucristo, se recibió más de una fábula que aún conserva el lugar que entonces se le asignó. Después de la caída del budismo en la India, y aún durante su decadencia, los bracmanes reconquistaron la herencia de sus

enemigos y se sirvieron de sus fábulas populares como de medios de educación. La más conocida en sánscrito de estas colecciones de fábulas es el *Pañkatantra*, ó sea *El Pentateuco* ó el *Pentamerón*. Combinando las narraciones de esta colección con las de otras fuentes, se obtuvo una nueva, muy conocida de todos los indianistas, *Hitopadesa*, ó sea el *Consejo saludable*. Ambos libros se han publicado en Inglaterra y Alemania y hay traducciones alemanas, inglesas y francesas.

La primera duda que hay que podría presentarse se refiere á la fecha de esas colecciones, cosa no muy fácil de precisar en la literatura sánscrita. Afortunadamente, es lícito fijar en este caso la fecha del *Pañkatantra*, por medio de una traducción en persa antiguo que fué hecha por los años de 550 antes de Jesucristo. Cuanto se puede comprobar es que en esa fecha existía una colección que se parecía mucho al *Pañkatantra*, y en ella hallamos la narración siguiente:

«Había una vez un bracmán cuyo nombre era *Svabhâvakṛipaṇa*, que tanto vale como avaro de nacimiento. Como hubiera recogido, mendigando, una gran cantidad de arroz, llenó con él una olla, que colgó encima de la cama. Noche á noche, fijaba los ojos en ella y pensaba: «Cierto que esa olla está llena de arroz; si sobreviniese una hambre, ¡cuánta utilidad podría darme! ¡Quizá un centenar de rupias! Con eso compraría un par de cabras, que á los seis meses tendrían cría, y luego me darían un rebaño. Entonces, con las cabras compraría vacas. Las vacas me darían terneros, y con ellos compraría jumentos, y con éstos compraría caballos. Los caballos los vendería, y tendría una porción de oro. Con el oro compraría una casa de cuatro departamentos, y entonces una

bracmina vendría á verme y me daría en matrimonio á su hija, y una gruesa dote. Daría ésta á luz un hijo, á quien yo llamaría Somasarman. Cuando se hallara éste en estado de que yo lo tomara en las rodillas y lo hiciera saltar, me sentaría con un libro detrás de la caballeriza, y mientras yo estuviera ocupado en la lectura, el niño me vería, y vendría á mí para que lo meciera en las rodillas. Pero pasaría muy cerca de las patas de los caballos, y yo entonces, lleno de cólera, llamaría á mi mujer: «Tomad al niño, tomadlo». Pero ella, absorta en alguna de las atenciones domésticas, no me oía. Entonces yo me levantaba y le daba un puntapié como éste.» Y así soñando, da un puntapié á la olla, la quiebra y todo el arroz le cae al rostro. Por eso digo yo: el que hace proyectos insensatos para lo porvenir, pasará por lo mismo que ocurrió al padre de Somasarman.»

Veamos ahora cómo el mismo cuento se halla en el *Hitopadesa*. El *Hitopadesa* se tiene como un extracto del *Pañkatantra* y otros libros; pero parece que en el caso actual se ha seguido alguna otra autoridad. Por lo menos se verá cuánta libertad se tomaban con el hombre que fabricaba castillos en el aire:

«En la villa de Devikotta vivía un bracmán llamado *Devasarmán*. En la fiesta del equinoccio máximo, recibió un plato lleno de arroz. Lo tomó, fué al almacén de un vendedor de porcelanas, y, fatigado por el calor, se echó en un rincón á dormir la siesta. Á fin de resguardar su plato de arroz, tenía un bastón en la mano, y comenzó á soñar así: «Si yo vendiera este plato de arroz, sacaría diez kapardakas. Compraría entonces aquí cántaros y platos, y después de haber aumentado mi capital, compraría y vendería trajes y otras especies, hasta

hacerme extremadamente rico. Me casaré entonces con cuatro mujeres, y haré mi favorita á la más joven y bella de las cuatro. Las otras mujeres comenzarán entonces á reñir y á enojarse; pero yo montaré en cólera y les sacudiré el polvo de esta manera». Y así hablando, tiró ante él el bastón, y quebró el plato y también muchos de los objetos de porcelana del almacén. Por eso digo: el que hace planes para lo porvenir y se goza en ellos de antemano, verá que toda su alegría se trueca en tristeza, como ocurrió al bracmán que rompió las porcelanas.»

Á pesar de la transformación del bracmán en lechera, nadie, me parece, pondrá en duda que en esos cuentos del *Pañkatantra* é *Hitopadesa* se hallan los primeros gérmenes de la fábula de La Fontaine. Pero ¿cómo hizo esta fábula el viaje de la India á Francia? ¿Cómo se despojó del hábito sanscrito para tomar el ligero vestido francés y español? ¿Cómo el estúpido bracmán resucitó en la forma de la ágil y juguetona lechera? En todo esto hay un extraño caso de longevidad: en tanto que las lenguas han cambiado, las obras de arte perecido y los imperios se han alzado y derrumbado, este simple cuento de niño ha sobrevivido y conservado su puesto de honor en todas las escuelas de Oriente y Occidente. Y, sin embargo, es un caso de longevidad tan bien comprobado, que ni los más escépticos podrían ponerlo en duda: los pasaportes de este cuento han sido revisados en todos los puntos de su tránsito, y hallados perfectamente en forma.

La historia de la migración de Oriente á Occidente de estas fábulas indias es en verdad maravillosa, y más instructiva que muchas de las fábulas mismas. ¿No es

sorprendente que para dar á nuestros hijos las primeras y más importantes lecciones de prudencia terrestre, de prudencia que á veces reviste más elevado carácter, nosotros tengamos que sacarlas de los libros de los herejes ó idólatras, de los budistas y bracmanes? ¿No hay en esto un fenómeno curioso é instructivo? Hé aquí unas palabras pronunciadas hace dos mil ó tres mil años en alguna aldea aislada de la India, y que hoy, tras tanto tiempo, al modo de preciosas semillas derramadas á manos llenas en el mundo, producen frutos que van multiplicándose por centenares y millares en el alma del niño. Ningún legislador ni filósofo alguno ha tenido jamás una influencia tan grande, profunda y duradera como el autor de esas fábulas para niños. Y ¿quién era? No lo sabemos: olvidado está su nombre, como el de muchos bienhechores de la humanidad. Sólo sabemos que era un indio, un negro, como suele llamárseles, y que vivía hace treinta ó cuarenta siglos.

Sin duda alguna que cuando por la primera vez oímos hablar del origen indio de estas fábulas y de su paso á Europa, nos preguntamos sorprendidos si realmente es así; pero lo cierto es que la historia de esta migración indo-europea, no es una hipótesis, sino un hecho histórico que nunca se ha perdido enteramente de vista ni en Oriente ni Occidente. Cada traductor, en el momento de presentar al público su tesoro, parece haber sentido la necesidad de dar á conocer la fuente dedonde lo había habido. Pedro Daniel Huet, el sabio Obispo de Avranches en el siglo XVII, no tuvo más que examinar los prefacios de las principales traducciones de las fábulas indias para seguirlas paso á paso: fué lo que hizo en su renombrado *Tratado del origen de las novelas*

publicado en París en 1670, dos años después de haber aparecido la primera colección de las fábulas de La Fontaine. De entonces á acá, las pruebas hanse multiplicado, y el asunto completo ha sido tratado con más amplitud y profundidad por Silvestre de Sacy, Loiseleur-Deslongchamps y Benfey; pero, aunque hoy tengamos más preciso conocimiento de las diversas estaciones en que se detuvieron las fábulas orientales antes de llegar al término de su viaje al Occidente, el Obispo Huet sabía tan bien como nosotros que ellas vinieron de la India, á través de la Persia, y por el camino de Bagdad y Constantinopla.

Para tomar una altura desde donde nuestras miradas puedan dominar los diferentes países atravesados por esas fábulas, situémonos en Bagdad, á la mediana del siglo VIII, y desde este punto central sigamos los movimientos de nuestra caravana literaria á medida que de lo último del Oriente se dirige á las extremidades de Occidente. En esa mitad del siglo VIII, bajo el califato de Almanzor, Abdallah iban Almokaffa compuso su famosa colección de fábulas, *Calila y Dimna*. Este autor era persa de nación, pero después de la caída de los omniadas, se convirtió al islamismo y alcanzó las más altas dignidades en la corte de los califas, hasta que, conocedor de importantes secretos de estado fué sospechoso para Almanzor y cobardemente asesinado. En su prefacio, Abdallah iban Almokaffa nos dice que tradujo esas fábulas del pehlvi, antigua lengua de la Persia, y que al pehlvi habían sido traducidas por Barzuyeh, médico de Cosroes Nushirvan, rey de Persia contemporáneo de Justiniano (531-579). Ese rey había oído decir que existía en la India un libro lleno de sabiduría, y

dado órdenes á su visir Buzurjmihr para que buscara un hombre versado igualmente en las lenguas de la Persia y de la India: Barzuyeh fué el escogido para esta labor. Viajó por la India, se hizo dueño del libro, lo tradujo al persa y lo llevó á la corte de Cosroes, sin admitir otra recompensa que un vestido de honor y que el permiso de agregar al fin de la traducción, un sumario de su vida y opiniones. Esta pieza es curiosa por todo extremo: es una *religio medici* de la época, en que se nos revela una alma á quien no satisfacen las tradiciones ni los formularios y que aspira vehementemente á la verdad. No encuentra descanso sino en una vida consagrada á aliviar los padecimientos de la humanidad.

Existe otra relación del viaje á la India de este médico persa, que cuenta con la autoridad de Firdusi en el gran poema épico el *Shah Nameh*, y que por algunos sabios es considerada más auténtica que la anterior. Según esta distinta versión, el médico persa aprendió en un libro que existía en la India el nombre de árboles y de hierbas que suministraban remedio tan poderoso que, mediante su virtud, los muertos podían volver á la vida. Por orden del rey, partió á la India á buscar esos árboles y esas hierbas, y nada halló, hasta que, al cabo de un año de inútiles investigaciones, consultó en el particular á algunos sabios del país. Dijéronle éstos que lo que había leído respecto de un remedio capaz de volver á los hombres la vida, debía ser tomado en un sentido más espiritual y elevado: lo que así se designaba eran antiguos libros de moral y sabiduría conservados en la India, que restauraban la vida y la salud en el alma de aquéllos cuyo corazón había muerto en la locura y en el pecado, y el médico tradujo esos libros, y con ellos

se formó la colección de fábulas llamadas *Calila y Dimna.*

Es muy posible que estas dos historias sean de invención posterior; pero lo cierto es que Abdallah iban Almokaffa, autor de una de las más antiguas colecciones arábigas de fábulas, las tradujo del pehlvi, lengua de la Persia en tiempo de Cosroes Nushirvan, y que el texto pehlvi que tradujo era considerado como trasunto de un libro traído de la India á mediados del sexto siglo.

En esta traducción arábiga, el cuento del bracmán y de la olla de arroz se halla contado de la manera siguiente (traducción del siglo XIII, dada á luz por don Pascual de Gayangos, *Calila y Dimna*, Bib. de A. E., tomo II):

«Del religioso que vertió la miel et la manteca sobre su cabeza.—Dijo la mujer: «Dicen que un religioso había cada día limosna de casa de un mercader rico, pan é manteca é miel é otras cosas, et comía el pan é lo ál condesaba, é ponía la miel é la manteca en una jarra, fasta que la finchó, é tenía la jarra colgada á la cabecera de su cama. Et vino tiempo que encareció la miel é la manteca, et el religioso fabló un día consigo mismo, estando asentado en su cama, et dijo assí: «Venderé cuanto está en esta jarra por tantos maravedís, é compraré con ellos diez cabras, et empreñarse-han, parirán á cabo de cinco meses; et fizo cuenta de esta guisa, et falló que en cinco años montarían bien cuatrocientas cabras. Desí dijo: venderlas-he todas, et con el precio dellas compraré cien vacas, por cada cuatro cabezas una vaca, é haberé simiente é sembraré con los bueyes, et aprovecharme -he de los becerros et de las fembras é de la leche é manteca, é de las mieses habré grant haber, et labraré

muy nobles casas, é compraré siervos é siervas, et esto fecho, casarme-he con una mujer muy rica, é fermossa, é de grant logar, é empreñarla-he de fijo varón, é nacerá complido de sus miembros, et criarlo-he como á fijo de rey, é castigarlo-he con esta vara si non quisiere ser bueno y obediente.» É él deciendo esto, alzó la vara que tenía en la mano, et ferió en la olla que estaba colgada encima dél é quebróla, é cayóle la miel é la manteca sobre su cabeza.»

Hé aquí cómo hemos seguido las huellas de nuestro cuento del sánscrito al pehlvi y del pehlvi al árabe: lo hemos visto pasar de las cabañas de los sabios indios á la corte del rey de Persia, y de ésta al palacio de los poderosos califas de Bagdad. No olvidemos que el califa Almanzor, por cuya orden se hizo la traducción arábiga, era contemporáneo de Abderrhamán de España, y que uno y otro son muy poco anteriores á Harún al Raschid y á Carlomagno. Se ve, pues, que estas fábulas tenían expedito ante sí un amplio camino. Llegadas á Bagdad, nada podía impedirles penetrar en los hogares de la ciencia occidental y esparcirse por todas partes del nuevo imperio de Carlomagno. Es lo que han debido hacer, según nuestros antecedentes; pero la verdad es que transcurren más de trescientos años sin que las encontremos en la literatura de Europa. El imperio carlovingio había caído en ruinas, España se encontraba en parte libre de musulmanes, Guillermo el Conquistador había desembarcado en Inglaterra, y las cruzadas habían comenzado á atraer al Oriente las miradas de la Europa, cuando, hacia el año de 1080, oímos hablar de un judío llamado Simeón, hijo de Seth, que tradujo esas fábulas del árabe al griego. Dice en su prefacio que el libro es ori-

ginario de la India, que fué llevado al rey de Persia Cosroes, y traducido entonces por primera vez al árabe. Lo que es su versión griega, ha sido conservada, y fué publicada en 1697 con el título de *Specimen sapientiæ Indorum veterum, id est Liber dictus arabice Kalilah ve Dimnah, Græcé Stephanites et Ichnelates.* Hé aquí ahora cómo en ella se halla contada nuestra fábula:

«Cuéntase que un mendigo conservaba un poco de leche y manteca en un cántaro que colgaba encima de su cama. Una noche se decía á sí mismo: «Venderé esta miel y esta manteca por una pequeña suma. Con el dinero, compraré diez cabras, y éstas me darán otras tantas en cinco meses. En cinco años serán cuatrocientas. Me servirán para comprar unas cien vacas, con las cuales cultivaré la tierra. Gracias al rendimiento que me darán las cosechas y las crías, me haré rico en unos cinco años. Edificaré una casa de cuatro departamentos, cuyas ornamentaciones todas serán doradas. Compraré servidumbre y me casaré con una mujer. Ésta me dará un hijo, a quien llamaré Belleza. Lo educaré muy bien; pero si veo que malea, lo corregiré así, con mi bastón.» Y esto diciendo, tomó el bastón que se encontraba cerca de él, golpeó el cántaro y lo quebró, de manera que la miel y la leche le corrieron por la barba.»

Sin duda esta traducción habría podido llegar á noticia de La Fontaine; pero, como el poeta francés no era un grande erudito, ni menos un lector de manuscritos griegos, preciso nos es averiguar por cuáles otras canales pudo la vieja fábula ser llevada del Oriente al Occidente.

¿Conoció el autor de *La Laitière* la famosa obra del Infante Don Juan Manuel, *El Conde Lucanor?* La edi-

ción de Argote de Molina, primera de la obra, que pasó dos años manuscrita en el convento de Dominicos de San Pablo en Peñafiel, se imprimió en Sevilla en 1575 y después en 1642. No sería, pues, extraño que el fabulista francés hubiera conocido la obra española y de ella sacado el argumento á cuya generación y migración se ha dedicado este artículo, tanto más cuanto que en esa época era corriente que todos los escritores franceses fueran á buscar sus asuntos, sus atavíos y figuras al arsenal riquísimo y hasta entonces no beneficiado de la original é inagotable literatura española. Tendríamos, por tanto, que La Fontaine conoció en *El Conde Lucanor* el argumento de su fábula (X del libro VII), y que ahora sólo queda por ver el paso á España de la colección dedonde Don Juan Manuel tomó este apólogo.

Pero antes, conozcámoslo tal cual se halla en su obra:

«De lo que conteció á una mujer que se llamaba doña Truhana.—Fablava otra vez el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, un hombre me dijo una razón, y mostróme la manera como podía ser. Y bien vos digo, que tantas maneras de aprovechamiento ha en ellas, que si Dios quisiere que se faga así como él me dijo, que será mucho mi pro, ca tantas son las cosas que nacen las unas de las otras, que al cabo es muy gran fecho además, y contó la manera á Patronio que podría ser. Y desque Patronio entendió aquellas razones, respondió al conde en esta manera: Señor conde Lucanor, siempre ohí decir que era buen seso atenerse hombre á las cosas ciertas, y non á las fiucias y vanas, ca muchas veces á los que se atienden á las fiucias, contecerles-ía como conteció á doña Truhana. El conde le preguntó cómo fuera aquello.—Señor conde, dijo Patro-

nio, una mujer fué, que avía nombre doña Truhana, la cual era asaz más pobre que rica, y un día iba al Mercado, y llevaba una olla de miel en la cabeza, é yendo por el camino comenzó á cuidar que vendería aquella olla de miel, y que compraría partida de huevos, y de aquellos huevos nacerían gallinas, y las vendería, y de aquellos dineros compraría ovejas, y así fué comprando de las ganancias que facía fasta que se falló por más rica que ninguna de sus vecinas, y con aquella riqueza que ella cuidava que avía, asmó cómo casaría á sus fijos y fijas, y de cómo iba aguardada por la calle con yernos y con nueras, y cómo decían por ella como fuera de buena ventura en llegar á tan gran riqueza siendo tan pobre como solía ser. Y pensando en esto comenzó á reir con placer que avía de la su buena andanza, y en reyendo dió con la mano en la su cabeza y en su frente, y entonce cayó la olla de la miel en tierra y quebróse. Y cuando fué la olla de la miel quebrada, comenzó á facer muy gran duelo, teniendo que avía perdido todo lo que cuidava que avería, si la olla no se quebrara. Y porque puso todo su pensamiento por fiucia vana, non se fizo al cabo nada de lo que ella cuidara...» (Páginas 106 y 107 de la edición de 1853.)

Veamos ahora cómo Don Juan Manuel, que nació en 1282 y murió en 1347, tuvo conocimiento de los apólogos indios, que con tanto arte y tanta moral aprovechó para la más principal de sus obras.—La traducción griega de Simeón Seth no fué, como ya se ha dicho, popular hasta muchos siglos después de llevada á cabo, y por tal motivo no puede sostenerse que de ella aprendiera el autor de *El conde Lucanor*. Pero si no fué en el idioma helénico en el que Don Juan Manuel conoció las fábulas

de Pilpay, fué sin duda en el latino, adonde del hebreo se las tradujo á mediados del siglo XIII. Más aún; aunque generalmente se crea que las naciones de Europa conocieron la ficción india por la versión latina de Juan de Capua, intitulada *Directorium humanæ vitæ, alias parabolaæ antiquorum sapientium* (obra traducida en español antes de terminar el siglo XV con el nombre de *Ejemplario contra los engaños y peligros del mundo*), no cabe disputa en que existe un manuscrito castellano, que se cree del siglo XIII, intitulado: *Calila y Dina son diversas fábulas moralizadas*, y traducido del árabe al latín, y luego en romance, por orden del infante Don Alonso, hijo del muy noble rey Don Fernando. La *Crónica general* habla también del libro de *Calila y Dimna*, que atribuye al rey Dagolín y supone traducido del árabe al latín por Abén Mochafa, y luego imitado con el nombre de *Taula huefra*; y para uso de otro rey, por Ceael, hijo de Harón (Joel, hijo de Aarón). Este nombre indica un autor judío, como lo había sido también el primer traductor europeo del *Sendabad*, otra colección no menos célebre de cuentos indios.

Este libro fué también traducido al persa, al árabe, al siriaco, al griego, al hebreo, al inglés y al alemán; pero el punto de partida para las versiones en lenguas modernas debe también buscarse en España. Mose Sephardi, el judío converso de que ya se habló con motivo de la conseja referida por Sancho á Don Quijote, presentó en su *Disciplina clericalis* citada, muchas imitaciones del *Sendabad* y del *Pañkatantra*, y cuyos materiales confiesa deber principalmente el autor á los filósofos árabes. Los libros de Syntipas, las parábolas de Sendabad, la *Historia septem sapientium*, el *Dolopathos*, la leyenda de los

siete visires, etc., son otras tantas imitaciones y transformaciones del primitivo original.

Don Juan Manuel se hallaba en situación oportuna para aprovecharse de los dispersos elementos que podían contribuir al adelanto de este género de literatura. Discípulo, en cierta manera, de la escuela de Alfonso el Sabio, debió de conocer la versión de *Calila y Dimna*, mientras su parentesco y alianzas con Aragón y su morada en este reino debiéronle familiarizar con la obra del converso Pedro Alfonso y las *noelas* de la literatura provenzal, de que es una verdadera muestra su apólogo del trovador perpiñanés. Á Esopo pudo conocerle acaso por versiones latinas ó arábigas, lengua esta última que poseía el Infante. Oriental es además el libro de Don Juan Manuel; pues si bien descubre un fondo propio en los cuentos que versan sobre la historia pública y doméstica de Castilla, y si bien cuando trata asuntos de antiguos fabulistas, lo hace á su modo y con entera independencia, el conjunto ó disposición total, ó llámese idea matriz, la de presentar no apólogos sueltos, sino enlazados por medio de una acción y de personajes principales, débese, sin duda alguna, á los pueblos asiáticos, y asciende á los remotos tiempos en que se concibieron las narraciones arias ó indias.

Averiguado ya el punto del paso del oriente á occidente de la fábula primitiva del bracmán y su olla de arroz, y admitida la posibilidad de que La Fontaine tomara el argumento de su fábula tantas veces citada de la obra española *El conde Lucanor*, queda una última duda por resolver, y es cómo Doña Truhana ó el bracmán se convirtió en la lechera vivaracha, y cómo la manteca y la miel se trocaron en un cántaro de leche.

En 1480 se publicó *in oppido Goudensi* un libro llamado *Dialogus creaturarum optimé moralizatus*, atribuído á Nicolaus Pergaminus, de quien se supone que vivió en el siglo XII. Era una obra que tenía por objeto enseñar los principios de la moral cristiana por medio de ejemplos sacados de las fábulas antiguas, y que en su diálogo C dice así, más ó menos: «Una señora dió una vez á su sirvienta *una medida de leche* para que fuera á venderla á la ciudad. En el camino, sentóse la enviada á descansar al borde de un foso, y comenzó á soñar en que, con la plata de la leche, podría comprar una gallina que le daría muchos pollitos. Cuando éstos hubieran crecido, los vendería para comprar puercos, con los cuales compraría carneros, carneros que después cambiaría por bueyes, y así llegaría á la opulencia, y entonces se casaría honradamente con un buen hombre, y se regocijaba muy mucho con este pensamiento. Hallándose así maravillosamente encantada con este sueño interior, y pensando en la alegría que le daría el verse llevada á la iglesia por su marido, exclamó: «¡Vamos, vamos!» Y así diciendo, golpeó la tierra con el pie, creyendo que aguijoneaba á su caballo; pero se le fué el pie, cayó al foso y la leche se le derramó. Por donde se ve que jamás tuvo lo que esperaba tener.»

En *Les Nouvelles* de Buenaventura des Periers, publicadas en Lyon en 1558, se lee en la XIV la historia que sigue: «Y estos alquimistas podrían compararse á una mujer que llevaba un cántaro con leche al Mercado y que se hacía así sus cuentas»... (y sigue, más ó menos, como en los demás apólogos). ...«Y diciendo *Hin*, la pobre mujer se puso á saltar y el cántaro rodó por el suelo y toda la leche se le derramó. Y hé ahí en

tierra sus capones, sus marranos, sus huevos y sus polluelos.»

Por último, la ficción inserta en *El conde Lucanor*, que es, sin duda, la que con la modificación de Doña Truhana, tornada en lechera, dieron Periers y poco después La Fontaine, siguiendo las huellas del supuesto Pergaminus, que fué el primero en hablar de *una medida de leche*, debió de ser proverbial en Francia aún mucho antes de la existencia del fabulista de Château-Thierry, porque se hallan referencias á ella en no pocas obras de mayor anterioridad.

En el capítulo XXXIII de su *Gargantúa*, hace decir Rabelais á un viejo gentil-hombre llamado Echephron: «J'ai grand paour que toute ceste entreprinse sera semblable à la farce du pot au lait, duquel un cordonannier se faisait riche par resverie; puis le pot cassé, n'eut de quoi disner».

Aquí termina la peregrinación emprendida para averiguar el camino que debió recorrer el argumento de *La Lechera* antes de suministrar tema á La Fontaine y á Samaniego. Y conviene advertir que igual estudio ó investigación puede hacerse con la mayoría de los apólogos, con la seguridad de que siempre se llegará á idéntico resultado.

No inventamos hoy fábulas porque vivimos demasiado de prisa para buscar exornaciones á las verdades religiosas y morales; nos contentamos con copiarlas de los antiguos, de aquellos ilustres arios, padres de la civilización, y con hacerles una que otra variante para acomodarlas á nuestros gustos ó á nuestra época.

¡Y eso cuando las copiamos! El apólogo y la fábula van decayendo día á día en importancia como género li-

terario, y tiempo llegará en que sólo se les conozca como curiosidad antigua de las letras, ó como documento raro de épocas que fueron. Pero su constante uniformidad, á través de los tiempos y de las razas, indicará siempre en ellos una fuente primitiva y perdida en la noche de la antigüedad india, y como correlativos de ese manantial de pura y estricta moralidad, indicará un antiguo culto primitivo, único en la raza humana, unas mismas costumbres, unas mismas divinidades, una exclusiva y ajustada concepción de la moral.

Y de ahí á la unidad humana primitiva no hay más que un paso.

E. Nercasseau y Morán,
Miembro honorario de la Asociación de Escritores y Artistas de Madrid.

EN LA ESCUELA DE MEDICINA

Tendida estaba sobre el blanco mármol
de ensangrentada mesa;
cuatro estudiantes en su carne inerte
registraban los músculos y arterias,
robando sus secretos
á la porfiada y misteriosa ciencia.

Á cada rasgo del voraz cuchillo
rompíanse los nervios y las venas,
y brotaba la sangre,
la sangre oscura, sin calor y espesa,
que, á gotas, como lágrimas,
se deslizaba por la piel reseca.
Ancha ventana abriéronle en el pecho
con mano firme, rápida y experta,
y dejáronle al aire
de las costillas la apretada reja.

Rompióse luego la armazón desnuda
al roce de la sierra,

y una mano sacó de las entrañas
una porción de carne ajada y negra:
¡el corazón! el ánfora latiente
que los secretos de la vida encierra!...

Me acerqué. Con mi mano temblorosa
separé la revuelta cabellera
que, como un velo fúnebre, cubría
el rostro de la muerta...
¡Era la misma, la mujer de nácar,
la cortesana esbelta
que otro tiempo exhalaba de sus labios
besos lascivos de sabor de néctar!...

N. TONDREAU

INSTRUCCIÓN

PARA LA LECTURA Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS DE IMPRENTA

(Extractada de los manuales de tipografía de *Frey*, *Lefèvre*, *Girálldez*, *Famades*, etc.) (1)

OBSERVACIONES SOBRE LA COMPOSICIÓN TIPOGRAFICA

DEL ESPACIADO

El espaciado (2) de las palabras debe ser, cuando la composición se verifica en condiciones normales, de un

---

(1) La frecuencia con que se presenta el caso de que personas ilustradas se vean en la necesidad de revisar ó corregir pruebas de imprenta sin que posean los conocimientos técnicos necesarios para desempeñar satisfactoriamente ese trabajo, me ha sugerido la idea de publicar esta INSTRUCCIÓN, procurando condensar todo lo posible las reglas más usuales sobre la materia, contenidas en diferentes tratados de tipografía. Las advertencias que contiene son ó deben ser, por lo tanto, conocidas por los correctores y tipógrafos, pero creo que su publicación ofrecerá alguna utilidad á los profanos en el arte, para quienes especialmente ha sido escrita. — *(R. J.)*

(2) Se da este nombre á todo blanco que lleva la composición entre palabra y palabra. — *Espaciar* es meter *espacios* entre palabra y palabra, ó entre dos letras de una misma palabra cuando, en los títulos, se le quiere dar mayor extensión. — *Espacio* es una pequeña pieza del mismo metal y cuerpo que los tipos, pero de menor altura:

tercio de cuadratín (3); pero se falta á esta regla si es necesario hacer ó nó entrar una parte de la palabra al fin de la línea, y según el tipo que se emplee sea más ó menos compacto.

Antes de la *coma*, del *punto y coma*, de la *admiración* y de la *interrogación* debe ponerse un espacio de un punto, cuando la línea está espaciada como ya se ha dicho; pero si por alguna circunstancia imperiosa ha habido necesidad de disminuir el espaciado, puede prescindirse de poner el espacio de punto antes de la coma, principalmente si esta se halla precedida de una letra de forma redonda. Tiene lugar lo contrario, es decir, que se puede poner un espacio de punto y medio, antes de los signos de puntuación citados, y sobre todo antes de la *admiración* y de la *interrogación*, si el espaciado de la línea es más ancho. No se pone espacio alguno antes del *punto* final de frase, ni antes del *punto* de las abreviaturas, ni antes de los puntos suspensivos. En cuanto á los *dos puntos*, exige delante y detrás el mismo espacio que separa á las palabras de la línea en que se halla; pero, en caso de necesidad, podría aumentarse el espacio de detrás (4).

Á pesar de lo dicho anteriormente, en el espaciado ordinario no se separa la *coma* de la *r*, de la *v*, ni de la *y*, porque estas letras llevan de por sí bastante blanco en la parte inferior.

---

los hay de diferentes gruesos. — El buen espaciado constituye una de las principales bellezas de la composición tipográfica.

(3) Cuadratín es una pieza á modo de espacio, pero tan gruesa como el cuerpo del tipo á que pertenece.

(4) Esta regla sobre el espacio de los *dos puntos* existe en los manuales franceses, pero en las imprentas de otros países se observa la prescrita para el *punto y coma*.

El *paréntesis* curvo y el *paréntesis* cuadrado ( ) [ ] llevan, exteriormente, el mismo espacio que las palabras; pero, interiormente, van con espacio más delgado, porque desempeñan en sentido inverso el papel de la *coma*. — El paréntesis de la *llamada* de nota no lleva espacio alguno interiormente.

El guión (—) exige el mismo espacio que las palabras; sólo en caso muy necesario puede disminuírsele.

La *división* ó guión corto que sirve para indicar que la palabra no concluye al fin del renglón, no lleva espacio.

No se pone tampoco espacio entre las letras mayúsculas dobles que se usan como abreviaturas:

AA. SS. SS. (atentos seguros servidores)

SS. MM. (sus majestades)

Debe evitarse con cuidado que en la composición haya lo que se llama *callejones*, que son rayas blancas, ya rectas ya sinuosas, ocasionadas por los espacios de las palabras que, en varios renglones sucesivos, terminan unas sobre otras:

Á la sazón Fernández, en el puesto de ministro del Interior, suscitaba embarazos de todo género á los trabajos conciliadores del presidente Achá, trabajos dirigidos á reclutar y formarse un partido personal propio, en campo situado entremedias del belcismo con el setembrismo. El ministro, declarado en pugna con los belcistas, asumía en el poder la gestión...

Inútil ha sido buscar en la prensa oficial ni en la independiente la lista de los muertos y heridos en cierto combate del Segundo, á que Yáñez se refiere en su oficio. El jefe de la respectiva sección ministerial Antolín Flores, al verificar de orden del gabinete la publicación en Sucre, certifica únicamente la lista de los fusilados que con el título de *Relación*...

Es fácil por lo general remediar este defecto recorriendo algunas líneas. Por ejemplo:

> Á la sazón Fernández, en el puesto de ministro del Interior, suscitaba embarazos de todo género á los trabajos conciliadores del presidente Achá, trabajos dirigidos á reclutar y formarse un partido personal propio, en campo situado entremedias del belcismo con el setembrismo. El ministro, declarado en pugna con los belcistas, asumía en el poder la gestión...

> Inútil ha sido buscar en la prensa oficial ni en la independiente la lista de los muertos y heridos en cierto combate del Segundo, á que Yáñez se refiere en su oficio. El jefe de la respectiva sección ministerial Antolín Flores, al verificar de orden del gabinete la publicación en Sucre, certifica únicamente la lista de los fusilados que con el título de *Relación*...

Si una línea final de párrafo resulta corta de menos de un cuadratín, conviene repartir ese blanco entre los espacios de la misma, y aún recorrer la anterior, para que el punto final caiga al fin de la justificación.

De la división de las palabras al fin del renglón

La división de las palabras al fin de línea debe hacerse siguiendo las reglas que señala la Gramática de la Academia Española.

Ha de procurarse no dividir dos vocales que van juntas, á no ser que se trate de una palabra compuesta. Se dividirá:

Extra-ordinariamente... — Anti-escorbútico...

pero no

Puntu-ación... — Ole-aginoso...

aunque cada una de las vocales corresponda á sílaba distinta.

En ningún caso se divide una palabra separando las vocales que formen diptongo ó triptongo.

No pueden dividirse las palabras junto á la *x* cuando esta letra va seguida de vocal:

Próxi-mo... — Exac-to... — Re-flexión...

En los dos primeros ejemplos de la línea que precede sería preferible poner la palabra entera al fin del renglón y no dejar para el siguiente una sílaba compuesta de sólo dos letras, división defectuosa de que también debe huirse en lo posible, principalmente si ocurre al fin de la página y más todavía si á la sílaba que se deja aislada sigue un *punto* final.

Hay que evitar la división de una palabra corta, sobre todo si es final de párrafo, pues hace mal efecto una línea que sólo se componga de dos ó tres letras.

Una palabra en abreviatura no debe dividirse, aunque conste todavía de algunas sílabas, á no ser que la justificación sea muy estrecha. Es preferible ponerla con todas sus letras.

El número de divisiones sucesivas debe limitarse en lo posible, sobre todo si la justificación es ancha y el tipo no muy redondo: modificando el espaciado de algunas líneas se puede hacer desaparecer una buena parte de las divisiones seguidas que afeen una página y que en todo caso nunca deben exceder de tres ó cuatro, considerando también como tales las líneas que terminen con algún signo de puntuación. Sin embargo, es más tolerable este defecto que el de un espaciado irregular.

De la separación de las palabras al fin del renglón

No se pueden cortar al fin del renglón abreviaturas como las siguientes:

S. | E. (Su Excelencia) — V. | S. (Vuestra Señoría ó Usía)

N. | O. (Nor-oeste) — S. | S. | E. (Sur-sur-este)

Si, recorriendo la composición, la abreviatura no cupiese entera al fin de la línea, habría que escribir las palabras con todas sus letras.

Las palabras *señor* y *don* cuando se usan abreviadas (1), así como las iniciales del nombre de pila, no deben separarse del nombre propio ó del apellido:

Sr. González... — D. Juan... — G. Matta...

y no

Sr. | González... — D. | Juan... — G. | Matta...

Lo mismo sucede con los nombres propios seguidos de adjetivos numerales. No puede ponerse al fin de una línea *Luis*, y al principio de la siguiente *XVI*.

Las palabras *primero, artículo, número, párrafo*, etc., cuando se escriben abreviadas no pueden quedar aisladas al fin de la línea; no se cortará, por lo tanto, así:

... 1.º | los arboles frutales... — El artículo | 7.º...

El número | 68... — El § | 3.º trata de...

(1) Es preferible poner siempre estas palabras con todas sus letras, y en este caso pueden colocarse sin inconveniente al fin del renglón.

Las expresiones $ (pesos), cents. (centavos), m. (metros), y otras análogas, precedidas de una cantidad, no pueden, así como tampoco las fracciones, separarse del número correspondiente:

7.236 | $ 37 | cents... — 1.000 | m... — 8 | ½ resmas

Se procurará en lo posible no dividir las fechas de modo que quede al principio de la línea el número del mes ó del año:

El | 18 de septiembre de | 1810

La abreviatura *etc.*, y lo mismo la llamada de nota (cuando esta depende de la palabra precedente), no puede figurar nunca al principio de línea.

Cuando una cantidad expresada en cifras es demasiado larga para que quepa entera en una línea, y no puede pasarse á la siguiente sin perjuicio del espaciado, podrá ponerse con todas sus letras una parte de la cantidad y hacerla pasar á la otra línea:

125 | millones... — 5 millones | 117 mil pesos...

De las abreviaturas

Las palabras *señor, señores, señora,* no deben nunca abreviarse cuando se usan como apóstrofe:

Creo, señores, que es fácil comprender...

¿Qué más templo, señora, que mi casa?...

ó si van seguidas de un calificativo sin enunciación de nombre propio:

Ha llegado de Valparaíso el señor Ministro de Hacienda...

Acabo de hablar con su señor padre...

Las palabras *tomo, libro, capítulo, párrafo, número, página, figura,* en el texto de una obra, no deben abreviarse más que en el caso de que vayan entre paréntesis en forma de cita: en las demás ocasiones se ponen con todas sus letras:

Hemos visto, según una descripción anterior (cap. 12, fig. 8), que esta máquina funciona...

La figura que hemos estudiado en la página precedente...

La misma palabra no debe abreviarse de distintos modos en el curso de una obra, como por ejemplo:

t. tom. (tomo)... — l. lib. (libro)... — c. cap. (capítulo)... — p. pág. (página)... — C. S., Cor. Sup. (Corte Suprema)... — G. J., Gac. Jud. (Gaceta Judicial)...

Sin embargo, puede faltarse á esta regla, esto es, puede tomarse accidentalmente una parte mayor ó menor de la palabra abreviada, si se trata de evitar que una línea esté demasiado apretada ó demasiado ancha, ó si conviene añadir ó quitar una línea á la página.

Cuando en una cita el nombre del autor y el título de su obra se expresan en idioma extranjero, deben ponerse en el mismo idioma las demás indicaciones en abreviatura que le corresponden:

(1) S. Liguori, *de Synodo*, lib. VII, cap. 30...

(1) Buckle, *History of the civilisation in England*, chap. 14...

La palabra *usted*, (contracción ó corrupción de *vuestra merced, vuesa merced, usarced)*, se abrevia de diferentes modos: V., U. ó Ud. en singular; V.V., Uds. en plural. La primera de esas formas es la más usada. En la poesía, y en las novelas y comedias conviene y se acostumbra escribir la palabra *usted* con todas sus letras. En las obras dramáticas en verso, los autores le suprimen á veces la *d* final y acentúan la *é*, según las exigencias del metro ó de la rima:

> ... No comprendo, tío,
> de qué me quiere usté hablar...
>
> DIMAS. ¿Pero sabe usted por qué?
> JORGE. No, señor; ni lo barrunto.
> DIMAS. Porque creo que este asunto
> depende sólo de usté.

El *usted* no debe abreviarse cuando empieza párrafo ó sigue á un punto final.

Debe evitarse emplear abreviaturas que no estén admitidas por el uso ó consignadas en algún buen diccionario, así como alterarlas de manera que presenten confusión. Por ejemplo, la palabra *señorita* debe abreviarse así *Srta.*, y no *Sta.* que quiere decir *santa.*

RAFAEL JOVER

(Continuará)

SISTEMA FÍSICO-QUÍMICO

DEL MUNDO

(Conclusión)

II

En nuestro primer artículo hemos expuesto las bases físicas y vivas del organismo universal. En el presente deseamos desarrollar sus bases químicas, para completar el estudio del sistema por sus dos aspectos diversos.

Hemos visto que la serie de las combinaciones químicas termina en tres gases que hemos llamado *éter*, *fuerza química* y *gas luminoso*. De ellos debemos partir como de la base de nuestro sistema químico para hacer la siguiente pregunta: ¿cuál ha sido el origen de estos tres fluídos? El mundo actual es evidente que no ha existido siempre; los fenómenos de condensación de nebulosas, las propiedades mismas de los cuerpos de la química manifiestan que no son esencialmente distintos sino sustancialmente. Se nota entre ellos propiedades graduadas y correlativas que nos obligan á buscar la causa de su

concierto en una unidad céntrica. Como lo he dicho, esta sustancia primera, absoluta, infinita, existía en una igualdad perfecta en su masa, vivía y tenía inteligencia; pero todo de una manera absoluta y metafísica inabordable á la inteligencia humana. Su existencia no podía ganar, pero podía descomponer su unidad por fraccionamiento; así la suma quedaba siempre igual y la nota de su existencia se multiplicaba y ganaba en variedad sin perder en perfección. Por este motivo se multiplicó, y hé aquí por qué procedimiento: condensó ó, mejor aún, transportó á un punto céntrico su existencia sustancial porque esencialmente no ha variado ni era posible que experimentara variación alguna en su entidad metafísica. Tenemos así producido el éter ó primer compuesto en la serie de la química.

En las porciones centrales del Universo se desarrolló entonces un núcleo por efecto mismo de la ola de presión que se hacía hacia el centro, y para conservar esta igualdad primera, produciéndose el *gas químico.* Si puedo, tratando de química, expresarme en términos mecánicos diría: el movimiento que existía inherente ó potencial en la sustancia primitiva se transformó en presión material; y ésta modificó la disposición extructural de la masa central y se transformó en gas químico, que produjo una ola de reflujo que fué de *gas químico.* Pero como por el cambio mismo de presiones, los dos gases se habían hecho distintos, se combinaron y resultó el *gas luminoso.* Fué, pues, el movimiento inherente el que tomó la forma de presión y produjo el éter y por contrapresión ó reflexión se hizo gas químico, y por el encuentro de los dos movimientos *gas luminoso.*

Así, los tres gases, son tres estados sustanciales de la

misma esencia absoluta. La realidad sustancial de los tres fluídos consiste en que tienen un movimiento distinto; el uno de concentración, el otro de difusión y el tercero de compensación. En los rayos del gas etéreo vemos su carácter especial en una fuerza de convergencia mayor, en el químico en una mucho menor y en el gas luminoso intermediaria. Sobre este sistema trinitario se ha edificado el universo químico.

El procedimiento ha sido muy sencillo: el gas etéreo formó un lado de la balanza, el gas químico el otro y el gas luminoso el eje del sistema. Así, todo el universo se pesó en una verdadera balanza y se multiplicó repitiendo el mismo procedimiento en una escala musical. El número, las dimensiones y distribución de los sistemas planetarios así producidos, es cosa que yo no pretendo fijar. Pero sostenemos que, no pudiendo variar el sistema de formación, han sido tres que se han multiplicado por tres y combinado de á tres. Por ejemplo, un sistema de á cuatro es para nosotros dos sistemas de á tres con un miembro común. Un sistema doble ó único es un sistema incompleto que ha perdido uno ó dos de sus miembros ó que lo tiene poco visible. No queremos perdernos en digresiones y dejamos para otra oportunidad la prueba de este orden de ideas.

Volviendo á nuestro asunto tratemos de averiguar las propiedades químicas de los gases primeros, el *éter*, el *agente químico* y el *gas luminoso*. En términos musicales diré que el gas etéreo es el sonido más grave de la escala química, el gas químico el más agudo y el luminoso el intermediario. Bajo el punto de vista químico el *gas etéreo* es el extremo *básico* de la escala, el gas químico el estremo *ácido* y el gas luminoso el *neutro*. Considerados

por los químicos, se podría decir que el gas etéreo es el extremo positivo y el gas químico el extremo negativo de la serie química. El gas luminoso habría aparecido sin carácter positivo ni negativo evidente. Considerados por sus propiedades ópticas, el gas etéreo es el más refrangible de la serie, el gas químico el menos y el gas luminoso está entre los dos. En la escala de los colores, el éter es el extremo rojo, el gas químico el extremo violeta y el gas luminoso el medio ó centro amarillo.

Todos los cuerpos de la química, todos los seres del universo son notas de esta misma escala que la recorren de uno á otro extremo y que se pueden expresar de todas las maneras antedichas. Hay una cosa, y es que las escalas de los compuestos son tanto más pequeñas cuanto el compuesto es más complejo; pero en cambio no por eso deja de recorrer, aunque en límites más estrechos, toda su serie musical. En los seres organizados los límites son más estrechos aún; pero sistemas reguladores especiales compensan la estrechez de su escala que por este mecanismo se iguala.

Ya es tiempo de que, descendiendo á los hechos particulares, nos ocupemos en primer lugar del espectro solar. Los fenómenos de dispersión de la luz por efecto de la diferencia de los índices de refracción de los distintos colores, es una cuestión capital para la física y la química. En su estudio debemos, pues, ocuparnos con alguna extensión.

Si un haz de luz lo hacemos pasar al través de un prisma de vidrio y recibimos á dos ó tres metros la imagen de la luz, se nota que el haz luminoso ha cambiado de forma, y de redondo que era se ha alargado, y en lugar de ser blanco ha formado una serie de colores. Es

tos son los colores del arco iris, y dejan á un extremo el rojo, en el medio el amarillo y al otro extremo el violeta. Si se consideran las propiedades de las diversas regiones de la luz descompuestas, se encuentran, en el rojo el poder calorífico, en el amarillo el luminoso y en el violeta el químico. El índice de refracción es mayor para la parte roja de la luz, menor para la parte amarilla y mucho menor aún para la violeta. Esto lo explican por la diferencia de velocidad de las ondas luminosas de las distintas clases y lo aproximan á lo que pasa con las ondas sonoras agudas y graves; en lo que tienen razón.

Pero si la onda es la forma en que se propagan los movimientos del éter, del gas luminoso y del gas químico, no por eso estos agentes no existen. Porque el movimiento puede propagarse en el aire por ondas sonoras ¿el aire no existe? En el aire es cierto que tenemos las ondas sonoras que se propagan según su densidad y elasticidad y demás movimientos que se comunican según las leyes de la mecánica. Pero el calor ¿no se propaga también por trasmisión y no lo hace lo mismo la actividad química? En cuanto á la luz, es cierto que no la vemos sino al estado de ondas; pero el hecho es muy fácil de explicar y consiste en que nuestro ojo está organizado para ver la luz sólo bajo esa forma. Sin embargo, dar la prueba de que la luz se trasmite, es muy fácil.

Si tomamos una pila eléctrica, sentimos que una cosa se trasmite por ella aunque no la podamos ver, lo que bien poco importa, pues si tomamos un poco de agua y le aplicamos esa influencia eléctrica invisible la descomponemos en dos gases, hidrógeno y oxígeno. Si queremos hacer la síntesis vemos que con una simple chispa los gases se combinan de nuevo, el agua vuelve á apa-

recer y el calor y la luz se desprenden. Es, pues, claro que los agentes calorífico y luminoso se habían trasmitido por ese algo invisible, pero que sentíamos, y que se llama electricidad.

Por consiguiente, el que cierta clase de movimientos puedan existir en una sustancia no es motivo para negar su existencia sino más bien para afirmarla. Los sonidos son, pues, olas de éter que se propagan disueltas en el aire y con arreglo á la densidad y elasticidad del gas. Cuando el calórico, la luz y la acción química se propagan por radiación no lo hacen por el aire sino al estado de fluídos independientes por estos mismos fluídos contenidos en el aire. Las corrientes de estos fluídos las tenemos por los telégrafos, su olas por la radiación solar y su tensión por los fenómenos mecánicos de que hemos hablado. Si no fuese así ¿cómo se nos explicaría la trasmisión de luz en nuestra atmósfera? Aceptemos por un momento que la luz sea ondas del aire como los sonidos, pero más agudas, de modo que su número y largo se hayan hecho iguales á las ondas luminosas, ¿no vemos que con eso no podremos explicar nada porque es un hecho que todo el mundo puede ver que, á pesar de que el sonido se haga más agudo, de que, por consiguiente, el número se acrezca y su largo disminuya, la velocidad no cambia?

Si se quiere llegar, pues, á la velocidad de trasmisión de la luz por los sonidos, no es haciéndolos más agudos como se alcanzaría el objeto, sino disminuyendo la densidad del medio. Así, por el hidrógeno, la velocidad del sonido es como cuatro veces superior á la del aire y en el ácido carbónico más denso como ½, menos ligero. Se nos objetará que por ese medio no se llegaría á la

luz. Es cierto; pero la causa es muy sencilla, pues si quitamos el aire y hacemos el vacío, el sonido, vibración del aire, no puede propagarse sino por él. Pero como en el vacío barométrico queda el éter, las variaciones de presión ó las olas etéreas se pueden trasmitir por él. Y si se nos objetara diciéndonos que en los líquidos y los sólidos la velocidad de propagación del sonido es mucho mas rápida que en el aire, contestaríamos que no hay paridad en las condiciones físicas y que por eso mientras que en los gases la velocidad del sonido disminuye por el aumento de densidad, en los líquídos y sólidos aumenta. El éter, el gas luminoso y químico son gaseosos y por eso les debemos aplicar las leyes que rigen á esta clase de cuerpos.

Ahora bien, si aceptásemos la idea de que la luz es un movimiento vibratorio especial del aire, é hiciésemos el vacío y viésemos que por él la luz se trasmitía, tendríamos, pues, que decir que un movimiento se podía trasmitir por la nada, lo que no puede concebirse, porque es el mayor de los absurdos. Se admitirá, entonces, un medio que se llame éter, pero al no darle propiedad alguna se caerá igualmente en el absurdo. Mas, dejémonos de discusiones y vamos nuevamente á la cuestión.

El prisma nos quiebra las ondas luminosas y las descompone en tres especies. La influencia del prisma es igual para las tres, porque el prisma ha sido el mismo para los tres casos. Luego, deberemos buscar en el haz mismo de luz la causa de las tres cosas que aparecen por su acción. Se nos dice que son ondas de tres clases: unas más grandes y más lentas, las caloríficas; otras más cortas y rápidas, las luminosas, y las terceras en que la diminución de la dimensión y el acrecentamiento del número

llegan al extremo, que son las *químicas*. Éstas no son del aire, porque se propagan por el vacío; luego son de otra cosa, del éter. Está bien, pero este éter ¿es algo único ó un compuesto trinario? Esta es la cuestión.

Si el éter es uno, su elasticidad y su densidad son iguales y, por consiguiente, no puede haber una diferencia en su velocidad sino sólo en su número y en su largo, como sucede en los sonidos agudos y graves en el aire. Pero si la cosa es así ¿cómo darse cuenta de que las tres clases de vibraciones se combinen en una nota única, la luz, y que esta nota única se separe por el simple prisma en sus notas primeras? Si los movimientos luminosos son varios, debíamos percibirlos como tales. Nuestro oído percibe y distingue las diversas especies de sonidos y nuestro ojo nó. La razón de la diferencia es que el ojo percibe la luz blanca como una cosa única porque es una combinación química y todas las combinaciones químicas las percibimos como unidades distintas. Así como la química saca del vidrio muchos elementos que no distinguimos á simple vista, así el prisma analiza la luz y nos hace ver también sus elementos. Si se nos objetase que las de la luz son formas distintas de movimiento, responderíamos que asimismo sucede con los elementos que se sacan del vidrio; pues si vemos los elementos que de éste se sacan, también vemos los colores de las varias especies de luz. Se nos podría probar que los elementos del vidrio tienen propiedades distintas; pero otro tanto pasa con la luz, cuya acción puede ser química en un caso, luminosa en otro y calorífica en un tercero. Y si por fin se alega como prueba la balanza en que se pesan los elementos del vidrio, nosotros podremos presentar las leyes de la mecánica con las que hemos

pesado la presión, densidad y espesor de las tres especies de atmósferas etéreas que rodean la tierra. ¿Qué tiene de extraño que el éter sea triple y no simple como se creyeron por tanto tiempo al agua y al aire?

Las ondas luminosas al pasar, pues, por el prisma se descomponen en sus tres elementos. El impulso, que era igual en el compuesto, á la superficie del vidrio se descompone en tres impulsos iguales; pero como la presión etérea y la solubilidad de cada uno de los tres gases etéreos son distintas, la refracción se hace distinta. La cuestión de la refracción se hace así una cuestión de mecánica: al llegar un rayo sobre el prisma, éste le opone una resistencia perpendicular á su superficie, y el rayo incidente se refracta y sigue un trayecto que es la resultante del esfuerzo que traía el rayo con la perpendicular á su superficie opuesta por el plano. Siendo igual la velocidad de las tres especies de rayos, pues venían formando un compuesto ó mezcla de sus tres elementos en proporciones diversas, ya que sabemos que no todas las luces contienen la misma proporción; siendo igual, repetimos, la velocidad de las tres especies de rayos, la refracción debería ser idéntica. No es así, sin embargo, y esta diferencia de refracción consiste para nosotros en la diferencia de resistencia que el vidrio opone á las tres especies de luz. La prueba es clara: mientras que el gas químico tiene densidad como uno, el gas etéreo la tiene como cuarenta.

Pero dejemos esta cuestión y vamos al espectro ó nuestra escala química. Hemos dicho que todos los cuerpos de la química recorrían esta escala; pues bien, ocupémonos de este punto. Si tomamos un sólido y lo calentamos, emite rayos rojos cuando su éter toma una tensión de 600 á 700 grados; antes su radiación era

oscura y el calor se emitía, además, por contacto; si aumentamos el calor á 1,160 grados, tenemos el espectro completo, pero continuo. Es una escala de densidades, de velocidades, de refracción ó de vibraciones en que ninguna nota nos falta. Si el cuerpo es gaseoso en vez de sólido, la cosa es distinta: cada sustancia va á producir entonces cierto número de rayos que tapan una parte del color anterior y que aparecen como bandas oscuras, si se ha hecho una absorción del cuerpo que producía las rayas antes de llegar al prisma y brillante en el caso contrario.

Pues bien, ¿qué significa esto? Que en cada especie de sustancia hay varios componentes, que estos componentes están colocados dentro de la escala de la luz compuesta, y que por su presencia pueden dar brillo á la parte correspondiente de la escala luminosa ó quitarla si atraviesa su sustancia. Por eso se producen las bandas de absorción, porque una sustancia puede absorber los mismos rayos que emite. Así, pues, una sustancia aparece en el espectro porque sustituye su tensión á cierta porción del espectro. Pero la situación de estas rayas ¿es fija? De ninguna manera. Por otra parte ¿cómo no ver la analogía entre estas rayas y la interferencia de la luz? Si un rayo de luz blanco lo proyectamos sobre otro bajo un ángulo muy agudo y recibimos la imagen, tenemos rayas opacas y brillantes. Esto sucede por un efecto de mecánica muy simple que resulta de la composición de los impulsos. Tomemos, pues, un haz de fuerzas que representaremos por A, B, C, D, y otro que representaremos por las mismas letras, pero minúsculas; de su combinación tendremos haces condensados que serán las rayas brillantes ó intervalos oscuros, que son espacios vacíos.

Las experiencias de interferencia dan, pues, la clave del modo de formación de los compuestos químicos. Si representamos á éstos como notas, tendríamos que decir que en su forma simple ó etérea tiene tres notas, pero cuyos sonidos difundidos ocupan cada uno una gran parte de la escala. En los otros compuestos de la química, por un fenómeno de composición, como en la interferencia de la luz, cada cuerpo simple es un sistema de notas ó una armonía particular. Esto es lo que tiene cada cuerpo de especial, el número y la distribución de sus notas, que se nos revelan por las rayas especiales que cada sustancia presenta en el espectro solar. Este no es un carácter absoluto de su existencia, porque vemos que la temperatura, la presión y los otros compuestos modifican sus notas en su número, anchura de sus franjas y situación en la escala.

De modo que todos los sistemas materiales tienen que estar en armonía con sus condiciones de existencia. Pero ¿cómo con estos datos llenar la distancia que separa los agentes físicos de los cuerpos de la química? Supongamos un líquido, el agua, y un gas, el amoníaco, y veamos cómo puede suceder que 500 volúmenes de gas quepan en un volumen ya ocupado por el agua. El hecho parece á primera vista inexplicable, y, sin embargo, es muy sencillo. El gas amoníaco que se considera, no sufría sino la presión atmosférica como gas especial. Por consiguiente, no contenía ni siquiera un volumen de gas etéreo, pues hemos visto que su presión equivale á 800 atmósferas.

¿Qué es, pues, la densidad? Hemos dicho que es la solubilidad de cada cuerpo respecto del éter; porque á volumen igual y para levantar á una igual altura un peso,

se absorberá tanto más calor cuanto el cuerpo sea más denso. Por otra parte, como la densidad de los cuerpos crece con su equivalente químico, la solubilidad del éter en los cuerpos es proporcional á este equivalente químico.

La gravedad de la tierra resulta pues, de la suma de éter disuelta en su masa. Así la densidad de los cuerpos á la superficie de la tierra depende de su atmósfera etérea, y para cada cuerpo, de su poder disolvente del éter. Y la gravitación de la tierra sobre el sol ¿qué causa tendría? Por una parte dependería de éter disuelto por la tierra, á la que sería proporcional. Por otra parte, como sabemos que la densidad de la atmósfera etérea disminuye con las distancias en los dos cuerpos que se consideran al mismo tiempo, resulta que se hace inversa al cuadrado de las distancias. La cuestión de la gravitación universal se reduce, pues, á la cuestión de igualdad de presiones de los líquidos.

El éter es, por consiguiente, el principio de la pesantez y de la gravitación. Veamos algunos ejemplos. Si tomamos el agua y el gas amoníaco, veremos que aquélla, por la absorción de éste, se hace más pesada; y así si condensamos el aire en un recipiente, dicho aire, que en la atmósfera no pesaba nada, por su condensación pesa. Así, aunque el éter pesa sobre nosotros 800 atmósferas, su peso no lo sentimos más que el atmosférico; pero para elevar un peso notamos al momento el peso enorme de la atmósfera etérea, porque basta el pequeño enrarecimiento que se produce por una pequeña elevación para medir su fuerza.

Cuando se trata de dos cuerpos celestes, como la tierra y el sol, el problema es diferente y se trata entonces de

cuerpos más densos sumergidos en un medio menos denso. La atracción es ahí el efecto de las olas etéreas que se propagan en razón de sus atmósferas, es decir, de sus distancias y la masa ó el éter disuelto. Hay que tomar también en cuenta que el sol y la tierra que están dentro de un medio producen por su movimiento un roce en la atmósfera etérea que los constituye en estados eléctricos opuestos. Tratando del sol y la tierra sería exacto decir que en aquél predomina el elemento calorífico y en ésta el elemento químico. En realidad, todos los movimientos celestes resultan de la corriente que del centro universal se extiende á todos los sistemas y que de todos ellos vuelve al centro. Es, en fin, un flujo y reflujo que tiene el efecto del diapasón sobre la combinación de dos ondas sonoras.

Dr. Erasmo Rodríguez

LA

FUNDACIÓN DEL TEATRO NACIONAL

Los diarios de Santiago han publicado la buena nueva de que un actor español que se halla actualmente entre nosotros tiene el pensamiento de fundar el teatro nacional, para lo cual cuenta con la cooperación de varios literatos ó aficionados á la literatura y de algunos compañeros del oficio. Semejante noticia, que debiera alegrarnos sobremanera, ha caído en el vacío porque no se le ha consagrado, ni dos minutos de atención.—Sea por que no se abrigue confianza en las fuerzas del actor para acometer tamaña empresa, sea porque se dude de que haya en nuestra patria elementos bastantes para realizarla, sea porque no nos gusta el drama ó porque somos esencialmente apáticos para todo lo que se relaciona con el arte, el hecho es que á nadie se le ha dado un ardite de saber que se piensa en semejante proyecto.

Es verdad que nadie tampoco hará guerra declarada y franca á la idea; pero si ésta llega á realizarse,—lo que es dudoso, por esta vez á lo menos,—tendrá que haber

vencido antes, á costa de no pocos sacrificios y de no escasos esfuerzos, la doble conspiración del silencio y de la indiferencia. Los iniciadores de la empresa y los que coadyuven á la realización de sus hermosos fines deben empezar, pues, por sacudir el sopor en que yace el público, por enseñarle que es necesario dedicar unos instantes, siquiera breves, de la vida á los placeres estéticos y por insinuarle que manifieste de algún modo si acepta la proposición,—ya que sería demasiado cruel pedirle su opinión sobre ella.

Ignoro si el que tiene el pensamiento tiene también el ánimo decidido de acometer la magna empresa de fundar el teatro nacional; ignoro, igualmente, si ha estudiado, para iniciarla, cuáles son los medios de que ha menester y si cuenta con probabilidades de reunirlos todos; é ignoro, por último, si dado caso que tenga algunos y resueltos auxiliares, se sentirán éstos con la fuerza suficiente para dar buen comienzo á la obra y con esa constancia y ese entusiasmo que sólo provienen de una aspiración muy imperiosa que induce á la lucha, ó de una fe muy ciega en el éxito de la jornada, para no desanimarse por los primeros contratiempos y para no ceder al desaliento que producen, antes de llegar á la meta que se proponen como término de sus esfuerzos. Lo que no ignoro, de cierto, es que una institución como el teatro nacional, que está por nacer, ó que si ha nacido furtivamente se halla todavía envuelta en el primer pañal que cubre sus pobres desnudeces, ha de encontrar en un principio muchas resistencias y de tropezar con muchos obstáculos, al parecer insubsanables, que la hagan detenerse, siquiera momentáneamente, en su camino.

No será, por tanto, trabajo inútil disertar sobre las

probabilidades de que el teatro nacional comience vida propia entre nosotros y sobre las condiciones necesarias para que dé en ella con seguridad los primeros pasos,—que son siempre los más inciertos y los más difíciles.

Ya hace algún tiempo, un colaborador de la REVISTA DE ARTES Y LETRAS, *Wanderer*, se ocupó, con motivo de la temporada de Sara Bernhardt, en los requisitos de la dramática y en los cambios que esta rama del arte literario ha experimentado en las diferentes edades y en los diversos pueblos. Yo no voy tan allá; mi palique no obedece á otro propósito, como queda dicho, que al de hablar del teatro nacional considerado en cuanto á las probabilidades de su fundación y á las condiciones que son el antecedente necesario del acto de fundarlo.

Con justísima razón ha dicho *Wanderer*, ó sea don Rafael Errázuriz Urmeneta, en el trabajo mencionado, que «el arte dramático requiere para su perfeccionamiento dos constitutivos, dos partes primordiales que forman un solo conjunto: el drama, la primera, y su representación, la segunda. Dos talentos deben trabajar de consuno para presentar ante un tercer elemento,—el público, á la vez testigo y juez,—la obra completa, tan bien concebida por uno como ejecutada y desarrollada objetivamente por otro. Aquél es el autor que piensa y escribe; éste el actor que habla y se mueve sobre la escena.»

Tenemos, pues, en primer término, dos factores principales, esenciales: el drama mismo y la representación de él en la escena. Estos dos elementos se completan y se necesitan de tal suerte que ninguno de ellos es bastante por sí sólo á constituir el teatro, como se le concibe en la acepción más propia de la palabra y como se le debiera de fundar en Chile. La acción dramática ha me-

nester del escenario en que se le represente para adquirir todo su colorido y su pleno desarrollo mediante la encarnación de los personajes en los actores, hombres de carne y huesos, capaces de reflejar las pasiones humanas, y mediante el auxilio de la pintura, de la arquitectura y de otras artes, de menos participación ahora, como la música y la danza.

Pero hay otro elemento que debe tomarse en cuenta, aunque no sea requisito intrínseco de la existencia del teatro:—el público.

Si descendemos el teatro de las regiones platónicas en que los autores escriben por amor al arte y en que por el mismo sentimiento representan los actores, sin el acicate de los aplausos y sin la esperanza vulgar pero poderosa del lucro pecuniario, al mundo real en que vivimos y en que las facultades del alma, aun las más nobles, se ponen al servicio de las exigencias de la vida material; si consideramos que los actores y los autores son hombres como nosotros, envueltos muchas veces en miserias y rodeados de apremiantes necesidades, que para cultivar el arte con gloria y con provecho necesitan consagrarle el tiempo que nosotros consagramos á los negocios, de cualquier linaje que éstos sean; y si advertimos, finalmente, que en nuestros días las ciencias y las artes,—sin que pierdan por eso sus hermosas cualidades,—son armas de combate para pelear la batalla de la vida: con facilidad deduciremos que el público es un señor cuya voluntad deben escudriñar é inclinar á su favor los que tienen el pensamiento de fundar el teatro nacional.

Se puede objetar que el amor al arte es muy poderoso en algunos hombres, y que él basta para alimentar la vida del teatro, y que no hay, por consiguiente, necesidad

de considerar la cuestión por el lado práctico del beneficio material.

Yo no niego la potencia vital del sentimiento artístico; pero afirmo, con todo, que la aceptación pública influye muy mucho en la producción teatral. ¿Se concibe, acaso, que haya autores y actores que concierten sus esfuerzos, dedicándoles todo el tiempo de que disponen, para representar una obra que nadie escucha ni juzga y que nadie aplaude ni paga? Y si es creíble la existencia de casos aislados en tan irregulares condiciones ¿puede creerse del mismo modo que por un conjunto de anomalías se llegue al hecho estable de la fundación del teatro nacional?

Es indudable que nó; sería absurdo suponer que podemos tener teatro si para tenerlo no se cuenta con un público que lo alentase y le diese vida propia.

Pero no sólo en este sentido es el público un factor importante, porque suponiendo que él exista, lo que luego veremos, es necesario conocer y satisfacer su gusto.

He dicho en otra ocasión, y lo repito ahora, que todas ó casi todas las manifestaciones de la actividad humana, inclusas la producción intelectual y la representación artística, están sometidas, directa ó indirectamente, á la ley económica de la oferta y la demanda; esto es, que se establece un paralelismo entre lo que el productor ofrece y lo que el consumidor solicita ó acepta, una balanza en que los platillos fluctúan, es verdad, pero sin que al fin consigan vencerse el uno al otro y lleguen á sufrir un desequilibrio total.

Esta ley rige las relaciones entre los actores y autores, por una parte, y la sociedad por la otra; para que las piezas dramáticas y su representación material cuenten

con el apoyo del público es necesario que sean de su gusto, porque éste es, en materia artística, la norma de lo que el consumidor solicita ó acepta. Sin tal condición, el público se alejaría del teatro, que, desarrollándose en el vacío, tendría forzosamente que morir.

Y bien, ¿hay en Chile, ó si se quiere en Santiago, un público que demande la producción teatral, ó cuando menos que la acepte? Ardua cuestión es ésta que, discutida con calor, ha merecido los honores de una polémica. Tal vez algunos de mis lectores recordarán que cuando se encontraba entre nosotros el eminente actor don Rafael Calvo,—gloria de la escena hispana,—se levantó en la prensa una gran polvareda con motivo de un artículo en que se lamentaba el poco ó ningún entusiasmo por las representaciones de su compañía. Dijeron unos que el público no asistía al teatro porque no le gustaba el drama; otros que porque estaba acostumbrado á la ópera lírica ó porque debiendo optar entre ésta y aquél,—ya que no podía favorecer á ambos en razón de los muchos gastos que tal cosa le demandaría,—optaba por la ópera, impuesta por la moda, y otros, por fin, achacaron el mal á la falta de educación y de gusto artísticos.

Sea por lo que se quiera,—y con esto no pretendo ni deseo desalentar á los que se sientan con alientos para realizar la empresa, que no hay como la experiencia en cabeza propia,—el hecho es que la sociedad de Santiago tuvo en aquel entonces brillante oportunidad de gozar del drama y que, sin embargo, no acudió á él, lo cual es un antecedente para juzgar si el teatro nacional, que no puede tener, por el pronto á lo menos, un conjunto de actores como los de la compañía Calvo y un repertorio como el que aquella tenía, y que debe soportar

además el peso del refrán de que nadie es profeta en su tierra, puede contar con el público como elemento de su existencia.

Este antecedente no es, por otra parte, único y absoluto, porque hay quienes piensan que el público tiene afición al drama y esperan que esta afición se desarrolle al calor del justo orgullo por el teatro nacional. Aunque así fuera, siempre habría de considerarse que la educación artística es escasa y que no cundirá tan rápidamente como es de desear, porque para que cunda falta entre nosotros una crítica juiciosa y permanente, como nos faltan las academias y las conferencias literarias.

Enunciado ya el problema del público, que no porque lo trato de ligero puede pasar inadvertido y sin que se le dé franca y segura solución, vuelvo al punto de partida, los autores y los actores, para subir hasta la fuente misma del teatro,—el asunto teatral.

Es oportuno preguntar, entonces, si tenemos autores dramáticos y si podemos tenerlos en el número necesario para satisfacer las exigencias del teatro.

Cuanto á lo primero, contestaré que de algunos años á esta partes varios jóvenes y caballeros han hecho ensayos ó se han dedicado á la dramática con éxito más ó menos feliz ó desgraciado. No son muchos, es verdad, ni todas las piezas que han publicado con el título de dramas son acreedoras á este título y dignas de ser consideradas seriamente; pero esto debe achacarse, en parte, á la falta de teatro, y en otra parte á la falta de confianza del público en los autores, todo lo cual desanima á éstos y les quita el deseo de lanzarse por un camino sin horizontes.

Es posible y es probable que, llegado el momento de

que una compañía se proponga representar obras nacionales únicamente, aquellas pocas personas de que he hecho mérito y muchas otras que ahora permanecen en la inacción y que quizás les igualan y les aventajan en fuerzas, empleen las suyas en preparar algunas piezas dramáticas. La escena será para los autores una fuente inagotable de esperanzas y los aplausos del público un aliciente bastante poderoso para que traten de conquistarlos.

Pero dudo de que entonces el número de autores sea tal que pueda abastecer las necesidades de un teatro (tomada la palabra en el sentido de temporada de representaciones), de un teatro en que se habrá de hacer estrenos con mucha frecuencia para que la novedad produsca impresión en el audiotrio.

Se comprende que en una ciudad populosa y cuyos habitantes son aficionados al drama, pueda una pieza ser representada diariamente y durante mucho tiempo, porque los que una vez presencian su representación, apreciadores de los méritos que encierra, vuelven á verla de continuo y tienen placer en examinar el conjunto, en apreciar un detalle, y en la impresión que les causa una escena, un diálogo, una frase y hasta una actitud; y además el público es bastante numeroso para renovarse casi día á día en la asistencia al teatro. Pero en Santiago, por efecto de la poca población es una misma la gente, la parte del público que acude siempre á los espectáculos teatrales, como por efecto del poco gusto literario no asiste muchas veces á la representación de la misma obra. Por este motivo necesitaría tener la empresa del teatro un gran repertorio, y como él no existe ni es fácil improvisarlo en un día, ni llegar á formarlo en uno ni en

dos años, es dudoso que pueda por ahora fundarse de un modo estable y serio el teatro nacional.

El trabajo del repertorio puede prepararse paulatinamente porque hay autores que escriban dramas y asunto sobrado sobre qué escribirlos.

Yo no pienso en esta materia como un amigo mío, para quien la fundación del teatro nacional es una quimera, porque, según él, nuestra sociedad está todavía en pañales y no ofrece, por consiguiente, paño de qué cortar al dramaturgo.

Es cierto que en cuanto á sociabilidad no tenemos muchas notas características que nos distingan del modo de ser social español ó francés, pero aun dentro de nuestra reducida individuación hay un vasto campo de observación y recursos suficientes para millares de piezas dramáticas que serían espejo y retrato de nuestra sociedad, aun cuando, como ella, tuviesen mucho aire francés ó español.

Y además, para que el teatro sea nacional ¿es necesario de toda necesidad que el asunto de la pieza dramática sea también esencialmente nacional?

Algunos creen que sí; pero otros, con mayor razón, á mi juicio, opinan que nó, apoyándose en que las pasiones del alma, los sentimientos humanos, no reconocen nacionalidad y son unos mismos, con pequeñísimas diferencias, si las hay, en todo el mundo, y comunes á todos los pueblos.

Con referencia á este asunto, dice *Wanderer* que "puede haber generalidad ó particularidad. El drama, ó es espejo fiel de una época, de un solo pueblo, de unas costumbres dadas, ó, en cambio, es espejo fiel de un grupo de hombres, no como individuos determinados y

precisos sino como miembros de la vastísima sociedad humana.

«En uno y otro caso los efectos son muy diferentes.

«En el primero la limitación perjudica, porque pasadas esas circunstancias, ó esas condiciones especiales, pierde el drama su significación ó su simpatía para los demás hombres. En el segundo, por la inversa, éstas jamás terminan, toda vez que hay caractéres, tan indelebles como análogos, comunes á todos ellos y que están lejos de depender, para su nacimiento y desarrollo, de sitios, de tiempo ó de comunidades determinadas.

«Por eso no hay duda de que mucho más dramáticas serán las obras en que se ponen en juego caractéres y pasiones propios á la humanidad en conjunto, que aquellos en que solamente se desarrolla el carácter específico nacional; mucho más dramático será siempre lo *patético* universal que lo *patético* individual.»

Luego, pues, si exceptuamos la comedia de costumbres propiamente tal, que tiene por base necesaria el modo de ser nacional específico, el teatro, en sus diversas ramas, antes repudia que necesita la particularidad de un pueblo porque *la limitación perjudica.*

Para no prolongar desmesuradamente estas páginas con demostraciones que serían inútiles después de las palabras citadas, pondré un ejemplo que evidencie cuanto queda dicho.

La dramática española, que aspira ahora á colocarse en el puesto de honor que tuvo en el siglo de oro, cuenta entre sus grandes producciones á *El Gran Galeoto*; nadie puede poner en duda que este drama es español, hijo y orgullo legítimos del teatro español; y, sin embargo, no es un drama nacional. La idea que le informa y

le da vida, las pasiones y caracteres y aún las situaciones dramáticas principales, no tienen el sello de la nacionalidad española; antes por el contrario, son el espejo de las pasiones y de los sentimientos de la humanidad en el período ó en el siglo actual.

Se descubrirá en *El Gran Galeoto* algo característico de la sociedad española, la argamasa que liga y da unidad á los demás elementos del soberbio edificio; pero la piedra y los cimientos en que éste descansa son productos que se encuentran diseminados en la vasta sociedad humana.

Así, pues, aun cuando nuestro modo de ser social, á la manera de tierra completamente estéril, no fuese apto para el drama,—como lo es en realidad y en abundancia,—no sería éste por sí sólo un motivo para negar la posibilidad de la existencia del teatro nacional.

Supuesto el hecho, para muchos problemático, de que no falta quiénes escriban dramas,—siquiera esos pocos no hayan acreditado de un modo formal sus grandes y acentuadas facultades de dramaturgos,—y aceptado que tenemos lo universal y lo individual como doble fuente de inspiración dramática, correspondería, siguiendo la lógica de las ideas, tratar de los actores y de su escuela de declamación y de mímica.

Esta materia podrá tener lato desarrollo cuando llegue el momento, por desgracia demasiado lejano, de que se abra una clase ó escuela de declamación y, más comprensiva aún, de preparación dramática, para realizar el bello ideal del teatro con actores nacionales, complemento del teatro verdaderamente nacional; mas nó ahora que sólo puedo, para no salirme de los límites que me he impuesto, estudiar las condiciones del actor que se propone realizar

la empresa en que me ocupo; y este estudio no lo haré yo porque no tengo conocimiento cabal de sus cualidades escénicas, ni sé quiénes son los colegas comprometidos á secundarle.

No echaré, sin embargo, en olvido que el empresario ó el censor de la compañía llamada á representar las piezas nacionales, además del talento indispensable en los que acometen y dirigen una grande obra de inteligencia, necesita tener ilustración y gusto literarios y siquiera mediano conocimiento de nuestra sociedad: lo primero para hacer la censura de las obras que puede y que debe representar, guiando al propio tiempo por los senderos de la belleza el movimiento en favor de la fundación del teatro nacional; y lo segundo para tener una norma relativa de conducta crítica que le permita armonizar la producción teatral con el gusto y las costumbres del público que la fomenta y la estimula.

Estas dos condiciones de la ilustración y gusto literarios y del conocimiento de la sociedad, necesarias, sin duda, en todo empresario ó censor de compañía teatral, son indispensables en quien desempeñe este papel en Santiago, donde, por falta de crítica permanente que ayude á la primera y por incompetencia del público en general para darse y dar cuenta de las impresiones que recibe en materia de arte dramático, necesita decisión mucho mayor y mucha más firmeza de criterio que en otras partes á fin de que la empresa no se vea en peligro de fracasar.

Como no pertenezco por entero al número de los eternos optimistas que encuentran bueno cuanto se hace y que creen hacedero cuanto sueñan, si aplaudo con todas las veras de mi alma á los que intentan fundar el teatro

nacional, dudo mucho de que dicha fundación pueda realizarse de luego á luego. La razón es obvia: aunque tengamos algunos autores dramáticos y aunque los actores sean de primer orden y la censura no deje nada que desear, nos falta la vida literaria y el amor al arte en la sociedad, nos falta el ambiente en que la dramática nacional puede desarrollarse y prosperar. Pasado el primer entusiasmo, como la atmósfera que nos rodea no es propicia al drama, nos faltarían los actores y después los autores y volveríamos á quedar como estábamos y con un desengaño más.

Lo único que por ahora puede hacerse, y no es poco, es lo que ha resuelto la empresa de las *tandas* del Teatro Santiago, á saber, ensayar algunas piezas nacionales para representarlas alternativamente con las demás de su repertorio. Esto será un aliciente y un estímulo para los autores. Pero ¿se llegará de semejante manera, como cree la empresa, á formar el teatro nacional? Lo pongo en duda. Sin embargo, si lo que ahora se comienza á realizar es el primer paso hacia la fundación de nuestro teatro, que vientos prósperos hinchen las velas de la barquilla que se intenta soltar al mar de la vida y que el aplauso público salude al que la suelta.

LUIS COVARRUBIAS

Abril de 1888.

INSTRUCCIÓN

PARA LA LECTURA Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS DE IMPRENTA

(Continuación)

De la puntuación

No se pone coma entre los grados y los minutos:

El faro se halla situado á 35° 28′ 15″ latitud N. y á 1° 17 20″ longitud O.

pero sí para separar las fracciones de segundo:

17° 23′ 15″,7

La coma es necesaria en las cantidades después de la columna de las unidades de millar:

1 985 780.328,345

En las cantidades que han de sumarse, puede suprimirse reemplazándola por un blanco:

23 467 238
142 341 075

pero no es necesaria hablando de fechas, páginas ó artículos:

Página 1124 del tomo primero
Artículo 1426 del *Código Civil*
El año 1200 de la hégira

El signo de interrogación debe ponerse tanto al principio como al fin de la pregunta. Lo mismo debe prevenirse respecto al uso del punto admirativo (1).

La interrogación y la admiración se ponen antes de los puntos suspensivos cuando la frase á que se refieren está completa:

¿Te turba el corazón ver que tu amante
se encuentra en este instante
más ufano que el sol?... ¡Prenda adorada!...

y después, cuando la frase queda interrumpida en su enunciación:

Callad... ¿delante de mí
Osasteis...? ¡Temed que el cielo...!
Mas en vano vuestro anhelo
de ofender mostráis así.

(1) Aunque en francés basta el signo de interrogación al final de la pregunta, es indispensable en castellano ponerlo también al principio. La construcción de la frase interrogativa en aquel idioma no puede confundirse con la de la frase afirmativa. No sucede lo mismo en el

La puntuación se coloca después del paréntesis siempre que la frase intercalada modifica á la que le precede, aun cuando lo intercalado termine con admiración ó interrogación:

> La necia curiosidad
> de ver lo que pasa aquí
> á Segismundo (¡ay de mí!),
> de este modo me ha traido.

pero va antes del paréntesis cuando la intercalación, á manera de cita, sigue á una frase terminada:

> ... era una consecuencia del principio que reconocía culpable al vencido en el duelo. *(Costumbres de los franceses.)*

> ... estando en el poder esa gente funesta! (Enérgicas protestas en los bancos de la mayoría.)

Los signos §, ℣, ℟ se ponen sin punto. Lo mismo sucede con las letras mayúsculas que figuran como llamada de nota ó de documentos justificativos, ó que se colocan aisladas en medio de la línea en los diccionarios, catálogos, índices alfabéticos, etc. (1).

No debe usarse indistintamente de la coma y del guión entre las cifras cuando se hace referencia á las

---

nuestro cuya sintaxis es mucho más libre y en el que es preciso dar á la pregunta la conveniente entonación desde el principio, cosa que no podría hacerse sin algún signo que nos advirtiese el carácter del período que se está leyendo, antes de llegar á su conclusión.

(1) Algunos sostienen que la abreviatura *etc. (et cetèra)* no debe ir precedida de coma, porque comprende en sí la conjunción *y (et* en latín); pero ni la Academia Española ni los manuales de tipografía dicen nada sobre este particular, ni es cierto que la coma debe suprimirse *siempre* delante de la dicha conjunción.

páginas de una obra ó á ciertas épocas designadas por años: la coma significa

Véanse las páginas 25, 55... — Años 1810, 1830

que se hace referencia *á* la página 25 y *á* la 55, *al* año 1810 y *al* año 1830; mientras que el guión quiere decir

Véanse las páginas 152-175... — Años 1840-1846...

que hay que ver *desde* la página 152 *hasta* la 175, *desde* el año 1840 *hasta* el año 1846.

Pero el guión, en este caso, no se emplea sino cuando hay un intervalo entre las dos cantidades expresadas; pues no siendo así, se hace uso de la coma ó de la conjunción:

Véanse las páginas 83, 84... — Años 1808 y 1809...

La puntuación se coloca fuera del paréntesis ó de las comillas cuando la frase encerrada no presenta sentido completo:

La Santa Escritura no recomienda más que honrar á tres personas: á un padre (el Decálogo); al príncipe (San Pablo); y al médico (el Eclesiastes).

Los romanos tenían perros atados á la entrada de sus casas, al lado del cuarto del portero, con este aviso: *Cave canen* «Cuidado con el perro», escrito encima.

No se pone puntuación al final de los títulos, sean de portada, de capítulo ó de folio, á no ser que por su ex-

tensión ó por otras circunstancias especiales resultase confusión suprimiéndola.

El punto de las abreviaturas hace al mismo tiempo el oficio de punto final cuando se hallan á la conclusión de un período:

Carecen de singular *albricias, alicates, angarillas, exequias, nupcias, trébedes, víveres*, etc.

pero si les sigue una llamada de nota, el punto que corresponde á la abreviatura queda en su lugar, y después de la llamada va el punto final.

Tocarán las campanas, gritará el pueblo, sonarán alegres músicas, etc. (4).

Del uso de las comillas

Las comillas deben separarse de dos á cuatro puntos (según el tipo y el formato que se hayan adoptado) del principio de la línea en que se coloquen, sea cual fuere el espaciado de los renglones. Si están dentro de la línea, el espaciado se reparte en dos porciones desiguales dejando la mayor delante á las comillas que abren y detrás á las que cierran (1).

Se acostumbra poner las comillas con las puntas hacia arriba cuando *abren* (“), y hacia abajo cuando *cierran* (”) (2). Si son varias las líneas seguidas que llevan

(1) Poniendo las comillas equidistantes de las dos palabras entre las cuales se encuentran, según lo aconsejan los manuales franceses, puede resultar duda sobre el período á que corresponden, principalmente si este es de alguna extensión.

(2) Los tipos que no son de estilo elzeviriano tienen las comillas

comillas, se ponen *abiertas*, esto es, con las puntas hacia arriba, al principio de cada línea, y sólo al fin de la última las cerradas.

Si una cita entre comillas se compone de varios párrafos, se colocarán estas *abriendo* al principio de la primera línea de cada párrafo, y *cerrando* solamente al final de la que termina el último. Y si alguno ó algunos de estos párrafos empieza con nombres de interlocutores, con guiones, puntos suspensivos ó números ordinales, las comillas van siempre delante:

« CÉSAR. ¡Y qué! ¿Con ellas confundir pretendes...

« — Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes...

« ART. 2.º — La costumbre no constituye derecho...

Las comillas que *cierran* se ponen después de la puntuación (1):

...diciéndose fríamente unos á otros: « Estos van á matar á Picado ó al Marqués. »

aunque haya antes de esta una llamada de nota:

« Contra los hombres la envié, no contra los vientos y la mar (3). »

Pero si sigue á la frase una cita, las comillas se colocan antes de esta última:

« ¡Si lo sé, que los dioses me hagan perecer más cruelmente que como me siento perecer cada día! » (TÁCITO, *Anales*, lib. VI, n.º 6.)

---

de otra forma: sus puntas van hacia la derecha cuando («) abren, y hacia la izquierda (») cuando cierran.

(1) Se exceptúa el caso señalado en la página 110 al hablar de la puntuación.

Si ocurriese poner una cita dentro de otra, las comillas van solamente al principio y al fin de la principal, y la intercalada las lleva al principio de cada línea:

« Lo primero que llama la atención es la ininteligible definición del derecho, que parece inventada para obscurecer y confundir las nociones más claras que forman la razón humana. Está concebida en estos términos: « La justa expresión del conjunto de las condi-« ciones externas é internas, dependientes de la libertad y necesa-« rias al desarrollo y realización del fin asignado al hombre por su « naturaleza, es lo que se llama derecho. » En esta definición no se ve ni el principio del derecho ni su autor, ni la razón formal de obligar, ni se puede por ella discernir lo justo de lo injusto. Esta definición parece ser la del derecho que reconocen los ateos, y su admisión sería el triunfo del ateísmo. »

Cuando en una cita hay algún miembro de frase explicativa ó guiones que indican el cambio de interlocutores, no se ponen comillas antes ni después de dichas intercalaciones:

« — ¿Cómo te llamas? *le dijo entonces el capitán, maravillado de su valor.* — Andrés Pereda, *contestó el valiente...* »

pero si el guión indica la separación entre diversos pasajes citados, las comillas cierran antes del guión y vuelven á abrir después :

... Puede juzgarse de ello por los rasgos de buen sentido que se lanzaban contra los sofistas : « Es fácil comprender que esa doctrina no es la sabiduría, decía Hortensio... » — « No han trascurrido mil años desde que se conocen los elementos de la sabiduría, decia tambien Séneca; el género humano... » — « Además, agregaba Perseo... »

Las comillas empleadas como signo de nulidad en las operaciones con cifras, y las que se usan en lugar de *idem,* deben estar con las puntas hacia abajo (»), esto es, cerrando.

No se ponen comillas á las palabras que van con cursiva ni á las citas en verso.

De las llamadas de nota

Las llamadas de nota que mas se usan son las siguientes:

(1) 1 (*) *

Debe preferirse el primero de esos signos para las obras en prosa. En la poesía, puede ser conveniente emplear la cifra *voladita* (1) para no alargar la justificación en las obras á dos columnas. El asterisco se usa principalmente para notas de notas, pues para usarlo en el texto presenta el inconveniente de que si en una página hubiese varias notas, habría que duplicar, triplicar, etc., dicho signo, lo que no presenta buen aspecto. Sea cual fuere el signo que se emplee, debe ser el mismo en el texto que en la nota.

Cuando las notas van al fin de un libro, de un capítulo ó de un tomo, la llamada se indica por una letra mayúscula del mismo tipo de la obra (A); pero si las notas van en la parte inferior de las páginas, ese signo hace referencia á los documentos justificativos.

Si la llamada, sea cifra ó asterisco, va entre paréntesis y corresponde á una frase que está también entre paréntesis, se coloca después de ese signo:

... y principalmente en Séneca) (6).

(1) Llámase *voladita* toda letra ó cifra de ojo más pequeño, que se coloca al costado de una palabra ó número, hacia la parte superior.

La llamada de nota se coloca antes de la puntuación de la frase á que se refiere:

Los indígenas de Chipre, «hombres delicados y de mucho regalo, porque las mujeres son extremadamente lascivas (1),» acogieron á los musulmanes (2), destruyeron á los albaneses que había alistado Venecia y suministraron víveres al ejército turco (3).

Cuando la primera línea de una nota es un verso que no llena por completo la justificación, la llamada se pone al principio de la línea, después de un cuadratín; y sigue á la llamada el blanco necesario para que el verso quede en el lugar que le corresponde al centro del renglón:

(1) ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa!

En casos muy raros, la llamada se coloca al principio de un párrafo: cuando conviene que la explicación de la nota sea conocida previamente por el lector. Es preferible que el autor varíe la redacción para dejar algunas palabras, aunque sean pocas, antes de la llamada.

De los sumarios

El sumario que no llega á ocupar una línea entera, se coloca en medio de la justificación:

De la vanidad en general

Si ocupa una línea completa, conviene, si es posible, disminuir los espacios á fin de que resulte algo más corto por cada lado; ó si el espaciado no lo permite, se

quitan al sumario dos ó tres palabras, según el sentido, para formar una línea más:

De la influencia de la reforma religiosa en las costumbres modernas

De la influencia de la reforma religiosa en las costumbres modernas

Igual cosa se practica para evitar que al fin de la primera línea quede un artículo ó una conjunción.

Cuando el sumario da dos líneas, la primera debe ser llena y la segunda va al centro:

Caracteres de lo que podría llamarse costumbres políticas ó costumbres de la vida pública

Sin embargo, si hubiese que dividir una palabra para que la primera línea quedase llena, sería preferible poner uno ó dos cuadratines á cada lado y llevar la palabra entera á la segunda línea, siempre que esta resultase más corta que la primera:

De las reglas particulares relativas al arrendamiento de casas, almacenes ú otros edificios

De las reglas particulares relativas al arriendo de casas, almacenes ú otros edificios

Si el sumario se compone de más de dos líneas, la segunda y las siguientes se sangran (1) con un cuadra

(1) Llámase *sangría* el blanco puesto en toda línea que lo requiera, al extremo de la misma.

tín; y, en este caso, el uso permite la división, el artículo ó la conjunción al fin de las líneas como si se tratase de composición seguida:

Reclamación del ministro de la República de Chile don Adolfo Ibáñez al gobierno del presidente Balta sobre el trato que se daba en el Perú á los emigrantes y trabajadores chilenos.

Cuando el sumario está dividido en varias partes que forman de por sí otros tantos sumarios, la primera línea de cada uno de estos no se sangra:

Derroteros para ir á la Habana en la estación de los vientos:
Primer derrotero, yendo del N. se toma el Paso de la Mona, entre Puerto Rico y Santo Domingo.
Segundo derrotero, atravesando el gran banco de Bahama.
Tercer derrotero, pasando por el N. de las islas de Puerto-Rico y de Santo Domingo, y por el antiguo canal de Bahama.

Si en el sumario hay párrafos, la primera línea de éstos se sangra con dos cuadratines, y con uno las siguientes:

Derrotero de las naves de poco calado para pasar el gran banco de Bahama: Primer derrotero, atravesando el banco de N E. á S E.:
1.º Se sale del banco al S. de los Riding-Rocks;
2.º Al S. de los *cayos* de Orange, tomando al paso de Croket ó cualquier otro desemboque.
Segundo derrotero, viniendo por el E. y pasando el N. de las islas Vírgenes.

RAFAEL JOVER

(Continuará)

LA ESTATUA

I

Encendí un habano, tomé mi sombrero, mi bastón y me dí á vagar tranquilamente por las calles.

Me sentía completamente feliz: tranquilo el corazón, asegurada mi existencia por un legado que me acababan de entregar, y sin ambiciones de ninguna especie, la vida se me presentaba como un camino despejado y alegre que debía recorrer sin apresurarme, como un perfume que se aspira en toda su plenitud y poco á poco. Ahora, gracias al cuantioso legado de mi abuelo, podía abandonar las leyes por las cuales no sentía grande afición y dedicarme al cultivo de mi arte favorito: la escultura. No exajero al decir que para mí fué la escultura, desde la infancia, una verdadera pasión; complacíame modelando pequeñas estatuas de yeso y de greda, deformes y malignas caricaturas de mis profesores y de mis parientes, que los amigos recibían con aplausos. Mi padre, sobre todo, me reconocía las aptitudes de un segundo Fidias.

Más tarde, en la universidad, asistí con más entusiasmo y más constancia á las clases de escultura que á las de leyes; pasaba horas enteras en contemplación de un torso, de un brazo musculoso, de una escultura antigua; me sentía extasiado ante las divinas proporciones de una estatua griega ó de un gladiador romano. Ahora, por fin, iban á cumplirse mis deseos, iba á dedicarme por completo al arte, nada más que al arte; quizá por eso me sentía tan feliz.

Tenía veintidós años y ¡cosa rara! no había amado aún; eso provenía seguramente de mi escasa afición á los paseos concurridos, á las diversiones ruidosas, pues mi única distracción después de mis estudios y trabajos artísticos, consistía en el paseo de la tarde, en vagar por las calles después de la comida.

Con paso lento y distraído tomé por las calles lejanas abandonándome á la corriente de mis sueños y de mis recuerdos.

¡Cuán agradable es vivir en otras épocas, llamando á la memoria esas gratas emociones de juventud, cuando se abre el corazón á la vida!

Recordé involuntariamente varios episodios de mi niñez, de la época en que aún estaba en el colegio y me divertía mortificando á mis profesores, sobre todo al buen señor Gumpell. No podré olvidar las discusiones que tenía con este buen caballero, imperturbable y cariñoso á pesar de mis burlas, á menudo crueles. Sumido en estos y en otros pensamientos llegué hasta una casa con un patio plantado de naranjos. En el fondo, en medio de los árboles, ¡oh sorpresa!, estaba sentado mi viejo maestro, el buen señor Gumpell que me reconoció y me hizo una acogida tan cariñosa como en otro tiempo; había cam-

biado muy poco, solamente su palidez amarillosa manifestaba los estragos de secreta enfermedad.

Recordamos el tiempo en que habíamos estado juntos; me preguntó por mis amigos de aquella época que habían seguido todos por caminos bien distintos. Continuamos conversando un buen rato hasta que una inesperada fatiga vino á cortar la conversación. Á mis gritos acudieron una sirvienta y una joven, en cuyos brazos dejé al pobre señor Gumpell mientras iba en busca de un médico.

Al cabo de una hora, el enfermo se hallaba un tanto mejor, á pesar de lo cual me vi obligado á pasar la noche en carreras, preparación de baños, de medicinas. Así, por un accidente, se renovó mi amistad con el viejo y querido profesor, y durante los días más difíciles le presté, como era mi deber, los servicios que estuvieron á mi alcance.

En mis conversaciones con el señor Gumpell trataba consolarle, de disipar las sombrías preocupaciones que le asaltaban.

—Usted sanará, señor Gumpel; su enfermedad es pasajera.

—Eso es bien difícil, mi buen Ricardo, bien difícil. Y si llegara á morir, ¿qué sería de Elena, de mi pobre hija Elena?

¡Elena! Me parece verla aún; tenía entonces dieciocho años, grandes ojos verdes, ojeras que los velaban suavemente, facciones esculturales y frente pura, con dos ondas formadas por rizos que se recogían hacia atrás. Nunca he visto una mirada más intensa y al mismo tiempo más suave; nunca he visto un talle más lánguido, más elegante ni más fino. Y respiraba toda su persona un

perfume tan sencillo y tan modesto, que desde el primer instante se conquistaba la simpatía más profunda. Tal vez por eso, desde la primera palabra, nos miramos como dos viejos amigos. Mi historia, bien corta en verdad, la supo ella muy pronto, junto con mis ambiciones, mis esperanzas, mi amor á la escultura. En cambio, me contó la suya, una larga existencia de choques con la miseria, una valerosa resistencia á lo inevitable.

—¿Y el porvenir?

—No lo temo; el buen Dios proveerá.

Y Elena, tan buena como linda, esperaba.

La enfermedad del señor Gumpell siguió su curso, con mejorías inesperadas, empeoramientos y vaivén continuo. Para atender al enfermo y atender al mismo tiempo mis trabajos, llevé mis útiles y mis modelos á una pieza del corredor, donde instalé provisionalmente mi taller. Allí, al mismo tiempo que trabajaba sin descanso, estaba á la disposición de Elena y del señor Gumpell para lo que pudiera serles útil.

Una mañana, mientras preparaba mi tierra, vino Elena á mi taller. Me disponía á reproducir una pequeña estatua de *Dido*.

—¿Por qué no trabaja con modelo?—me preguntó.

—Suelo hacerlo algunas veces.

—Voy á pedirle entonces un servicio.

—El que usted quiera.

—Haga una estatua en que yo le sirva de modelo.

No pude reprimir un movimiento de alegría, pues aquello sobrepujaba mis esperanzas y era, al mismo tiempo; una manera delicada de expresarme su gratitud. Una idea orgullosa cruzó entonces por mi espíritu: es necesario hacer con todo esmero una estatua que me dé á conocer

como artista original. Acepté con efusión las proposiciones de Elena y me prometí comenzar desde la mañana siguiente.

II

¡Maldito barro!... Tiré lejos el palillo, limpié mis dedos en la esponja y me dejé caer en un asiento. Decididamente, la inspiración no venía... á pesar de todos mis esfuerzos, á pesar de que allí cerca, en un canapé, se hallaba sentada Elena. Su cuerpo se doblaba con la delicadeza de una pluma; su pie, fino y elegante, salía un poco del vestido; su cabeza... ¡oh! no la podía copiar.

Era imposible reproducir esos ojos en cuyo fondo dormía la pasión, su sonrisa, la expresión fugitiva de su rostro. ¡Era imposible!

Por la ventana penetraban ráfagas de aire fresco, junto con el dulce ruido de un lejano surtidor; escuchábamos el canto de los pájaros y el rumor incierto de las mañanas de verano. Allí, en medio de la naturaleza engalanada, en medio de las flores, Elena no parecía mujer sino visión de artista. Difícil sería explicar esa emoción producida por la armonía entre personajes y su medio, cuando el personaje tiene relación íntima con los objetos que le rodean; se diría entonces que hasta los árboles se animan, forman parte de una idea y toman vida propia. Por eso, tal vez, estaba Elena tan linda, que hubiera creído en un sueño á no haber visto los movimientos de su pecho, la ligera palpitación de su nariz al respirar.

Hablamos del amor, y recuerdo que en lo más acalorado de la dicusión ella me dijo:

—Hay algo superior al amor humano y egoísta de un hombre y una mujer; es el amor á los que sufren.

Al decir esto, evidentemente lo sentía; su rostro tenía más animación, brillaban con más fulgor sus ojos.

Me dediqué ardorosamente á mi trabajo.

¿Qué relación hay entre el arte y el amor? ¿Es por ventura el arte, como algunos poetas lo aseguran, la suprema revelación de una alma enamorada? No podría resolverlo; tal vez en Beatriz, en Eloísa, en Laura, pudiéramos hallar la chispa que crea, el espíritu de un gran cuadro, de una estatua magistral, de una poesía profunda. Eso meditaba yo al escuchar lo que Elena me decía, y al mismo tiempo, creí ver en ella una Laura, una Beatriz. No sé si en aquel instante pricipió mi pasión ó si existía ya en germen, ni podría asegurar si con el movimiento de Elena que vino á traerme inspiración, vino el primer sentimiento.

Durante la enfermedad del señor Gumpell continué prestándole toda la asistencia que me fué posible; durante los intervalos de descanso trabajaba en mi estatua con ardor, avanzando un poco cada día. Por fin, ¡oh dicha suprema!, concluí la estatua y saqué su molde en yeso. Aquel día todos nos reunimos en mi taller y no hubo sino un grito de admiración para la estatua. Era ella misma, con esa expresión elevada que tenía al hablarme del amor y con esa sencillez que formaba la esencia de su espíritu.

Al concluir esa estatua que me había dado á conocer lo más íntimo del corazón de Elena, estaba enamorado con esa pasión intensa del que ama por primera vez en la edad viril.

III

Era una de esas noches que los poetas cantan y que nosotros, los simples mortales, gozamos solamente. Allá

en el fondo del jardín se respiraba un aire delicioso, y un rayo de luna, deslizándose por entre las hojas de de un naranjo, venía á besar la rosa que llevaba en los cabellos; se hubiera dicho que aquel rayo de luna pensaba como yo. Ni un ruido turbaba la tranquilidad de la noche, ni una hoja palpitaba en los árboles, y nosotros callábamos también.

Ahora me sentía completamente feliz porque estaba seguro de que Elena me amaba. No sólo me lo decía su palabra; cada uno de sus movimientos, cada una de sus miradas manifestaban su pasión. Nos comunicábamos ingenuamente lo que sentíamos, y le describía yo el panorama de nuestra vida futura, los momentos deliciosos que nos reservaba el porvenir.

—Eso es un sueño, Ricardo.

—Nó, es un realidad.

¡Ella me amaba! Muchas veces lo decía en el silencio y al día siguiente se lo hacía repetir.

—¿Me quiere, Elena?

—Bien lo sabes,—me decía en tono de dulce reconvención.

—Quiero escucharlo otra vez... yo soy así... se me figura que con eso será más grande tu cariño.

En las noches de luna preferíamos callar, y solamente la caída de alguna hoja seca turbaba nuestro silencio. Yo gozaba en toda la plenitud de aquel amor, el primero y único amor de mi vida, y la naturaleza era el espejo fiel de aquellos sueños. ¡Cuántas veces, en aquellas noches adorables, apoyó su cabeza en mi hombro mientras yo pasaba mi brazo al rededor de su talle, blando como si fuera de raso y lleno de ardientes palpitaciones! Me extasiaba contemplando la pureza de sus líneas, el candor

de sus grandes ojos verdes, húmedos y emocionados; entonces, involuntariamente, se unían nuestros labios en un beso prolongado y puro.

En aquellas noches profundamente serenas, recibíamos como una tímida caricia los perfumes de rosa y de azahar y nos embriagábamos con el aroma de nuestro primer amor.

Y en el fondo de todo aquello, tristeza, tristeza profunda; yo no me lo explico, pero es lo cierto que en medio de mis placeres más puros viene á turbarme siempre esta idea: ¡cuán pronto se acaban los instantes felices y cómo huyen! Eso pensaba en aquel instante, estrechándola entre mis brazos, cuando experimentaba el inmenso placer de creerla mía. Elena me amaba con todo su corazón; veía en mí, no solamente un hombre, sino también un artista, un sér superior que da ideas y movimiento á un puñado de barro, á un trozo de mármol. Nació aquel amor de la admiración y de la gratitnd que tan fácilmente brotan del alma de una mujer, y luego se abandonó en mis brazos obedeciendo á una ley quizá superior á la naturaleza.

Un día recibí cierta carta de mi madre en que me llamaba urgentemente; antes de partir pedí al señor Gumpell la mano de Elena y fijamos el plazo de tres meses para el matrimonio. Durante ese tiempo arreglaría mis negocios y pediría su consentimiento á mi madre. La despedida fué alegre y triste; mi ausencia sería corta, nada más que el tiempo indispensable, y luego, estaba seguro el porvenir; el último abrazo fué prolongado, tierno y silencioso.

IV

Tres meses después volví á Santiago y me dirigí inmediatamente á casa de mi viejo profesor. Anochecía cuando llegué á su puerta, y seguí derecho hasta un cuarto donde se divisaba una luz. Hallé dos mujeres que conversaban muy bajo y me dirigí á ellas:

—¿Cómo sigue el señor Gumpell?

—Un poco mejor... En este momento duerme.

—Y Elena ¿dónde está?

Las dos mujeres se miraron con sorpresa, se consultaron y dijo una de ellas:

—Hace una semana que murió.

—¡Murió! Elena...

Me sentí anonadado, pulverizado por el dolor y, sin duda alguna, no me dí cuenta cabal de mi desgracia; sabía que una grande amargura me asaltaba... pero algo vago, como en un sueño. Experimenté un zumbido extraño en la cabeza, una nota aguda y tenue que se prolonga y que se hace á cada instante más terrible.

—Señora,—dije á la buena mujer que me había respondido,—me siento enfermo; le agradecería un vaso de agua.

Yo no sé cómo, pero cuando recobré un poco de aliento me hallaba en mi antigua pieza de trabajo, en el extremo del corredor. Por la ventana entreabierta penetraban los rayos de la luna, dulces y dolorosos á un mismo tiempo, como los abrazos de la mujer que amamos y que ya no nos ama. Cerré la ventana cuidadosamente.

Por fin podía entregarme á este pensamiento absurdamente doloroso: ¡Elena ya no existe!

Cerca de mí, sobre una mesa, tenía una botella de coñac, un jarro de agua y un vaso: bebí. Luego, inesperadamente, mis ojos dieron con la estatua de yeso, colocada en el fondo, sobre un tabladillo. Era la grande obra en que había puesto mi alma entera, mi primer amor, mis sueños de artista; se hallaba lánguidamente recostada en un canapé y sus ojos tenían aquella expresión apasionada y solemne con que me dijo: «Hay algo superior al amor egoísta de un hombre y de una mujer, es el amor á los que sufren». Ella lo dijo... sí... ella lo dijo; pero no podía sentirlo porque nos amábamos.

—¡Elena ya no existe!

Pero estaba allí, reclinada en un canapé, doblado su cuerpo de raso de mórbidos contornos, el pelo recogido hacia atrás y atado con una cinta; solamente no tenía su pecho aquella palpitación agitada, afiebrada, de nuestras noches de luna; parecía como que una mano invisible le hubiera sacado el corazón.

—¡Oh!,—exclamé con un movimiento involuntario,— ¡ven, estatua, y dame el beso último!

No puedo recordar la hora de aquella escena; pero sé que desde hacía mucho rato los relojes vecinos no daban campanada alguna; tal vez se había alargado el tiempo.

La estatua levantó la cabeza; aquello no me sorprendía porque me hallaba tan excitado, tan nervioso, tan fuera de mi estado normal, que ya nada podía sorprenderme.

La bujía oscilaba ligeramente inclinando hacia mí su lengua de fuego como si el viento la empujara, y sin embargo, no podía ser el viento porque la ventana y la puerta estaban completamente cerradas. Entonces la estatua bajó de su pedestal y con paso muy lento, solemne,

y terrible, se dirigió hacia mí. Nunca he visto un fenómeno más raro. Todo, á mi alrededor, aumentaba en proporciones: la mesa crecía, el techo se elevaba, las murallas se ensanchaban paulatinamente, y la estatua, por extraño contraste, permanecía siempre lo mismo, pequeña en medio de aquella inmensidad, avanzando lentamente. Por fin llegó junto á mí, se sentó en mis rodillas. ¡Qué fría estaba! Reclinó su cabeza en mi hombro y me dió un beso: un beso lúgubre, helado, casi doloroso... pero un beso...

Cuando los sirvientes penetraron en la sala yo era presa de un atroz delirio; estaba en el suelo en medio de los trozos de yeso, apretando la cabeza de la estatua destrozada contra mi corazón.

LUIS ORREGO LUCO

1883.

¡SILENCIO!

La niña graciosa
de los ojos negros,
de moreno rostro,
de negro cabello,
la de oscuro traje,
la de talle esbelto,
la que ama y envidia
Venus, con ser Venus,
en sueños la vide.
¡Por Dios, ay que sueños!
Tal vez no soñaba...
la vi cabe el lecho
do en ella pensaba
soñando despierto.

—¿Me quieres?—me dijo.
La dije: Te quiero
porque amo la vida
que encienden risueños

con rayos de amores
tus ojos de fuego.
De grana tus labios,
fornátil el cuello,
ligero es tu talle
de gracias modelo.
Las ninfas envidian
tu pie pequeñuelo;
las flores del valle
perfuma tu aliento.
Marchita parece
de inútil empeño,
de amor y vergüenza
la rosa en tu seno.
Si al cielo diriges
tus ojos serenos,
tu regia mirada
más pura es que el cielo.
Las flores renacen
si miras al suelo;
y al alma si miras
¡ay, niña! el incendio
de amores inflamas
que siento en el pecho.

Responde la diosa:
—Si me amas, cual creo,
que unidos se hermanen
tu amor y el silencio.
Romper no pretendas
el mágico velo
que oculta de amores

galanos ensueños.
No enturbie mundano
falaz devaneo,
las ondas que cruza
tu amante secreto.
Si el mundo lo ignora,
conoce tú al menos
que allí el amor mora
do mora el misterio...

Tal dijo, y de entonces,
de entonces me muero
por los negros ojos
y el negro cabello,
y el oscuro traje
y el rostro moreno,
pues tal se me muestra,
soñando ó despierto,
la niña graciosa
de los ojos negros.

KEFAS

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

CONVIVIR

Don Marcelino Menéndez Pelayo, en la HISTORIA DE LOS HETERODOJOS ESPAÑOLES, usa varias veces el verbo *convivir*.

En el tomo 3, página 69, verbigracia, se lee esta frase;

"Los aficionados á estudios históricos, sólidos y macizos de crítica y de investigación, ¿cómo no han de tener por edad dichosa aquella en que *convivieron* y aunaron sus esfuerzos contra el monstruo de la fábula, y barrieron hasta el polvo de los falsos cronicones, y exterminaron una á una la cabeza de aquella hidra, más mortífera que la de Lerma, y limpiaron el establo de Aujías de nuestra historia eclesiástica y civil, tan doctos varones como don Juan Lucas Cortés, Nicolás Antonio, Mondéjar y el cardenal Aguirre, á quien se puede agregar á tan ilustre compañía, perdonándole su debilidad (de que entonces participaban muchos) por las decretales *ante-sivicianas?*"

El DICCIONARIO de la Academia no trae el verbo *convivir;* pero éste es un nuevo ejemplo agregado á los ya citados, de la facilidad y ventaja con que los buenos escritores forman con ciertas partículas compuestos que enriquecen el idioma.

CONVOCATORIA

La ley de 11 de enero de 1879 relativa á quiebras, contiene, entre otras, la disposición que sigue:

"Si la quiebra fuere de bancos de depósitos ó de emisión, la *convocación* y notificación prescritas en los números 6 y 7 se harán por medio de los diarios del departamento en que la quiebra se declare, ó por un solo diario, si en él no se publicaren más. Sin perjuicio de esto, el síndico dirigirá aviso de la *convocatoria* por medio de cartas certificadas á aquellos acreedores cuyo domicilio le fuere conocido."

Según puede observarse, las palabras *convocación* y *convocatoria* están empleadas en este trozo como si fueran equivalentes.

Tal cosa no es exacta.

Convocación significa la "acción de citar ó llamar á varias personas para que concurran á lugar determinado".

Convocatoria, "carta ó despacho con que se convoca".

CORONTA

Don Claudio Gay dió á luz el año de 1865 el segundo tomo de su obra titulada LA AGRICULTURA EN CHILE, la cual forma parte de su grande obra HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE (tomos 11 y 12).

En la página 94 de ese tomo 2.º, se lee este pasaje:

"En los términos de Santiago, la cosecha del maíz se hace en los últimos días de marzo, ó en los primeros de abril. Se calcula que cada planta dará de tres á cuatro espigas, que se sacan del tallo para llevarlas y exponerlas al sol en el patio de la hacienda. Cuando secas, y aún antes, se les quitan las hojas florales, y se desgranan luego después, ó cuando el tiempo lo permite. Esta operación algo molesta se practica frotando espiga contra espiga, ó raspándolas encima de un instrumento en forma de queso de quince á veinte centímetros de superficie, y compuesto de una cantidad de *corontas* paradas y sin granos, de modo que la parte inferior, que es muy dura, forma un plano áspero, sobre el cual corren las espigas."

Según don Pedro Paz Soldán, en el DICCIONARIO DE PERUANISMOS por Juan de Arona, se da en el Perú á *coronta* el mismo sentido que en el trozo de Gay antes inserto.

Esta es una palabra del quichua que, según el padre Mossi, en el DICCIONARIO QUICHUA-CASTELLANO, significa "corazón de la mazorca ó *marlo* del maíz".

El señor Paz Soldán hace notar con fundamento, refiriéndose á la definición que Torres Rubio da de *coronta* (definición que Mossi probablemente ha copiado, puesto que repite la errata), decirse en ella, por equivocación de pluma ó de imprenta, *marlo* por *maslo*, voz con la cual, según el DICCIONARIO de la Academia, se designa el "tronco de la cola de los cuadrúpedos".

Efectivamente, la figura de la *coronta* se asemeja á la de ese tronco de cola.

La Real Academia enseña, en el DICCIONARIO, duodécima edición de 1884, que se llama *tusa*, y en la provin-

cia de Galicia, *carozo*, la "parte leñosa donde están como engastados los granos del maíz".

Ya en el tomo II de la primera edición en seis volúmenes, de los cuales el primero salió á luz el año de 1726, y el segundo, el de 1729, la Academia decía que, "en Asturias, llaman *carozo* á la armadura de la mazorca del maíz".

Don Vicente Salvá, en el NUEVO DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1846, asevera que *tusa* se emplea en la América para designar "la mazorca del maíz sin el grano".

Don Roque Barcia repite lo mismo en su DICCIONARIO ETIMOLÓGICO.

Mientras tanto, puedo asegurar que, en Chile, *carozo* no se emplea ni en el sentido de mazorca sin grano ó *coronta*, ni en ningún otro; y que *tusa* se emplea sólo para denotar la acción ó efecto de *tusar* (anticuado según el DICCIONARIO), ó de *atusar*, "recortar é igualar el pelo con tijeras".

Panoja no debe confundirse con el quichua *coronta*, ni con sus equivalentes castellanos *carozo* y *tusa*.

Panoja es propiamente la *mazorca* del maíz, panizo ó mijo; esto es, en botánica, la "parte de algunas plantas que sostiene sus flores y frutos, y se compone de un agregado de pequeños racimos unidos por sus cabillos á un mismo vástago común, formando un cuerpo más ó menos apretado, como en el panizo, la avellana y otras plantas".

"Coteruco (dice don José María Pereda en su novela DON GONZALO GONZÁLEZ DE LA GONZALERA, capítulo 5, página 95, edición de 1884), tiene los desvanes abarrotados de *panojas*, los pajares henchidos de hierba, las cua-

dras llenas de hermoso ganado, las tinas mediadas de tocino.»

Si *panoja* significara *coronta*, y no *mazorca*, los vecinos de Coteruco habrían sido poco cuerdos al atestar con ellas sus desvanes.

«La única aplicación que hemos visto dar á este despreciabilísimo desecho del maíz (dice Juan de Arona, ó sea don Pedro Paz Soldán y Unanue en el DICCIONARIO DE PERUANISMOS, hablando de *coronta*), es la de tapones, trozándolo para los *porongos* y botellas de ron, miel ó agua de la gente del campo ó de las trashumantes de alforjas.»

Sin embargo, acabo de leer en el BOLETÍN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE AGRICULTURA, establecida en Santiago de Chile desde años atrás, tomo 17, número 10, página 223, fecha 5 de marzo de 1886, haber la sociedad agrícola de Hohenheim recomendado para la alimentación del ganado vacuno la harina de mazorcas con granos ó sin ellos, esto es, la harina de *corontas* mezcladas con otras materias que menciona.

Este es un excelente arbitrio, según dice, para obtener luego mayor producción de carne, leche, mantequilla y queso.

La industria humana ha de descubrir cómo aprovechar los más viles desperdicios.

Antes de terminar este artículo, debo advertir que en Chile no se usa la palabra *panoja*.

CORREA DE CUERO

El Presidente de la República expidió, con fecha 11 de marzo de 1879, un decreto que dice:

"Vista la nota que precede de la superintendencia de aduanas, en que se da cuenta de que la tarifa de avalúos vigente da por error tipográfico un avalúo de cuatro pesos á cada par de *correas de cuero* para estribos;

"Visto el informe de la comisión que formuló la tarifa vigente, en que se expone que el precio que fijó á las *correas de cuero* para estribos, fué el de cuatro pesos por docena de pares;

"Vista la partida 2,484 de la tarifa del año 1878 que fija ese mismo precio por docena de pares; y considerando que el error se hace más manifiesto aún por el excesivo precio que resulta;

"Se declara que el precio fijado en la partida 2,711 de la tarifa de avalúos vigente á las *correas de cuero* para estribos es de cuatro pesos por docena de pares."

El DICCIONARIO de la Academia define como sigue la acepción de *correa* aplicable á este caso: "tira larga y delgada de *cuero* que sirve para atar ó ceñir".

Si la *correa* ha de ser siempre de *cuero*, es pleonástico decir *correa de cuero*.

Esto es exactamente igual á aquello de *hemorragia de sangre* que algunos emplean; ó aquello de *mílite guerrero* que dijo Cervantes en el DON QUIJOTE, parte 1.ª, capítulo 37, y que don Diego Clemencín calificó de pleonasmo solamente excusable por el estado moral del ingenioso hidalgo en cuya boca se pone.

Don Tomás de Iriarte, en el diálogo jocoserio DONDE LAS DAN LAS TOMAN (tomo 6 de sus obras, página 72, edición de 1787), ha censurado las redundancias de esta especie.

"*Traductor.*—Lea usted solo este verso.

"*Don Cándido.*

"La *faz* acompañando de un *semblante.*

"*Traductor.*—¿Qué tal? Esa no se la esperaba usted. Una *faz* acompañada de un *semblante* me parece que es albarda sobre albarda, *luto negro, duo entre dos* y *círculo redondo.*

"*Don Justo.*—Yo conocí uno que decía *arboleda de árboles* y *terremoto de tierra.*"

Sin embargo, ha de tenerse presente que, no sólo individuos del vulgo, que hablan sin fijarse en el lenguaje, sino verdaderos literatos que se esmeran en manejar bien el idioma, cometen pleonasmos de esta especie.

Algunos de dichos pleonasmos están ya admitidos, son aún exigidos por el uso general.

Bandada, según el DICCIONARIO, significa "número crecido de *aves* volando juntas".

Parecería entonces que no debía de poder decirse: *bandada de aves* ó *de pájaros,* sino simplemente *bandada,* lo cual basta en rigor para denotar un número crecido de aves ó de pájaros que vuelan juntos.

Mientras tanto, don Eugenio de Ochoa, en su traducción de la conocida novela de Víctor Hugo, NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, libro VI, capítulo II, ó mejor tomo II, página 38, edición de 1856, se expresa así:

"En tiempo de la arquitectura, el pensamiento se hacía montaña y se *apoderaba poderosamente* de un siglo ó de un país; ahora se hace *bandada de pájaros,* se esparce por los vientos y ocupa á la par todos los puntos del aire y del espacio."

El DICCIONARIO da á *pluma,* entre otras acepciones, las que siguen;

1.ª "Cada una de las piezas de que está cubierto el

cuerpo de las *aves*, pieza que consta de un tubo ó cañón inserto en la piel y de un ástil guarnecido de barbillas.»

2.ª «Conjunto de *pluma:* un colchón de *pluma*.»

3.ª «*Pluma de ave* que, cortada convenientemente en la extremidad de su parte hueca y córnea, llamada cañón, sirve para escribir.»

4.ª «Instrumento de metal, semejante al pico de la *pluma de ave* cortada para escribir, que sirve para el mismo efecto, colocado en un mango de madera, hueso ú otra materia.»

5.ª «*Pluma* preparada para servir de adorno, ó adorno hecho de *plumas*.»

6.ª «*Pluma* artificial hecha á imitación de la verdadera.»

7.ª «Cualquier instrumento con que se escribe en forma de *pluma*.»

Desde que *pluma* es parte ó elemento integrante del cuerpo de un *ave*, resulta (hablando en general) una redundancia si se dice *pluma de ave*, porque, en el significado de *pluma*, va envuelta la condición necesaria de pertenecer á un *ave*.

Efectivamente, nuestros clásicos emplean á menudo *pluma* en vez de *pluma de ave*.

En el romance de don Luis de Góngora titulado ANGÉLICA Y MEDORO, se leen estas estrofas:

Blando heno, en vez de *pluma*,
para lecho les compone,
que será tálamo luego
do el garzón sus dichas logre.
. . . . . .

Todo sirve á los amantes;
plumas les baten veloces

airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.

En la EPISTOLA MORAL de don Francisco de Rioja, se leen estos tercetos:

Más precia el ruiseñor su pobre nido
de *pluma* y leves pajas, más sus quejas
en el bosque repuesto y escondido,

que agradar lisonjero las orejas
de algún príncipe insigne, aprisionado
en el metal de las doradas rejas.

La Real Academia, en vez de *pluma de ave*, dice simplemente *pluma* en las definiciones antes mencionadas de las acepciones 2.ª, 5.ª, 6.ª y 7.ª

Á pesar de lo que enseña en la definición de la acepción 1.ª, dice *pluma de ave* en las definiciones de las acepciones 3.ª y 4.ª

Don M. Núñez de Taboada, en el prólogo de su DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA, 1824, no consideró propio el que la Academia española, en su DICCIONARIO, edición de 1822, hubiera dicho, definiendo una de las acepciones de *cañón*, la "*pluma de las aves* cuando empiezan á nacer".

"*De las aves* está demás, dice Taboada. Las *plumas* no pueden ser sino *de las aves*".

La docta corporación no debió tener por fundada esta observación, puesto que, en la duodécima edición de 1884, enseña que *cañón* significa "*pluma del ave* cuando empieza á nacer".

Rama, según el DICCIONARIO de la Real Academia, es "vástago ó vara que brota del tallo principal de la planta ó *árbol*".

Dada esta definición, parecería que no puede decirse *rama de árbol*, porque la primera de estas tres palabras significa por sí sola lo que las tres juntas, y, en consecuencia, el complemento *de árbol* es inútil.

Tal ha sido la práctica de nuestros más acreditados escritores.

Entre otros ejemplos, se encuentra en LA ARAUCANA de don Alonso de Ercilla, canto 4, tomo I, página 78, edición de la Real Academia, 1866, este pasaje:

> Por la alta cuesta de Purén subían,
> y en el más alto asiento y descubierto
> los caminos de *ramas* ven sembrados,
> señal de paga y junta de soldados.

En la CANTILENA DE UN PAJARILLO de don Esteban Manuel de Villegas, se leen estos versos:

> Ya cansado callaba;
> y al nuevo sentimiento
> ya sonoro volvía.
> Ya circular volaba;
> ya rastrero corría;
> ya, pues, de *rama* en *rama*,
> al rústico seguía.

Al poeta moderno don Salvador Bermúdez de Castro pertenece la estrofa que va á leerse:

> Nada me importa mi ceniza fría
> donde vaya á parar: irá á la nada,
> á donde va la *rama* abandonada,
> á donde va esa flor.

La Real Academia designa con solo la palabra *rama* la idea de *rama de árbol*.

Ejemplos de ello son las dos siguientes definiciones de dos de las acepciones correspondientes á *ramo*.

1.ª «*Rama* de segundo orden, ó que sale de la *rama madre*.»

2.ª «Conjunto ó manojo de flores, *ramas* ó hierbas, ó de unas y otras cosas, ya esté formado al acaso, ó ya con cierto orden, como el ramillete.»

Á pesar de esto, el DICCIONARIO, entre las acepciones que da á *gajo*, menciona la de *rama de árbol*.

Ercilla, en las dos siguientes octavas de LA ARAUCANA, canto 16, ó sea en el tomo II, páginas 17 y 18, edición de la Academia, emplea las palabras *rama* y *pluma* sin acompañarlas de complementos pleonásticos.

Unos presto destechan los pajizos
albergues de los indios ausentados;
otros, con tablas, *ramas* y carrizos,
al nuevo alojamiento van cargados;
y sobre *troncos de árboles* rollizos
en las hondas arenas afirmados,
gran número de ranchos levantamos,
y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
de la necesidad misma instruídos
por techos y apartados rinconcillos
tejer y fabricar los pobres nidos,
que de pajas, de *plumas* y ramillos
van y vienen los picos impedidos;
así, en el yermo y descubierto asiento,
fabrica cada cual su alojamiento.

Nótese en la primera de estas dos octavas la expresión redundante de la misma clase *troncos de árboles*, la cual ha sido empleada también por don Tomás de Iriarte en la fábula EL SAPO y el MOCHUELO.

Escondido en el *tronco de un árbol*
estaba un Mochuelo.

Ercilla, en el canto 36 de LA ARAUCANA, como puede verse en la edición de la Academia, tomo II, página 380, emplea *tronco* en vez de *tronco de árbol.*

Corrí una media milla, do un escrito
quise dejar para señal bastante;
y en el *tronco* que vi de más grandeza,
escribí con cuchillo en la corteza:
—Aquí llegó, donde otro no ha llegado
don Alonso de Ercilla...

He citado antes un pasaje en que Iriarte censura la expresión *arboleda de árboles;* pero ha de saberse que Ercilla usa una bastante análoga en una octava del canto 23, tomo 2, página 143, edición de la Academia.

... Nos hallamos
en una *selva de árboles* horrenda.

Quizá el fundamento de haberse aceptado, no sólo por el vulgo, sino por la gente literata, los pleonasmos *bandada de aves, pluma de ave, rama de árbol, tronco de árbol* y otros parecidos, es el que voy á indicar.

Cuando el complemento de *bandada,* de *pluma,* de *rama,* y de *tronco* denota, no los géneros *ave* y *árbol,* sino una especie de estos géneros, tiene indispensablemente que ser expresado: *bandada de golondrinas* ó de *palomas, pluma de águila* ó de *loro, rama de laurel* ó de *mirto, tronco de naranjo* ó de *roble* y otros semejantes.

Como esto sucede con mucha frecuencia, se ha ido

introduciendo y arraigando la práctica de enunciarlo aún cuando se refiera al nombre genérico, y no á uno especial.

Desde que ha habido que recurrir á la catacresis de *pluma de acero*, ó de otro metal cualquiera, ha llegado á ser inevitable el pleonasmo de *pluma de ave*, cuando se quiere designar la que sido preparada para escribir.

Es excusado el advertir que ninguna de las razones que pueden autorizar las redundancias *bandada de pájaros*, *pluma de ave*, *rama* ó *tronco de árbol*, es aplicable á la de *correa de cuero*.

Además ha de tenerse presente que el uso es caprichoso para tolerar estas redundancias.

Hay palabras que se encuentran á este respecto en la misma condición que *bandada*, *pluma*, *rama*, *tronco*, y con las cuales, sin embargo, no podría hacerse lo que con éstas.

Aunque se dice, verbigracia, *tabla de álamo*, *tabla de alerce*, *tabla de pino*, no podría decirse *tabla de madera*.

CORRIDA

Don José Bernardo Lira, en su EXPOSICIÓN DE LAS LEYES DE MINERÍA DE CHILE, título VI, página 89, cita un bando de la diputación de minas de Copiapó, que dice así:

"Nuestras ordenanzas han fijado en doscientas el número de varas de *corrida* que debe tener cada pertenencia de mina, sea que ésta se conceda á un descubridor ó al denunciante de mina despoblada, con sólo la diferencia que al descubridor le conceden dos ó tres pertenencias según los casos, y al que denuncia en veta conocida

ó mina abandonada sólo le otorgan una, pero nunca mayor de doscientas varas. Se ha acostumbrado, sin embargo, dar mensura de cuatrocientas, de seiscientas y aún de más varas de *corrida*, haciendo de varias pertenencias una sola cuadra; y lo que es más contrario aún á la letra y espíritu de las ordenanzas, se ha tolerado mantenerlas todas con un sólo trabajo.

Léase ahora el artículo 24 del CÓDIGO DE MINERÍA DE CHILE.

"*Artículo 24.* Fuera de los casos y personas expresamente exceptuados en la ley, nadie podrá adquirir á título de descubrimiento ó denuncio más de una pertenencia sobre una misma veta ó *corrida;* pero cualquiera persona hábil puede adquirir por otros títulos las que quisiere sin limitación alguna."

El DICCIONARIO de la Academia no da á *corrida* la acepción que se le atribuye en los pasajes preinsertos.

COVADERA

El artículo 1.º de la ley de 16 de enero de 1879 dice así:

"*Artículo 1.º* Se concede á los descubridores de *covaderas* en el territorio de la República la mitad de las utilidades líquidas que reporte el estado en la explotación de ellas, no pudiendo exceder, en ningún caso, esa mitad de la suma de cien mil pesos."

Covadera está empleado en el artículo citado en el sentido de *depósito de guano.*

Esta palabra no se encuentra ni en el DICCIONARIO de la Real Academia ni en ningún otro.

CUADRILLA

> Y mientras él con tanto afán calcula,
> compara, y piensa inmóvil en su silla,
> su intrépida mujer cambia y anula
> las antiguas costumbres de la villa.
> Á las mozas y mozos inocula
> en el vals, la mazurca y la *cuadrilla*.
> Ya desprecian su honrada parsimonia,
> y se lavan con agua de Colonia.

La que acaba de leerse es la octava 26 del DON POLICARPO, una de las LEYENDAS ESPAÑOLAS de don José Joaquín de Mora.

La palabra *cuadrilla*, usada en ella por su autor, es muy común en Chile, y creo que en toda la América española para designar una especie de contradanza que se ejecuta con frecuencia en los bailes de la alta sociedad; pero el DICCIONARIO de la Academia no la admite.

CUARTELERO

El artículo 43 del reglamento del cuerpo de bomberos de Antofagasta, cuerpo que fué declarado persona jurídica por decreto del presidente de la República fecha 16 de mayo de 1884, dice así:

"*Artículo 43.* Los cuarteles deben estar siempre aseados, y con el material listo para el servicio; así que, á la vuelta de incendio, el primer deber del *cuartelero* será limpiar, arreglar y componer, en caso necesario, todo el material."

Cuartelero es un vocablo formado con estricta sujeción á las leyes de nuestro idioma; pero no lo he oído ni leído en ninguna otra ocasión.

CUENTISTO

En el lenguaje familiar de Chile, suele decirse *cuentisto* por *cuentista*, "que tiene la mala costumbre de llevar cuentos ó chismes de una parte á otra"; así como suele decirse *pleitisto* por *pleitista*, "sujeto revoltoso, que, con ligero motivo, mueve y ocasiona contiendas y pleitos".

CUERDA

En el foro de Chile, se da á esta palabra un significado que no tiene absolutamente según el DICCIONARIO de la Real Academia.

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro II, título I, capítulo I, número 285, se expresa así:

"Dícese que varias personas litigan *por una sola cuerda*, cuando obran en juicio representadas por un sólo y mismo procurador. Suele entenderse también en el foro, que litigan *por una cuerda* todos los que comparecen por sí al juicio de tal manera que todos suscriben los pedimentos que presentan; pero en rigor no es esto lo que quiere la ley, ni lo que conviene al contendor, porque la comparecencia personal de varios litigantes, aumentando necesariamente el número de notificaciones, hace siempre más costosa la sustanciación del juicio.

"Se manda litigar *por una cuerda* á varias personas cuando todas hacen el papel de actor ó de reo, y sus acciones ó defensas son unas mismas."

El señor Lira, en una nota del citado número 285, agrega lo que va á leerse:

"*Pedir por cuerda separada* es otra locución de que se

hace uso en el foro para indicar que ciertas peticiones deben formularse en pedimento á ellas principalmente dirigido, con el cual ha de formarse ramo ó, como generalmente se dice, *cuaderno separado.* Así, por ejemplo, el privilegio de pobreza no puede impetrarse como petición accesoria de pedimento alguno perteneciente al juicio mismo en que este favor ha de aprovechar, de manera que, si se introdujera por adición en este juicio, podría el juez negarse á proveerlo, mientras no se le pidiera *por cuerda separada,* es decir, en ramo separado.»

No acierto á explicarme el origen de estas expresiones forenses *litigar por una misma cuerda* ó *pedir por cuerda separada.*

¿Aludirían por acaso á la *cuerda* con que, en otro tiempo, solían ir atados unos á otros los penados que eran llevados á cumplir en los presidios sus condenas?

Si así fuera, la metáfora sería tan innoble como impropia.

El artículo 255 de la ley española de enjuiciamiento civil aprobada en 5 de octubre de 1855, es el que se copia á continuación:

«*Artículo 225.* En el caso de ser varios los demandados, se les obligará á que litiguen unidos y bajo una misma dirección, si fueren unas mismas las excepciones de que hicieren uso.

«Si fueren distintas, podrán hacerlo separadamente.

«En este último caso, se otorgará á cada uno de ellos y sucesivamente, el término para contestar.»

Los cuatro artículos que siguen de la ley española citada pueden aclarar la cuestión propuesta.

«*Artículo 337.* Los incidentes, para que puedan ser calificados de tales, deben tener relación más ó menos

inmediata con el asunto principal que sea objeto del pleito en que se promuevan.»

«*Artículo 338.* Siendo completamente ajenos á él, los jueces los repelerán de oficio, sin perjuicio del derecho del que los haya promovido para solicitar en otra forma lo que haya sido objeto de aquéllos.»

«*Artículo 339.* Los incidentes que opongan obstáculos al seguimiento de la demanda principal, se sustanciarán en la misma *pieza de autos*, quedando entretanto en suspenso el curso de aquélla.»

«*Artículo 340.* Los que no opongan obstáculo á su seguimiento se sustanciarán en *pieza separada*, que habrá de formarse con los insertos que ambas partes señalen, y á costa del que los haya promovido.

«Éstos no suspenderán la sustanciación de la demanda.»

Los antecedentes expuestos manifiestan que la expresión *litigar por una sola cuerda* ha de ser reemplazada por la de *litigar por una sola voz*, si queremos ajustarnos al lenguaje de El Fuero Real de España; ó por la de *litigar unidos y bajo una misma dirección*, como dice la ley española de enjuiciamiento civil; ó por la de *litigar representados por un solo y mismo procurador*, como dice Lira.

Los mismos antecedentes demuestran que la expresión *pedir por cuerda separada* ha de reemplazarse por la de pedir que un asunto se sustancie *en pieza separada de autos*, como dice la ley española, ó en *cuaderno separado*, como dice Lira.

CUESTIÓN

Don Rafael María Baralt, en el Diccionario de Galicismos, escribe lo que se copia en seguida:

"*Cuestión* es, en su primera y fundamental acepción, *pregunta que se hace ó propone para averiguar la verdad de alguna cosa controvirtiéndola.*

"—Siempre me venís con demandas incógnitas y me preguntáis *cuestiones* peregrinas.—(Guevara, citado por la Academia, DICCIONARIO, primera edición.)

"—Esta *cuestión* si es libre ó si es esclavo,
causa alborotos y gritos en la escuela.

"(BARTOLOMÉ ARGENSOLA)

"Hay, pues, *cuestiones teológicas, filosóficas, políticas,* etc.; pero, para ser tales, deben tener los requisitos que exige la definición; donde nó, serán *tesis, puntos, lugares, problemas, disquisiciones,* pero no *cuestiones teológicas, filosóficas, políticas,* etc.

"Así una *pregunta* común que no verse sobre asunto *controvertible y que se controvierte,* no es *cuestión,* como tampoco lo es un punto *controvertible y que se controvierte,* si no tiene la forma de *pregunta hecha ó propuesta* para averiguar la verdad de la cosa discutida.

"En el álgebra, *cuestión* es un problema en que, mediante ciertas cantidades conocidas, se han de buscar una ó más incógnitas.

"Fuera de estos casos, *cuestión* sólo se dice en castellano de la *riña, pendencia, quimera* ó *alboroto.*

"Donde vilmente enconados
en robar dos recentales,
se trabaron de *cuestión*
con los bárbaros gañanes.

"(CALDERÓN)"

El DICCIONARIO de la Real Academia Española, en la reciente edición de 1884, señala á *cuestión* el significado de *punto controvertible*, no cuando éste toma la forma de *pregunta*, como pretende Baralt, sino en todo caso.

Cuestión, dice, es "oposición de términos lógicos ó de razones respecto á un mismo tema, que exigen detenido estudio para resolver con acierto".

Entre las acepciones que el DICCIONARIO asignaba á *punto* ya desde la undécima edición de 1869, se encuentran las dos que siguen:

1.ª "Cada una de las *cuestiones* que, picando en un libro, salen en las hojas para que elija el que ha de leer en la oposición."

2.ª "Parte ó *cuestión* de una ciencia: *punto filosófico teológico.*"

Como se ve, para el DICCIONARIO de la Academia *cuestión* (tenga ó nó la forma de pregunta) equivale á punto cuya resolución exige estudio detenido.

Baralt, en el DICCIONARIO DE GALICISMOS, sostiene que no ha de decirse el *asunto en cuestión.*

Sin embargo, puedo, entre otros muchos, citar para contradecirle ejemplos de dos maestros modernos del idioma castellano.

Don Manuel Bretón de los Herreros, en la comedia FRENOLOGÍA Y MAGNETISMO, acto único, escena 1.ª, emplea la locución *cláusula en cuestión*, que tanto vale.

Don Juan Eugenio Hartzenbusch, en la comedia LA COJA Y EL ENCOGIDO, acto 2.º, escena 6.ª, emplea la censurada locución *asunto en cuestión.*

CÚMPLASE

Don José Bernardo Lira, en el PRONTUARIO DE LOS JUICIOS, libro 2, título 3, capítulo 1.º, número 437, enseña lo que sigue:

"Si contra la sentencia se interpuso algún recurso, una vez devuelto los autos por el tribunal superior, se acostumbra para darle cumplimiento poner un decreto que, en el foro, se llama *cúmplase*, porque se redacta con esta voz."

El DICCIONARIO de la Academia admite el sustantivo *cúmplase* sólo en la acepción de "decreto que se pone en el título de los funcionarios públicos para que puedan tomar posesión del cargo ó destino que se les ha confiado"; y da el nombre de *ejecutoria* á lo que en Chile se llama el *cúmplase*, esto es, al "despacho que se libra por los tribunales de las sentencias que pasan en autoridad de cosa juzgada".

No veo ningún inconveniente para que, por extensión, se asigne también al sustantivo *cúmplase* el segundo de estos significados.

MIGUEL LUIS ANUNÁTEGUI

(Continuará)

LA LENGUA ARAUCANA

La lingua ch'io parlai fu tutta spenta
innanzi che al ovra inconsumabile
fosse la gente di Nembrotte attenta;
che nullo effetto mai razionabile
per lo piacer human, che rinnovella
seguendo il cielo, sempre fu durabile.

(DANTE, *El Paraíso*, XXVI.)

Desde Copiapó (1) hasta Chiloé (2) no ha habido más que un solo idioma, en que apenas se distinguen matices dialécticos, llamado el *chili-dúngu*, ó sea lengua de Chile, por sus dueños, quienes reservaban para sí mismos el título de *re-che*, es decir, únicos hombres. Esta unidad del habla en un territorio que, sin ser espacioso, se dilata por unos veinte grados de latitud, siendo bastante accidentado para dar refugio á diversas pobladas, siempre ha llamado la atención de los etnógrafos. Porque en toda la América, apenas hay una provincia natural, como

(1) Dudamos si la forma *Copayapu*, que trasmite Garcilaso (*Comentarios*, libro VII, capítulo 18) y que en quechua significa lugar donde se aran turquesas ó lapislázuli, sea la primitiva y auténtica.

(2) Que, á pesar de estar separado del continente por un brazo de mar, se reclama por parte integrante de Chile *(chili-hue)*.

lo es este país encajonado entre mar y cordillera, entre el árido desierto y el borrascoso archipiélago del sur, donde no se atropellen y confundan pueblos desiguales de origen é índole. Mas, desde la parte austral que ha sido y es el principal asiento de los araucanos (1), como los españoles los bautizaron, según el primer fuerte que levantaron contra ellos á orillas del río Arauco, hoy Carampangue; han penetrado, apenas tres siglos há, por los Andes que allá son transitables por mil sendas, á la pampa abierta, y valiéndose del caballo importado por los *huinca*, nombre de poco honor para sus enemigos los conquistadores, porque alude al robo de animales, despojado á los tehuelches nómadas de sus tierras y reprimido á los querandís de raza guaraní, dejando su recuerdo grabado en las sierras del *Vulcán* (2) al sur de Buenos Aires, y plagando de su idioma el habla familiar de la futura metrópoli argentina.

Es de advertir que el valle longitudinal de Chile, con todo su delicioso clima, no podía alimentar una numerosa población, porque sus más apreciables recursos necesitan la cooperación del arte y de la industria para dar frutos opimos. Si la colonización incarial, de suyo más suave é insinuante que la sangrienta "extirpación de la idolatría", practicada por sus sucesores, echó raíces tan

(1) "El ordinario comer las papas los araucanos, es con un caldillo que hacen en agua y greda amarilla, que llaman *rag*, de donde tomó el nombre la tierra de Arauco, porque *rag* significa la greda y *co* el agua." Rosales, *Historia del reino de Chile*, tomo I, página 152. Don Diego Barros Arana opina (*Historia general de Chile*, tomo I, página 52) que *araucano* deriva de *auca* (rebelde) en quechua.

(2) "*Vuulcan* significa abertura, en lengua de los moluches", Falkner (*A description of Patagonia*, pág. 72); mientras que el vecino pantano conserva su nombre guaraní *Tuyu:* barro.

profundas en la región al norte del río Maule é introdujo mejorías tan notables en la Araucanía entera, como lo demuestran las voces quechuas adoptadas en su idioma, no fué porque los indios de Coquimbo, Aconcagua y Mapocho hubieran sido más cobardes, sino porque el riego y el conjunto de las labores agrícolas lo mismo que la extracción y beneficio de los metales, abrían por primera vez las sierras y llanos que por sí ni para la caza daban mucho. Por igual razón de ser más cultivable, el sur ha gozado después de la preferencia de los españoles, hasta que en nuestro siglo el descubrimiento de ricos veneros de plata atrajo gran gentío á las adustas playas que cruza el capricornio, y cimentó la riqueza de Chile nuevamente en la ingeniosidad de sus habitantes. La caza de que viven exclusivamente las tribus incultas que se encuentran á la otra banda, es ahí más escasa que en otras partes, y tan sólo la pesca podía sustentar á un pueblo sobrio y modesto como el de los changos, que, ocupados en sus faenas sin progreso ni ambición, se extendieron muy al sur del continente.

Hasta ahora falta todo vestigio de que Chile en épocas anteriores haya sido teatro de otras evoluciones, y es del todo improbable que se descubran restos de una civilización prehistórica más perfecta. Si los araucanos han hecho su entrada por el este, que es el único camino que han podido seguir y que les indican también sus antiguas relaciones con los calchaquis (1), sus predecesores, si los ha habido, como parece indicarlo el hallazgo de piedras labiales *(tembetás)*, les eran infinitamente inferiores en número, vigor y valentía.

(1) Garcilaso, l. c.

Es este rasgo de robusta vitalidad y pronunciada individualidad el que distingue al araucano entre sus vecinos de aquende y allende los Andes y el que imprime á su idioma el sello de persistente invariabilidad. Ambas propiedades tal vez han sido adquiridas ó reforzadas dentro del territorio en que hoy se hallan, ya que los pueblos no se pueden sustraer á las leyes del trasformismo que gobiernan todo organismo. Por lo menos, la originalidad del idioma no es tan absoluta como á primera vista aparece. Pero sí, es admirable su aspecto peculiar, que bien se aviene con la reclusión dentro de límites casi infranqueables. Porque sus delineamientos principales han permanecido intactos, á pesar de la dispersión en familias desprovistas de toda concentración nacional; han sobrevivido á las incesantes luchas por la independencia; y aún hoy, cuando ni palma de terreno señorea el indígena, subsisten con ligeras modificaciones que no afectan en manera alguna las tercas leyes de su constitución (1). Es preciso insistir en este hecho singular. Las pruebas recogidas por unos misioneros modernos acusan sólo un empobrecimiento en los medios de expresión, consecuencia lógica de la represión del raciocinio propio; pero que no atañe el mecanismo adaptado á otra ya remota esfera de conceptos y combinaciones. Así, se nos refiere, los antiguos chilotes admitian algunas voces españolas para manejarlas á su modo, sin desdecir, por eso, de sus *admapus*.

(1) Así juzgamos por la redacción de la parte doctrinal de la obra de Febres que en 1843 ha confeccionado el misionero Hernández Calzada según sus propias experiencias y que conserva inédita la Biblioteca Nacional, y por la versión moderna de un *coyagtun* del mismo Febres hecha por el P. Ortega y publicada en la REVISTA DE LA SOCIEDAD ARQUEOLÓGICA DE SANTIAGO.

Hasta la falta de dialectos nace de la misma viril constancia; pero á la vez acusa cierta insensibilidad para las divergencias individuales. Entre los magyares, consolidados en una gran nación por la continua guerra de tres siglos con los turcos, la aristocrática condesa tampoco se distingue en su habla del último peón. Pero el genio filosófico de los griegos se aleja de las expresiones del vulgo y crea un mundo aparte donde respiran y discuten sólo los convidados al simposión del divino Platón. Contribuyó, según creemos, á estampar este estado inalterable entre los araucanos su largo apartamiento de influjos forasteros. Y la aversión contra el trasformismo arbitrario se ha perpetuado en el pueblo chileno, que le debe gran parte de su desarrollo tranquilo y de sus triunfos morales.

No se infiera de aquí que el *chilidúngu* realice el ideal de un idioma intacto y por consiguiente puro y sonoro, capaz de llevar al compás de sus cadencias el pensamiento á la cima de la perfección. Nada menos: comparado con la lengua general del Perú, es tan indigesto y deficiente como corresponde al atraso de indios sin fe ni rey. El heroico poema de Ercilla ha rodeado de una aureola de gloria envidiable las hazañas de Caupolicán y Lautaro; el mito formado por tan bellas ilusiones reconoce en ellos el prototipo del mártir de la libertad americana. ¡Como si los españoles en los llaños del Orinoco ó en la "Tierra de guerra" de Guatemala no hubiesen combatido otras tribus que, prefiriendo la muerte á la esclavitud, nunca han sufrido el yugo de la opresión; pero ¡ay! que no han encontrado su Homero! Mucho se han ensalzado las excelencias de los idiomas americanos, principalmente por los jesuítas expulsados que emplea-

ron sus ocios en redactar memorias importantes sobre su paraíso perdido. Nadie ha tributado más exajerados elogios al araucano que el padre Havestadt, quien en su estilo pintoresco lo llama tan superior á otras lenguas como los Andes sobrepujan á los demás montes. Y hay quienes se lo creen, porque el autor del *chilidúngu* había estudiado varios idiomas clásicos.

Basta una mirada á un texto escrito para desengañarse, aun sin analizar letra por letra lo que contiene, máxime cuando se toma por comparación un idioma altisonante y majestuoso como el quechua. Sólo á intervalos las *a* é *i* interrumpen la monótona acumulación de vocales sordas, impropias y forzadas: señal segura que la forma actual es derivada de otra más sencilla y clara que le ha antecedido. Igualmente entre las consonantes se echan de menos la mayor parte de las que se producen en la cavidad interior de la boca, repitiéndose los que descansan en el mecanismo de los labios en interminable serie.

No es este el lugar de determinar la situación que una comparación minuciosa del sistema fonético asignaría al araucano; examen prolijo é intrincado que exige la síntesis de cuantos comprobantes es dable sacar del habla, vida y costumbres de aquellos indios y cuyos materiales nos proponemos reunir en un estudio especial sobre el origen de los araucanos.

Aquí nos toca sólo evidenciar que el aislamiento pretendido para este curioso idioma ante el análisis crítico se resuelve en una unidad superior que lo liga á otros ramos de diverso linaje. Antes de abordar esta cuestión es preciso revisar el alfabeto.

Es este el lado más débil de nuestros conocimientos. Los frailes catequizantes no tenían motivo ni preparación

para imponerse de la fonología, y lo poco que genios agudos avanzaban, fué burlado por la incuria de los tipógrafos (1). El oído educado en la escuela del español y del latín distinguía bien las más leves transiciones de "tenues" y "mediæ"; pero carecía de la facultad de medir el alcance de las diferentes aspiradas, labiales y silbantes, y en materia de vocalismo de costumbre se aferraba á los sonidos claros *a, i, e, o, u.* El contar las mismas letras que el castellano, sería, pues, poca ventaja; porque el castellano propiamente no es rico á este respecto. Ni haría mengua el no marcarse con precisión la fuerza de entonación ó expiración de las consonantes como distingue la *d* de la *t*, *dh* y *th*; porque no hay término absoluto que separe uno del otro; no obstante el que algunos pueblos basan en su separación metódica reglas invariables de trasmutación, como aparecen en la ley de Notker y en la rotación ó trasposición circular *(Lautverschiebung)* descubierta por Grimm.

Lo que vale dentro de una nación circunscrita, pierde su efecto para la generalidad. Los ingleses, por ejemplo, tienen razones evidentes para velar celosamente que no se confundan *bad, bat, pad* y *pat*, mientras en aleman antiguo se escribía *der hunt* (el perro) y *des hundes* (del perro). Hoy día la *d* del berlinés suena al parisiense como *t*, y la *d* portuguesa se ha hecho imperceptible para el oído teutónico. No pierden nada de su prestigio los egipcios porque esculpían el mismo geroglífico de la mano llamada *tot* en la terminación de los nombres *Alexandros* y *Kleopatra.* Más que diferencias graduales, importa

(1) "Multa literarum signa et accentus a typotheta partim perperam locati, partim omissi fuere", Dobrizhoffer.

averiguar las letras fundamentales aprovechadas por una nación, con el fin de conocer cuánto se ha alejado de aquella primitividad que se limita al uso de las que exigen menos esfuerzos físicos. Siendo indudable que los órganos se han debido adaptar á su multiforme tarea, los movimientos menos complicados, históricamente han precedido á los de más difícil ejecución. La fonética bien interpretada puede prestar auxilio poderoso para determinar la filiación y descendencia de los pueblos.

Apliquemos este criterio á las vocales. Al ordenarlas gráficamente según las semejanzas mecánicas y acústicas, resulta un triángulo cuyas esquinas van ocupadas por los tres sonidos originales, verdaderamente adamíticos porque más fáciles de producir *a*, *i*, *u*.

a

ä | *å*

e — *ö* — *o*

é | *ů*

i — *ü* — *u*

La *i* en la escala musical dista de *u* la suma de los intervalos de *i* á *a* y de *a* á *u*; luego no cabe punto intermedio que participe igualmente de uno y otro extremo. La *ü* es la más variable y menos expresiva de las tres cuyo centro gravita hacia la *ö* (1). Los diptongos como

(1) La *ä*, *ö*, *ü* representan los sonidos que se les da en alemán y húngaro; en cuanto á la

å, *ů*, *é*

la primera se usa en sueco, la segunda en bohemio, y la tercera, que á pesar de ocurrir frecuentísima en muchísimos idiomas, no tiene acep-

cruzamientos adquieren un aspecto tanto más peculiar cuanto más divergen sus componentes. La prolongación ó abreviación influyen también mucho en los matices.

Ahora, en todos los idiomas que no han experimentado sacudimientos violentos, sea por migraciones libres, sea por repulsiones degradantes, sea por la intrusión de instituciones extranjeras, la tríade primitiva predomina hasta excluir toda mezcla bastarda. El sanscrito, japonés, árabe lo prueban; el quechua se encuentra en el mismo caso. Pero donde el contacto prolongado de elementos heterogéneos ha tenido por efecto una fusión completa ahí el vocalismo cambia en favor de los sonidos opacos, ó por decir así, magullados. Es la suerte que han corrido los tártaros, y entre las naciones de primer rango los franceses é ingleses. La amalgamación de romanos, francos, borgoñeses, celtas, vascos de un lado, y la consolidación de las facultades britanas, sajonas, normandas del otro lado del canal ha operado ese antitipo de los neolatinos del sur, en los que Roma ha triunfado paso á paso sobre los bárbaros que querían destronarla, y conservado su pureza ejemplar hasta en la remota Dacia. Y la Alemania que desde que hunos y eslavos han pisado su suelo hasta las briosas expediciones de Napoleón I siempre ha sido el gran campo de batalla de la contenciosa

ción en ningún alfabeto usual latino, es la *yaty* de los rusos. Esta representación es análoga á la pirámide de los colores

rojo
anaranjado moreno violeta
amarillo verde azul

Véase Lepsius, *Das allgemeine linguistische Alphabet*, Berlín, 1855, página 24.

Europa, irremediablemente ha perdido la sonoridad del lenguaje en que Ulfilas tradujo la Santa Escritura y cuyo eco repercute en la solitaria península escandinava, contentándose con la *e* muda donde antes flotaban mil variados acentos. ¿Será distinto en los indios de la América?

Si ningún documento, ninguna tradición da noticia del pasado de los araucanos, está escrito con caracteres indelebles en la fonética de su habla. ¿Serán descifrables estas letras? La contestación supone el conocimiento exactísimo de ellas que desgraciadamente no existe. Desde que el famoso padre Valdivia estampó en el exordio de su *Arte de la Lengua de Chile* la observación de que en ella hay una vocal más de las cinco del español y latín "porque estos indios pronuncian un sonido medio entre la *e* y la *u*, y usan muy frecuentemente de él (1)", se ha repetido lo mismo, comparando algunos la *ĭ* como Valdivia la trascribió, á la *u* francesa; desechándola otros por completo por fluctuar entre *i*, *e* y *u*, pero sin que jamás se haya precisado su verdadero valor. ¿Corresponde á la *ü* ó á la *ö* ó á algunas intermedias de la pirámide de las vocales, ó es un sonido indeterminable *sui géneris* que se aleja de todos los demás, así como el color gris es ajeno á la escala de los colores? Probablemente tiene algo de todo, desempeñando, según el caso, diversos papeles que sólo nuevos estudios prácticos revelarán. Mientras tanto, en su omnilateralidad se opone á toda etimología razonada.

Pero no concluye ahí el apuro.

Entre los consonantes descuellan por su prodigiosa frecuencia las llamadas líquidas: á saber la *l*, *m*, *n*, *r*; de

(1) Foja 7.

ellos depende principalmente la fluidez y suavidad que con razón se celebran en araucano. No sólo apenas hay palabra en que no figuren; se repiten también hasta formar vocablos monstruosos como *nglmn* (según Havestadt) que dice: juntar. En rarísimos casos se relacionan con procedimientos de onomatopeya, como *lululun*, que designa el murmullo del agua. Estas semivocales, como los sanscritistas llaman la *l* y la *r*, y cuyas funciones, aunque en menor grado, ejercen también la *m* y la *n*, con las que se enlaza en cierto modo la *ng* (la *anusvâra* del sanscrito) y la *y* y *w*, tampoco pertenecen al abecedario primitivo del lenguaje. El esfuerzo que exige su clara distinción á la lengua, hace suponer una disciplina no vulgar; pero, en cambio, una vez establecido su imperio, se asimilan otras letras y sílabas enteras, trocando las vocales ó apropiándolas á su propia índole. La *l* es la que excede á las demás en esta clase de veleidades, como se puede observar en las lenguas europeas.

El *lobo*, por ejemplo, se dice *wolf* en inglés, *vlk* en bohemio y *vuk* en servio; lleno, *plenus*, pasa á *pln* en bohemio y *pun* en servio; la lágrima es *slza* en bohemio y *suza* en servio. Grimm (1) afirma terminantemente que los *suevos* de los historiadores romanos no son más que los *eslavos* de hoy. Los mismos eslavos gustan mucho de trasponer las vocales entre líquidas. Del alemán *karl* (hombre, en alemán moderno: *kerl)* que se halla en Carlos y Carlomagno, los bohemos han hecho *král* que les es *rey*, sin más; el alemán *arm* se trasforma en *ramie* (espalda) en polaco; *gaard* (casa, hacienda) en sueco, es *grad* para las naciones sur-eslavas, verbigracia, *Belgrad* (castillo

(1) *Geschichte der deutschen Sprache*, página 226.

blanco). La *guirlande* de los franceses, *garland* en inglés, suena *guirnalda* en castellano. El *corn* de los pueblos germánicos es exactamente lo mismo que el *granum* de los latinos. Los italianos sustituyen á la *l* después de otra consonante *(muta cum liquida)* regularmente la *i;* verbigracia: blanco, *bianco.* En español se pone *ll* en lugar de *cl* ó *pl,* por ejemplo: llamar, *clamare;* lleno, *plenus;* en portugués *chamar* y *cheio.*

En la palabra alemana *amt* que dice oficio, derivada de *andbaht, and (antí* en griego), ó sea *contra,* y *bak (back* en inglés), *espalda,* el que proteje la espalda ó el escudero, ni vestigio ha quedado del componente principal, que vuelve á figurar en formas derivadas como *embajador* (encargado).

Sin ir tan lejos, tenemos en la lengua general del Brasil, que muestra numerosas analogías con el araucano, el cambio regular de *p* y *b* en *m,* como asimismo de *d* en *n* y la confusión de la *r* con *s* y *t.* Según los gramáticos, la *l* dista poco de la *ll* en araucano. La acumulación de las líquidas extirpa las vocales (mejor resiste la *a)* ó les sustituye la problemática *ú,* como se ve en las terminaciones verbales. De manera que ni el esqueleto queda de las radicales primitivas, trocándose todo en un signo inarticulado, como aquellas cabezas que preparan algunas indiadas del Ecuador, deshuesándolas y secándolas para colocarlas de trofeos en la propia cabellera. Un estado tal de cosas es tan poco original como lo son las *m, n, r* con que terminan tantas inflexiones en alemán, ó valiéndonos de las palabras de Leibnitz «idem est ac dicere truncos arborum esse primigenios seu regionem dari ubi trunci pro arboribus nascantur. Talia fingi possunt, sed non conveniunt legibus naturæ et harmoniæ rerum.»

Si se toma, además, que, según la costumbre de la época, la *b* no se separa de la *v* y ésta tampoco de la *u* ó *f;* que la *w* inglesa se interpreta por *hu*, que la *ú* indistintamente pasa á *u*, *i* ó *e*, y que Valdivia advierte expresamente, que la *ú* ante vocal (luego también ante *l*, *r*, *m*, *n)* suena algo como *g* (donde el padre Febres escribe *gh)*, se tiene para los casos extremos la ecuación:

$$b = w = f = u = ú = i = e = g = gh = hu$$

En cuanto á las silbantes, son tan imperfectas que poco se diferencian de *r* ó *d;* de ahí

$$s = z = r = d = j \text{ (francesa)}$$

No se puede comparar este cambio de *s* en *r* con el que refiere Pomponio: "Appius Claudius consul R literam invenit, ut pro Valesiis Valerii essent et pro Fusiis Furii" (1); porque la silbación, según parece, aún no ha llegado á tomar su pleno desarrollo (2)

Igualmente

$$ch = th = tr.$$

Con estos elementos no se alcanza á resolver la cuestión de orígenes. Pero confusión tan excepcional no es inherente al idioma; proviene tan sólo de los escasos é impuros cauces por los cuales nos ha sido trasmitido.

Incomparable bajo todos respectos es el *Arte* del padre

(1) *Digest*, I, 2, página 36.

(2) Algo parecido vemos suceder en Australia; véase G. Gerland: *Zur Lautlehre der australischen Sprachen en Festschrift des Vereins für Naturkunde zu Cassel*, 1886, pág. 89.

Luis de Valdivia, fuente y base de los demás, que en gran parte le han copiado hasta los temas con que ejemplifica las reglas. Su mérito consiste en haber ensayado reservar á cada sonido su carácter peculiar; la realización de tan laudable propósito se estrelló contra la insuficiencia de su preparación y el parco armamento de las imprentas. Si algo debe el hábil diplomático y ferviente apóstol á su cofrade menor Gabriel de la Vega (1) es bien poco; porque éste murió de temprana edad después de haber predicado á los chilenos sólo algunos años. En la obra de Valdivia la falta de modelo se anuncia por el cauto recelo de generalizar. Es cierto que los jesuítas que supieron armonizar tan magistralmente la ciencia, la moral y la fe, no se amedrentaron ante la tarea de reducir los idiomas salvajes del nuevo mundo á simples «artes» que no necesariamente eran también «gramáticas;» y entonces el quechua ya había sido codificado con feliz éxito. Pero aun con estos antecedentes debía de costar harto trabajo intelectual al insigne varón dotar de flexiones el habla del araucano, que con orgullo se llama *auca* (rebelde).

El padre Febres se limita á redactar más metódicamente el material reunido algo á prisa por su ocupadísimo antecesor, sin profundizar sus miras ni ensanchar el campo de la observación. Al dar mayor extensión á la parte teológica, consulta las necesidades prácticas del misionero; á

(1) Cuya gramática manuscrita conserva el Archivo Nacional de Lima. (Enrique Flores Saldamando, *Los antiguos jesuítas del Perú.* —Lima, 1882, pág. 90) á no ser la misma que ha visto allá anotada bajo el número 1,148, don José Toribio Medina *(Historia de la literatura colonial de Chile*, tomo II, pág. 375), sin portada ni otro indicio de autor.

la vez era inevitable que en la exposición de la doctrina cristiana se violase frecuentemente la natural sencillez del idioma. Para la confección del vocabulario chileno-español aprovechaba, según su propio testimonio, la colaboración del padre Javier Zapata y los trabajos de Diego Amaya y Gaspar López. La filiación y correlación de las voces no entran en su plan.

Ni el orden alfabético se respeta en la sección análoga del *chilidúngu* de Havestadt, donde por lo demás no escasean apuntaciones interesantes sobre la vida y costumbres de aquellos bárbaros en que el chistoso exjesuíta se empeña en ver inteligencias superiores á las condiciones de su mísera existencia. En cierto modo los tres gramáticos pueden compararse á los principales codificadores de la lengua general del Brasil: Valdivia equivale en profundidad á José de Anchieta, Febres tiene el genio didáctico de Luis Figueira, sólo Havestadt está lejos de llegar á la altura del autor del *Tesoro de la lengua guaraní.*

Nuestro siglo no ha añadido una sola línea á estos textos (1). Las raíces propias contenidas en los diccionarios no llegan á la cuarta parte de las 1,973 que cuenta Molina (2): bagaje demasiado liviano aun para tribus de recuerdos menos gloriosos. Ojalá que se tomen medidas eficaces para subsanar tan sensible laguna, antes de que el último mocetón haya expirado. Solícito cuidado se ha tenido en estudiar la geografía y naturaleza de su patria

(1) El único estudio moderno que se precia de ser original es de F. Barbará, *Manual y vocabulario de la lengua pampa.*—Buenos Aires, 1879. No hace más que reproducir al padre Falkner con las alteraciones de la edición de Angelis.

(2) *Compendio de la historia civil de Chile.*—Madrid, 1795, parte II, página 333.

que no se altera en millares de años é indiferentemente se ha visto languidecer el idioma de Guacolda y Janequeo que jamás se renovará.

La fonética es muy sencilla. Las vocales se pueden acumular, indefinidamente, verbigracia, *elunuyen* (yo me he dado), *elulaeieu* (no le he dado). Sin embargo, admiten la intercalación eufónica de la *y* (consonante): *aa=aya, ou=oyu, eu=eyu* etc. (1). Al contrario, la *i* se elide ante otras vocales, verbigracia, *piam=pam* (decir), *eluquielmi=eluquelmi* (no te quiero dar). Otros cambios parecen residir más bien en las radicales que en la eufonía. Para aislar estas radicales nos valemos del principio de que cada una regularmente conste de una consonante seguida de una vocal. Porque aun cuando el inicial no tenga representación en el alfabeto castellano, siempre se le puede suplantar la Alef, Ayín ó He de los hebreos, que en este punto partían de un sentido muy generalizado en la antigüedad y olvidado después por los pueblos neolatinos á los cuales repugna la aspiración. Un alfabeto silabal como el etiópico ó el dêvanâgarî no vendría mal á los idiomas americanos, y efectivamente, en él han dado los indios norteamericanos que de propio instinto han inventado una escritura cual conviene á su lengua.

Veamos ahora en qué consiste la irregularidad sin igual del araucano. Los pronombres absolutos son:

inche (yo) *eimi* (tú)

La primera persona se compone de *in* y *che*. *In* ó más propiamente *iñ=i+ñi*, por sí sóla forma el positivo ó

(1) Febres, *Arte*, pág. 29: «Siempre entre *aa*, en las demás no siempre».

enclítico de la misma; con *ei* el interrogativo *inei?* (quién?) y en general sirve de índice de *casus constructus*. *Che* (1) que tal vez coincide con *che* (hombre), forma demostrativos, como *tva* ó *tvachi* (aquel).

La segunda persona contiene la *e* prolongada que tiene un poder universal demostrativo, como en *eie* (ese), *eieu* (por allá) y en las transiciones, y *mí* que por sí sola forma el posesivo ó enclítico de segunda, y en combinación con *chi* forma los interrogativos adverbiales

che-m (ó *chuchi* por reduplicación): ¿qué cosa?
chu-m: ¿cómo?

y los derivados *chuml* (¿cuándo?) y *chumal* (¿para qué?)

Junto con *a*, que probablemente es otra partícula indicativa (2), la *mí* entra en *ma* ó *machi* (=mi+a+chi), este; *may*, esto es (conjunción afirmativa y concesiva). Si la *i* en *mi* fuera independiente, como parece corroborarlo su función de tercera de singular y su empleo como carácter del indicativo, la misma radical que se oculta en *eimi*, tal vez figuraría en la multiforme partícula *mo*, que ora hace de proposición local (3), ora de complemento transicional ($^2/_1$ y $^3/_1$). *Mo–n* usado de verbo significa: es preciso. *Mo* forma verbos transitivos (4) é incoativos. ¿Será idéntica á este *mo* la *meu* que Valdivia designa como señal del dativo, observando que suena *mo* en el obispado de Santiago?

Que no hay declinación, ya lo sentía bien el abate Mo-

(1) Compárese *che* ó *xe* (ortografía portuguesa) que dice *yo* en guaraní.
(2) Como en aimará.
(3) *Mo* en guaraní sirve de preposición en el mismo sentido.
(4) Lo mismo en guaraní.

lina. Por la reduplicación de *ñi* y *mi* se suple la falta de rección en los pronombres. En el nombre la misma *ñi*, ú otra preposición que sea indicada hace oficio de partícula casual. En cambio, el araucano dispone de un dual muy expresivo, cuyo carácter es *u* y el del plural *n*. Tenemos, pues:

	1	2
dual:	*inchiu* ó *-yu*	*eimu* ó *-mu*
plural:	*inchiñ* ó *-iñ*	*eisun* ó *-mu*

Los demás nombres agregan *engu* para el dual y *ngn* para el plural, de donde por elisión ó «liquidación» parecen haberse derivado las formas respectivas pronominales. *Engu* (1) significa: con, en sentido social é instrumental; verbigracia, *eimi inchiu* (yo contigo). Es completamente arbitrario dar á esta preposición ó posposición, si se quiere, el papel de terminación de dual.

La *ngn* del plural es una ampliación de la misma *n* ó *ni* con que se designa también la primera persona y el genitivo. Se podría pensar también en *cu-na*, la señal del plural quichua, *na-ka* en aimará, identificando la *ng* con *cu*, según analogía del verbo sustantivo *nge* (que en composición con *chi* sirve también de preposición y adverbio: apenas, hacia etc.), que dice *ca* en quichua. Con seguridad esta *ca* se halla en *ica*, que es otro complemento para formar plural en araucano. La misma *ca* da sentido intensificativo y hortativo cuando sufijada al verbo.

Un tercer recurso de procurar la idea del plural, consiste en la sílaba *pu* antepuesta. Esta *pu* que puede sig-

(1) Es homólogo al *cu* del quichua y aimará.

nificar también dentro, evidentemente deriva de *epu* (dos) y no se aleja mucho de *epe* (cerca) (1) ni de *pe*, que forma una especie de tercera persona de imperativo. Recuerda la enclítica *mpi* en aimará y *pei* de los fueguinos de Ushuaia, con que éstos designan tanto la proximidad como el dualismo (*kômbei:* ellos dos). Los iroquois forman asimismo el dual en *te-ke*, y el plural en *ni-ke; tekeni* (dos). Verbigracia, *te-kanonsa-ke* (dos casas), *ni-kanonsa-ke* (unas casas). Estas coincidencias abogan en pro de la identidad primordial de *ngn* y *ngu*. Las relaciones de aproximación ó simultaneidad pueden variar de mil diferentes modos que en idiomas primitivos se distinguen mejor que en epigenéticos como el español.

Agréguese á lo dicho una serie de partículas como *ca*, *ga*, *ta* que se llaman de ornato, por no acertarse su equivalente en castellano, y otras como *l*, *lel*, *tu* que solas ó con las ya citadas hacen transitivos de verbos neutros, según la expresión de los gramáticos, y la gramática araucana es completa.

¡Cómo, se me dirá, y el verbo en cuyo manejo, dice Molina, consiste todo el hablar chileno, y la conjugación, este centro lógico de toda actividad física é intelectual! No hay nada que se parezca ni á un verbo, ni á una conjugación. Porque lo que los eruditos «artífices» del idioma han convenido en llamar así, es simplemente la aglomeración de varios temas con ó sin terminaciones pronominales. Pueden las últimas faltar ó hacerse ru-

(1) Esta *pei* (tal vez) que en el sur suena *chei*, obedeciendo á un cambio de entonación muy común en los idiomas suramericanos, se verbaliza en *pi-n* (yo digo) cuyo uso no es menos frecuente que el de *ñi* en quichua y de *sa-tha* en aimará. Es curiosa esta homología de tres elementos eminentemente indicativos.

dimentarias siempre que su sentido se suple por el contexto. De manera que no quedan sino los vocablos adjuntos que pasan por terminaciones del perfecto ó futuro, del subjuntivo ó participio según los preceptistas, pero que en realidad siguen ó anteceden á la supuesta raíz verbal sin afectar su forma ó su autonomía en lo más mínimo. Pueden usarse en seguida, dos, tres ó más de estos complementos siempre que uno no sea bastante expresivo: en su combinación misma no hay reglas fijas. Naturalmente es permitido trasformar en verbo á cualquier pronombre ó sustantivo, si *sensu strictiori* puede haber tal, mediante este séquito de auxiliares, y aun sin ellos por los solos enclíticos personales. De *ñi* (yo) por ejemplo, se deriva *nien* (yo tengo). Otros auxiliares que entonces se llaman intensificativos ó de ornato, no admiten traducción, ó porque á falta de derivados no hay medio para averiguar su verdadero significado, ó por la incongruencia de las ideas del indio con las nuestras en general.

Analicemos unas cuantas formas verbales. El paradigma sancionado por el padre Valdivia es *elu-n* (yo doy) que á su vez deriva de *el-n* (yo pongo ó hago). La *n* es la de *in* ó *ñi* (yo). Para decir: yo daba, se intercala *bu* entre radical y pronombre: *elubun*. Ó más bien, se agrega otro verbo y á éste la *in* ó *n* de primera persona. La *bu*, entendemos que sola no es usada; pero se reconoce en *bún* (manzana madura, germinar) y en la derivada *búln* (juntar). Así se dice en yahgan *heina* (ir) y *kâgheina* (subir) como si *kâg* dijera: arriba; pero *kâgû* se usa también verbalmente en el sentido de arribar. El dicho perfecto: *elu-uye-n* (yo he dado) literalmente *dar-antes-*

yo, se refiere etimológicamente á *uún* (aurora), *uúya* (ayer). El futuro cuyo carácter es *a*, se relaciona con *av* (término, fin); *elu-a-n* dice, pues, *dar-fin-yo*.

La naturaleza de la *l* del subjuntivo y de la *lu* que forma participios, se me oculta; tal vez provienen de *lelı* (atento, de hito en hito). La negación *la* coincide con *la* (muerto, concluído) (1). La *m* del gerundio se encuentra en *amun* (caminar).

Cúpa (venir), *duam* (designio), *pepi* (poder) que se aprovechan para formar infinitivos, son verbos usuales é importantes. Con la misma razón con que se han establecido supinos, pluscuamperfectos, aoristos etc., se habrían debido incluir las partículas verbales, como *deuma* (concluir), *nam* (después), *petu* (durante), é infinidad de otras en el cuadro de las conjugaciones. Fácilmente se comprende por qué no hay conjugaciones irregulares y á lo sumo las hay defectivas: la única regla que preside al verbo, es la oposición según conveniencia y beneplácito.

Que lo que pasa por preposiciones, adverbios, conjunciones, tampoco ha tenido ó tiene el significado abstracto que el diccionario les atribuye, es inútil demostrarlo. Si en lenguas cultas las partes de la oración se distinguen esencialmente, el araucano rechaza tal desigualdad. Todo se reduce á palabras objetivas é indicativas, comprendiéndose entre las últimas unas cuantas interjecciones de difícil derivación y una docena de radi-

(1) De ahí *lavquen* = *la-av-quen* (el mar ó agua sin fin). La misma terminación *quen* se halla en *cauquen* (de *cau*, ave); *pilmaiquen* (golondrina), *neuquen* (neu: tranquilo).

cales que concurren en la formación de adverbios y pronombres. Á ellas pertenecen:

ni	en	*inche*
mi		*eimi*
e ó i		*eimi, chem*
ma		*machi* (este)
ta		*taye* (él)
va		*va, tva, vey* (aquel)
qui		*quidu* (mismo, solo) (1)
chi		*machi, tvachi* (este)

La lista mas completa abarca sólo una parte de las radicales que en igual calidad usan las lenguas mesoandinas; pero, en fin, son las mismas.

Las demás expresan ideas cuya esfera no concierta con ninguna de las categorías de verbo, sustantivo, adjetivo, etc., pero que con cierta vaguedad se adaptan á cualquier puesto que les asigne la oración. De ahí que: yo saco oro, se traduce *milla-entu-n* ó "con elegancia": *entu-milla-n* (sacar-oro-yo) (2), *el-che-n* (ordenar gente-yo) *yo ordeno la gente*, como si *milla* (oro) y *che* (gente) estuviesen de verbos, é igualmente *pepi-elu-imi* (tú puedes dar) en lugar de *elu-pepi-imi*.

Este procedimiento recuerda la incorporación que en la lengua mejicana ha tomado gran desarrollo, pero no

(1) *Quitu* dice lo mismo en lengua yahgan. La *qui* ó *ki* no sólo ocurre en quichua y muchas otras lenguas americanas, curioso es constatarlo, significa también lo mismo en chino.

(2) Este *entu* sirve también de colectivo, lo mismo que *-ntin* en quechúa y *-ndeian* en yahgan.

llega á constituirla, porque falta la relación inmediata entre verbo y sustantivo que hacen suponer estas mismas denominaciones. Es, en suma, lo que se hace formando combinaciones como la siguiente: *i-duan-clo-la-vi-n* (no quiero comer junto con él). El araucano no conoce esta subordinación que es el primer paso hacia la sintaxis: su sistema en lugar de favorecer la aglutinación, de la cual creen algunos sabios, proviene la flexión, es más bien coordinante ó disyuntiva. Muchas partículas determinantes de que no puede carecer el discurso para distribuir los cargos convenientemente, se desechan cuando la palabra modificada sale sola. En lenguas de flexión sucede todo lo contrario. La concrescencia solidaria de radical y terminación con razón se invoca por su carácter principal.

Los mismos pronombres cuyas formas son, por lo demás, tan constantes é inmutables, pierden su fisonomía típica, cuando aislados, diciéndose *elueyu* (yo te doy) en vez de *elueymi*. Estas transformaciones pertenecen al capítulo de las transiciones, que ahí no deben pasarse en silencio. Obedecen todas á un solo principio que manda agregar al verbo el sufijo ordinario de la persona á la cual pasa la acción. El darte á ti yo ó él, es, pues, siempre el *dar tuyo*. La persona de que emana la acción, va representada por una sílaba entreverada entre verbo y terminación personal. La tercera persona, cuando activa, exige además la adición final de *mo*, *eu* ó *u*. ¿Será tal vez una y misma partícula, alterada sucesivamente: *mo* = *vo* = *vu* = *u* = *eu*? La sílaba intercalada en las transiciones que afectan al interlocutor ó al que habla, es una simple *e*, la misma que figura en *e-ya* (sí), *e-ye* (este) *e-yen* (allá). Donde la tercera persona es la afectada, se emplea *vi*, y

en lugar de reflexivo *u* (1). Esta *u*, creo, es la raíz de *un* (andar) de donde viene *uln* (hacer andar, vender). La *i* hace de tercera persona en el verbo; luego el uso de *vi* en la transición á la tercera haría cambiar el orden indicado de regente y regentada. Es presumible que la *v* en *vi* proviene de *va, vey* (él): por consiguiente, esta construcción en rigor no debe figurar entre las llamadas transiciones. Helas aquí;

TRANSICIONES

PERSONA	SINGULAR	DUAL	PLURAL
1.ª . . .	-e-n ($^{2s}/_{1s}$) -mo-n ($^{2dp}/_{1}$)	-mo-yu ($^{2}/_{1d}$)	-mo-iñ ($^{2}/_{1p}$)
	-e-n-eu ($^{3}/_{1}$)	-e-yu-mo ($^{3}/_{1d}$)	-e-iñ-mo ($^{3}/_{1p}$)
2.ª . . .	-e-imi ($^{1}/_{2s}$)	-e-imu ($^{1}/_{2d}$)	-e-imn ($^{1}/_{2p}$)
	-e-imu ($^{3}/_{2s}$)	-e-imu-mo ($^{3}/_{2d}$)	-e-imn-mo ($^{3}/_{2p}$)
3.ª . . .	-vi-n ($^{1}/_{3s}$)	-vi-yu	-vi-n
	-vi-mi ($^{2}/_{3s}$)	-vi-mu	-vi-mn
recíproco	-vi ($^{3}/_{3s}$)	-vi-ngu	-vi-ngn
	-u		

(1) *O* en guaraní corresponde tanto á *se, sí,* como á *suyo.*

La ambigüedad que en $^{2}/_{1\,8}$ se evita por el expediente de reservar *e* para el singular y *mo* para el dual y plural de la persona activa, subsiste para las demás personas y números. *Elu-e-imn* significa tanto *yo os doy*, como *nosotros os damos*. El sistema creado no suministra resultados inequívocos. Será, pues, siempre permitido agregar los pronombres absolutos, sea solos, sea en combinación con *e*, *u* y *mo*, que así se documentan por suplefaltas dudosas, cuyo valor no pasa del de unas partículas indicativas. Parece que el uso de las formas plenas es de fecha más antigua: un hecho que, por lo demás, está en conformidad con la constitución ampulosa de estas relaciones en aimará y su posterior reducción á tres cortas partículas en quichua.

Que no se olvide que en lenguas materialísticas como son las de este continente, un verbo transitivo sin su respectivo complemento es un imposible. La abstracción filosófica fácilmente desliga el acto del ver del órgano de la vista, de la luz misma y del cuerpo reflector, es decir, distingue la sensación del objeto que produce la irritación nerviosa; pero el indio no ve ni oye, ni gusta sino cosas determinadas. En su idea se confunden origen, trasmisión y recepción; de ahí que necesita palabras distintas para describir la multiplicidad de las impresiones que pueblos cultos subsumen bajo una sola generalización. En efecto, los algonquines se valen de composiciones más cortas y sencillas para decir *yo te amo* ó *ellos nos aman*, que cuando se les manda formular en absoluto *yo amo*. ¡Cómo expresar lo que no cabe en su mente! ¡Cómo comprender lo absoluto si para ellos no ha vivido Hegel que se lo enseñara! Así se explica también la falta del verbo sustantivo en tantos idiomas rudos. La falta de

generalización en araucano se nota igualmente en las operaciones del comer, sembrar, tejer y otras que son muy distintas según el objeto á que se dirigen, verbigracia, *ilon* (comer carne), *malmaltan* (roer los huesos), *panun* (comer cosa seca), *upagupagn* (comer á bocados). Por idéntica razón, en Centro América los numerales eran invariablemente acompañados por el término á que se referían, y en la China y el Japón se les agrega «pedazo de bambú».

Ordinariamente se coloca á continuación del verbo su acusativo complementario, sin reparo de dirimir la yuxtaposición de verbo y pronombre. Y cuando no haya nombre ó sustantivo con que completar el verbo, se recurre á una de las partículas indicativas que entonces forman «transición». La última se admite en araucano aun cuando el complemento esplícito sigue inmediatamente; verbigracia, *ul-uye-vi-n ta ñi poncho=ul-uye poncho-n* (he vendido mi poncho). El nombre de transición no viene, pues, mal á la figura gramatical; tiene tan sólo el defecto que poco atiende á la elasticidad propia de términos que varían con la facultad de abstracción y su gradual desarrollo. Porque, á nuestro modo de ver, lo que en el principio tenía un general significado locativo ó indicativo, insensiblemente pasa á ser el equivalente de la persona rectriz. Á esto se reduce el secreto de la «transición».

Pueblos aislados, como lo fueron los araucanos durante siglos enteros, no suelen promover la fonética de su idioma, y poco ó nada extender el horizonte de sus aspiraciones. Sólo en la colisión con potencias extrañas se vigoriza el ingenio. Según podemos juzgar por los hondísimos vestigios que el corto contacto con los adelantados peruanos ha dejado no sólo en el norte sino en la organización del

país entero, no hay que dudar que hasta entonces la uniformidad del idioma se ha mantenido sólo á merced de una larga tranquilidad. Las bases de que parten ambas lenguas, son bien distintas, no obstante diversas analogías en su evolución y hasta coincidencias de palabras que no pueden ser canjeadas, como por ejemplo:

Antú en araucano, *inti* en quichua (sol), *anta* en quichua (cobre).

Mallo en araucano (tierra blanca), de ahí *Malle-co* (agua gredosa).
Malla en aimará (plomo).
Miula en araucano (oro).
Millu en aimará (alumbre).

La verdad es que en estas armonías como en las de pronombres, adverbios y demás partículas determinativas, existe un lazo común que no se puede desconocer, pero cuya naturaleza no se define mejor con establecer la tesis de un origen común.

Tomando en comparación exclusivamente la extructura gramatical, las lenguas mesoandinas de un lado y las fueguinas del otro (en cuanto las conocemos por los trabajos del R. Bridges y de Garbe sobre la tribu de los yahganes) adoptan por principio la modificación de la idea general por diversos sufijos que ora concrecionan con el tema, ora entre sí constituyen nuevas entidades. Por inmensa que sea la distancia que separa los habitantes del extremo austral de los autóctonas de las mesetas peruanas, el trabajo intelectual consumido en sus creaciones no es nada despreciable, este mismo trabajo que en un idioma tan rico como el guaraní ha faltado para dar origen á tipos nuevamente productores. El araucano que se asemeja al yahgan en la condensación dedos

y más sílabas en una (1) y en la característica copulación verbal, por lo demás sigue su propio camino que lo lleva á guardar en lo posible el valor objetivo de sus elementos, cuya junción y correlación se encomienda más al ánimo del oyente que al escaso auxilio de partículas de suyo directivas. La diferencia es comparable á la que media entre los idiomas mongólicos y polinesios, los primeros señalados por su marcha afianzada é ilimitada evolución, los últimos por su fecundidad material y voluble manejo. Pero ni el norte ni el sur tienen algo que se pueda medir con la fonología fenomenal del araucano.

Por razones evolucionistas antes le hemos asignado una procedencia exótica y un pasado turbulento. Los nombres propios suministran otro argumento que robustece esta aserción. Mientras los nombres geográficos que nos han sido conservados, hallan fácil interpretación por la lexicología vigente, los nombres de animales, plantas é instrumentos son casi todos indescifrables: prueba evidente de que desde el momento en que se concibieron las denominaciones de lo que más interesa al cazador salvaje, profundas transformaciones han afectado las palabras primitivas, conservadas sólo por ruinas y trascritas á los seres de la nueva patria. Lo mismo sucedió á la dominación española en la pampa que no ha sabido poblar de nombres más característicos que los sacados de la descripción del lugar y que á la vez se ha rodeado de tigres, buitres y otros animales familiares á pesar de ser bastante distintas las especies americanas.

Y aquellas presuntivas luchas, aquel éxodo terminal, ¿dónde y cuándo se verificó? En vano olfateamos todas

(1) L. Adam, *Grammaire de la langue jâgane.*

las direcciones de la rosa de los vientos, como el arriero que en el desierto busca el rastro perdido. Ningún pueblo se levanta para reclamar por hermanos á los antepasados de los araucanos. Internados en su antes inexpugnable asilo, las oleadas que allá los arrojaron, se han retirado, llevándose los despojos de aquella catástrofe. Para suma de desgracia, nada sabemos de los chonos, nada de los patagones, nada de los bizarros guerreros que ántes de ser confinados al impenetrable Chaco recorrían la ancha faja de terreno que hoy es la República Argentina.

La única lumbrera que el padre Valdivia nos había encendido en su *Arte y gramática breve de la lengua allentiac, que corre en la ciudad de San Juan de la Frontera, provincia de Cuyo* (1) no sé en qué parte se esconda. Ovalle afirma que los guarpes de la otra banda se diferenciaban esencialmente de los araucanos. El nombre, que él usa, les fué impuesto por los tsonecas; y ellos mismos, ¿son en verdad los formidables calchaquis como creen algunos en contradicción con las indicaciones de Ovalle? Silencio eterno cubre sus solitarias tumbas, los cráneos pútridos que el juicioso afán de los antropologistas arranca de los álveos del Plata y río Negro, nos miran con muda negación; y si pudieran hablar, traerían noticia de un remotísimo pasado, pero jamás del parentesco de los pueblos actuales. Son guturales en sumo grado los idiomas de los tsonecas y de los abipones, como nos enseñan los viajeros y misioneros; y el *chilidúngu* es todo lo contrario. Pero el lule, único del que poseemos «arte», gracias al apostólico celo del pa-

(1) Impreso en 1507 en Lima por Ricardo del Canto.

dre Machoni (1) aunque no llega á la suavidad del araucano, se le asemeja bastante en su vocalismo y liquidación y más en su extructura. Los lules, si en realidad es de ellos el idioma que lleva su nombre, han sido extinguidos después de no pocos sufrimientos y penosas peregrinaciones. Y si antes que los españoles conociesen á los tehuelches, éstos, cediendo á la presión de los puelches ó araucanos emigrados al oriente, han marchado hacia el polo, y más tarde los tsonecas construyendo bateles que antes no conocían han atravesado el estrecho magallánico y ocupado las llanuras de la Tierra del Fuego que son la verdadera prolongación de la Patagonia, ¡cuántos combates habrá visto el nunca nublado sol de la pampa renovarse sobre sus abiertas campañas, que tanto se parecen á las estepas del Asia donde también las naciones se han agolpado en continuo vaivén, invadiendo como los hunos hasta el corazón de Europa, ó lanzando á los suomis á las costas heladas hiperbóreas dónde el astro diurno no se oculta en verano! Todas las lenguas desde el alto Pamir á las tundras nebulosas de la Siberia septentrional y del Volga al Yenesey son de un mismo tipo y más análogas á las de la pampa que ningunas del mundo, sea á causa de la igualdad de condiciones naturales, sea por lejana afinidad. Se sabe que tanto los búlgaros que hoy hablan un dialecto eslavo como los húngaros que no guardan ninguna reminiscencia de su patria turánica, han emanado de aquel «colmenar de gentes». No cabe duda de que, si en lugar de ser súbdito de Su Majestad Católica, el mundo occiden-

(1) Antonio Machoni, *Arte y vocabulario de la lengua lule y tonocoté*. El *Vocabulary and rudiments of grammar of the tsoneca language*, por el R. Teófilo Schmid, no lo puedo consultar.

tal hubiese formado el patrimonio de la corona de San Esteban, los propagandistas del Danubio y Maros habrían creído oir renovarse los mismos sonidos patrios en el triángulo de la América austral; ¡quién sabe si no habrían percibido con alegría hasta la "armonía vocal" que caracteriza el habla de la puszta, donde el docto Havestadt forjó aoristos y gerundios!

No tiene objeto dar á la incierta genealogía de los araucanos la arrogante forma de una tesis definitiva, mientras se ignora la verdadera índole de su idioma, y ni los delineamientos de los vecinos han sido fijados: *hypotheses non fingo*. Los vocabularios de Pigafetta, Pineda, Viedma, Bauzá, Fitzroy, D'Orbigny, Hale, Musters, Cox, Moreno, Lista, en el actual estado de cosas, son como tantas observaciones meteorológicas aisladas que no bastan para deducir de ellas las leyes de la climatología local; casi todas son además hechas con instrumentos toscos y sin cotejar, es decir, sin principios fisiolingüísticos.

La comunidad de palabras es independiente de la comunidad de origen; vale sólo para probar que ha habido contacto. De lo contrario, todos los pueblos europeos, que se clasifican en cuatro ó más familias étnicas fundamentalmente diversas, serían de una misma procedencia, por designar ciertas cosas con palabras iguales; y todos nosotros que nos entendemos por teléfono ó por claves internacionales, seríamos hermanos. Las revelaciones de estas congruencias pueden ser importantísimas para la evolución social de las naciones; pero su autoridad no pasa de ahí.

Así, Martius (1) llama la atención hacia la concordan-

(1) *Zur Ethnographie Amerikas*, pág. 136.

cia de *pupun* que en araucano significa la pulpa de una frata (1) con *pupunha*, que en tupí es la *Guilielma speciosa Mart*, una palma utilísima para los indios del Brasil. Ó cuando vemos que el alimento animal, una de las primeras necesidades, se expresa:

en tsoneca	por	*yeper* (carne)
lule		*lop* (carne)
alacaluf		*luffish* (comer) (2)
araucano		*in* (3) (yo como)

será permitido sospechar la existencia de un cambio de ideas sobre este punto. Instructivo es á este respecto también el ejemplo del instrumento más antiguo que conoce la humanidad: la piedra que

en aimará,	es	*cala*
araucano,		*cura*
tsoneca,		*kan* (piedra para prender fuego)
yahgan,		*aui*
alacaluf,		*cathow* (4)
ona,		*uinna*
lule,		*aynus*

El orden de trasformacién de sonidos, ¿será el mismo en que se ha aprendido á usar la piedra para hacer fuego, armas y demás enseres? Tal vez nó, porque no hay cosa más engañadora que la fonografía para lenguas desconocidas, ni cosa más fútil que la etimología según meras semejanzas de sonido. La única inteligencia de las

(1) Valdivia y Febres escriben *vún*.
(2) Pronunciación inglesa.
(3) La raíz parece atenuada de *iv ip*, *ipe*, alimento, según Falkner
(4) Pronunciación inglesa.

palabras descansa en su historia, en su modo de formarse y deshacerse. Y esta ciencia es tan segura é infalible, como lo es el conocimiento del tiempo ó la previsión de la moralidad pública, siempre que se disponga de los materiales suficientes. Sólo el genio franquea los límites del sentido común y levanta á un máximum la curva que marca el desarrollo general. Pero en pueblos bárbaros la individualidad personal tiene aún menos ingerencia que en las lenguas perfeccionadas. Para el indio no hay tecnicismo ni estilo literario; todo es común en su vida y en sus pensamientos. Establecidas, pues, las condiciones exteriores, la aplicación de las leyes de la sicología étnica al sistema gramatical y lexicológico, no dejará secretos de orígenes y parentesco.

DR. L. DARAPSKY

Santiago, abril de 1888.

ASPIRACIONES

Quiero ver de los prados la llanura
por un cielo de fuego acariciada;
quiero ver á la brisa perfumada
que del follaje entre el verdor murmura.

Quiero ver dibujándose en la altura
en plateado cristal limpia alborada,
y en las aguas del lago retratada
quiero ver de las nubes la blancura.

Quiero ver los fantásticos primores
con que sabe adornar su amor primero
la tierna virgen que suspira amores.

Pero, para salir de un peladero,
más que amor, lago y cielo, brisa y flores,
quiero ver cien mil pesos en dinero.

KEFAS

INSTRUCCIÓN

PARA LA LECTURA Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS DE IMPRENTA

(Continuación)

DEL EPÍGRAFE

El epígrafe se compone con tipo pequeño, dejándole, generalmente, á la izquierda, un blanco equivalente poco más ó menos á las dos quintas partes de la justificación; pero esta sangría puede variar según la extensión del epígrafe y la disposición general de la página. También se le sangra de un cuadratín por la derecha:

> El hombre que ha sido bastante favorecido por el cielo para adquirir conocimientos en un arte cualquiera, debe esforzarse en trasmitirlos á otros de una manera conveniente.

Si el epígrafe es una cita en castellano, va entre comillas:

> «La alta bondad con su halagüeño influjo
> en Vuecelencia su poder apura:
> al rebelde á ser dócil lo reduce
> y, enmendado, virtuoso ser procura.»
>
> (B. VERA.)

Si se forma de una cita en idioma extranjero, con su traducción debajo, la primera se pone con cursiva, y la segunda, entre comillas:

Juan Fernandez is the only commodious place in those seas, were British cruisers can refresh and recover their men after their passage round Cap Horn.

"Juan Fernández es en aquellos mares el solo lugar apropiado para que los cruceros británicos puedan refrescar sus tripulaciones después de pasar el cabo de Hornos." (RICHARD WALTER, *Viaje al rededor del mundo por Jorge Anson*, página 114.)

DEL USO DE LAS MAYÚSCULAS

Se emplea letra mayúscula al principio de cada párrafo, después de punto; después de los dos puntos que preceden á una cita; en los nombres propios de personas, lugares ó naciones (1).

También se pone mayúscula en ciertas citas después de la coma usada como los dos puntos:

Gritaban los concurrentes por todas partes, los unos, *¡Viva el rey!* los otros (que eran el mayor número), *¡Viva la nación!*...

y algunas veces sin que preceda puntuación alguna:

Creyóse que la expresión *Pan y toros* sintetizaba las necesidades y aspiraciones del pueblo español...

(1) "Y al principio de cada verso," dicen los manuales y gramáticas. Creemos, sin embargo, preferible el uso moderno, ya bastante generalizado, de empezar los versos con minúscula. La lectura es así

Se pone mayúscula después de los numerales 1.º, 2.º, 3.º, etc., cuando cada artículo forma párrafo:

Están obligados á prestar fianza todos los tutores ó curadores, exceptuando solamente:
1.º El cónyuge y los ascendientes y descendientes legítimos;
2.º Los interinos llamados por poco tiempo á servir el cargo;
3.º Los que se dan para un negocio particular, sin administración de bienes.

pero debe usarse minúscula si la enumeración se escribe seguida:

Los tutores ó curadores serán removidos, 1.º por incapacidad; 2.º por fraude ó culpa grave en el ejercicio de su cargo, y en especial por las señaladas en los artículos 378 y 434; 3.º por ineptitud manifiesta; 4.º por...

Cuando la cita ó palabras que se toman de otro autor van ingeridas en el razonamiento enlazándose con expresiones propias por medio de la palabra *que* ó de otra manera semejante, no es necesario el uso de la mayúscula:

Fundábase, además, el obispo en que en Chile no había establecimientos de educación, y en que por esta causa «la gente que en esta tierra nace, se cría más ociosa y viciosamente,» pero al mismo tiempo manifestaba que las exiguas rentas...

Se escriben con mayúscula el artículo inicial y los sustantivos y adjetivos que forman parte de los títulos de periódicos (sean ó no diarios):

El Mercurio... — *La Libertad Electoral*... — *Los Debates*... — — la *Revista Forense*... — el *Diario de la Tarde*... — la *Gaceta de los Tribunales*... — los *Anales de la Universidad*... — la *Revista de Artes y Letras*...—

---

más fácil, y menos expuesto á dudas ó errores el efecto de la puntuación; al paso que no hay razón alguna de lógica ni de conveniencia que justifique el uso de las mayúsculas.

Obsérvese que en los ejemplos que preceden no llevan mayúscula los artículos que no forman parte del nombre de la publicación.

No debe emplearse la contracción *del* (de el) cuando el artículo forma parte del título. Se dirá por lo tanto:

... los avisos de *El Ferrocarril*...

y no

... los avisos del *Ferrocarril*...

Los títulos de obras que se citan llevarán mayúscula la letra inicial de su primera palabra, sea esta la que fuere.

También se pone mayúscula (1) á los sustantivos y adjetivos (no numerales) que componen el título:

El Avaro... — *La Araucana*... — *Los Miserables*... — *Las Vengadoras*... — *Virtud y Abnegación*... — *Gramática Castellana*... — *Cesante y Enamorado*... — *El Tulipán Negro*... — *La Divina Comedia*... — *Los Animales Parlantes*... — *Los Médicos de antaño*... — *Quien mucho abarca*... — *Mejor es creer*... — *Perder ganando*... — *A Madrid me vuelvo*... — *Por un inglés*... — *Los dos sargentos*... — *Veinte años después*...

---

(1) Casi todas las numerosas obras que hemos examinado con objeto de observar el uso más admitido para la colocación de las mayúsculas en el caso que nos ocupa, presentan la más completa anarquía, no siendo raros los casos en que unos mismos autores en unos mismos libros hacen iguales citas de diferentes maneras. De este inmenso desorden no se ha salvado ni la misma Academia Española en cuya *Gramática* se lee *Diccionario de galicismos* en la página 17 y *Diccionario de Galicismos* en la página 282. (Edición de 1885.)

Se ve, pues, que es necesario dar una regla que establezca la uniformidad para los libros impresos en castellano. Por eso hemos copiado, con las ligeras modificaciones que nos parecen necesarias, la que dicta la Academia Española en su *Ortografía*.

Podrá objetarse que su aplicación ha de presentar dudas desde que no se dice en ella con precisión cuándo debe considerarse largo y

No se sigue esta regla cuando el título es largo:

Bibliografía militar de Francia... — Conquista y pérdida de Portugal... — Casa con dos puertas mala es de guardar... — Del rey abajo, ninguno; y labrador más honrado, García del Castañar... — Por no decir la verdad...

Pero en las obras didácticas, aunque su título sea largo, se usará mayúscula en los sustantivos y adjetivos que señalan la materia del libro:

Nociones elementales de Física y Química... — Primer libro de Lectura... — Problemas de Geometría Analítica... — Nuevo sistema para la Enseñanza Agrícola... — Tratado experimental de Electricidad y Magnetismo...

Los nombres de buques se escriben con mayúscula,

---

cuándo corto el título de una obra; que, suponiendo señalado ese límite, como el título *menos corto* ha de diferenciarse necesariamente muy poco del *menos largo*, resultará que dos títulos *casi iguales* estarán sujetos á reglas completamente distintas; que la conveniente colocación de las mayúsculas no debiera estribar en la mayor ó menor dimensión del título sino en la importancia relativa de las palabras que lo forman, etc.

Pero los dos primeros inconvenientes son fáciles de allanar estableciendo que se considere largo todo título que conste de más de dos palabras, no contando como tales los artículos definidos ni las conjunciones:

Un libro útil... — Mar sin orillas... — El sí de las niñas... — El hombre de mundo... — Los empeños de un acaso... — Juramentos de amor... — La muerte en los labios... — La guerra de montañas... — Coloquio de los perros... — Un drama nuevo... — Traidor, inconfeso y mártir... — El poder de la razón... — El sueño del perro... — La escuela de los maridos... — El prisionero de guerra... — Caprichos de amor y celos... — El más temido andaluz... — Las nueve de la noche... — Mentir con suerte. — Los huérfanos de la aldea...

En cuanto á la tercera consideración, si se hubiera de tomar en cuenta, daría lugar á una multitud de reglas tan difíciles de establecer como de recordar, reglas que por otra parte podrían estar sujetas á apreciaciones diferentes y producir por consiguiente nueva confusión.

pero no los artículos que ordinariamente se les anteponen:

... el *Huáscar*... — ... la *Magallanes*... — ... el *Lepanto*... — ... el *Cordillera*... — ... la *Navas de Tolosa*... — No ha llegado el vapor *Potosí*... — Me embarcaré en la corbeta *O'Higgins*... — Se ha botado al agua el crucero *Aragón*...

También se escriben con mayúscula los nombres de cuadros, siguiendo las mismas reglas que los títulos de obras:

La Vicaría, de Fortuny... — *Los Comuneros*, de Gisbert... — *La rendición de Granada*, de Pradilla...

En las fábulas se ponen con mayúscula los nombres de los personajes ya sean de animales ya de objetos que se suponen animados:

En cierta catedral una Campana había...

... Saludando al Tomillo la hierba Parietaria...

Un Perrillo, una Zorra
y un Ratón, que son tres:
una Ardilla, una Liebre
y un Mono, que son seis.

En los catálogos se acostumbra á veces escribir con minúscula los títulos, excepto la voz inicial y los nombres propios en ellos contenidos. En otras ocasiones, para observar el orden alfabético, se dejan al final de los títulos los artículos y preposiciones del principio, colocando estas palabras entre paréntesis: en este caso debe llevar mayúscula la palabra que queda á la cabeza y también la primera de las que van entre paréntesis:

Amante tímido (El)
Amor y otros excesos (Del)

Este sistema puede dar lugar á confusión y dificultar las pesquisas de los bibliógrafos. Debe preferirse el de poner el título entero; y si hay varios títulos seguidos que empiezan con la misma palabra, sustituir esta en el segundo y siguientes por una raya:

El corazón de un bandido.
— corazón en la mano.
— cura de aldea.
— doctor Centeno.
— zapatero y el rey.
Fábulas de Esopo.
— de Iriarte.
— de Samaniego.

Para los demás usos de las letras mayúsculas conviene referirse á la *Ortografía* de la Academia Española (1).

Del uso de la cursiva y de la versalita (2)

Se ponen con cursiva las palabras ó frases sobre que se quiere llamar la atención de un modo particular:

¿Cómo quiere el tal alemán estar exento del pago de esta contribución, cuando la ley que la impone habla de nacionales y *extranjeros?*

(1) Con fruto podrá también consultarse el excelente *Tratado de Ortología y Ortografía* por José Manuel Marroquín, que nos ha sido muy útil para redactar estos apuntes, así como el opúsculo *Guide du correcteur* por A. Tassis, que contiene sobre la materia multitud de reglas, no todas aplicables á la lengua castellana.

(2) Se llama letra *cursiva, itálica* ó *bastardilla* la letra inclinada á la derecha, imitación de la manuscrita. *Versalitas* son letras de la forma de las mayúsculas, pero del tamaño de las minúsculas. — *Redonda* es la letra usual y corriente de los tipos de imprenta, que no es cursiva ni versalita. — En los manuscritos se indica la cursiva subrayando las palabras; la versalita, subrayando con doble raya; y la mayúscula, en la corrección de pruebas, con triple.

Si entre lo que va de cursiva hay expresiones ó pasajes que deban diferenciarse de los que los acompañan, se ponen con versalita:

En el Japón, las tradiciones nos pintan á la *serpiente* conspirando contra el Criador; y se encontró una piedra en que estaba pintado *un grande árbol, en el cual estaba enroscada una* SERPIENTE.

Va de cursiva toda palabra ó frase que se emplea como nombre de ella misma. Esto sucede, por ejemplo, siempre que en las gramáticas ó en otras obras de igual naturaleza se nombran las dicciones, ya para exponer doctrinas acerca de ellas, ya para usarlas como ejemplos:

Los franceses, para decir *setenta* y *ochenta,* usan las expresiones *sesenta y diez* y *cuatro veintes.*

¿Qué cosa más sublime que el *Hágase la luz* del Génesis?

También se usa la cursiva en las palabras ó frases ajenas que se toman sin hacer cita; ó, lo que es lo mismo, en los pasajes ya conocidos que se insertan en un escrito propio:

Conserva tu modestia, hijo mío, sin que te causen envidia los triunfos pasajeros de la vanidad, *porque todo hombre que se ensalza será humillado; y el que se humilla será ensalzado.*

en las dicciones ó frases defectuosas que se emplean adrede:

¡Oh, qué amable, qué benigno!
¡Con qué dulzura nos trata!
¡Jesús!... Este sí que es digno
de que le den serenata
y le compongan un *higno.*

en los vocablos que se inventan:

¿Viene V. á cobrar, eh? Pues quíteseme V. de delante si no quiere que cometa un *acreedoricidio!*

y en las voces y locuciones en idioma extranjero:

Ad libitum... — *Urbi et orbi...* — *Far niente...* — *A giorno...* — *Steeple chase...* — *High life...* — *Pendant...* — *Sans façons...* — *Debut...*

Hay que tener presente que muchas locuciones latinas de uso corriente en castellano han sido incluídas en el *Diccionario* de la Academia y que, por consiguiente, no deben ponerse de cursiva:

Ad hoc... — A priori... — A posteriori... — Ad hóminem... — Velis nolis... — Ex abrupto... — Álbum... — Statu quo... — Ex cáthedra... — Ipso jure... — Ipso facto... — Mare mágnum... — Exequátur... — Superávit... — Déficit... — Accésit...

Se ponen de cursiva los nombres de cuadros. (Véanse los ejemplos de la página 192.)

Los títulos de obras citadas en el texto se ponen de cursiva. Los que van en las notas, ó después de una cita para explicar el origen de esta, se escriben también con cursiva; y si van precedidas del nombre del autor, este va en versalita; las demás indicaciones se ponen con redonda:

¡Qué bien damos consejos y razones
lejos de los peligros y ocasiones!

ERCILLA, *La Araucana*, cant. III.

(1) ARAUJO, en su *Gramática Latina*, pág. 131.

No lleva versalita el nombre del autor, cuando se expresa en otra forma aunque esté cerca el título de su producción:

El autor de *Un drama nuevo* es don Manuel Tamayo y Baus...

Historia de Francia, por Michelet...

Toque V. la *Serenata* de Schúbert...

Los nombres de diarios ó periódicos y los de buques se componen de cursiva:

La Época... — *Los Tiempos...* — *El Estandarte Católico...* — la *Revista Económica...* — ... el *Cochrane...* — ... la *Esmeralda...*

Obsérvese que no se pone de cursiva el artículo que acompaña á esos nombres cuando en realidad no forma parte del título.

Cuando un periódico cita su propio título, se acostumbra ponerlo de versalita.

Cuando las conjunciones *y, ó* forman parte del título de una obra, deben escribirse también con cursiva:

Julieta y Romeo... — *Don Álvaro ó la fuerza del sino...*

pero no en los demás casos:

¿Leeré primeramente *Graciella* ó *Rafael*?...

Mis óperas favoritas son *Aída* y *Fausto*...

Es de uso general en las buenas ediciones españolas poner con versalita el numeral de los siglos. Ignoramos por qué razón la Academia Española ordena que sea con mayúscula: sin duda se refiere á los manuscritos.

Algunos libros (y entre ellos la *Gramática* por la Real Academia Española) llevan de versalita los numerales de las partes, libros, capítulos y demás divisiones de una obra cuando esta se cita en nota. Esta práctica la recomiendan también los manuales franceses; pero el uso casi constante es poner esos numerales con mayúscula, y así lo ordena también la *Ortografía* de la Academia.

En las cartas, oficios y otros documentos análogos

que se trascriben por entero, se acostumbra poner de cursiva la fecha y de versalita la firma cuando ambas cosas van en línea aparte; pero si van en el mismo párrafo, la fecha va de redonda y la firma de cursiva.

En las leyes, decretos, códigos, etc., la palabra *artículo,* sea completa, sea abreviada, va generalmente con versalita cuando se halla al principio de párrafo y va seguida de un numeral.

La puntuación que sigue á las palabras de cursiva debe ser también cursiva, menos después de un guarismo ó de un paréntesis.

RAFAEL JOVER

(Continuará)

En el álbum de doña Sol

Sol, que aceptes los versos que te ofrezco
de tu álbum en la página primera,
es honor que por cierto no merezco.

Á tanto la esperanza lisonjera
no llegó en mí jamás, porque sabía
que el álbum tuyo con justicia espera

mejores poesías que la mía.
Muy pronto acudirán los trovadores,
tu atención disputándose á porfía:

entonarán sus cánticos de amores
al són divino de encantadas liras
y tu camino sembrarán de flores,
porque tú, Sol hermosa, los inspiras!

Luis A. Luco y Valdés

1886.

REVISTA LITERARIA

DON JOSÉ JOAQUÍN DE MORA

por Don Miguel Luis Amunátegui

Acaban de publicarse en edición separada los apuntes biográficos sobre don José Joaquín de Mora, que vieron, años atrás, la luz primera en diversos números de la Revista de Santiago. Diferénciase la obra actual de la de antaño en la mayor copia de datos, reunidos y anotados con posterioridad á la primera publicación. En este sentido, y tomando en cuenta que dichos datos y documentos permanecían en parte inéditos hasta la fecha, el tomo á que voy á dedicar algunas líneas puede considerarse como libro póstumo del erudito y laborioso escritor don Miguel Luis Amunátegui.

La muerte, que impidió terminar al señor Amunátegui interesantes trabajos literarios que tenía iniciados, privóle también de la satisfacción de ver reunidos en un tomo impreso los apuntes biográficos sobre Mora, que

tan prolijamente, animado de un generoso intento, había escrito. Su trabajo no debía, sin embargo, quedar inédito, y manos cariñosas se han encargado de entregarlo á la publicidad, haciendo de esta suerte que el espíritu del señor Amunátegui superviva de manera sensible en la memoria de sus conciudadanos y de todos los amantes de la literatura.

Los literatos mediocres, los que encuentran estrecho el campo para sus talentos, porque no saben ó no quieren explotar el infinito que les rodea, terminan la peregrinación sobre la tierra satisfechos de haber legado á la posteridad todas sus concepciones; los grandes literatos, los que escriben por la atracción irresistible que sobre ellos produce el arte ó por el deseo nobilísimo de enseñar, esos dejan casi siempre tras de sí, á la manera de brillante estela algún propósito que no alcanzaron á realizar ó alguna obra que en vida no pudieron concluir ó cuando menos publicar para enseñanza y deleite de sus semejantes. Dominados por la fiebre del trabajo, alentados por el éxito de sus esfuerzos ó por la pasión de sus sentimientos, que les arrastra á dar formas á cuanto en la mente crean, tienen su iniciativa pendiente de varios asuntos á la vez, de modo que cuando la muerte les sorprende quedan algunas de ellos sin resolverse.

Así, don Miguel Luis Amunátegui, que durante tantos años prestó asidua é inteligente consagración á las letras y que en el vasto y hermoso campo literario realizó una labor considerable, no pudo dar á éstas coronamiento con las obras que tenía preparadas. Inició el trabajo de las *Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense* y

dejó concluídos el tomo III de *La Crónica de 1810* y los apuntes biográficos sobre don José Joaquín de Mora.

Interesa saber, y es necesario decirlo, que esta última obra tiene el carácter de apuntes biográficos—como el mismo autor los llama—que ligados entre sí forman la historia de la vida del señor Mora y dan á conocer sus ideas y las causas al servicio de las cuales puso su inteligente actividad, pero que no constituyen una biografía literariamente perfecta en cuanto á su composición.

En efecto, hay en el libro en que me ocupo dos talentos que de consuno lo han compuesto, aunque uno de ellos prevalece visiblemente: el del literato y el del recopilador; este segundo es el que aporta mayor esfuerzo, comoquiera que la copia de documentos es escogida y numerosa y acusa una gran perseverancia para buscarlos ya en papeles inéditos, tales como la correspondencia y cartas del mismo señor Mora, ya en libros y escritos diversos sobre el personaje y su época, ya, finalmente, en el testimonio verídico de personas que tuvieron relaciones con aquél ó que fueron contemporáneos suyos y testigos, en mucha parte, de sus actos. El talento del literato, subordinado al del recopilador, se revela en la redacción de numerosas páginas en que el señor Amunátegui suple los vacíos de la documentación y en que comenta ó defiende los actos de Mora, ó los reduce, pasándolos por el tamiz de la crítica histórica, al valor que según él tienen, y se revela también en el apasionado cariño con que sigue á su héroe en las variadas circunstancias de la vida, para darnos de él un retrato que se aproxime cuanto es posible al original.

Puede decirse que en la composición literaria de sus apuntes biográficos sobre Mora, el señor Amunátegui ha

seguido un sistema sincrético, adoptando, según las necesidades ó la conveniencia, uno ú otro de los dos grandes sistemas históricos: así, en una parte deja que los documentos manifiesten casi por sí solos las tendencias del personaje en orden á diversas evoluciones políticas referentes á Chile, y en otras se detiene á comentar sus ideas y á manifestar la bondad de ellas, tanto en el terreno de las abstracciones como en el de la aplicación práctica.

Esa falta de un plan fijo en la composición literaria de la obra no es un defecto involuntario, sino que tiene, en parte, una explicación muy clara (que nos ha sido dada por el señor don Augusto Orrego Luco) en el deseo de combatir cierto orden de ideas políticas.

Dice el señor Orrego Luco:

"Hace dieciséis años,—cuando se dieron á luz en la REVISTA DE SANTIAGO las páginas que ahora reaparecen, —atravesaba el liberalismo una hora de crisis incierta y peligrosa. El partido conservador amenazaba sériamente la existencia misma de la enseñanza del estado. Una hábil propaganda difundía en la opinión doctrinas que, bajo apariencias liberales, entregaban la enseñanza al desastroso predominio de la Iglesia, y estadistas conservadores llevaban esas doctrinas al gobierno.

"La libertad de enseñanza era la voz de orden de una poderosa agrupación política que entraba impaciente y resuelta en los consejos de gobierno y que á la sombra de esa bandera liberal asestaba golpes seguros y mortales á la organización de nuestro sistema de enseñanza, amenazando hacer pedazos la instrucción pública y gratuita, que era una de las pocas instituciones liberales que habían escapado al tremendo naufragio de la reacción conservadora del año 33.

"Siguiendo sus procedimientos habituales para combatir las doctrinas que asomaban en esa hora de crisis peligrosa, el señor Amunátegui quiso traer á la memoria recuerdos lejanos, que tenían una viva oportunidad en esos momentos, para deslizar en medio de esas reminiscencias del pasado la refutación de las doctrinas que se empeñaba en combatir.

"Ese propósito necesariamente despojaba al libro de Amunátegui de la vigorosa unidad que exige la composición de un retrato literario, y lo ha obligado á entrar en forzadas y casi violentas digresiones. Pero en cambio de la unidad sola y de la armonía sacrificada, ha servido el escritor en ese libro una causa comprometida en esos días y ha hecho á doctrinas generosas un voluntario y difícil sacrificio" (1).

La índole meramente literaria de estas páginas no me permite entrar en una disertación más ó menos larga, para probar que lo del *desastroso predominio de la Iglesia* en la enseñanza es un lugar común del periodismo liberal, y para discutir, como desearía, la generosidad de la doctrina del estado docente contrapuesta á la de la libertad de enseñanza; reproduzco las palabras de uno de los directores de la Revista de Santiago sólo para manifestar que la falta de unidad en el plan de la obra en que me ocupo, y sobre todo la falta de un sistetema histórico de redacción, tiene por causa el propósito del señor Amunátegui de prestar un servicio, con el libro sobre Mora, á las ideas que profesaba.

Por lo demás, el libro del señor Amunátegui es precio-

(1) Artículo editorial de El Mercurio de Valparaíso, de 26 de abril de 1888.

so como fuente de averiguación histórica, sobre todo en cuanto se refiere á Mora en sus relaciones con Chile, y ofrece interés sobrado para que su lectura sea agradable.

Don José Joaquín de Mora puede ser considerado, por nosotros, en tres aspectos principales: como literato, como amigo de Chile,—aunque después su acérrimo censor,—y como partidario de cierto orden de ideas políticas y sociales. Estos tres puntos tienen desarrollo más ó menos extenso en la obra del señor Amunátegui, abundantísima especialmente en los dos segundos, que son, sin duda, los que más interesan á los chilenos.

El historiador biográfico ha tenido que analizar muy detenidamente la influencia ejercida por Mora en nuestro modo de ser social y político, para despojarla de los exagerados contornos de que algunos la habían revestido. Un escritor chileno no podía, sin negarse á los fueros de la verdad, dejar que con su aceptación ó su silencio cundiera la especie muy propalada de que Chile debía á Mora el trabajo de organización social que vino después de nuestra independencia, el orden político y administrativo en el interior y el crédito y fama en el extranjero. Tal situación, si debe algo, como no puede negarse, al talento y al esfuerzo de don José Joaquín de Mora, no se debe exclusivamente á él, comoquiera que la organización de un pueblo que rompe las ligaduras de la colonia para formar parte del concierto de las naciones independientes, no es obra de un día y de un hombre sino de una generación. Era, pues, necesario, restablecer la verdad histórica, y el señor Amunátegui la ha restablecido, sin arrebatar por eso al señor de Mora los méritos adquiridos por la participación real y efectiva que tuvo en dichos sucesos.

Además de la parte que le cupo en nuestro arreglo político y administrativo, Mora prestó servicios á Chile en el campo de la enseñanza. La fundación del Liceo de Chile, á que poco tiempo después vino á hacer competencia el Colegio de Santiago, regentado por don Andrés Bello, se encuentra vinculada á los primeros pasos dados en ese sendero. La fundación y el sostenimiento del Liceo se hallan relatados extensamente en el libro del señor Amunátegui, de tal suerte que el lector se forma idea casi perfecta de los esfuerzos de Mora y de las infinitas contrariedades que tuvo que soportar.

Pero el distinguido gaditano, amigo de Chile y celoso de su progreso, tornóse después de su destierro en implacable censor de esta nación y en adversario cruel y acérrimo de algunos de sus hombres de Estado. Buen testimonio de ello dan sus sátiras y sus cartas, que, por otra parte, acusan la veleidad de sus sentimientos. Así, después de haber calificado de asesino á O'Higgins en la célebre elegía á la muerte de los Carreras, fué el admirador más entusiasta de aquel prócer.

Las numerosas cartas insertas en el libro del señor Amunátegui manifiestan de un modo completo los sentimientos de Mora en orden á los prohombres y á los sucesos de nuestra patria. En ellas se da á conocer el individuo con todas sus cualidades y sus defectos, y en ellas también revela sus ideas y sus pasiones. Las agresiones contra Chile no escasean, antes, por el contrario, abundan; pero, la verdad sea dicha, ya no nos causan odio ni rabia contra el que las profirió, porque el tiempo, de igual manera que la corriente de los ríos quita sus asperosidades á los guijarros, ha amortiguado el veneno que encierran.

Desterrado de Chile, Mora continuó su peregrinación en el Perú, Bolivia, Londres y España, su país natal, donde vivió consagrado á las letras hasta su muerte. En todos estos puntos le sigue el señor Amunátegui,—como antes le habia acompañado desde su nacimiento,—inquiriendo sus trabajos, analizando sus ideas, estudiando sus producciones literarias. Si en esta parte el libro no es tan abundante como respecto de Mora en sus relaciones con Chile, débese á la dificultad misma de encontrar noticias y acaso á que no son tan interesantes algunos pormenores de su vida íntima, como lo son los más mínimos detalles de su estadía en nuestras tierras y en tierras extranjeras mientras se preocupaba principalmente de nosotros.

En la recopilación y redacción de sus apuntes biográficos sobre Mora, el señor Amnnátegui quiso, al decir de uno de sus críticos, hacer un generoso servicio á sus ideas en materia de enseñanza oficial, deslizando suavemente, entre los recuerdos de una edad pasada, la refutación de ideas que condenaba, y quiso también rendir un homenaje de respeto y de gratitud al literato y muy principalmente al hombre que prestó buenos servicios á Chile cuando hacía pocos años que habíamos nacido á la vida de nación independiente. Cuanto á lo primero, respetando el derecho que cada uno tiene para propagar, dentro de ciertos límites, las doctrinas que profesa, sólo diré que no sé, ni es del caso averiguar, si la propaganda del libro en que me ocupo ha conquistado algún prosélito ó ganado un palmo de terreno á la doctrina contraria, que entrega la enseñanza, no al *desastroso predominio* de la Iglesia, sino á la particular iniciativa y atención de los individuos amantes de su patria. Respecto de lo segun-

do, el señor Amunátegui ha realizado su noble intento. La vida y los actos de don José Joaquín de Mora se encuentran ámpliamente desarrollados en ese libro, en que pudiera haber tomado más parte el literato y menos parte el recopilador, pero en que uno y otro, reunidos en un hombre de inteligencia y de trabajo, que por esto y por haber bajado á la tumba nos merece doble respeto, han rendido tributo de admiración á una persona distinguida y han hecho justicia á un literato de talla y amigo y servidor de Chile.

LUIS COVARRUBIAS

Abril de 1888.

CONFORMIDAD

DE LA FISÍCA Y LA QUÍMICA CON LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA

I

Al crear el mundo, Dios se dignó estampar en todas las criaturas las huellas de su esencia y á todas las adornó con destellos de sus divinas perfecciones. La unidad eminente que posee, como sér por excelencia, la comunicó al universo en el grado en que su finita naturaleza lo permitía, ordenando sus diversas partes á la realización del plan concebido por la Divina Inteligencia, que, aunque variadísimo en sus detalles, es uno é infinito, y por esta causa todas las criaturas poseen tan sorprendentes analogías, están unidas tan misteriosamente por su naturaleza y operaciones y convergen todas á un solo centro de unidad que es Dios.

En las ciencias, que sólo son la representación de la naturaleza, debe reinar la misma admirable unidad que resplandece en todos los seres; sus diversas ramas son solamente partes armónicas de un gran todo unidas entre

sí por estrechos é inconmovibles lazos, formados por inmutables principios que se derivan de la esencia misma de las cosas. Cada una de las ciencias se funda sobre verdades demostradas por otra ciencia de un orden superior y todas están enlazadas por la metafísica, que comprende todos los primeros principios.

Siempre que la razón humana en su loco orgullo ha despreciado estos principios y ha pretendido ser la creadora de las ciencias y fijar á su antojo sus bases y fundamentos, sólo ha conseguido producir en ellas profunda confusión. Ha podido, es cierto, enaltecer algunas ciencias y deslumbrar á generaciones enteras; pero sus enseñanzas han llevado siempre en su seno gérmenes de destrucción y de muerte que no han tardado en desarrollarse.

La primera ciencia cuyas enseñanzas hayan llegado hasta nosotros fué la filosofía. Cuando ella nació, ya se había borrado de la memoria de los hombres la primitiva revelación, y la humanidad desconocía la existencia del mundo sobrenatural. Privada la filosofía de su base, se desarrolló envuelta por las sombras de cruel incertidumbre; los genios, á quienes corresponde servir de guía de la humanidad, marchaban en completo desacuerdo, no encontrando verdades que exigiesen su firme asentimiento; no existía ninguna que fuese por todos aceptada, ni aun las que caen bajo el dominio de los sentidos; numerosos sabios sostuvieron que todo cuanto vemos, que nuestro mismo sér es sólo una ilusión; que es imposible saber si algo existe; sabios hubo también que hicieron profesión de enseñar al mismo tiempo la verdad y falsedad de todas las cosas. En vano la razón, en su ansiedad

por conocer la verdad que es su alimento y su vida, la buscaba afanosa en los libros y las lecciones de los maestros; el único fruto de sus desvelos era el escepticismo que oprimía la inteligencia y ahogaba en el alma toda noble aspiración. Olvidado de Dios y de su alto fin, falto de fe y de esperanza, el hombre buscó en la tierra la felicidad que anhelaba y se entregó á todas las pasiones.

Tal era el mundo cuando sonó la hora de la redención. El Hijo de Dios hecho hombre enalteció la naturaleza humana, dando á conocer los misterios de los cielos, la grandeza del fin del hombre y la norma de conducta que á él rectamente conduce. Á la luz de las divinas enseñanzas, los representantes de la antigua ciencia se hicieron cristianos y por vez primera todas las altas inteligencias marcharon unidas en completa armonía á la conquista de la verdad. Los padres de la Iglesia abarcaron todos los conocimientos que les legaron los siglos precedentes y fueron capaces de separar la verdad del error que en ellos yacía en revuelta confusión: desconfiando de sus fuerzas buscaron en más altas regiones base donde cimentar sus conocimientos y jamás la humana inteligencia ha construído obra más sólida.

Se les acusa á los Santos Padres y á los escolásticos de haber despreciado las ciencias naturales; pero nada es menos cierto: las obras de Santo Tomás, de Alberto Magno y de muchos otros son un vivo desmentido de tal acusación. Á sus impulsos no progresaron estas ciencias tanto como las morales y filosóficas, porque estaban desprovistos de los medios que hacen tan fructíferos los trabajos de los modernos naturalistas y porque comprendían cuánto más importantes son las ciencias filosóficas que las naturales, para que quisiesen, como los sabios del

día, abandonar aquéllas para dedicarse exclusivamente á fomentar los intereses materiales.

Estaba decretado en el plan divino que los sabios de esta época cultivaran con especial empeño la teología, la filosofía y la moral, para que estas ciencias quedasen establecidas sobre cimientos inconmovibles antes que nuevos horizontes viniesen á atraer la actividad humana. Cuando Colón hizo brotar de los mares un nuevo mundo y cuando Galileo acercó los cielos y los puso al alcance de los hombres, cuando Newton sorprendió los misterios de los astros; cuando Leibnitz creó las bases del cálculo infinitísimo, ya la humanidad se encontraba en perfecta y tranquila posesión del orden moral y religioso y podía entregarse con febril agitación al estudio de cuanto estuviese al alcance de sus facultades.

Al despuntar la edad moderna, ya se habían dado los primeros pasos para romper el armonioso concierto que reina entre el mundo espiritual y el material; el protestantismo había declarado á la razón libre interpretadora de la fe; Bacon y Descartes habían extendido el racionalismo á las ciencias, haciendo de la experiencia la única fuente de todas ellas. Estas ideas de orgullo y de independencia fueron germinando hasta que, impulsadas por las doctrinas de los seudofilósofos, estallaron, en el siglo pasado, con asombrosa energía, conmoviendo á la sociedad desde los cimientos: todas las ciencias fueron trastornadas. Las religiosas fueron relegadas al olvido como inútiles al hombre. Las filosóficas fueron derribadas del solio en que brillaban, para convertirse en instrumento de todas las pasiones y juguete de los caprichos de los hombres; no ha habido error ni desatino que no se haya sostenido á nombre de la filosofía, ni crimen que

no haya sido cobijado bajo su sombra. Todas las modernas doctrinas filosóficas, como todo lo que al error pertenece, viven en continuos cambios; las que hoy están en boga no lo estuvieron ayer ni lo estarán mañana; los discípulos no siguen las enseñanzas de sus maestros, se juzgan con derecho para reformarlas y perfeccionarlas y de tal modo las alteran que á sus mismos autores no les es posible reconocerlas. Admirable es la virilidad y elevación de muchas especulaciones, extraordinario el número y la variedad de los sistemas filosóficos; pero todos se contradicen entre sí; cada uno pone de manifiesto la falsedad de los demás. Toda la historia de la moderna filosofía constituye un soberbio monumento elevado por las mayores inteligencias para humillar á la razón humana, haciéndole ver cuán poco vale, aun en sus grandes triunfos, cuando pretende marchar por sí sola despreciando los eternos principios en que todas las ciencias deben cimentarse.

Las ciencias naturales han conseguido elevarse á inmensa altura; jamás la naturaleza se había presentado al hombre más rica en armonías, en majestad y belleza: todo es en ella movimiento y vida; todos los séres, desde los inmensos astros que pueblan los espacios hasta el átomo de polvo que el viento arrastra, son dignos de la admiración del hombre, que encuentra en todos ellos innumerables verdades y misterios. Pero á pesar de todo su progreso, á pesar de sus grandes descubrimientos, las ciencias naturales participan y en no pequeña escala del funesto influjo del racionalismo que las ha inducido á despreciar la metafísica. La falta de principios, que es el grave mal que aqueja á la sociedad moderna, aqueja también á estas ciencias; ellas dominan y analizan los fenó-

menos, descubren sus leyes; pero sus dominios no alcanzan mas allá de los sentidos; si suprimimos los hechos observados, nada queda en el fondo de las ciencias naturales sino deleznables teorías que se mudan como las olas del mar: unos sabios han creído que los cuerpos son el armónico conjunto de mil átomos diversos: otros la combinación de muchas fuerzas; unos atribuyen todos los fenómenos vitales á las fuerzas naturales, otros piden la existencia de un espíritu que sea causa de todas las acciones de los séres animados; no existe físico que se atreva á decir que conoce la naturaleza íntima del calórico, del éter, de la electricidad y demás fluídos cuya existencia ellos enseñan, y tampoco ningún químico que crea conocer la última causa de las sorprendentes propiedades de los cuerpos que ellos han descubierto, á pesar de que estos fluídos y estas propiedades constituyen el objeto de la física y la química. Reina la ignorancia ó la duda en todos aquellos puntos que no pueden ser directamente observados. Las ciencias naturales, hasta hoy, sólo han conseguido atesorar riquísimos materiales que por falta de cimiento no les es posible aprovechar en un majestuoso y firmísimo monumento.

Sólo las ciencias matemáticas se han conservado libres de la acción del racionalismo, porque dimanan directamente de los primeros principios metafísicos que el hombre, ni en sus mayores accesos de locura, puede negar; pero llevan también el sello de la pequeñez de la razón humana: la geometría se apoya en postulados que no puede demostrar, á pesar de no ser verdades de evidencia inmediata; todas las ciencias de aplicación, que son casi todas las matemáticas, son ciencias de aproximación; no les es permitido decir «esta es la verdad», sino sólo «esto

no se aparta mucho de la verdad»; la primera de las ciencias exactas, el cálculo diferencial, que ha trasformado la ciencia matemática y ha sido causa de mil portentosos adelantos, que hoy sólo se empiezan á explotar, no pretende conocer exactamente el valor de las cantidades, sino disminuir los errores hasta hacerlos menores que toda cantidad imaginable.

Para restaurar todas las ciencias es necesario pedirle su auxilio á la verdadera filosofía que, como madre que es de todas, contiene los altísimos principios sobre que todas han de descansar, y constituye el lazo que á todas las reúne para que sean la fiel representación de la naturaleza que es una en su infinita variedad de séres. La más alta fuente de la verdadera filosofía donde deben ir todas las ciencias á buscar el agua regeneradora que les restituya la grandiosa belleza que á todas corresponde, es Santo Tomás de Aquino, que penetrando en el sacrosanto misterio de la Trinidad hasta donde le está permitido á la humana inteligencia, vió en él resumidos todos los séres y sus mutuas relaciones, y comprendió las eternas verdades, que son el fundamento de todas las ciencias existentes y futuras, verdades que estampó en la *Suma Teológica* para admiración y enseñanza de todos los siglos: esta filosofía le comunicará á las ciencias aquella estabilidad y grandeza que ha hecho que seiscientos años que han pasado sobre ella, lejos de hacerle perder su vigor y lozanía, la conservan resplandeciente de majestad y grandeza, como brillante astro que ilumina todas las ciencias.

La física y la química han experimentado en grande escala la acción del racionalismo que las ha separado del

lugar que les corresponde en el concierto de las ciencias, al declararlas independientes, sin sujeción alguna al orden ideal, á ningún principio filosófico que las una á las demás y las haga formar parte del armonioso conjunto que forman todas las ciencias. De imagen de la Verdad Eterna, que todas son, han sido convertidas en esclavas de la razón humana, que de ellas se vale como de vil máquina de producir riquezas y de facilitar la adquisición de infinitos goces materiales, fomentando así esa insaciable sed de placeres que caracteriza nuestro siglo y hace creer que el fin del hombre es gozar en esta vida para dormir después el sueño de la nada. Hoy ambas ciencias se fundan únicamente en la experiencia; no admiten verdad alguna que los sentidos no hayan comprobado, procediendo de lo particular á lo universal, de los fenómenos á la esencia; pretenden deducir de los hechos observados la naturaleza de los cuerpos y la última causa de todas sus propiedades.

Esperamos demostrar en la presente disertación que la filosofía de Santo Tomás de Aquino es la única que conociendo la esencia misma de los cuerpos, puede explicar su constitución y la causa de sus propiedades; y que, por consiguiente, á ella es á donde deben ir los físicos á buscar el apoyo que necesitan, seguros de encontrar la más perfecta armonía entre los verdaderos principios metafísicos y las verdades por ellos demostradas.

II

En la edad media dominaban sin rival en las escuelas é informaban todas las ciencias, las doctrinas de Aristóteles, según las cuales los cuerpos están formados por la

unión de dos principios incompletos, privados de subsistencia propia: la materia prima, sér indeterminado que es indiferente para formar todos los cuerpos é igualmente está en la composición del oro y de la tierra y de todas las sustancias corpóreas, y la forma sustancial, que unida á la materia la determina á formar una sustancia; aquélla es capaz de recibir todas las propiedades de todos los cuerpos, sin que por sí tenga ninguna; ésta es el principio activo, origen de todas las propiedades de los séres corporales y causa de las distinciones que entre ellos existen. Los cambios de sustancias que todos los días vemos en la naturaleza son debidos á cambios de formas sustanciales; la materia prima permanece inalterable, sirve de sujeto á las transformaciones. De esta unión de la materia con la forma nacen primeramente, según Aristóteles, los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, los cuales uniéndose en determinadas proporciones dan origen á infinitas formas y producen todos los cuerpos.

Apoyados en estas doctrinas, los predecesores de los químicos, los alquimistas, buscaban afanosos las proporciones en que era necesario unir los elementos para convertirlos en oro, conocimiento que equivalía al secreto de transformar en este precioso metal todos los cuerpos.

Al comenzar la edad moderna, los espíritus, cansados de las sutilezas de los últimos escolásticos y de las discusiones metafísicas, comenzaban á mirar con desprecio la antigua filosofía para acogerse á las nuevas doctrinas racionalistas de las cuales Bacon y Descartes eran los primeros apóstoles. En las ciencias naturales se buscaban argumentos para refutar á Aristóteles y eran esti-

mados como grandes descubrimientos los hechos que no podían conciliarse con sus doctrinas.

Bajo tales auspicios nació la química, que desde su origen fué arma empleada contra las doctrinas escolásticas.

Los alquimistas habían observado que los metales aumentaban de peso con la calcinación al mismo tiempo que se convertían en polvos de muy diversas propiedades. Ángel Sala, químico italiano, descubrió que el aceite de vitriolo, nombre dado al ácido sulfúrico, era compuesto de vapor sulfuroso y de algo que existe en el aire y que no pudo determinar. Su compatriota Francisco Vigani dió un paso más en el mismo sendero comprobando que las sales son compuestas de un ácido y de una *cal metálica*. Estos hechos hicieron nacer la idea de que los nuevos cuerpos que se forman en la naturaleza no eran transformaciones sustanciales, como enseñaban los escolásticos, sino combinaciones de diversos cuerpos.

Nuevas descubrimientos vinieron á afianzar estas ideas que destruían la teoría de los cuatro elementos: se descubrió numerosos gases dotados de propiedades muy diferentes, y no fué ya posible sostener la existencia de un solo elemento gaseoso, el aire; igualmente se demostró que el agua, en lugar de ser uno de los elementos, era formada por la combinación del oxígeno con el hidrógeno. Á medida que progresaba el estudio de los cuerpos, se fueron descubriendo nuevas combinaciones, hasta que se llegó á comprobar que la mayor parte de las sustancias naturales son formadas por la reunión de dos ó más cuerpos que se unen entre sí conservando toda su esencia y que pueden volver á su estado primitivo apenas se destruya la unión.

Se relegó por completo al olvido la teoría escolástica, porque estos descubrimientos no permitían sostener las transformaciones sustanciales en que ella se funda, y se buscó entre los antiguos filósofos alguna doctrina que estuviese con aquéllos conforme. Sólo dos sistemas se disputaban el campo, si excluímos las doctrinas de Aristóteles: el atomismo y el dinamismo. Sostiene el primero que los cuerpos están formados por la reunión de innumerables átomos inertes, desprovistos de toda fuerza y dotados de formas y dimensiones diferentes: las diversas proporciones en que se unen estos átomos constituyen los diversos cuerpos que existen en el universo.

El dinamismo pretende que sólo existe una sola sustancia que animada por fuerzas diferentes produce todos los séres corporales.

Nada había en los hechos comprobados por la química que hiciese probable este último sistema, y al contrario, la teoría de las combinaciones concordaba admirablemente con el sistema de los átomos que tenía, además, á su favor el nombre de Descartes, tan venerado por todos los naturalistas, y en consecuencia el atomismo fué admitido por todos los químicos.

Siempre había llamado la atención de los naturalistas la variadísima actividad de los cuerpos unos sobre otros: no existen dos sustancias que obren de idéntica manera sobre las demás; algunas se combinan dondequiera que se encuentran y vencen cuantos obstáculos se oponen á su unión aun cuando tengan que destruir otras combinaciones de que forman parte; otras jamás se combinan, por favorables que sean las condiciones que se presenten; cuerpos hay que exigen el auxilio de la luz para combinarse, otros el del calor y muchos sólo se unen á

impulsos de la electricidad; unos se combinan con violencia desarrollando inmensas fuerzas, otros sólo lentamente y necesitan días enteros y aún años para terminar su unión. En la descomposición se observan fenómenos semejantes; aquellas sustancias que tienen mayores simpatías entre sí oponen mayores resistencias para separarse y no faltan algunas que se unen de tal modo que resisten á todos los agentes de descomposición; los cuerpos explosivos, al contrario, sólo esperan la más leve ocasión para destruirse y forman otras sustancias más estables. Todos los cuerpos minerales por su manera de obrar parecen séres inteligentes animados por diversas simpatías hacia los demás; á unos los repelen de sí, á otros los miran con completa indiferencia y á muchos buscan en todas ocasiones. ¿Cuál es la causa de estas misteriosas acciones? Cómo los cuerpos conocen la presencia de los demás para obrar sobre cada uno de diferente manera? ¿De dónde sacan las fuerzas á veces inmensas, que manifiestan en las combinaciones? Newton, para explicar estos fenómenos dijo que en los átomos existe una fuerza, que llamó afinidad, que rige sus mútuas acciones; ella los atrae, los une, los separa, coloca á unos en lugar de otros obedeciendo á desconocidas influencias.

Poco filosófico es este procedimiento: en lugar de anunciar la teoría de los átomos, los fenómenos que se operan en los cuerpos, se ve obligada á buscar modo de explicarlos después de conocidos; cada descubrimiento obliga á los atomistas á reconocer en los átomos, que según Descartes eran enteramente inertes, una nueva fuerza, con lo que poco adelanta la ciencia; decir que una fuerza llamada afinidad es la causa de las mutuas ac-

ciones de los cuerpos, es sólo dar un nombre y aparentar que conocemos algo que ignoramos por completo; es sólo afirmar que aquellos fenómenos tienen una causa; puesto que el sér y el modo de obrar de la afinidad permanecen completamente desconocidos.

Sthal fué el inventor de una nueva teoría que hacía abstracción de los átomos y alcanzó á conquistarse importancia. Había notado que la calcinación reducía los metales á polvos dotados de muy diversas propiedades sin que se efectuase ninguna combinación, sin que interviniese ningún cuerpo extraño; luego, dijo, debe de existir algún fluído impalpable que uniéndose con los cuerpos altera sus propiedades, y suponiéndolo ya conocido le dió por nombre *flogisto*. Segun Sthal el calor hace perder á os metales el flogisto que todos los cuerpos contienen: los convierte en polvos que sólo son metales deflogisticados; con el auxilio de este fluído explicaba todos los fenómenos químicos.

Lavoisier, que con justicia ha merecido el nombre de fundador de la química, fué quien con sus descubrimientos colocó el atonismo sobre sólidas bases.

La química es la ciencia que estudia la constitución íntima de los cuerpos y requiere, por consiguiente, una experimentación ordenada y minuciosa que permita darse cuenta hasta de los últimos detalles. Penetrado de esta verdad, repitió Lavoisier, con una paciencia y habilidad extraordinarias, los experimentos de sus predecesores para juzgar por sí mismo de la solidez de sus conclusiones. De sus estudios dedujo el sencillísimo principio que sirve hoy de base á la química. Nada se crea y nada perece en la naturaleza: en todas las combinaciones el compuesto contiene exactamente la suma de materia de todos

los elementos que entran en su composición; cuando esto aparentemente no se verifica, es porque algún elemento se ha desprendido sin manifestarse ó ha venido á formar parte del compuesto sin que nuestra vista lo haya percibido. La balanza es, por lo tanto, el primer auxiliar del químico y Lavoisier no la abandonaba un instante; pesaba con grande escrupulosidad la cantidad de cada materia que hacía obrar, cada uno de los productos de la reacción y á cada instante se sorprendía de los resultados de su método: calcinando el mercurio vió que se transformaba en unas películas rojas más pesadas que este metal: luego, dijo, alguna sustancia desconocida para mí ha venido á combinarse con él; elevó en seguida á fortísima temperatura aquellas películas y vió que volvía á aparecer el mercurio en su estado primitivo y su peso disminuía hasta ser igual al que tenía antes de la primera operación; había desaparecido el cuerpo desconocido que aumentó el peso del mercurio; trató de cogerlo y vió, con asombro, que era uno de los elementos del aire, el oxígeno. Sometiendo á iguales estudios los demás cuerpos, demostró que toda combustión es sólo una combinación de un cuerpo comburente con el oxígeno del aire. La teoría de Sthal cayó destruída por su base: el oxígeno bastaba para explicar todos aquellos fenómenos sin necesidad de acudir á ningún fluído hipotético.

Hemos visto la primera victoria de Lavoisier y no se hicieron esperar muchas otras. Como siempre pesaba las sustancias que hacía obrar, pudo observar que dos cuerpos se combinan siempre en proporciones determinadas, y así un grano de hidrógeno se une, en todo caso, á ocho de oxígeno ó á catorce de ázoe; y, fenómeno más sorprendente aún, cuando se unen entre sí estos dos

últimos cuerpos, la combinación se opera en la misma proporción en que cada uno de ellos se une con determinada cantidad de hidrógeno: ocho gramos de oxígeno exigen catorce de ázoe para poder combinarse.

Estos hechos los juzgaron los partidarios del atonismo como argumentos decisivos á favor de sus doctrinas; pues ellos piden la existencia de átomos indivisibles que formen los cuerpos: un átomo se une siempre á un átomo íntegro de otro cuerpo, y por esta razón los cuerpos se combinan en proporciones constantes que dependen del peso de sus respectivos átomos. Si un átomo pesa el doble que otro, las combinaciones de ambas sustancias estarán en todo caso en proporción de uno á dos; pues cada átomo del primero exige uno del segundo con el cual unirse.

Siguiendo estas investigaciones, se observó que muchos cuerpos podían combinarse en más de una proporción, formando varios compuestos diferentes, hecho que parecía contradecir la anterior doctrina; pero más profundizado, fué su más brillante confirmación, pues estas diversas proporciones son todas múltiples unas de otras; así, catorce gramos de ázoe pueden combinarse con ocho ó dieciséis, ó veinticuatro, ó treinta y dos ó cuarenta gramos de oxígeno, y jamás con una cantidad intermedia, lo que equivale á decir que un átomo de aquella sustancia puede unirse con uno, dos, tres, cuatro ó cinco átomos de oxígeno y nunca con una fracción.

Apoyándose en el anterior principio, se ha calculado, en los últimos años, el peso de los átomos de las diferentes sustancias, no el peso absoluto, que el hombre no tiene instrumentos para separar un átomo de todos los

demás y medir sus dimensiones, sino el peso relativo comparándolos entre sí. Se encontró que el átomo del hidrógeno es el más liviano, y por este motivo sirve de unidad; el de oxígeno pesa dieciséis veces más; el de hierro, cincuenta y seis; el de oro, ciento noventa y siete; el de mercurio, doscientas, etc., etc. Á estos números es siempre proporcional la cantidad de materia que toma parte en toda combinación.

Comparando el peso de los diferentes átomos se observan sorprendentes analogías; casi todos pesan un múltiplo exacto del peso del átomo de hidrógeno, y quizás esta ley sería constante si fuese posible obtener todas las sustancias en el estado de perfecta pureza. Los átomos de las sustancias semejantes por sus propiedades están ligados por estrechas relaciones; el níquel es la sustancia que más se asemeja al cobalto y los átomos de ambos tienen idéntico peso; el oxígeno y el azufre son cuerpos similares y sus átomos pesan exactamente el doble el uno del otro. Las propiedades del potasio, del sodio y del litio son todas muy semejantes y se verifica que el peso del átomo del sodio que por sus propiedades ocupa el lugar medio, es igual á la mitad del peso de los otros dos. Este mismo hecho se repite entre el azufre, el teluro y el selenio, entre el calcio, el bario y el estroncio, entre el cloro, el yodo y el bromo, cuerpos todos muy semejantes de tres en tres.

En la familia del oxígeno se observa que el átomo de azufre pesa exactamente como dos de oxígeno, el de selenio como cinco y el de teluro como ocho de aquellos átomos. Los metales alcalinos terrosos presentan también notables analogías: el átomo de magnesio equivale por su peso á venticuatro de hidrógeno, el de calcio á uno de

magnesio más uno de oxígeno, el de estroncio á uno de magnesio más cuatro de oxígeno y el de teluro á uno de magnesio más siete de oxígeno. Restando el peso de los átomos de esta familia con el de cada uno de la familia del oxígeno, la diferencia es constante é igual á ocho átomos de hidrógeno. Entre los metales alcalinos se verifica también que la diferencia entre el peso de sus átomos es siempre igual al peso de uno ó varios átomos de oxígeno. Los átomos de ázoe, silicio, hierro y cadmio están en tal relación, que el peso de cada uno de ellos es el doble del anterior. Muchas otras analogías podría citar; pero ya he molestado demasiado á los lectores con estas pesadas enumeraciones.

Fundado en estas propiedades, Dumas llegó á concluír que los valores crecientes del peso de los átomos corresponden á variaciones progresivas de sus propiedades; la temperatura de presión y de ebullición se eleva con el peso atómico; los átomos de los cuerpos sólidos son más pesados que los de los líquidos y éstos más que los átomos de los gases; la densidad de los átomos de los cuerpos análogos crece proporcionalmente con el peso de sus átomos. Apoyados en esta ley, se calculó la densidad del oxígeno en el estado sólido, y el resultado fué confirmado por la experiencia, cuando Pictet consiguió solidificar este cuerpo, reuniendo, en un ingenioso aparato, los más intensos fríos y las más altas presiones que el hombre puede producir.

Si son admirables las analogías que ofrecen el peso de los átomos, más aun lo es la relación que existe entre sus volúmenes en el estado gaseoso. Cuando se combinan dos gases para formar aquel de sus compuestos en que se unen un átomo de cada sustancia, se verifica que se

necesitan volúmenes iguales de ambos gases para efectuar la combinación; por consiguiente, los átomos de todos los gases ocupan igual lugar en el espacio, puesto que caben igual número en un mismo volumen.

Mendelgeff, químico ruso, ha puesto de manifiesto que las propiedades de los elementos dependen de su peso atómico; al efecto, construyó una tabla, que lleva su nombre, en la que colocó los diferentes cuerpos simples ordenados según dicho peso; al hidrógeno, que es el más liviano, no le dió colocación; este extraño elemento se resiste siempre á toda clasificación. La primera columna de la tabla de Mendelgeff contiene los siete cuerpos que siguen al hidrógeno en el peso de sus átomos; los demás cuerpos están colocados por su orden en otras siete columnas. Observando dicha tabla se ve que las propiedades de los cuerpos de la primera columna se reproducen en los de la segunda que están colocados en el mismo lugar y se vuelven á reproducir en la tercera, y así sucesivamente; debajo del litio está el sodio en la columna siguiente y el potacio en la tercera; tres cuerpos de propiedades semejantes. Aumentando el peso del átomo, las propiedades de la materia van cambiando incesantemente; pero pasado cierto aumento se reproducen las propiedades de los átomos menos pesados.

En el cuadro de Mendelgeff existen ciertas lagunas; en algunas columnas no existe el cuerpo que debía reproducir las propiedades de alguno de la anterior: se supuso que existían en la naturaleza algunos cuerpos simples, aún no descubiertos, que debían ocupar estos lugares vacíos. Á estos elementos desconocidos les dió nombre Mendelgeff anteponiendo la partícula *eka* al cuerpo cuyas propiedades debe reproducir y así denominó *ekasilicio*

y *ekaaluminio* á dos de estas sustancias anunciadas por él.

Esta teoría presenta algunas irregularidades; pero ha sido confirmada por los hechos. El mismo Mendelgeff descubrió un nuevo metal que denominó *galium*, el cual ocupa por sus propiedades y peso de sus átomos el lugar de uno de estos elementos desconocidos. En 1885 Winchler, profesor de química de la universidad de Freiberg descubrió un nuevo metal al cual puso por nombre *germanium*, ya que existía un metal que lleva el nombre de la Francia. El descubridor, en carta dirigida al profesor de química de la Universidad de Chile, que fué leída en el Consejo de Instrucción Pública, se expresa así. «El germanium no se acerca, como fué mi primera idea, al antimonio sino que pertenece al grupo del carbono, de suerte que se debe colocar entre el silicio y el estaño. Como sabemos, el sistema periódico de los elementos de Mendelgeff presenta algunos vacíos; la determinación del peso átomico del germanium ha manifestado que este elemento corresponde en ese sistema al ekasilicio cuya existencia pronosticó el químico ruso hace quince años. En esta serie de elementos el germanium tiene su posición entre el galio, el ekaaluminio de Mendelgeff y el arsénico. Usted ha de estimar la importancia científica de este descubrimiento.»

Al observar estas misteriosas relaciones entre el peso y las propiedades de los diferentes cuerpos, la inteligencia se ve obligada á meditar sobre la causa que las produce. No se diga que ellas son obras del acaso; que estas palabras sólo significan que desconocemos la causa de los fenómenos á los cuales las aplicamos. Es necesario admitir una causa que presida la formación de todos los

átomos y los ligue con estrechas relaciones, para que puedan poseer propiedades comunes que dependan de su peso. Esta causa no existe en el atomismo que es incapaz de explicar estos hechos.

Los dinamistas, que desde algun tiempo, ya se atrevían á citar en su apoyo las conclusiones de las ciencias naturales que han encontrado en todos los cuerpos tan numerosas fuerzas, cobraron mayores bríos con estos descubrimientos que sólo ellos creen poder explicar. Si sólo existe en el universo una sola sustancia cuyos átomos agrupándose de maneras diferentes producen todos los cuerpos que creemos simples, quedan explicadas todas las analogías que hemos visto; las diferencias constantes de peso entre los átomos de una misma familia indican claramente que su formación está sometida á leyes semejantes á las que presiden las combinaciones de las sustancias que podemos descomponer, cuyos componentes se unen siempre en proporciones definidas y múltiples.

No necesito decir con cuánto júbilo la filosofía panteísta ha acogido estas conclusiones de los químicos, tan conformes á sus doctrinas que enseñan que todos los cuerpos son transformaciones de la sustancia universal.

Se han observado otros hechos que deponen también á favor de estas doctrinas.

Llamamos cambios alotrópicos aquellos que alteran permanentemente las propiedades de un cuerpo sin modificar su sustancia. El fósforo blanco, por ejemplo, se convierte, bajo la acción del calor, en una sustancia roja que posee propiedades del todo diferentes y que sometida al más prolijo análisis, no revela la existencia de

composición alguna. Se ha averiguado que para efectuar estos cambios, las sustancias absorben cierta cantidad de calor que se emplea en transformar sus propiedades: así el fósforo rojo es únicamente fósforo blanco que contiene en su seno mayor cantidad de esta fuerza que llamamos calor; este aumento de fuerza ha producido la alteración completa en todas sus propiedades. ¿Qué necesidad tenemos de admitir la multiplicidad de sustancias cuando basta que exista una sola que, animada de diversas fuerzas, produzca la apariencia de innumerables sustancias, puesto que variando las fuerzas cambian las propiedades de los cuerpos? Si el calor, la afinidad, el peso, la densidad y todo cuanto nuestros sentidos observan en los séres corporales, son efectos de sus fuerzas, ¿con qué derecho sostenemos que existan numerosas sustancias cuando lo único que nos consta es que obran diferentes fuerzas? Algunos sabios han avanzado más aún y han negado la existencia misma de toda sustancia; nosotros sólo percibimos en la materia sus propiedades que son efectos de sus fuerzas y, por consiguiente, no nos consta que exista ninguna sustancia, sino sólo que hay fuerzas; los diversos cuerpos son sólo combinaciones diferentes de las fuerzas naturales que producen los fenómenos que nosotros atribuimos á las sustancias.

Para poder apreciar la verdad de estas diferentes teorías y llegar á conocer la naturaleza íntima de la materia, necesitamos averiguar qué son las fuerzas que á cada paso se encuentran en todos los cuerpos y que desempeñan en ellos tan importante papel.

Sin grande esfuerzo es fácil observar que todas ellas, ya sean químicas ó físicas, están estrechamente relacionadas: cada uno de los agentes físicos ejerce poderosísima acción

sobre la afinidad; una mezcla de oxígeno é hidrógeno puede permanecer eternamente inalterable si el calor no viene á estimular la afinidad, impulsándola á combinarse con extraordinaria energía; el cloro y el hidrógeno no se unen en la oscuridad, pero apenas los hiere un rayo de luz forman ácido clorhídrico; la electricidad une á cuerpos que sin ella permanecerían siempre separados; de igual modo la afinidad se puede convertir en calor, luz, electricidad; las combinaciones, las llamas, las pilas eléctricas son ejemplos de estas transformaciones que se verifican obedeciendo á leyes constantes; las que se refieren á la luz y á la electricidad no han sido determinadas de un modo cierto; pero las leyes que rigen la cantidad de calor que se produce en toda combinación, están perfectamente determinadas y manifiestan hasta qué punto la afinidad está relacionada con el calor.

En toda combinación se desprende una cantidad de calor proporcional á la afinidad que tienen entre sí los cuerpos que se combinan, y en toda descomposición se absorbe tanto calor cuanto fué el que desprendieron los componentes al unirse. Cuando dos elementos han pasado por varias combinaciones intermedias antes de formar un compuesto, la suma del calor desarrollado en todas ellas es exactamente el mismo que se produciría en la combinación directa de ambos elementos. Cuando un cuerpo es sustituído por otro, el calor desprendido es la diferencia entre el calor que se produce en la combinación del cuerpo que no ha variado, con cada uno de los otros dos y depende de la diferencia de afinidad que aquel tenga por éstos. En fin, así como cada sustancia posee en su seno una cantidad determinada de esta fuerza que llamamos afinidad, posee también una cantidad de calor

determinada y se desprenderá calor siempre que en una reacción se formen sustancias que poseen menos calor y, al contrario, absorberá todo el que le falta cuando la nueva sustancia necesite mayor cantidad.

Estas leyes nos permiten presumir que hay comunidad de origen entre los agentes físicos y los químicos y nos prometen revelarnos la naturaleza de éstos si llegamos á conocer la de aquéllos.

III

Los físicos han hecho grandes progresos en la investigación de la naturaleza de los agentes que están bajo el dominio de la física; sus estudios nos permitirán conocer á algunos de estos séres que llamamos fuerzas, tan sorprendentes por sus efectos. Los menos complejos nos darán luz sobre los más complicados y llegaremos así á conocerlos á todos.

El sonido nos presenta sensible á nuestra vista los primeros movimientos moleculares, que nos familiarizarán con los innumerables movimientos que el cálculo y la experiencia han descubierto en todos los átomos del universo; por esto la acústica será el punto de partida.

No es necesario muy prolija experimentación para conocer que el sonido es un mero movimiento vibratorio; la vista, sin el auxilio de ningún instrumento, puede observarlo en cualquier cuerpo sonoro; todos hemos visto las ondas y los senos que forman las cuerdas de un violín heridas por el arco; más sensibles aun haremos estas vibraciones esparciendo polvos metálicos sobre una placa en vibración: ellos se mueven y se agitan hasta que el sonido haya cesado.

Estos movimientos que constituyen el sonido son moleculares; los cuerpos sonoros pueden permanecer en el mismo lugar en el espacio; son sólo sus últimas partículas las que se mueven y al moverse comunican sus movimientos al aire y engendran una serie de ondas sonoras que propagándose en la atmósfera, conducen en todas direcciones el sonido, que va disminuyendo de intensidad á medida que se separa del cuerpo que lo produce; porque las dimensiones de las ondas aumentan sin cesar y la fuerza que las impulsa tiene que repartirse en una mayor extensión. Cuando estas vibraciones del aire chocan con la membrana del tímpano producen la sensación de sonido, y reinará el silencio si nuevas ondas no vienen en pos de las que ya pasaron.

Cuando las ondas sonoras encuentran un obstáculo que les impida el paso, retroceden y vuelven, conduciendo el sonido al lugar de donde partieron, y entonces producen el eco.

La velocidad con que el sonido camina, depende sólo de la naturaleza del cuerpo que lo trasmite: en el aire es de trescientos treinta y cuatro metros por segundo; en el agua, de mil cuatrocientos treinta y cinco; en el hierro, de tres mil doscientos cuarenta y cinco. Esta velocidad es constante en un mismo cuerpo: igual camino recorre en igual tiempo el canto de las aves y el estampido de los cañones.

Dos movimientos iguales y contrarios se destruyen mútuamente; una molécula impulsada por dos ondas de igual fuerza y opuesta dirección, debe permanecer en reposo y, por consiguiente, si el sonido es movimiento podrá ser destruído por otro sonido. Esta consecuencia de la teoría ha sido confirmada por la experiencia. Lissayoux

y Dessain han hecho curiosísimos experimentos en los cuales han producido silencio con el choque de dos sonidos. El plan de este trabajo no me permite descender á los detalles de estos experimentos.

Para tener cabal conocimiento de estos movimientos que producen en nosotros la sensación del sonido, menester es estudiar sus diversas cualidades. En los sonidos hay diversidad de intensidad; unos hieren los oídos con violencia y se dejan oír á gran distancia; otros son apenas perceptibles. El grado de intensidad depende de la amplitud de las vibraciones; tanto más fuerte es un sonido cuanto mayor sea el espacio que cada molécula atraviesa en sus movimientos y este espacio es proporcional á la fuerza empleada en producir el sonido; la voz es más intensa y se oye á mayor distancia cuanto mayor sea el esfuerzo que al hablar ejecutamos; la intensidad de los sonidos que producen los choques depende de la fuerza con que los cuerpos se estrellan.

Los sonidos se distinguen también por su altura; no son iguales todos los que poseen igual intensidad; todas las notas de un piano pueden tocarse con la misma fuerza, y, sin embargo, cada una producirá sensaciones muy diversas, porque poseen alturas diferentes. Desde el tiempo de los filósofos griegos se creía que esta cualidad depende del número de vibraciones que ejecuta el cuerpo sonoro; pero sólo en el siglo XVII el padre Mercenne pudo confirmar experimentalmente esta verdad y demostrar que á cada nota corresponde un número determinado de vibraciones, cualquiera que sea el instrumento de donde nace. La nota *la* producida por un piano, por un violín y por la garganta de un artista, ejecuta siempre ochocientas setenta vibraciones en cada segundo. Son

sorprendentes las leyes á que están sometidos lo sonidos musicales; ellas los distinguen de los simples ruídos. Á cualquiera de las notas de una octava corresponde el doble número de vibraciones que á la misma nota de la octava anterior y sólo la mitad de las que ejecuta en la siguiente: hay una relación constante entre el número de vibraciones que corresponden á las siete notas musicales: el *re* ejecuta una octava parte más de vibraciones que el *do;* el *mi*, un quinto más; el *fa*, un tercio; el *sol*, la mitad más que el *do;* el *la*, dos tercios, y el *si* siete octavas; estos números, que son comunes para todas las octavas, son utilísimos á los compositores, porque dan á conocer exactamente la diferencia de altura que existe entre las notas y manifiestan la causa de la armonía musical, que no es sino la regularidad y el orden con que las ondas sonoras que parten de los diversos instrumentos, chocan con el oído; para que el conjunto de varias notas produzca un armonioso conjunto, es necesario que el número de sus respectivas vibraciones esté en proporciones sencillas: una nota y su octava producen agradable impresión, porque aquélla ejecuta la mitad de las vibraciones que ésta y en un mismo tiempo llegan al oído una onda de una nota y dos de su octava; dos sonidos que vibran al unísono son armoniosos porque ambos ejecutan igual número de vibraciones; es conocida la armonía de la reunión de las notas que forman el acorde perfecto y sus vibraciones son proporcionales á los números 4, 5, 6, y en el acorde perfecto menor, esta relación es la que existe entre 10, 12 y 15.

La fuerza empleada en producir un sonido es la causa de su intensidad; pero no tiene acción alguna sobre su altura; los sonidos más graves, los que producen menos

vibraciones son los producidos por el estampido de los grandes cañones, cuyas fuerzas son inmensas. Es sólo la forma del cuerpo sonoro la que produce la altura del sonido; el largo y grueso de las cuerdas gradúa las notas en el piano, las diversas dimensiones de los tubos dan origen á las variadas notas del órgano; un diapasón de forma determinada produce siempre una misma nota y nada conseguiremos por más esfuerzos que hagamos para obligarlo á dar origen á otro sonido; podrá aumentar ó disminuir su intensidad; pero su altura será siempre la que á su forma corresponde: sólo alterando dicha forma podremos hacerla variar. Esta propiedad, que es común á todos los instrumentos, es la base de la música, pues sin ella le sería imposible al artista dominar los sonidos. Si un cantor puede emitir diversas notas, es únicamente porque posee la facultad de modificar la forma de su garganta y podrá producir tantas notas cuantas sean las formas que el arte y la naturaleza le permitan darle; la gran dificultad que tiene que vencer el violinista, para que sus cuatro cuerdas den nacimiento á infinitos sonidos, consiste en saber alterar convenientemente la tensión y longitud de las cuerdas.

Las membranas circulares son los únicos cuerpos que poseen la singular propiedad de poder producir todas las notas y de vibrar al unísono de todas, y esta especialísima propiedad es esencial al teléfono y á todo aparato destinado á trasmitir sonidos que sin ella no podrían reproducirlos todos; ella es la base del fonógrafo, cuyo mecanismo de tal modo se deriva de la teoría del sonido que sorprende que no hubiese sido inventado antes.

Una membrana circular tiene fijo en su centro un pequeño estilo cuyo extremo libre se apoya suavemente

sobre una hoja de estaño en movimiento: cualquier sonido que se produzca en las inmediaciones pondrá en vibración á la membrana, que lo reproducirá; el estilo que á ella está unido participará de sus movimientos y marcará en la hoja de estaño sus vibraciones, cuyo número é intensidad quedarán estampados para siempre en forma de una serie de puntos. Si después queremos reproducir el sonido, nos bastará hacer pasar el estilo por sobre el trazo que ha dejado. Su extremo penetrará en todas las pequeñas hendiduras y ejecutará tantas vibraciones cuantos sean los puntos trazados en el estaño y esta vez el estilo será el que hace vibrar á la membrana, que de este modo reproducirá el mismo sonido que antes el cuerpo sonoro le comunicara y puédese así oír las palabras que estaban almacenadas en el fonógrafo.

Hay aún en el sonido una tercera cualidad que hace que una nota producida por el piano no sea idéntica á la misma nota nacida de las cuerdas de un violín y que distingue la voz de todas las personas. Esta cualidad ha recibido el nombre de *timbre*. Mucho se habían preocupado los físicos por conocer la naturaleza de esta propiedad; no podían comprender qué diversidad puede existir entre dos movimientos iguales en el número é intensidad de las vibraciones, puesto que estas dos cualidades lo determinan por completo, hasta que Helmholtz demostró que jamás se produce un sonido simple; siempre nacen conjuntamente muchos, uno de los cuales predomina y da la altura al sonido; los demás son secundarios y varían en los diversos instrumentos: una misma nota nacida de una flauta y de un violín se diferencia en estos sonidos secundarios cuyo conjunto constituye el timbre de un instrumento.

El sonido es un movimiento; pero no todo movimiento es sonido, sino aquellos que pueden afectar al oído, cuyo número de vibraciones está contenido dentro de ciertos límites fuera de los cuales no tienen acción ninguna: así un movimiento que ejecute menos de veinte ó más de cien mil vibraciones por segundo, no es sonido; porque no afecta el oído, no puede poner en vibración la membrana del tímpano.

JOAQUÍN ECHENIQUE GANDARILLAS

(Continuará)

OLA QUE GIMES...

Ola, que gimes rumorosa y triste,
al desmayarte en la arenosa playa,
viniste altiva y hacia atrás te alejas
rota y vencida;

Y ya no más con sonoroso estruendo
á quebrantarte volverás osada
contra la peña que expirar te viera,
muda, impasible.

Olas tras olas, en rabioso alarde,
montes alzando de rizada espuma,
tras ti vendrán, para expirar deshechas
sobre la arena.

¡Vaivén eterno, que jamás consiente
paz, de la vida tormentosa imagen,
ciego destino, que á luchar sin tregua
nos arrebata!

Así va el alma, que á salvar aspira
límite estrecho y en perennes ansias
ruge, se agita y al combate vuelve
enardecida,

hasta que, débil y sin fuerzas siente
su ala doblarse y su caída llora...
¡Ay! sus deseos la engañaron! ¡locos
fueron sus sueños!

Cual del oceano las instables olas,
pasan los días, cada cual llevando
nuevos afanes, devorante anhelo
siempre insaciable.

¿Cuándo tranquilo te veré y en calma?
¿cuándo, acallada la borrasca fiera,
cielos sin nubes copiarán tus ondas,
mar de la vida?

ENRIQUE DEL SOLAR

1885.

EL MINERO

Salve, intrépido soldado
del trabajo y del progreso,
en triunfo siempre, aunque preso
dentro el abismo ignorado;
allí cumples, resignado
y con el alma serena,
tan continuada faena
y tan paciente trabajo
que, de la tierra debajo,
semejas un alma en pena.

¡Qué quieres! esa es tu gloria:
con la fe que al hombre alienta,
armado de una herramienta
alcanzas para él victoria;
tu nombre ignora la historia,
porque tu labor se encierra
en la oscuridad que aterra;
allí donde, cual gigante,
arrebatas palpitante
el tesoro de la tierra.

Es lucha muy desigual
la que tu esfuerzo sustenta;
Y pues la tierra revienta
con rabia de hidra infernal,
es que cree que haces mal
abriendo en su seno brecha,
y entre sus brazos te estrecha
como la fiera que, herida,
al ver su sangre vertida
destroza á aquel que la acecha.

¡Sigue adelante! El combate
te dará el triunfo glorioso,
que el aliento poderoso
del siglo en tus fibras late.
El hombre que hoy no se abate
y á sus esfuerzos se inclina,
sobre la suerte mezquina
se alzará grande y potente,
pues lleva luz en su frente
quien la materia domina.

Aliento y firme ¡oh soldado
del trabajo y del progreso!
en triunfo siempre, aunque preso
dentro el abismo ignorado.
Cumple, cumple resignado
y con el alma risueña,
la misión que tu alma empeña
en el trabajo gigante;
que ya mi patria triunfante
ve en tu fe su luz, su enseña.

J. V. Ochoa

LA VIDA

¿Qué es la vida? Según Claudio Bernard, en su forma simple "es una vesícula de protoplasma, sustancia albuminosa, en ciertas condiciones intrínsecas y extrínsecas. El desarrollo de la vida y la escala de los séres son asociaciones de estos órganos elementales hechas para llenar mejor estas mismas condiciones de la vida de los elementos. La vida tendría por centro todos los elementos. Las condiciones externas de la vida elemental serían temperatura, agua, oxígeno y ciertas sustancias químicas. Los fenómenos de la vida tienen por resortes elementales las propiedades de la materia y no tienen otros."

Es decir, la diferencia entre los cuerpos minerales y vivos estriba exclusivamente en la disposición que la materia toma en su agrupamiento orgánico. En suma, la vida sería otra forma de cristalización de la materia y así las sustancias químicas serían cristales de superficies planas y los séres vivos conjunto de esferoides opacos granulares.

Es cierto que cualquiera que lea lo anterior dirá que

M. Bernard es materialista; esto es lo que se desprende de su anterior proposición; pero también es cierto que en otra parte expresa su pensamiento en los términos siguientes: «La reducción de los fenómenos vitales á una causalidad material ó á una condición de manifestación extramaterial es un doble error. La vida, como todo fenómeno, tiene un determinismo rigoroso que no puede ser otra cosa que un determinismo físico-químico.»

Según esto, algo vago, y por consiguiente no muy compromitente, M. Bernard da á entender que en los séres vivos no hay una combinación química que sea la vida, sino que ésta es el resultado de los compuestos químicos dispuestos en la forma particular á los cuerpos vivos, lo que produce condiciones físico-químicas distintas. En otra parte dice que en los séres vivos hay el agrupamiento vital, agrupamiento complejo y por consiguiente reductible que tiene verdaderamente alguna cosa de especial con la propiedad cuya esencia sería el sér simple, y que no tiene nada más de especial en la naturaleza viva que en la naturaleza muerta. Hay, pues, solamente fenómenos vitales que son complejos especiales de estas propiedades físicas.

Según Virchow los fenómenos vitales tienen por condición íntima la *irritabilidad* que es de tres especies, nutritiva, formativa y funcional. Mas esto no significa nada para M. Bernard porque las propiedades vitales ó físico-químicas no son realidades, sino solamente concepciones metafísicas, concepciones subjetivas de nuestro espíritu y no realidades objetivas. Y así, lo vemos pasar del materialismo al escepticismo guardando cierta oscuridad y reserva para no arrastrar muchos compromisos. Es cierto que deja á un lado el fenómeno psíquico,

que habrá de caer más tarde bajo la mano del fisiologista.

Entrando en el análisis de los fenómenos de la vida, dice Claudio Bernard: «Todos los fenómenos de la vida son de dos clases; funciones orgánicas que tienen por condiciones el desgaste del órgano que la produce y la renovación molecular del organismo que se produce por materias extrañas que se introducen y fijan en los órganos desgastados. Estas operaciones se hacen en los séres vivos, por agentes especiales, los fermentos solubles, de los que no es mucho decir que contienen en sí, en definitiva, el secreto de la vida. Ellos son el medio especial á la vida porque en el fondo los fenómenos de la vida son idénticos con los fenómenos de la física y de la química. De las mismas sustancias los químicos obtienen los mismos productos de los séres vivos, eso sí que por otro procedimiento.»

La distinción es, pues, sólo de diferencia en el reactivo de que se echa mano. Así, por ejemplo, para saponificar las grasas, los químicos echan mano de las legías alcalinas, el hombre de un fermento emulsivo, lo que no sería mucho de extrañar porque los procedimientos son múltiples, y así el químico puede hacer la misma operación por otro agente, el vapor de agua, por ejemplo.

De los anteriores antecedentes el autor concluye: «La identidad de los resultados obtenidos por estos agentes diferentes prueba bien que los químicos y vitales vienen en último análisis á confundirse en un efecto común, realizando por vías diferentes las condiciones de mecánica molecular que caracterizan las reacciones. En este último grado no hay ya nada de especial, no hay más barrera entre la química de los cuerpos brutos y de los

cuerpos organizados; todo se confunde en la mecánica atómica. Todos los fenómenos son movimientos.»

Hemos, pues, llegado á la base del sistema de M. Bernard, cuya filosofía tiene por fundamento el movimiento mecánico de los átomos, que son concepciones subjetivas de nuestro espíritu, pero nó realidades objetivas porque no caen bajo nuestros sentidos. El universo es, según esta doctrina, una entidad ideal; los átomos que se hacen reales ó sensibles lo consiguen por un movimiento mecánico que los transforma en cuerpos. El sistema es así dualista y da al análisis dos cosas: átomos y movimientos mecánicos. De este sistema es muy fácil pasar al sistema unitario que es probablemente la concepción de M. Bernard, aunque él no la haya expresado, y consiste en considerar el movimiento como inherente á los átomos, porque un movimiento de la nada es absurdo, y tendríamos que el universo son los átomos que tienen como cualidad el movimiento. Esta idea es muy antigua y en Lucrecio, Epicuro y otros filósofos de la antigüedad se puede encontrar claramente expresada.

Hemos concluído de exponer el sistema filosófico de M. Bernard, el más ilustre representante de la fisiología francesa y nos encontramos en el caso de hacer la crítica de sus doctrinas. Á muchos parecerá la empresa temeraria, y tienen razón; pero como muchas veces famosos autores emiten groseros errores y otras veces importantes verdades salen de oscuras individualidades, nosotros que creemos tener algunas ideas distintas de las que forman la doctrina de M. Bernard hemos creído deber nuestro, si no publicarlas, consignarlas al menos por escrito.

La exposición doctrinal anterior la hemos tomado de

las *Lecciones de fisiología general* que se han publicado en la *Revista Científica* de Francia durante el año de 1876 en los números del 22 de abril; 6, 13 y 30 de mayo y 17 de junio.

Principiaremos tomando al mismo autor la siguiente observación. Dice: «Es esencial notar bien esta diferencia característica entre las dos faces del círculo nutritivo, la organización quedando latente y la desorganización teniendo por signos sensibles todos los fenómenos de la vida. Somos, pues, juguetes de una apariencia engañosa cuando llamamos fenómenos de vida lo que en el fondo no es otra cosa que un fenómeno de muerte ó de destrucción orgánica.»

Si analizamos bien la declaración anterior veremos que á M. Bernard lo derrota su propia teoría á punto que tiene que hacer la confesión palmaria de su absurdo. La vida sería, pues, en todas sus manifestaciones la muerte, y fenómenos ocultos que no se hacen notar en manera alguna como caracteres de la vida serían los únicos fenómenos reales de vida. En otros términos, la muerte aparente es la vida real y la vida aparente es la muerte real. De esta manera, nuestros sentidos juegan con nosotros, nos dan por caracteres de la vida los de la muerte y por los de la muerte los que pertenecen á la vida. Pero aun no son sólo nuestros sentidos los que nos engañan; es la naturaleza misma que presenta por manifestaciones de la vida todas nuestras funciones en que la ciencia moderna no encuentra otra cosa que la destrucción del órgano que la produce.

Si se me permite una comparación, diría que según ese sistema todos los séres organizados serían como tizones que lucen mientras queman y que si pueden durar

cierto tiempo es porque nueva leña se pone en lugar de la que se destruye. La vida real es la de la naturaleza muerta; nuestro pensamiento y todos los fenómenos por los cuales la vida de las demás se nos hace sensible son, pues, fenómenos de un orden inverso. La muerte, en fin, es la vida y ésta es la muerte.

La contradicción llega, pues, así, por una serie de reflexiones á verse en los términos mismos de la proposición.

Mas, ¿es cierto que la naturaleza sea absurda, que esté en contradicción consigo misma? Ni por un momento. Es precisamente lo contrario lo que sucede. La vida, desde su forma más simple hasta su forma más compuesta, el hombre, es falso que por el ejercicio de sus funciones los órganos se destruyan á sí mismos. Ni se ha probado que célula alguna destruya su propia sustancia, ni aún que destruya una sustancia de la misma especie. Por ejemplo, ¿dónde están las pruebas de que sea la sustancia albuminosa de una vesícula de protoplasma la que se destruye cuando manifiesta sus movimientos amiloides? Recorred las observaciones y no hallaréis sino afirmaciones á vuestro paso. Podríamos daros nosotros mismos una prueba de que las cosas pasan así, pero preferimos recurrir á la autoridad del mismo Bernard para que veáis á la vez cómo las ideas preconcebidas y el espíritu de sistema lleva á los más claros ingenios á la contradicción y á la negación de hechos que ellos mismos reconocen como verdaderos. Se trata de la actividad muscular, y la cuestión es saber si es el músculo el que se destruye por el trabajo ó si son otras sustancias las que el músculo destruye por su función; cuestión que parece de poca monta y que, sin embargo, es capaz de sentar

un sistema filosófico absurdo por su mala solución. El sistema del universo es tal que si por alguna parte le sorprendiéramos algún absurdo, el sistema entero sería absurdo. Por esto, pues, cualquiera cuestión indecisa en la ciencia de que se toma el lado falso, conduce por la lógica del razonamiento á un sistema filosófico absurdo. Es lo que pasa á M. Bernard, espíritu eminentemente lógico; de su falso sistema fisiológico pasa á un sistema filosófico falso, y llevará concepciones falsas á todas las ciencias.

Volvamos á la cuestión y hagamos una cita algo larga pero que mostrará con entera exactitud el modo de ver de M. Bernard. ¿Cuál es la naturaleza de la oxidación que se produce por el trabajo muscular? Esta pregunta ha dado lugar á una cuestión científica interesante. Sezelkow ha mostrado que la sangre venosa que sale de un músculo contraído no contiene más ázoe libre que la sangre arterial que allí llega; por otra parte, la sangre venosa no parece contener sensiblemente más ázoe combinado (úrea, sales amoniacales) al salir del músculo contraído que al salir del músculo en reposo. Es así, al menos, como deben ser interpretadas las experiencias de Voigt y Pettenkofer. Desde entonces la producción de desechos azoados, no estando en relación con la producción de desechos carbonados, se ha concluído que la sustancia que se quemaba durante el trabajo muscular no era la sustancia misma del músculo, sino una sustancia rica en carbono y desprovista de ázoe, una sustancia hidrocarbonada.»

«Esta conclusión no es legítima, y por consiguiente no lo son más las consecuencias muy importantes que se ha querido sacar de ahí. Tocamos á la fuente de un error

capital y muy esparcido que interesa á los fundamentos mismos de la ciencia fisiológica y que yo me propongo examinar con algún detalle.»

No queremos considerar si los resultados precedentes son tan bien establecidos como parece creerlo su autor. Voigt y Pettenkofer han interpretado sus números de una manera contraria á la conclusión que se saca de ellos. Parkes, en Inglaterra (1867), y Ritter, en Francia (1872), han constatado á consecuencia del trabajo muscular una excreción de úrea notablemente superior á la excreción del músculo en reposo. Sin embargo, como el desecho de ázoe queda aún demasiado inferior del desecho de ácido carbónico para que estas dos sustancias expresen la destrucción directa del músculo, nosotros admitimos que el enunciado antedicho da cuenta del sentido del fenómeno, si no cuantitativamente, al menos cualitativamente. En una palabra, aceptamos que el trabajo muscular arrastra la eliminación del mucho carbono oxidado y de poco ázoe; pero hacemos notar que este hecho de experiencia ha sido mal interpretado y que se han forzado las consecuencias.

El músculo, se ha dicho, no quema su propia sustancia; quema materias conbustibles hidrocarbonadas. Se puede entonces comparar á una máquina á vapor que no se destruye ella misma, que no consume ni el cobre ni el hierro de su armazón, sino que quema simplemente el carbón que se le suministra y lo trasforma en trabajo mecánico y en calor.

He aquí el origen de esta concepción del organismo que lo considera como máquina á vapor calentada por el sol, concepción debida á los físicos, introducida en fisiología por Fick y reproducida por casi todos los auto-

res contemporáneos. Esta concepción no precisa bastante los hechos, es demasiado vaga. Á este respecto los físicos y los químicos nos dan explicaciones hipotéticas que nos muestran las cosas no tales como ellas son, sino solamente como podrían serlo. El músculo, en efecto, no debe ser considerado como una máquina térmica ordinaria; es una máquina que no solamente *quema su combustible* sino que también *renueva su armazón*; una máquina que se destruye y *se rehace* á cada instante.

No nos parece que debe ser admitida esta teoría por dos razones: en primer lugar supone gratuitamente que el edificio molecular del músculo es inmóvil, refractario como las paredes de un hogar, y los resultados adquiridos no exigen esta interpretación que por otra parte todas las consideraciones fisiológicas rechazan. En segundo lugar, esta teoría considera los fenómenos químicos de la contracción molecular como una oxidación directa y la experiencia contradice este resultado. ¿Cuáles son los hechos? Se reducen á uno sólo: á que la sustancia azoada del músculo no se elimina, mientras que una gran cantidad de sustancias hidrocarbonadas son arrojadas al estado de ácido carbónico, ácido láctico y agua. En la sangre que vuelve del músculo en trabajo no se encuentra más ázoe, como lo ha demostrado Sezelkow, ni se encuentra más úrea como lo ha demostrado Voigt. Por otra parte, no se encuentra en el músculo activo mucha menos albúmina (J. Ranke y Nawrocky), y en cuanto á los cuerpos derivados por oxidación de los albuminoidos, la creatina, la hipozantina etc., no es precisamente después del trabajo cuando son más abundantes en el músculo. El hecho de la conservación del ázoe en el músculo es, pues, bien adquirido.

Pero, de que no se elimine la sustancia azoada, ¿se puede deducir que no sufra cambios, que sea inmóvil, refractaria como el hierro y el cobre que forman la armazón de una máquina á vapor? Nada autoriza tal conclusión. Todo lo que se sabe, por otra parte, obliga á admitir que el edificio molecular del músculo se destruye y se reconstituye utilizando inmediatamente los materiales de su demolición. Esta explicación que da cuenta también, como la precedente, de la conservación del ázoe, es la única que está de acuerdo con esa gran luz fisiológica que hemos dado á conocer al principio y que nos muestra el organismo como el teatro de destrucciones y de síntesis perpetuamente encadenadas. En lugar de la inmovilidad, reina en todos los elementos anatómicos un incesante movimiento de renovación; la oxidación destructiva es la señal instigadora y la condición de la síntesis regeneratriz. Esta manera de ser caracteriza para nosotros los procedimientos vitales y los diferencia de los procedimientos físico-químicos de la naturaleza inorgánica.»

Tenemos, pues, que el único hecho bien comprobado que se puede citar es comprendido por Fick como contrario á la teoría que rebatimos y en tal sentido lo han dado á conocer en sus obras casi todos los autores contemporáneos. Es Bernard mismo quien lo dice, como lo hemos visto, agregando que su teoría de la destrucción y reformación inmediata del músculo que funciona, explica tan bién como la otra la permanencia del ázoe, en el músculo. Y como comprende el autor que la otra explicación (aunque igualmente buena, según él, para dar cuenta del fenómeno) destruye su sistema por su base, es necesario admitir un fenómeno que destruya y reali-

ce simultáneamente los músculos que funcionan, para que sea posible verlos iguales antes, durante y después de los trabajos mecánicos. Por otra parte, ¿cómo no comprender la necesidad de admitir este misterio cuando es la única base efectiva del sistema dualista de M. Bernard?

Nosotros ¿qué haremos? ¿Probaremos que el hecho de que los músculos no destruyen su propia sustancia es indudable? Nos parece innecesario y que basta leer la cita de M. Bernard, la de Fick ó á casi todos los autores contemporáneos. ¿Refutaremos la objeción que se hace á la teoría de que el músculo destruye una sustancia distinta de la de él, diciendo que implica la oxidación directa por el oxígeno de la sustancia hidrocarbonada que el músculo quema? Me parece inútil, porque es evidente que es un hecho que no hace á la cuestión. Por otra parte, ni Bernard ni nadie pueden actualmente indicarnos el mecanismo de esa oxidación; pero todo el mundo puede saber que es un hecho cierto que el músculo no se quema á sí mismo cuando funciona. La función es, pues, un acto distinto de la vida é independiente de la nutrición y de la desasimilación.

La vida no tiene, como dice Bernard, dos funciones, la de formar y destruir, sino, como lo ha dicho Virchow, tres: formar, funcionar y destruir. Aunque estas tres actividades son correlativas, son hasta cierto punto independientes. Por ejemplo, si un organismo no se forma no podrá funcionar, y á su turno formación y función serían imposibles si los materiales de formación y función no se tomaran de otra parte en que la destrucción se hiciera. Pero se dirá: ¿cómo, cuando un hombre toma alimentos sin ázoe los autores sostienen que salen aún diciséis

gramos de úrea al día? No negaremos el hecho desde que no hemos hecho experiencias que demuestren lo contrario; pero hay observaciones que nos explican el fenómeno.

Gasparin ha publicado el hecho de que los mineros de Charleroy tienen por régimen de trabajo menos de quince gramos de ázoe. Es cierto que esto sucede por el café que toman, pero también es cierto que, según nuestras observaciones, el café disminuiría la circulación del baso y del hígado, órganos destructores de las sustancias albuminosas de nuestro cuerpo. Así, pues, la destrucción de las sustancias albuminóideas no es una función de nutrición como se la creía, sino de digestión interna. Bernard lo ha dicho: el hígado hace otra digestión después de terminar la intestinal y esta digestión consiste en destruir los albuminóideos en exceso ó nó, si los alimentos hidrocarbonados é hidrogenados faltan. Como la actividad de estos órganos no la podemos suprimir, es probable que con un régimen sin ázoe no podríamos conservarnos. Sin embargo, por nuestra parte esperamos experimentar hasta dónde puede llevarse la diminución, porque creemos que son muy altos los números mínimos dados hasta la fecha. Sobre esta cuestión nos hemos ocupado en un artículo sobre el régimen alimenticio dado á la publicidad, y tendremos que tratarla bajo el punto de vista de la medicina práctica.

El sistema dualista de M. Bernard no sólo es falso si se considera, como lo hemos hecho, en las funciones de la vida, sino en el origen y en los grados de la vida. Es lo que vamos á ver. Si tomamos un sér vivo en su forma más simple, encontramos, es cierto, la vesícula de protoplasma de que nos habla M. Bernard; pero ese no es el

origen de la vida, pues nadie duda de que el origen de los séres vivos es la unión de una vesícula de protoplasma inmóvil, á cuyo encuentro viene otra más chica pero más móvil para fundirse en la anterior é iniciar la serie de transformaciones del desarrollo de los séres vivos. La vida, si tiene, pues, por base el óvulo hembra tiene por agente el germen macho. Si en el origen de algunos séres vemos un simple fragmento de un sér anterior, es que ese fragmento encierra estos dos principios. Y la prueba de que es así es que cuando la vida se concentra por el grado más alto de perfección del sér orgánico que se considera, la multiplicación por fragmentos no puede hacerse. Otra prueba, y más decisiva, es la siguiente: desde las callampas á los vegetales más elevados vemos que la multiplicación por yemas existe además de la que se opera por unión de dos gérmenes, que es la ley general.

Se creerá, según lo dicho, que el origen de la vida es dualista, pero sería un error; pues los dos gérmenes son sólo sus condiciones intrínsecas y se necesita para que la vida subsista una tercera condición que es extrínseca y es el medio adecuado á cada sér orgánico. Si en una sementera que hayamos hecho y que está florida y vigorosa, examinamos al microscopio el polen y los óvulos de algunas plantas, podremos ver que nada hay en ellos de anormal, y sin embargo la semilla se envanece y no se desarrolla. La causa es el mal tiempo que les hizo, dirán los agricultores; y tendrán razón porque la vida depende del medio, tiene su existencia vinculada á la luz, al calor, á la humedad á la electricidad de ese medio. Es, en términos más generales, la *energía universal* la que tenemos que apropiarnos todos los séres vivos para realizar nuestra existencia. Esta energía, nosotros la tomamos

al oxígeno del aire, las plantas á la luz solar ,los fermentos á las sustancias que descomponen.

Todo lo que vive respira. Las condiciones de la existencia son, pues, tres: la *base*, que es el óvulo de la hembra ó sea el material de la obra; el *instrumento* ó *agente* que es el germen macho, y la *fuerza* de que hace uso este agente que se la presta el medio en ciertas condiciones. Un sér vivo, es, pues, un obrero que toma sus materiales de construcción en sus alimentos, pero que, careciendo de fuerzas para hacer sus trabajos, quema con el oxígeno del aire una parte ó más bien una clase de estos materiales, y tiene así por este fenómeno, que se llama respiración, el calor y la fuerza necesarios para su obra. Así, pues, en todo sér vivo debemos distinguir tres cosas: los materiales de que la máquina está construída, su agente y el movimiento que toma la naturaleza por medio de la leña (el alimento) que introduce en la máquina y del aire que toma por su respiración.

Pero se preguntará: y este agente ó instrumento ¿qué es? Este sí que es el secreto de la vida. De la especialidad del *agente* depende la especialidad de la *base* ó sea de los materiales que toma para sus operaciones y de la *energía* que despliega en ellos. ¿Cuál es el origen? ¿De qué consta este agente misterioso, especial á cada especie de vida? me preguntaréis nuevamente. Hasta cierto punto podemos satisfaceros y explicaros el principio de la actividad vital.

Vemos el agente ó germen macho aparecer en una vesícula contenida dentro de otra más grande. Es, en otros términos, una célula con su membrana ó sin ella, pero siempre con un protoplasma, en el interior del cual hay una ó muchas vesículas porque tienen su membrana y su

contenido, ó simples masas, ó núcleos. Es en estas masas interiores donde por un trabajo de concentración ó precipitación que se hace á la superficie de la masa interna ó pegada á su membrana respectiva, el agente aparece. En otros términos, son otra forma de los núcleos de las células; porque, como la histología lo ha demostrado, sin el núcleo las células no tienen el poder de la multiplicación. De modo, pues, que el agente nos aparece desde su origen con su carácter; es el *agente* de su célula madre que forma su base por su masa de protoplasma. Este carácter es probable que lo conserve el agente cuando deja la base de su célula madre para formar el agente de la célula óvulo ó nueva base que va á animar. Pero, á su turno, si el germen macho pierde su célula madre, el germen hembra pierde su agente ó núcleo antes de ser fecundado por el agente macho que le da su nueva vida. Hay, pues, reciprocidad en los fenómenos de ambos gérmenes y el fenómeno de la vida nos aparece así como lo que en química se llama sustitución.

De manera que los gérmenes nos aparecen como compuestos que pierden uno de sus elementos para sustituirlo por otro por quien tienen más afinidad. Pero la existencia de los gérmenes aislados es sólo temporal porque su formación, como hemos visto, ha necesitado en el germen macho una base ó célula madre y en el germen hembra un núcleo ó agente, pues ya sabemos que todo elemento vivo necesita tener su base y su agente, y los gérmenes mismos no escapan á esta ley general de la vida en su formación. Y aun en su formación misma interviene el medio por una tercera condición extrínseca. ¿Nos será necesario decir que los fenómenos respiratorios son tan necesarios al desarrollo de los gérmenes como al ejer-

cicio de las demás funciones de la vida? En cualquiera botánica ó tratado de fisiología se puede ver que la floración desarrolla mucho calor en las plantas y se ha notado en la época del celo en los animales.

¿No os conformáis con estos hechos? ¿Queréis apurar más la dificultad y buscar el origen de estas células machos y hembras? Pues daremos otro paso más y veremos que no podremos salir de las tres cosas esenciales á la vida. Efectivamente, de estudios aun muy recientes parece resultar que tanto las células machos como las hembras se forman por la fusión de varias células epiteliales, con esta diferencia: que el desarrollo de las células hembras es más precoz y termina antes que el de los machos, que es más tardío y subsiste más tiempo. Así, en la mujer, al nacimiento, todos los gérmenes están constituídos y su evolución termina con las reglas. En el hombre principia en la pubertad y termina con la vida. En el orden temporal la base precede al agente y este hecho efectivo en la vida del hombre se repite en la vida del mundo. La precocidad del desarrollo de la base de la vida ha traído la formación temprana de todas sus formas. Así como el silicio, por ejemplo, ú otro elemento cualquiera de la naturaleza química no lo encontramos sino combinado en todos sus compuestos naturales posibles, así el principio de la vida tiene ya hechas todas sus formas de compuesto. Es por esto que por más que se buscan no se encuentran en ninguna parte las generaciones espontáneas.

¿Qué es este principio de vida? Decidme vosotros ¿qué es el oxígeno, hidrógeno, etc., que admitís en la química? Si se me describen sus combinaciones, sus propiedades, también nos será fácil haceros una exposi-

ción análoga del principio de vida. Si queréis la fórmula de la vida os diremos que es un compuesto de tres cosas: *B*, la base ó la sustancia visible de nuestra organización material; *I*, el instrumento de la vida ó la sustancia que la caracteriza especialmente por su actividad, y que se encierra en los núcleos de las células, y *E*, la *energía universal* qne forma con las dos anteriores la realidad de la vida y que nos aparece como un movimiento. Lo mismo que *E*, el movimiento nos aparece en combinaciones múltiples en la música y *B* en la química, así *I*, nos aparece con formas distintas en los séres vivos.

Se nos dirá que sin duda *I* es una pura combinación de átomos y no es distinta de *B*. Está bien, pero ¿cómo entonces, vosotros que disponéis de combinaciones numerosas de *B*, tantas que no hay cabeza que les sepa siquiera sus nombres y que disponéis de *E* en formas no menos numerosas, cómo no podéis hacer un sér vivo? Haced, pues, la síntesis de alguno y estaréis en la verdad, haciendo triunfar al materialismo. ¡Empeño imposible! ¿Podéis hacer sin materia algún compuesto químico? ¿Cómo pretendéis, entonces, fabricar la vida? Diréis que es evidente que la vida se ha desarrollado en el mundo sólo después de la formación de la tierra. Sin duda que el hecho es evidente, pero también nuestras combinaciones químicas están en el mismo caso y ellas también, aunque anteriores, han tenido su época de formación. Y si nos preguntaseis qué era antes de su aparición en los séres vivos el principio de la vida, os preguntaremos á nuestro turno: ¿qué eran antes de la formación de la nebulosa que dió origen á nuestro sistema planetario, vuestros átomos de la química?

Expliquémonos. Se sabe que, aunque los compuestos

químicos son muchos, los simples son pocos y que aún esos pocos se reducirían si las presiones y las temperaturas, las pudiéramos producir en mayor escala. Pues bien, si se cree que la filosofía puede ver en la materia una base única, nosotros vemos en el principio de la vida una cosa única que no estaría aislada sino combinada con esta base única. La causa de esta combinación sería cierta afinidad que tendría por causa una inversión de propiedades que darían origen á un movimiento recíproco que habría de propagarse de la primera á la segunda para volver de la segunda á la primera. Todavía, á un grado mayor de análisis, podemos ver que la cuestión se reduce á una sola incógnita; pues *I* es la vida de *B*, y *V* el movimiento de su vida.

El análisis filosófico no puede ser llevado más lejos, y henos aquí en la base misma de la filosofía y de las ciencias. Esta base es una sustancia viva y activa y el universo un desarrollo de esta base. ¿Se objetará que con este sistema todo es Dios? Sin duda, de la nada, nada puede salir, y por esto el universo no ha salido de la nada sino de la sustancia primera; pero esto no quiere decir que todas las cosas sean Dios. La prueba es muy fácil de dar: el agua no es hidrógeno y oxígeno sino una cosa distinta que resulta de la combinación de ellos. La grasa, ¿es carbono, hidrógeno y oxígeno? Nó; por el hecho mismo de la combinación la grasa se ha hecho distinta de la mezcla de los simples. Asi, todo el universo no es otra cosa que combinaciones de la vida, de la sustancia y de la actividad primitivas, pero en proporciones distintas del compuesto primitivo. Luego, me objetaréis, la existencia primitiva ¿no era simple? porque decís el compuesto primitivo. Tenéis mucha razón; el universo no

deriva directamente de la existencia absoluta de la esencia universal. Os hemos hablado de un primer grado de diferenciación de la existencia primitiva en que encontramos un compuesto de Vida, de sustancia y de movimiento, que es la base directa de donde derivan las sustancias de la química, los movimientos de la afinidad ó fuerzas físicas y el principio de vida de los séres organizados.

Tomemos otro lado de la cuestión y recorramos con el análisis filosófico los grados de la vida. Todo el mundo dice que hay dos grados: el animal y el vegetal; pero la verdad es que hay tres grados en la vida, y vamos á probarlo. La vida, en su forma más simple, se nos presenta como un esferoide de una sustancia llamada protoplasma y en la que vemos dos sustancias distintas, una que trasmite la luz y otra que la refleja: es decir, una parte trasparente y otra opaca. No sólo las propiedades ópticas sino los agentes químicos nos revelan que hay siempre estas dos sustancias químicamente también distintas. Las experiencias de los naturalistas demuestran que hay un movimiento de sustancia: el de los principios alimenticios que se hace hacia adentro y el de los desechos que tiene lugar hacia afuera; absorción de alimentos y eliminación de residuos. Si las comparamos á las sustancias minerales, la encontramos semejante á una masa de platina en que hubiéramos incluído glóbulos de fosfato de cal y en que tuvieran ambas cosas una estructura globular para que pudiera haber por los interticios así producidos, un movimiento de difusión del medio hacia la célula y de los desechos de ésta hacia el medio. Tendríamos así como una especie de pila eléctrica formada por dos elementos, y en efecto se puede ver en su interior un movimiento

circulatorio de su sustancia que se hace en el protoplasma y en el núcleo (1), con esta diferencia, que la corriente no es sólo etérea como en la pila, sino de sustancias químicas.

En música podría expresarse la misma idea diciendo que es una nota que nos transforma un movimiento de nuestro dedo en una vibración sonora. En fisiología se llama un movimiento reflejo, porque propagado por una sustancia capaz de vibrar, una acción exterior llega á un centro que refleja esta vibración, transformándose en alguna parte de su vuelta en un movimiento. Nosotros no podemos formarnos idea de los fenómenos internos sino por los fenómenos externos. Pues, desde la vida en su forma más simple encontramos estos fenómenos y por consiguiente podemos asegurarlo. Acciones externas de contacto, por ejemplo, determinan en los séres vivos más elementales, movimientos visibles de reacción que llamamos sensación y por este motivo podemos decir que las plantas sienten y se mueven. Esto es indudable, y desde los criptógamos más simples podemos ver los movimientos de sus anteridies y de sus masas protoplasmáticas. En cuanto á que sienten, la *sensitiva* (Mimosa púdica) es un ejemplo que ha tomado su nombre de esa cualidad. Pero, ¿cómo y de qué clase es esta sensación?

La fisiología se ha ocupado de ella largamente. Nosotros citaremos á este respecto tres observaciones importantes. Si va una persona andando con sus manos colocadas sobre las espaldas, llena la cabeza de graves preocupaciones, y llega un amigo y le pica con un alfiler

(1) *Traité de botanique*, par J. Sachs. París, 1874, páginas 58 y siguientes.

una de las manos para llamarle la atención, sucederá que aquel la moverá como para espantar algún insecto, la volverá á colocar en su lugar ó la llevará hacia adelante y todo lo habrá hecho siguiendo su camino, absorbido en sus ideas, sin detenerse á considerar lo que pasaba. Otro ejemplo. ¿Cuántas veces nos habrá sucedido encontrarnos con una persona á quien debíamos saludar y no lo hemos hecho *por distracción?* En fin, los movimientos que hacemos dormidos también están en este caso. Es evidente que los sentimos, porque son producidos por la molestia que nos causa la misma posición; pero no los percibimos ni recordamos. Estos son, pues, los vegetales que podríamos representar bajo la forma de un movimiento reflejo y decir que los minerales son un movimiento lineal y los vegetales un movimiento angular. Cuando el movimiento llega á un mineral lo continúa, lo transforma ó lo devuelve, pero no lo reproduce como lo hacen las plantas. Consideradas éstas químicamente, también son particulares. Mientras las sustancias minerales producen el movimiento por transformación de su propia sustancia, las plantas toman otra sustancia. Por ejemplo, la levadura de cerveza toma al azúcar la energía necesaria para sus operaciones, las plantas verdes al sol.

Demos otro paso más en la escala de la vida y encontraremos otro grado distinto en el recuerdo, memoria ó reproducción de la sensación. Por ejemplo, estando preocupado de estas ideas que escribo, viene una sirviente á pedirme una moneda, y yo, en vez de ésta, le paso una llave. Oí que fué plata lo que me pidió, lo recuerdo; pero como era la idea de la llave de los fenómenos la que preocupaba mi cabeza, ó por otra analogía cualquiera, ha sido llave la que le he pasado. Los fenó-

menos de la sensación y del recuerdo son cosas distintas. Es lo que vemos en los animales que nos manifiestan sensaciones y son susceptibles de aprender porque recuerdan.

En esto hay grados y por eso en los animales superiores en que el recuerdo y las sensaciones son tan finas casi como en nosotros, nos parecen inteligentes. ¿Cómo se produce este fenómeno de la memoria? La idea que nos hemos formado de lo que á este respecto hemos leído es la siguiente: sabemos por la fisiología que el centro de sensación es distinto del centro de reproducción y que mientras aquél está en la base del cerebro éste está en su superficie. La anatomía patológica y la clínica dicen lo mismo del hombre que lo que dice la fisiología con sus experiencias en los animales. La memoria es una sensación reproducida. De modo que en este caso los movimientos que observamos por una acción exterior se hacen, así, no sólo la resultante de la sensación actual, sino de sensaciones pasadas. En cuanto al mecanismo del fenómeno, nos lo explicamos del modo siguiente: el centro sensitivo percibe la especie y la fuerza de la sensación, y reflejándola en los movimientos correlativos á la impresión no le queda nada. El centro *rememorativo* es el mismo centro sensitivo, pero que en comunicación sólo con el centro sensitivo y nó con los órganos externos, conserva la modificación que caracteriza la sensación porque no la gasta. Si el acto se produce bajo la acción del recuerdo, la nueva impresión renueva el depósito y lo deja disponible para otra oportunidad. La sensación es cierta clase de movimientos que por un principio especial de reflexión se reproduce en movimientos reflejos. Pues bien, la memoria consiste en estos

mismos movimientos depositados y al estado de tensión, probablemente por un fenómeno de polarización.

En cuanto á la perfección de estos fenómenos se comprende que ellos son correlativos de la perfección del organismo material. Así, el animal nos aparece como un sistema de doble reflexión ó de dos ángulos. Si el mineral es una línea de movimiento, la planta dos líneas angulares con un ángulo ocupado por un sistema doble ó célula, que por una de sus partes su protoplasma recibe la impresión, y por la otra su núcleo la refleja en movimientos.

El animal une á lo anterior otras células, cuyo núcleo recibe los movimientos de reacción de las células anteriores por un fenómeno de inducción, como en la electricidad. Y así, una nueva sensación va á modificar la corriente reflejada sobre los núcleos de la memoria y antes neutralizada por la inducción de la masa protoplásmica de esas células. Así es como tenemos las dos líneas anteriores y dos ángulos de reflexión. Se concibe que pueda hacerse una máquina que nos reproduzca estos fenómenos. Por ejemplo, es una música eléctrica, en cuyo teclado cada movimiento que imprimimos va á producir una corriente eléctrica que un aparato especial transforma en sonidos musicales. Pues bien, estos mecanismos tienen botellas de Leyden anexas, que están en comunicación con estas corrientes especiales. En este caso, volviendo á tocar nuevamente la nota, no sólo tendríamos la repetición del sonido musical, sino aún el refuerzo producido por el depósito anterior, hecho por la botella de Leyden correspondiente.

Otro grado más y estamos en el hombre, sistema de triple reflexión. Si nos equivocamos groseramente en

algo que nos interesa y se nos pregunta por qué hicimos eso, responderemos: es que no lo pensamos. En efecto, el pensamiento es distinto de la sensación y del recuerdo. Se llama voluntad lo que uno se resuelve á hacer; pero esto implica que uno sienta, recuerde y pese sus recuerdos y sensaciones, y la acción así producida es intencional, calculada, maliciosa, razonada ó como se quiera llamar. La responsabilidad está vinculada á esta cualidad del hombre, de tener un fiel sobre el cual pueda contrapesar sus sensaciones y sus recuerdos. El niño que no tiene desarrollada su razón, ó más bien, cuyos recuerdos no son aún bastante numerosos para servir de contrapeso á sus sensaciones, es aún inocente. El que no tiene juicio es porque sus sensaciones son pervertidas, como en las ilusiones y alucinaciones; ó porque la actividad de la memoria se ha exaltado, como en el maniático, ó apagado, como en el demente. El juicio mismo puede estar perdido, porque encargado de pesar sensaciones y recuerdos, puede encontrarlos fuera de su relación natural y sacar un producto falso por falta de relación.

Pero ¿bastan para la realidad de nuestros pensamientos, que el juicio, la memoria y el centro sensorial funcionen bien? Tenemos una prueba de que no es así en el sueño, en el cual pensamos de una manera independiente, porque nuestros sentidos no nos ponen en relación con el medio, y así carecen de la realidad. Para pensar rectamente, se necesita, pues, ser bien observador, tener recuerdos abundantes y exactos y pesar las cosas con imparcialidad. Para observar bien, es necesario no gastar los sentidos con el abuso de los placeres ó de las sustancias que mellan la sensibilidad, como el té, el café, el alcohol, las bebidas aromáticas y los condimentos acres

y azufrados. Para tener recuerdos abundantes y exactos, es necesario proscribir las sustancias narcóticas, como el cigarro y aún el vino. Para que el juicio sea exacto, amar sobre todo la verdad.

El que busque la razón y la felicidad racional, no debe pensar sino en tratar de realizar su tipo natural, porque si es cierto que el progreso existe por los descubrimientos científicos en las cosas anexas al hombre, es falso que sea ahora más juicioso y más sano que antes. La filosofía, la poesía y la medicina antiguas, prueban que en este sentido no hay sino progresos individuales de los que buscan su tipo. Hemos dicho que el juicio consiste en un movimiento de contrapeso ó de doble reflexión de los recuerdos á los sentimientos y de éstos á aquéllos. Este centro tiene también su autonomía, porque si no está satisfecho de lo que contrapesa engendra una corriente y hace una nueva pesada. Si oímos, por ejemplo, un balazo y hay cerca de nosotros un perro, observaremos que éste se espanta y agita, ó cuando más huye; pero su reacción no pasa de ahí, mientras que nosotros haremos comentarios sobre sus causas, indagaremos el hecho mismo y mediremos sus consecuencias hasta quedar satisfechos. El juicio, ó sea segundo grado de las sensaciones, es el que nos da el sentimiento que puede considerarse como una sensación de trasmisión á los demás y de los demás á nosotros. El recuerdo, he dicho que es una de las formas de nuestra sensibilidad; los sentimientos una segunda, y las sensaciones mismas son su base.

Nuestra ecuación sería un triángulo que tendría en un ángulo situado hacia la médula alargada por los cuerpos olivares sus células nerviosas que presidirían á las facul-

tades imaginativas, comprensivas y calculativas, pero que efectuaría sus operaciones del ángulo superior con los recuerdos, el tinte y el tono tomados en el ángulo anterior ó centro sensorial.

¿Cuál sería entonces el principio del juicio? Podría decirse que un movimiento, porque contrapesa movimientos y los provoca. Es en nosotros el centro de nuestro propio sistema que une la sensación del principio de vida á la corriente de su reproducción en el sistema orgánico. Somos, pues, al mismo tiempo, un sistema material organizado con un principio de vida y un movimiento, que es nuestra inteligencia. Pero estas tres cosas no son sino nuestro sér completo de su *base*, la materia; de su *agente*, la vida, y del movimiento de su vida, la *inteligencia*. La sabiduría y el movimiento universal son la misma cosa; el *agente* universal es la vida, y la *base* del universo, la materia. El universo es un compuesto trinitario, pero este sistema es, á su turno, multiplicado en triples sistemas. Por ejemplo, como bases químicas tenemos la materia ponderable, el éter y el movimiento que une ambas cosas; como bases vivas, la sensibilidad, el recuerdo y el juicio ó movimiento respectivo. La Inteligencia absoluta, la vida y la sustancia absoluta existían formando una unidad; pero divididas en tres unidades por una repartición de los tres atributos, formaron una unidad compuesta de tres partes, que han sido las que por un procedimiento de diferenciación y multiplicación, insistiendo sus proporciones, han producido el universo con su asombrosa armonía. Este es nuestro sistema filosófico.

DR. ERASMO RODRÍGUEZ

INSTRUCCIÓN

PARA LA LECTURA Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS DE IMPRENTA

(Continuación)

De los números

En textos de lectura corriente se ponen con cifras árabes las fechas; y los demás números, con todas sus letras:

El duque de Beauvilliers se había separado de Fenelón hacía diecisiete años, cuando murió, el 31 de agosto de 1714, á la edad de setenta años. Fenelón sobrevivió sólo cuatro meses á su último amigo. Dejó cuarenta y cinco obras...

En los modelos de procesos y expedientes, las fechas, cantidades, etc., se expresan con todas sus letras:

Á ocho días del mes de julio de mil ochocientos sesenta y tres, comparecieron... para proceder á la entrega de la suma de cuatro mil quinientos treinta pesos cuarenta centavos...

Si un párrafo principia con una cantidad en cifras, conviene expresarla con letras aunque la siga de cerca

otra cantidad que, por circunstancias especiales ó por seguir la marcha adoptada para la obra, deba ponerse con guarismos:

Dos millones seiscientos mil pesos se han gastado, no siendo más que 2.420,000 pesos la suma destinada para ese objeto...

Los adjetivos numerales que siguen á los nombres propios de monarcas ó papas se escriben con números romanos:

Francisco I... — Pío VII... — Alfonso XII...

La palabra *primero,* designando el día del mes, se emplea en abreviatura con una cifra y una º voladita:

El 1.º de julio de 1828... — El 1.º de septiembre de 1798...

No es costumbre abreviar ni poner en guarismos la palabra *primero* en las portadas, índices, etc., refiriéndose al orden numérico de los tomos, libros, capítulos y otras divisiones de una obra; pero en las citas se pone con número romano.

Con guarismos se expresan los números que indican medidas:

La vara de Burgos equivale á 0.835905 metro...

1 metro cúbico tiene 1,000 decímetros cúbicos...

Igualmente los números de los regimientos ó batallones:

El 3.º de línea se encuentra en Valparaíso...

y las indicaciones numéricas sobre el tiempo, posición astronómica, población y temperatura:

La ciudad de Quito se halla situada á 0°13′ de latitud S. y á 79°3′ de longitud O., á 2,000 metros sobre el nivel del mar, y su población es de 80,000 habitantes...

Á las 10.23′ A. M. el termómetro señalaba 20°,12...

Las abreviaturas 1.°, 2.°, 3.°, 10.°, etc., que se hallan unas sobre otras en la misma página, no deben alinearse verticalmente por la derecha sino por la izquierda:

Se deben alimentos:
1.° Al cónyuge;
2.° Á los descendientes legítimos;
3.° Á los ascendientes legítimos;
4.° Á los hijos naturales y á su posteridad legítima;
10.° Al ex-religioso que por...

Tampoco se alinean por la derecha los adjetivos numerales que se expresan con numeración romana y se suceden consecutivamente en los índices ú otras listas, vayan ó no precedidas de la palabra *libro, capítulo,* etc. No se pondrán por lo tanto en la forma siguiente:

CAPÍTULO PRIMERO. — La tempestad. 5
CAPÍTULO II. — El desconocido. 13
CAPÍTULO XXIII. — Esperanza frustrada. 347

I. — Chile.. 42
VIII. — Colombia. 122
XLVIII. — Grecia. 292

sino en esta otra:

CAPÍTULO PRIMERO. — Del local destinado para imprenta. 1
CAPÍTULO II. — Del material de la sección de cajas. . . 4
CAPÍTULO XVII. — De la encuadernación. 245

I. — De la solidaridad entre los hombres. 7
II. — De la igualdad relativa de los hombres en sociedad.. 20
XXXIX. — De la justa extensión de la libertad. 108

De la sangría

La primera línea del párrafo ó aparte, en la prosa, se sangra con un cuadratín generalmente; pero si la justificación es muy ancha y el tipo no muy grande, puede aumentarse hasta dos cuadratines.

Cuando el texto de un párrafo se interrumpe para citar versos en línea aparte, se sigue nuevamente sin sangría alguna, empleando mayúscula ó minúscula según los casos:

La poesía no consiente, por ejemplo, descender hasta decir:

Los garrotes voltearon despedidos
perniquebrando cabras y corderos...

y encumbrarse luego hasta llamar á unos guerreros esforzados:

Tres soles
de la guerra, baldón del de Farsalia...

Hay grandeza en pintar así el encuentro de dos armadas:

Á un tiempo se embistieron, y alteradas
las ondas resonaron con estruendo:
creyeras que nadasen arrancadas
las Filipinas, ó en combate horrendo
alterando los canos horizontes
chocar los montes con los altos montes.

Mas no se puede tolerar en seguida despeñarse de tanta altura, y caer en un estilo tan bajo como el siguiente:

La capitana real, que al golfo manda,
á siete naves que le atacan tira
cien cañonazos de una y otra banda:
la que no se va á pique, se retira,
por que la munición no participe
del tronante cañón del *Real Felipe*.

Las palabras *Señor, Señores, Excmo. Señor, Muy señor mío,* etc., con que se empieza un discurso, carta ó solicitud, se sangran con dos ó tres cuadratines según la

justificación. — Igual cosa se hace con la fecha si va al final del documento en línea aparte; pero si va al principio, se coloca casi á la extremidad de la derecha.

La letra grande ó de adorno con que á veces se empieza un capítulo ó un libro, no se sangra.

De la raya ó guión largo (1)

Si se usa el guión para reemplazar á un interlocutor en un diálogo que se escribe seguido, esto es, en un solo párrafo, debe procurarse que no caiga al fin del renglón. Tampoco en este caso debe quedar al fin de un verso, sino al principio del verso siguiente:

> — Niña, ¿por qué desvelada
> suspiras con tal empeño?
> — El por qué, madre, no es nada:
> sólo me siento hostigada
> por las quimeras de un sueño.

— ¿Le gusta á usted el té, señorita? preguntó un joven á una señorita que tenía á su lado, al rededor de una larga mesa. — Sí, caballero, me gusta con pasión. ¿Y á usted? — Á mí, señorita, me gusta... con leche.

No se pone guión á las expresiones *dijo, repuso, contestó,* etc., cuando en un diálogo se emplean para señalar el cambio de interlocutor: basta con que esas expresiones vayan entre comas.

Algunas veces se usa el guión, imitando la costumbre inglesa, para marcar, después del punto final, una especie de transición. Esto sucede cuando el período que termina no tiene con el siguiente un enlace muy íntimo,

(1) En tipografía se le llama también, y más frecuentemente, *menos.*

y no existe sin embargo tanta diversidad en los puntos que tratan que exija línea aparte (1).

Se pone guión entre la cifra del signo § y la frase que le sigue, si se hallan en la misma línea del título:

§ 2. — *Del corte de los árboles frutales*

Si el título forma parte de la primera línea del párrafo, lleva el guión después:

§ 4. *Del Divorcio.* — Esta grave é importante cuestión...

De los versos

Los versos pueden espaciarse con toda regularidad, y por lo tanto es indispensable emplear en su composición espacios de la misma clase.

Todo verso aislado, va al centro de la justificación, excepto cuando se trata de un epígrafe.

---

(1) Dice la Academia Española:

"2.º Empléase también al principio y al fin de cláusulas intercalares, completamente desligadas por el sentido, del período en que se introducen: *Los Celtíberos — no siempre habían de ser juguetes de Roma — ocasionaron la muerte de los dos Escipiones.*"

Sentimos mucho no estar de acuerdo con la docta Corporación, á quien sinceramente respetamos. El caso en cuestión exige pura y simplemente el uso del paréntesis; y existiendo tan útil y expresivo signo ortográfico, no vemos la necesidad de que el guión le usurpe el único empleo que le es propio, dificultando á veces la adecuada puntuación del período, puntuación que el guión no puede sustituir en ningún caso. Á nuestro entender, la Academia no debería tolerar el uso del guión como paréntesis: tal vez así se evitase la manía de algunos escritores, para quienes al parecer ya no existe el paréntesis ni es posible poner frases incidentales entre comas, sino guiones y más guiones que hacen en la página impresa un deplorable efecto tipográfico.

Se sangran los versos (siempre por la izquierda) según el número de sílabas de que constan, á razón, ordinariamente, de medio cuadratín por cada sílaba de menos. Así, suponiendo que los versos de catorce sílabas llenan la justificación, los de doce que vayan en la misma página se sangrarán con un cuadratín; los de diez, con dos cuadratines; los de ocho, con tres; los de siete, con tres y medio, etc.

Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo.
Calonges e prestes que son sabidores...
¿Quién pensará jamás, Teresa mía...
A los mismos que ya redimiste.
Del cristal con que se mira.
Morir entre los dioses.
La niña morena.
Céfiro blando.
Y venidas.
Tesoro
Duda
Ya!

Entiéndase que las sílabas se cuentan según prescribe el arte métrica.

Además de la sangría que en general corresponde á las composiciones poéticas que van en una misma página, con objeto de colocarlas en medio de la misma (para lo cual hay que fijarse en el verso que ocupa más extensión); se sangra con un cuadratín el primer verso en las siguientes combinaciones métricas: pareados, tercetos, cuartetos ó redondillas, quintillas, sextillas, octavas ú octavillas y décimas. Esto tiene lugar aunque en una estrofa continúe el sentido gramatical de la anterior:

Poco á poco el temor y la congoja
fueron cediendo; recobré el estribo,
con mano firme aseguré la floja

y descuidada rienda, erguíme altivo,
y lentamente hacia el paterno techo
retrocedí cansado y pensativo.

En el romance se sangrará sólo la primera línea y aquellas en que, por cambiar de asunto, se quiera indicar párrafo aparte.

En la silva se sigue la misma regla, á pesar de tener interpolados los versos de siete sílabas con los de once:

Si el noble anhelo de la eterna fama
que nuestros patrios vates merecieron,
vuestros fogosos ánimos inflama,
no os arrojéis, oh jóvenes hispanos,
con temerario afán á la ardua empresa;
ni con incierto paso
holléis á ciegas la escabrosa vía
que á la cumbre conduce del Parnaso.
Temed antes, temblad: una es la senda,
los precipicios mil; quien en sí propio,
del arte los preceptos desdeñando,
vanamente confía,
del Icaro tal vez remonta el vuelo;
mas, deshechas las alas mal seguras,
despéñase con mengua al hondo suelo
Si igual hado teméis, consultad antes
cien veces y otras cien las propias fuerzas,
y ved si grato el cielo...

El soneto necesita sangría en el primer verso de los dos cuartetos y de los dos tercetos.

En las composiciones escritas obedeciendo á una combinación métrica que se repite en cada estrofa, los versos cortos se sangran según las reglas que hemos dado al principio:

Tu inmensidad lo llena
todo, Señor, y más; del invisible
insecto al elefante,
del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
das su pardo capuz, y el sutil velo
á la alegre mañana
sus huellas matizando de oro y grana.

Son de los desgraciados
las esperanzas
burbujillas que el viento
forma en el agua;
brillan y en breve,
por el aire deshechas,
aire se vuelven.

pero si cada estrofa va separada de la anterior por una línea blanca, no es un defecto que el primer verso lleve igual sangría que los restantes de la misma clase:

Cuando miro el azul horizonte
perderse á lo lejos
al través de una gasa de polvo
dorado é inquieto,
me parece posible arrancarme
del mísero suelo,
y flotar con la niebla dorada
en átomos leves,
cual ella deshecho.

Cuando miro de noche en el fondo
oscuro del cielo
las estrellas temblar, como ardientes
pupilas de fuego...

á no ser que los dos primeros versos de la estrofa sean de igual medida:

Como enjambre de abejas irritadas,
de un oscuro rincón de la memoria
salen á perseguirme los recuerdos
de las pasadas horas.

Anuncian su venida
las auras murmurando,
los árboles sus cúpulas meciendo,
las ovejas estáticas balando,
la mar sonora con su ronco estruendo,
con sus lánguidos sones los ambientes
con sus cantos los dulces ruiseñores,
bajando de los montes las corrientes,
subiendo de los llanos los pastores.

Cuando el primer verso de una composición ó de una estrofa lleva una inicial de adorno ó de mayor cuerpo que el tipo adoptado, la inicial no se sangra, ni su límite de la izquierda debe sobresalir por ese lado más que los versos de la estrofa:

OBRE arena y sobre viento
lo ha fundado el cielo todo:
lo mismo el mundo del lodo
que el mundo del sentimiento.
De amor y gloria el cimiento
sólo aire y arena son.
¡Torres con que la ilusión
mundo y corazones llena:
las del mundo sois arena
y aire las del corazón!

Cuando, en una obra de lujo, un verso no puede caber en la justificación adoptada, se le hace sobresalir en el blanco del margen de la derecha; pero en una obra económica ó á dos columnas, el exceso, que se procurará disminuir apretando el espaciado, se coloca al fin de la línea inmediata superior, precedido de un paréntesis cuadrado. Si la línea superior no presenta suficiente blanco para colocar dicho excedente, podrá ponerse en la conclusión de la línea de abajo:

¿Quién ha sido el artífice? ¿Qué mano
sobre el abismo le tendió altanera? [nate
¿Fué un pastor ó un bandido? ¿Fué un mag-
ó tal vez un piadoso anacoreta?

... á quien Julia de padre el nombre ha dado.
Mas ¿qué importa? en su rostro ardientes lá-
sintió, que de los ojos resbalaron [grimas
de una mujer hermosa, pero enferma...

Y si el verso de encima y el de debajo ocupan toda la justificación, habrá que *doblar* el verso largo, esto es, habrá que poner el excedente al final de una línea en blanco:

Y aquellos placeres que el triste ha perdido
no huyeron del mundo, que en el mundo es-
[tán,
y él vive en el mundo do siempre ha vivido,
y aquellos placeres para él no son ya!

Si un verso que se cita ocupa toda la justificación, el nombre del autor va sangrado con uno ó dos cuadratines por la derecha:

¿Sufriréis con ultraje y vituperio
que un hombre emprenda el fin de vuestro imperio?

(N. MORATÍN.)

pero en caso contrario, se hace sobresalir otro tanto el nombre:

Que siempre brilla hermoso el vencedor.

(ESPRONCEDA.)

Las palabras *señor, señora, señorita* y demás tratamientos que forman parte de un verso se pondrán con todas sus letras, así como los adjetivos numerales que acompañan á ciertos nombres propios, tales como *Enrique cuarto, León trece*, etc.

Las cantidades, sean de la clase que fueren, se ponen también con todas sus letras:

En un extenso campo de bizcocho
cuyo temperamento siempre sano
en invierno no baja de los ocho
ni sube de los quince en el verano...

Acta. — En la villa del oso,
patrono del *Niño ciego*,
á veintiséis de diciembre
del año mil ochocientos
setenta y dos, con un frío
de seis grados bajo cero...

Cuando en una obra en prosa se citan versos, van éstos generalmente en línea aparte, al centro, con letra más pequeña y, como ya hemos dicho en otro lugar, sin comillas.

RAFAEL JOVER

(Continuará)

LO QUE NO TIENE SANCIÓN

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

PERSONAJES

DON SALVADOR, esposo de
DOÑA IRENE.
MATILDE, hija de los anteriores.
MARIA, sobrina de don Salvador y hermana de
VICENTE.
JOAQUIN, amigo de la familia.
UN CRIADO.

La acción en Santiago. Época actual.

ACTO PRIMERO

Una sala con una puerta al fondo y dos laterales. Á cada lado de la primera, sendos estantes con libros. Hacia la derecha una mesa-escritorio con legajos, papeles, algunos libros y recado de escribir. Dos sillas cerca de ella. Hacia la izquierda un sofá. Sillones de marroquí, convenientemente dispuestos. Todo de lujo y elegante. Sobre una silla el sombrero y el bastón de don Salvador. Éste aparece sentado á la mesa-escritorio, arreglando algunos papeles; y doña Irene en el sofá.

ESCENA PRIMERA

DON SALVADOR, DOÑA IRENE

IRENE. Se desprende, á mi entender,
de todo lo que me has dicho

que, por razón ó capricho,
ya te cansa defender
ese pleito ¿no es verdad?

SALVADOR. Te has equivocado, Irene;
el pleito, en sí, nada tiene
que ver; porque, en realidad,
es de los pleitos seguros.
Lo he estudiado con tesón,
y tengo la convicción
de que no pasará apuros
Joaquín con él. Además,
para un hombre acostumbrado
al trabajo de abogado,
como yo, comprenderás...

IRENE. *(Interrumpiéndole.)*
Pero, Salvador, en fin,
¿por qué, hace poco, dijiste
que del pleito no debiste
encargarte?
(Don Salvador se levanta
y se acerca á ella.)

SALVADOR. Por... Joaquín.

IRENE. ¿Por Joaquín dices?

SALVADOR. Sí tal.

IRENE. ¿Cómo, por tu mismo cliente?

SALVADOR. Por él mismo, cabalmente.

IRENE. ¿Qué te ha hecho?

SALVADOR. Ningún mal
que yo sepa hasta la fecha.

IRENE. Pues no descubro el motivo.

SALVADOR. Muy confiado en él no vivo.

IRENE. ¿Y tiene amistad estrecha
con Vicente?
SALVADOR. Ciertamente.
IRENE. Y tú se la has aplaudido.
SALVADOR. Así es.
IRENE. Y él lo ha introducido
En casa.
SALVADOR. El mismo Vicente.
IRENE. Pues quedo más confundida.
SALVADOR. Me lo explico.
IRENE. Si es muy claro:
Si no pusiste reparo...
SALVADOR. Cuando se le dió acogida
en nuestra casa, es verdad.
IRENE. Si te alegraste por eso.
SALVADOR. Y bastante, lo confieso
con perfecta ingenuidad.
IRENE. Y no cesabas de hablar
bien de él á cada momento.
SALVADOR. Elogiaba su talento,
y aún lo debo elogiar.
IRENE. Pues entonces, Salvador,
¿por qué este cambio tan brusco
de parecer? Yo me ofusco;
si no te explicas mejor,
de cierto me quedaré
sin entenderte.
SALVADOR. Verás
qué pronto á entenderme vas,
por lo que ahora diré.
IRENE. Es preciso; porque, al fin,

Joaquín era agasajado
antes por ti y alabado...

SALVADOR. ¡Ah! no temía á Joaquín.
(Pausa en que don Salvador se prepara á hacer sus reflexiones.)
Cuando, hace algún tiempo, Irene,
Joaquín me vino á pedir
que le quisiera servir
en el pleito que hoy sostiene,
me presté de corazón
á servirlo, pues traía
del primo José María
cabal recomendación.
Como la causa apuraba,
para ponerme al corriente,
me veía diariamente
con el joven y él me daba
los datos que yo quería;
y entre un dato y otro dato,
sus visitas y su trato,
su respeto y cortesía
y, sobre esto, su talento
nada escaso á la verdad,
le granjearon mi amistad,
premio á su merecimiento.
¿Qué extraño es, pues, que mirara
de buen ojo que Vicente,
que trabaja diariamente
á mi lado, y se prepara
para alcanzar pronto el grado
de licenciado, se uniera
con amistad verdadera

á Joaquín? Muy de mi agrado
fué la reciprocidad
de afecto en sus relaciones.

IRENE. Y parece que hoy te opones...

SALVADOR. Paciencia.

IRENE. ¡Es genialidad!

SALVADOR. Después, quiso mi sobrino
que tú, Matilde y María
lo trataran, y un buen día,
á mi salon Joaquín vino.

IRENE. Y con general contento
tertulio frecuente se hizo.

SALVADOR. Entonces me satisfizo;
pero hoy, Irene, lo siento.
(Pausa).
Ahora en mi relación
llego al punto capital:
¿por qué hoy veo que está mal
lo que ví puesto en razón?
Es Joaquín, á mi entender,
de ésos que, por sus modales,
simpatías generales
saben hallar por doquier;
que, si están entre varones, *(Recalcando.)*
su ingenua galantería,
su talento y cortesía,
atraen los corazones;
mas, que al verse en un salón
donde lucen su contento,
su juvenil ardimiento,
su gracia y su corazón,
ciento y cien jóvenes bellas,

juzgan que es de su resorte
hacer á todas la corte,
y de cada una de ellas
declarse adoradores,
y arruinarles los oídos
con sus amores fingidos
y sus fingidos ardores!...
(Pausa.)
¿Se conducen por maldad
de manera tan artera?
Nó; es que creen que es la manera
de agradar en sociedad
á las jóvenes... ¡Qué engaño!
Es que piensan ¡petulantes!
que todas son ignorantes...
¡Oh, y pueden causar un daño!...
Pues si llega á suceder
que en pecho cándido y puro,
aquel arrullo perjuro
hace la pasión nacer,
¡adiós color, adiós sueño
adiós florida esperanza!...
Desengaños sólo alcanza
de esa alma tierna el empeño.
¿Que llore? Vano llorar;
¿Que gima? Vano gemir;
¿Que ruegue? Vano pedir
lo que nadie le ha de dar.
Y si al fin la desdichada
en coqueta se convierte,
para vengar de esa suerte
su esperanza destrozada,

la señalan á porfía
cuando cruza los salones...
¡sin ver que han sido... ladrones
de su paz y su alegría!...
(Con tono amargo. Pausa.)
¿Ves ya, por mi relación,
cuál es el punto esencial?
¿Por qué hoy me parece mal
lo que vi puesto en razón?

IRENE. Bien lo veo; sin embargo...

SALVADOR. ¿Ya ves por qué te decía
que en el presente, sentía
del pleito haberme hecho cargo?

IRENE. Lo veo; pero...

SALVADOR. Ha sido él
el que me ha introducido
este nuevo conocido,
en casa.

IRENE. Joaquín es fiel.

SALVADOR. Yo no digo lo contrario.

IRENE. Tiene talento.

SALVADOR Seguro.
No imagines que procuro
hacerme de él adversario.

IRENE. Pero, ¿por qué te has formado
de ese mozo tal idea?
¿Qué hallas en él, que no sea
caballeroso y honrado?

SALVADOR. Él es bueno, generoso,
cuanto quieras, lo concedo;
pero, Irene, tengo miedo
de que nos turbe el reposo.

Ya has oído mi opinión,
en cuanto á él.

IRENE. ¿Qué consistencia
puede tener?

SALVADOR. La experiencia
que hago en cada reunión
de las que en casa tenemos
semanalmente, hija mía.

IRENE. Son pura galantería
de buena ley, los extremos
que hace Joaquín.

SALVADOR. Ojalá;
quiera Dios que me equivoque.

IRENE. Nada temas: no habrá choque
por su culpa; no lo habrá.

SALVADOR. En fin, yo descanso en ti;
que es el ángel tutelar
toda madre en el hogar...

MATILDE. *(Dentro, llamando.)*
¿Mamá?

IRENE. *(Bajo á don Salvador.)*
Chit. Ya están aquí.

MATILDE. Ya llegamos. *(Desde el fondo.)*

SALVADOR. Entren, pues.

(Llegan de las tiendas Matilde, María y Vicente, cargado este último con paquetes de todas formas y tamaños, que deposita sobre una silla. Colocación, la que los actores juzguen más conveniente; asimismo quedan á su talento y buen gusto los movimientos escénicos.)

ESCENA II

DICHOS, MATILDE, MARÍA, VICENTE

MATILDE. ¡Ay, mamá! Estamos rendidas...
¡Dios de mi alma, qué andar tanto!
MARÍA. Y en tan poco espacio, tía.
MATILDE. Desde la tienda de *Pra*,
á la tienda de *Molina*,
desde allí á los *Alemanes*,
después á la de *García*,
después á las *Novedades*,
Parisienses, en seguida
á *La Ville de París*,
de allí á la sombrerería
después á *Jouve*, y después
á *Peake*...
SALVADOR. ¡Hasta cuando, niña! *(Riéndose.)*
MATILDE. Me falta *La Jardinera*...
¡Ay, qué cosas tan bonitas
hay, papá, en *La Jardinera!*
Si usted, viera...
IRENE. Apostaría...
SALVADOR. Y el pobre Vicente ha sido
de estas andanzas la víctima,
de seguro.
VICENTE. Qué; no, tío;
si para mí es una guinda...
SALVADOR. Pues, voy á contar por gusto
los atados que traías.
MATILDE. Si él mismo tiene la culpa;

porque apenas me veia
algún atado:—¿Permites
que yo lo lleve, primita?...

SALVADOR. Nueve... diez... y dos son doce...

MATILDE. —Que nó.—Que sí.—Se salía
con la suya, al fin y al cabo.

SALVADOR. Hombre, ¿con todo aquello ibas
cargado?

IRENE. Si eso no pesa
nada.

MARÍA. No, tío; á medida
que comprábamos, lo enviábamos
al coche.

MATILDE. Pero, María,
¿no ves que habla papá en broma?

SALVADOR. Nó, Matilde.

IRENE. Y, al fin, hija,
¿te acordaste de comprarme
todas aquellas semillas
que te encargué?

MATILDE. ¡Qué cabeza,
ay, ¡qué cabeza la mía!

IRENE. Buena para hacerte encargos.

MARÍA. Y en *La Jardinera* misma
estuvimos.

IRENE. Si hubiera hecho
el encargo á mi sobrina...

SALVADOR. Y ¿encontraron por las tiendas
mucha gente conocida?

MATILDE. Bastante. Andaban la Amelia...
la Enriqueta... la Virginia...

VICENTE. Tambien vimos á Joaquín.

SALVADOR. ¡Ah!
VICENTE. Y tuvo la cortesía
de andarnos acompañando.
SALVADOR. (Creo que se ruboriza
Matilde).
VICENTE. Y varios paquetes
nos llevó al coche.
SALVADOR. Eso indica
su cortesana finura.
IRENE. ¿Qué buscas allá, María?
MARÍA. (Va á conocer mi inquietud.)
¿Yo?... Nada, tía... Venían
algunas cositas sueltas
y acomodarlas quería...
MATILDE. (Siento que me arde la cara...
creo que papá me mira.)
SALVADOR. ¿Te preguntó por su pleito?
VICENTE. ¡Qué, tío, si no se fija
en esas cosas! Me dijo
que por acá pasaría
dentro de poco.
SALVADOR. Está bien;
viene acá á tomar noticias
frecuentemente.
VICENTE. Sin duda;
pero ahora lo que hacía
era charlar sin descanso.
SALVADOR. ¿Con tu hermana?
VICENTE. Y con mi prima...
él charlando, y ellas riendo
á carcajada tendida.
Corto se nos hizo el tiempo

con tan buena compañía.

IRENE. En fin, voime á curiosear
las compras de las chiquillas.

MARÍA. (¡Gracias á Dios!)

MATILDE. Verá usted.
cuántas cosas...

IRENE. Monerías.

(Matilde y María recogen todos los paquetes y se van por la izquierda en pos de doña Irene.)

ESCENA III

DON SALVADOR, VICENTE

SALVADOR. Estoy de plácemes hoy,
Vicente.

VICENTE. Me alegro, tío.

SALVADOR. Al buen Ricardo, hijo mío,
contento á ponerlo voy.

VICENTE. ¿El tribunal?...

SALVADOR. Sentenció.

VICENTE. ¿La sentencia?...

SALVADOR. Favorable.

VICENTE. De modo que...

SALVADOR. Es innegable
mi derecho... digo, nó;
el derecho de Ricardo.

VICENTE. ¡Bravo triunfo!

SALVADOR. Ya lo creo.

VICENTE. Se le cumplió su deseo.

SALVADOR. Ya en darle la nueva tardo;

le voy á escribir al punto.

VICENTE. Dicte usted, yo escribiré.

SALVADOR. Vamos, hombre, dejaté,
que no es para ti este asunto.

VICENTE. Si es asunto reservado...

SALVADOR. Nó.

VICENTE. Entonces, dicte no más.

SALVADOR. Es que juzgo que estarás
de tanto andar, fatigado.

VICENTE. Si ya descansé, señor.

SALVADOR. Un abogado modelo
vas á ser tú, por tu celo.

VICENTE. Gracias, tío, á su favor.

SALVADOR. No digas tal bobería;
que yo, que no tengo empacho
de ocuparte en mi despacho
horas de horas, debería
darte las gracias.

VICENTE. Por Dios;
¿qué dice usted? ¡Pues me place!
Después de todo lo que hace,
tío, con nosotros dos,
dándonos en dulce hogar
amor, abrigo, dinero ..

SALVADOR. Si no te callas ligero,
hombre, me vas á enfadar.
Soy de ustedes curador,
administro su fortuna,
y no hago, pues, gracia alguna
con darles lo que en rigor
les pertenece, Vicente.

VICENTE ¿Sólo nos da lo que es nuestro?

¡Ah!, tío, en mentir no es diestro.

SALVADOR. ¡Dale bola!

VICENTE. Es evidente;
el caudal que nos legó
nuestro buen padre al morir
no ha podido resistir
lo que hemos gastado, nó...
La gratitud es virtud
que de usted mismo he aprendido...

SALVADOR. ¡Bah!... Me doy por recibido
de toda tu gratitud.

VICENTE. Pues, que usted me dicte aguardo;
pluma y papel apercibo,
fecha y dirección escribo;
ya está.

SALVADOR. *(Dictando.)* "Querido Ricardo:
La Corte de Apelaciones ha hecho lucir la justicia. Ha derrotado usted al que pretendía hacerle noche la herencia de su pariente. Si viene usted pronto á Santiago, entrará en posesión de ella. Quiera Dios que la goce muchos años. Lo saluda su viejo amigo..."
(Don Salvador firma. Vicente la cierra y le pone dirección, entregándosela después.)
¿Ya la Memoria acabaste
para hacerte licenciado?

VICENTE. Nó, tío; no la he acabado.

SALVADOR. Hace días que empezaste.
(Saca el reloj y va á coger su sombrero y bastón.)
Me espera Cosme...

(Al ir á salir, vuelve.) Si viene,
dile á tu amigo Joaquín
que está el pleito en tabla.

VICENTE. ¿Al fin
ganará?

SALVADOR. ¡Qué duda tiene! *(Váse.)*

ESCENA IV

VICENTE

(Mira á todas partes y luego saca de su levita un cuaderno de papel manuscrito.)

VICENTE. ¡La Memoria para optar
al grado de licenciado!...
con este escrito, otro... grado,
es el que anhelo alcanzar.
(Lee para sí y se queda como ensimismado; después comienza á leer fuerte:)
"Llegó, por fin, un día en que Vicente al poner los ojos de su espíritu en su corazón, descubrió que el rayo de una mirada había estampado un nombre en lo más íntimo: Matilde... Y no había más allí, no cabía más; ¡Matilde lo llenaba todo!... Matilde..."
(Se detiene como asustado, deja de leer y mira á todas partes.)
Silencio, loco, silencio;
guarda el misterioso afán
de tu pecho en el asilo
más escondido: el callar;
con voluntad poderosa

calma tu anhelo tenaz,
que están hablando tus ojos
lo que procuras guardar.
Y vosotras, escondéos,
páginas, que el alma está
haciéndoos fieles partícipes
del afecto que en ella hay;
ocultaos hasta el día
en que os llegue á completar,
y entonces será el momento
de que en la publicidad
encontréis medio legítimo
de llegar hasta... ella, y dar
cuenta de un modo indirecto
á su mente suspicaz
de mi amor puro, infinito,
sin que yo tenga que hablar!
(Joaquín, que ha llegado un momento antes, se avanza á él en puntillas y lo saluda dándole una palmada en el hombro. Vicente, azorado, oculta el manuscrito; pero lo ven.)

ESCENA V

VICENTE, JOAQUÍN

JOAQUÍN. Salud, chico.
VICENTE. ¡Ah!... ¿Cómo va?
JOAQUÍN. Hola, ¿escondite tenemos?
¡Malum signum! ¿Qué leemos?
VICENTE. Nada...
JOAQUÍN. ¿Nada?

VICENTE. Nada.
JOAQUÍN. Ah, ah.
VICENTE. Ya tu pleito se halla en tabla.
JOAQUÍN. Dejémoslo en el tablero,
y vamos á lo primero.
VICENTE. Mi tío...
JOAQUÍN. Nadie de él habla.
VICENTE. Es que...
JOAQUÍN. Es que... No hay *es que;*
ya me dijiste, Vicente,
del pleito lo suficiente;
no hay más que decir... Conque...
VICENTE. Si no es nada, te repito,
JOAQUÍN. ¿Cómo nada?... y hay, *papeles.*
VICENTE. ¡Hombre, con qué fin me mueles!
JOAQUÍN. Para que cante, amiguito.
Pero, basta ya; ¡á qué estoy
con tanto dime y direte!
Voy á ponerte en un brete
con lo que á decirte voy.
Yo soy pájaro avezado
á intrigas de Belzebú,
y á pichones, como tú,
me los soplo de un bocado.
Hasta hoy me has hecho el desaire
de no hablarme con franqueza;
pero mira, esta cabeza,
no está, simplón, llena de aire.
Tú estás, hijo, enamorado...
(Signo negativo en Vicente.)
Sí sí; y en esto me fundo:
que no hay un mozo en el mundo

á quien se halle descuidado,
leyendo algún papelito,
que no lo esconda de prisa
entre chaleco y camisa,
si tiene olor á... besito.
Ese papel que has guardado
es amorosa querella,
si no tuya, de tu bella,
de tu tormento adorado;
y, como es... ¡un cuadernillo!
pienso más, que ha de ser tuyo,
pues, si acaso fuera suyo,
sería menos, chiquillo.
(Dándole una palmada en el hombro.)
Y aquí esta razón invoco:
lo de ellas, todo es soberbio,
y, pues saben el proverbio,
dicen: ¡de lo bueno poco!
Resumen: tú, enamorado,
y en ese papel, escrito
cuanto hay de más tiernecito
en tu espíritu inflamado.

VICENTE. ¡Calla!... No te chancees tanto.

JOAQUÍN. Tú demuestras que no es chanza.

VICENTE. El cómo, no se me alcanza.

JOAQUÍN. Pues, demostración al canto.

VICENTE. Qué demostración harás?

JOAQUÍN. Cuando se embroma á las gentes
con cosas indiferentes,
se callan y nada más;
mas cuando á alguien se le toca
lo que creía ignorado,

"¡Silencio!", dice apurado,
y lo niega, y se sofoca.

VICENTE. Hombre, ¡qué ingenioso enredo!

JOAQUÍN. ¡Ves cómo estás confundido!

VICENTE. ¿Yo?... si nó...

JOAQUÍN. Adivino he sido,
y he puesto en la llaga el dedo.
(Vicente no consigue dominarse.)

VICENTE. Pues bien; sí; no estoy tranquilo;
mas, te descubro mi pecho
para tener el derecho
de que me guardes sigilo.

JOAQUÍN. Y ¿quién es... ella?

VICENTE. Eso y
te lo diré, si la suerte
en realidades convierte
mis ensueños; antes nó...
(Signos de insistencia en Joaquín.)
Vanos serán tus intentos;
que el amar á una mujer,
no es razón para extender
su nombre á los cuatro vientos.

JOAQUÍN. Acaso, ¿no sabes ya
si es tu amor correspondido?

VICENTE. De mi pecho no ha salido
á mis labios.

JOAQUÍN. ¡Ja, ja, ja!
(Riéndose estrepitosamente.)
En estos lances de amor
eres... un pobre infeliz
y estás hasta la nariz
trasminado de candor.

Cuando una persona honrada
ve una chica que la ofusca,
la ve y la sigue y la busca
y le suelta la andanada.
Esto de andar suspirando
y bebiéndose los vientos,
gastándose los cimientos,
(Señalándose los pies.)
calle tras calle aplanando,
quejándose de la suerte
de amor platónico al grito
sin que nos importe un pito
que nos coja ó nó la muerte
sin decir un chicoleo
á aquella que nos encanta...
¡es antigualla que espanta,
es un arcaísmo feo!...
Si llego una chica á ver,
que me guste ¡bobería!
le digo al punto:—Alma mía,
¿quiere usted ser mi mujer?—
Me aparto de ella, y es cosa
segura que si otra encuentro
le digo:—De mi alma centro,
¿quiere ser usted mi esposa?—
Y si al volverme hacia el norte
otra encuentro, peregrina,
le digo:—Estrella divina,
¿quiere usted ser mi consorte?
Y al fin de tanta maldad
y del mentir soberano,
dicen de uno: «Don Fulano

es... un dije en sociedad.»
Convéncete, pobre iluso;
el de alma noble y sencilla
es miserable polilla;
más bueno es el más intruso.
Desecha la cortedad,
toma un poco de descaro
y no te pondrá reparo
la orgullosa sociedad.

VICENTE. Digno es de moral vestiglo
afear lo ingenuo, lo hermoso.

JOAQUÍN. ¿Lo ingenuo?... Quedó en el foso
que hay de éste al pasado siglo.
Hoy por hoy, desde el umbral
de esta triste, incierta vida,
la inocencia está perdida,
siendo término ideal.

VICENTE. ¿Ya no hay Dorilas ni Filis
en el siglo diecinueve?

JOAQUÍN. Si anda el mundo, es que lo mueve
ó el vil metal ó... la bilis.

VICENTE. Déjame mi corazón
sencillo, puro, confiado.

JOAQUÍN. No te aduermas arrullado
por platónica pasión.

VICENTE. No hay en ello ningún mal;
¿Sueño?... y bien, soñaré un poco.

JOAQUÍN. Pero el fin del sueño, loco,
será para ti mortal.

VICENTE. Secreto es mi amor ardiente,
y gozo amando en sigilo.

JOAQUÍN. Sobre tu frente, de un hilo

hay una espada pendiente.
Amando así ¿qué se saca,
misterioso soñador?
Las chicas ¿quieren amor?
Nó, señor, quieren *casaca.*
Si paso junto á una bella,
siempre cruel será conmigo,
si en el acto no le digo
que he de casarme con ella.
¡Qué importa, al volver la espalda
olvidar lo que se ha dicho!
El hombre es tan raro bicho;
siempre busca nueva falda.

VICENTE. ¡Qué descaro sin igual!...
Yo nada decirla puedo,
por respeto y por el miedo
de dar un paso fatal.

JOAQUÍN. Desdichado, desdichado;
(Riéndose estrepitosamente.)
su oído estará curtido
de haber mil veces oído
cuánto otros la han adorado.

VICENTE. ¡Pero eso no puede ser!

JOAQUÍN. Vicente, pobre inocente,
todo el mundo, chico, miente
más que á nadie á la mujer.
Y tú con ese temor
y ese carácter menguado
te quedas, hombre, callado
y no le haces el amor.

VICENTE. Para expresar nuestro amor
hay, Joaquín, diversos modos.

JOAQUÍN. Pero habla hasta por los codos,
que ese modo es el mejor.
VICENTE. Qué quieres, yo soy... así...
cuando voy á hablarla temo.
JOAQUÍN. Haz un esfuerzo supremo,
domina tu genio.
VICENTE. Sí,
es muy fácil, cómo nó,
discurrir á sangre fría;
pero otra cosa sería
si tú fueras como yo.
JOAQUÍN. Te narraré con verdad,
guárdala bien en memoria,
en dos palabras la historia
de lo que es la sociedad.
Llegas tú á sus puertas; bueno,
corto de genio, sencillo...
dicen todos:—«¡Pobrecillo!
es pollo en corral ajeno».
(Con mucha socarronería.)
Llego yo; paso la puerta
(Con tono enfático.)
hablando hasta por los codos,
al momento exclaman todos:
—«¡Qué cabeza tan despierta!»
Para ti la compasión, *(Burlándose.)*
aunque seas un Cervantes;
yo, ignorante entre ignorantes,
alcanzo... la admiración!
¿Desprecias el oropel?,
¿te concentras en ti mismo?:
vas camino del abismo;

soy yo quien hará papel.
¿Muy poco mueves el labio,
pues te horroriza lo fútil?:
—«¡Qué muchacho tan inútil!»
(Con tono despreciativo.)
¿Charlo yo?—«¡Pues, si es un sabio!»
¿Te sientas junto á una hermosa,
le conversas de gramática,
de ciencias, de arte?—«¡Uf! ¡qué plática!
Háble me usted de otra cosa».
(Con sumo fastidio.)
¿Me acerco yo, y al oído,
le espeto una tontería
que entre los tontos del día
está en boga?—«¡Qué cumplido!»
(Con zalamería.)
Y llegará un día en que
digan que eres... ¡un bendito!
¡Que me libre el Infinito
(Con viveza y temor.)
del apodo que apunté!
Puesto va perdido;
(Con convicción y aplomo.)
el charlatán surge pronto;
y, en general, el más tonto,
es el mejor recibido.

VICENTE. *(Escandalizado.)*
Ya voy viendo que es manía
en ti la murmuración.

JOAQUÍN. Creo, hijo, que mi opinión...

VICENTE. *(Interrumpiendo.)*
Es harto absurda, á fe mía.

El necio, sí, reirá
á mandíbula batiente
de aquel que, á fuer de prudente,
á reventar no hablará;
y la hermosa casquivana,
en medio á su loco orgullo,
no hará predilecto suyo
á quien no esté de jarana.
Aunque en esa sociedad
en quien has hincado el diente,
hay, Joaquín, muy pobre gente
y abundante necedad,
también hay, ello es notorio,
en tanto fardo averiado
mucho género escapado
al universal jolgorio;
gente proba que, ayudada
por un juicio sin segundo,
conoce presto en el mundo
cual es... la paja picada;
hombres que tienden la mano
con cariño respetuoso
al modesto y laborioso,
y menosprecian al vano;
mujeres... diosas, más bien,
que, odiando el cumplido necio,
dan á la modestia aprecio
y á la necedad desdén.
Sopla, pues, la paja un poco
y encontrarás el buen grano;
¡al fuego la paja, es llano,
y viva el buen grano!

JOAQUÍN. *(Riéndose con mofa)* Loco,
soñador.
VICENTE. *(Disgustado.)* Lo que tú quieras.
JOAQUÍN. Todo para ti es dorado.
VICENTE. Y para ti... colorado.
JOAQUÍN. Tal como es ello.
VICENTE. Exageras.
JOAQUÍN. Yo mis ideas expongo
y tú las tuyas sostienes.
VICENTE. Pero, hombre, que no convienes
en que son...
JOAQUÍN. ¡Alto! Me opongo
á que prosigas, pues sé
lo que me vas á decir:
que son, según tu sentir,
absurdas.
VICENTE. Claro se ve.
JOAQUÍN. Conocerás la verdad
cuando adquieras experiencia.
Yo paso así mi existencia,
à merveille, en sociedad.
VICENTE. *(Con ímpetu.)*
¡Tú no tienes corazón!
¡Tú no amarás en tu vida!
JOAQUÍN. (¡Si estoy amando!) Uno olvida,
si hay cariño, la razón.
VICENTE. Pero en atmósfera tal
de vaciedades viviendo
y mil amores fingiendo,
jamás lo sentirás real.
JOAQUÍN. *(Con suma viveza.)*
¡Mentira!... Todo viviente

cede al amor, hijo mío;
sea como nieve frío
ó como volcán hirviente.
Y yo con tanto estudiar
el amor para fingirlo
luego que llegue á sentirlo
mejor lo sabré explicar.

VICENTE. *(Burlándose grandemente.)*
Pues lo veremos al fin
¡ja, ja, ja, ja!

JOAQUÍN. *(Muy picado y sériamente.)*
Lo veremos.

VICENTE. *(Como antes.)*
¿Pronto?

JOAQUÍN. *(Como antes.)*
Tal vez.

VICENTE. *(Con sumo interés y dejando la broma.)*
¿Qué?... ¿Tenemos
buque á la vista, Joaquín?

ESCENA VI

DICHOS, DESPUÉS MATILDE Y MARÍA

MATILDE. *(Dentro.)*
El primo va á descifrarlo.

VICENTE. ¡Ella! *(En un arranque de júbilo.)*

JOAQUÍN. *(Muy sorprendido.)*
¿Qué?

MARÍA. *(Dentro.)* Lo dudo mucho.

JOAQUÍN. *(Observando á Vicente que está todo confundido.)*
(Ese grito... Ese rubor...
Ella... ¡es ella! ¡Qué descubro!
(Rápidamente.)
¡Es la prenda de mi afecto
objeto del amor suyo!)
(Entran Matilde y María por donde antes se fueron. Matilde trae un periódico de modas con un geroglífico. Al ver á Joaquín, ambas se sorprenden agradablemente y se ruborizan.)

MAT. Y MAR. ¡Joaquín!...

JOAQUÍN. *(Con frialdad.)*
Á los pies de ustedes.

VICENTE. *(Aún sin volver de su confusión.)*
(¡Impremeditado impulso!)
(El actor encargado del papel de Joaquín tendrá presente en esta escena que ya ha comprendido, por el grito de Vicente al oír la voz de su prima, que Matilde es la amada de éste, y que, por tanto, Vicente es su rival. Como mejor pueda, dejará comprender la lucha trabada en su corazón por los diversos sentimientos, ya de desaliento, ya de cólera, ya de pesar, que en él ha suscitado el descubrimiento. Vicente debe mostrarse molesto y desconcertado por no haber podido contenerse al oír á Matilde. Tanto la presente escena, que es de transición y preparación de la siguiente, como esta última, deben ser estudiadas con el mayor cuidado posible, á fin

de que la transición vaya operándose lógica y verídicamente. El talento del artista sabrá encontrar el verdadero tono para la situación.)

JOAQUÍN. Sin duda que usted... venía
á hablar de algunos... asuntos
con el primito...

MATILDE. (*Con naturalidad.*)
Es verdad.

JOAQUÍN. Me retiro si importuno.

MARÍA. Nó, Joaquín.

MATILDE. Por el contrario.

MARÍA. De nuestra llegada juzgo
que estarán...

JOAQUÍN. (*Interrumpiendo.*)
Muy complacidos.
¿No es cierto, Vicente?

VICENTE. Oh, mucho...

MATILDE. Ve usted cómo titubea.

VICENTE. Yo... nada... es que... (estoy confuso).

MATILDE. Y ahora mucho más que antes
creo ver el disimulo
retratado en tu semblante.

JOAQUÍN. Se engaña usted.

VICENTE. (*Con apresuramiento.*)
De seguro...
como han llegado de pronto...
Pero... ¡qué empeño es el tuyo!

JOAQUÍN. Si usted quiere que la sirva,
dígale en qué y lo hará al punto.

MATILDE. (*Sorprendida.*)
(¡Qué tono!)

MARÍA. Joaquín, veníamos
á ver si mi hermano un nudo
desataba, que nosotras
no hemos podido...
JOAQUÍN. *(Interrumpiendo.)* Es muy justo.
MARÍA. Que explicara un geroglífico
que trae el último número
de...
MATILDE. De la *Moda Elegante.*
VICENTE. Si puedo... con mucho gusto.
JOAQUÍN. Sobre todo, siendo usted
quien se lo pide.
VICENTE. (¡Qué escucho!)
MATILDE. (Nunca me habló con tal modo.
¿Qué le hice?)
MARÍA. (Jesús ¡qué brusco!
ni me ha mirado!... Otras veces...)
MATILDE. *(Bajo á María con pena.)*
(Vámonos.
MARÍA. Pero, qué apuro...
MATILDE. Sin duda que hemos venido
en momento inoportuno.
MARÍA. Si te parece...
MATILDE. Sí, sí.)
Te dejamos, primo, el número.
JOAQUÍN. ¿Se retiran?
MATILDE. Sí.
MARÍA. Hasta luego.
VICENTE. Bien, veré si lo descubro.

ESCENA VII

JOAQUÍN, VICENTE

VICENTE. (¡Cuánto la amo!... Pero el tono
de Joaquín... ¡Qué hay aquí oculto!)
Conque... anudemos el hilo
de nuestro anterior discurso...
JOAQUÍN. (¡Por qué es mi rival este hombre!)
VICENTE. *(Palmeándole el hombro.)*
¿Estás queriendo, gran tuno?
JOAQUÍN. Me voy.
VICENTE. No te irás. *(Atajándolo.)*
JOAQUÍN. Presumo..
VICENTE. En vano finges enojo,
porque es, Joaquín, subterfugio
que no ha de valerte.
JOAQUÍN. Aparta.
VICENTE. No te queda más recurso
que volverme confidencia
por confidencia.
JOAQUÍN. Te juro...
VICENTE. Nada tienes que jurar;
ya tus ardides descubro.
JOAQUÍN. (*Exasperado.*)
¡Voy á pasar sobre ti!
VICENTE. (*Riéndose.*)
No lo harás, te lo aseguro.
JOAQUÍN. ¡Oh!
VICENTE. Es inútil fingir más.
Habla, pues, y el paso es tuyo;

confidencia, y puerta franca.

JOAQUÍN. No me apures, que ya dudo...
Piensa...

VICENTE. Nada.

JOAQUÍN. Considera...

VICENTE. Tampoco. Habla y pongo punto.

JOAQUÍN. (*Con resolución rabiosa.*)
¡Sea, y cúmplase el destino!

VICENTE. En lo trágico eres ducho.
(*Cogiéndolo de un brazo y sacudiéndolo con rabia.*)

JOAQUÍN. Respóndeme...

VICENTE. (*Con extrañeza.*)
¡Qué tono!

JOAQUÍN. El que conviene
á aquel que como yo...

VICENTE. (*Con seriedad y muy sorprendido.*)
Me equivocaba
creyendo tu impaciencia fingimiento.

JOAQUÍN. Sin duda, grandemente.

VICENTE. Si la causa
mi insistencia...

JOAQUÍN. Y bien ¿qué?

VICENTE. (*Ofendido.*) Que ya no quiero
que me digas, Joaquín, una palabra.

JOAQUÍN. Ya es tarde.

VICENTE. Nunca es tarde.

JOAQUÍN. Mas ahora
es tarde ¡vive Dios!

VICENTE. Si yo porfiaba...

JOAQUÍN. Te impelía el destino.

VICENTE. Era creyendo

que tenía derecho, el que me daba
mi franqueza en contarte mis amores.

JOAQUÍN. Ha llegado mi turno.

VICENTE. Ya no quiero
saber...

JOAQUÍN. ¿Que ya no quieres?

VICENTE. Nó.

JOAQUÍN. ¡Vicente!

VICENTE. Lo has oído.

JOAQUÍN. Imposible.

VICENTE. Bien posible.

JOAQUÍN. ¡Es tarde!... Si tú mismo has sublevado
contra el silencio este secreto insano
que abrasándome está! ¡Sí, tú, tú mismo!
Respóndeme...

VICENTE. ¿Qué intentas?

JOAQUÍN. Si tus ojos
se hubieran extasiado en otros ojos
en éxtasis de amor; si tus sentidos
el rayo de esos ojos admirados
hubiera conmovido de tal suerte
que quedaran esclavos, sometidos
al supremo poder de su belleza;
si tu alma por otra alma enardecida,
sus pensamientos puros le brindara,
formando de dos vidas una vida,
pues una en otra esencia confundida,
lo que á una acongoja á otra acibara;
responde, dí ¿qué harías, si supieras
que al sér que tú adorabas, adoraba
con delicado, inextinguible afecto,
aquel á quién tú dabas afanoso

y nombre, y mano y corazón de amigo?

VICENTE. ¡Joaquín!

JOAQUÍN. Responde: ¿qué?

VICENTE. ¡Morir... callando!

JOAQUÍN. ¡Eso es!...

VICENTE. ¿Matilde, acaso!...

JOAQUÍN. ¡Ha de ser ella
nuestra ventura ó nuestro eterno llanto!...
(Váse por el fondo apresuradamente.)

ESCENA VIII

VICENTE

VICENTE. *(En un arranque de desesperación.)*
¡Maldita sea la hora!...
(Deteniéndose de súbito y desafiando al dolor.)
¡Calma, calma,
que antes que la esperanza muere el alma!

CAE EL TELÓN

ANTONIO ESPIÑEIRA

(Continuará)

CONFORMIDAD

DE LA FÍSICA Y LA QUÍMICA CON LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA

IV

La acústica nos ha iniciado en el conocimiento de los movimientos moleculares y nos permite investigar la naturaleza de los demás agentes físicos.

Hasta el siglo XVII se creyó que la luz eran pequeñas partículas emitidas por los cuerpos luminosos: entre las diversas especies de átomos que formaban los cuerpos existían algunos que poseían la propiedad de alumbrar; éstos constituían la luz. Esta hipótesis, que es sólo la teoría atomista aplicada á la luz, bastaba para explicar las propiedades de este agente; su propagación en línea recta y la propiedad que posee de reflejarse en las superficies pulimentadas revelan que los rayos luminosos son pequeñísimos cuerpos impulsados por una fuerza que se mueven exactamente como una bola de billar.

Estas partículas luminosas al atravesar los cristales cambian de dirección, salen siguiendo diverso camino des-

pués de haber experimentado en el seno de los cristales una extraña modificación: en lugar de aparecer la luz blanca, como era, se transforma en una faja luminosa compuesta de todos los colores del arco iris. Newton, que fué quien primero observó este fenómeno, supuso, para explicarlo, que los cuerpos luminosos emiten siete clases de átomos de luz de colores diferentes que cuando están reunidos en determinada proporción producen la luz blanca, y consiguió demostrar, por medio de hábiles experimentos, que reuniendo los siete colores en la misma proporción que existe en el espectro solar es reconstituye la luz blanca.

Estos descubrimientos permitieron explicar la diversidad de colores que existe en los cuerpos, cuya causa hasta entonces nadie comprendía. Cuando un cuerpo es iluminado por un rayo de luz, absorbe algunas de las partículas luminosas y dispersa en la atmósfera todas las restantes, que son las que le dan el color: la nieve es blanca porque no absorbe ninguna de las especies de luz; la púrpura es roja porque absorbe todos los rayos luminosos que á ella llegan, menos los rojos, que son emitidos en todas direcciones y le comunican su color; en los cuerpos metálicos se han podido comprobar estos hechos con entera certidumbre: reduciéndolos á finísimas hojas que permitan traslucir la luz, se observa que los colores que pasan al través son los que le faltan al color del metal para formar la luz blanca; la luz del sol vista al través de sutilísima hoja de oro aparece de un color verdoso formado por la reunión de los colores que le faltan al color de oro para formar el blanco.

El examen minucioso del espectro ha revelado numerosos secretos de la luz: los siete colores en que se descompone no son continuos; están cortados por innume-

rables rayas opacas que tienen diversa colocación en los espectros producidos por las diferentes luces: la luz de cada estrella posee un sistema de rayos oscuros que le es peculiar y el espectro de todos los planetas es igual al del sol porque no poseen luz propia, alumbran únicamente con rayos que el sol les presta. Fraunhofer, descubridor de este fenómeno, creyó poder conocer la naturaleza de los cuerpos observando únicamente su luz. Sus estudios le dieron brillantes resultados; observó que cada sustancia produce, al arder, luces de diferente naturaleza que se descomponen por la acción de un prisma de cristal en diferentes espectros formados por pequeñas franjas luminosas separadas por espacios oscuros; estas franjas son de diferentes colores y están colocadas en diferentes lugares en cada sustancia: la luz del potasio se descompone en tres franjas rojas, tres amarillas y tres verdes; la del cobre en una franja amarilla, tres verdes de dimensiones y posición determinadas; y de tal modo estas franjas son peculiares á cada sustancia que hoy no posee la química medio más exacto de analizar un compuesto que examinar la luz que produce: su espectro da á conocer la existencia de todas las sustancias que entran en su composición. El rubidio, el cerio, el talio y otros metales han revelado al hombre su existencia por medio de su luz; la aparición en un espectro de rayas desconocidas manifestó que en el cuerpo que producía la luz existían sustancias desconocidas y ocasionó su descubrimiento.

El sol y todos los astros producen espectros luminosos interrumpidos por tenues rayas oscuras, los metales angostas franjas brillantes separadas por espacios opacos y además existen espectros continuos que carecen de rayos oscuros y brillantes, y son los de las luces artificiales que

no contienen sustancias metálicas. La comparación de estos diversos espectros ha dado á conocer nuevas propiedades: cuando los rayos de una luz artificial atraviesan en su camino vapores metálicos, su espectro se modifica; aparecen en él, como en el espectro solar, rayas oscuras que varían con la naturaleza del vapor, y, hecho sorprendente, el número y la colocación de estas rayas corresponden con las franjas brillantes en que se descompone la luz del metal que dió el sér al vapor: el sodio, por ejemplo, arde con luz amarillenta que se descompone en dos brillantes franjas amarillas, y cuando un rayo luminoso atraviesa vapores de este metal, se producen en el espectro dos rayas oscuras de iguales dimensiones en el color amarillo; porque cada metal tiene la propiedad de absorber aquellos mismos rayos de luz que él puede emitir, y produce, por consiguiente, oscuridad en el mismo lugar que ocupa su luz. El examen de la luz revela la naturaleza de los gases que la luz ha atravesado en su camino, y por este medio podemos conocer las sustancias que existen en la atmósfera de los astros. La luz del hierro se descompone en sesenta franjas luminosas que se encuentran repartidas en todos los colores del espectro y el vapor de este metal origina sesenta rayos oscuros colocados en los mismos lugares que aquéllos y como estos sesenta rayos se encuentran en el espectro solar en la misma situación, podremos afirmar con certidumbre que en la atmósfera del sol existe vapor de hierro. De este modo se ha reconocido en los astros la existencia de casi todas las sustancias terrestres.

La teoría de la emisión no retrocede ante estos descubrimientos: para explicarlos admite en las partículas lu-

minosas tantas nuevas propiedades cuantas sean necesarias. Los átomos de luz tienen la propiedad de desviarse de su camino al atravesar los cristales, y despliegan los colores del espectro separándose los átomos de colores diferentes; igualmente cada sustancia posee la propiedad de absorber todas aquellas partículas de luz que ella puede emitir y dispersa toda las demás. No preguntemos á los atomistas por la causa de estas extrañas propiedades ni por el origen de la fuerza que impulsa á los átomos de luz á moverse con vertiginosa rapidez por distancias infinitas, que jamás pudo la teoría de la emisión dar un solo paso para conocerlos; siempre se contenta con afirmar la existencia de estas propiedades.

Nuevos descubrimientos hicieron más crítica aún la situación de esta teoría. La acción que ejercen sobre la luz los cristales que no pertenecen al sistema cúbico dan á conocer nuevas y admirables propiedades: los rayos luminosos se dividen al atravesarlos en dos haces que siguen caminos diferentes y por esta causa los objetos vistos al través de ellos se multiplican, y aparecen de cada uno dos imágenes que obedecen á leyes diferentes: sólo una sigue siempre las leyes ordinarias de la luz. Si á uno de estos rayos en que la luz se divide lo hacemos atravesar otro cristal birrefringente, volverá de nuevo á dividirse al mismo tiempo que sus propiedades se complican más y más. Haciendo girar el segundo cristal paralelamente al segundo, lo que ningún cambio producirá en la luz común, veremos que ambos rayos cambian incesantemente de intensidad; uno se extingue cuando el otro se presenta en su máximun de fuerza y continuando la rotación aparece el rayo extinguido y va aumentando poco

á poco su luz á medida que disminuye la del otro, hasta que después de haber girado 90 grados desaparece el antes luminoso y el extinguido brilla con toda la luz.

La teoría de la emisión dijo que los átomos de luz tienen dos polos que están colocados desordenadamente en la luz ordinaria, y los cristales birrefringentes tienen la propiedad de ordenar en una sola dirección todos estos polos, y á esta ordenación atribuye las curiosas propiedades de la luz polarizada.

El plan de esta disertación y la paciencia de los lectores no nos permiten descender á detalles y hacer un estudio sobre la polarización de la luz y sus sorprendentes aplicaciones; sólo me detendré en exponer un experimento que permitirá comprender con mayor claridad este fenómeno, que modifica completamente las propiedades de la luz. La turmalina es un cristal birrefringente, de un color verde oscuro, que extingue, cuando su espesor es de algunos milímetros, uno de los rayos en que se divide la luz y permite observar el otro separado. Si tomamos dos cristales de esta sustancia y los colocamos repetidas veces uno sobre el otro, podemos observar que los dos cristales unidos dejan á veces pasar la luz, á veces apenas se vislumbran al través de ellos los objetos luminosos y otras veces son enteramente opacos y no permiten ver ni al sol. Es singular este fenómeno: dos cristales transparentes sobrepuestos son á veces transparentes y á veces son opacos; una prolija observación permite ver que siempre que colocamos los dos cristales de modo que sus ejes sean paralelos, ellos son transparentes; cuando forman ángulo recto, son opacos; y poseen más ó menos transparencia en las posiciones intermedias. La luz que ha sido polarizada por el primer cristal

no puede atravesar el segundo sino cuando lo encuentra colocado en una posición determinada, y la luz ordinaria puede siempre atravesarlo.

La teoría de la emisión se vió confundida con estos fenómenos, que muy difícilmente podía explicar enseñando que la luz era una sustancia corpórea; pero siguiendo su sistema de atribuir nuevas propiedades á los átomos luminosos cuando lo necesitaba, afirma que estos fenómenos eran el efecto de la ordenación de los polos de los átomos de luz que operaban los cristales birrefringentes. Esta ordenación era lo que modificaba completamente sus propiedades. El método era muy seguro; si nadie podía probar la existencia de los átomos de luz, era imposible demostrar que ellos no tenían las propiedades que se les atribuían.

Huygens, á mediados del siglo XVII, se negó á aceptar una teoría que procedía de un modo tan poco científico, y concibió una nueva teoría que estaba destinada á transformar todas las ciencias naturales. La luz, dijo, es, como el sonido, un movimiento vibratorio de las moléculas de los cuerpos. Ninguna dificultad se opone á esta teoría; si el movimiento es capaz de producir las admirables sensaciones del oído, ¿por qué no ha de ser también la causa de la visión? Al oír los raudales de armonía que brotan de una orquesta, al escuchar los trinos de una artista, la inteligencia se resiste á aceptar que tales sensaciones sean el efecto de una causa tan vulgar como es el movimiento; y si ello está mil veces comprobado, ¿por qué no podría ser idéntica la causa de los admirables efectos de la luz?

Huygens fué el autor de la teoría de las ondulaciones; pero antes ella había sido concebida por uno de esos

filósofos de la edad media á quienes se acusa de haber despreciado las ciencias naturales. Santo Tomás de Aquino rechaza como absurda la teoría de la materialidad de la luz; en la cuestión LXVII de la *Suma Teológica* demuestra que la luz no es cuerpo ni sustancia, sino una cualidad activa inherente á la forma sustancial del cuerpo luminoso; tesis que, bajo la forma peculiar á los filósofos escolásticos, contiene ideas que son el orgullo de los sabios del siglo XIX. Esta cualidad de los cuerpos que Santo Tomás, falto de medios de experimentación, no pudo especificar, es el movimiento.

La simple concepción de la teoría de las ondulaciones nos permite asegurar que no está contradicha por ninguna de las propiedades de la luz, que todas pueden ser efectos de movimientos vibratorios.

La onda sonora, al chocar con un obstáculo, vuelve sobre sus pasos y produce el eco; la onda luminosa, al estrellarse contra una superficie pulimentada, retrocede y forma la imagen del cuerpo luminoso. Es ley del sonido, de la luz y de todo movimiento esférico, que su intensidad disminuya proporcionalmente al cuadrado de las distancias recorridas, puesto que la misma cantidad de fuerza tiene que repartirse en una extensión cada vez mayor á medida que aquella distancia crece.

JOAQUÍN ECHENIQUE GANDARILLAS

(Continuará)

CONFORMIDAD

DE LA FÍSICA Y LA QUÍMICA CON LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA

(Continuación)

La diversidad de colores tiene también en este sistema facilísima explicación: así como las diversas notas son únicamente movimientos vibratorios más ó menos rápidos, igualmente los siete colores del espectro son las siete notas de la gama luminosa que se diferencian por el número de vibraciones que ejecutan.

Las leyes de la refracción y los complicados fenómenos de la doble refracción no pueden ofrecer dificultad en este sistema: pues es propio del movimiento el que altere su dirección por la acción de un cuerpo y la facultad de dividirse en sus componentes.

Cada molécula de un cuerpo luminoso está agitada por rapidísimas vibraciones y comunica su actividad al éter que rodea todos los cuerpos, formando una serie de ondas luminosas que se propagan en todas direcciones obedeciendo á leyes idénticas á las del sonido, y llevan la luz á donde llegan; la rapidez de sus movimientos es casi

infinita, proporcionada á la extrema sutileza del éter que sirve de vehículo.

Quizás alguno pretenda volver contra esta teoría los argumentos que hicimos contra la hipótesis de la materialidad de la luz, pues nos hemos visto obligados á admitir no sólo propiedades desconocidas en la materia sino también la existencia de un fluído imponderable de un sér hipotético cuya existencia no podemos comprobar con ninguna prueba experimental; pero tal argumento carece de fundamento. Es cierto que la teoría de las ondulaciones caería destruída por su base si no existiese el éter; pero no sólo es ella la que exige su existencia; la filosofía y todas las ciencias naturales también la necesitan. El espacio no es sustancia, es sólo un accidente de los cuerpos, que no puede existir por sí solo; luego, donde hay espacio debe de existir necesariamente algún sér corporal, y en los lugares donde no veamos cuerpos palpables debemos admitir la existencia de un fluído imponderable; sin él existiría el vacío absoluto, existiría la nada. La astronomía necesita igualmente de un cuerpo que llene los espacios planetarios, y sea el medio que sirva á los astros para trasmitir sus mutuas acciones.

Fresnel convirtió en verdad comprobada la hipótesis de Huygens por medio de un sencillo experimento: haciendo caer un rayo de luz convenientemente dispuesto sobre otro que iluminaba una pantalla, produjo una serie de fajas brillantes y oscuras; el segundo rayo al caer sobre el primero, en algunos puntos destruye su luz, otros la refuerza. La teoría de la emisión fué impotente para explicar este experimento, porque es absurdo que dos átomos de luz al unirse se destruyan y produzcan oscuridad; en cambio, en la teoría de las ondulaciones la expli-

cación se impone por sí sola; siempre dos movimientos contrarios pueden destruirse y así como se ha comprobado que dos ondas sonoras sobrepuestas pueden producir silencio, igualmente las moléculas de éter que se encuentran impulsadas por dos ondas luminosas de dirección opuesta permanecen en reposo y quedan en oscuridad, y allí donde las dos ondas marchan de acuerdo refuerzan mútuamente su luz. De este modo un rayo luminoso puede aumentar en un lugar la luz de otro rayo y en otros destruirla.

Cada raya luminosa nos indica la existencia de dos ondas que se mueven en el mismo sentido y cada raya oscura de dos ondas de opuesta dirección; por consiguiente, si pudiéramos medir la diferencia de distancia que existe entre el foco luminoso y los dos extremos de una raya brillante ú oscura, conoceríamos la longitud de una onda de luz. Esta operación ofrece una dificultad; las rayas de Fresnel no son perfectamente determinadas: uno de sus contornos aparece siempre coloreado de violeta, el otro de rojo, y estos colores que apenas se perciben en las rayas del centro, aumentan de intensidad á medida que de ellas nos apartamos, hasta que las últimas sólo son confusa mezcla de todos los colores del espectro. Las ondas de los diferentes colores como las de las notas musicales no poseen idéntica longitud y no se destruyen, por lo tanto, todas juntamente; y de este modo, sin la acción de ningún cristal se opera una descomposición parcial de la luz blanca.

Para poder medir una onda se necesita operar con luz de un solo color para evitar así que la acción de las demás modifique el resultado. De este modo consiguió Fresnel, después de repetidos experimentos, calcular la

longitud de la onda de cada uno de los colores y confirmó las presunciones que Huygens doscientos años antes había hecho: los diversos colores son como las notas musicales, vibraciones diferentes de los átomos. La onda roja, que es la más larga, mide 0,0006 de milímetro, la violeta 0,0004; entre estos dos límites está contenida la longitud de los demás colores. En un milímetro caben dos mil ondas de color verde, que es el que ocupa el término medio, y en un metro dos millones. No extrañéis que se haya podido apreciar magnitudes tan pequeñas, pues el cálculo igualmente puede medir millonésimas de milímetro y millonésimas de segundo.

Podemos ya averiguar cuántas vibraciones ejecuta una molécula para producir un color determinado. Si dos millones de ondas verdes ocupan un metro de longitud se necesitan 596.000,000.000,000 para que la luz pueda avanzar los 298.000,000 de metros que la luz recorre en cada segundo; por consiguiente, aquel número casi infinito expresa las vibraciones que en cada segundo ejecuta una molécula que brilla con luz verde. No podemos apreciar aquel número; es inmenso, no cabe en la imaginación. La siguiente observación nos permitirá formarnos alguna idea de él. El péndulo de un reloj en vientidós millones trescientos mil años ejecuta tantas vibraciones como una molécula roja en un segundo; la molécula que produce el color violeta se mueve mucho más rápidamente. La inteligencia se resiste á creer estos hechos, que más parecen concepciones de una fantástica imaginación, ó de un cerebro extraviado; pero el rigor matemático de las experimentaciones y la exactitud de los cálculos la obligan á asentirlos.

Se han multiplicado en diversas formas y condiciones

estos experimentos destinados á destruir la luz por medio de la luz, y todos han confirmado las enseñanzas de Fresnel.

Hemos visto que la teoría de las ondulaciones no se opone á los fenómenos ópticos; pero esto no es suficiente para admitir como indiscutible verdad una teoría científica; es necesario que penetremos hasta la causa de los fenómenos y demostremos que todos son efectos del movimiento molecular.

Fresnel sostuvo que la luz, como el sonido, camina en cada sustancia con velocidad diferente, que es mayor en los cuerpos menos refrigentes. Si este hecho es verdadero, su consecuencia necesaria es la propiedad que posee la luz de desviarse de su camino al pasar por un cuerpo transparente; porque cuando una onda luminosa penetra oblícuamente al vidrio, por ejemplo, habrá un instante en que una de sus partes camina por el aire, mientras otra ya ha penetrado al vidrio, y entonces esta parte llevará menor velocidad que la que aun marcha por el aire y se atrasará, y cuando toda la onda haya penetrado, habrá variado de dirección, pues ha variado la posición relativa de sus diversas partes. Cuando el rayo luminoso cae perpendicularmente, no sufre derivación alguna, porque toda onda pasa á un mismo instante del aire al vidrio; pero cuando cae oblícuamente, experimenta una desviación que es mayor á medida que es también mayor la inclinación de los rayos.

Magnífica sería esta explicación si se pudiese comprobar el hecho sobre que descansa y no ofreciese casi insuperables dificultades el determinar la velocidad de la luz en los diferentes medios; no es apreciable el tiempo que ella tarda en recorrer las mayores distancias

de que el hombre puede disponer para sus experimentos; pues en sólo cuatro centésimos de segundos atraviesa la tierra de polo á polo; pero Foucauld consiguió vencer las dificultades con el auxilio de un ingeniosísimo aparato y calcular la velocidad con que la luz marcha en cada sustancia, y demostró que, como lo preveía Fresnel, se mueve más ligero un rayo luminoso, cuanto menos refringente es el cuerpo que atraviesa.

La polarización de la luz recibe también en esta teoría explicación no menos científica. Las moléculas etéreas vibran perpendicularmente á la dirección en que la luz se propaga, como acontece en las ondas que un cuerpo produce al caer en las aguas tranquilas, cada molécula de agua sube y baja verticalmente al compás de las ondas que se mueven en el plano horizontal. Existe, sin embargo, una diferencia exigida por la naturaleza misma de las cosas; las ondas luminosas no son planas como aquéllas, sino esféricas, y no existe razón para que cada átomo prefiera, para ejecutar sus movimientos, uno de los planos que cortan á la esfera á todos los demás, y, por consiguiente, ellos se mueven en todas direcciones, pero siempre perpendicularmente á la dirección de la luz. Según Fresnel, la transformación que la luz experimenta para transformarse en luz polarizada, y que altera todas sus propiedades, consiste en que los cristales birrefringentes ordenan las vibraciones de la luz en una sola dirección, en un plano único que ha recibido el nombre de plano de polarización, y no permiten ser atravesados sino por las vibraciones del éter que se muevan en su plano de polarización; dichos cristales ciernen la luz, no permiten pasar á las vibraciones irregulares de la luz ordinaria, sino á todas las que se mueven en una sola direc-

ción. En el caso antes citado de las dos turmalinas, cada cristal permite pasar á las vibraciones contenidas en un plano paralelo al eje del cristal, que es el plano de polarización de la turmalina, y por esta causa cada uno separado es siempre transparente. Cuando los sobreponemos, acaece que si los planos de polarización de ambos coinciden, el primero dejará pasar las mismas vibraciones que pueden atravesar al segundo; por consiguiente, en esta posición, los dos cristales unidos son transparentes, la luz los atraviesa; pero si los ejes de ambos cristales forman ángulo recto, las vibraciones que al primero atraviesan se mueven justamente en la dirección en que el segundo no se deja atravesar, y ambos cristales son entonces enteramente opacos.

Si es verdadera la anterior explicación, dos rayos de luz polarizada no pueden destruirse y producir oscuridad, sino en el caso en que coincidan los planos de polarización de ambos rayos, pues sólo entonces las moléculas etéreas se mueven en un mismo plano, y este hecho ha sido comprobado por las experiencias de Arago.

La luz es, pues, un movimiento que no se diferencia del sonido sino en la velocidad y en el número de las vibraciones que ejecuta, que es millones de veces mayor en la luz que en el sonido. Los colores son notas musicales infinitamente más agudas que las que el oído puede percibir. Los movimientos que ejecutan de 30 á 100,000 vibraciones por segundo, tienen la facultad de hacer vibrar la membrana del oído: los más lentos ó más rápidos no le afectan, no son sonidos. La retina, para ponerse en vibración, necesita que las ondas etéreas que con ella chocan se sucedan con una rapidez de 704 á 480 millones de millones por segundo; los movimientos más agudos

ó más graves no la mueven, no producen en ella sensación alguna. Posible es que la vista de los animales sea afectada por movimientos diversos y perciban colores que nosotros ni imaginar podemos, así como es probable que perciban sonidos que nosotros no podemos escuchar.

El eminente físico americano Graham Bell, inventó en 1880 un aparato, que denominó *fotoforo*, que pone de manifiesto la comunidad de origen que existe entre la luz y el sonido; pues consigue que el sonido produzca en un rayo de luz ciertos cambios que puedan reproducir el mismo sonido en el lugar á donde lleguen. De este modo las palabras pueden atravesar las distancias á caballo, como dice el inventor, sobre un rayo de luz. La base del fotoforo es la propiedad que tiene el selenio de ser conductor de la electricidad sólo cuando está iluminado. El aparato consta de un espejo cóncavo que recibe juntamente el sonido y la luz que ha de conducirlo y de un trozo de selenio que está colocado en el circuito de un teléfono y recibe la luz que el espejo refleja. Cada sonido que resuene en el espejo lo hará vibrar y vibrará con él el rayo luminoso que cae sobre el selenio; los cambios que experimenta la luz que lo ilumina producen iguales cambios en la corriente eléctrica, la que á su turno hará vibrar la membrana del teléfono con movimientos iguales á los que el espejo ejecutó por la acción del sonido; por consiguiente, se reproducen las notas que al espejo hieren. Con este instrumento, que aun está en mantillas, su autor pretende que será posible hasta escuchar los sonidos que en los astros se producen.

V

Tócanos ahora investigar la naturaleza del calor.

Desde luego podemos afirmar que existen numerosas semejanzas entre la luz y el calor: ambos caminan en línea recta y con igual velocidad; la intensidad de los rayos de ambos varía igualmente en razón inversa con el cuadrado de las distancias recorridas; ambos se reflejan al chocar con las superficies pulimentadas y se refractan de igual modo en los medios transparentes; ambos marchan siempre unidos, obedeciendo leyes semejantes y á cada fenómeno que acompaña á la producción y propagación de la luz corresponde uno semejante en la producción y propagación del calor: por consiguiente, ambos agentes son efectos de una sola causa ó de dos muy semejantes.

Cuantas teorías para explicar la luz se han inventado, fueron aplicadas al calor, y durante muchos siglos se creyó que él era, como la luz, una sustancia corporal: los cuerpos al arder se destruyen y no es posible apreciar los cambios de peso que experimentan al emitir las partículas luminosas, y por esta causa, nunca los físicos hablaban del peso de la luz; es fácil, al contrario, pesar un mismo cuerpo á diferentes temperaturas y observar que no sufre alteración su peso al emitir calor; por consiguiente, esta sustancia denominada calórico que existe en los cuerpos, es un fluído imponderable.

Las mismas dificultades que la luz ofrecía en la teoría de la emisión, las presenta esta teoría de la materialidad del calor. Es difícil concebir qué cantidad de este fluído está almacenado en el sol para que emita diariamente en

todas direcciones una tan asombrosa cantidad de él, sin que se agote ni disminuya el poder de sus rayos. Es imposible saber de dónde proviene la fuerza que emplean los cuerpos caloríficos para lanzar esta sustancia á distancias inmensas y por qué este fluído desvía su camino al atravesar los cristales.

Para explicar las propiedades del calor, la teoría de la emisión sigue el mismo camino adoptado para explicar las de la luz. Cuando se eleva la temperatura de un cuerpo, verbigracia, de un trozo de azufre, su volumen aumenta más y más á medida que recibe más calor, hasta que llega un instante en que empieza á liquidarse y entonces se detiene el aumento de temperatura mientras queda algún trozo de azufre sólido. Si después continúa obrando sobre él la fuente de calor, aumentará de nuevo su temperatura y su volumen, y á los 448 grados se convierte el azufre en densos vapores que se disuelven en la atmósfera. Todos estos fenómenos se atribuyen al fluído calórico que desprendiéndose del hogar va á combinarse con el azufre; pero nadie explica cómo aquel fluído produce estos fenómenos.

La percusión y la frotación calientan los cuerpos, y se ha conseguido de este modo hasta liquidar los metales. Para explicarlo, la teoría de la emisión enseña que los choques obligan á los cuerpos á desalojar el calórico que todos poseen en su seno, y este calórico es el que produce aquellos efectos; pero entre esta explicación y la anterior existe manifiesta contradicción. Es absurdo que aumentando la cantidad de calórico que un cuerpo posee por medio de una fuente extraña, aumente su temperatura, se dilate y se liquide del mismo modo que cuando

lo obligamos á abandonar el calórico que posee por medio del frote.

Davy hizo un experimento concluyente en contra de esta teoría. El hielo posee inmensamente menos calórico que el agua; para fundirse necesita absorber gran cantidad y sin embargo, frotando un pedazo de hielo, obligándolo á desalojar el poco calórico que posee se convierte en agua, ó se efectúa una creación de calórico ó este fluído no existe.

Debemos, pues, rechazar la teoría que supone que el calor es una sustancia; los fenómenos que lo acompañan enseñan que él es un accidente, un modo de obrar, como decía Santo Tomás, de los cuerpos.

El modo como el calor se produce nos dará luz para conocer este accidente, este modo de obrar de los cuerpos.

Cuando golpeamos el martillo contra el yunque, desaparece el movimiento que ejecutamos; pero el martillo se calienta y en lugar de la fuerza que se destruye aparece calor. Todos hemos visto brotar raudales de chispas al herir el pedernar con el eslabón: nuestra fuerza con el choque se convierte en calor que inflama las partículas desprendidas. La temperatura de un barreno se eleva considerablemente al horadar la madera; parte de la fuerza empleada se convierte en calor por el roce del hierro con las fibras; para disminuir el roce y perder menos fuerzas el carpintero necesita engrasar la sierra.

Hasta los salvajes conocen esta propiedad que el movimiento posee de poder convertirse en calor y la utilizan, cuando se les extingue el fuego, en inflamar dos trozos de madera frotándolos entre sí.

El calor que desarrolla el carbón que arde en una lo-

comotora, da fuerzas al vapor de los calderos, el cual la trasmite á toda la máquina: para evitar que esta fuerza se pierda, el maquinista tiene cuidado de aceitar los ejes y minorar así el roce; pero cuando desea detener el convoy, necesita destruir el movimiento que lo anima y aprieta las palancas; aumenta así el roce de las ruedas y de este modo el movimiento se convierte en calor; la máquina se detiene; pero las ruedas se calientan.

Tomemos aun otro ejemplo de un orden diferente. Cuando se comprime con un émbolo el aire contenido en un tubo, la fuerza de nuestro brazo se convierte en calor y eleva la temperatura, y si retiramos el émbolo y le permitimos al aire volver á su primitivo volumen después que haya tomado de nuevo la temperatura de la atmósfera se observa que se enfría por sí solo; este aumento de volumen lo ha efectuado por sí mismo, sin ser impulsado por ninguna fuerza extraña; ha necesitado, pues tomar parte de su propio calor para convertirlo en movimiento de sí mismo y por esta causa su temperatura ha disminuído.

El calor y el movimiento se transforman mútuamente el uno en el otro; ambos son dos diversas manifestaciones de las fuerzas mecánicas: no percibimos el movimiento de los cuerpos calientes porque reside en sus últimas partículas, que, por su pequeñez, escapan á nuestros sentidos.

La cantidad de calor que en cada transformación se produce, está siempre relacionada con la fuerza que se ha empleado. Si dejamos caer sobre una plancha de hierro una bala después de haberla elevado á diez metros de altura, el movimiento que, al caer, la animó á toda ella, se convierte con el choque en calor, en movimiento

de sus átomos; repitiendo la operación se elevará la temperatura: si elevamos la bala á veinte metros, el calor será doble y se producirá en mayor cantidad á medida que mayores sean las dimensiones de la bala que en nuestro experimento usemos.

El doctor Mayer, médico alemán, demostró que siempre existe perfecta proporcionalidad entre la cantidad de calor y de fuerza que mútuamente se transforman, y que esta proporción es la misma, cualquiera que sea el sentido de la transformaclón, ó en otros términos, que el calor que produce una bala de un kilogramo de peso al caer de una altura de cien metros, es igual al calor necesario para elevar la misma bala á igual altura; la fuerza jamás se destruye, cambia sólo de forma; todo el movimiento que al caer impulsaba á la bala, existe íntegro en sus átomos, los cuales pueden desprenderse de él y dar origen á un movimiento igual.

Á otro médico, Mr. Joule, le corresponde la gloria de haber encontrado los números que rigen esas transformaciones. Después de hábiles y numerosos experimentos, pudo establecer que un cuerpo que pese un kilogramo, al caer de cuatrocientos veinte metros de altura produce una caloría, nombre dado á la cantidad de calor que un kilogramo de agua necesita para elevar en un grado su temperatura; que, á su vez, una caloría convertida en movimiento es capaz de elevar un kilogramo á la misma altura de cuatrocientos veinticuatro metros. Este número cuatrocientos veinticuatro ha recibido el nombre de equivalente mecánico del calor.

Cuando elevamos la temperatura de un cuerpo no hacemos sino aumentar la velocidad con que sus átomos se mueven. Interesante es calcular la fuerza con que ellos

se agitan; los átomos de un kilogramo de agua reciben por cada grado que su temperatura aumente la fuerza necesaria para elevar su peso á cuatrocientos veinticuatro metros de altura; por consiguiente, el agua hirviente posee toda la energía que sus átomos tenían á o grado, más la fuerza capaz de elevar su propio peso á cuarenta dos mil cuatrocientos metros de altura, y tan inmensa fuerza está oculta en los átomos sin manifestarse. El vapor de agua posee un poder inmensamente mayor: convirtiendo en movimiento todo el calor que consume un quintal de hielo para adquirir la temperatura de ciento cincuenta grados que el vapor posee en los calderos de alta presión, obtendríamos una fuerza capaz de elevar el mismo trozo de hielo á trescientos veinticinco mil metros de altura. Se comprende cómo el vapor puede arrastrar, con rapidez vertiginosa, miles de toneladas por inmensas distancias.

Podemos ya investigar la causa de los fenómenos caloríficos que la teoría de la emisión no pudo explicar.

Los cuerpos se dilatan con el calor, porque sus átomos reciben con él mayores fuerzas, aumentan sus movimientos y necesitan mayor espacio para ejecutarlos. Es asombrosa la fuerza que emplean en sus dilataciones: el cobre se dilata al pasar de cero á cien grados en la milésima parte de su volumen, y sin embargo, este trabajo casi imperceptible exige una fuerza capaz de elevar el mismo trozo de cobre á cinco mil metros de altura. La gravedad y demás fuerzas de la naturaleza desaparecen ante la energía de estos cuerpos casi infinitamente pequeños, que han sido denominados gigantes atómicos.

En los cuerpos sólidos los átomos están retenidos por la cohesión que sólo les permite movimientos vibratorios

en torno de su posición de equilibrio: elevando la temperatura aumentan sus movimientos, y llegará un instante en que éstos sobrepujen á aquella fuerza y los átomos podrán entonces girar y resbalarse uno sobre otros; en este estado de la materia, que es el estado líquido, la cohesión, aunque vencida, no lo está enteramente; puede aún impedir que los átomos se alejen unos de otros. Al evaporarse los líquidos, el movimiento que el calor les comunica, vence por completo la fuerza atractiva, y cada átomo, independiente de todos los demás, se entrega con entera libertad á sus propios movimientos; por esta causa los vapores manifiestan las fuerzas que poseen, que permanecen ocultas en los líquidos y sólidos.

La teoría de la emisión no pudo señalar la causa de la diversidad de calor que cada sustancia necesita para efectuar el mismo cambio de temperatura. Dulong y Petit observaron que ella guarda relación con el peso de sus respectivos átomos; aquellas sustancias cuyos átomos son más livianos, exigen mayor calor y á medida que aumenta dicho peso disminuye en proporción el calor específico; los átomos de azufre pesan el doble que los de oxígeno y el calor específico de aquella sustancia es la mitad exacta del de ésta; una libra de hidrógeno, cuyos átomos pesan cien veces menos que los de mercurio, necesita cien veces más calor que una libra de este metal para efectuar idéntico cambio de temperatura; como, por otra parte, sabemos que un peso de hidrógeno contiene cien veces más átomos que igual peso de mercurio, podemos deducir que cada uno de los átomos, así de hidrógeno como de mercurio, de azufre como de oxígeno ó de cualquier cuerpo necesita, á pesar de su diferencia de peso, igual cantidad de calor para efectuar igual cambio de tempe-

ratura. Los átomos más livianos vibran con mayor velocidad, de tal modo que la fuerza de todos es igual. El átomo de mercurio, que es cien veces más pesado, vibra con velocidad cien veces menor que el de hidrógeno; por esto todos necesitan igual cantidad de movimiento para efectuar sus cambios de temperatura.

Por camino muy diferente hemos llegado á conocer que el calor es, como la luz, un movimiento vibratorio de las últimas partículas de los cuerpos. Para confirmar más aún estas doctrinas se han repetido con los rayos caloríficos los experimentos de Fresnel que manifestaron las vibraciones de la luz; se ha observado que el calor puede también destruir al calor cuando se encuentran dos ondas caloríficas de opuestas direcciones, fenómeno absolutamente inexplicable si el calor fuese una sustancia, un fluído imponderable.

Sabíamos que el calor y la luz obedecen siempre á idénticas leyes, y ahora podemos afirmar que ambos son movimientos vibratorios de las mólculas de los cuerpos. Tentados nos hallamos por estos hechos á sostener que ambos son un solo agente, que el calor es sólo la luz percibida por el tacto. Pero nos pueden hacer una muy seria objeción: si así fuese el calor, no podría jamás separarse de la luz, y sin embargo la experiencia certifica que puede haber calor intenso en la oscuridad; el agua hirviente, que en sí encierra inmenso calor, no es luminosa; la llama del hidrógeno, que es la más ardiente, apenas es visible.

El sonido y la luz son dos movimientos de las moléculas de los cuerpos, que se diferencian por el número de las vibraciones que ejecutan; esta misma debe de ser la diferencia que existe entre la luz y el calor. Tratemos,

pues, de averiguar cuántas vibraciones los átomos ejecutan para producir calor. Al estudiar la luz vimos que cuando un rayo atraviesa un prisma altera su dirección y despliega todos los colores del espectro, cada uno de los cuales experimenta desviaciones diversas que dependen del número de las vibraciones que efectúa. Los rayos rojos, que ejecutan menos rápidos movimientos, son los que menos se desvían, y á los violetas corresponden el más alto número de vibraciones y la mayor desviación. Si hacemos, pues, pasar al través de un cristal rayos al mismo tiempo de luz y de calor, podremos conocer las vibraciones que los rayos caloríficos ejecutan comparando su desviación con la que sufren los diversos rayos de luz.

Necesitamos, al efecto, un termómetro excesivamente sensible que nos manifieste la más mínima variación de temperatura. Los comunes no nos sirven, pero Melbani inventó una pila termométrica que es utilísima para nuestro intento, pues posee la propiedad de acusar los más pequeños cambios de temperatura desarrollando instantáneamente una corriente eléctrica cuya intensidad medida por la aguja de un galvanómetro da á conocer la intensidad del calor.

Colocando sucesivamente esta pila en los diversos colores del espectro, conoceremos la desviación que el calor ha sufrido y en qué proporciones se ha repartido en sus diferentes puntos. En los colores violeta, índigo y azul no encontramos ni indicio de calor; sólo en el verde empezamos á observar un pequeño movimiento de la aguja que va aumentando más y más á medida que pasamos al amarillo, al anaranjado y al rojo, en cuyo extremo el calor es más intenso que en todo el resto del espectro: si aun

continuamos la marcha de la pila veremos que existe calor y más intenso más allá de los colores, donde no existe luz alguna; existen, pues, rayos oscuros del espectro que ocupan el lugar ultra-rojo. Por consiguiente, desde el color violeta hasta el verde, es decir, en el lugar ocupado por las ondas que ejecutan de 704 hasta 583 millones de millones de vibraciones por segundo, no existe ningún rayo calorífico; ninguna de las ondas de color efectúa vibraciones cuyo número esté comprendido dentro de aquellos límites. En el color verde empiezan las ondas caloríficas que se confunden en el espectro con los colores amarillo, anaranjado y rojo, por lo tanto estas ondas caloríficas y estas ondas luminosas ejecutan igual número de vibraciones y por ello experimentan iguales desviaciones en el seno de los cristales. Estos colores menos refringentes son luz y son calor: luz cuando hieren la retina, y calor si al tacto afectan. Las ondas-ultra-rojas que ejecutan menos vibraciones no pueden hacer vibrar la retina: el ojo no las ve; son colores oscuros que sólo hieren al tacto y con grande intensidad. No existe, pues, otra diferencia entre la luz y el calor que la que distingue á las diversas notas musicales.

No debe extrañarnos que unas ondas afecten á la vista, otras al tacto y á la vista, y otras sólo al tacto; pues, vimos, al estudiar el sonido, que cada membrana, cada cuerda sólo puede ejecutar determinado número de vibraciones y que sólo las hacen vibrar aquellas ondas sonoras cuyos movimientos concuerdan con los que ellas pueden ejecutar. La cuerda del piano que produce el *la normal* efectua siempre 870 vibraciones por segundo y no podemos imprimirle movimientos ni más lentos ni más rápidos: cuando una serie de ondas sonoras chocan con

ella permanecerá en silencio, á no ser que ellas se sucedan en número de 870 por segundo. Sólo en este caso la cuerda será afectada por las ondas y producirá el sonido que le corresponde. Por esta propiedad, cuando un artista canta junto á un piano, á cada nota que de su garganta sale se pone en vibración una de las cuerdas del piano, la que produce igual nota, que es la que puede ejecutar iguales movimientos. Esto mismo acontece con las membranas de la vista y del tacto: la primera sólo puede vibrar ejecutando de 704 á 480 millones de millones de vibraciones por segundo; las notas más graves ó más agudas no las ponen en movimiento, no las afectan; el tacto sólo puede puede producir vibraciones cuyo número sea inferior á 583 millones de millones por segundo; por consiguiente, las ondas violetas están contenidas dentro de los límites que hacen vibrar á la retina y no al tacto; son luz y no calor; las rojas pueden comunicar su movimiento á ambas membranas, son al mismo tiempo luz y calor; las ondas ultra-rojas están fuera de los límites de las que afectan la retina, sólo producen calor, son colores oscuros.

JOAQUÍN ECHENIQUE GANDARILLAS

(Continuará)

LITERATURA EN CENTRO-AMÉRICA

II

Fué García Goyena un fabulista insigne, de quien debe gloriarse Guatemala. Poeta de ingenio, todas sus obras son originalísimas y buenas, especialmente sus fábulas, género en el cual creemos que en América muy pocos ha habido que le igualen. Goyena, en tan difíciles trabajos, está á nuestro entender, á la par de Salas y sobre Real de Azúa.

De sus obras hay una edición parisiense, muy rara por cierto, no recordamos si de Garnier Hermanos ó de Rosa y Bouret. En varios libros de lectura se hallan fábulas suyas, y un *Canto á la Independencia de Guatemala*, puede leerse en la colección del REPERTORIO AMERICANO de don Andrés Bello.

Los versos de Goyena tienen un gusto y corte clásicos, al par que una facilidad y gracia admirables. Usaba nuestro autor del provincialismo con gran tiento, y sus

sátiras casi todas son dedicadas á asuntos y circunstancias locales.

Quien grande influjo tuvo en el desarrollo intelectual y en la afición poética de los centro-americanos, fué el español Fernando Velarde, que recorrió casi toda la América hace muchos años, el cual dejó muy agradables recuerdos en muchas repúblicas donde derramó sus conocimientos y encendió con sus entusiasmos gran número de inteligencias. Si no nos equivocamos, en el Perú fué maestro de Numa Pompilio Llona y de Miguel Grau, el marino.

Cuando llegó Velarde á Centro-América por la primera vez, residió en Guatemala. Ahí le conoció, entre otros, un poeta nicaragüense Antonino Aragón, hoy anciano sabio y venerable, director de la Biblioteca Nacional de Managua.

Era Velarde un romántico ampuloso, lleno de gran talento, con un vivir raro y una producción infatigable. Había dejado España por causa de amores desgraciados, amores que cantó tristemente en muchos de sus versos. Pocos poetas hemos leído que expresen mejor los hondos sentimientos, las íntimas penas, que el autor de los *Cánticos del Nuevo Mundo.*

Otro poeta español que tuvo lo que podríamos llamar pequeña escuela, fué Urioste, amigo íntimo de Zorrilla, y á quien en 1883 alcanzamos á ver en San Salvador, vate retirado ó cansado, ya muy viejo, con la cabellera toda blanca.

La Alcoba es una de sus mejores obras. Es un poemita delicado, lleno de bellezas y no libre de defectos, sentido y enflorado; poema de amor. Pero más que Urioste, Velarde. Empezaron por aquel entonces los

imitadores de éste á escribir poesías de horas negras, versos macabros al par que pomposos hasta el mal gusto, estrofas que remedaban á aquellas de nuestro don Fernando:

Un eco vago
fugaz retumba;
de tumba en tumba,
lánguido y flébil
rodando va.

Ó aquello de:

En un momento de estupor ambiguo
una salmodia funeral se oyó,
y el gran cadáver de mi amor antiguo
en la sublime eternidad se hundió.

El abuso del procedimiento llegaba hasta lo insoportable. La hinchazón se puso de moda. Todos los audaces se lanzaron por ese camino que creían hermoso, triunfante. Hubo talentos. Mas inflando, si á veces produjeron globos de oro, otras tantas, estrofas como vejigas. El contagio de Velarde duró por largo tiempo.

La publicación de libros era bastante escasa. El periodismo estaba atrasadísimo en las cinco repúblicas. Las hojas de entonces eran cuando más semanales, y los escritores muy pobres, con raras excepciones. Don Victoriano Rodríguez, gran letrado, era muy de notarse en San Salvador. En Guatemala, don Lorenzo Montúfar se había dado á conocer con brillo; en Nicaragua, Jerez, Castellón, Jerónimo Pérez, el historiador, don Anselmo H. Rivas y un clérigo extranjero, muy ilustre, el padre Pozo, eran de los pocos que llenaban la prensa. Poetas, muy escasos; á no ser en el Salvador, Enrique Hoyos y

nuestro queridísimo y respetado amigo Juan José Cañas; y en Nicaragua, Iribarren y Díaz.

En esta última república el historiador Perez,—que escribía muy mala prosa,—tuvo la idea de escribir de cuando en cuando peores versos. Asimismo Gregorio Juárez, un sabio humilde, una de las mejores cabezas de su tiempo, padeció desgraciadamente la debilidad de dejarse seducir por las musas.

La afición le duró hasta la muerte. Era médico, y quizá por esto siempre hizo sus versos como por receta, ó formulario. ¡Pobre y glorioso maestro Juárez!

El estudio de la historia patria no ha sido infructuoso. La *Reseña Histórica* de Montúfar es una obra digna de todo encomio. Se compone de cinco gruesos volúmenes llenos de interesantísimos documentos. Está escrito el texto en ese estilo cortado que aquí conocemos tanto en don Miguel Luis Amunátegui. Con la sola diferencia de que Montúfar es más amigo del tropo, del efecto en el decir, que el correcto y erudito autor chileno.

La historia de Costa Rica, apenas desflorada por Molina, perdió con la muerte trágica del escritor don León Fernández un paciente y talentoso cultivador. La de Honduras no tiene aún una obra fundamental, y bien podía ésta llevarse á cabo confiando el gobierno tal trabajo á plumas como la del hondureño Zúñiga, meritorias y competentes. La de Nicaragua quedó inconclusa, mas en lo que hay se nota peso de monumento. Don Tomás Ayón, escritor como pocos en la América española, canoso de vida y de ciencia, murió en el medio de la tarea. Dejó Ayón escritos dos grandes volúmenes, donde la serenidad del juicio y el conocimiento profundo, son expresados con habla gallarda, con frase limpia

y bella y llena de esas claras donosuras en que huelga á sus anchas el espíritu. Era grande admirador de Barros Arana, y muchas veces cita en su obra las opiniones de don Diego como apoyos fuertes y rectas razones. El viejo Ayón fué el maestro de la juventud nicaragüense. Difundió el apego á las buenas letras, fundó sociedades científicas y literarias, entre otras el Ateneo de León; y enseñó lo bastante para que su recuerdo sea allá imborrable.

La historia salvadoreña habría debido ser escrita por el hábil don Rafael Reyes, y aún creemos que fué encargado de ello.

Ignoramos el resultado.

El elemento extranjero, los ilustres hombres de otros países que han llegado á las cinco repúblicas, han sido los iniciadores del progreso en cuanto al talento y obra intelectual se refiere. No hay estado centro-americano que no conserve algún recuerdo cariñoso de los extranjeros de tal clase que han fallecido por desgracia; ó que no tenga en estimación y valía á los que hoy viven dando su luz, enseñando sus ciencias ó sus artes. ¿Quién, después de Velarde, ha producido un despertamiento tan grande en la poesía centro-americana como nuestro amigo Palma, José Joaquín, el cubano, el tropical, el caballero y trovador de la edad media vestido de levita? Palma llegó á Honduras y fué recibido como se lo merecía por el entonces presidente Soto.

Palma es de los poetas cubanos el mejor rimador de amores, como dice José Martí, y vive la vida del poeta, aún cuando ya su barba, antes de oro, tenga hebras de nieve. Todo un joyero inagotable, eso es su fantasía; un arte exquisito y delicado, ese es su procedimiento.

La décima es la cuerda más bella de esa lira. No creemos que haya fácilmente otro poeta más «de salón» que Palma. Allí, en el salón, es donde sus décimas, que leídas encantan, recitadas por él cobran un ritmo nuevo; y luego, su figura es distinguidísima, su hablar armónico, cadencioso, un tanto gutural; así se oye la recitación, sin ser afectada, como una música cristalina.

Pero ¿quién en nuestra América española no ha oído ó visto alguna estrofa de las *Tinieblas del alma?*

Cuando la muerte de Andrade, puede recordarse que hubo lo que se llamaría un incidente literario. Fué calificada por un escritor bonaerense, como la mejor estrofa del autor de la *Atlántida*, una de las *Tinieblas*. Andrade la había copiado y guardado entre sus papeles. Ahí se encontró, y de eso provino la equivocación del escritor aludido.

Recordamos que por esa época en un periódico de San Salvador se publicó un artículo que acusaba á Palma de plagiario. Alguien dijo al poeta que nosotros éramos los autores de tal artículo, por razón de pertenecer á la redacción del periódico en referencia. La suerte y el tiempo quisieron que él se convenciese de lo contrario, y que quedásemos más amigos que nunca.

Palma, como ya dijimos, fué pues, uno de los que tuvieron más imitadores entre todos los *poetæ minoræ* de por allá. Á tal punto que los decimeros se multiplicaron, inundando las publicaciones con un torrente de quejas y de flores, ya fragantes, ya chillonas. La estrella solitaria del pabellon cubano brillaba por todos lugares. Hubo, es cierto, imitadores felices, como el desgraciado hondureño Molina Vigil, suicida, como Acuña, en todo el esplendor de su vida.

Valero Pujol es un ilustre hijo de España que vive hoy en Guatemala,—y Dios le conserve por muchos años,—produciendo á la continua obras serias de historia y literatura, enseñando en la cátedra, y siendo admirado y querido por todos los que conocen su gran talento y su ilustración vastísima. Fué en su país gobernador de provincia, y por razones políticas se alejó de allá. Pujol es un escritor fecundo, pródigo de expresión en el discurso, amigo de los párrafos largos como todos los hombres abundosos de ideas y de palabras; sin brillo ni pompa, pero con firmeza, médula y doctrina. Muchos son sus libros, todos buenos; hay históricos, filosóficos; éstos son los mejores. Lo lamentable es que se publiquen en Guatemala y nó en Europa. Baste con decir que aquí no hemos encontrado una sola obra suya en ninguna biblioteca pública ni privada de las que hemos visitado.

Los hermanos Ferraz llevaron á Costa Rica mucha vida para el alma. Fueron á dar sus lecciones, á alimentar los espíritus de la juventud; y ambos, Valeriano y Juan, son ilustres y beneméritos. El primero, conocidísimo en España como orientalista, es á la sazón profesor de árabe en el primer establecimiento de enseñanza de la Habana; el segundo continúa en San José de Costa Rica, siempre infatigable para enseñar y para escribir. Honduras, como ya dijimos, tuvo en su seno á Palma; este poeta hizo nacer poetas. Él alentó á Carlos Gutiérrez, á Fortín, al nicaragüense Félix Medina, jóvenes todos de esperanza por sus buenas dotes de inteligencia; y á Molina Vigil, el pobre cantor.

Nicaragua ha tenido la dicha de albergar también hombres de valer en su tierra. Cuando se fundaron los institutos que hoy hacen las veces de la antigua univer-

sidad de León, los profesores fueron todos extranjeros, y casi todos de fama, de ilustración reconocida.

El padre Sáenz Llaría llegó de España á dirigir el entonces colejio de Granada y hoy Instituto de Oriente. Don Juan Eugenio Hartzenbusch lo había recomendado al presidente Chamorro, cuando éste estuvo en Madrid. Y en verdad que el padre Sáenz era una cabeza poco común, una alma espléndida y un libro vivo. Él murió en su puesto: todos le bendicen. Al Instituto de León llegaron don José Leonard y Bertholet y el doctor Salvador Calderón.

Era el uno un polaco que había sido ayudante del general Kruck en la última insurrección; que había salido de su país, y que después de residir en varios lugares de Europa, se radicó en España. Hombre de una viveza extraordinaria, tenía gran facilidad para hablar todas las lenguas, como todos los de su raza. Por sus aptitudes logró en Madrid alternar con los primeros literatos, y fué uno de los más ardientes luchadores en pro de la revolución filosófica y social de los últimos tiempos, como escritor de nota en el diario, y como conferencista distinguido en la Institución libre de Enseñanza. Los cambios políticos, el triunfo de sus amigos y correligionarios le elevaron á redactor de *La Gaceta* de Madrid. Recordamos á este propósito los elogios que de él hace en uno de sus libros el nunca olvidado poeta español don Ventura Ruiz Aguilera.

Cuando el gobierno que le protegía cayó, Leonard tuvo que ir á París. Después de algún tiempo, aceptó el contrato para ir de profesor á Nicaragua, y llegó allá acompañado del doctor Calderón.

Éste era el tipo más exacto del hombre de ciencia,

enamorado de la tierra, de la roca, de la planta, del animal.

Por ciertas frases de reforma pronunciadas por Leonard en la inauguración del Instituto de Occidente, cierta parte de la sociedad de León, en un exceso de celo religioso, declaró guerra á los nuevos profesores, á los que habían sido osados á decir por primera vez en pleno público la palabra libre pensamiento. Ellos permanecieron firmes en su obra. Mas la persistencia de los que emplearon hasta la amenaza de la asonada y de incendiar el establecimiento, hizo que pocos años después partiesen, primero Calderón y luego Leonard.

Con todo, á ellos se debe gran parte de lo que hoy sabe la nueva juventud de Nicaragua, ellos hicieron todo lo que pudieron: Calderón difundió el amor á la ciencia, Leonard hizo tomar un nuevo rumbo á los embriones de literatura nacional existentes, y si el uno dejó un libro interesante para los conocimientos científicos, sobre *Animales de Nicaragua*, el otro con sus lecciones formó las bases literarias de muchos de los que hoy ocupan el primer rango entre los que por allá escriben.

Seríamos injustos si no recordásemos á uno de los fundadores del periódico más antiguo de Centro-América, *El Porvenir de Nicaragua*, á don Fabio Carnevalini. Como se ve por su apellido, es italiano de pura sangre. Es de familia distinguida, peleó por Garibaldi, y no tenemos en la memoria ningún detalle más sobre la vida de don Fabio. Llegó á Nicaragua desde hace muchísimo tiempo, y con un alemán, Enrique Gottel, sostuvo el citado diario. Él empezó á esparcir el gusto por los asuntos de letras, con unos pocos seguidores, y siempre perseverando, siempre en el trabajo durísimo de la

prensa, Carnevalini, italiano, escribía como pocos nicaragüenses el español. Persiste aún el buen viejo. Pero ¡oh Dios! lo que no le perdonaremos son ciertos versos que se ha atrevido á publicar. ¡Qué versos! Como noticia curiosa para los chilenos, desearíamos recordar un soneto *Al Guáscar*, que empieza:

Oh, *Guáscar*, *Guáscar*, tu valor triunfante...

pero la memoria nos traiciona, y más vale así.

Carnevalini ha traducido la obra de Walker sobre la invasión á Nicaragua con los filibusteros; y la ha traducido bien; tanto más que es un italiano el que escribe en español.

¡Quiera Dios que viva don Fabio por mucho tiempo!

Y ahora, Ricardo Contreras.

Á Contreras lo envió Méjico. Este mejicano es uno de esos escritores que necesitan un campo vasto para darse á conocer. Si Contreras, en vez de ir á Centro-América, hubiese venido á Chile ó a la Argentina, estaría colocado en el primer rango de los escritores del continente.

Es preciso haber leído algo de este literato, conocer los chisporroteos de ingenio que riega á cada paso en sus períodos, su erudición maciza, llena, fundamental, su facilidad de producir, sus principios literarios razonados, el brillante encadenamiento de su prosa, su pureza en el decir al par que el absoluto modernismo en la expresión, de manera que es un clásico elegante, su estilo compuesto de joyas nuevas de plata vieja, pura, sin liga, para apreciarle.

Desde que llegó enseña, y seguirá enseñando. ¡Oh! más

cuánto sentimos algunos la oscuridad de esos hombres brillantes que podrían, si quisieran, ser gloriosos!

Otro llegó hace algún tiempo á Guatemala. Era un cubano. Su palabra fácil y vibrante, su hablar precipitado, su decir mucho, no gustaron. Y eso que desempeñaba en un colegio una clasecita de tres al cuarto, en cuanto á remuneración.

Hoy ese hombre es famoso, triunfa, esplende, porque escribe, á nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España ó de América; porque su pluma es rica y soberbia; porque cada frase suya si no es de hierro, es de oro, ó huele á rosas, ó es llamarada; porque se fué á ese gran país de los yankees y ahí escribió en correcto inglés en *The Sun* donde Dana le estima; porque fotografía y esculpe en la lengua, pinta ó cuaja la idea, cristaliza el verbo en la letra, y su pensamiento es un relámpago y su palabra un tímpano, ó una lámina de plata, ó un estampido. Á veces, un titán coge un hacha gigantesca y destronca una selva. Los árboles que caen espantan el silencio solemne. Mas, cuando el poeta en prosa os habla del amor ¡oh lectores! ó del arte, ó de todo lo del alma que es cándido y sensible, oiréis un harpa eólia ó el arrullo de un coro de palomas.

Ese escritor se llama José Martí. Martí, alcanzó á escribir en *El Porvenir* de Guatemala algunos artículos, y después partió.

Recordamos que el salvadoreño Francisco Castañeda, —por otra parte persona inteligente y buen escritor,— nos decía que Martí en Guatemala, «no había gustado, y con razón.»

¡José Martí! El que hoy con Castelar, con D'Amicis, con Ortega Munilla y otras plumas de primer orden, for-

ma en *La Nación* de Buenos Aires el grupo más brillante de corresponsales que jamás haya tenido diario alguno del mundo!

Cubano como Martí y orador elocuentísimo es Antonio Zambrana,—últimamente elegido diputado á las cortes de Madrid—de inextinguible memoria en Costa Rica y Nicaragua, donde vertió sus discursos como ondas de pedrería, donde llevó casi una verdadera revolución literaria, donde hoy muchos que por él batieron las alas de su ingenio, le agradecen sus consejos y sus lecciones.

¡Qué hombre tan raro Zambrana! Bien le recordamos: nervioso, pequeño de talla, de mirada á veces fulminante, á veces tierna, ligeramente moreno, como hecho á sol, vanidoso, mariposeante, insoportable como un poeta, conversador ameno, locuaz y buen vividor, amigo de todos los lujos.

Pero ahí está en la tribuna. Ha crecido. Es el orador. Siente al «dios», vibra la frase, hay un relampagueo que va encendiendo á todos los oyentes; la palabra para él es un teclado, una lira de mil cuerdas, lo rudo, lo bronco, lo contundente, lo que aplasta; ya pinta una tempestad, truena; mas, hé ahí al pequeño y gallardo rey David que modula un himno; y dice ese hombre cosas en que la armonía de la lengua asombra y extasía; derrocha flores; abre un cofre de cristal lleno de perlas y lo vacia. Bajó de la tribuna. ¿Quién no fué á estrechar su mano? Bien decía de él su amigo Palma, al dedicarle sus *Tinieblas* famosas:

> ... Tú, que en los patrios vergeles,
> por tu palabra inspirada,
> vas con la frente inclinada
> al peso de los laureles.

En Costa Rica ayudó á levantarse Zambrana á muchas inteligencias: á Ricardo Jiménez, literato y crítico; á Pío Víquez, poeta de grande alma, de soberbio vuelo; á Silviano Matamoros, mozo eruditísimo, que rara vez escribe, pero que cuando lo hace, siempre es digno de gran loa, pues se entra por ciencias como por letras con el convencimiento y vigores del que sabe; á José María Alfaro, cuyos versos espontáneos, frescos, sentidos, le hacen un buen ciudadano del divino país azul.

RUBÉN DARÍO

INSTRUCCIÓN

PARA LA LECTURA Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS DE IMPRENTA

(Conclusión)

De las obras dramáticas

Las diversas partes de un verso cortado por interlocutores deben disponerse de manera que cada una de ellas caiga inmediatamente á continuación de la otra, con la sola diferencia de un espacio de más:

MARSILLA. Dímelo pronto, pues, dilo.
ISABEL. Imposible:
no has de saberlo.
MARSILLA. Sí.
ISABEL. Nó.
MARSILLA. Todo.
ISABEL. Nada.

Pero si el conjunto de esas diversas porciones de verso colocadas de la manera antedicha, excediese la justificación de la línea, se pueden hacer entrar unas

debajo de otras distribuyendo por igual la extensión sobrante:

ALBOACÉN. ¿Quién es?
ANDALLA. Es un cristiano...
ALBOACÉN. ¡Ah! ¿Tiene nombre?

Los apartes y acotaciones en las obras dramáticas se ponen en tipo más pequeño ó en cursiva, aprovechando los blancos que resultan entre los nombres de los personajes y las partes de verso que les corresponden; pero si las acotaciones son largas, se ponen en párrafo aparte, sin más sangría que la misma de los versos enteros:

HUBERT. *(Con tono siniestro y la mano sobre el puñal.)*
¿Y ese noble, Nevil, cómo se llama?
NEVIL. *(Observando los movimientos de Hubert.)*
Lord Pembrock...
HUBERT. ¿Lord Pembrock?
NEVIL. Y entró en la torre.
HUBERT. *(Precipitándose sobre Nevil: éste evita el golpe levantándose, y armado de su puñal se prepara á la defensa.)*
Muere.
NEVIL. *(Con frialdad.)*
Ya llegará de nuestra muerte
la hora funesta; no apresures, loco,
de nuestra flaca humanidad la suerte.
HUBERT. Tienes razón.
NEVIL. Si pretendido hubiera
medrar, en posesión de este secreto,
á Juan sin Tierra con la historia fuera,
y no te hablara á ti.
HUBERT. *(Guardando el puñal y sentándose.)*
Prosigue.
NEVIL. *(Haciendo lo mismo.)* Escucha.
La guerra en breve estallará: los nobles
con ansia esperan la sangrienta lucha.
Lord Pembrock será al cabo quien levante
el guerrero estandarte...

Cuando los nombres de los interlocutores se ponen en

medio de la justificación, sistema que no presenta ventajas sino cuando la página es muy estrecha, las acotaciones que les acompañan en la misma línea van separadas por una coma sin paréntesis:

BALTASAR, *levantándose*
¡Pues que el amor á despertarte acuda!
ELDA
¡Tente!...
BALTASAR, *con asombro*
¡Cómo!...
ELDA
¡Señor, llegar no intente
tan loco amor á mí! ¡Nací judía!

pero si no van junto á los nombres de los personajes se colocan entre paréntesis y sobre la parte de verso á que se refieren:

DOÑA ELVIRA
¡Padre mío!
DON PEDRO
¡Su padre!
MARQUÉS
(Á Elvira.) (Á don Pedro.)
(Aparta.) (Tente.)
(Al Rey, con calma.)
Yo perdonar al príncipe debía;
mas al futuro rey mengua sería
igualar con don Juan de Benavente.

Si la extensión de las acotaciones que pertenecen á un verso no permite colocarlas de un modo conveniente en la misma línea, se corta el verso en el lugar que corresponde á cada acotación, y se coloca ésta encima de la parte de verso que viene á formar nueva línea:

MENDO
Inútil ha de ser su injusta saña.
(Abriendo al conde la puerta secreta.)
¡Por aquí, pronto, huíd!
(Bajando rápidamente al primer término.
¡Ahora nosotros,
á defender las torres del alcázar!

Las acotaciones que no se refieren directamente á una parte del verso, se colocan casi al extremo derecho de la línea; y si son de alguna extensión se ponen en dos líneas, sangrando la segunda para que quede al medio de la primera:

DOÑA INÉS
Cesad, cantos funerales:
(Cesan la música y salmodia.)
callad, mortuorias campanas:
(Dejan de tocar á muerto.)
ocupad, sombras livianas,
vuestras urnas sepulcrales.
(Vuelven los esqueletos á sus tumbas, que se cierran.)

Las acotaciones explicativas que van después de las palabras *acto* ó *escena,* para describir la decoración ú otras circunstancias generales, se componen en tipo más pequeño, de redonda, en párrafo aparte, como sumario y sin paréntesis.

Los apartes se indican colocando entre paréntesis las locuciones que se suponen no oyen los demás actores. En algunas ediciones esas locuciones van precedidas de la palabra *aparte* generalmente abreviada.

En las obras dramáticas en prosa, las acotaciones, ya sean en cursiva, ya en tipo más pequeño, no presentan dificultad, bastando ponerlas antes ó después de las frases, según lo indique la naturaleza del diálogo:

VECINO. (Tomando maquinalmente el candelero que hay en el bufete.) ¡Ay, vecino!... Daría cualquier cosa porque fuese de día. (Mientras dice esto, enciende el cabo en el velón y le pone á su lado.)
BONIF. ¡Caramba!... y yo también. (Da un soplo al cabo y le apaga.)
VECINO. (Toma la badila y escarba la lumbre, abriéndola toda.)
BONIF. (Después de apagar la vela, se vuelve, ve al vecino abriendo la lumbre, y dice:) ¡Hola! ¿Está usted echando una firmita?

OBSERVACIONES SOBRE LA COMPAGINACIÓN [1]

Cuando los folios (2) van sin título, esto es, cuando sólo se expresa en ellos el número de orden correlativo de las páginas, se colocan en medio de la línea, solos ó entre dos guiones: también pueden colocarse entre paréntesis ó entre dos viñetas pequeñas.

Si las partes eventuales de una obra (prefacio, introducción, advertencia, etc.) se componen después que ha terminado la impresión del texto, llevan una foliación particular en números romanos, la cual debe acompañarse con los mismos guiones ó adornos que tengan las cifras árabes de los folios de la obra. Cuando el prólogo ó introducción, etc., se imprimen al empezar la obra, deben incluirse en la foliación general del libro.

En los casos en que el folio lleva título, éste debe quedar al centro del renglón, comprendiéndose las cifras en el blanco del lado en que van colocadas. Las cifras van á la izquierda del título en las páginas pares, y á la derecha en las páginas impares; y conviene sangrarlas con un cuadratín para que no estén tan propensas á romperse en el acto de la impresión.

El tipo para los títulos de folio debe elegirse teniendo en consideración el que se emplea para los títulos y

---

(1) Se llama *compaginar* ó *ajustar*, formar páginas con la composición que el cajista ha hecho en paquetes ó trozos de mayor ó menor número de líneas de texto, tomando de éstas las que sean necesarias á la dimensión adoptada para la obra, y colocándoles la numeración y los blancos correspondientes.

(2) *Folio* se llama el número de orden de las páginas, vaya ó nó acompañado del título.

subtítulos de la obra, á fin de evitar la identidad desagradable que podría resultar si uno de éstos cayese inmediatamente después del folio. La primera página de la dedicatoria, del texto y de las grandes divisiones de la obra, no lleva folio.

Cuando accidentalmente se hace más ancha una página, por contener cuadros con números ó por otras causas, el folio debe sangrarse para que quede en el lugar que le corresponde en las demás páginas.

Si en los títulos de los folios se expresa el nombre de la obra y su división por capítulos, libros, etc., el título de la obra se coloca en las páginas pares y las palabras *libro, capítulo,* etc., en las impares:

254 TELÉMACO

LIBRO XVIII 255

pero si no se expresa el título general de la obra y sí los de las divisiones, se coloca en las páginas pares la palabra *libro, capítulo,* etc., seguidas de su numeral, y en las impares los títulos que á estas corresponden:

60 LIBRO III, CAPÍTULO VIII

DE LA BIENAVENTURANZA 61

En caso de que el título del folio sea muy largo y no pueda ponerse en una sola línea, debe cortarse, procurando en lo posible que las dos partes sean poco más ó menos de igual extensión; pero, ante todo, se ha de preferir hacer la división conforme al sentido del título. Supongamos que se trata del título *De la desigualdad de*

las condiciones sociales que es preciso dividir para poner una parte en cada folio. Dividiremos así:

24 DE LA DESIGUALDAD

DE LAS CONDICIONES SOCIALES 25

y no:

24 DE LA DESIGUALDAD DE

LAS CONDICIONES SOCIALES 25

á pesar de que esta última forma nos da dos partes menos diferentes en extensión.

Partiendo de este principio, el título siguiente, y sus análogos, lo dividiremos de esta manera:

54 ESTUDIOS

SOBRE LA INTELIGENCIA HUMANA 55

sin preocuparnos de la desigualdad de las dos líneas.

Entre los títulos del folio y la primera línea de la página debe existir por lo menos doble blanco que el que separa entre sí las líneas del texto.

Los títulos de folio se componen generalmente con versalitas de un tipo inferior al que se emplea en la obra. Se ven, sin embargo, ediciones en que, á imitación de algunas del siglo XVII, los folios van de mayúscula y minúscula cursiva. En este caso, los números del folio deben ser también de cursiva.

Las signaturas (1) han de ser de un tipo inferior en

(1) Así se llama el número de orden que cada pliego lleva en la parte inferior de la primera de sus páginas, y la indicación del tomo á que pertenece.

dos ó tres puntos al del texto de la obra, excepto cuando éste sea de por sí muy pequeño, caso en que se podrá emplear un tipo del mismo cuerpo ó parecido.

En las partes eventuales de una obra que se componen después de impreso el texto, la signatura se señala con las letras cursivas *a, b, c, d,* etc.

Todas las signaturas de una obra deben sangrarse de igual modo, tanto por la izquierda para la numeración de los tomos como por la derecha para la numeración de orden de los pliegos. La sangría debe ser de tres ó cuatro cuadratines, pero podrá aumentarse si accidentalmente cayera debajo de una columna de cifras y de ello resultara confusión.

No se pone signatura al pliego cuya primera página es la portada ó anteportada; pero la llevan todos los demás pliegos, aunque su primera página contenga sólo el título de alguna de las principales divisiones de la obra.

Á la cabeza de una página no puede ir una línea que no ocupe toda la justificación, á no ser que ella por sí sola forme párrafo ó vaya seguida de puntos con una cifra al fin, como sucede en los índices, catálogos, etc.

Cuando el título de un capítulo se halla al fin de una página, debe ir acompañado al menos de dos líneas del texto que le sigue: si éstas no caben, se lleva todo el título á la siguiente página. Igual cosa debe hacerse con las escenas en las obras dramáticas.

Cuando los capítulos de una obra van seguidos y el sumario de uno de ellos no puede ir entero al fin de la página ni acompañarse de dos líneas de texto, una parte del sumario, si es de tipo chico, puede pasar á la página siguiente; pero si es poco extenso y va de cursiva, se pasará todo el sumario.

El epígrafe que se encuentre en el caso anterior, no debe cortarse nunca.

Cuando una nota no cabe entera en la misma página, conviene, si es posible, dividirla en dos partes iguales.

Si la extensión de una nota obliga á hacerla seguir en varias páginas, debe ir precedida, en cada una de ellas, de dos líneas de texto por lo menos.

En las obras á dos columnas, la numeración de las llamadas de nota empieza de nuevo en cada columna.

Cuando el principio de un capítulo se halla en la misma página que el final del anterior, las notas de ambos que vayan en la misma página se colocan abajo, con numeración seguida.

Las notas que van al fin de un libro ó de un capítulo llevan seguida la numeración para todo el capítulo ó el libro.

Si una nota no puede entrar entera en la página de la llamada y la parte excedente empieza por párrafo aparte, por un verso ó por una cita precedida de dos puntos, conviene poner una ó varias líneas de texto después de la llamada y dividir la nota en dos partes desiguales, principalmente si para acabar la lectura de la nota hay que volver la hoja.

Es necesario poner filete de separación á las notas en las obras cuyo texto está mezclado con citas de diversos tipos y separadas por blancos, para evitar que se confundan las citas con las notas; pero en los demás casos el filete no es indispensable.

Aunque las notas lleven filete, no se le pone á las notas de notas. — Tampoco se pone filete á la nota que va precedida de un cuadro.

El final de un libro, capítulo ú otra división de una

obra, no puede formar página si no tiene por lo menos tres líneas, en las obras de tamaño pequeño, y cuatro ó cinco en las grandes. Si no hay medio de cumplir este precepto ganando ó perdiendo algunas líneas en las páginas anteriores, corresponde al autor suprimir ó añadir en el texto las que sean necesarias.

Cuando una operación ó un cuadro es demasiado ancho relativamente á la justificación, se le coloca verticalmente. En este caso, las líneas empiezan por la parte inferior de la página.

Las partes eventuales de una obra (prefacio, introducción, etc.) que van al principio del libro, se componen generalmente de diferente tipo. Las que corresponden al editor, preceden á las del autor, y todas empiezan en página impar, para lo cual hay libertad de aumentar ó disminuir la interlínea.

La dedicatoria se coloca inmediatamente después de las cuatro páginas del frontispicio.

La fe de erratas se compone por lo regular en tipo pequeño y á cuatro columnas: las dos primeras comprenden las páginas y las líneas, la tercera las locuciones equivocadas, y la cuarta las locuciones corregidas. Estas dos últimas se disponen lo más anchas que sea posible, para evitar doblar las líneas:

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
4	7	fieles á su juramento	fiel á sus juramentos
55	25	enseñarlo	enseñárselo
80	15	verla,	verla;

Rafael Jover

(Concluirá)

LO QUE NO TIENE SANCIÓN

(Continuación)

ACTO SEGUNDO

Sala amueblada con lujo. Dos puertas al fondo, dos á la derecha y dos á la izquierda. La entrada de fuera por la segunda puerta izquierda.

ESCENA PRIMERA

MARÍA *(Haciendo labor)*

MARÍA. ¿Por qué no vendría anoche
Joaquín?... ¿Por qué no vendría?...
Día de recibo...

IRENE. *(Asomándose.)* ¿María?

MARÍA. ¿Tía?

IRENE. Ve si han puesto el coche.

(María va á la puerta de salida y mira. Vuelve después.)

ESCENA II

MARÍA, DOÑA IRENE *(Sale prendiéndose un lujoso ternó)*

MARÍA. Ya está.
IRENE. ¿Y Matilde?
MARÍA. Aun no está.
IRENE. ¡Qué cachaza!
(Dirigiéndose al cuarto de Matilde.)
MARÍA. Es que usted, tía,
es tan ligera.
IRENE. *(Á Matilde desde la puerta.)*
Hija mía,
¿qué hubo?
MATILDE. *(Dentro.)*
Paciencia, mamá.
IRENE. *(Yendo á sentarse en el sofá.)*
¡Eso es! Paciencia, paciencia;
ya me hallo de toda armada.
MARÍA. Muy luego estará arreglada.
IRENE. Ya verás su diligencia. *(Pausa.)*
Y tú has dado en no querer
visitar.
MARÍA Yo, tía...
IRENE Sí,
tú.
MARÍA. Es que... ¡estoy tan bien aquí!
IRENE. Estás... mintiendo, mujer.
MARÍA. Vaya, tía.
IRENE. Aquí no hay *vaya*,
sólo hay veras, muchas veras.

MARÍA. Pero...
IRENE. ¿Pero...?
MARÍA. Es que...
MARÍA. Niña; eras
no hace mucho, de otra laya;
sí; te gustaba el paseo,
eras alegre, jovial...
MARÍA. Si estoy lo mismo.
IRENE. No hay tal:
muy otra ahora te veo.
Varias veces he creído
notarte inquieta, agitada.
MARÍA. Tía, si no tengo nada;
si soy lo que siempre he sido.
IRENE. Anoche... como fué día
de recibo ayer...
MARÍA. Tía, ¿qué?
IRENE. (Se turba.)
MARÍA. ¿Qué?
IRENE. Que pensé
que estabas triste, María.
MARÍA. ¡Qué equivocación!
IRENE. *(Riéndose con malicia.)*
Sin duda,
como... él... no se hallaba aquí.
MARÍA. ¿Quién?
IRENE. Algún... mozo...
MARÍA. *(Muy turbada.)* (¡Ay de mí!)
IRENE. Estuviste casi muda.
MARÍA. Tía, yo...
IRENE. No es un reproche.
En Santiago ahora no está.

MARÍA. Pero, ¿quién, quién?
IRENE. ¡Ricardo!
MARÍA. (¡Ah!)
IRENE. Mas, ya que no vino anoche,
vendrá después.
MARÍA. (No ha caído.)
¡Qué bromista está usted, tía!
IRENE. ¿Bromista?
MARÍA. Sí.
IRENE. Culpa mía
que así lo pienses no ha sido.
MARÍA. Si anoche no fuí jovial,
es que... mi hermano... es muy llano:
como no estuvo mi hermano...
IRENE. Tú lo extrañaste.
MARÍA. Cabal.
IRENE. Es su conducta algo rara
desde tres días acá;
ya de temprano, se va,
y cuesta verle la cara.
(Matilde en la puerta de su cuarto.)

ESCENA III

DICHOS, MATILDE

MATILDE. ¿Prima?
MARÍA. ¿Qué hay?
IRENE. Pero, Matilde,
¿saldremos hoy ó mañana?
MATILDE. ¡Ay, mamá; es que no he podido

hacerme el moño!...

IRENE. Pues, ¡vaya!

MARÍA. Voy á ayudarte, Matilde.

IRENE. Anda, que si nó, no acaba
en todo el día.

MATILDE. Ven, prima.

IRENE. La espera va siendo larga,
y se está pasando el día
sin sentir.

MATILDE. Pero, ayudada
por María, en poco tiempo
estaré lista.

IRENE. Pues, anda;
date prisa que ya temo,
Matilde, que por tu causa
no alcancemos hoy á hacer
ni una visita. ¡Qué calma!

ESCENA IV

DOÑA IRENE

IRENE. Así que hablé de Ricardo,
María toda turbada
se puso... pero al instante,
por disimular, trataba
de echarlo á broma... No hay duda
que está Cupido en campaña:
por más que ella niegue, es cierto.
Ahora queda explicada,
esa expresión melancólica
que sus facciones retratan

de poco tiempo á esta parte:
el amor despertó en su alma.
Como Ricardo no viene
ya cerca de dos semanas,
y con fundado motivo,
pues que en su hacienda se halla,
María lo echa de menos,
sus halagos le hacen falta.

ESCENA V

DOÑA IRENE, UN CRIADO

CRIADO. *(Con una carta.)*
Señorita.
IRENE. ¿Qué?
CRIADO. Al patrón
trae el cartero esta carta.
(La entrega y se va. Momento de espera. Doña Irene procura, por la letra del sobrescrito, saber de quién es la carta.)

ESCENA VI

DOÑA IRENE, DON SALVADOR *(De afuera llega)*

SALVADOR. ¿Vas á salir?
IRENE. Sí.
SALVADOR. Por eso
te encuentro de tiros largos.
IRENE. *(Dándole la carta.)*
Toma.

SALVADOR. ¿Carta para mí?
IRENE. Para ti.
SALVADOR. ¿De quien?
IRENE. No caigo.
SALVADOR. *(Examinándola.)*
De Ricardo.
IRENE. Buena letra
tiene el amigo Ricardo.
SALVADOR. Á ver qué dice.
IRENE. ¿Sabrá
ya que ganó el pleito?
SALVADOR. Es claro;
si le escribí la noticia
hace tres días ó cuatro.
¡Ah! y á propósito...
IRENE. ¿Qué?
SALVADOR. El otro pleito he ganado.
IRENE. ¿El de Joaquín?
SALVADOR. Sí.
IRENE. Me alegro,
mucho me alegro,
SALVADOR. *(Poniéndose á leer para sí.)*
Veamos.
IRENE. Va á celebrarlo Joaquín;
y también va á celebrarlo
su buen amigo Vicente,
si no más que él, otro tanto.
SALVADOR. *(Con satisfacción. Siempre leyendo.)*
Irene.
IRENE. ¿Qué hay Salvador?
SALVADOR. *(Leyendo siempre)*
Un suceso inesperado.

IRENE. ¿Qué cosa?
SALVADOR. ¡Bello partido!
IRENE. ¿Cómo?
SALVADOR. *(Concluyendo de leer en voz alta.)*
"Su amigo, Ricardo."
IRENE. Me tienes toda curiosa.
SALVADOR. Y hay motivo para estarlo.
Lo vas á ver. *(Pasándole la carta.)*
IRENE. ¿Qué te dice?
SALVADOR. Pocas palabras y al grano.
Imponte.
IRENE. *(Se pone á leer.)*
¿Á ver?
SALVADOR. ¡Qué sorpresa
y qué placer me ha causado
la carta! Si por mí fuera,
proveería en el acto,
poniendo *Como se pide*,
al pie de ese escrito grato.
IRENE. *(Gozosa.)*
¡Ah, ah!
SALVADOR. ¿Qué tal?
IRENE. *(Concluyendo y dando á don Salvador la carta.)*
Excelente.
SALVADOR. Cabal; ese es el vocablo:
excelente, ya lo creo.
IRENE. Esta carta de Ricardo,
pidiéndote por esposa
á María, no la extraño.
SALVADOR. ¿Tenías algún indicio?...
IRENE. Ya lo había maliciado;

y, ¡ve qué casualidad!
á María estuve embromando
poco antes que tú llegaras.

SALVADOR. ¿Con él?

IRENE. Sí, con él.

SALVADOR. ¿Te habló algo?

IRENE. Me negó redondamente.

SALVADOR. Pues, entonces...

IRENE. Lo ama.

SALVADOR. ¡Vamos!

IRENE. Lo que te digo.

SALVADOR. Más ¿cómo,
si de tal suerte ha negado?

IRENE. Pero, oye: es que se turbó.

SALVADOR. Ya, ya te comprendo.

IRENE. Cuando
llevé la conversación
á ese punto, quiso en vano
ocultar sus emociones.

SALVADOR. Ya que la pide Ricardo,
sin duda que entre ella y él
hay acuerdo de antemano.

IRENE. Dime ¿qué piensas hacer?

SALVADOR. ¿En este asunto?

IRENE. Sí.

SALVADOR. Es claro:
ponerlo en conocimiento
de Vicente. Al fin y al cabo,
Vicente es hermano suyo,
como tal, más allegado.
Ya está al cumplir su mayor
edad, los veinticinco años;

¿qué cosa mas natural
que avisarle y consultarlo
en tan delicado asunto?

IRENE. Me parece bien pensado;
con él María será
más franca.

SALVADOR. No hay que dudarlo;
él sabrá arreglarlo todo,
pues tiene un criterio sano,
juicio recto é inteligencia
nada vulgar, y en el acto
verá el porvenir brillante
que á su hermana ha deparado
el cielo, con hacer que
se haya prendado Ricardo
de ella.

IRENE. ¡Ojalá que Matilde
tan bueno logre alcanzarlo!

SALVADOR. Muchas veces, hija mía,
he pensado que un muchacho
como Vicente... *(En tono confidencial.)*

IRENE. ¿Vicente? *(Con cierto desdén.)*
Puede que llegado el caso...

SALVADOR. ¡Eh! los mozos de las dotes
de Vicente son muy raros.
Si llegaran á prendarse
Matilde y él, ¡cuánto, cuánto
lo celebraría, Irene!

IRENE. En él veo cierto cambio,
de tres días á esta parte.

SALVADOR. También he notado yo algo.

ESCENA VII

DICHOS, MATILDE, MARÍA

MATILDE. Ya estoy, mamá.
IRENE. ¡Á buenas horas!
MATILDE. Si todavía es temprano.
IRENE. ¿Qué horas son?
SALVADOR. *(Mirando su reloj.)*
Las cuatro y media.
MATILDE. Pues, no lo hubiera pensado.
IRENE. Vamos, niña.
SALVADOR. Pero, ahora
¿qué van á hacer?
IRENE. Alcanzamos
á ver á Tomasa.
MATILDE. Sí.
SALVADOR. Vayan luego.
IRENE Hasta otro rato.
SALVADOR. Que les vaya muy bien. Dénle
á Tomasita recados.
(Salen doña Irene y Matilde. María las acompaña hasta la puerta, y después se dirige á salir por la segunda puerta derecha.)

ESCENA VIII

DON SALVADOR, MARÍA

SALVADOR. María.
MARÍA. *(Deteniéndose.)*
¿Tío?

SALVADOR. ¿Te vas?
MARÍA. Sí, tío; ¿me necesita?
SALVADOR. ¿Estás ocupada, hijita?
MARÍA. En tejer.
SALVADOR. Pues, si no es más...
MARÍA. ¡Nada más!
SALVADOR. Si no te enfado...
MARÍA. ¿Cómo?
SALVADOR. Charlando un momento.
MARÍA. Al contrario.
SALVADOR. Toma asiento.
MARÍA. *(Sentándose lejos.)*
Ya está.
SALVADOR. Ahí no.
MARÍA. ¿En dónde?
SALVADOR. Á mi lado.
(Lo hace María. Pausa larga.)
¿Quieres á tu tío viejo?
MARÍA. *(Con viveza.)*
Muchísimo, muchisísimo!
SALVADOR. *(Riéndose bondadosamente.)*
Con cariño tan explícito
ahora engañar me dejo.
MARÍA. Como lo siento lo dije.
SALVADOR. Lo creo como dijiste;
díme, pues, ¿por qué estás triste?
MARÍA. ¡Triste! *(Turbada.)*
SALVADOR. ¿Qué es lo que te aflige?
MARÍA. ¿Triste yo?
SALVADOR. Sí, tú, hija mía.
MARÍA. ¡Ay, tío, usted se ha engañado!
SALVADOR. Tal vez, pero lo ha notado

lo mismo que yo, tu tía.
MARÍA. En vano quiero saber
la razón de esta opinión.
SALVADOR. Muchas veces sin razón
suele una idea nacer:
una palabra, una acción,
quizá un gesto, un movimiento,
son, á menudo, el cimiento
en que surge una opinión.
MARÍA. Bueno, bien, como usted quiera;
más de una así sale errada.
SALVADOR. No puede ésta ser tachada
de errada; es muy verdadera.
MARÍA. Hasta cierto punto... sí...
Con negar nada consigo...
SALVADOR. ¿Anda, acaso, algún... *amigo, (Recalcando.)*
metidito por aquí? *(Señalándose el corazón.)*
MARÍA. Amigo... precisamente;
amigo; al nombre me allano.
SALVADOR. ¿Quién es el feliz?
MARÍA. Mi hermano.
SALVADOR. Conque, ¿tu hermano?
MARÍA. Vicente.
SALVADOR. Disimulas, picarona.
MARÍA. Digo la pura verdad:
Vicente, en la actualidad...
SALVADOR. ¿Sus deberes abandona?
MARÍA. ¡Jamás lo quiera Dios! Es
que lo veo otro.
SALVADOR. Bien, bien.
(Lo ha notado ella también;
pues con ésta ya van tres.)

Pongamos punto final
y toquemos otro punto:
tal vez te agrade el asunto,
tal vez te parezca mal.
Si sucede lo segundo,
ve que soy viejo, y perdona;
siempre á los viejos abona
estar al irse del mundo.
Dime con toda franqueza
si, al verse sólo, un... amigo
quisiera partir contigo
su alegría y su tristeza,
y fuera joven, galán...

MARÍA (*Interrumpiéndole.*)
¿Me permite retirarme?

SALVADOR. (*Con socarronería.*)
Calma; siéntate á escucharme
y no muestres tal afán...
Si es una suposición...
Vamos á ver, ¿qué dirías
en tal caso? ¿Aceptarías?
Consulta tu corazón.

MARÍA (*Muy turbada.*)
¡Tío, si no pienso en eso!

SALVADOR. Pero haz un esfuerzo ¡á ver!

MARÍA. (*Yéndose muy de prisa.*)
Vaya, me voy á tejer.

SALVADOR. (*Riéndose.*)
¡Oye!

MARÍA. (*Desde la puerta.*)
Es usted muy travieso. (*Vase.*)

ESCENA IX

DON SALVADOR

SALVADOR. Bien, muy bien: síntoma cierto
de buen suceso el marcharse;
Vicente la hará explicarse;
Ricardo llegará á puerto.

ESCENA X

DON SALVADOR, VICENTE

SALVADOR. En ti pensaba.
VICENTE. (*Distraídamente.*)
¿Sí?
SALVADOR. Sí.
¿Qué te aflige?
(*Examinándolo con ternura*)
VICENTE. Nada.
SALVADOR. (*Con reproche amistoso.*)
¿Nada?
María está equivocada,
y la Irene y yo.
VICENTE. (¡Ay de mí!)
SALVADOR. Todos lo estamos.
VICENTE. Señor...
SALVADOR. ¡Hola! Conque... ¿señor?
VICENTE. Tío.
SALVADOR. Mira, Vicente, hijo mío,
tú ocultas algún dolor.

Acuérdate en tu aflicción
que si tus padres se fueron,
otros sus brazos te abrieron;
no hieras su corazón.

VICENTE. Pero no hable usted así,
que usted me acongoja, tío;
siempre en amarlos confío;
jamás ingrato me vi.
¿Que está pálida mi frente?
Sin duda; ¿y rojos mis ojos?
Cierto: deben de estar rojos:
escribo constantemente.
¿Que estoy inquieto? Sí tal.
¿Y angustiado? De seguro:
es que me tiene en apuro
de mi carrera el final.

SALVADOR. No me engañes.

VICENTE. Nó, señor.

SALVADOR. ¡Dale al señor!

VICENTE. Digo... tío.

SALVADOR. (*Le da la carta.*)
Pues toma. Lee, hijo mío;
y disipa tu dolor.
(*Vicente lee para sí.*)

VICENTE. Pide Ricardo á mi hermana
en matrimonio.

SALVADOR. Cabal.
Es petición... oficial;
si ella á dar el sí se allana
y si es de tu gusto...

VICENTE. ¡Oh, sí!
es cumplido caballero,

y que ella lo acepte espero.
¿Ya sabe?

SALVADOR. Nó. Es para ti
esta misión reservada.

VICENTE. Tío, tal delicadeza
es propia de su nobleza...

SALVADOR. Hombre, basta, no he hecho nada...
Ricardo no se atrevió
á dar el paso en persona.

VICENTE. Esa timidez lo abona.

SALVADOR. Se fué al fundo y... ¡escribió!...
en fin, el tiempo no sobra.

VICENTE. La hablaré, y aceptará.

SALVADOR. (*Llamando.*)
¿María?

MARÍA. (*Dentro*)
¿Tío?

SALVADOR. Ven acá
Vaya, manos á la obra.
(*Á Vicente, yéndose por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XI

VICENTE, MARÍA

MARÍA. ¡Ah, Vicente!

VICENTE. Ven, María.

MARÍA. ¿Y el tío?

VICENTE. Se fué.

MARÍA. Ha llamado.

VICENTE. Sí.

MARÍA. Voy...
VICENTE. Me dejó encargado...
MARÍA. ¿Qué?
VICENTE. De hablarte.
MARÍA. Hay todavía...
VICENTE. ¿Qué cosa?
MARÍA. Bromas.
VICENTE. ¿Por qué?
MARÍA. Porque... ha estado muy travieso.
VICENTE. ¿Él?
MARÍA. Sí, sí; él mismo. Confieso
que me corrió.
VICENTE. ¿Cómo fué?
MARÍA. ¡Ay, nó!
VICENTE. Dime.
MARÍA. No sé cómo.
VICENTE. ¿Qué tiene?
MARÍA. Nada.
VICENTE. ¿Y bien?
MARÍA. Nó...
VICENTE. No tienes franqueza.
MARÍA. Yo...
sí tengo.
VICENTE. Ni por asomo.
MARÍA. Mucha.
VICENTE. Pruebas.
MARÍA. Si me da...
si me da... vergüenza.
VICENTE. Pero
¿por qué causa?
MARÍA. ¡Majadero!
VICENTE. Lo he de saber.

MARÍA. Bien está.
VICENTE. Gracias á Dios.
MARÍA. Vas á oír...
mas con una condición.
VICENTE. Dila.
MARÍA. Que otra confesión
de tu pecho ha de salir,
hermano.
VICENTE. ¡Qué! ¿he cometido
algún pecado?
MARÍA. Quizás.
VICENTE. No descubro...
MARÍA. Ya verás.
VICENTE. Bueno.
MARÍA. ¿Aceptas?
VICENTE. Convenido.
MARÍA. Conmigo, no ha mucho, aquí
el tío estuvo conversando,
y poco á poco, embromando,
me dijo, riéndose, así:
"Dime con toda franqueza
si, al verse solo, un amigo
quisiera partir contigo
alegrías y tristeza;
y fuera joven, galán..."
Aquí, estuve al retirarme;
pero él me obligó á sentarme,
gozándose con mi afán.
"¡Si es mera suposición!"
continuó: "¿Díme, que harías
en tal caso? ¿Accederías?
Consulta tu corazón."

En esto no pude más
de avergonzada y corrida
y hallé refugio en la huída. (*Pausa lenta.*)
Impuesto de todo estás.
Ahora, pues...

VICENTE. (*Interrumpiéndola.*)
Bueno; ahora,
vas á dejar que te diga...

MARÍA. (*Interrumpiéndole.*)
¿Qué causa es la que te obliga...?

VICENTE. (*Interrumpiéndola.*)
Calla, y escucha, habladora.

MARÍA. Es que...

VICENTE. Ha llegado el momento
de que sepas la verdad:
que es, María, realidad
lo que te digo...

MARÍA. ¿Es tu intento
seguir la broma?

VICENTE. Nó, hermana.

MARÍA. Pues, entonces...

VICENTE. Oye, digo:
se ha presentado el amigo...

MARÍA. Bien, Vicente, hasta mañana.

VICENTE. Ven, María.

MARÍA. ¿No me dejas?

VICENTE. De veras que no es engaño.

MARÍA. Nó, no te quiero dar paño
para bromas.

VICENTE. (*Sacando la carta de Ricardo.*)
¡Y no cejas!
Si no hay bromas, te aseguro.

¿Ves esta carta?

MARÍA. Sí, sí.

VICENTE. La petición está aquí.

MARÍA. ¿La petición?

VICENTE. Te lo juro.

MARÍA. ¡Vicente!... Ese juramento...

VICENTE. Lo ratifico.

MARÍA. *(Con suma agitación.)*
¡Vicente!

VICENTE. Sí tal.

MARÍA. ¿Tu labio no miente?
Mira que fuera un tormento...

VICENTE. Nó. Lo verás, lo verás. *(Desdobla la carta.)*

MARÍA. *(Con arrebato.)*
Mira que mi corazón...

VICENTE. ¡Ah!... ¿Lo amas?

MARÍA ¡Ten compasión!...

VICENTE. De su amor segura estás.

MARÍA. ¿Qué dices?

VICENTE. ¡Créelo, al fin!
(Pasándole desdoblada la carta.)
Goza, goza en su lectura.

MARÍA. (*Con nuevo arrebato.*)
¡Ah, qué súbita ventura!
¡No me engañaba Joaquín!

VICENTE. ¡Joaquín has dicho!
(*Trastornado por la angustia y arrebatándole la carta.*)

MARÍA. Sí tal.

VICENTE. ¡Á Joaquín amas!

MARÍA. Sí, hermano;
¡sí! (*Muy agitada.*)

VICENTE. (*Con desesperación.*)
¡Á Joaquín! ¡Dios soberano,
¡tras el veneno, el puñal!
MARÍA. ¡Vicente!... amargura impía!...
¡Que me estás asesinando!...
¡Habla, habla!
VICENTE. ¡Estás amando
un imposible, María! (*Con supremo dolor.*)
MARÍA. (*Con creciente agitación.*)
¿Esa carta?
VICENTE. ¡No es su amor!
¡Ama á otra!...
MARÍA. (*Con un grito de desesperación.*)
¡Ay!
(*Arrojándose en brazos de Vicente.*
VICENTE. ¡Desdichada!
¡Joven alma destrozada,
une á otra tu dolor!...
(*Estrechándola contra su corazón. Lloran uno en brazos del otro. Después de algunos momentos, Vicente, haciendo sobre sí mismo un esfuerzo visible, procura serenarse. Se pasa las manos por la frente, como para disipar las sombras que le envuelven y trata de calmar á su hermana. La hace sentarse en el sofá.*)
Calma, hermana, tu pesar.
Con alma fuerte resiste
la desdicha.
MARÍA. ¡Ay de mí, triste!
¡Deja, déjame llorar!
VICENTE. Pero, no te abatas tanto,

que así aumentas tu dolor!

MARÍA. ¡No sabes lo que es amor
sin esperanzas!...

VICENTE. ¡Dios santo!
¡Qué sarcasmo tan tremendo,
María, inconsciente, lanzas!

MARÍA. ¿Amas tú!...

VICENTE. ¡Sin esperanzas,
que debo callar, muriendo!...
¡Joaquín!... ¡Joaquín!...

MARÍA. ¡Lo perdono!

VICENTE. Si él amores te fingió...

MARÍA. ¡Infeliz de quien creyó!...

VICENTE. ¡Tu llanto engendra mi encono!...
¡Iniquidad!... ¡Arrullar
á una alma pura, inocente!
¡Cuando el pecho amor no siente,
no debe amor simular!...
¡Como dijiste lo hiciste,
Joaquín!... ¡Y yo que creí
ser broma lo que te oí,
cuando un día me dijiste:
—"Si llego una chica á ver,
que me guste... ¡bobería!
le digo al punto: "Alma mía,
"¿quiere usted ser mi mujer?"
Qué importa, al volver la espalda
olvidar lo que se ha dicho;
el hombre... es tan raro bicho,
siempre busca nueva falda!"
¡Que importa!... ¡Sí, sí!... ¡qué importa:
mientras que... ellos se van riendo,

que... ellas se queden gimiendo!...
¡Á gozar!... ¡la vida es corta!...
Séres que vais por el mundo
con rostro alegre y sereno
vertiendo el atroz veneno
de fingido amor profundo,
¡cuán viles sois!... Tal maldad *(Con rabia)*
¿se llama cortesanía?...
finura?... galantería?...
¡Escoria, en la sociedad!
¡tizne que por donde pasa
deja una mancha... un borrón!...
¡Traficantes de pasión,
que armáis feria en cada casa,
que aprovecháis la ocasión
do quiera que se os ofrezca
es vuestra raza... ¡una mezcla
de zángano y escorpión!

ESCENA XII

DICHOS, DON SALVADOR

SALVADOR. Vaya...
MARÍA. (¡El tío!)
(Levantándose y procurando no darle la cara.)
SALVADOR. ¿Qué hay resuelto?
VICENTE. (¡Y yo que había olvidado!...)
SALVADOR. Ya supongo, picaruela,
que al amiguito Ricardo
contestaremos... que sí... eh?

VICENTE. Tío...
MARÍA. (¡Qué angustia!)
SALVADOR. (¿No le has hablado,
hombre de Dios, del asunto?
Mira que sería chasco
que yo viniera tan fresco...
VICENTE. Sí, tío... le he estado hablando.)
SALVADOR. Sin duda. Necesidad
no había, de preguntarlo;
basta ver su mucho empeño
en no dar la faz.
MARÍA. (Me marcho.)
SALVADOR. Ya te retiras, sobrina?
MARÍA. Sí, tío.
SALVADOR. ¿Porque no veamos
mejillas coloraditas,
ni tampoco ojitos bajos?
MARÍA. Nada de eso...
(Váse por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XIII

DON SALVADOR, VICENTE

SALVADOR. Ya te entiendo...
(Á María que desaparece.)
favorables son los hados;
¿no es así, hombre?
VICENTE. Todavía...
SALVADOR. ¿Qué tiene?
VICENTE. (¡Qué diré!) Acaso...
SALVADOR. ¿Qué hay?

VICENTE. Que aún...
SALVADOR. ¿Qué?
VICENTE. Favorables...
SALVADOR. Explícate al fin y al cabo,
que no llegaré á entenderte
si prosigues tropezando
en cada palabra, y si haces
una pausa á cada rato...
Ese modo... Me parece
que ya estoy adivinando...
VICENTE. ¿Qué, tío?
SALVADOR. Que en todo el tiempo
no le has dicho ni un vocablo
con relación al asunto
que nos ha puesto entre manos
el pretendiente.
VICENTE. Sí, tío;
es que estuve preparando
ante todo...
SALVADOR. ¿Qué?
VICENTE. El terreno
para salir bien del paso.
SALVADOR. Si ya lo había hecho yo.
No fué de más, sin embargo,
lo que hiciste: estos asuntos
son serios y delicados,
y es preciso mucho tino
para poder manejarlos.
Hiciste bien.
VICENTE. Así creo...
SALVADOR. Y ¿qué dijo ella?
VICENTE. Ricardo...

SALVADOR. ¿Podrá tener esperanzas
ó será, al fin, desahuciado?
VICENTE. No podría todavía
decidir.
SALVADOR. ¿No te habló claro
María?
VICENTE. Nó.
SALVADOR. Es natural;
la turbación, el recato.
VICENTE. (¡Qué suplicio!)
SALVADOR. Poco á poco
se irá la cosa allanando.
(Llegan de fuera doña Irene y Matilde.)

ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA IRENE Y MATILDE

SALVADOR. ¿Cómo les fué?
IRENE. Regular.
SALVADOR. ¿No más?... ¿Á quién visitaron?
IRENE. Á la Tomasa.
SALVADOR. ¿Está buena?
IRENE. Buena.
MATILDE. Le mandó recados.
SALVADOR. Agradezco la fineza.
IRENE. ¿Te sientes bien?
MATILDE. Sí.
VICENTE. ¿Qué?
SALVADOR. Acaso...
IRENE. *(Bajo y rápido á don Salvador.)*
(Ven, porque tengo que hablarte

de lo que há poco ha pasado.

SALVADOR. ¿Qué cosa?

IRENE. Cosas que pueden ser de trascendencia.

SALVADOR. Vamos.)

(*Vanse por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA XV

MATILDE, VICENTE

VICENTE. (¡Qué linda está, Dios mío!) (*Marchándose.*)

MATILDE. Primo...

VICENTE. ¿Prima? ¿Se te ofrece algo?

MATILDE. Nada... no...

VICENTE. Pensaba que me ibas á decir...

MATILDE. Es por el gusto de conversar contigo.

VICENTE. Cuanto quieras.

MATILDE. (No hallo cómo decirle...)

VICENTE. El gusto es mío. ¿Qué has estado indispuesta, que la tía te preguntaba si te hallabas buena?

MATILDE. Si no fué nada aquello.

VICENTE. ¿Qué?

MATILDE. Un vahido.

VICENTE. ¡Un vahido!

MATILDE. Ya con Tomasa estábamos hablando, cuando siento, de repente,

que me da... no sé qué... algo como un vértigo...
(¡Aquella cruel noticia!)

VICENTE. ¡No te cuidas!

MATILDE. No es cosa de cuidado.

VICENTE. Puede serlo.

MATILDE. (¡Cómo podré llevar á donde quiero
esta conversación...!) ¡Ah!
(Ocurriéndosele el medio.)

VICENTE. ¡Qué!

MATILDE. No es nada...
Quería preguntarte si ya habías
descifrado... No sé por qué motivo
vengo á acordarme ahora de tal cosa...

VICENTE. ¿Qué cosa?

MATILDE. Ya verás: el geroglífico
que venía en *La Moda* hace tres días.
¿Lo descifraste?

VICENTE. Aun nó; tan sólo en parte...

MATILDE. Era de que lo hubieras descifrado
con gran facilidad... porque tenías
auxiliar, cuando el número te dimos.

VICENTE. ¿Cómo auxiliar?

MATILDE. Joaquín... contigo estaba...

VICENTE. ¡Joaquín!... ¿Joaquín?...
(El primero de rabia, el segundo como recordando.)

MATILDE. Pues... ya que de él hablamos...
tú debes de saber... una noticia...

VICENTE. *(Interrumpiéndola con acritud y amargura.)*
¡Oh, lo conozco tanto!...

MATILDE. ¿Es cierto?

VICENTE. *(Con ironía y despecho.)* ¡Cierto!...
MATILDE. ¡Yo nunca lo pensara!... (*Muy acongojada.*)
VICENTE. *(Muy sorprendido y como volviendo en su acuerdo ante el dolor reconcentrado de su prima.)*
¿Qué te aflige?
MATILDE. ¡No comprendes!... ¡mas como has afirmado que... se casa Joaquín!...
VICENTE. Nunca lo he dicho...
MATILDE. ¡Ah! no es cierto!...
(*Llorando y riendo á un tiempo.*)
VICENTE. ¡Tú lo amas!
MATILDE. ¡Di, Vicente;
¿no es cierto que es mentira que se casa?
¿Es calumnia?... ¿nó?... ¡sí!... ¡Tomasa miente!
¡Sería eso matarme!... ¡sí!... ¡matarme!
VICENTE. ¡Matilde, por los ángeles del cielo!...
¡Me estás el corazón despedazando!...
(Se deja caer con desesperación en una silla, cubriéndose el rostro. Matilde se queda mirándolo sin saber lo que le pasa, hasta que, por fin, comprendiéndolo todo, exclama consternada.)
MATILDE. (¡Ah! ¡Me amaba también!... ¡Pobre Vicente!)
(*Vase. Vicente, después de un momento, se va también por la segunda puerta de la derecha.)*

ESCENA XVI

DON SALVADOR, DOÑA IRENE

SALVADOR. Es preciso indagar con gran cautela,
porque, si es cierto, es fuerza que tomemos
algún acuerdo...
IRENE. Tal ha sucedido...
Tomasa refería el casamiento
del hijo de don Pedro con la hija
mayor de don Silvestre; y como vino
al caso, dijo:—"Creo que ya ustedes
sabrán de cierto lo que me han contado
ayer".—¿Qué cosa? le pregunto.—"Dicen,
me contesta, que corren casamiento
á un amigo de ustedes, á ese joven...
á Joaquín." Esto dice la Tomasa
y le coge á Matilde aquel desmayo.
SALVADOR. Mientras más te lo escucho más me afirmo
en creer que no te engañas cuando piensas
que nuestra hija...
IRENE. Lo quiere.
SALVADOR. ¡Dura cosa
si es cierto que se casa!... ¡Irene, Irene!
ya se están realizando mis temores.
Ese mozo es temible; te lo dije
no há muchos días.
IRENE. Y ¿qué quieres que haga?
SALVADOR. Muy poca cosa: hacerle comprender
que no es manera digna de portarse
llevarse en galanteos con las jóvenes

so pretexto de que eso les agrada.

IRENE. Mas, ¿cómo se le dicen tales cosas, Salvador!...

SALVADOR. Con finura... de tal modo
que sin poderse dar por ofendido
lo comprenda y varíe de conducta...
Á no ser que realmente una le agrade...
Eso es ya diferente... mas concrétese
á enamorar á aquella que ha elegido
su corazón para ofrecerle el puesto
de dulce compañera de su vida;
y deje á todas las demás en calma.

IRENE. Pero, hijo, es imposible; se requiere un tino...

SALVADOR. Pues la madre de familia
que no es capaz de hacerlo, á tales mozos
debe cerrar las puertas de su casa.
En fin, dejemos esto, y que Dios quiera
que al cabo quede en nada mi recelo.
Volvamos al asunto. Es necesario
para poder tomar algún partido
saber dos cosas: si Joaquín se casa
y si Matilde ama á Joaquín realmente.

IRENE. Con María hablaré.

SALVADOR. Yo con Vicente;
pero vete con tiento.

IRENE. No hay cuidado.

SALVADOR. Vicente ha de saber si es efectivo
que se casa Joaquín.

IRENE. Y mi sobrina
tal vez esté al corriente del estado
en que se halla Matilde.

SALVADOR. Es muy posible.
Me voy á ver con él.
IRENE. Llama á María.
(Vase don Salvador por la segunda puerta de la derecha y á poco llega por ahí mismo María, al parecer muy atareada con un tejido sin levantar la vista de él. Doña Irene se sienta en el sofá.)

ESCENA XVII

DOÑA IRENE, MARÍA.

MARÍA. ¿Me llamaba, tía?
IRENE. Sí.
Siéntate, hazme ese favor.
MARÍA. (¡Dame, Dios mío, valor!)
Ya está, tía.
IRENE Bien. Así
podremos tranquilamente
conversar un momentito.
MARÍA. (¡Qué dardos, cielo bendito,
me irá á clavar inconsciente!)
IRENE. ¿Qué te parece?
MARÍA. Á mí, todo
lo que á usted le plazca, tía,
me parece bien.
IRENE. María,
encuentro que de ese modo
hoy te es muy fácil hablar.
MARÍA. ¿Por qué motivo?
IRENE. El motivo

es... que hay un señor... muy vivo
para escribir... y agradar.
¡Qué sé yo!... Pone unas cosas
con la pluma el buen señor...
¿Quieres hacerme el favor
de decir si son sabrosas?
No te pongas colorada,
no te comas el tejido;
muy bonita cosa ha sido
ser por él solicitada.
Merece mi estimación
Ricardo; elección bien hecha
y le doy desde esta fecha
mi completa aprobación...
¿Estás haciendo sin duda
de muda el aprendizaje,
y quieres que yo trabaje
para quitarte lo muda?

MARÍA. (¡No puedo, no puedo más!)

IRENE. Vaya, háblame con franqueza,
¡qué!... ¿bajas más la cabeza?
Reservada y mucho estás.

MARÍA. Tía, tía, por favor...
(Deja la labor en su regazo y cubriéndose la cara con las manos pónese á llorar silenciosamente. Doña Irene, conmovida, la atrae hacia sí.)

IRENE. Tanto te he hecho avergonzar
que te pones á llorar,
pura y delicada flor.
Ven, perdóname María;
estas bromas no hubiera hecho

si pensara que tu pecho
tanto se conmovería.

MARÍA. Nó, nó, si soy una tonta;
sin saber por qué he llorado;
pero ya todo ha pasado.
¡De veras que he estado pronta!

IRENE. No tienes de qué excusarte,
pues yo la culpa he tenido,
porque tan cargosa he sido
que he llegado á avergonzarte.
Hay, sin duda, una razón
que abona á tu vieja tía,
y es que ustedes, hija mía,
con ella francas no son.
Digo ustedes, porque alcanza
á las dos lo que ahora expreso:
á veces quiero, por eso,
con bromas darles confianza.
Jamás me refieren nada,
como si tuvieran miedo;
y, á la verdad, yo no puedo
verme á tal punto olvidada.
¿Ves? por ejemplo, sospecho,
según lo que voy notando,
que mi Matilde está amando
y no me ha abierto su pecho.
¿Quién, un consejo, mejor
que una madre, podrá dar?
¿Quién las podrá encaminar
con más acierto y amor?...
Matilde está enamorada,
¿no es verdad?

MARÍA. Tía, no sé.
IRENE. ¿Ves? Tú pruebas lo que hablé
¡y qué pronto!
MARÍA. No sé nada.
IRENE. ¡Oh, sí, sí, lo sabes todo!
MARÍA. Se lo aseguro.
IRENE. ¡María!
MARÍA. Es la pura verdad, tía.
IRENE. (No se engaña de este modo:
no lo sabe.) Bien, te creo.
MARÍA. No la engaño.
IRENE. Á la verdad,
saber si ella en realidad
está queriendo, deseo.
Sondéala tú.
MARÍA. ¿Yo?
IRENE. Sí.
MARÍA. Pienso que es empresa vana.
IRENE. Contigo será más llana;
quizás te diga algo á ti.
Conviene á su bienestar
que yo lo sepa.
MARÍA. ¿Conviene?...
¡Ah! pues veré si se aviene
á decirme...
IRENE. Sí, ha de hablar.
(Doña Irene se va por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIX

MARÍA

MARÍA. ¡Oh Virgen, mira el tormento
que mi pobre alma devora!
¡Dame un consuelo, Señora,
que ya sin fuerzas me siento!
Á Joaquín, en mi delirio,
un santuario le hice en mi alma,
y al buscar de amor la palma
encontré... ¡la del martirio!...

ESCENA XX

MARÍA, MATILDE

MATILDE. María, aquí te encuentro... iba á buscarte.
MARÍA. ¿Qué me quieres, Matilde?
MATILDE. ¡Estás llorando!
MARÍA. Llorando, sí, llorando... No te oculto
estas lágrimas, prima, necesito,
para que no me ahoguen, compartirlas
con un pecho afectuoso
MATILDE. Mas ¡qué es esto!
MARÍA. Que no puedes jamás imaginarte
¡ay! el quebranto que las causa
MATILDE. Prima,
tú dices la verdad. Por más que pienso

no doy con el motivo de tu llanto.

MARÍA. Es bien duro, Matilde.

MATILDE. Ahora menos
que nunca, pues creía firmemente
que estabas en el colmo de la dicha.

MARÍA. ¡En el colmo!

MATILDE. Cuando íbamos á casa
de Tomasita, me contó mamá
que tus votos se habían realizado.

MARÍA. ¿Creías tú también?

MATILDE. Sí, que Ricardo,
aspirando á tu mano, te brindaba
inmensa dicha y realizaba todos
tus ensueños de amor.

MARÍA. ¡Cuán de otra suerte!

MATILDE. Cualesquiera que sean, prima mía,
tus penas comunícame.

MARÍA. ¡Ay, Matilde!

MATILDE. Habla; sabrá mi pecho comprenderte,
que ya también la angustia en él se ceba.

MARÍA. ¿La angustia?

MATILDE. ¡Sí, la angustia!

MARÍA. ¿También sufres?

MATILDE. ¡Ay!... ¡Y Dios quiera que termine pronto
esta ansiedad mortal que me consume!

MARÍA. ¿Qué causa tu tormento?

MATILDE. Está en mi pecho
la causa de mi pena. *(Pausa.)* ¡Amo, María!

MARÍA. ¡También, Matilde!

MATILDE. ¡Amor es tu quebranto!

MARÍA. ¡Amor, sí, amor!

MATILDE. ¡Igual nuestra amargura!

MARÍA. ¡Oh, nunca podrá ser igual!
MATILDE. ¡María,
Dios sabe si será mayor la causa
de mis congojas!
MARÍA. ¡Nunca; es imposible!
MATILDE. Yo veo padeciendo á un desdichado
que me ama... ¡Y yo amo á otro!
MARÍA. ¿Y yo... Y Ricardo?
MATILDE. Yo dudo de que aquel que me enajena
corresponda á mi amor.
MARÍA. ¡Duda bendita,
pues no cierra la puerta á la esperanza!
Yo soy para quien amo... ¡una cualquiera!
¡Esto no es en mí, duda, es certidumbre!
¡Nó, Ricardo no es el que á mi pecho
ha robado la calma para siempre
con sus palabras!...
MATILDE. ¿Quién?
MARÍA. ¡Joaquín!
MATILDE. ¡María!
MARÍA. ¡Me engañaba!
MATILDE. ¡María!
MARÍA. ¡Qué te pasa!
¡Ese dolor!... ¡Matilde! ¡Desdichada!...
Lo amas tú también, pobre Matilde,
y él...
MATILDE. ¡Qué vas á decir!...
MARÍA. ¡Ama á otra!
MATILDE. ¡Á otra!...
¡Él ama á otra!... ¡Qué siento!... ¡Prima, prima!
(Tambaleándose como desvanecida y llevándose las manos al corazón.)

MARÍA. ¡Oh, Matilde!...¡Qué he hecho!...¡Tía tía!..
(*Corriendo desatentada.*)
¡Don Salvador!...

MATILDE. ¡No llames, nó, no llames!...
(*Se va por la derecha del foro.*)

ESCENA XXI

DICHOS, DON SALVADOR, DOÑA IRENE, VICENTE

IRENE. ¿Qué pasa?
(*Llegando por la primera puerta de la derecha.*)

SALVADOR. ¿Qué sucede?
(*Llegando, seguido de Vicente, por la segunda puerta de la derecha.*)

VICENTE. ¿Qué hay?

MARÍA. ¡Matilde!...

SALVADOR. ¿Qué tiene?

MARÍA. Si... no es nada...

IRENE. ¿Que está enferma?
(*Vase, seguida de don Salvador, al cuarto de Matilde.*)

ESCENA XXII

VICENTE, MARÍA

VICENTE. María, ¿qué ha pasado?

MARÍA. ¡Que al decirla
que Joaquín ama á otra...!

VICENTE. (*Interrumpiéndola con amargura.*)
¡Dios del cielo!

¡Si es ella... es ella misma á quien él ama!...

MARÍA. ¡Vicente! ¡Hermano! ¡Huyamos de esta casa!...
¡Huyamos para siempre!... para siempre!...
(*Con infinita desesperación, cogiéndose de él. Vicente levanta las manos al cielo.*)

ANTONIO ESPIÑEIRA

(Continuará)

CAE EL TELÓN

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

CURA-PÁRROCO

Las palabras *cura* y *párroco* pueden, según el DICCIONARIO de la Academia, significar exactamente una misma cosa, esto es, "un sacerdote encargado, en virtud del beneficio que tiene, del cuidado, instrucción y pasto espiritual de una feligresía".

Efectivamente, en Chile, tanto la autoridad eclesiástica, como la civil, dicen siempre en el lenguaje oficial: ó *cura* ó *párroco*.

El obispo chileno don Justo Donoso, en sus obras MANUAL DEL PÁRROCO AMERICANO, INSTITUCIONES DE DERECHO CANÓNICO AMERICANO y DICCIONARIO TEOLÓGICO, emplea de preferencia *párroco;* pero en la última de las

tres obras recordadas enseña que *párroco* significa lo mismo que *cura*, y así es la verdad.

Mientras tanto, la expresión *cura-párroco* es usada no sólo en Chile, sino en España misma.

Don Manuel Bretón de los Herreros, en la comedia en un acto Á LO HECHO PECHO, escena 12, trae estos versos:

> Pidamos su bendición
> al *cura-párroco*, pues,
> estamos los dos, Inés,
> cortados por un patrón.

El popular poeta don José Zorrilla, en la obra titulada RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, parte 2.ª, capítulo 8, ó sea el tomo 2, página 196, se expresa como sigue:

«La primera fiesta á que asistí, convidado, fué á las del jueves, viernes y sábado de la semana santa en Ajapusco, de cuyo *cura-párroco* he hecho ya anteriormente mención.»

Su eminencia el cardenal don Miguel Payó y Rico ha publicado, el 18 de diciembre de 1885 en Santiago de Galicia, una pastoral para anunciar á los fieles un jubileo plenísimo para el año de 1886.

Á la conclusión de esta pastoral, viene una nota que dice así:

«Este nuestro aviso é invitación pastoral será leída al pueblo por los señores *curas-párrocos* y encargados de las parroquias en el primer día festivo siguiente al de su recepción en la forma acostumbrada.»

Parecería á primera vista que la expresión *cura-párroco* es redundante.

Sin embargo, no es así, puesto que *cura* es una palabra genérica aplicable, no sólo á los *párrocos*, sino tam-

bién á los capellanes de ejército, á los de monjas, á los de hospicios, hospitales, casas de corrección, de expósitos y á otros funcionarios eclesiásticos.

Cura denota, además en el lenguaje familiar, tanto de Chile como de España, cualquier sacerdote católico.

Por esto, el DICCIONARIO de la Academia, duodécima edición de 1884, autoriza por primera vez esta expresión de *cura-párroco* en una de las acepciones de *cura*.

Habría sido más exacto decir en la de *párroco*.

CUTAMA

Este es un vocablo indígena de América, el cual, según los diccionarios del quichua, significa *costal*.

Pero ha de saberse que *costal* denota en castellano, no sólo un saco más ó menos grande de *cuero*, como se entiende por lo general en nuestro país, sino un "saco grande de *tela* ordinaria, en que comunmente se trasportan granos, semillas ú otras cosas".

Salvá y Barcia mencionan en sus diccionarios el vocablo *cutama*, como peruanismo el primero, y como americanismo el segundo; pero la Academia no lo consigna en el suyo.

En Chile es usado.

CUYO, CUYA

Hé aquí el artículo que el DICCIONARIO de la Real Academia Española destina á esta palabra:

"*Cuyo, cuya.* (Del latín *cuius*). Pronombre relativo con terminaciones distintas para los géneros masculino y femenino, y con ambos números, singular y plural. *De quién.*

Este pronombre, además del carácter de relativo, tiene el de posesivo, y concierta, no con el poseedor, sino con la persona ó cosa poseída.—Mi hermano *cuya* mujer está enferma.—La patria *cuyos* infortunios deploro.—Precede inmediatamente al nombre, como se ve por estos ejemplos; y sólo puede anteponerse al verbo *ser*:—*¿Cúyo* es este libro?—No puede construirse con el artículo.»

El DICCIONARIO advierte que *cuyo*, en estilo familiar, puede significar «galán ó amante de una mujer».

La definición del pronombre *cuyo, cuya*, consignada en el DICCIONARIO, da á entender que equivale siempre á *de quién*, y se refiere siempre á persona.

Los dos ejemplos con que el DICCIONARIO aclara su definición lo confirman.

Sin embargo, esto no es exacto.

Cuyo, cuya corresponde también á *de que* ó *del cual*, y puede referirse á cosa.

La misma Academia lo enseña en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, edición de 1880, páginas 219 y 220.

«El pronombre *cuyo* (dice) hace relación á cosa ya nombrada, ó que se nombra inmediatamente; siempre indica posesión ó pertenencia; no es, en último resultado, sino el genitivo latino *cuius*, y en castellano equivale á *de quien* ó *del cual*.»

La Academia formula á continuación con mucha verdad las reglas á que el empleo del pronombre *cuyo* ha de conformarse, las cuales son las que siguen:

«Implícito, pues, (dice) lleva el pronombre *cuyo* en sí el *de* característico de genitivo; y, por tanto, no puede enlazar, ni como nominativo ó sujeto, ni como acusativo ó término de una segunda oración, el término ni el suje-

to de la primera. Por consecuencia, dicen un disparate los que, verbigracia, escriben:—Dos hombres cruzan el río montados en buenas caballerías, *cuyos* hombres traen armas,—en vez de—*los cuales* traen armas;—Una estatua de la Victoria se halló en las ruinas de Sagunto, *cuya* estatua he comprado,—en lugar de—*la cual* he comprado.

"Respecto de la concordancia, conviene observar que los pronombres *cuyo, cuya, cuyos, cuyas* no la forman, como los otros posesivos, con el nombre á que hacen relación, sino con el de la persona ó cosa poseída, al paso que los posesivos *mío, tuyo*, etc., conciertan constantemente con el mismo nombre á que se refieren, como los adjetivos. Por ejemplo:—la reina, *cuyo* perdón pretendemos; el terreno, *cuya* propiedad se litiga; los libros, *cuyo* autor no se sabe; el agresor, *cuyas* señas se ignoran.—En estas expresiones concierta el pronombre *cuyo* con *perdón*, y hace relación á la *reina; cuya* concierta con *propiedad*, y se refiere al *terreno*, etc.

"Mediando, como en los ejemplos anteriores, dos nombres, uno para aplicarle la posesión y otro con el cual debe concertar el relativo *cuyo*, no siempre es indiferente el emplear éste ó su equivalente *de quien, de quienes*. Lo es de ordinario con el verbo *ser*, pues lo mismo podemos decir:—Aquel *cuya* fuere, ó aquel *de quien* fuere la viña; —pero los demás verbos piden forzosamente *cuyo, cuya*. No son buenas locuciones:—Los clientes *de quienes* defendemos los derechos; mi hermano *de quien* la salud está quebrantada:—es preciso decir:—*cuyos* derechos defendemos; *cuya* salud está quebrantada."

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

LO QUE NO TIENE SANCIÓN

(Conclusión)

ACTO TERCERO

La misma decoración anterior.

ESCENA PRIMERA

DON SALVADOR, IRENE

(Don Salvador sentado en el sofá, con el codo derecho apoyado sobre una rodilla y en la mano la frente. Momento de silencio. Sale acongojada doña Irene del cuarto de Matilde).

IRENE. ¡Salvador, Salvador!...

SALVADOR. ¿Qué nueva, Irene?

IRENE. ¡Ninguna!

SALVADOR. ¿No te ha dicho?...

IRENE. ¡Nada, nada!

SALVADOR. ¡Extraña obstinación la de Matilde!
¿Por qué ha dado en callar?... ¡No lo concibo!
IRENE. ¡Ojalá que callara!... ¡Así sería
más sincera, con mucho, en su silencio,
que con esas palabras engañosas!
Hace esfuerzos supremos por reírse;
y lo consigue al fin! Pero su risa...
¡su risa es un gemido prolongado,
aún más desgarrador que el llanto mismo!
En vano he batallado porque me abra
su corazón, que me hable con franqueza,
en nombre del derecho de una madre
á compartir las penas de sus hijos...
y todo en vano, Salvador, ¡en vano!
¡Asegura y porfía que no tiene
dolor moral alguno!
SALVADOR. ¡Quiero hablarla!
Quiero hablarla yo mismo.
IRENE. ¡Nó, nó; déjala!
Si yo nada he podido, mucho menos
alcanzarás tú de ella.
SALVADOR. ¡Ciertamente!
IRENE. Y sólo harás más cruel su sufrimiento.
SALVADOR. Sí, sí; tienes razón... Su sufrimiento...
Ó Matilde no sufre, como creemos, [nos
ó sufre inmensamente: no hay más términi-
posibles, observando su firmeza
en negar.
IRENE. Es lo cierto lo segundo.
¡Sí, sufre mucho!
SALVADOR. Y ¡ay! cuando se encierra
la amargura en el pecho, y se la oprime

y se condena al alma á devorarla
en sombrío silencio... ¡el vaso estalla,
y la envoltura rota, inerte, fría,
va á caer, por inútil, al sepulcro!

IRENE. ¡Hija mía, hija mía!

SALVADOR. ¡Suerte adversa!
¡Irene, Irene, removamos todo;
no perdonemos medios; sin descanso
procuremos saber lo que aquí pasa!

IRENE. ¡Quiero ver á María... esto me abate!...
(Vase apresuradamente por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA II

DON SALVADOR

SALVADOR. ¡Oh, pequeñez humana!... Que no puedan
las miradas solícitas de un padre
penetrar hasta lo íntimo del alma
del hijo, y sorprender allí el secreto
de sus perpetuas lágrimas y duelos,
para aplicar con mano cuidadosa,
por el afecto paternal guïada,
el bálsamo á los males del espíritu,
males que son mil veces más tiranos
que los males del cuerpo y sus dolores!...
¡Mándame un rayo de tu luz, Dios mío!...
No sé por qué en mi mente va creciendo
de Joaquín la figura malhadada...
(Pausa.)

¡Yo creo que el aliento de ese hombre
ha emponzoñado el aire de mi casa!...

ESCENA III

DON SALVADOR, IRENE

IRENE. Pero, cielos, ¿qué es esto?
SALVADOR. ¿Qué sucede?
IRENE. ¡Sucede que también María gime!...
SALVADOR. Mi sobrina también, cuando debiera,
entregada á risueños pensamientos...
pero ¿es esto una odiosa pesadilla
ó es la realidad?... ¡Yo me confundo!
IRENE. La realidad, la realidad; escucha:
en llegando á la puerta de su cuarto,
me preparaba á abrirla, cuando siento
como un sollozo ahogado; me detengo,
y escucho atentamente... Sí, María,
María estaba allí, también gimiendo.
Dudar no era posible; con sigilo
abrir quise la puerta, sorprenderla
en medio de sus lágrimas, sin darle
tiempo á que las secara, y apurarla,
y estrecharla sin tregua y reducirla
á contarme sus penas... Pero estaba
cerrada aquella puerta.
SALVADOR. ¿Cómo puede
gemir, cuando Ricardo, según creemos,
ha puesto el colmo á su ventura? ¿Cómo?
IRENE. Ven, Salvador, conmigo, y por ti mismo
sabrás lo que te cuento.

SALVADOR. ¡Vamos, vamos!
(Vanse por la segunda puerta de la derecha. Llega Vicente de afuera.)

ESCENA IV

VICENTE

VICENTE. Ya está todo concluído... ¡Él va á pedirla!
(Pausa.)
Fué preciso arrastrar ante aquel hombre
mi dignidad, mi orgullo; hacer pedazos
mi corazón... ¡porque ella esté risueña
y feliz sea! *(Pausa.)* ¡Olvido, llega, olvido,
que nunca, como ahora, te ha llamado
la desventura!... ¡Muera la memoria,
perezca la razón... y aún no es bastante!
(Pausa.)
"¡Huyamos de esta casa para siempre!"
¡María, pobre hermana!... ese fué el grito
de tu alma en el exceso de la pena!...
"¡Huyamos para siempre de esta casa!"
¡Sí, saldremos, hermana, para siempre!...
(Pausa.)
¿Y en dónde está el rincón á que no llegue
de nuestro amor la dolorosa imagen,
compañera tenaz de nuestras horas?...
(Matilde entreabre la puerta derecha del fondo y al ver á Vicente se dirige hacia él.)

ESCENA V

VICENTE, MATILDE

MATILDE. ¡Ah!
VICENTE. ¡Matilde!...
MATILDE. Perdóname, Vicente,
el mal que, sin querer, te he ocasionado.
VICENTE. Matilde, tranquilízate; ninguno,
ninguno me has causado, prima mía.
¿Estás buena? ¿Estás buena?
MATILDE. Pobre primo,
la aparente frialdad de tus palabras
no disimula tu dolor inmenso.
VICENTE. ¿Dolor?... Matilde, nó; si estoy sereno.
MATILDE. Ojalá lo estuvieras; no me engañes;
juzgo tu sufrimiento por el mío,
y debe ser terrible.
VICENTE. Te equivocas.
MATILDE. Perdóname, te digo, aunque soy causa
involuntaria de tu mal presente.
VICENTE. ¿Y qué he de perdonarte, ángel del cielo,
si aquello que te dije era una broma?
MATILDE. De lo íntimo del alma fué aquel grito;
sí, sí, tú no pudiste contenerte. *(Pausa.)*
Si alguna vez dí aliento, sin pensarlo,
á tu afecto, Vicente, fuí sincera;
quizás hubiera un día... Pero vino,
¡ay!... aquel hombre, y su continuo halago...
¿Por qué, Dios mío, me faltó franqueza?
¡Por qué María fué tan reservada!...

Cuando ambas, una de otra recelosa,
queríamos sondearnos mútuamente,
siempre nos protestábamos lo mismo:
que eran sólo atenciones, atenciones
de buena educación, las de... aquel hombre...
Si habláramos, con tiempo descubriéramos
sus palabras, iguales para todas
y para todas falsas. ¡Tarde ha sido!...
¡Hoy... ya lloramos todos!...

VICENTE. Nó, Matilde,
tú no tienes por qué.

MATILDE. ¡Que yo no tengo!...
¡Qué burla tan sangrienta!

VICENTE. ¿Burla? ¡Nunca!...
Abre tu corazón á la esperanza.

MATILDE. ¡Ya murió para siempre! *(Yéndose.)*

VICENTE. Prima, escucha...
¡Él... te ama!...

MATILDE. *(Con desaliento.)*
¡Joaquín!... ¡Ya nada importa!

VICENTE. ¿Ya nada importa has dicho?

MATILDE. ¡Nada importa!
(Vase.)

ESCENA VI

VICENTE, DON SALVADOR

SALVADOR. Vicente.

VICENTE. Tío.

SALVADOR. Vicente,
¿qué pasa, hombre, aquí? ¿Qué pasa,

que anda revuelta esta casa
no há mucho tan diferente?

VICENTE. ¿Revuelta, tío?

SALVADOR. Sí, tal.
No me engañes, no me mientas:
¿qué ocasiones ó... qué afrentas
han dado pábulo al mal?
En mi hogar antes tranquilo
á Matilde el llanto oprime,
María apenada gime...
Si sabes el por qué, dilo.
Tú también, tú mismo estás...

VICENTE. ¿Yo?

SALVADOR. Tú, sí, estás de otro modo.
¡Diferente aquí está todo!...
Tú la razón me dirás...
¡Me dirás qué aire cargado
de desdichas ha corrido,
que en mi casa se ha metido
y todo lo ha trastornado!

VICENTE. Tío, yo no sé por qué...

SALVADOR. No mientas, hombre, no mientas,
ya te lo he dicho, y lo intentas
hacer con negarme... Sé
que no te se ha de ocultar
lo que pasa á mi alredor...
dímelo, hijo, por favor,
que se pueda remediar.

VICENTE. (¡Remediarlo!) Tío... tío,
lo que pasa...

SALVADOR Tú lo sabes,
por fuerza son cosas graves,

y en que me cuentes, confío,
sin ambajes la verdad;
que me pongas al corriente.
Sólo, te pido, Vicente,
luz, luz... ¿Qué calamidad
nos aflige? ¿Por qué así
María llora?...

VICENTE. ¿Que llora?

SALVADOR. Con ella Irene está ahora...
No digo llorar, la oí
gemir... Estaba encerrada
sollozando... La escuché,
golpeé, abrió, entramos, miré
y... ¡ya no tenía nada
al parecer, porque presto,
al vernos, se echó á reír!
Vicente, ¿es esto fingir?
Si no es fingir, ¡di qué es esto! (*Pausa.*)
Á juzgar por lo que veo,
no ama á Ricardo, María;
si lo amara ¿lloraría
cuando cumple su deseo,
cuando la pide rendido
el mismo á quien ella adora?
¡Cuando se ama, no se llora
de verse correspondido!...
Habla, en fin, habla, Vicente
y sepa yo lo que pasa,
hijo mío, en esta casa,
no há mucho tan diferente.

VICENTE. Tío, le voy á decir...

SALVADOR Lo que sepas; no trabajes

por ocultar... Sin ambajes...

VICENTE. Sí... no le debo mentir...
Tío, es cierto que mi hermana...
yo no sé por qué razón...
no acepta la petición
de Ricardo...

SALVADOR. Pues, á fe
que lo siento grandemente;
mas nadie la obligará.
¿No le gusta? Bien está;
qué hemos de hacerle, Vicente.

VICENTE. Como ve la estimación
de usted por él...

SALVADOR. Sí, lo estimo;
pero á María no oprimo
con ninguna obligación.
¿Ella no quiere? paciencia;
yo no la pongo en un potro;
se acabó, y quédese el otro
á la luna de Valencia.
Pero este no es un motivo
para encerrarse á gemir,
y luego después fingir
y mostrar el pecho esquivo
á toda investigación.

VICENTE. Es que... temía el efecto
de un rechazo á ese proyecto
matrimonial...

SALVADOR. Sin razón.

VICENTE. Además... hay otro punto,
que es lo que principalmente
causa su dolor presente.

SALVADOR. Vamos á ver ¿qué otro asunto?
Ya estoy todo receloso,
todo desasosegado.
¿Es asunto delicado?
VICENTE. Un motivo poderoso...
SALVADOR. Prosigue, ¿qué te detiene?
VICENTE. Que no sé... cómo... explicar...
SALVADOR. El mejor modo de hablar
es hablar como conviene;
esto es, con toda franqueza:
el pan, pan; y el vino, vino.
Si tomas este camino,
verás con qué ligereza
vas á donde quieres ir.
VICENTE. Adopto su parecer.
SALVADOR. Pues nos hemos de entender.
VICENTE. Es necesario concluir...
Tío, ¡le debemos mucho...
no queremos molestar
por más tiempo... Á separar
nos vamos de usted.
SALVADOR. *(Con profunda sorpresa y muy agitado, tomando á Vicente de un brazo.)*
¡Qué escucho!
¿Qué dices?
VICENTE. ¡Sí, tío, sí!
SALVADOR. ¡Que te has vuelto loco!
VICENTE. ¡Tío...
es necesario!
SALVADOR. ¡Hijo mío,
di que no te comprendí!
VICENTE. Es cierto, señor.

SALVADOR. ¡Es cierto!
¡Qué significa, por Dios!...
VICENTE. Debemos salir los dos:
María y yo.
SALVADOR. *(Con honda amargura.)*
¡Me has abierto
honda herida, desgraciado!...
¡Qué te falta, qué ambicionas;
por qué así nos abandonas,
si tanto te hemos amado!
(Hondamente conmovido.)
VICENTE. Es preciso, es preciso... No podemos
á su lado quedarnos por más tiempo.
SALVADOR. ¡Oh, yo me opongo, sí, puedo oponerme
á que ustedes se vayan, y me opongo!
(Con viveza y energía.)
VICENTE. ¡Señor, no haga tal cosa, se lo ruego!
SALVADOR. ¡La causa, entonces, di cuál es la causa
de tan fiero propósito, Vicente!
VICENTE. ¡No me es dado decirla!... ¡No me es dado!...
SALVADOR. ¡Todavía me ocultas, cuando tratas
de herirnos en mitad el corazón!...
VICENTE. ¡Imposible, señor, es imposible!
¡Sería exacerbar la desventura!...
SALVADOR. ¡Ah! *(Como asaltado por un pensamiento repentino.)*
¡Esta idea... esta idea... me parece
que voy á penetrar este misterio!...
VICENTE. (¡Cielo! ¡que mi secreto no descubra,
ni el amor de María!)
SALVADOR. ¡Mira, mira!...
(Sumamente agitado, toma á Vicente y lo

coloca frente á frente, poniendo sus manos en los hombros de aquél, y mirándole fijamente, Vicente trata de huir las miradas de don Salvador.)

¡Mírame bien... tus ojos en los míos...
así, Vicente... así!... ¿Vuelves el rostro?
Déjame leer en lo íntimo de tu alma
tus pensamientos, tus secretos, todo...
(Pausa. Reflexionando.)
esa melancolía que hemos visto
en ti... tus inquietudes... la nobleza
de carácter... tu cortedad de genio...
No hay duda... ¡Estás amando!...
(Con convicción y complacencia.)

VICENTE. *(Con angustia y desprendiéndose de él.)*
Ah!

SALVADOR. ¡Estás amando!...
¡Sí!... ¡Matilde! *(Llamando.)*
Matilde! ¡He comprendido!

VICENTE. ¡Señor, señor!... qué intenta qué pretende!..
(Sale Matilde.)

ESCENA VII

DICHOS, MATILDE

MATILDE. ¿Me llamaba, papá?

SALVADOR. Ven, hija, ven.
(La lleva ante Vicente que está como aterrado y dice:)
¡Vicente!...

VICENTE. Tío, tío...

SALVADOR. ¡He aquí á tu esposa!...
MATILDE. ¡Ah! *(Sin saber lo que le pasa y aturdida.)*
VICENTE. ¡No la mate!... ¡No la mate!... ¡Tío!...
SALVADOR. ¡Te la doy!... ¡Te la doy!...
MATILDE. ¡Papá!
VICENTE. ¡Perdona!...
(Á Matilde con desesperación. Ella se cubre el rostro y llora.)
(Bajo y rápido á don Salvador)
(¡Señor, señor! Si ama á Joaquín!...
SALVADOR. *(Bajo y rápido á Vicente)* ¿Qué dices!... ¿Es verdad!...
VICENTE. *(Como antes)* ¡Te lo juro por el cielo!...)
(*Sale un criado por la segunda puerta de la izquierda con una tarjeta de visita.*)

ESCENA VIII

DICHOS, UN CRIADO

CRIADO. ¿Señor?
SALVADOR. ¿Qué hay?
CRIADO. Le manda un caballero.
(*Se la entrega y se va.*)
SALVADOR. (¡De Joaquín! de Joaquín!..) ¡Voy al instante!
(*Vase por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA IX

MATILDE, VICENTE

VICENTE. ¡Prima!...
MATILDE. ¡Nuevas angustias ...

VICENTE. ¡Créeme, prima!
¡Nada le he dicho!...
MATILDE. (*Con amargo reproche, llorando.*)
Yo pensé, Vicente,
que al verme padecer, respetarías
mi sufrimiento.
VICENTE. (*Con sincera desesperación.*)
¡Prima!... nada he dicho!...
MATILDE. Quieres que á tus palabras ¡ay! dé crédito,
y mi padre...
VICENTE. Tu padre ha comprendido,
Matilde, esta pasión que me subyuga!
MATILDE. ¡Ah!... ¿Cómo puede?...
VICENTE. ¡Por el cielo, prima...
no martirices más á un desdichado
con esa duda cruel!...
MATILDE. ¡Pobre Vicente!...
VICENTE. En vano he procurado en lo más íntimo
esconder este amor que me consume!...
(*Con desesperación*)
¡Yo mismo me he ofrecido en holocausto
de tu dicha, Matilde, yo, yo mismo...
Á aquel que tú amas fuí á decirle;
"Ella te ama, Joaquín, ella me envía
á anunciarte su amor!"
MATILDE. (*Con verdadero estupor.*)
¡Tú!
VICENTE. ¡Sí, yo mismo!...
MATILDE. ¡Tú! (*Sin volver de su asombro.*)
VICENTE. ¡Ah!... ¡Te espantas!
MATILDE. ¡Primo!
VICENTE. ¡Sé dichosa;

no importa lo demás... ¡Mi pobre hermana!

MATILDE. ¡Infeliz!...

VICENTE. ¡Y qué importa!... ¡Ella bien sabe
devorar en silencio su martirio!...

MATILDE. ¡Nunca, Vicente, nunca!...

VICENTE. ¡Es necesario!...

MATILDE. ¡Necesario!...

VICENTE. ¡Sí tal!

MATILDE. Y yo, ¿tranquila
podría estar jamás, si levantaba
sobre las ruinas de sus ilusiones,
mi gloria, mi alegría?... ¡Nunca!... nunca!...
¡Aun tengo corazón!... Aun no he olvidado
que lo tengo, Vicente!... Aun hay bríos
en él para sufrir!...

VICENTE. ¡Triste Matilde!...
sé tú dichosa y... déjame llorar.
(Sale doña Irene trayendo á María que llora silenciosamente.)

ESCENA X

DICHOS, DOÑA IRENE, MARÍA.

IRENE. *(Á Matilde)*
¡Hija mía!... ¡Qué amargas son tus lágrimas;
(*Con gran dolor.*)
qué congoja tan fiera las produce!

MATILDE. ¿Usted lo sabe?...

IRENE. ¡Todo!...

MATILDE. ¡Madre mía!...
(*Arrojándose en sus brazos.*)

IRENE. ¡Llora, llora!... María, al fin, ha hablado.
VICENTE. ¡Y has hablado, María!...
(*María sigue llorando en silencio.*)
IRENE. (*Á Vicente.*) ¡Calla, calla!
¡No insultes su dolor ni su franqueza!...
¡Qué digo!... ¡Su franqueza!... Combatida,
estrechada por mí sin darle tregua,
cedió mal de su grado, y me lo ha dicho
todo, Vicente, todo!...
VICENTE. ¡Hermana, hermana!...
IRENE. (*Con sentimiento.*)
Las dos á Joaquín aman!... ¡Duro golpe!...
¡Ay, mísera, yo bien pude evitarlo...
Por mi necia confianza soy culpable!...
(*Se oyen las voces de don Salvador y Joaquín.*)
SALVADOR. (*Dentro.*)
Pase usted, pase usted.
JOAQUÍN. (*Dentro.*) Gracias.
IRENE. ¡Él viene!...
MARÍA.
VICENTE. ¡Ah!
MATILDE.
(*Exclamación que los actores deben estudiar mucho para darle el tono adecuado á la situación de los personajes. Aparece Joaquín seguido de don Salvador, y alcanza á ver cómo se enjugan apresuradamente sus lágrimas María, Matilde y doña Irene.*)

ESCENA XI

DICHOS, JOAQUÍN, DON SALVADOR

JOAQUÍN. Señoras... (¿Qué pasa?) Doña Irene...
María... Matildita... Amigo mío...
(*Lo primero haciendo una inclinación de cabeza. El aparte con extrañeza. Lo demás al dar la mano á cada uno de los personajes que están en escena, con la más fina galantería. Esta entrada debe estudiarse lo más que sea posible á fin de hacerla con toda naturalidad.*)
¿Y su salud, señora? (*Á doña Irene.*)

IRENE. (*Con mucha sequedad.*)
Buena, gracias...

SALVADOR. Siéntese usted, Joaquín, siéntese usted.

JOAQUÍN. Muchas gracias, señor.
(*Se sienta y también doña Irene y don Salvador. Matilde, María y Vicente hacen ademán de marcharse cada cual por su lado. Don Salvador, al verlo, les dice:*)

SALVADOR. ¿Por qué se marchan?
(*Los tres se vuelven al oírlo, y toman asiento. Los actores estudiarán la colocación más favorable al desarrollo de la escena.*)
Quédense aquí para que sepan todos
la agradable noticia... y la respuesta
que dé la interesada... Sin preámbulos:
(*Agitación en todos.*)

¡Joaquín me acaba de pedir la mano de Matilde!...

IRENE. (*Poniéndose de pie.*) ¡Dios mío!...

MATILDE Y MARÍA. Ah!...

(*La última con un sollozo apagado, poniéndose de pie y marchándose.*)

SALVADOR. ¿Qué?...

VICENTE. (¡Qué angustia!)

(*Suma rapidez en el diálogo. Matilde sujeta á María y, dirigiéndose á Joaquín, exclama:*)

MATILDE. ¡Imposible!... Mi mano...

MARÍA. (*Con voz suplicante, tratando de desasirse.*) ¡Prima!...

MATILDE. (*Concluyendo la frase.*) ¡Nunca!... ¡La de María, sí!

MARÍA. (*Cubriéndose el rostro.*) ¡Cielos!

JOAQUÍN. } (*Al mismo tiempo.*) ¡Qué oigo!
SALVADOR. } ¿Qué dice?...

VICENTE. ¡Jamás!...

MARÍA. ¡Jamás!...

JOAQUÍN. (¡Comprendo! ¡Amargo trance!... ¡Enamoré á las dos!...) (*Muy avergonzado.*)

SALVADOR. (*Sin entender.*) ¿Qué significa?...

IRENE. ¡Salga usted, salga usted, desventurado!... (*Á Joaquín, con amargo reproche y altivez. Éste sale todo azorado por la segunda puerta de la izquierda.*)

ESCENA XII

DICHOS, MENOS JOAQUÍN

IRENE. ¡Salvador! ¡Tus temores se han cumplido! (*Llorando. Don Salvador lo comprende todo.*)

SALVADOR. ¡Desdicha sin igual! ¡Hijas de mi alma!... (*Con profunda amargura, abriéndoles sus brazos, en los que ambas se precipitan. Pausa durante la cual se sienten sus sollozos. Don Salvador da un beso en la frente á cada una, llorando, y luego exclama:*)
¡Cuándo, Dios justo, cuándo vendrá el día de la sanción social para tal crimen!

ANTONIO ESPIÑEIRA

CAE EL TELÓN

INSTRUCCIÓN

PARA LA LECTURA Y CORRECCIÓN DE PRUEBAS DE IMPRENTA

(Conclusión)

MODO DE CORREGIR LAS PRUEBAS

Sabida es la imposibilidad que existe de imprimir una obra sin errores, pero conviene al menos reducir todo lo posible su número, poniendo tanto más cuidado en la corrección cuanto mayor sea la importancia del libro y según su naturaleza especial.

El local en que se leen las pruebas ha de ser silencioso y bien alumbrado. En él los correctores deben tener á la mano el Diccionario y la Gramática de la lengua y las obras de consulta que aconseje la práctica, siendo conveniente que haya entre ellas un buen Diccionario Enciclopédico y un Manual ó Diccionario de Tipografía.

La persona encargada de la lectura de las pruebas (y á quien suponemos al corriente de la teoría, ya que no de la práctica de la composición tipográfica) ha de po-

seer conocimientos, siquiera sean superficiales, de las ciencias y de las artes, y algo más profundos sobre la gramática y literatura de su idioma, no estando por cierto de más que sepa latín: los idiomas vivos pueden serle también de mucha utilidad. En general, podrá desempeñar su cometido más satisfactoriamente cuanto más vasta sea su instrucción y mejor dotado se halle de buen sentido.

Al proceder á la lectura de las pruebas, se ha de tener en cuenta, además de las faltas de lenguaje, de puntuación y de ortografía, si el trabajo tipográfico reúne las condiciones siguientes:

1.ª Si el espaciado de cada línea está hecho con regularidad; si no está, sin motivo que lo justifique, demasiado ancho ó demasiado apretado; si el cajista ha tenido presente, al repartir los espacios de las comas, el blanco que algunas letras llevan naturalmente en la parte inferior, como la *o*, la *r*, la *y* (minúscula) y la cifra 7.

2.ª Si las divisiones de palabras al fin de las líneas se han hecho de una manera acertada y si son realmente necesarias para la regularidad del espaciado; si es ó nó posible evitarlas en la última línea de la página, principalmente si sólo queda una sílaba para la página siguiente y están en el anverso de la hoja; y si su número sucesivo no es demasiado, según las reglas dadas sobre el particular.

3.ª Si la puntuación es de cursiva después de las palabras puestas de cursiva, y redonda después de la letra redonda; si está bien colocada relativamente á los paréntesis, es decir, adentro ó afuera según los casos.

4.ª Si la colocación de las interlíneas se ha hecho con regularidad.

5.ª Si los espacios, cuadrados ó interlíneas no están altos y manchan el papel.

6.ª Si las letras no son de ojo ó de cuerpo diferentes; si no están al revés, ó sucias, ó gastadas, ó muy altas ó muy bajas; si no están mezcladas las de redonda con las de cursiva, ó las de cursiva con las de redonda; si no están corridas, sea en el interior, sea en el extremo de las líneas.

7.ª Si los versos se han sangrado regularmente según su medida.

8.ª Si no hay líneas de final de párrafo que, por constar de muy pocas letras, no deban y puedan suprimirse recorriendo las anteriores.

9.ª Si se han hecho en la composición los párrafos que tenga el original.

10.ª Si los folios y las signaturas de cada pliego se corresponden entre sí y continúan debidamente la numeración de los pliegos precedentes (1).

11. Si va seguido el orden numérico de los libros, capítulos, documentos, etc.

12. Si los títulos de folio están cortados convenientemente, si expresan en debida forma el contenido del libro ó capítulo á que correspondan, y si se hallan al centro de la línea.

13. Si los títulos de las divisiones de la obra son de tipo uniforme y de dimensión proporcionada, y si llevan los blancos necesarios.

---

(1) Esta operación, que naturalmente se refiere á las pruebas de páginas ó de pliego, es una de las más importantes por sus consecuencias; por lo tanto debemos recomendar muy especialmente que jamás se descuide y, para ello, debe hacerse antes que ninguna otra, pues dejándola para lo último puede olvidarse.

14. Si se corresponden las notas con las llamadas, y si aquellas se han dividido de un modo satisfactorio en el caso de no caber en la misma página.

15. Si las adiciones marginales están dispuestas como corresponde y alineadas horizontalmente con el período á que se refieren.

16. Si no hay alguna línea corta (final de párrafo) á la cabeza de una página.

17. Si las páginas tienen exactamente la medida que se ha fijado para todas las de la obra, y en caso de que haya páginas cortas ó largas, ver si pueden ganarse líneas para evitarlo.

18. Finalmente, si los extremos de las líneas tienen la rectitud necesaria.

El corrector debe además ponerse de acuerdo con el compaginador sobre la ortografía arbitraria de ciertas palabras, sobre el empleo de mayúsculas, de cursiva, etc. que el autor haya podido exigir, así como las abreviaturas adoptadas, y tomar nota para poderla consultar cuando sea preciso.

Toda prueba de un impreso, sea en *tiras* ó *trozos*, sea en *páginas*, debe considerarse dividida en dos partes iguales por una línea vertical imaginaria. Las correcciones de los errores que se hallan en la parte de la derecha deben señalarse en el margen del lado derecho, y las que se hallan en la parte de la izquierda, en el margen correspondiente.

En las obras á dos columnas, las correcciones se indican en el margen del lado respectivo. Si hay más de dos columnas, como sucede en los cuadros, se tiran en el margen exterior tantas líneas verticales como colum-

nas hay en el trabajo que se lee, y entre ellas se colocan las correcciones relativas á cada una de las columnas.

Para señalar las correcciones se traza una línea inclinada de derecha á izquierda sobre la letra ó signo que se deba suprimir, cambiar por otro ó colocar bien y por sobre el espacio en que se haya omitido algo; y se escribe con perfecta claridad, en el margen, á la misma altura que la línea correspondiente, la letra ó palabra que debe sustituir al error, acompañada también de la línea inclinada que sirve siempre como llamada ó signo de atención. Si se trata de suprimir una letra ó signo, se traza la raya sobre lo que está de más, y junto á la del margen se pone sólo el signo de supresión; y si lo que se quiere suprimir fuera una ó más palabras, la raya inclinada se cruza con otra horizontal que pase por encima de todo lo que haya de eliminarse.

Cuando hay varios errores en una misma línea, las correcciones se indican en el margen en el mismo orden que en la línea tienen, á partir de la impresión hacia la orilla del papel; de manera que el orden será de izquierda á derecha en el margen de este lado, y de derecha á izquierda en el margen izquierdo.

Los signos convencionales más generalmente usados para la corrección de pruebas y el modo de emplearlos van indicados en el ejemplo de la página siguiente.

Además de los signos de corrección que se ven en ese ejemplo, hay otros de uso menos frecuente, como los que siguen:

ª Este signo se emplea para indicar que la letra debe ser voladita.

≡ Para indicar que deben limpiarse las letras que aparecen borrosas ó poco inteligibles.

Cambiar letra. . . . Don Quijote estabø, como se ha dicho,

Separar. . . hablando con la señora del coche, dicién-

Hacer párrafo. . . . dole: — La vuestra fermosura, señora mía,

Unir la palabra. . . . puede facer de su per sona lo que más le

Cambiar palabra. . . . viniere en talante, porque la soberbia

Suprimir letra. . . . . de vuestros robadores yace por el suelo

Letra de otro tipo. . derribad por este mi fuerte brazo: y por-

Adición de letra. . . . que no penéis por saber el nombre de vues-

Letra corrida. . . . tro libertador, sabed que yo me llamo don

Bajar espacio. . . . . Quijote de la Mancha, caballero andante,

Volver la letra. . . . . y cautivo de la sin par y hermosa doña

Bajar la interlínea. . . Dulcinea del Toboso: y en pago del be-

Poner interlínea. . . . neficio que de mí habéis recebido, no quie-

Quitar la interlínea. . . ro otra cosa sino que volváis al Toboso, y

Trasponer palabras. . que mi de parte os presentéis ante esta

Igualar el espaciado.. señora, y le digáis lo que por vuestra li-

Quitar párrafo. . . . bertad he fecho.

Versalitas. . Todo esto que don Quijote decía, escu-

Palabra de cursiva. . . chaba un escudero de los que el coche

Entrar la línea. . . . . acompañaban, que era vizcaíno; el cual

Sacar la línea. . . . . viendo que no quería dejar pasar el co-

Recorrer la línea. . . . che adelante, sino que decía que luego ha-

Ídem. . . . . bía de dar la vuelta al Toboso, se fué para

Trasposición de líneas. en mala lengua castellana y peor vizcaína,
don Quijote, y asiéndole de la lanza le dijo

Mayúscula. . desta manera: — anda, caballero que mal

≋ Para enderezar las letras de una palabra.

El signo indicado para la trasposición de palabras, puede usarse también para la trasposición de letras.

Para cambiar la puntuación se opera lo mismo que para sustituir letras.

Si después de señalada una corrección se ve que no era necesario hacerla, basta con borrar en el margen el signo de atención y lo que á éste se haya agregado, pues el cajista sólo hace las modificaciones que *en el margen* se le indican, y no se preocupa de los trazos ó signos que se hayan hecho sobre la impresión ó entre las líneas si no hay en el blanco lateral otros iguales que se correspondan con aquéllos.

Si las correcciones que se refieren á cambios de letras son muchas en una misma línea, el signo de atención puede tener distintas formas siempre que éstas se correspondan con los que se hayan trazado sobre las letras de la prueba.

La cruz en aspa que sirve para indicar los espacios ó interlíneas que, á consecuencia de su elevación, manchan el papel, no debe formarse con dos líneas de igual inclinación ni cruzando una horizontal con otra vertical, porque en las obras de matemáticas esas correcciones podrían confundirse con los signos de multiplicar y de sumar. Es preferible hacerlos siempre como lo indica nuestro ejemplo.

Cuando el cajista se ha saltado en la composición alguna frase del original, se escribe, si ésta es corta, en el margen, al lado del signo de atención, ó en el margen de la parte inferior de la prueba, precediéndola de algún signo convencional; pero si es larga, bastará poner la palabra *salto* rodeada de una raya, indicando á continua-

ción el número de la carilla del original en que se halla la parte olvidada.

Si la persona que lee las pruebas no conoce prácticamente la composición tipográfica, ha de tomar en cuenta que hay moldes formados por dos letras, tales como la *fi, fl, ffi, ffl, ff, æ, œ,* y que, por lo tanto, para cambiar una de ellas es preciso señalar en la corrección del margen el cambio de las dos. Lo mismo sucede con los acentos de las vocales, con la diéresis y con la tilde de la *ñ:* son inseparables de las letras que los llevan, y no basta indicarlos separadamente.

Ninguna corrección debe confiarse á la memoria ni encargarse verbalmente: ya hemos dicho que el cajista no ejecuta más correcciones que las que ve señaladas en el margen de la prueba.

Si en una palabra hay que corregir pocas letras, sólo éstas se señalan en la corrección, dejando sin tachar las demás que sean útiles.

La señal de atención ó cualquiera otra que se haga sobre lo que ha de corregirse, no debe ser tal que oculte á la vista las letras ó signos impresos: mucho menos permitido será raspar ó borrar por completo las letras, palabras ó frases equivocadas.

Pueden ocasionar equivocaciones y son siempre motivo de confusión las rayas que algunos autores ó correctores trazan desde el punto en que existe el error hasta el signo que en el margen le corresponde, pues no debe olvidarse que para cambiar una palabra de redonda en cursiva, basta pasar una raya por debajo y hacer igual cosa en el margen junto al signo de atención.

Las correcciones que se añadan á las señaladas en una prueba que ya ha sido leída una vez y corregida por el

cajista, deben hacerse con tinta de otro color ó rodearlas con una raya, para no ocasionar confusión y pérdida de tiempo buscándolas entre las primitivas.

No se debe usar arenilla ni otros polvos para secar las correcciones, porque pudiendo desprenderse de la tinta al llevar la prueba sobre las formas, se corre el riesgo de ocasionar perjuicios á la impresión ó separar las letras unas de otras.

El corrector de pruebas *de primera* (1) debe limitarse, en cuanto al estilo, á la reproducción exacta del original, sin cambiar signo alguno de puntuación á no estar muy visiblemente equivocado, sobre todo si se trata de una reimpresión, pues el cajista no debe ser responsable de los errores que á ese respecto contenga el original.

Cuando el corrector note en las pruebas *de segunda* que hay alguna frase mal redactada ó confusa en el original, debe rodearla con una raya en la prueba y poner al margen la palabra *ojo*, ú otra equivalente, para llamar la atención del autor sobre el pasaje dudoso. El autor, por su parte, si nada cree necesario enmendar, debe simplemente borrar la advertencia del margen.

Cuando el corrector lee dos pruebas sucesivas de la misma página ó trozo, debe, antes que todo, comprobar si las correcciones indicadas en la primera han sido fielmente ejecutadas por el cajista, y proceder en seguida á la nueva lectura. Si se trata de comprobar simplemente una prueba *de tercera*, debe tener más cuidado todavía,

---

(1) Se llama así la primera que el cajista saca de su composición y que generalmente se lee en la imprenta. Corregida ésta, se saca la *de segunda*, que se envía al autor después de haberse asegurado que está expurgada de errores y conforme al original.

porque sucede á veces que una corrección, al parecer olvidada, se ha ejecutado por error fuera del lugar debido, ocasionando, por lo tanto, una nueva falta. Es preciso, por consiguiente, cuando se notan omisiones de esta clase, leer con esmero la línea en que se encuentra la indicación, y, si es necesario, las líneas que le preceden y le siguen. — Igual cosa ha de hacerse cuando, á consecuencia de una adición ó de una supresión, ha habido que recorrer algunas líneas, ó si se ha pasado una ó más líneas de una á otra página.

La persona que lee las últimas pruebas y les da su *visto bueno* es la responsable de los errores que haya dejado pasar en ellas, aun cuando esos errores hayan sido indicados en pruebas precedentes, porque esa persona ha debido comprobar con esmero las correcciones señaladas anteriormente y porque la última lectura no tiene más objeto que depurar el trabajo de un modo definitivo. Si se trata de la prueba *de prensa* ó *en pliego* (1) es preciso además examinar los extremos de las líneas para asegurarse de que no hay letras corridas, aplastadas ó de menos; y dar un vistazo á las páginas en general para observar si los espacios y cuadrados tocan en alguna parte de la superficie del papel. Igualmente debe el corrector comprobar si está bien hecha la *imposición* ó *casado* (2), para lo cual se dobla el pliego y se ve si las páginas quedan en el orden debido.

---

(1) Esta prueba se examina únicamente en la imprenta: enviándola al autor, la prensa no podría funcionar hasta que éste la devolviese, lo cual ocasionaría al impresor perjuicios de consideración.

(2) Se llama así la colocación especial que hay que dar en el mármol á las páginas de la composición para que, al doblar el pliego después de impreso, resulten aquéllas en orden correlativo.

El corrector no debe admitir pruebas que por falta de tinta ó mala impresión no sean perfectamente legibles ó no tengan al margen el suficiente espacio en blanco para señalar las correcciones (1).

Es tolerable hacer algunas modificaciones sobre el contexto del original en las pruebas de trozo, si el autor no ha podido revisar bien sus manuscritos; pero nunca han de ser aquéllas de consideración en las pruebas de página. En todo caso, debe remunerarse al cajista por el trabajo que le ocasionan, pues la obligación de éste se limita á interpretar con fidelidad los originales que se le entregan, si bien debe preguntar de antemano las dudas que se le ocurran en su trabajo y recordar la marcha general que el autor haya establecido para la impresión de su obra (2).

Es casi indispensable que la persona que lee pruebas tenga un *atendedor*, esto es, otra persona que vaya siguiendo mentalmente la lectura del original mientras el corrector lee la prueba en voz alta y clara, sin apresura-

---

(1) Opinamos que el impresor no debería tampoco admitir manuscritos que por su mala letra ó por sus agregaciones, borrones ó enmiendas presenten al cajista dificultades de interpretación á veces insuperables.

(2) Notable é irritante es el abuso que se comete por algunos escritores, quienes, confiados en la corrección, leen apenas sus originales antes de darlos á la prensa, complaciéndose después en señalar sobre las pruebas, no los errores del cajista, que acaso no existan, sino sus propios descuidos de redacción y aun sus inspiraciones del momento. Esto ocasiona al operario una tarea á veces más costosa que si tuviera que hacer de nuevo la composición, y á la imprenta un atraso y pérdida de tiempo que no se remuneran ni aun satisfaciendo por el autor el importe de las horas de trabajo que sus correcciones motivan. Por otra parte, es difícil que una composición en la que se introducen modificaciones quede bien espaciada después de haberla recorrido, así como evitar que no se deslicen nuevos errores en las partes agregadas.

miento y con perfecta pronunciación (1). El atendedor, que debe poseer cualidades en armonía con su destino, advierte al corrector todo *salto* que haya en la composición y cualesquiera otras circunstancias en que ésta difiera del original.

Las pruebas deben ir firmadas por el cajista que ha hecho la composición y numeradas correlativamente, correspondiendo á la persona que lee las de primera hacer en el original las referencias necesarias para que sirvan de punto de partida en la lectura de las subsiguientes.

Los títulos con mayúsculas, versalitas ó letras de adorno deben leerse con especial cuidado, pues los errores se deslizan en ellos con más facilidad por la misma confianza que inspiran su poca extensión y el mayor tamaño de las letras que los forman.

---

(1) Para pronunciar debidamente sólo necesitan las personas instruídas un poco de cuidado y de constancia. Conocemos algunos que, habiéndose propuesto modificar su pronunciación defectuosa, han conseguido en poco tiempo no confundir nunca al hablar (y, por consiguiente, mucho menos al escribir) los sonidos de la *z* y de la *s*, de la *b* y de la *v*, de la *y* y de la *ll*; y si esa dificultad puede vencerse en el lenguaje usual, con mayor razón y mucho menos trabajo se vencerá en la lectura.

Es desalentar sin fundamento á la juventud hispano-americana decirle que no tienen ya remedio los defectos de la pronunciación peculiares de este Continente. En España hay algunos millones de habitantes que en el lenguaje familiar usan *constantemente* dialectos en los que no existe el sonido de la *z* castellana, y en las ocho provincias de Andalucía se confunde lastimosamente con el de la *s* (lo mismo que en América). Sin embargo, en aquellas comarcas son muy pocas las personas bien educadas que dejen de pronunciar perfecta y distintamente esas letras al leer ó al hablar en público.

Este fenómeno tiene su explicación: los profesores de primera enseñanza necesitan, para serlo, pronunciar perfectamente; y, predicando á sus alumnos con el ejemplo, les obligan desde niños á corregir sus defectos de pronunciación, en la lectura por lo menos.

También se necesita mucha costumbre y buena vista para distinguir ciertas letras que, puestas del revés, se parecen mucho á otras: tales son la *b*, que invertida puede confundirse con la *q;* la *d*, con la *p;* la *u*, con la *n;* el *6*, con el *9;* y viceversa.

Siempre que sea posible deben hacerse dos lecturas de la misma prueba: una fijando la atención en el sentido de su contexto, en la puntuación, concordancia y demás exigencias del buen estilo; y otra, palabra por palabra, casi letra por letra, para evitar las supresiones ó repeticiones de éstas y los demás defectos puramente tipográficos.

RAFAEL JOVER

GÖETHE

Y LA SEGUNDA PARTE DEL "FAUSTO"

Un joven escritor italiano, Augusto Cesari, residente en Bolonia y discípulo de Giossué Carducci, ha escrito el siguiente juicio sobre Göethe y la segunda parte de su poema admirable, juicio hasta ahora inédito que tengo el gusto de presentar á los lectores de la REVISTA DE ARTES Y LETRAS.

He aquí las ideas de Cesari.

I

Cuando Wolfang Göethe estudiaba leyes en Leipzig primero y después en Strasburgo, la literatura alemana se había presentado audaz, revolucionaria, combatiendo todo aquello que tenía sabor antiguo, la tiranía escolástica, la pequeñez de espíritu y la pedantería. Era una literatura de oposición.

Por todas partes se oía el grito que pedía la abolición

de lo *rococó;* en el sentido más lato: la libertad sobre la esclavitud de las instituciones decrépitas: «¡Guerra á la clerecía! ¡Abajo los déspotas! ¡Naturaleza y Libertad!» Y el acento romántico se hacía siempre oír en medio de todas las agitaciones y cambios. Fué aquel romanticismo el que dictó á Göethe las más suaves canciones de la juventud, el que puso en la mano de Werther la pistola asesina.

Poseído de la intuición lúcida y profunda de la época, Göethe, seguido de un grupo de fuertes, supo escalar aquel Olimpo de la poesía, cuya verdadera senda había sido señalada antes por Werder y Merek. De modo que si, por una parte, Federico Schiller comenzaba á subir por la falda de monte, por otra Göethe se lanzaba como al asalto.

Así, si Schiller escribía *Los Bandidos*, genial manifestación de tiempos borrascosos, Göethe, en el *Fausto*, el poema universal de la edad moderna, concretaba de aquella época los dolores, las esperanzas, los desfallecimientos, las titánicas cóleras, las aspiraciones y las luchas. Aquella tragedia fué, es cierto, como una revelación de todas las revoluciones modernas.

El *Fausto* es la expresión más profunda, más atrevida, más extraña en arte del ingenio germánico. La poesía alemana, dice Enrico Panzachi, para quien la siente en sus armonías fundamentales, suena como un grande himno á la vida, á la humanidad y á sus esperanzas (1).

Es el *Fausto* edificio raro en el cual encontramos ante todo, no sé por qué, el lado oscuro, los lazos mefistofélicos y el egoísmo de aquel viejo rejuvenecido; el *Fausto*,

(1) ENRICO PANZACHI, *Feste Quadre*. Bolonia, Zanichelli.

digo, considerado en su forma completa, parece un gran monumento elevado por el genio soberano de la Alemania á un grande ideal de la humana existencia.

En el *Fausto*,—compuesto á larga distancia,—la leyenda medieval se transforma desde el primer momento; la mitología del norte y la griega, el símbolo filosófico y el ascético, el romanticismo y el clasicismo se confunden en un haz. Me parece que T. G. G. Schelling decía muy bien cuando, hablando de la *Divina Comedia*, dejaba sentado que el único poema de naturaleza universal que, como la *Comedia*, pintase los extremos más distintos según las tendencias del siglo, mediante la invención completamente propia de una mitología parcial, era el *Fausto*, si bien esta obra mejor se podía llamar comedia en sentido más aristofanesco, y divina en sentido más poético que aquella del Dante (1).

Aunque Göethe había dividido el poema en dos partes y muchos comentadores y críticos lo habían considerado sustancialmente dividido de idéntico modo, creo que se debe dividir en tres para comprender bien el espíritu del poema. El primer momento es breve, son las primeras escenas de la primera parte publicada en 1790; el resto de la primera parte constituye el segundo momento; toda la segunda parte, el tercero. Cada momento del poema retrata la experiencia moral é intelectual de Göethe en las varias épocas de su vida. En las primeras escenas es el poeta de Goetz y de Werther, franco, atrevido, apasionado, que vaga guiado por su fantasía en un mundo imposible, y quiere la muerte para sustraerse á una existencia que no comprende; lo nebuloso se junta á lo real;

(1) SCHELLING, *Consideraciones filosóficas*.

el romanticismo verdadero, genuínamente alemán, reina. El segundo momento del poema es más tranquilo; y leyéndole se piensa en la música procelosa del bello mar Jónico, azul y luminoso y fragante. En verdad que el cerúleo cielo de Italia, sus mujeres de dulces ojos profundos, la ciudad resplandeciente en una gloria de sol, el aire sereno, oloroso á rosas, violetas y naranjas, debieron enamorar á Göethe. Es así aquella parte de *Fausto:* si bien potente todavía de pasión y de drama, luce más serena; es clásica, no de aquel clasicismo escénico que es casi un *spogliatoio teatrale*, sí de aquel clasicismo eterno que es la armonía más íntima del concepto con lo imaginado, de lo contenido con la forma (1).

Ahora, pasada la rebelión prometeana de su mente, empieza en él un estado más tranquilo, más científicamente maduro, más en consonancia con la realidad. Y tenemos el tercer momento, ó sea la segunda parte del *Fausto*, en la cual el poeta es celeste, une la poesía á la ciencia, el espíritu antiguo y el moderno; introduce demasiado largamente el símbolo,—siempre, ó casi siempre antipoético.

La segunda parte, como cualquier otro trabajo göetheano, es idealizada; Göethe da la primera parte de *Fausto*, da aquella unidad en la variedad, da aquel conjunto de lo ideal y de lo real, da aquella exuberancia de acción, de contrastes de la existencia; sale á una concepción más amplia, más profunda, más serenamente humana de la vida, convencido una vez de la necesidad de que todas las energías humanas debieran irrevocablemente doblegarse á la universalidad de las leyes cósmicas.

(1) Giossué Carducci, *Bozzetti critici*, Livorno, Vigo.

En la primera parte el drama estalla con la pasión que abrasa y que penetra profundamente; en la segunda es la lírica grande que se eleva á la visión ideal de la vida humana. Estas son las raras situaciones de la experiencia intelectual de Göethe, ilustradas y explicadas en su misma obra grandiosa.

Con el *Fausto*, con el *Conde de Egmont*, con *Wallenstein* y con el *Guillermo Tell* queda determinado en Alemania el período del clasicismo germánico, el que se levantó con Klopstock y que alcanzó con Schiller y con Göethe el mayor grado de esplendor. Pero respecto á estos dos grandes amigos, la palabra tiene todavía el significado particular que indica el ideal artístico de ambos á dos: «el moderno grecisismo», ó para decir más exactamente, «el helenismo alemán.»

II

He dicho que el *Fausto* en la primera parte es más poético, es más dramático que en la segunda, donde es idealmente más grande.

En la primera parte hay también encerrado en tal fragmento, un drama nuevo, inmenso, como no lo tiene ninguna literatura antigua ni moderna. Mientras completando idealmente la segunda parte del poema, pierde su poder dramático, la individualidad languidece, no se siente circular dentro la sangre de la pasión creadora; hay un símbolo, no un hombre; científicamente se perfecciona, pero poéticamente decae (1).

¿Por qué esto? Porque la tragedia épica de *Fausto* con-

(1) GAETANO TREZZA, *Saggi Postumi*. Verona, Drücker y Tedeschi.

centra toda la vida de Göethe, todas sus evoluciones intelectuales, compendia los esfuerzos generosos que el mundo alemán en la segunda mitad del siglo pasado y á principios de éste, ha hecho por acercarse á la civilización y al arte sano é íntegro, al arte soberano que el hombre histórico jamás haya alcanzado: el griego.

Fausto, tal cual se muestra en la primera parte, es el héroe de los sentidos, el héroe de la sensualidad y del sentimentalismo, el héroe de la desenfrenada juventud. Y si Göethe hubiese dejado solamente su Fausto, como el que en la leyenda perece víctima de sus desórdenes sensuales, habríamos tenido en él el justo par del Hamlet de Shakespeare; aquí, la tragedia del pensamiento, allá la del sentimiento. Pero el Fausto de la segunda parte es Göethe mismo, es la humanidad que vacila, peligra, pero no perece; y toma, después, un aspecto épico. Él se purifica de los ardores del sentido, se guarece contra toda sentimentalidad, recobra la íntima armonía entre el pensar y el querer, y así apercibido y mejorado, se pone á la obra. Y la obra suya es grande, es humana. Y la tragedia que representa los daños derivados de los excesos del sentir y del pensar, de los errores humanos, cede el puesto á la epopeya que representa la conquistada redención en la grande actividad multiplicada y trasmitida al porvenir.

En verdad que el poeta podía cerrar la gran composición con la perdición de Fausto; y no sería el fin de una verdadera y potente tragedia, en el que se hubiese reducido el protagonista á ser en sí propio, causa de desventura; pero Göethe prefiere abandonar las razones del arte por las razones de la ciencia; él quiere que Fausto sea en adelante un símbolo de la humanidad que va

siempre mejorando, con la vergüenza de tantos errores; y pinta el tema final. El interés dramático debía necesariamente desvanecerse delante del interés filosófico.

Después hace aparecer la juventud de Fausto, en la cual se refleja la suya propia y la de la renovada humanidad; el poeta ahí representa luego la virilidad de Fausto, la suya asimismo y la del hombre en la edad moderna (1).

Así, la redención de Fausto está en la actividad que alcanza á través de la prosa de la experiencia, que le encierra entre la tempestad y la alegría salvaje de la ilusión. Restaurándose en los brazos de Elena,—el mundo antiguo,—encuentra al fin aquella serenidad, aquella paz interna que le permite ver claro y sereno lo de afuera, y advertir netamente la parte mejor, tal cual ella se refleja en su mente genial, que le permite evocar en su interior el nuevo ideal que procede de las energías vitales: «Sólo es digno de la vida, el que sabe conquistársela día á día.»

Y tiende el esfuerzo eterno hacia una existencia más alta y más verdadera que, santificando la vida misma, destruye á Mefistófeles y torna eternos á aquellos que saben conseguirla.

La perfección de la vida humana está en el temperamento y en el equilibrio de la energía física con la moral é intelectual; en la comunidad de los individuos, siempre extendiéndose, sin que jamás se pueda decir cuál sea su término. Quien más se acerca, individuo ó comunidad, señala el momento mejor de su historia. La idealidad y la actividad se confunden y se completan; no en el pensamiento solitario, sino en la acción profunda consiste el

(1) U. Canello, *Saggi di critica letteraria*. Bolonia, Zanichelli.

valor de la vida humana que se relaciona y compenetra con la vida cósmica.

Y Göethe simbolizó la ascensión perenne del espíritu humano hacia un grande ideal, en la grande escena que termina la seguna parte. Ciertamente: los símbolos mal se compadecen con la actividad, que era la grande y humana redención de Fausto.

Pero tal vez más que las razones científicas, debieron inducir á Göethe á no concluir su tragedia con la condenación de Fausto,— manera supremamente dramática de finalizar el gran poema trágico,— las condiciones de su ánimo.

Él empezaba; no tenía al rededor de sí parientes ni amigos; la patria no estaba tranquila; su alma se había tornado muy benigna; la rebelión prometeana había cesado, dando lugar á un sentimiento más sano y más ideal mente verdadero de la vida. Federico Schiller ha muerto en 1805, Herder dos años antes, Wieland había muerto también. Hasta la buena madre, hasta la buena Mariana le había abandonado.

Y Göethe tristemente canta antes de comenzar la segunda parte del *Fausto*:

> L'anima a cui solgea d'amor parole
> udir piu non mi ponno!...

Los acaecimientos públicos llegaron tristes, infaustos para el poeta: ha oído tronar el cañón de Jena; ha visto desde su ventana los regimientos prusiamos puestos en fuga.

No es, en suma, ya, el Göethe de una vez, todo alma, todo fuego, que siente y reproduce potentemente el drama, sino Göethe más tranquilo, que siente más alto y

sereno el porvenir del género humano. Y Fausto, que está ahora unido á la epopeya escéptica de la razón, encuentra la fe profunda, en la unión de la historia que propaga el legado de la experiencia humana.

He aquí por qué Göethe no continuó en la segunda parte aquel drama potente de la primera, que debía quedar en un fragmento, pero solo, único y maravilloso.

III

Si, como se ha notado, la poesía alemana tiende á embellecer, á encarecer la vida humana, bajo este concepto ninguna obra de arte responde á tales fines, según mi juicio, mejor que el *Fausto*, la cual, para quien la considere en su vasta extensión, y la entienda en su armonía fundamental, suena como un grande himno á la vida, aparece como un monumento elevado por el genio soberano de Alemania á un glorioso ideal de la vida humana.

***

Hasta ahí Augusto. Encuentro que este razonado juicio, da alta idea de su convicción literaria, basada en sólidas investigaciones, y en las ideas emitidas por su ilustre profesor de la Universidad boloñesa, Carducci, si grande como crítico, como poeta, soberano; por el gallardo escritor Panzachi, uno de los primeros de la Italia actual y por otras doctas plumas.

La comprensión del gran poema göetheano es honda y para atrevidos vuelos. Bien es que se recuerde á Richter, apóstol soberbio de la estética alemana: Juan Pablo

será siempre guía en esas largas sendas, sendas gigantescas, sendas llenas de gloriosos laureles verdes.

Concluiré felicitando á Augusto Cesari por sus estudios críticos, y enviando al gran Carducci, desde las páginas de esta REVISTA, el homenaje de mi más grande admiración y simpatía.

RUBÉN DARÍO

En vela

Yo tuve en mi abril mañanas
serenas, tibias, hermosas,
todas tan llenas de rosas
cual estoy lleno de canas.
Hebras de nieve tempranas,
¿venís cuando ya se van
la fe, la dicha, el afán
que la juventud atiza?...
Decidme, ¿sois la ceniza
ó la nieve de un volcán?

Si temprano habéis venido
y sois falsos galardones,
al veros, mis ilusiones
espantadas han huído.
Aun siento caliente el nido
que una alondra acaloró...
¿Dónde está? La busco yo
y el fiero destino aleve

me muestra lleno de nieve
el nido donde nació.

Esa alondra, ¿fué la idea,
la ilusión, el sueño vano,
que cual nube de verano
huyendo relampaguea...?
¿Era Venus Citerea?
¿era Minerva? ¿era Anfión?
¡Nó! ni sueño, ni ilusión,
ni diosa alguna escogida,
la alondra es la fe perdida
y el nido mi corazón.

Y aun hay llamas del deseo
que incendian mi mente loca
y aun sufro como en la roca
con el buitre, Prometeo.
¿Amo? ¿sueño? ¿dudo? ¿creo?
¿Qué tempestad ruge así
que produce el frenesí
por el cual vivo muriendo?
Estoy dudando y creyendo
á un tiempo mismo ¡ay de mí!

¿Quién, si llegó á navegar
no vió de noche á lo lejos
surgir radiantes reflejos
entre los cielos y el mar?
¿Era una estrella sin par?
¿era un faro en un peñón?
En el mar de la ilusión

náufrago vi una luz bella,
fuego fatuo, faro, estrella
que atrajo mi corazón.

Luz que entre las sombras vaga
y que fulgente cautiva,
de lejos luce más viva,
y al acercarnos se apaga.
Astro de mi suerte aciaga
perdido en la inmensidad,
si busco tu claridad
miro que el espacio pueblas
donde reinan las tinieblas
de una eterna soledad.

¡Cómo lucha la conciencia
con la virtud que se abate!
¡Qué gran campo de combate
el campo de la existencia!
¿Es la fiebre? ¿es la demencia
esta secreta y terrible
ansiedad indefinible
que impulsa constante y ciega
á esperar lo que no llega
y á acariciar lo imposible?

¡Oh canas! No sois tempranas;
con dudas y desengaños
son como siglos los años
en las contiendas humanas!
Yo en mi abril tuve mañanas
claras, radiantes y hermosas;

hoy son noches pesarosas,
horas negras, penas graves:
hoy mochuelos, ayer aves,
hoy espinas, ayer rosas.

Vuela fugaz cada día;
el tiempo todo renueva,
¡pero, ingrato, no se lleva
las penas del alma mía!
¿Existe en la tumba fría
la eterna paz? ¿ella encierra
la tregua de aquesta guerra?
¿allí está la mejor calma?
¡Oh cuerpo! prisión del alma,
¡cuánto has sufrido en la tierra!

¡Eternidad! en tu puerta
concluye el mundano empeño;
eres el único sueño
del que jamás se despierta.
El que tenga el alma muerta
después de tanto sufrir,
¿tendrá derecho á pedir
tu abrigo en acento tierno?
Si la vida es un infierno
¿es paraíso morir?

¡Quién descubre los arcanos
terribles de lo infinito
si la muerte los ha escrito
entre huesos y gusanos...!
Soñad como siempre, humanos,

soñad como sueño yo...
¿Amáis el descanso? ¡Nó!
sólo la lucha os afana.
Soñad... ¡Qué hermosa mañana!
¡Mi lámpara se apagó!

JUAN DE DIOS PEZA
(Mejicano)

1888.

CONFORMIDAD

DE LA FÍSICA Y LA QUÍMICA CON LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA

(Continuación)

Las anteriores conclusiones han sido comprobadas por experimentos directos: separando por medio de vidrios de colores los rayos violetas de la luz del sol, se ha comprobado que por más que se concentren, no son capaces de obrar sobre el termómetro; los rojos, al contrario, van siempre acompañados de calor cuya intensidad es proporcional á la de la luz; si desaparecen la mitad de estos rayos luminosos, también desaparece la mitad del calor, y cuando un cuerpo absorbe parte del calor, absorbe exactamente igual parte de la luz; por lo tanto, estos rayos rojos son al mismo tiempo de luz y de calor.

Los átomos de los cuerpos luminosos emiten además otras ondas que no son ni caloríficas ni luminosas, y sólo revelan su existencia por su poder químico; á ella debe la luz la facultad que posee de descomponer muchas sustancias. Estos rayos químicos ejecutan vibraciones más rápidas que los rayos violetas, por esto se desvían más

aún por la acción de un prisma y van á ocupar en el espectro el lugar ultra-violeta, y no son, por consiguiente, sino otras notas más agudas de la gama luminosa que no afectan á ninguno de los sentidos del hombre.

Ahora podemos comprender por qué, á pesar de ser la luz y el calor un solo agente, no coexisten siempre en los cuerpos. Los átomos del agua hirviente sólo ejecutan las vibraciones que al calor oscuro corresponden; por esta causa sus movimientos no son visibles; el hidrógeno, á pesar de la inmensa energía que sus átomos desarrollan al arder, apenas produce rayos luminosos; la luz eléctrica es brillante y posee elevadísima temperatura, porque hace vibrar á los átomos al unísono de todos los colores y rayos de calor. No se debe extrañar que coexistan muchos movimientos unidos en los átomos; puesto que se ha comprobado la existencia de muchísimos sonidos en las mismas moléculas sonoras.

Sabemos que cada cuerpo luminoso emite diferentes rayos de luz que dependen de la naturaleza de su sustancia, y que al ser atravesada por un haz de luz, absorbe cada uno todos aquellos rayos que puede producir por sí mismo. Vimos que el sodio emite rayos amarillos de dos diversas refrangibilidades, y que cuando los vapores de este metal son atravesados por la luz, ellos absorben exactamente esos mismos rayos. Este fenómeno se observa exactamente con el calor, que sólo es una clase de luz.

Los átomos de cada sustancia poseen movimientos peculiares que trasmiten al éter, dando origen á una serie de ondas luminosas y caloríficas, y Dios sólo sabe de cuántas otras clases, que dependen de la naturaleza del cuerpo que las produce; y poseen además la propie-

dad de destruir, cuando algunas ondas etéreas emanadas de otros focos pasan por entre ellos, aquellas ondas que ellos pueden producir, y á todas las demás las dejan pasar sin alteración alguna.

La acústica nos dará la clave de estos fenómenos: vimos que la forma de las cuerdas sonoras las obliga á ejecutar determinados movimientos que nosotros no podemos alterar sin alterar aquélla: los átomos son cuerdas que dan el sér á las notas luminosas y no pueden producir sino aquéllas que á su naturaleza corresponden. Hay algo en las sustancias que los físicos no han podido encontrar, que obliga á cada átomo á vibrar de una manera determinada y que le da á cada uno propiedades peculiares. Hemos visto también cómo se comportan las cuerdas sonoras cuando pasan por entre ellas las ondas sonoras; cada onda pone en vibración á aquella cuerda con cuyo movimiento está acorde; así cuando un tenor da un *do de pecho* se pone en vibración aquella cuerda que igual nota produce; todas las demás permanecen en silencio. Este mismo fenómeno es el que se verifica con las ondas luminosas en el seno de los cuerpos; aquellas ondas que vibran con los mismos movimientos que los átomos pueden ejecutar, los ponen en vibración y al comunicarles su movimiento dejan de existir; las demás ondas pasan por entre los átomos sin acción alguna. Los átomos del sodio ejecutan los movimientos que corresponden á la luz y al calor amarillos y al pasar por entre vapores de este metal un rayo de sol, aquellas ondas cuyas vibraciones están acordes con las del sodio, comunican á los átomos sus movimientos y dejan de existir; todas los demás pasan por entre ellas sin acción alguna, y por esta causa los vapores de sodio producen en el color ama-

rillo del espectro dos rayas oscuras que ocupan el mismo lugar que los rayos de luz que el sodio emite. Todos los cuerpos dejan pasar aquellas ondas con las cuales sus átomos están en desacuerdo y extinguen las demás. Opacidad quiere decir acuerdo, y trasparencia desacuerdo. El vidrio es trasparente porque sus átomos están en desacuerdo con todos los rayos de luz, pero es opaco para el color oscuro; á estos rayos corresponden los movimientos de sus átomos.

Todos los cuerpos toman para sí el movimiento que animaba á las ondas que destruyen, y lo emplean en elevar su temperatura. Siempre que se destruye parte de un rayo luminoso al atravesar un cuerpo, su temperatura aumenta y no experimenta cambio alguno cuando todo lo atraviesa. El vidrio deja pasar casi todos los rayos luminosos y apenas se calienta cuando el sol lo atraviesa; y al contrario, los más leves rayos de color oscuro elevan su temperatura, porque ellos están acordes con los movimientos del vidrio.

Nueva confirmación del principio de la conservación de la energía: jamás el movimiento se destruye; cuando aparentemente se ha aniquilado, ha recibido otra forma que nosotros no percibimos.

Toda la física y la química se dirigen hoy al estudio de estos movimientos moleculares de los átomos, que apenas vislumbrados, nos explican numerosas propiedades de los cuerpos. ¿Qué misterios no nos enseñará su perfecto conocimiento? Sabemos que ellos constituyen el sonido, la luz y el calor. ¿Por qué no serán también ellos la causa de la afinidad, del magnetismo, de la electricidad y aún de las fuerzas vitales y de todos los misteriosos fenómenos de la naturaleza, que en nuestra ignorancia

atribuímos á fluídos desconocidos ó séres hipotéticos?

El cálculo diferencial, aquella admirable ciencia de los infinitamente pequeños, que ha transformado todas las matemáticas, produciendo en todas partes asombrosos frutos, espera el nacimiento de un genio que aplique sus complicadas fórmulas á los movimientos de los átomos y permita tener perfecto conocimiento de ellos. Entonces la principal ciencia será la mecánica, que, determinando las leyes de los movimientos atómicos, nos dará á conocer la causa de todos los fenómenos. Entonces, para explicar todas las acciones de los séres, bastará admitir una sustancia etérea que, transformando de mil modos diferentes el infinito movimiento que siempre le ha animado, produce la variedad de fenómenos que ofrece el universo.

Los partidarios del dinamismo y los panteístas, esperan que pronto las ciencias naturales confirmarán plenamente sus doctrinas, pues todo hace presumir que ellas demostrarán que todas las sustancias sólo se diferencian en el diverso movimiento de sus átomos y que de él dependen todas las propiedades que conocemos. Entonces la unidad sustancial del universo quedara demostrada.

VI

Prosigamos ahora investigando la naturaleza de los demás agentes naturales.

La electricidad se manifestó completamente velada entre misterios, desde que se observaron sus primeros fonómenos, que los físicos los atribuyeron á fluídos imponderables, que como séres enteramente desconocidos

se prestaban admirablemente para explicar cuanto de ellos se exigiese.

Todos los cuerpos encierran en su seno, según esta teoría, que es la misma teoría de la emisión, inventada para explicar la luz y el calor, una cantidad de fluído eléctrico, que es ilimitada; por esta causa el platillo de la máquina eléctrica puede sin cesar desarrollar electricidad sin que jamás se agote su poder. Este fluído no se manifiesta, de ordinario, porque existen siempre unidos en los cuerpos dos especies de él, negativo y positivo, que se neutralizan mútuamente, y apenas, por cualquiera causa, queda uno de ellos en libertad, aparecen sus propiedades.

Basta enunciar esta teoría para rechazarla sin necesidad de más prolijo examen; no tiene prueba alguna en su favor, jamás se ha podido comprobar la existencia del fluído eléctrico en la naturaleza, y por otra parte esta hipótesis presenta todas las insubsanables dificultades de la teoría de la materialidad de la luz y del calor, y jamás ha prestado auxilio alguno á la ciencia; ella no ha sido capaz de promover ningún adelanto, ni anunciar propiedad alguna de los cuerpos electrizados; ha aceptado siempre resignada todas las enseñanzas de la experiencia. Su única ventaja fué facilitar el lenguaje de las ciencias, dando un nombre á la causa desconocida de los sorprendentes fenómenos eléctricos y ocultar la ignorancia de los sabios de un modo honroso; pues la indeterminación del concepto de fluído imponderable les dejaba abierta una ancha puerta para aceptar todas las enseñanzas posteriores de las ciencias.

Tan exacto es este juicio, á pesar de su apariencia de exageración, que jamás ningún físico pretendió conocer

la naturaleza íntima del fluído eléctrico ni explicar sus sorprendentes propiedades: ninguno pudo decir cómo él mueve á los cuerpos, ni de dónde proviene la fuerza que posee, ni manifestar el modo cómo conoce la naturaleza del fluído que anima á los cuerpos, para atraerlos ó repelerlos.

Fijemos nuestra atención en los fenómenos que acompañan la producción de la electricidad, que ellos nos permitirán conocer su naturaleza.

Con el roce se destruye el movimiento y se convierte en calor; pero cuando hacemos girar el platillo de una máquina eléctrica, podemos observar que apenas si se ha elevado su temperatura después de un prolongado roce con los cojines. El calor, que debiera de haberse desarrollado, no existe; pero se ha producido en su lugar una cantidad de electricidad proporcionada á la fuerza empleada en mover el platillo. Este calor perdido vuelve á aparecer cuando se combinan las electricidades contrarias: la chispa eléctrica es el acto en el cual la electricidad se transforma en calor; aquélla deja de existir al dar su sér á éste; luego la electricidad es necesariamente un accidente de los cuerpos; no es posible que una sustancia, aunque sea imponderable, se transforme en un accidente, como sabemos que es el calor.

El calor engendrado en el caldero que anima la máquina de Edison, se convierte en movimiento que podría utilizarse en producir cualquier trabajo; sin embargo, él desaparece sin efectuar trabajo alguno; pero da origen á una corriente eléctrica cuya intensidad depende de la cantidad de carbón consumida: esta electricidad se transforma en luz y calor en las lámparas eléctricas y podría también, si se la colocara en condiciones adecuadas,

animar cualquiera de las máquinas que se mueven á impulsos de la electricidad, y de este modo reaparecería el movimiento que desapareció en la máquina de Edison. La acción de la corriente eléctrica consiste en transportar por el interior de un alambre el movimiento producido en el motor hasta el lugar en que se quiere utilizar, ya sea para convertirlo en luz, en calor ó en nuevo movimiento.

En las combinaciones químicas se desarrolla siempre determinada cantidad de calor que varía con las sustancias que se combinan. El ácido sulfúrico al unirse con el cinc desprende siempre muchos miles de calorías; pero si la combinación se efectúa en el interior de una pila de Bunster, apenas se nota elevación de temperatura; la energía con que ambas sustancias se combinan no se manifiesta en forma de calor, se produce únicamente una corriente eléctrica, única manifestación de la energía perdida. Uniendo con un hilo metálico los dos polos de la pila, se combinan las dos electricidades contrarias y desaparecen, pero al mismo tiempo el hilo se calienta, se enrojece y aún puede fundirse. Se ha medido con grande exactitud la cantidad de calor engendrada en esta operación y se ha verificado que es exactamente la misma que del interior de la pila había desaparecido; sumándola con la pequeña cantidad que se produce en la pila, resulta todo el calor que corresponde desprender á la combinación del cinc con el ácido sulfúrico. El movimiento atómico que constituye el calor ha caminado en forma de una corriente eléctrica desde la pila en que se produce hasta el lugar en que la electricidad se recombina, y allí desaparece tomando de nuevo la forma de calor.

No creo que necesite acumular más datos para poder

afirmar que la electricidad es, como la luz, el calor y el sonido, una forma particular del movimiento mecánico y omitimos en obsequio á la brevedad otros mil experimentos en los cuales todos estos agentes se transforman mútuamente los unos en los otros.

Difícil me sería descender á algunos detalles sobre la forma de este movimiento que constituye la electricidad. Es un campo casi inexplorado; pero, por felicidad para los lectores, basta para el objeto que nos hemos propuesto dejar firmemente establecido que ella, como todos los agentes naturales, es sólo una forma del movimiento que anima á todos los átomos del universo.

VII

El magnetismo está ligado por tan estrechas relaciones con la electricidad, que fácil es prever que ambos son un solo agente. Existen dos especies de electricidades que poseen la propiedad de atraer ó rechazar á los cuerpos según estén animados de fluído de nombre igual o contrario. Permitidme hablaros de fluídos después de haber negado su existencia, porque la ciencia no posee otro nombre con qué designar á la causa de estos fenómenos; igualmente hay dos fluídos magnéticos, boreal y austral, que se atraen mútuamente dondequiera que se encuentren y cada uno repele al fluído de su misma naturaleza.

La electricidad en presencia de una sustancia no electrizada, descompone el fluído neutro que todas poseen y les comunica sus propiedades: el hierro imantado posee también la facultad de comunicar su poder al hierro dulce, y por esta causa al introducir un imán en un vaso que

contenga limaduras de hierro las atrae hacia sí, y cada partícula que al acero se une se convierte en nuevo imán que á su vez atrae nuevas partículas; de este modo ellas se ordenan, como cabellos erizados, en torno del imán.

Las atracciones y repulsiones eléctricas y las magnéticas, están sometidas á la misma ley: su intensidad varía proporcionalmente al cuadrado de la distancias que separan á los cuerpos. Permitidme que os llame la atención hacia esta ley que es la misma que rige la intensidad de la luz, la intensidad del calor, la intensidad del sonido, y es la misma ley que debe regir á todo movimiento que, como los anteriores, se propagan en todas direcciones en ondas esféricas, puesto que la superficie de las esferas varía proporcionalmente al cuadrado del radio. Esta ley comprueba que la electricidad es un movimiento y permite presumir que el magnetismo también lo es.

Pero son las mútuas transformaciones que experimentan estos dos agentes las que demuestran su identidad. Antiguamente se producían imanes artificiales por la acción de otros imanes en ordenados frotes; pero hoy ha sido abandonado aquel método y es la electricidad la que desarrolla en el acero, con mayor facilidad, mayores fuerzas magnéticas sin la intervención de imán alguno. El telégrafo y el teléfono se fundan en esta propiedad de imantar que la electricidad posee. El telegrafista, cuando quiere, comunica, á la distancia, fuerzas magnéticas al hierro dulce del aparato receptor y éstas producen los pequeños movimientos que son signos de las palabras. En el teléfono la voz hace vibrar la membrana del aparato de partida y á cada vibración se cierra el circuíto de una corriente eléctrica, que en un instante, al través de un

alambre, va á imantar el hierro del aparato receptor y lo obliga á producir idénticos movimientos que son idénticos sonidos.

El magnetismo puede igualmente producir electricidad; la máquina de Edison es una aplicación de esta propiedad: en ella son los imanes los que con su presencia desarrollan las enérgicas corrientes eléctricas que después se convierten en luz en las lámparas.

Interminable sería enumerar, siquiera, los instrumentos que se fundan en esta propiedad que el magnetismo y la electricidad tienen de transformarse mútuamente uno en otra. Sólo me detendré breves instantes en un experimento que sirvió á Ampère para evidenciar la identidad de ambos agentes. Toda espiral, al ser atravesada por una corriente eléctrica, adquiere instantáneamente todas las propiedades de un imán. Colocada sobre un quicio que le permita girar en todas direcciones, uno de sus extremos se dirige siempre al polo norte y el otro al polo sur; las mutuas acciones de dos elepsoides así colocados, ó de un elepsoide y un imán, son en todo idénticas á las de dos imanes, y los extremos que se dirigen al mismo polo, se rechazan siempre y se atraen los de opuesta dirección. No existe propiedad alguna de los imanes que no le posean también estas espirales que son en todo verdaderos imanes; luego, podemos concluir con Ampère que los imanes sólo son cuerpos que están recorridos de continuo por una corriente eléctrica que se mueve en ellas elepsoidalmente, y por esta causa la tierra, que es un grande imán cuyos polos están próximos á los extremos de su eje, está recorrida por las numerosas corrientes eléctricas que los meteorologistas observan siempre.

Luego, el magnetismo, como la electricidad y todos los agentes naturales, son diversas transformaciones del movimiento de los átomos que mútuamente se convierten unas en otras.

VIII

Nos resta aún considerar una de las fuerzas físicas: la pesantez, que sólo es un caso particular de la gravitación universal.

Cada cuerpo posee la propiedad de atraer á todos los demás del universo, y esta fuerza de atracción es la que mantiene á los astros en sus órbitas y origina todos los movimientos de la esfera celeste, y produce también el peso de los cuerpos, que no es sino la atracción que la tierra ejerce sobre ellos. Generalmente se admite que esta atracción se ejerce á la distancia, de modo que cada astro y cada cuerpo obran sobre todos los puntos del espacio y reciben á su vez la atracción de todos los cuerpos. Pero esta idea es absurda: ningún sér, ni el mismo Dios, por ser inmenso, puede obrar allí donde no está. Era axioma de los escolásticos que «los cuerpos siempre obran por contacto,» y la experiencia atestigua que sus acciones se operan siempre por unión física, y ningún cuerpo puede obrar más allá del espacio que lo encierra. El hombre, á pesar de ser inteligente, no posee la facultad de obrar á la distancia, y cuando necesita producir algún efecto sobre algún cuerpo con el cual no está en contacto, se ve obligado á valerse de los cuerpos intermedios para que sirvan de vehículo á su acción, y ha ideado mil ingeniosos aparatos para multiplicar su actividad. Newton, el descubridor de la gravitación univer-

sal, no se atrevió á sostener aquella opinión: no afirmó que los astros se atraen á la distancia, sino sólo que obran *como si* se atrajesen mútuamente.

Se preguntará, ¿á qué queda entonces reducida la gravitación universal, este gran principio que es base de las ciencias astronómicas, si los astros no pueden obrar fuera del limitado espacio que los contiene? Observemos cómo obran los cuerpos que nos rodean: ninguno, estando en reposo, puede mover á otro, y para poder hacerlo necesita poseer él mismo alguna cantidad de movimiento que comunicarle. Aristóteles, el más profundo observador de la naturaleza que ha existido, legó el siguiente axioma a los peripáteticos: *Nullum corpus movet non motum.* Todo motor, al impulsar un cuerpo, no hace sino cederle parte del propio movimiento que lo animaba, y, por esta causa, es un absurdo el movimiento perpetuo. Una bola de billar, al chocar con otra, pierde tanta fuerza cuanta es la que le cede; y si todo su movimiento le trasmite, permanecerá en reposo después del choque. Jamás los cuerpos crean un nuevo movimiento, pues ninguna creatura tiene poder para crear, sino sólo para transformar los séres existentes, y siempre que originan un nuevo movimiento, él existía ya en ellos, que sólo le dan nueva forma.

Apliquemos estos principios á la gravitación universal. Un astro no puede mover á otro sino comunicándole parte del movimiento que posee, y necesita, por consiguiente, de una sustancia intermedia en contacto con ambos que sirva de vehículo al movimiento; pues este sér, como accidente que es, carece de subsistencia propia y no puede pasar de un cuerpo á otro, si ellos no están físicamente unidos. Sabemos, además, que todos los áto-

mos del universo están animados por infinitas vibraciones de inmensa energía, y que existe una sustancia, el éter, que llena todos los espacios celestes y es admirablemente apta para trasmitir la luz, el calor y demás formas del movimiento. Podemos, pues, afirmar que la gravitación es el resultado de la recíproca comunicación de la energía que anima á todos los átomos del universo, efectuada por intermedio del éter. Cada átomo comunica su actividad al éter que lo rodea, y da nacimiento á una serie de ondas etéreas que llevan su energía á todos los demás átomos, y, de igual modo, recibe la acción de todos ellos. La luz, el calor, la electricidad, etc., son diversas manifestaciones de esta actividad, y la pesantez es sólo la fuerza resultante de todos los movimientos que cada átomo de la tierra comunica á los átomos de los cuerpos.

Una ley de la gravedad que rige igualmente á los fenómenos de la pesantez y á los movimientos celestes viene á confirmar esta verdad: esta fuerza varía como la luz, como el calor y como todo movimiento ondulatorio, proporcionalmente al cuadrado de las distancias que separan á los cuerpos.

Podemos, ahora, comprender por qué la pesantez puede transformarse en sonido, luz, calor, electricidad y magnetismo, por la acción de una turbina, de una rueda hidráulica ó de cualquiera máquina impulsada por el peso de algún cuerpo. Todos los agentes físicos pueden transformarse mútuamente unos en otros, porque todos son un solo agente, el movimiento, que anima al mismo tiempo á las inmensas moles que pueblan los espacios como á las últimas partículas que se agitan en el seno de los cuerpos: todas las fuerzas son sólo manifestaciones diversas de este movimiento.

IX

En la primera parte de esta disertación no pudimos conocer la naturaleza de las fuerzas químicas que existen en los cuerpos: el único fruto de la investigación que sobre ellas hicimos fué comprobar que están estrechamente unidas á los agentes físicos. Ahora que conocemos á éstos, podremos con más feliz éxito emprender la abandonada tarea.

En toda combinación se desarrolla calor en cantidad que depende de la afinidad que los cuerpos que obran poseen entre sí: así un kilógramo de hidrógeno uniéndose á ocho de oxígeno desprende siempre 71,000 calorías, cantidad de calor que convertida en fuerzas, sería capaz de elevar un quintal métrico á 298,420 metros de altura. Esta inmensa fuerza existía antes almacenada en la pequeña cantidad de oxígeno é hidrógeno; se ocupaba en agitar sus átomos, pero es desprendida al efectuarse la combinación, porque los átomos de agua poseen menos energía que sus componentes y se ven obligados á desalojar en forma de calor toda la fuerza que no pueden contener: por esta causa, cuando queremos descomponer el agua, necesitamos calentarla á muy fuertes temperaturas ó someterla á acción de una corriente eléctrica, para que los átomos de los elementos que la forman absorban todo el calor que en estado de libertad necesitan.

Estos fenómenos son generales á todos los cuerpos. Siempre que en una reacción se produce un compuesto que posee menos energía que los cuerpos que lo forman se desprende todo el calor sobrante; si, al contrario, nace una sustancia cuyos átomos se muevan con mayor

violencia, necesitamos operar á elevadas temperaturas para que ellas absorban la energía que les falta.

Lo que llamamos afinidad no es sino un efecto del movimiento de los átomos, ella es mayor entre aquellos cuerpos que combinándose pueden desalojar de sí mayor fuerza, pueden desprender mayor calor. Los átomos de todos los cuerpos tienden al reposo y buscan en todas ocasiones la diminución de sus movimientos, como si estuviesen forzados á moverse.

Siempre que, libres de toda influencia extraña, se ponen en contacto dos cuerpos que puedan combinarse en varias proporciones, se produce sólo sobre aquel de sus compuestos cuyos átomos vibran más lentamente y que, por consiguiente, desaloja mayor calor en su formación. Cuando el carbón arde en presencia de pequeña cantidad de oxígeno, se une á él en proporción de 6 á 8, formando óxido de carbono y deja en libertad 28,800 calorías; pero cuando la combustión tiene lugar al aire libre se forma siempre ácido carbónico, porque este cuerpo desaloja de sí una cantidad de calor tres veces mayor. Si hacemos arder el óxido de carbono producido en el primer caso, se transformará en el ácido, desprendiendo 68,160 calorías, la diferencia exacta entre el calor de formación de ambas sustancias que es también la diferencia entre la energía que cada una posee en sus átomos.

Del mismo modo, cuando un cuerpo puede obrar sobre varios otros, elegirá para combinarse á aquel con el cual forme una sustancia que posea menores fuerzas en su seno. En la formación del agua se producen 70,400 calorías, y en la unión del oxígeno con el potasio 139,600; por consiguiente, siempre que el potasio se encuentre con el agua, la descompondrá para apoderarse del oxígeno

que contiene, y en esta operación se desprenden exactamente 69,200 calorías, diferencia entre la energía que el agua y la potasa poseen.

Por esta causa aquellos compuestos que poseen mayor afinidad, que produjeron mayor calor en su formación, son los mismos que oponen mayor resistencia á la descomposición; sus átomos conservan menos energía y necesitan absorber mayor cantidad de calor para poder existir en estado de libertad.

Berthollet, después de laboriosos estudios sobre la afinidad, resume sus conclusiones en el siguiente principio: «Todo cambio químico tiende á la producción del cuerpo ó del sistema de cuerpos que deja en libertad mayor calor.» La afinidad no es, pues, sino un efecto del movimiento de los átomos, la tendencia que poseen á disminuir los movimientos que ejecutan, buscando siempre para unirse á aquellas sustancias con las cuales puedan producir compuestos dotados de menos actividad. Los átomos de cada sustancia poseen á una temperatura fija una fuerza determinada que depende de su naturaleza, esta fuerza produce todas las acciones de los cuerpos entre sí.

La química confirma las conclusiones de los físicos que niegan la diversidad sustancial de los cuerpos; las propiedades peculiares á cada uno, que los distinguen entre sí, son efectos de simples accidentes, de la variedad de las fuerzas que los animan y pueden todas existir en una sola sustancia.

X

En los átomos del carbón, del azufre y del salitre que forman la pólvora, existe almacenada toda la fuerza que

al inflamar desarrolla. La explicación de este fenómeno es sencillísima si nos apoyamos en los anteriores principios: los átomos de aquellas tres sustancias, como las de toda materia combustible, están dotados de poderosa energía, y al estallar la pólvora se transforman en sustancias que, como el ácido carbónico y el ácido sulfuroso, poseen menor actividad atómica y se produce, por consiguiente, un exceso de fuerza, un exceso de calor, que los átomos resultantes no pueden contener; este exceso es el que impulsa á los proyectiles.

La inmensa fuerza que da vida á las máquinas de vapor es la diferencia entre la energía que posee el combustible que en ellas se introduce y la pequeña energía que llevan consigo los productos de la combustión que escapan por la chimenea. Toda esta diferencia permanece en el caldero en forma de calor é impulsa al vapor de agua que, á su turno, trasmite su poder á donde la industria lo necesita.

¿De dónde provienen estas fuerzas que al arder manifiestan el carbón, la madera y todos los productos vegetales? No existen en el aire, ni en la tierra ni en el agua que son los únicos principios de su formación: ellas se desarrollan durante la vegetación.

Los vegetales se componen principalmente de carbono y de hidrógeno: conocemos cuán grande es la energía que estas sustancias encierran en su seno, y á ellas se deben todas las fuerzas que poseen los vegetales y el calor que desprenden al inflamarse. Las plantas arrebatan el carbono al ácido carbónico que en el aire existe, y el hidrógeno al agua que las vivifica; pero tanto los átomos del agua como los del ácido carbónico poseen, lo hemos visto, movimientos menos enérgicos que los de los

cuerpos simples que los forman, y para asimilarse estos elementos que las plantas necesitan, tienen ellas que comunicarle nuevas fuerzas para completar la que exige la naturaleza del carbono y del hidrógeno. Esta es la acción de la vida vegetal que almacena sus propias fuerzas en la sustancia de las plantas, que de este modo adquieren la poderosa energía que poseen.

¿Cuál es la naturaleza de estas fuerzas vegetales? ¿Qué relaciones las ligan á las que los séres privados de vida poseen? Fácil es observar que todas producen idénticos efectos: igualmente se convierten en calor, como las fuerzas minerales, las que á las plantas animan, y como ellas se transforman en todos los agentes naturales; toda la actividad de las máquinas de vapor es la misma actividad de los combustibles vegetales que en ellas se consumen.

Las fuerzas de las plantas no se diferencian de las fuerzas de los átomos, y son sólo una transformación de la energía del sol que llega á la tierra en los rayos de luz y de calor. Los árboles no pueden desarrollarse en la oscuridad, y desprovistos de calor perecen; son estos agentes quienes les comunican la vida que poseen. Las ondas luminosas y caloríficas que caen sobre los vegetales operan la descomposición del agua y del ácido carbónico necesaria para la formación de su sustancia; las ondas, al obrar, se destruyen, y el movimiento que las formaba pasa á animar los átomos del hidrógeno y del carbono provenientes de la descomposición; de este modo se concentra en el seno de las plantas la energía del sol y los elementos que las forman completan la fuerza que necesitan.

Á esta acción deben los bosques su benéfica influencia sobre la temperatura: cuando los rayos del sol hieren la tierra desnuda, todo su calor se emplea en elevar la tem-

peratura y después la tierra lo envía á los espacios. Los bosques no se comportan de idéntica manera, no devuelven todo el calor que reciben; una parte considerable de los rayos solares son absorbidos por las plantas, que los emplean en la formación de su sustancia. Las fuerzas del sol quedan así almacenadas en la madera para convertirse de nuevo en calor cuando ella se inflame.

La energía solar que los vegetales concentran día á día es insuficiente para atender las múltiples necesidades del hombre que exigen inmenso consumo de combustibles; pero Dios, en su infinita Providencia, dispuso que no se perdiese en los espacios toda la fuerza que el sol enviara á la tierra en las épocas en que aún no era habitada, sino que fuese una parte almacenada en el seno de la tierra para servir de luz, movimiento y vida á las generaciones que habían de venir. Los inmensos depósitos de carbón que se encuentran repartidos con sorprendente profusión en todos los países del mundo, son sólo depósitos del calor que el sol envió á la tierra en los tiempos antidiluvianos. Si fuese posible medir directamente cuánto calor la vegetación consume, se vería que es exactamente la misma cantidad que, después, la madera desprende al inflamarse sin que destruya la más mínima parte. Es ley general de todas las transformaciones de las fuerzas: se conservan todas intactas sin pérdida alguna al través de los infinitos cambios que experimentan sin cesar; de modo que hoy existe en el mundo toda la energía que al principio de los tiempos existía.

JOAQUÍN ECHENIQUE GANDARILLAS

(Continuará)

HOJAS SUELTAS

I

¡Ah! si yo pudiera
en mi humilde lira
modular los himnos
que á solas oía
al ave, que insomne
lloraba desdichas,
y al árbol que trémulas
las auras mecían,
cantar de inefable
ternura infinita
tu sueño arrullara
¡oh, bien de mi vida!

II

Saber que en el mundo, do lágrimas vierto
un sér adorado me guarda su amor;
saber, si desmayo, rendido en la lucha,
que asilo me brinda su fiel corazón;

saber que esa mano, que estrecha la mía,
me muestra en los cielos un rayo de luz;
que hay quien dulcifique la hiel de mi cáliz,
quien cargue conmigo piadosa la cruz;

¡ay! esa es la sola delicia suprema
que esta alma proscrita pudiera anhelar. . .
¡Bendita mil veces la santa ternura
que sabe mis penas así consolar!

¿Felice pudiera llamarme? ¡Quién sabe!
¿Dichoso en la tierra alguno será?
¡Ah, que una mirada del ángel que adoro
mis penas disipa, me vuelve la paz!

ENRIQUE DEL SOLAR

1878.

REVISTA LITERARIA

HAROLDO

(EPISODIO DEL SIGLO XV)

POR LA SEÑORA AMELIA SOLAR DE CLARO

En medio de la indiferencia que rodea á los que cultivan las bellas artes, salió á luz, hará tres meses, la preciosa leyenda en verso titulada *Haroldo*, sin que su mérito y la circunstancia, muy rara entre nosotros, de ser obra de una señora hayan podido librarla de esa suerte fatal que persigue en Chile á los poetas.

Y, sin embargo, el *Haroldo*, aunque su autora por un exceso de modestia, no lo califique de original, es una producción notable bajo muchos respectos, en la cual brillan á un tiempo el esmero del artista y los sentimientos más delicados de un noble corazón.

La caridad y el amor conyugal llevados hasta los últimos límites de la abnegación, la esposa que se inmola por el esposo desgraciado, el deber cuyo cumplimiento es necesario ocultar, como se ocultaría un crimen, la inocencia perseguida y casi milagrosamente salvada de la hoguera, y después el triunfo definitivo de la virtud en que ésta no alcanza ninguna corona de la tierra, sino la libertad de seguir inmolán-

dose por el sér amado á quien la mano de Dios ha herido con una terrible enfermedad que lo aísla del trato de los hombres: tal es el animado cuadro que la señora Solar de Claro ha dibujado con vigoroso pincel, embelleciéndolo con el colorido brillante de la poesía; un cuadro digno del poeta cristiano, digno de la mujer que es en su hogar un tipo de virtudes, digno, en fin, de la legítima heredera de los talentos de su ilustre madre.

El argumento del poema es por demás sencillo y su distribución se asemeja en mucho á la de las antiguas leyendas, en que corre la acción sin los episodios inútiles ni las disertaciones ociosas que tanto fastidian en algunas obras modernas.

Helo aquí reducido á muy pocas palabras:

Una niña llamada Armella, dama de honor de la princesa de Bretaña dejó cierta noche el palacio de sus señores, y habiendo sido notada su ausencia, se la acusó de tratos diabólicos con un fantasma que aparecía durante las horas del descanso en las cercanías del castillo. Armella no niega el crimen que se le achaca, sin que por eso se considere culpada. Un terrible deber sella sus labios, y aunque bastaría una sola palabra para justificarla, ella se guardará bien de pronunciarla, prefiriendo la muerte y el oprobio para su memoria á una confesión que puede redundar en daño del sér desgraciado á quien sacrifica su existencia. Llevada de tribunal en tribunal, iba ya á ser condenada á la hoguera, cuando aparece á defenderla un sacerdote, que, conociendo su secreto, aboga por ella con la elocuencia sublime del convencimiento y de la caridad. Armella, á quien se cree culpable de un tremendo sacrilegio que, según las ideas de la época, sólo puede expiarse en las llamas de la hoguera, es la esposa de un héroe infortunado que, herido por la lepra, ha tenido que ocultarse de sus semejantes, no quedándole más consuelo que la sublime ternura de su virtuosa compañera, quien sólo puede ir á darle alivio en el silencio de la noche y entre las tinieblas del misterio. El mismo leproso comparece al fin ante el augusto tribunal que va á condenar á su esposa y que concluye por declararla libre entre las aclamaciones de la multitud. Desde este momento la noble y abnegada joven sigue al enfermo para compartir su miserable existencia mientras le dure la vida.

La señora Solar de Claro con exquisito tino artístico ha distribuído su narración, variando los cuadros y diversificando las escenas de manera que el lector se siente dulcemente halagado desde el principio

hasta el fin. El poema, que comienza con la descripción del amor feliz de dos príncipes jóvenes á quienes la fortuna ha colmado de sus favores, termina con la pintura de otro amor legítimo, santificado por el dolor y por la más completa inmolación de dos séres heridos por el más tremendo de los infortunios. Y en medio de estas dos escenas que forman el marco de un cuadro lleno de profunda moralidad, encuentra el lector otras notabilísimas por el colorido de la época que en ellas resalta, como son aquellas en que la supuesta culpable comparece primero ante el tribunal del príncipe de Bretaña, y más tarde ante el del obispo que se ha avocado su causa. Cuadros son éstos que hacen recordar algunos de los que en su género nos ha dejado el inimitable Walter Scott. Abundan igualmente en el *Haroldo* preciosas descripciones de la naturaleza y sentimientos que honran el corazón de la autora.

Es de sentir que los límites de este artículo no nos permitan dar muestras abundantes de la manera como la señora Solar de Claro maneja el verso, pues, si entráramos á citar los trozos que en el *Haroldo* nos han llamado la atención, nos extenderíamos demasiado.

Con todo, no resistimos á copiar un fragmento del canto titulado *La Tempestad*, escrito en sonoras y bien torneadas octavas:

Turbado el labrador miraba al cielo,
que próxima tormenta presagiaba
y sus rebaños con tenaz desvelo
en redor apiñados contemplaba;
sus balidos expresan desconsuelo,
la súplica en sus ojos se pintaba,
y presuroso con afán prolijo
blando abrigo les diera en el cortijo.

Era ya tiempo; amenazante trueno
conmueve el antro con su voz sonora,
y de las nubes el hinchado seno
la llama del relámpago colora;
el sol, de vida y resplandores lleno,
con moribunda luz los cielos dora,
y lánguido al sumirse en Occidente
vencida inclina su orgullosa frente.

La noche no calmara la tormenta,
antes, á cada hora que desliza,
el trueno sus rugidos acrecienta
y á sus ecos el alma martiriza;

á medida que horrísono revienta
se ve, lanzando claridad rojiza,
de fúlgidos relámpagos el fuego
romper las nubes y abrasarlas luego.

Ya desbordado, la colina inunda
el claro lago que sus campos riega,
y, cual las olas de la mar profunda,
cuando á los cielos desafía ciega,
hinchada, embravecida, furibunda,
su turbia onda hasta el castillo llega,
azotando convulsa la muralla,
do el viento ruge, donde el trueno estalla.

El buho, la lechuza y el mochuelo,
del viejo torreón habitadores,
sin rumbo tienden el pesado vuelo,
otros techos buscando protectores;
y sus gemidos lúgubres de duelo
de la noche duplican los horrores,
su ingrata voz mezclándose violenta
al hórrido gemir de la tormenta.

Basta con lo citado, aunque pudiéramos todavía copiar muchos otros fragmentos de diverso género y entonación; pero las octavas que ofrecemos al lector bastarían á acreditar á cualquier poeta.

Después de esto ¿sería justo que entráramos en un minucioso análisis Hermosillesco de las estrofas del poema, criticando un verso poco numeroso, algún hiato forzado, tal cual palabra no muy propia ó alguna de esas incorrecciones gramaticales de que no se libran á veces los literatos más empeñosos en limar sus producciones? Sería tarea inútil, mezquina, y por mucho que ahondáramos en ella no alcanzaríamos á deslustrar el mérito del *Haroldo*, poema escrito con verdadero gusto, y sobre todo con el corazón.

La literatura chilena es muy escasa en este género de trabajos. Las joyas que puede ostentar son muy pocas y contadas. La madre de la señora Solar de Claro dejó su preciosa leyenda titulada *La Novia y la Carta*, más notable que por su argumento, por la elocuencia del sentimiento y la riqueza de la poesía y de la versificación; la herencia que nos legó Sanfuentes son tres ó cuatro poemas, aunque algo fríos, de mérito indisputable, los demás ensayos hechos en el país, excepto alguno que otro del malogrado Soffia, son pobres y muy inferiores al *Haroldo*.

Quede á la señora Solar de Claro la dulce satisfacción de haber producido en su hermosa leyenda una de esas obras que merecen bien de Dios, porque elevan y dignifican el alma, derramando un dulce refrigerio sobre los corazones honrados que sufren viendo á la poesía convertirse en incensadora de los vicios y en lisonjero vil de las pasiones de la multitud.

La Redacción

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

La misma Real Academia agrega en la página 282 de la GRAMÁTICA lo que copio en seguida:

"Es craso desatino el tan vulgar hoy de usar el pronombre *cuyo*, quitándole su condición de posesivo:—Le regaló un aderezo entre otras muchas alhajas preciosas, *cuyo* aderezo era de brillantes,—en lugar de—y este aderezo era de brillantes.—Dos novelas le presté hace un año, *cuyas* novelas aún no han vuelto á mi poder,—en vez de—y *las cuales* aún no han vuelto á mi poder.

"En oposición á dislates semejantes á éstos, con qué ingenio, galanura y propiedad nos dice el antiguo poeta:

Esclavo soy, pero *cuyo*
soy no lo diré yo,
pues *cuyo* soy me mandó
no dijese que era suyo.

—Soy esclavo, pero no diré *de quién*, porque la persona *de quién* lo soy, me lo ha prohibido.—Igual corrección y exactitud gramatical tienen las expresiones que siguen, donde se varía el caso en que puede estar este pronombre posesivo:—*¿Cúyas* son estas capas? *¿cúyos* son estos sombreros?—. Lo cual equivale á:—*¿De quién* son estas capas?, y *de quiénes* estos sombreros?—. En un lugar de la Mancha, de *cuyo* nombre nombre no quiero acordarme...—; esto es—del nombre *del cual* no quiero acordarme.—¿Qué se hizo Alejandro, para *cuyos* ánimo y ambición fué estrecho el orbe de la tierra?; ¿qué Cilnio Mecenas, á *cuya* protección y munificencia se acogió Virgilio?; qué Pelayo, por *cuyo* arrojo alcanzó vida y libertad España?; ¿qué Isabel de Castilla, sin *cuyo* desprendimiento no hubiera surgido del ignoto mar un nuevo mundo?—. Se ve, pues, que, sin excepción ninguna, y por todos los casos, *cuyo*, *cuya*, *cuyos*, *cuyas*, tiene el valor *de quien*, *del cual*, *de la cual*, *de los cuales*.»

Don Andrés Bello, en su GRAMÁTICA DE LA LENGUA CASTELLANA, capítulo 39 (tomo IV de las OBRAS COMPLETAS, página 316), reprende con igual severidad el empleo de *cuyo*, cuando no tiene el carácter de posesivo.

He aquí sus palabras:

«Muchos, olvidando la genuina significación de *cuyo*, lo emplean á menudo en el significado de *que* ó *el cual*, y esto aun cuando las proposiciones estarían suficientemente enlazadas por estos y otros pronombres demostrativos, lo que da al lenguaje un cierto olor de notaría, que es característico de los escritores desaliñados. Dícese, por ejemplo:

—Se dictaron inmediatamente la providencias que circunstancias tan graves y tan imprevistas exigían; *cuyas*

providencias, sin embargo, por no haberse efectuado con la celeridad y la prudencia convenientes, no surtieron efecto.— Hubiera sido mejor *las cuales providencias* ó *estas providencias* ó *providencias que*. Yo miro semejante empleo de *cuyo* como una corrupción, porque confunde ideas diversas sin la menor necesidad ni conveniencia, y porque, si no me engaño, es rarísimo en escritores elegantes y cuidadosos del lenguaje, como Jovellanos y Moratín. No digo lo mismo de Solís, en cuya pulida historia me admiro de encontrar á cada paso esta acepción notarial de *cuyo*.

"—El deán de Lovaina había venido desde Flandes con título y apariencias de embajador; y luego que sucedió la muerte del rey don Fernando, mostró los poderes que tenía del príncipe don Carlos, de que resultó una controversia muy reñida sobre si este poder había de ser de mejor calidad que el del cardenal; en *cuyo punto* discurrían los políticos de aquel tiempo con poco recato.— Habría sido mejor *punto en que*.

"—Se opuso que no convenía para la quietud de aquel reino que no residiese la potestad absoluta en personas de tan altos pensamientos, de *cuyo principio* resultaron, etcétera.—El sentido es *y de este principio*, ó *principio del cual*, como creo que hubiera sido más propio.

"—Retrocedieron las naves al arbitrio del agua, no sin peligro de zozobrar, ó embestir con la tierra, *cuyo accidente* dió ocasión, etc;—*y este accidente*, ó *accidente de que*.

"Las expresiones tan socorridas *para cuyo fin*, *á cuyo efecto*, *con cuyo objeto*, de que se hace frecuente uso, ó por mejor decir, abuso, ligando oraciones que no necesitan de tan estrecho enlace, me parecen menos tolerables que

el fastidioso *el cual, lo cual,* con que escritores de otra edad enhebraban cláusulas sobre cláusulas en interminables períodos, porque así á lo menos no se desnaturalizaba la propiedad de ninguna palabra, como sucede á *cuyo,* cuando se le hace significar *el cual,* despojándolo de la idea de posesivo. Si el uso tolera dos medios de expresar una cosa, se debe preferir el más propio.»

Tanto la Real Academia como Bello, advierten, según acaba de leerse, ser muy frecuente el defecto de lenguaje que consiste en emplear *cuyo, cuya,* sin que tenga carácter de posesivo.

Y así es la verdad, pues incurren en él, no sólo los individuos del vulgo, sino los maestros mismos del idioma.

Don José Joaquín de Mora, en las LEYENDAS ESPAÑOLAS, edición de 1840, página 310, octava 38 de la titulada EL HALCÓN; se expresa así:

> Si el lector es un hombre de provecho,
> tiene para saber lo necesario
> que, si el duque volvía satisfecho,
> no lo quedaba menos el vicario.
> Éste, porque cobraba su derecho;
> aquél por la *indulgencia y relicario,*
> con *cuyas armas* de esperanza rico,
> ni un momento dudó vencer á Udico.

En vez de *cuyas armas,* debió decir *las cuales armas,* ú otra locución parecida.

Este mismo correcto autor empleó mal el vocablo *cuyo* en su novela titulada EL GALLO Y LA PERLA.

«Su profesión era descontar libranzas y otros documentos de crédito, y prestar dinero á premio, en *cuyas operaciones* ostentaba los más ingeniosos artificios» (páginas 6 y 7, edición de 1847).

Don José María de Pereda, en su novela DE TAL PALO TAL ASTILLA, capítulo 4, escribe lo que sigue:

"Pudiera ser Peñarrubia uno de estos sabios imprudentes. Si lo fué, no lo confesó entonces, *cuyo* dato nada resuelve tampoco."

Don José Zorrilla, en los RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO, parte 2, capítulo 8, ó sea tomo 2, página 195, edición de 1882, trae esta frase:

"La primera vez que monté á caballo, desdeñé la cómoda y segura silla mejicana, aceptando un pequeñísimo galápago inglés, que, para un hijo suyo, había comprado hacía tiempo el propietario de la finca, y en *cuyo* galápago galopaba yo en un tordo cenceño llamado el *muñeco*."

Creo inútil agregar nuevos ejemplos de este vicio gramatical, desde que el redactor mismo de la GRAMÁTICA DE LA ACADEMIA, edición de 1880, después de haberlo censurado tan acerbamente, como se ha leído, incurre en él á la página 272, donde se encuentra la siguiente frase:

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

EL RÁBULA Y LOS CAMPESINOS

JUGUETE CÓMICO

(Á MI QUERIDO AMIGO RAFAEL EGAÑA)

PERSONAJES

JUAN, abogado.
FABIAN, su escribiente.
ROQUE, MARIA, JOSEFÍN } campesinos.

La escena representa un estudio de abogado.

ESCENA PRIMERA

JUAN

JUAN. ¡Y nadie viene!... ¡Singular suerte la mía!... Desde que pude hablar, me llamaron «el Abogado» en casa de mis padres. No bien llegaba una visita, preguntaba al punto por Juanito el Abogado, y mi padre, todo ufano y

satisfecho, me llamaba á la sala, y ahí yo, sin ningún empacho, hablaba y hablaba de tal modo que los presentes se morían de risa y me celebraban como á un prodigio. «Hará carrera este muchacho,» le decían á mi padre; y él, con cierta modestia, respondía: «Así lo creo yo también.» En el colegio, mis condiscípulos espontáneamente me pusieron por sobrenombre «el Abogado;» y los maestros me repetían: «Vamos, indudablemente ha nacido usted para abogado; en la abogacía podrá ser usted gran cosa.» Y nadie lo ponía en duda. Entro al curso de leyes. Aquí los profesores no me miraron bien desde las primeras clases. Es claro que descubrieron en mí á un futuro rival, á quien temían desde luego. En efecto, nunca consiguieron dejarme callado en las innumerables objeciones que les hacía con gran contento y aplauso de los demás alumnos. Y tales debían de ser mis aptitudes para la profesión que, á poco hablar con cualquiera persona que antes no me hubiera conocido, me decía: «Usted, caballero, sin duda alguna estará estudiando para abogado.» «Así es,» respondía yo. «Bien se conoce,» replicaba el otro; «tiene muchas dotes naturales para sobresalir en el foro.» Yo me sonreía, porque eso no era novedad para mí. Obtengo, por fin, el título de abogado. Abro estudio en la capital... ¡Cosa rara! Nadie entra... Sin duda mi nombre no es bastante conocido. Para darme á conocer, apelo á cierta especie de publicación, fatigosa,

es verdad, pero bulliciosa y barata como ninguna. Tomo la palabra en *meetings*, juntas, reuniones; elevo solicitudes al gobierno en nombre de tal y cual grupo de ciudadanos; me hago eco de esos impulsos generosos, de esos pensamientos levantados, de aquellas necesidades largo tiempo sentidas que andan por ahí esperando una voz que las manifieste; me empeño en difundir la luz de la civilización en las clases menesterosas; trabajo en dar útil dirección á la fuerza latente y ciega de las masas; aquí protesto con todo el vigor y la energía de que soy capaz, allí envío una palabra de aliento, acullá salgo en defensa de la libertad escarnecida y de los más sagrados derechos conculcados. Luego corro á mi estudio. Nadie ha venido, nadie está esperando; y así paso las horas en eterna expectativa, alimentada apenas por uno que otro pleitecillo vergonzante que he conseguido atrapar en los patios de los tribunales, arrancándolo de las uñas de leguleyos y procuradores sin conciencia. Mientras tanto corren los alquileres. ¿Qué hacer? Nadie es profeta en su tierra, dije para mí. Como tantos otros colegas que ahora son famosos, iré á establecerme en alguna población de provincia, captaré la voluntad de esa gente sencilla, los deslumbraré con el brillo de mi palabra, afluirán los pleitos, y, después de algunos años, volveré triunfante á la capital, á sentarme tal vez en un sillón de magistrado. Ya he comenzado á poner en práctica

mi plan. Pero ¡oh maldita suerte!... Hace ya más de tres meses que me hallo en este apartado pueblecillo, y parece que una tranquilidad aterradora se cierne sobre él. Indudablemente, un hado adverso me persigue. De otro modo, ¿cómo puede explicarse que yo que he nacido directamente para ser abogado, según todos lo atestiguan, me vea aventajado por tantos otros que sólo han nacido para vivir hasta que oportunamente les sobrevenga la muerte? Sea lo que fuere, es lo cierto que aquí la profesión no me da ni para pagar al escribiente. Paciencia... ¡Don Fabián!

ESCENA II

JUAN, FABIÁN

FABIÁN. ¿Señor?

JUAN. Continuemos el escrito de González y Corvalán.

FABIÁN. Bien, señor. *(Escoge los papeles en el escritorio y se sienta.)*

JUAN. Vea usted, don Fabián. ¿Lo creerá? Aun cuando ya he leído varias veces el escrito del abogado de González, todavía me da risa. ¡Qué ensartar de palabras! ¡Qué fraseología! ¡Qué meterse en grandes disertaciones por una bagatela! Debería alegrarme de que González hubiese confiado su causa á individuo tan poco hábil; pero en realidad lo siento por el desprestigio que tales abogados acarrean á la

profesión. Ellos tienen la culpa de que á menudo se nos dé el apodo de charlatanes. En cuanto á mí, prefiero pecar por breve, conciso y descarnado antes que por palabrero. Soy partidario de la lógica inflexible y desnuda. Me gusta decir puramente: hay tal cosa, y luego la prueba; de aquí se sigue tal otra cosa, y luego la prueba. Nada de flores, nada de frases pomposas. Me parece, don Fabián, que esto se nota en mis escritos.

FABIÁN. Sí, señor: eso se nota en sus escritos.

JUAN. Dígamelo con franqueza, don Fabián. Usted es un joven inteligente, ya bastante versado en estas cosas, y me alegraría de conocer su opinión respecto á mis escritos.

FABIÁN. Mi opinión... á decir verdad... si usted no lo lleva á mal... en fin, me atreveré á decirle que, según lo poco que entiendo...

JUAN. Hable sinceramente. No tengo ni pizca de amor propio.

FABIÁN. Creo, señor, que usted casi peca por la concisión y fuerza irresistible de su lógica; pero no mucho, sino lo suficiente.

JUAN. Le agradezco la franqueza, cuanto más que, como le acabo de decir, lo tengo por joven muy aprovechado y diligente. Continuemos el escrito. ¿Dónde quedamos?

FABIÁN. En «irrefutables argumentos.»

JUAN. Don Fabián, ¿hasta cuándo tendré que repetirle que nunca me lea las últimas palabras solamente, sino el último párrafo? ¿Cómo diantre quiere usted que así recuerde dónde

íbamos? Esas palabras "argumentos irrefutable" no aparecerán menos de treinta veces en el escrito.

FABIÁN. Bien, señor. Dice así el último párrafo (*Lee*): "No insistiré más en los irrefutables argumentos que acabo de ofrecer á la alta consideración de usía, tanto porque son de tal naturaleza que se imponen por sí mismos, como porque indudablemente ya habrán llevado al sereno é imparcial ánimo de usía, el profundo convencimiento de que la parte contraria se ha paralogizado de una manera tan extraña como inexplicable. Paso ahora á consideraciones de otro orden, las cuales, si bien no se apoyan directamente en las leyes, no dejan de ser por eso, en este caso, menos irrefutables argumentos."

JUAN. *(Dicta, paseándose.)* Punto aparte.—No se habrá escapado á la aguda penetración de usía que el caso actual, si bien nimio en apariencia, entraña consecuencias importantísimas, no ya sólo para la constitución misma del derecho en su más vasta acepción, sino también, y muy principalmente, para la constitución de la sociedad civil, base y fundamento de... de...—Aguarde un poco, don Fabián—... base y fundamento del orden y economía que han de presidir á las variadas evoluciones del progreso, en sus múltiples manifestaciones. Al decir esto, no me refiero al principio jurídico en su esencia interna, como ya lo habrá adivinado la extraordinaria pers-

picacia de usía, sino á la relación extrínseca que existe entre la ley positiva y la sociedad civil. Se trata en el presente caso de saber si mi mandante tiene ó nó derecho (y ya he probado de un modo irrefutable que lo tiene) derecho, digo, de colocar algunos adobes en la pared medianera. Pero ¿qué se oculta debajo de estos adobes? La profunda mirada de usía ya lo habrá descubierto: se oculta nada menos que la solución de uno de los puntos más vitales del derecho. En efecto, si la parte contraria, torciendo con violencia el majestuoso é inviolable curso de la ley, lograra impedir la colocación de los referidos adobes, ¿á qué quedaría reducido el amparo legal? Elementos disolventes penetrarían poco á poco en los códigos, las franquicias que otorga la Carta Fundamental serían vanas palabras, se desquiciaría por completo la salvaguardia de la sociedad, tras esto vendría la ruina de...

ESCENA III

DICHOS Y ROQUE

ROQUE. *(Asomándose por la puerta del foro.)* ¿Estará aquí el señor abogado?

JUAN. Aquí está, caballero. Pase usted acá. Adelante, señor mío, adelante. Sin ceremonias... como en su casa... Tenga la bondad de tomar asiento. *(Aparte.)* ¡Qué cocodrilo! *(Fabián se retira.)*

ROQUE. Bueno; me sentaré.

JUAN. ¿Y su salud?

ROQUE. Ahí está; como siempre.

JUAN. Mucho me alegro. Y en la familia, ¿no hay novedad? La señora... los niños...

ROQUE. No hay novedad. *(Aparte.)* ¡Qué zalamerías! ¡Mucho ojo, Roque!

JUAN. Me alegro y regocijo. Dios ha de querer que así continúe.

ROQUE. Mi mujer no más ya enteró tres meses de cama, y el médico dijo anteayer que no tenía remedio.

JUAN. ¿Cómo?... ¡Cuánto lo siento!

ROQUE. Mi hijo mayor también se cayó del caballo hará una semana y se quebró una pierna.

JUAN. ¡Qué me cuenta usted! Confío, sin embargo, en que todo esto no ha de ser de consecuencias. Créame, señor... pero ¡qué distracción!... Todavía no tengo el gusto de saber con quién estoy hablando.

ROQUE. ¡Vaya! ¿No está hablando conmigo?

JUAN. ¡Oh! Sin duda; pero su gracia... tenga la bondad de decirme su nombre.

ROQUE. Mi nombre es Roque, y mi apellido Ibarra.

JUAN. ¿Es posible? ¿Con que tengo el honor de estar hablando con el señor Ibarra don Roque?

ROQUE. Sí, señor.

JUAN. ¿Con el distinguido vecino de este pueblo don Roque Ibarra que, si no me han informado mal, tiene en cama á su apreciable esposa desde hará dos ó tres meses, con una enfermedad que algunos médicos creen sin remedio?

ROQUE. El mismo, señor. Esa es mi mujer.

JUAN. ¿Y que hará cosa de una semana, según lo supe en el mismo día, tuvo la desgracia de ver que le traían á su hijo con una pierna quebrada?

ROQUE. Entonces, señor, ¿me conocía usted?

JUAN. Pues es claro. No bien llegué aquí, procuré informame acerca de las personas más conspicuas de la localidad, y me nombraron de los primeros á don Roque Ibarra.

ROQUE. *(Aparte.)* ¡Yo de los primeros!... Si este caballero no fuera tan formal, creería que se estaba riendo de mí.

JUAN. Pues bien, amigo mío... ¿Me permite esta pequeña familiaridad?

ROQUE. La que usted guste. *(Aparte.)* ¡Qué caballero tan agradable!

JUAN. Pues bien, amigo mío; ahora estoy sumamente recargado de asuntos; pero, en señal del aprecio que por usted tengo, me pongo desde luego á sus órdenes y le serviré antes que á nadie. Tenga la bondad de comunicarme el negocio, este feliz negocio que me ha traído la anhelada oportunidad de conocer á usted.

ROQUE. El caso es éste: soy dueño de unas cuadras de tierra...

JUAN. Con toda confianza, hable con toda confianza. Está usted con un amigo.

ROQUE. Bueno. Soy dueño de unas cuadras de tierra que están por aquí, y que deslindan con tierras de otros dueños.

JUAN. Perfectamente. Las señales de la ubicación

del terreno no pueden ser más claras. Continúe usted.

ROQUE. Por lo mío pasa un canal que va á regar tierras de más abajo. De ahí saco una acequia para regar un huerto, y ahora me han quitado el agua.

JUAN. ¡Qué inaudito atropello! Amigo mío, es preciso presentar inmediatamente una querella de despojo. Tráigame ahora mismo algunos testigos que puedan acreditar la tranquila posesión de un año, y júnteme los papeles, documentos y testigos para el juicio ordinario. ¡Qué barbaridad! ¡Nunca se ha visto despojo más injustificable! Yo por lo menos, y eso que tengo mucha práctica, nunca había oído hablar de un atropello más descarado.

ROQUE. Pero no hay testigos, ni papeles, ni documentos.

JUAN. ¡Oh! Eso es imposible, amigo don Roque. Siempre hay testigos, papeles y documentos. Á veces cuesta encontrarlos; pero nunca faltan pruebas para una causa justa y buena, como es la suya.

ROQUE. Más claro, señor, le diré que el agua es prestada, y que solamente hace quince días que estoy usándola.

JUAN. ¿Quince días?... ¿Se la han prestado?... ¿De manera que usted reconoce que no tiene derecho al agua?

ROQUE. Sí, señor: no es mía. Pero el caso que le quería consultar no es éste.

JUAN. Comprendo; probablemente será otro. *(Apar-*

te.) Hay que tener paciencia con estos animales.

ROQUE. Sí, señor: es otro. ¿Alguien podrá oírnos?

JUAN. Nadie. En las piezas vecinas hay muchos que están esperando, unos la hora de comparendos, otros una consulta, otros... Todos están conversando, hablan, se ríen; pero estas paredes son muy anchas. ¿Oye usted algo?

ROQUE. Nada oigo.

JUAN. Yo tampoco. Hable sin cuidado.

ROQUE. Lo que hay es esto. El dueño del agua estaba de novio con mi hija mayor. Para el riego de mi huerto, sacaba yo agua de otra parte. Hubo un derrumbe en este canal, y, mientras lo componían, el joven me prestó agua. Se compuso el canal, y el joven no me estorbó que siguiera usando la que me había prestado. En esto vienen cuentos, hablillas y celos. El joven se enojó, no volvió á mi casa, dijo que no se casaría jamás con la niña, y ella, por su parte, dijo lo mismo. Lo primero que hizo el joven fué quitarme el agua, y aquí me tiene usted. Como si se casa, me dará agua de seguro, he venido á ver si no habrá modo de obligarle á casarse; y, aunque no me dé agua, siempre este casamiento conviene mucho, porque el mozo es rico y la niña será muy feliz con él.

JUAN. Así lo creo, y ella de seguro lo merece. Pero esto de obligar al joven á casarse... ninguno de los dos consiente... el caso es singular... hay ciertas preocupaciones legales...

ROQUE. En la niña no hay que ocuparse. Yo corro con eso. Bien sabe ella quién soy yo.

JUAN. Y dígame, don Roque, ¿no le convendría más disputar á ese joven la posesión del canal, ó reclamar, por lo menos, alguna parte que le correspondiese á usted?

ROQUE. ¡Pero si el otro es único dueño!... Á mí no me toca nada.

JUAN. ¿Y cómo lo sabe usted? ¡Hum!... ¿Cómo sabe usted si los derechos del otro son legítimos? ¿No habrá habido alguna usurpación clandestina? Si se examinara todo esto con despacio, seguramente saldrían á luz muchas cosas ignoradas, y de que usted podría aprovecharse... legítimamente, se entiende. ¿Ha averiguado usted si alguno de sus antecesores en el dominio de esas tierras no tuvo alguna parte ó uso de esas aguas? ¿Qué me dice?

ROQUE. Y tal vez usted no ande lejos de lo cierto. Hay en una parte rastros como de acequia borrada que salen del canal, y que muchas veces me han dado qué pensar.

JUAN. ¿No le decía yo? Y esto sin hacer averiguaciones prolijas. ¿Qué sería después de hacerlas?

ROQUE. Tal vez...; pero nó, señor, no tomaré ese camino. Sólo en último caso, y ni aún así.

JUAN. Como usted guste; pero le aseguro que, á medida que piense en el asunto y lo conversemos aquí amigablemente, se irá inclinando poco á poco á tomarlo. En fin, por ahora, usted quiere obligar al joven á casarse, ¿No es esto?

ROQUE. Eso mismo.

JUAN. Pues bien, amigo don Roque, con la franqueza que me caracteriza y que siempre acostumbro, le declaro que no se puede entablar demanda por falta de cumplimiento á una promesa de matrimonio. Algún leguleyo le habría dicho que se podría y lo habría metido en un berengenal, por ganarse unos pocos centavos; pero yo, á Dios gracias, soy hombre de conciencia y le digo que no puede usted tomar ese camino.

ROQUE. Lo siento. Si no se puede... ¡qué hacer!

JUAN. Pero hay otros caminos... Vea usted... esto varía según los casos. Es lícito usar de ciertos medios que en el foro llamamos de coacción moral ó metafísica ó, si usted se empeña, de coacción heterogénea compuesta.

ROQUE. Nó, señor: no me empeño. Como á usted le parezca.

JUAN. Bien. Pondremos en práctica la coacción moral simple, llamada también usufructuaria, por arrancar su origen principalmente del usufructo, y accidentalmente de la usucapión del derecho antiguo. Pero no insistiré en esto porque, en su manera de escucharme, se echa de ver que es usted un viejo litigante, tan versado en estas cosas como un abogado ¡Ah! Ah! ¿No es así, don Roque?

ROQUE. Sí... conozco algo de eso *(Aparte.)* ¡Aquí me muera si he entendido maldita la cosa!

JUAN. En virtud del raciocinio anterior, pondremos al mocito en situación bien clara: ó se casa, ó

paga una indemnización tal que lo deje á usted más que medianamente satisfecho. Ya lo verá usted. Mire, amigo mío, lo que hay en el caso de usted es que ese joven ha seducido á su hija, y lo que debemos hacer es entablar contra él acción criminal por seducción bajo promesa de casamiento.

ROQUE. ¿Que á mi hija la ha seducido?

JUAN. Pues es claro. Aun yo había oído algo de esto, y, por cierto, si no hubiese llegado el caso de tener que decírselo, no me habría adelantado á hacerlo. Pero, en conciencia, debo comunicárselo. De otro modo, ¿cómo se explica que haya dejado el joven sus pretensiones de casarse? Lo que dice son pretextos; es recurso muy conocido. No hay más que demandarlo criminalmente, y haremos de modo que ó se casa, ó paga una indemnización bien fuerte, ó seguimos hasta dar con él en la cárcel, y, en todo caso, cargará con las costas.

ROQUE. ¿Mi hija seducida?... ¿Y sabe usted, señor, que estoy por creer que ha habido algo de esto?

JUAN. No le quepa la menor duda.

ROQUE. ¿Y sabe señor, que me está dando un calorcito que... y una comezón...?

JUAN. ¡Oh! Estas cosas indignan á toda alma bien puesta. ¡Abusar tan villanamente de una niña inocente, encantadora! Comprometer su porvenir... Me imagino lo que ha de pasar por el corazón de un padre.

ROQUE. Dígame, señor abogado, si me voy de aquí

derecho á casa de ese facineroso y le doy una buena cuchillada...

JUAN. Por nada, por nada, amigo mío. Lo echaría todo á perder. Usted iría inmediatamente á la cárcel...

ROQUE. ¿Y una tunda de palos? ¿No me permitirá la ley darle un tunda de palos tal, que lo deje...?

JUAN. Calma, calma, don Roque. Nada de medios violentos. ¡La acusación criminal, don Roque, la acusación criminal! No hay otra manera segura y legítima de castigar la audacia de ese mancebo.

ROQUE. Pero la acusación criminal la quiero hoy mismo, luego, ya. Quiero ver mañana mismo á ese pícaro en la cárcel. No repare usted en gastos. No quiero indemnización ni nada. ¡Ah, señor abogado! Si usted no me hubiera abierto los ojos...

JUAN. Hoy haremos todo eso. Pero antes necesito que traiga acá á su hija, para que me dé algunos datos indispensables. Al principio ella negará... el pudor... usted comprende; pero con prudencia y astucia le sonsacaremos la verdad.

ROQUE. Tiene usted razón. Voy á buscarla. Felizmente está por aquí cerca en casa de una comadre.

JUAN. Hasta luego, amigo mío.

ESCENA IV

JUAN, DESPUÉS FABIÁN

JUAN. Si no moviese á esta gente, me moriría de hambre... Y ¿qué hacer? Es preciso sembrar vientos para cosechar tempestades. ¡Don Fabián!

FABIÁN. ¿Señor?

JUAN. Usted que es de este pueblo, debe de conocer á don Roque Ibarra.

FABIÁN. Sí, señor; de nombre.

JUAN. ¿Tiene solvencia?

FABIÁN. De sobra.

JUAN. Corriente. *(Mirando el reloj.)* Ya es hora de ir al juzgado: debe de haber salido el despacho.

FABIÁN. Bien, señor. ¿Traeré papel sellado? Se ha concluído.

JUAN. ¿Cómo que se ha concluído? ¿Y esa gran cantidad que se compró hará quince días?

FABIÁN. Sólo eran dos cuadernillos.

JUAN. Hombre, ¿de veras? Si es así, compre papel; pero bastante. ¿Qué más espera?

FABIÁN. Nada. La plata.

JUAN. Vamos, cómprelos usted y después arreglaremos. Soy enemigo de andar á cada momento sacando dinero para comprillas insignificantes. Me gustan las sumas redondas, para pagarlas de una vez.

FABIÁN. En tal caso, podía pagarme de una vez los sueldos...

JUAN. Don Fabián, todavía no puedo adelantarle nada porque aun no estoy bien satisfecho de su competencia, y quizás me vea en el caso de buscar otro escribiente.

FABIÁN. Pero, señor, los sueldos atrasados...

JUAN. Su letra es muy confusa...

FABIÁN. Si no le pido adelanto ninguno.

JUAN. La ortografía deja mucho qué desear...

FABIÁN. Sin embargo, usted nada me ha corregido.

JUAN. Á menudo inutiliza hojas de papel sellado... En fin, tome usted para comprarme dos cuadernillos de papel. Después hablaremos del otro asunto. Y aunque no debería entrar en estas explicaciones, le advierto que jamás me he quedado con un centavo de nadie, y que esos sueldos atrasados, como usted los llama, están mucho más seguros en mi caja que en sus propios bolsillos.

FABIÁN. No he pensado poner en duda...

ESCENA V

DICHOS, JOSEFÍN

JOSEFÍN. *(Asomándose.)* ¿Se podrá hablar con el señor abogado?

JUAN. Adelante, caballero. Estoy á sus órdenes. *(Aparte.)* ¡Qué afluencia de clientes! *(Fabián sale.)*

JOSEFÍN. Soy Josefín Brito, servidor de usted.

JUAN. Me considero muy honrado con poder estrechar su mano. *(Aparte.)* ¡Qué mozo de as-

pecto tan florido! *(Á Josefín.)* Tenga la bondad de sentarse.

JOSEFÍN. ¿En esta silla?

JUAN. En la que usted guste. Todas están á su disposición.

JOSEFÍN. Escogeré ésta.

JUAN. Si le agrada...

JOSEFÍN. Mil gracias, mil gracias. ¿Lo incomodaré mucho si le pido un parecer?

JUAN. Por el contrario: tendré el mayor gusto en dárselo y en ayudar á usted á que lo siga.

JOSEFÍN. Mil gracias. mil gracias. Yo, señor, me encuentro en grande aflicción.

JUAN. *(Aparte.)* No se echa de ver en cara tan rozagante. *(Á Josefín.)* ¿Y quién ha sido el inhumano capaz de lastimar los afectos de creatura tan delicada?

JOSEFÍN. Una mujer.

JUAN. Lo sospechaba yo. ¡Sólo en una mujer puede anidarse tanta crueldad!

JOSEFÍN. Sí, señor; una mujer, y una mujer á quien siempre he querido, con quien estaba de novio. Esa infame, señor, me ha sido infiel.

JUAN. ¿Antes de casarse con usted?

JOSEFÍN. Antes: era mi novia.

JUAN. Pues amigo, eso se llama madrugar.

JOSEFÍN. Sí, señor abogado. ¡Y tenía en ella una confianza ciega! Si me hubiesen afirmado bajo de juramento que me era infiel, no lo habría creído. Si lo hubiese visto con mis propios ojos, no lo habría creído.

JUAN. Y entonces, ¿cómo diablos ha llegado usted á creerlo?

JOSEFÍN. Porque un muchacho, sirviente mío, me contó que lo había oído no sé dónde.

JUAN Por lo que veo, amigo mío, es usted un joven muy apreciable, y créame que su prematura desgracia me interesa en extremo. Pero debo decirle que la jurisprudencia es impotente para remediar esta clase de males.

JOSEFÍN. Sí, señor; pero el caso no es ése.

JUAN. ¡Oh! Sin duda. El caso ha de ser otro. *(Aparte.)* ¡Habrá animales!...

JOSEFÍN. El caso es éste. Ayer me contaron que el padre de la niña iba á demandarme para que me obligaran á casarme con ella, y yo, señor, nunca me he casado ni me casaré jamás con una mujer que me haya sido infiel antes de darle mi nombre y mi mano.

JUAN. Es claro: si hubiese sido después...

JOSEFÍN. Sólo de una manera podrían casarme con ella.

JUAN. ¿Y cuál sería?

JOSEFÍN. ¡Pasando sobre mi cadáver!

JUAN. ¡Oh! No diga eso. No creo que puedan llegar las cosas hasta ese extremo.

JOSEFÍN. Señor abogado, ¿qué me aconseja usted? ¿Qué podré hacer?

JUAN. Dígame, don Josefín, y dispense la indiscreción: la niña de quien usted habla, ¿será por acaso la hija de don Roque Ibarra?

JOSEFÍN. Esa misma, esa misma es la infame, señor abogado.

JUAN. Lo siento, amigo, porque esto me impide tomar su defensa. Precisamente hace poco rato don Roque mismo ha venido á poner su causa en mis manos. La he examinado concienzudamente y debo decirle con la franqueza que me caracteriza y que siempre acostumbro, debo decirle, repito, que hay gravísimos cargos en contra de usted. No puedo manifestarle de qué manera se formularán, porque obligaciones profesionales me lo vedan; pero le repito que hay gravísimos cargos en contra de usted.

JOSEFÍN. ¡Santísimo Dios!... ¿Entonces me obligarán á casarme?

JUAN. No digo eso. Este punto dependerá siempre de su voluntad. Sin embargo, le diré en confianza y guiado únicamente por el interés que usted me inspira, que su causa puede ser buena. Cada abogado ha de creer á su cliente mientras no haya prueba en contrario. Con toda honradez le aconsejo que no acobarde y siga el pleito, y aun me tomo la libertad de recomendarle para defensor á un joven licenciado que vive en la esquina de la plaza. Es un especialista en casos de seducción, adulterio, rapto, y demás de la misma naturaleza. Luego que se le notifique á usted la demanda, vaya á verse con él. Por lo demás, usted comprende que en todo esto ha de presidir la equidad más completa, y si veo desvanecidos los cargos que voy á formular obedeciendo á las instrucciones de mi cliente, seré el prime-

ro en decir á don Roque: señor mío, su pleito es injusto y yo tengo conciencia.

JOSEFÍN. Señor abogado, si, lo que Dios no permita, me hallo en otra como ésta, vendré derecho acá, sin dar tiempo á la parte contraria para que me aventaje en conseguirlo á usted como defensor.

JUAN. Mil gracias, don Josefín. Siempre que se trate de una demanda justa, le serviré con todo empeño. Rectitud y legalidad, he ahí mi divisa, y no obraría contra ella por todo el oro del mundo.

ESCENA VI

DICHOS, ROQUE Y MARÍA

ROQUE. *(Entrando con María.)* Aquí le traigo á mi hija.

JOSEFÍN. ¡Ay!... ¡Don Roque! ¿Por dónde me escapo?

JUAN. *(Á Josefín.)* No tenga cuidado. Está usted en mi casa, y sabré hacer respetar los fueros de la hospitalidad. *(Á María.)* Señorita, á los pies de usted... *(Á Roque.)* Mi señor don Roque, tenga la bondad de pasar un momento con la señorita á la otra sala, mientras despacho á este caballero. *(Bajo á Roque.)* El mocito ha husmeado nuestra entrevista y ha venido á cohecharme; pero se ha encontrado con una piedra incorruptible.

ROQUE. Iremos á la otra pieza; pero antes déjeme decirle á ese...

JOSEFÍN. *(Aparte.)* ¡Santísimo Dios! ¿Qué me irá á decir este bárbaro descomedido?

JUAN. Don Roque, dispénseme la franqueza; pero no puedo tolerar que en mi casa se injurie á un huésped.

ROQUE. Bien está. Vamos, María, á la otra pieza.

MARÍA. Aguarde usted, padre. Como espero en Dios que ésta ha de ser la última vez que le vea la cara á este hombre, quiero decirle, y le diré, y le digo sin que nadie pueda estorbármelo, que es un embustero, un falsario...

JOSEFÍN. ¡Por Dios, María! ¿Yo soy eso?

MARÍA. Un hombre sin conciencia...

JOSEFÍN. María ¡y te atreves!...

MARÍA. Un perjuro...

JOSEFÍN. Cálmate, María.

MARÍA. Un monstruo de hipocresía...

JOSEFÍN. Escúchame, por Dios...

MARÍA. Sólo has querido reírte de mí.

JOSEFÍN. ¡Yo, María!

JUAN. *(Aparte.)* ¡Este gallina es capaz de pedir perdón! Acabará mal el negocio. *(Á Josefín.)* Amigo, concluyamos... *(Á María.)* Señorita, tranquilícese... *(Á Roque.)* Don Roque, tenga la bondad de pasar con su hija...

ROQUE. No hay cuidado... Que se digan de una vez lo que tienen que decirse... *(Aparte.)* El mozo amaina. Bien va la cosa.

MARÍA. *(Á Josefín.)* Y te digo y te repito que te odio, te aborrezco...

JOSEFÍN. ¿Sí? Pues no me importa. *(Aparte.)* Se me acabó la paciencia.

MARÍA. Que aún cuando te viera muerto, no me pararía á mirarte.

JOSEFÍN. Y yo te digo que, aún después de muerto, he de gritar que eres una infiel...

MARÍA. ¿Á mí me lo dices?

JOSEFÍN. Una infame...

MARÍA. ¡Jamás había oído tales insultos!

JOSEFÍN. Una perjura delante Dios.

MARÍA. ¡Qué descaro!

ROQUE. Ven acá, María. Esto ya va pasando las rayas, y la sangre me hierve.

JUAN. Calma, don Roque, calma. *(Bajo á Roque.)* Déjelos que se expliquen. Puede ser que don Josefín, en el calor del debate, deje escapar palabras compromitentes. *(Aparte.)* El mozo se ha recobrado. ¡Que arda Troya, y se enconen las pasiones!

JOSEFÍN. *(Á María.)* En fin, quiero que todo el mundo sepa que has traicionado al amante más fiel.

MARÍA. Mientes tú, y mienten todos los que lo afirman. Nunca te he sido infiel.

JOSEFÍN. ¿Mienten las mil personas respetables que me lo han contado?

MARÍA. Todas mienten.

JOSEFÍN. ¿Qué habías de decir?

MARÍA. La verdad digo.

JOSEFÍN. La verdad, es claro... ¡Infiel! ¡Ingrata! *(Enterneciéndose.)* ¡Y yo que te he querido más que á mi vida!

MARÍA. ¡Tú eres el perjuro y el infiel! *(Enternecién-*

dose.) ¿Y quién te ha podido querer ni te querrá como yo?

JOSEFÍN. ¡María!

MARÍA. ¡Josefín! *(Se miran un instante y corren á abrazarse.)*

JUAN. ¡Una reconciliación en mi presencia! ¿Qué significa esto, caballeritos?

ROQUE. ¡Bravo, bien, niños! Eso es, pelillos á la mar. *(Aparte.)* ¡Viva mi agua!

JUAN. Repito mi pregunta: ¿qué significa esto, caballeritos?

ROQUE. Tiene razón el señor abogado. *(Á Juan.)* Dispense estas familiaridades. *(Á María y Josefín.)* Sosiéguense, niños, y vamos á casa. *(Á Juan.)* Señor abogado, muchísimo celebramos haberle ahorrado la molestia de este pleito, y le damos las gracias por su buena voluntad. Adiós, señor.

MARÍA. }
JOSEFÍN. } Adiós, señor, adiós.

JUAN. ¿Cómo es esto? ¿Y la consulta? ¿Quién me paga la consulta?

ROQUE. ¡Oigan! ¿Aquí se paga por hablar sin cuidado, con toda confianza, como con un amigo?

JUAN. ¿Y les parece, imbéciles, poco trabajo el de estar oyendo sus tonterías? Nadie me sale de aquí si antes no me pagan treinta pesos. *(Se pone delante de la puerta.)*

JOSEFÍN. Don Roque, hágalo usted á un lado y yo abriré la puerta.

ROQUE. Conque ¿treinta pesos, don picapleitos? Y

más si usted quiere. *(Lo aparta de la puerta á empellones, y sale apresuradamente con María y Josefín.)*

JUAN. ¡Huyan! Bien está. ¡Luego sabrán cuánto se paga por ultrajar á un abogado de nacimiento!

PEDRO N. CRUZ

CAE EL TELÓN

CONFORMIDAD

DE LA FÍSICA Y LA QUÍMICA CON LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA

(Continuación)

XI

Nos hallamos ya en los confines de la vida animal, y aún no conocemos fuerza alguna que sea diferente del movimiento mecánico. Investiguemos si las fuerzas vitales son de diversa naturaleza; investiguemos si á los movimientos que los animales ejecutan les dan ellos el sér ó son los mismos movimientos que animan á sus propios átomos á los cuales dan nueva forma.

Los animales deben sus fuerzas á los alimentos que los nutren; por ello consumen mayor cantidad los que mayores trabajos ejecutan y todos pierden las fuerzas y desfallecen cuando carecen de ellos; estas fuerzas que poseen todos los alimentos son las mismas fuerzas del sol que las plantas han almacenado, pues es cosa averiguada que todos los animales se mantienen de vegetales ó de animales herbívoros.

Los alimentos comunican su energía á los animales por medio de la nutrición, que no es sino una combustión del hidrógeno y el carbono que poseen con el oxígeno del aire absorbido por los pulmones: en esta combustión se producen el vapor de agua y el ácido carbónico que se exhalan con el aire respirado y como estas sustancias poseen, según sabemos, mucho menos fuerzas que el carbono y el hidrógeno, se ven obligadas á cederle al cuerpo animal toda la actividad que sus átomos no pueden recibir, y de este modo le comunican la vida.

¡Cuán admirable es esta armonía que existe entre las funciones de los vegetales y animales! de tal modo ellos se completan que no pueden existir los unos sin los otros! Los vegetales reciben agua y ácido carbónico, y ayudados por los rayos solares que les comunican sus fuerzas, se apoderan del carbono y del hidrógeno que contienen y se hacen aptos para servir de alimento á los animales á quienes ceden las fuerzas que el sol les comunicó y entonces se transforman de nuevo en agua y ácido carbónico que á su vez pueden recibir la acción de la luz del sol y convertirse en la sustancia de nuevos vegetales. Los animales, sin las plantas, carecerían de alimento, y la atmósfera pronto se viciaría con los productos de la respiración, y sin aquellos los vegetales carecerían del ácido carbónico que su vida exige.

En cada uno de los trabajos que un animal ejecuta, en cada una de las manifestaciones de sus fuerzas y de su vida consume una cantidad de alimentos capaz de producir igual trabajo, exactamente como sucede en las máquinas de vapor. Si estuviera el estómago organizado para digerir carbón, sería fácil demostrar con exactitud matemática que el cuerpo animal es una máquina más

perfecta que la mejor que el ingenio pueda construir. Al consumirse el combustible en las máquinas se transforma en gases que se escapan por la chimenea dejando en el caldero la diferencia entre la fuerza que genera el carbón y la que anima á los átomos de los gases provenientes de la combustión; y esta diferencia es la que anima á la máquina, de igual modo los alimentos dejan en el cuerpo animal gran parte de sus fuerzas; porque el ácido carbónico, el agua y las demás sustancias en que la nutrición los convierte no pueden contener toda la energía de los alimentos y tienen que ceder al cuerpo el exceso de las fuerzas.

La más perfecta de las máquinas de vapor sólo puede aprovechar la décima parte del calor que el combustible desprende y se ha comprobado que el hombre puede hacer uso hasta de un veinte por ciento del calor que los alimentos engendran en sus entrañas; todo el resto sirve para formar su organismo, ó se pierde por irradiación ó con los productos de la respiración y las secreciones. Sumando todas estas cantidades veríamos que el total es todo el calor que pueden producir los alimentos consumidos.

Una objeción, aparentemente muy fundada, puede hacerse á estas ideas. Si las fuerzas de los animales son sólo transformaciones del calor que los alimentos han cedido á sus cuerpos, debieran éstos enfriarse más y más, á medida que mayores fuerzas ejecutan, y todos hemos experimentado que se verifica lo contrario. Pero no es difícil desvirtuarla. Con el ejercicio aumenta considerablemente la actividad de las funciones nutritivas, de tal modo, que aunque parte del calor producido se convierta en fuerza, esta pérdida está por demás compensada con

el exceso de calor producido. Distinguidos médicos han hecho prolijos estudios sobre la influencia que el trabajo ejerce sobre la combustión animal, y han comprobado que cuando los músculos están contraídos absorben mayor cantidad del oxígeno que lleva consigo la sangre arterial, que en su estado ordinario. La sangre, al atravesar los músculos. se convierte en sangre venosa que conserva un siete por ciento de oxígeno; pero si ellos están contraídos, sólo permiten pasar uno y medio por ciento; todo el resto lo absorben y lo emplean en activar la com bustión y producir así mayor calor. El aire respirado en los momentos de hacer violentos esfuerzos contiene por esta causa una cantidad de ácido carbónico que puede ser hasta cinco veces mayor que la que de ordinario arrastra. Á este aumento de vitalidad que el trabajo lleva consigo, se debe la influencia que sobre el organismo ejerce, influencia que es saludable cuando la actividad es moderada y puede ser mortal si se obliga á los miembros á ejecutar trabajos superiores al máximo de fuerzas que los órganos pueden arrebatar á los alimentos en su mayor actividad.

Las fuerzas animales son también transformaciones de las fuerzas mecánicas, y sólo así comprendemos cómo ellas se convierten en electricidad en luz, calor, sonido, al mover el manubrio de la máquina eléctrica, al herir el vaso con el pedemal, al hablar y de otros mil y mil casos: y sólo así se explica cómo en el interior de los animales puedan formarse compuestos idénticos á los que existen en la naturaleza y dotados de idénticas propiedades.

El hombre no puede crear ningún movimiento así como no crea sér alguno. Su actividad esta limitada á cambiar la forma de las fuerzas que estén á su alcance; si no

fuese así no envejecería ni necesitaría alimentos: su sola voluntad sería capaz de producir la fuerza necesaria para todos sus actos.

XII

No existe, pues, sobre la tierra fuerza que no sea transformación del calor del sol: las tempestades, los vientos, las corrientes marinas y toda agitación de la atmósfera y los mares es producida por los cambios de temperatura que el aire y el agua experimentan por la acción del sol; la fuerza con que se despeñan los torrentes, que impulsa á los ríos y mueve las máquinas hidráulicas no es sino una forma del calor que el sol comunicó al agua al elevarla en la atmósfera en estado de vapor; todo el trabajo que el agua ejecuta al caer desde las nubes y resbalarse desde las cimas de los montes hasta el mar, es exactamente el que puede ejecutar el calor que la hizo evaporar; la energía que en los bosques y los campos se desarrolla es sólo una concentración de los rayos solares en la sustancia de los vegetales y, por fin, los movimientos y todas las acciones de los animales son nuevas formas de la actividad que los alimentos les ceden.

El progreso de las ciencias naturales ha hecho desaparecer todos esos fluídos misteriosos cuya naturaleza ignorábamos y que servían á los sabios para explicar cuanto no alcanzaban á comprender y colocando en lugar de todos ellos al movimiento, á este sér que nos es tan conocido y que incesantemente vemos dondequiera que dirijamos la vista y nos ha revelado una grandiosa idea de la materia que nuestros antepasados ni vislumbrar pudieron. Todas las sustancias corporales están animadas

de infinitos movimientos que por su extrema pequeñez no podemos observar: todas las armonías que nuestros sentidos perciben son efectos de estos movimientos; pero sólo obra sobre nosotros una pequeñísima parte de ellos; si tuviéramos mayor número de sentidos, si nuestra lira poseyese más cuerdas podría vibrar al unísono de muchas otras vibraciones que las que afectan nuestros sentidos, y percibiríamos una infinidad de fenómenos que se verifican en torno nuestro y que no podemos ni sospechar. Entre los movimientos que afectan á cada uno de nuestros sentidos existen inmensas lagunas: todas las vibraciones comprendidas entre el calor y el sonido no tienen acción sobre nosotros, porque estamos desprovistos de órganos que nos manifiesten las innumerables maravillas que dichas vibraciones deben producir.

Los movimientos que animan á cada sustancia son diferentes; por esta causa cada una engendra diversas clases de ondas caloríficas y luminosas y cada una exige diversa cantidad de calor para mover sus átomos: los movimientos que se producen en el seno del hierro son peculiares á esta sustancia y son diferentes de los que animan á los átomos de cobre; y esta diversidad de fuerzas es la que da á cada sustancia su color, su peso, su sabor y cada una de sus cualidades. El oro está adornado de propiedades que ningún metal posee, porque los movimientos de sus átomos no los ejecuta ningún otro, y si pudiéramos hacer que los átomos de plata, por ejemplo, vibrasen como ellos tendrían iguales propiedades: se convertirían en oro.

Esta energía que anima á la materia es inmensa; la inteligencia no puede medirla: la energía del sol es sólo una gota de agua en el mar sin límites del universo y la

tierra no recibe ni la mil millonésima parte de la fuerza que diariamente este astro á los espacios envía: de esta fracción, ya infinitamente pequeña, no percibimos sino una mínima parte, y sin embargo el hombre se abisma y se anonada ante el estallido del trueno, el furor de las tempestades y el fragor del terremoto que apenas son un punto en la inmensidad del espacio con relación á la energía del mundo. Esta inmensa fuerza anima igualmente los millones de astros que adornan los cielos como á los átomos del aire que respiramos y es causa de las acciones de todos los cuerpos. Todos los fenómenos que presenciamos son manifestaciones de esta energía que vive en incesantes transformaciones al través de las cuales no se pierde ni la más mínima parte. Cuando juzgamos que algún movimiento se ha destruído, sólo ha desaparecido de nuestra vista, ha tomado nueva forma invisible á nuestros ojos, de modo que hoy existe en el universo la misma suma de energía que siempre ha sido y será eternamente.

XIII

Los naturalistas, enorgullecidos por sus brillantes triunfos, pretenden imponer sus enseñanzas á todas las ciencias. No admiten sino las verdades que la experiencia enseña y apoyados en estas verdades intentan ser los árbitros de todos los conocimientos.

No podemos, según ellos, conocer si existe Dios; pues la naturaleza no presenta ninguna prueba de su existencia; todos los fenómenos que presenciamos son únicamente efectos de las vibraciones de los átomos que están sometidos á las ciegas é inflexibles leyes de la mecánica

y no exigen, por lo tanto, que exista un Sér Supremo sino que demuestran solamente la existencia de un movimiento eterno é indestructible: el conocimiento de las leyes de la materia hace ya innecesarias aquellas invenciones que un tiempo fueron muy útiles y contribuyeron á la civilización y ya pasó el tiempo del Dios de los cristianos como pasó el de dioses griegos. Las ciencias naturales, según la expresión de Augusto Comte, "acaban de acompañar á Dios hasta sus fronteras dándole las gracias por sus servicios interinos" y ellas solas constituyen hoy la única religión capaz de ligar á un hombre ilustrado, y si justifican algún culto es el que los antiguos egipcios y las tribus americanas tributaban al sol, inmenso receptáculo de la energía del mundo que comunica en forma de luz y de calor su actividad propia á todos los cuerpos y les da el movimiento y la vida que á todos animan.

La Providencia es palabra sin sentido; ó son las leyes naturales las que gobiernan el mundo ó es la Divina Providencia; aquéllas atarían las manos de ésta ó estarían en continua colisión. Si la Providencia gobierna, las leyes naturales estarán de más, y si, como lo ha demostrado la ciencia, estas leyes gobiernan, debemos rechazar toda intervención divina y admitir que el fatalismo de las leyes del movimiento es el que rige al universo. Si existe un Sér Supremo, lo que no está al alcance de la inteligencia el conocer, Él vive inmensamente feliz en la contemplación de su propia esencia sin preocuparse de los pequeños séres de este mundo, y en vano el hombre á Él se dirige pidiéndole remedio para sus males y consuelo para sus aflicciones; cada fenómeno es una consecuencia necesaria de los que le precedieron y pedirle á Dios que los ordene según nuestros deseos, es inútil ó impía presun-

ción: inútil si pedimos que suceda lo que por el curso natural de las cosas debe acontecer, é impía presunción en todo otro caso, pues pretendemos que las leyes necesarias del movimiento sean alteradas: la lluvia, por ejemplo, es un efecto necesario de ciertas causas, y cuando pedimos á Dios que nos envíe aguas del cielo para regar nuestros campos, le pedimos que, si según las leyes de la naturaleza no ha de llover, cambie estas leyes y haga que las causas den el sér á efectos contrarios á los que debieran producir. Es una idea muy absurda del Sér Supremo concebirlo capaz de conmoverse por súplicas y sollozos y de trastornar, por ellas, el orden inmutable que Él ha impuesto al universo; de violar sus propias leyes y de destruir la accion de las fuerzas que ha creado.

Enseñan igualmente los naturalistas que la única diferencia que distingue á las sustancias corporales consiste en las diversas fuerzas que animan á los átomos de cada una, en un simple accidente, como es el movimiento: sólo existe, por lo tanto, una sola sustancia en el universo que transformándose produce la aparente diversidad sustancial que se ofrece á los sentidos: todos los cuerpos tienen la misma esencia, sólo se diferencian en el movimiento que anima á sus átomos; son diversos fenómenos de esta sustancia única que es eterna, puesto que la inmensa energía que posee no puede perecer y se conserva íntegra, sin destrucción alguna al través de sus infinitos cambios. Los vestigios de antigüedad que encontramos en la naturaleza no son signos de vejez, sólo manifiestan las anteriores transformaciones que ha experimentado la sustancia del mundo.

No existe diferencia esencial entre los séres animados é inanimados; todos son formados por los mismos átomos

animados de idénticas fuerzas: lo que llamamos vida es un movimiento particular que en ciertos cuerpos poseen las moléculas obedeciendo á las leyes físicas y químicas: los fenómenos de la respiración, de la nutrición y todas las funciones vitales se verifican por procedimientos químicos y sólo la química puede descubrirnos los secretos de la vida. Un sér viviente es un admirable laboratorio en el cual tienen lugar contínuamente mil diversas combinaciones y en el cual los elementos van y vienen por sí sólos obedeciendo ciegamente á las fuerzas físicas. El aparato de la circulación de la sangre es una perfecta bomba dotada de admirables válvulas; el ojo, una cámara oscura más perfecta que la que el hombre puede construir, y el oído, un inimitable aparato acústico en el cual sólo obran las leyes físicas. Nada hay en los animales que exija un principio distinto de la materia.

El hombre es la más perfecta transformación de la sustancia universal, es la materia en su máximum de organización. El pensamiento es producido por los movimientos del órgano de la inteligencia, el cerebro, así como la visión es sólo el movimiento que las vibraciones luminosas producen en la retina; una alteración del cerebro trae consigo una alteración de la inteligencia; las enfermedades mentales son producidas por lesiones cerebrales; los alimentos influyen sobre la razón: el té aviva el juicio, el café despierta las facultades artísticas, el alcohol produce la embriaguez; de igual modo la inteligencia influye sobre el cuerpo y el trabajo intelectual lo fatiga como los trabajos corporales. Los recientes descubrimientos del hipnotismo prueban cómo la razón está sometida á la materia hasta el punto de poder el experimentador por medios físicos hacer lo que le agrade con la inteligencia del

paciente. Nadie puede negar que la materia pueda pensar: no conocemos todas sus propiedades; todos los días vemos que los sabios descubren nuevas y sorprendentes propiedades en los cuerpos. ¿Quién se atrevería á decir que ninguna de sus fuerzas desconocidas produzca el pensamiento? Si aun son misteriosas algunas de las propiedades de los cuerpos simples, desprovistos de toda organización, ¿por qué sostener que la inteligencia no puede ser una propiedad de la materia en su más perfecta organización? No se diga que los fenómenos de la conciencia piden que exista en el hombre una sustancia simple desprovista de toda composición, pues todo cuerpo consta de partes y separándolas llegaremos al fin á una parte simple é indivisible: es igualmente absurda la existencia de un número infinito de partes, como la de esas últimas partículas que siendo compuestas carezcan de partes en que dividirse: luego si es absurdo que un cuerpo, por ser compuesto reflexione, no lo es que las últimas partículas simples que lo componen sean las que poseen esta facultad.

«Nada, dice Haeckel, hay de real en el yo, salvo la serie de sus sucesos; estos fenómenos de aspecto diverso se reducen todos á la sensación; la sensación en sí misma, considerada por fuera y por el medio indirecto que se llama percepción exterior, se reduce á un grupo de movimientos moleculares a un flujo y un haz de sensaciones y de impulsiones que vistas por otro lado son también un flujo y un haz de vibraciones nerviosas; ved ahí el espíritu.»

La libertad no existe en el hombre ni en sér alguno y no hay más derecho que la fuerza; puesto que se ha demostrado que todas los acciones de los hombres son

sólo transformaciones de la fuerza que los alimentos ceden á su cuerpo y nadie puede negar que la fuerza es un sér ciego y necesario en sus efectos. Un hombre que se arroja á un río y el que es arrojado por otro no se diferencian sino en que el impulso que obra sobre aquél viene de su interior y el otro es arrojado por una fuerza externa; pero en ambos casos el efecto es necesario.

Si con el progreso de las ciencias los sabios consiguieran conocer perfectamente el movimiento de los átomos y determinar las ecuaciones que los rigen, podríamos conocer por medio del cálculo los sucesos futuros resolviendo las ecuaciones de cada uno de los átomos que toman parte en ellos, y haciendo en ellas negativo el tiempo penetraríamos en el pasado y nos sería posible sorprender los misterios del origen de los séres. La historia será entonces una de las ramas de las ciencias matemáticas: la energía que da vida al universo, obedeciendo á las eternas leyes que la rigen, ya anima los átomos dispersos de inmensas nebulosas, ya los reúne y ordena formando millones de astros, ya con ellos forma plantas y animales y sigue eternamente en incesantes cambios; la relación de estas necesarias transformaciones de la materia es la historia.

En resumen, si hemos de creer á los naturalistas, no existen otras ciencias que las ciencias naturales que nos dan á conocer lo único que existe y nos enseñan las causas de todo cuanto pueda interesarnos; por este motivo no faltó lógica á Comte cuando denominó *física social* á la sexta parte de su *Filosofía* que trata de la ciencia social; pues las acciones de los hombres están sometidas á las mismas leyes que los demás cuerpos. Entre las ciencias naturales hay una, la ciencia del movimiento,

que domina á todas las demás y las absorberá cuando llegue á la perfección, y conozca perfectamente todas las leyes del movimiento que constituye todos los fenómenos que presenciamos, y entonces la mecánica enseñará cuanto es posible conocer.

XIV

Tales ideas son la base del ateísmo moderno que se viste con el manto de la ciencia para negar á Dios á su nombre, pero ellas no resisten un prolijo análisis.

Las ciencias naturales, por despreciar la metafísica que, como ciencia que es de los principios, está tan reñida con el utilitarismo que informa el progreso moderno, han cosechado tales absurdos como fruto de sus desvelos: sus portentosos adelantos se asemejan á los demonios de Milton, que á pesar de su grandeza y hermosura, son los espíritus de las tinieblas.

Apoyados únicamente en la experiencia, han pretendido los físicos conocer la esencia de la materia, sin advertir que se encuentran las esencias á tanta altura sobre los fenómenos que no es posible por sólo ellos conocerlas, y todos los pasos que han dado en estos dominios de la filosofía han sido efecto de su ignorancia y su temeridad. Fundar la esencia de los cuerpos en los átomos porque ellos son los últimos elementos que la experiencia revela, es, además de absurdo, inútil, pues los átomos cuerpos son y su esencia permanece siempre desconocida. No es, igualmente, pequeña pretensión afirmar que los átomos son simples, en el rigor filosófico de esta palabra, sólo porque no conocemos ninguna fuerza capaz de dividirlos; y aun es más ilógico y absurdo el sostener la identidad

sustancial de todos los cuerpos, fundados en que no han podido con sus instrumentos, descubrir en ellos diferencia alguna fuera del movimiento peculiar que á cada uno anima.

Reconocemos que ha sido importantísimo adelanto el comprobar que todas las fuerzas minerales, vegetales y animales son sólo transformaciones del movimiento mecánico; pero entre esta verdad y la negación de la libertad humana, de la Divina Providencia y del sér mismo de Dios existe un inmenso abismo. No puede tampoco deducirse la eternidad de la materia y del movimiento del principio demostrado por la ciencia, de que ambos séres son indestructibles y en sus incesantes transformaciones conservan íntegro todo su sér, pues no existe grandeza semejante á la del artífice cuyas obras no pueden perecer.

Las ciencias naturales, por sí solas, son impotentes para resolver todas estas cuestiones relacionadas con la esencia de la materia que son del dominio de la filosofía; sus adelantos siempre dejan entrever un más allá misterioso en el cual la experiencia no puede penetrar; porque á medida que más profundizan sus investigaciones sobre la naturaleza se acercan más á los límites de la filosofía. El progreso en el conocimiento de los fenómenos nos conduce á la última causa de todos ellos.

Preguntadles si no á los físicos por la causa de la actividad de los átomos, ya que este descubrimiento constituye su más brillante timbre de gloria. Pedidles que os digan qué es lo que determina el movimiento particular de cada átomo; qué es lo que obliga al átomo de oro á moverse de diferente manera que al átomo de cobre. Pedidles que os formen la más humilde de las flores, ya

que enseñan que no existe en ellas ningún principio que escape á los análisis de los laboratorios, sino sólo elementos simples que ellos tanto conocen y fuerzas que á su antojo saben gobernar.

Los naturalistas no quieren reconocer su impotencia, y se empecinan en despreciar las enseñanzas de la filosofía sin las cuales es imposible conocer la esencia y las propiedades de la materia; ambas ciencias deben siempre marchar unidas y de este modo se afianzarán mútuamente: la física necesita cimentarse sobre principios metafísicos; y á su vez, todas las doctrinas filosóficas que contradigan á las enseñanzas de la experiencia, sólo son vanas hipótesis.

Queda con lo dicho determinado el camino que debemos seguir en la última parte de esta disertación. Estudiaremos cuanto la filosofía enseña sobre la esencia y las propiedades de los cuerpos, y apoyados en sus enseñanzas examinaremos las conclusiones de las ciencias naturales, seguros de verlas más claras y resplandecientes. Ya que los materialistas han tenido el talento de apoyar sus doctrinas en estas ciencias en esta época de experimentación y de observación, nosotros descenderemos á este mismo campo á luchar con sus mismas armas: defenderemos las verdaderas doctrinas filosóficas apoyados en las mismas enseñanzas de las ciencias y, así no se dirá que los espiritualistas despreciamos la experiencia para apoyarnos en las alturas de la razón pura.

XV

El origen y la constitución de los cuerpos fué siempre la primera cuestión que ocupó á la filosofía de todas las

naciones; al elevarse la razón de lo particular á lo universal, de los fenómenos á sus causas, fué siempre el origen de los cuerpos el primer objeto que se ofreció á la meditación de los filósofos.

Tales, el padre de la filosofía griega, enseñó que todas las cosas están formadas de una materia existente desde la eternidad que está regida por cierta fuerza que denominó *alma del mundo.*

Difícil es clasificar esta doctrina; la filosofía estaba en su cuna, sus formas eran aun indecisas y no permitían determinar sus tendencias.

El primer sistema filosófico de la sensual Grecia debió ser materilista: Leucipo y Demócrito fueron sus fundadores. Según él, existen desde la eternidad un número infinito de pequeños corpúsculos indivisibles que denominó *átomos*, los que, impulsados por una fuerza ciega que los anima, se agrupan y forman todos los cuerpos. El acaso es, en este sistema, la causa de todos los séres y su diversidad se debe únicamente á la variedad de formas y dimensiones que los átomos poseen.

La escuela eleática sostuvo que la multiplicidad de los séres del universo es sólo aparente y no tiene existencia sino un solo sér fuera del cual nada es real: lo que no es sér, decía, no existe; luego nada existe sino el sér, el cual no puede nacer ni perecer. Por camino enteramente opuesto llega esta escuela á idénticas conclusiones que la anterior; siempre los extremos se tocan; ambas niegan la distinción entre Dios y el mundo y no admiten la divinidad sustancial de los séres.

Sócrates, el reformador de la antigua filosofía; Platón y Aristóteles, los fundadores de las dos principales escuelas filosóficas que han existido, comprendieron cuán

absurdo es que la materia que forma las cosas que diariamente nacen y perecen contenga las propiedades esenciales de todos los cuerpos, y sostuvieron que éstos se componen de dos principios sustanciales incompletos: la materia prima que es el sujeto de los cambios sustanciales y puede formar parte de todos los cuerpos sin que posea las propiedades de ninguno de ellos; y la forma sustancial que determina á la materia á formar un cuerpo real, distinto de todos los demás, y es principio de toda su actividad. Sobre Dios tenía la escuela socrática ideas bastante perfectas: los primeros cristianos, para demostrar á los gentiles la verdad del Dios que adoraban, les manifestaban cómo sus mayores genios habían enseñado que el Sér Supremo es uno, espiritual, infinito y señor de todos los séres. Un atributo de la Divinidad ningún pagano alcanzó á comprender: quizás el concepto de la creación de la nada es superior á las fuerzas de la razón natural y aún los mayores filósofos de la antigüedad tuvieron que aceptar la existencia de una materia eterna sobre la que Dios obraba para producir los séres.

Los santos padres y los escolásticos fueron todos partidarios de este último sistema; lo depuraron de sus errores demostrando cuán absurda es la idea de la materia eterna y como consecuencia la necesidad de la creación.

Ni el atomismo, ni el dinamismo, que tantos prosélitos tuvieron en la antigüedad, pudieron penetrar en las escuelas cristianas antes de la edad moderna: sólo, al comenzar el siglo XVI, la filosofía sacudió el yugo que por tantos siglos Aristóteles había impuesto á la razón humana.

Bacon, el primer apóstol de las nuevas doctrinas, acu-

só á la escolástica de proceder siempre *a priori*, despreciando la observación de los fenómenos, y de admitir, por consecuencia, numerosas verdades que no podía comprobar. Rechazó la teoría peripatética sobre la esencia de los cuerpos; porque jamás la experiencia ha revelado la existencia de la materia prima ni de la forma sustancial, y admitió, en su lugar, los átomos de Demócrito, cuya existencia está confirmada por la observación de la naturaleza. Comprendiendo Bacon que la materia, por sí sola, es impotente para explicar todos los fenómenos que presenciamos, se vió obligado á admitir en los cuerpos ciertos espíritus, principios de su operación, que en los séres vivos denominó espíritus vitales, y en los inanimados espíritus mortales. Pudiera creerse que estos séres fuesen las formas sustanciales de los escolásticos, y ambas docrinas estarían enteramente de acuerdo; pero profesaba grande aversión á aquella filosofía, y afirma que sus espíritus no son formas sustanciales, sino séres subsistentes por sí mismos, semejantes al aire, sin advertir que cae bajo su propia censura; pues si la experiencia jamás ha señalado la existencia de las formas, tampoco ha descubierto los espíritus de este filósofo.

Gassendi y Descartes son los dos principales representantes del atomismo en los tiempos modernos, y aunque ambos combatieron mútuamente sus doctrinas, ellas poco se diferencian: ambas tratan de concordar á Demócrito con el cristianismo; enseñan que la aglomeración de los átomos produce los cuerpos, y su diversidad es efecto de las diferentes combinaciones que ellos forman; pero estos átomos no son eternos ni el acaso los gobierna; sino que fueron creados por Dios y su ordenación es obra de la Divina Providencia.

La extensión constituye la esencia de los cuerpos; pues es la única propiedad de la cual no pueden despojarse y ni concebirlos podemos sin ella.

Descartes no admitía en la materia actividad alguna interna; sus átomos son enteramente inertes y no obran sino á impulsos de fuerzas externas, Gassendi reconocía en ella ciertas fuerzas; aunque atomista, manifiesta tendencias hacia el dinamismo, que en Leibnitz encontró un gran defensor.

Este filósofo ataca con ardor las doctrinas de Descartes: niega que todos los fenómenos puedan explicarse por las solas leyes mecánicas sin admitir en los cuerpos fuerza alguna interna, sin que exista algún principio formal que las dirija, y enseña que la materia esté dotada de actividad intrínseca; nada es inerte, nada es muerto en la naturaleza; todos los cuerpos se componen de innumerables mónadas activas, que son simples é inextensas; puesto que todo sér compuesto, por pequeño que sea, puede dividirse; y si no admitimos un proceso infinito, debemos aceptar unas últimas partículas simples desprovistas de partes en que poder dividirse. No se crea, por lo expuesto, que las mónadas de Leibnitz pudiesen obrar unas sobre otras; su única actividad consiste en la percepción y el apetito. Dios, autor de todos los séres, es el único autor de todas las acciones de sus creaturas y ha establecido tal armonía entre ellas, que obrando la causa se produce el efecto sin que por ello sea efecto suyo.

Llegamos á Kant, el verdadero fundador del dinamismo moderno. He aquí su teoría: Llamamos corporal á todo sér que obra sobre nuestros sentidos y, como por sólo un movimiento se puede efectuar esta acción, es el movimiento el carácter fundamental de los cuerpos: to-

dos están dotados de fuerzas de atracción y repulsión que siempre coexisten, sin poder separarse y producen todas sus acciones. Estas fuerzas no son meras fuerzas mecánicas: en todos los fenómenos naturales se manifiesta tendencia á determinados fines y es por lo tanto necesario que existan fuerzas plásticas que dirijan la operación de los cuerpos.

Nada podemos saber sobre la sustancia en que estas fuerzas residen: todas las esencias son inaccesibles á la razón humana: lo único que nos consta es que recibimos impresiones de fuera de nosotros; pero la naturaleza de los séres que las producen permanece ignorada. El modo como nos representamos los objetos exteriores depende sólo de nuestra razón, y si creemos que los cuerpos son externos y existen en el espacio, no es porque así suceda, sino sólo porque la razón le impone á las percepciones de los sentidos la forma del espacio y nos las hace conocer como causadas por objetos externos.

Kant cree haber encontrado de este modo la única solución posible al difícil problema de la divisibilidad de los cuerpos; es absurdo que ellos puedan dividirse hasta el infinito, pues existiría un número infinito; y hay contradicción entre estos dos términos: es también absurdo que esta división tenga límites; si las últimas partes son simples é inextensas, no podrán jamás formar la extensión, pues infinitos puntos unidos no forman sino un solo punto, y si ellas son extensas es también absurdo que no puedan dividirse ni por el poder divino y que no pueda existir otra extensión menor que la que poseen. En todo caso, la divisibilidad implica contradicción; debemos, en consecuencia, admitir con Kant que los cuerpos no son externos ni existen en el espacio y que es nuestra razón

la que nos los hace conocer con estas propiedades que no existen fuera de ella.

Los discípulos de Kant avanzaron más aun que su maestro; olvidaron su idealismo y niegan terminantemente lo que aquél creía que no era posible conocer. Los cuerpos, para ellos, sólo son fenómenos de fuerzas que existen por sí solas, y el mundo no es sino un mundo de apariencias y en lugar de sustancias externas y figuradas sólo existen fenómenos que producen los efectos de dichas propiedades.

Esta teoría, muy en boga hoy, principalmente en Alemania, ha alcanzado su perfección en la filosofía de la identidad, cuyo más autorizado representante es Gounter, quien enseña que solo existe en el mundo un sér, «el *absoluto* que se exterioriliza y produce los séres finitos que no son sino un fenómeno de la sustancia primitiva que triunfando de su división y de su exterioridad entra en sí misma y se reconstituye en su unidad íntima.» Este párrafo, brillante muestra del lenguaje de esta filosofía, me excusa de exponerla, lo que me habría sido imposible, pues ignoro si se la puede comprender.

En resumen, todas las teorías inventadas para explicar la esencia de los cuerpos, podemos comprenderlas en tres grandes sistemas:

Leucipo, Demócrito y Epicuro en los antiguos tiempos, Bacon, Gassendi y Descartes en los modernos, nada vieron en los cuerpos fuera de la materia y son los principales defensores del atomismo. Para analizar este sistema, escogeremos las doctrinas de Descartes, que comprenden las demás; puesto que la eternidad de la materia de los antiguos filósofos no merece hoy refutación.

El dinamismo de la escuela eleática tuvo por defen-

sores en los últimos sigios á Leibnitz, Kant y á sus discípulos. La teoría de las mónadas y de la armonía preestablecida de Leibnitz no ha sido por nadie sostenida después de su autor, y no faltan quienes crean que él mismo jamás las enseñó como verdades, sino que fueron sólo juegos de la imaginación de un genio. Tampoco podemos elegir las doctrinas de Kant como tipo de este sistema, á pesar de haber sido su principal defensor: ellas no pueden darnos luz alguna sobre la esencia de la materia, puesto que enseñan que no la podemos conocer por no estar al alcance de la razón: las doctrinas de sus discípulos nos servirán para este objeto.

El tercer sistema, el de la materia y forma, fué sostenido por los tres mayores filósofos de la antigüedad, perfeccionado por los padres de la Iglesia y llevado á su más alto esplendor por los escolásticos. El Ángel de las escuelas es, sin duda, su más digno representante.

XVI

La razón es incapaz de ver directamente la esencia de las cosas y necesita para conocerla observar sus operaciones. Si queremos conocer la de los cuerpos, analicemos sus propiedades y, entre ellas, las que sean generales servirán mejor á nuestro intento, puesto que deben tener su fundamento en la esencia misma que á todas es común.

Todos los cuerpos son extensos, impenetrables, divisibles, y están sometidos á incesantes cambios, y estas propiedades de tal modo están unidas á la idea que tenemos de estos séres, que no podemos dudar que se derivan de la misma esencia, Ellas, pues, no darán la luz

que necesitamos para distinguir cuál de los sistemas que pretenden explicar la esencia de la materia es el verdadero.

Los atomistas enseñan que los átomos son los que constituyen los primeros principios de los cuerpos y no advierten que, según sus propias enseñanzas, los átomos, aunque pequeñísimos, son también cuerpos, y por lo tanto, estos séres poseen la misma esencia que sus primeros principios. Si les preguntamos por la naturaleza de los átomos, nos contestan que no la podemos conocer, pues ellos son los últimos elementos que en los cuerpos conocemos, más allá de los cuales no es posible llevar nuestras investigaciones; de este modo, el atomismo se declara imcompetente para resolver la cuestión que nos ocupa, pues siempre ignoraremos qué es el átomo, cuál es el principio de los cuerpos. No obstante, analicemos sus ideas sobre la esencia y las propiedades de la materia.

Para Descartes, la esencia la de los cuerpos la constituye la extensión, pues, según él, ella es la única propiedad común á todos y necesaria para concebirlos. Débiles son las razones en que se apoya; es inexacto que la extensión sea la única propiedad universal de los cuerpos; no existe tampoco ninguno sin cantidad ni figura, y con igual derecho estas propiedades formarían la esencia, y aunque fuere exacto, sólo podríamos deducir que la extensión emana directamente de la esencia; pero de ningún modo que ella misma lo sea. También es falso que no podamos concebir cuerpos sin extensión; imaginarlos, revestirlos de formas sensibles, indudablemente, sin ella, es absurda pretensión, pero esto no basta para concluir que no podemos concebirlos. La extensión exige para existir una sustan-

cia en la cual resida la propiedad de ser extensa y necesariamente la razón concibe antes á esta sustancia que á la extensión, que sólo es un accidente suyo.

Con su doctrina no consigue Descartes explicarnos la extensión de los cuerpos: enseña que ella se forma por la aglomeración de la extensión de los átomos, que todos son extensos; pero no nos explica en qué consiste ni cuál es el origen de la extensión de éstos, y, por consiguiente, nada nos da á conocer sobre la naturaleza de esta propiedad.

No es más satisfactoria la resolución que el atomismo da al problema de la divisibilidad de la materia: reconoce que es absurdo llevarla hasta el infinito, porque sería preciso admitir en los cuerpos un número infinito de partes y le concede un límite á la divisibilidad: los átomos, á pesar de ser extensos, son absolutamente indivisibles. Pero ¿cuál es la causa por que no pueden dividirse? ¿Por qué, si son extensos, no puede existir un cuerpo que posea menor extensión? ¿Por qué negar al mismo Dios la facultad de dividirlos? No esperemos contestación á estas preguntas, que aun no han podido, con razón alguna, ocultar cuán gratuíta es su afirmación.

Aun mayores dificultades ofrece la explicación de la mutabilidad y diversidad sustancial de los cuerpos: si ellos son sólo la reunión de muchos átomos, nunca nacen en el universo nuevas sustancias ni perecen las existentes; los nuevos cuerpos que sin cesar vemos producirse, no poseen esencia diferente de la de sus átomos, los cuales conservan íntegra su propia sustancia, todo su sér en el seno de sus combinaciones. Todos los séres corporales, animales, vegetales y minerales, no poseen diferencias esenciales, sino que sólo se distinguen por

meros accidentes, por el número y la posición de los átomos que los forman, así como los edificios de idénticos materiales poseen idénticas sustancias y sólo se distinguen por la cantidad y colocación de dichos materiales. Según estas doctrinas, la definición de cualquier cuerpo animado ó inanimado, será la expresión del número de átomos de cada especie que entran en su composición; así, un determinado caballo se definirá diciendo que es un cuerpo que consta de tantos átomos de oxígeno, tantos de hidrógeno, tantos de ázoe y de los demás elementos; pues su sér es sólo el que dichos átomos poseen, y como es hecho comprobado que la materia que forma los cuerpos animados vive en continuos cambios, de tal modo que un animal no posee hoy quizás ninguno de los átomos que formaban su cuerpo hace un año, ellos no tienen hoy el mismo sér que tenían en el año que pasó, y nosotros no somos los mismos que fuimos, y no seremos lo que somos; y en cambio algunas plantas ó animales poseerán después parte del sér que hoy tenemos cuando se asimilen los átomos que nuestro cuerpo abandone.

Para el atomismo no existen en el mundo sino sesenta y nueve sustancias diferentes, que este es el número de las sustancias simples que la químiea conoce; y todos los infinitos séres que el sentido común juzga sustancialmente diversos, son sólo reuniones de aquellas sustantancias. Ni aún este pequeño número de materias diferentes puede el atomismo reconocer; pues sus doctrinas no les permiten admitir entre los átomos de los cuerpos simples, otra diferencia que la de peso y figura, y por consiguiente, sólo se distinguen accidentalmente y todos

son de una sola sustancia, que es la única que existe y forma todos los séres corporales.

No respeta el atomismo ni la distinción entre cuerpos animados é inanimados: como todos los átomos son iner tes y sin vida, todas sus combinaciones deben carecer también de ella; pues el todo no puede poseer propiedades que, de ningún modo, se encuentran en ninguna de sus partes. Los animales, aunque repugne al sentido común, son séres inanimados, y Descartes enseña que son autómatas que no se diferencian de las máquinas que el hombre construye, sino en el grado de perfección; la naturaleza es mil veces más hábil constructora que el más ingenioso de los hombres.

Ni tampoco entre los séres corporales y espirituales puede admitir el atomismo distinción: dice que los unos son los séres extensos y los otros los inextensos y como la extensión es sólo un accidente, sólo existe entre un ángel y una piedra diferencia accidental.

También desaparece la unidad de los cuerpos; cada átomo es un sér completo y subsistente y en cada cuerpo habrá tantos séres, tantas sustancias, cuantos sean los átomos que contenga. La unidad que nadie podrá negar á los séres materiales, principalmente á los animales, no es unidad sustancial, sino sólo la unidad que poseen las partes de un edificio ó de una locomotora; unidad de fin ó unidad de acción.

Por no extenderme demasiado, no quiero llevar este sistema al seno de las ciencias morales y poner de manifiesto los numerosos absurdos que á todas partes lleva consigo; pero muy pequeña atención es necesaria para conocer cómo el materialismo que encierra exige la ne-

gación de todo orden moral y de todo principio superior á los sentidos.

En nombre de la filosofía podemos rechazar el atomismo que las ciencias naturales también han repudiado, porque sus átomos, inertes y desprovistos de toda fuerza, están en abierta contradicción con la experiencia. No debemos confundir por la semejanza de los nombres este sistema con la teoría atómica, base de las modernas ciencias naturales; hemos visto cómo ella concuerda con el dinamismo y veremos que está en perfecta armonía con el sistema escolástico.

XVI

Los dinamistas sostienen qne la materia por sí sola no basta para explicar la esencia de los cuerpos; es preciso admitir en ellos fuerzas plásticas que reemplacen en todas sus acciones la actividad del artista. La materia no puede poseer las complicadísimas propiedades de los minerales y menos explicar el desarrollo de los vegetales y todas las acciones de los séres animados si no está dotada de fuerzas motrices que obran sobre ella obedeciendo á determinados fines. Pero, por huir de unos absurdos, van a caer en otros no menores; saltan sobre el justo medio que armoniza en los cuerpos la acción de la materia y de las fuerzas y van á estrellarse en el extremo opuesto haciendo consistir en sólo éstas la esencia de los cuerpos.

El sentido común rechaza que las fuerzas sean séres sustanciales, capaces de formar la esencia de los cuerpos, pues no pueden subsistir por sí solas sin residir en ningún sujeto, así como es absurda la existencia del color ó de

cualquier accidente separado de toda materia; pero admitiendo una sustancia por sujeto de las fuerzas, ella formaría la esencia de los cuerpos y sólo á ella debiéramos dirigir nuestras miradas; y por no aceptar para sus fuerzas un papel tan secundario, los dinamistas se vieron obligados á abrazar tamaños absurdos.

Igualmente tuvo el dinamismo que sostener que las fuerzas eran séres simples é inextensos, porque es absurdo concederles extensión; no es posible medirlas por varas ó por metros como los séres extensos, y la experiencia manifiesta que ellas pueden compenetrarse y confundirse, pues no ocupan espacio y no destruyen á las demás fuerzas. Pero tal doctrina le impide explicar la extensión y la impenetrabilidad, pues infinitos séres inextensos en contacto se confunden y todos forman un solo punto.

Como el atomismo, este sistema destruye también la diversidad sustancial de los infinitos séres del universo; aniquila el sér peculiar de cada cuerpo que es absorbido por el sér de las fuerzas, única realidad que existe; los cambios que creemos sustanciales sólo son meras transformaciones en las cuales las fuerzas conservan íntegro todo su sér sin alteración alguna. Para el atomismo todos los cuerpos son inanimados; para el dinamismo todos poseen vida y no existe distinción entre el espíritu y la materia, pues todos son sustancias simples.

La filosofía de la identidad, quinta esencia del dinamismo, no sólo hace desaparecer la diversidad de los cuerpos sino su misma realidad para transformarlos en meros fenómenos de la sustancia universal. No necesito detenerme en manifestar los absurdos del panteísmo que constituye la base de este sistema: bástanos estable-

cer que él nada puede enseñarnos sobre la esencia de los cuerpos; puesto que nadie pretenderá conocer el *sér absoluto* que no se distingue de ellos.

Hemos visto con cuánto júbilo el dinamismo ha recibido los adelantos de las ciencias naturales que han revelado cómo las fuerzas desempeñan en la naturaleza un oficio importante, que no existe en la materia propiedad alguna que no sea obra suya, y no han podido comprobar entre los cuerpos ninguna diferencia fuera de ellas; pero sabemos también que es á la filosofía á quien corresponde conocer la esencia de los cuerpos y que no podemos aceptar ninguna teoría opuesta á sus enseñanzas por muchas que sean las simpatías que otras ciencias manifiesten por ellas: jamás la verdad puede oponerse á la verdad y numerosas veces falsas hipótesis han podido explicar muchos fenómenos desconocidos y han sido aun consideradas como verdades por siglos enteros.

JOAQUÍN ECHENIQUE GANDARILLAS

(Continuará)

CRÓNICA POLÍTICA

SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA

Como entre los hombres, hay provincias desgraciadas: ninguna lo es más que la de Tacna.

Parece que los centros de que ha dependido y aquellos de que está llamada á depender se hubieran propuesto hacer imposible la introducción en ella de capitales que le den vida y desarrollo; domina en sus destinos la incertidumbre que, en las relaciones internacionales, es una de las más grandes plagas.

En efecto, aunque en vía de serlo, apenas puede decirse ahora que Tacna forma parte integrante de nuestro territorio; y, ni pierde la esperanza algún patriota soñador de que el Perú recupere la perdida provincia, ni, lo que por cierto es más extraño, deja Bolivia de acariciar la inexplicable idea de adquirirla por medio de una especie de donación; de suerte que, privados de garantía seria de estabilidad, los capitales llamados á llevar allí el cultivo y la riqueza se alejan con detrimento cierto para

Chile, que es el único llamado á gozar de sus beneficios.

El estado de inseguridad en que viven las vecinas Repúblicas justifica demasiado esos temores, que no desaparecerán hasta que un arreglo definitivo lleve allí la tranquilidad y la regularided en la administración, privilegio exclusivo de Chile, hasta el presente, entre las naciones del Pacífico. Si es grande para el país y para la provincia misma la conveniencia de que un arreglo de esta naturaleza sea inmediato, lo es más todavía llevar al conocimiento de todos la evidencia de lo que, en todo caso, debe ser el destino de la provincia de Tacna, terminado que sea el espacio de tiempo que para el plebiscito se estipuló en el tratado de Ancón; ya que poca duda hay de que el elemento más cuerdo de la población y también el más numeroso é importante por los intereses que representa, optará por las ventajas de la administración regular de que ahora goza, ventajas de que Chile ya no la podría privar honradamente, á no ser obligado á ello por fuerza mayor.

Al comentar la Memoria presentada al Gobierno de Chile por el actual Intendente de Tacna, mandatario celoso que ha comprendido bien los intereses de la localidad que rige (vamos á decir cuatro palabras sobre la provincia, antes de abordar la cuestión más general é importante), se expresa el principal diario tacneño, en uno de sus últimos números, en términos curiosos. Haremos notar de paso lo extraño que es que no se haya fundado en ese territorio ningún diario ó periódico que sostenga y popularice los intereses chilenos. Dice el artículo que aquella memoria «podría servir de cabeza de proceso» contra el Gobierno de la Moneda por el desdén incalificable con que ha mirado á la provincia; y concretando

sus acusaciones, le echa en cara que no haya seguido la construccion de una grande iglesia, orgullo futuro de la población; que no haya levantado escuelas dotadas de notables profesores; reformado cárceles; en una palabra, y, como él se expresa, que sólo haya tenido miradas de benevolencia para las provincias chilenas. No negaremos nosotros que ha habido algo ó mucho de incuria de parte de los hombres de gobierno para conocer bien las necesidades del territorio al norte de Camarones; pero, después de leer poco há, en aquel mismo diario, un noble y sentido editorial que se publicó cuando llegaron de Santiago rumores de la definitiva anexión de Tacna y Arica, en que se acusaba amargamente al Gobierno del Perú y se lloraba, como los israelitas en las márgenes del extranjero río, una separación que debía ser sólo transitoria del seno de la patria, las quejas contra Chile nos parecen francamente inocentes. Ó aquellas lágrimas no eran sinceras ó estas quejas no son sino efecto de la naturaleza humana dispuesta siempre á lamentar su suerte. Y en efecto, si Tacna fuera á pertenecer en cinco años más al Perú, bueno fuera que Chile se encargara de construirle monumentos y de invertir allí en duraderas obras dinero que cuesta á sus propios hijos el sudor de su frente en los anchos valles del sur. Y más parece burla la queja de abandono, cuando, regidos por suaves leyes y benévola y hábil autoridad, divisan desde el balcón la miseria de Lima, que no es sino la sombra de una ciudad, en que sólo el autoritarismo es cierto; los desórdenes de Jauja; los salvajes hechos de Tarma; los asesinatos de Guánuco en que el asesino impune es el prefecto mismo; el hambre de Arequipa, en donde, perdidas las chacras de las campiñas, falta hasta el pan y hay, sin embargo, que mantener

á expensas de los vecinos seiscientos soldados que no puede mantener el dictador; y en fin, todo el desgobierno y la ruina de un país en disolución. Triste cuadro en verdad, y amargo en extremo para un corazón patriótico; pero que no debe perderse de vista al razonar sobre la propia situación y al mirar hacia adelante al porvenir de los suyos. Tacna será sólo feliz si es provincia chilena, haciéndose oír como tal y atrayendo entonces sobre sí el benéfico impulso de progreso que á las otras provincias se da. Lágrimas porque sí y quejas porque nó, ni obtendrán el agradecimiento del uno, ni el abrazo fraternal del otro.

Esto por lo que hace á la felicidad y al porvenir de la provincia; más importante es el interés general de Chile. Aparte de cualquiera otra consideración, se presenta, desde luego la cuestión de frontera. En país tan extenso como el nuestro y que se encuentra en tan inmediato contacto material con otras naciones, que pasan por un efervescente desarrollo, en el que fácilmente se dejan arrastrar á belicosas aventuras, debe tener límites naturalmente demarcados y de estratégica defensa, esto es, que presenten no sólo facilidad para la resistencia armada, sino que proporcionen los elementos necesarios para ella á las comarcas vecinas. Ni una ni otra cosa puede buscarse en la línea de Camarones, que es extensa, desamparada y abierta. Se necesitaría en ella de numeroso ejército, al que por la falta de recursos naturales, sería costosísimo abastecer sin obtener todavía las condiciones de seguridad necesarias. Esta cuestión de frontera tiene una importancia radical y permanente, pues debe tenerse en cuenta que de ella depende, en gran manera, la planta de ejército que debe el país mantener

y el monto relativo del presupuesto de guerra. Esto en tiempo de paz, pues es evidente que importa mucho más todavía la seguridad nacional en tiempo de guerra. Buena línea de defensa terrestre, apoyada en un punto estratégico de mar: he ahí lo que debe buscarse y lo que no se encuentra en Tarapacá, pero sí en Arica y Tacna: nadie hay en Chile que ignore la formidable protección que encuentran las naves á la sombra del Morro de Arica, que pudo sólo sucumbir ante el heroísmo de nuestros soldados. Esa protección, colocada en el extremo de nuestro territorio, sería, en cualquier caso difícil, inapreciable ventaja, pues ni á nadie salva el destino de reveses, ni puede dejar de suceder que, ocupada la escuadra en otra zona de operaciones, necesite algún buque débil de reparo.

Respecto á la línea terrestre, conoce nuestro Gobierno, por informe de jefe competente, la superioridad sobre la de Camarones, superioridad que sería mayor dando á la provincia de Tacna su límite natural: el valle de Sama, hoy en poder del Perú. Fuera de su conveniencia como línea de defensa, tiene la otra condición necesaria de los recursos, pues Tacna debiera ser, y será con el tiempo, la fuente de alimentación de Tarapacá. No sólo podría mantenerse allí fácilmente un ejército que hiciera impenetrable el territorio, sino que se aseguraría su vida y la de aquellas provincias. Hemos dicho que los reveses no son imposibles: si, lo que no es probable, ni quiera Dios que llegue á suceder, perdiera Chile en algún conflicto el dominio del mar, ó se hallaran sus naves en condiciones de lucha que no les permitiera atender á la defensa y abastecimiento de Tarapacá, ¿qué haría esta provincia que es hoy la más productiva para el Erario y que debe

proporcionar el dinero indispensable para la guerra? Sin la alimentación difícil que le proporcionan los vapores caleteros, Iquique, con su actual desarrollo, sucumbiría muy pronto, sobre todo si tuviera un ejército que alimentar, ejército que, desde luego, se podría considerar como perdido. No sucedería esto si pudiera contarse con vida propia y suficiente campo de cultivo en Tacna, que hiciera frente á todas las necesidades más premiosas de Tarapacá, lo que parece lejos de ser difícil, puesto que no faltan empresas particulares que quieran emprender el trabajo. Todos conocen la fertilidad proverbial de Tacna, en donde se da hasta ocho cortes anuales á la alfalfa en los pequeños pedazos susceptibles de riego; y esa misma fertilidad se encontraría en el espacioso valle que se extiende desde la ciudad hasta el puerto de Arica y por el cual serpentea el ferrocarril. El regadío de esos terrenos pagaría los gastos de cualquiera empresa para traer aguas, por dispendiosa que pareciera, y formaría, casi instantáneamente, una de las provincias más hermosas de Chile; hermosura y riqueza, cuyo valor estaría acrecido por la situación especial en que se encuentra, á la cabeza de extensísimo desierto, y por las razones arriba señaladas.

He aquí el proyecto que debiera estudiarse y conocer el Gobierno, ó, más bien, que debiera ya conocer á fondo, pues de su practicabilidad arrancarían consecuencias de la mayor importancia para el país; su deber, en el último caso, sería dar toda clase de facilidades y aliento á los que quisieran emprender la obra.

El instinto popular, adelantándose á los sucesos, ha suscitado rumores, según los cuales se trataría de llegar pronto á un arreglo definitivo con el Perú para la cesión

y el pago inmediato del territorio: idea es ésta que, por lo ventajosa para ambos países y por lo racional, se impone. La cesión es un hecho irremediable y que tendrá que suceder: la demora perjudica más directamente al Perú y á la misma provincia. Aquél no puede abrigar ni la más remota esperanza de pagar diez millones al cabo de cinco años, según el tratado lo exige, aun fuera de la difícil condición del plebiscito; y obtendría, en cambio, el mayor de los servicios en recursos oportunos, que lo salvarían tal vez de contratos poco dignos del honor nacional y que, rechazados ayer, tendrán, por falta de dineros públicos, que reconsiderarse y con todas las probabilidades de éxito, porque en los pueblos como en los hombres, lo primero es el pan de cada día. Descontando lo recibido ya por dos gobiernos sucesivos, obtendría inmediatamente seis millones; y á éstos podrían agregarse cinco millones más por el valle de Sama, devolviendo así á la provincia sus antiguos y naturales límites, que la condescendencia de Chile ó de su representante cedió al firmar el tratado de paz.

La inversión de estos once millones sería para Chile más útil que la de muchos otros que, por medio de garantías gubernativas, ó de otra manera, se invertirán en otras provincias.

No falta quien apoye la idea, que hemos calificado de inexplicable, de ceder á Bolivia el territorio que nos ocupa: esto no pasa de ser un absurdo. Desde luego, hasta los más aferrados tacneños del antiguo régimen preferirían, ya que no al Perú, pertenecer á Chile antes que á Bolivia. Y ¿por qué razón sería Chile tan solícito de la formación y engrandecimiento de la república boliviana, cayendo también en el extraño error de un genio que se

vió perdido en las inmensidades del continente sud-americano? ¿Qué favores le debe? ¿Qué puede esperar de ella más tarde? Creer en la gratitud de las naciones en sus relaciones internacionales, y, sobre todo tratándose de ciertos países, es una inocencia; lo único que puede y debe presidir en los consejos de un pueblo, mientras no lleguemos al ideal humanitario, que está lejos, es un sentimiento de justicia que dirija un egoísmo sensato. Sería torpeza no vista quitar fuerzas á un enemigo débil para darlas á otro más tenaz, porque es menos capaz de comprender sus propias conveniencias y necesidades. Si Bolivia nos lanzó á la guerra, debe sufrir con su derrota y buscar la compensación en sí misma, nó en los sacrificios hechos por el vencedor. Sería una profanación entregarle el Campo de la Alianza, gloria de Chile y sepultura de tantos valientes. Á más, ¿quién garantizaría la vida duradera de Bolivia, que es, en política, imagen exacta y viva representación de la fuerza centrífuga en que, por la naturaleza de las cosas, tratan de lanzarse lejos del centro cada una de las partes que la constituyen? En ella son intereses opuestos los del norte de los del sur; los del este, de los del oeste, de tal suerte que á eso se debe que no haya penetrado hasta ahora en la cintura de esa tierra inocente y hermosa, como su himno nacional la llama, ningún ferrocarril, cosa no vista en ningún país medianamente civilizado del mundo. Hoy mismo, apenas subido constitucionalmente al poder el doctor Arce, por rumores que, por otra parte, son efectivos, de que dejará al Gobierno en Sucre, y aun hará dictar al Congreso la ley que declara á ésta la capital, hasta los amigos más firmes del nuevo Presidente, hablan públicamente en

la Paz de división del país y sueñan con la formación de otra pequeña republiquita, compuesta de aquella ciudad, que en realidad es y debiera ser el centro oficial de Bolivia, de Cochabamba, Oruro, Corocoro y otra región que nombrar no quiero y en que hay un vasto lago y cómodo ferrocarril; republiquita que tendría otro presidente y otro congreso, delicia de los ociosos. Nó, no es á Chile á quien toca echar sobre sus hombros el peso de fortalecer y cimentar la vida de Bolivia, á lo menos por libres donaciones. Si Bolivia debe existir y necesita para ello de una salida al mar, que la busque: lo que tiene razón y necesidad de ser forzosamente, existe sin favores de nadie. Territorios hay al norte de Tacna que miran también al Pacífico, y salidas fluviales por el oriente; si es forzoso que Bolivia salga al mar, aunque la civilización sufra, porque de ninguna suerte con el cambio podría ganar, bien puede tentar la empresa; pero una provincia de Chile sería y ha de ser, pues confiamos en nuestros hombres de estado, el punto más difícil de romper. Franquicias comerciales y arreglos de aduana habrá sí, los que se quieran, sin dejar, como ahora, á Mollendo todas las ventajas del comercio boliviano. Tarde ó temprano se llevará á cabo el ferrocarril de Tacna á la Paz, y, así como por Antofagasta pasará el comercio del sur, por Arica pasará el comercio del centro y norte de Bolivia, haciendo de ese puerto una llave valiosa: la cuestión de aduana tendrá entonces una importancia bien superior á la de ahora, aunque, desde luego, la conveniencia económica de Chile y la vida y prosperidad de Tacna, exijan imperiosamente inmediata reforma, justicia que debe el Gobierno á lastimados in-

tereses de aquellos á quienes, por estarle más nuevamente sometidos y por las armas, más debió amparar y proteger.

Hemos apuntado las anteriores consideraciones con la esperanza de que algo puedan impulsar siquiera á los que, con la facultad de hacerlo, quieren ver resuelta, en beneficio de todos, y, ¿por qué no hemos de decirlo? de Chile, sobre todo, el problema de Tacna y Arica. Que entren esas comarcas á formar desde luego parte de nuestro territorio, y que el Gobierno, sábiamente inspirado, trate de alentar en ellas empresas que, como el regadío del valle de Tacna y el ferrocarril á Bolivia, les den el valor que merecen y tienen, asegurando al mismo tiempo y de esa suerte, la vida propia de sus provincias vecinas, cuyos valiosísimos productos, si no se pretende mantener artificialmente altos precios, serán por largos años una de las principales fuentes de la riqueza nacional.

La Redacción

REVISTA LITERARIA

"EL RIGOR DE LA CORNETA"

POR DON ARTURO GIVOVICH

"Día de mucho, víspera de nada", suelen decir con festiva despreocupación mis compatriotas cuando comen de mantel largo.

Esta frase tiene significado único, sin duda, si se aplica en sentido estricto; pero dándole mayor latitud y tomándola en su acepción más amplia, sirve también para manifestar las alternativas de la vida, la sucesión de los años secos á los lluviosos, de que nos hablan los antiguos libros.

"Día de mucho, víspera de nada", pudimos decir el año pasado, refiriéndonos á la producción novelesca, los que nos preocupamos del movimiento literario de nuestra patria. Y al decirlo, habríamos tenido razón, porque el año de 1887 se recordará por el gran número de novelas, y de novelas muy aceptables, que vieron la luz pública, y este año de gracia en que estamos y que ya entra en la segunda mitad de su duración, sólo nos da *El Rigor de la Corneta* para satisfacer nuestro apetito artístico-novelesco. Á lo menos, yo no tengo conocimiento de que se haya publicado otra obra del mismo género.

El Rigor de la Corneta, ó Escenas de la vida de campaña, es una novela histórica escrita por don Arturo Givovich, caballero á quien

conozco únicamente por este libro y por algunas producciones insertas en uno de los tomos del certamen Varela, y de quien tan sólo sé, ateniéndome á la dedicatoria de la novela, que fué uno de los valientes que á la sombra de la bandera del batallón Miraflores sostuvieron la grandiosa contienda del Pacífico.

No hago estas advertencias á humo de pajas: la primera tiene por objeto manifestar que el señor Givovich es un escritor nuevo,—ya que no puedo asegurar que es joven,—y la segunda acreditar que, como espectador ó actor de muchos de los sucesos que narra, merece crédito en cuanto á la veracidad y fidelidad de ellos.

Se comprenderá fácilmente, por esta segunda consideración, que el señor Givovich está en mejores aptitudes que otros novelistas nacionales de más estudio y de más práctica que él, para escribir una novela histórica, porque tiene á su disposición una fuente riquísima de situaciones históricas y novelescas. Con acudir al arsenal de sus recuerdos y á su propio corazón, puede hacer revivir la época de la guerra,—base sin duda de más de una novela histórica,—sin necesidad de emplear largo tiempo en averiguaciones y estudios minuciosos, estudios y averiguaciones que no pueden dar, á la postre, un conocimiento tan íntimo y perfecto de los sucesos como el de quien ha sido actor en ellos.

Pero si el novelista de la especie histórica debe conocer la época ó la situación en que se basa su novela, debe también, como los demás artífices del mismo género, someterse á leyes artísticas que son comunes á todos los novelistas y poseer, de consiguiente, las mismas cualidades que poseen los otros.

Al lado de la parte histórica, y junto con ella, debe colocarse la literaria ó artística para que el cuadro resulte completo; quien acumula hechos y reúne datos y detalles, perfectamente verosímiles y exactos, si se quiere, allega, como historiador, elementos para una obra que sólo queda concluída y perfecta cuando el literato le infunde el soplo del arte que cultiva.

Ahora bien, pasando de las consideraciones generales que, á modo de antecedentes de los cuales deducir una conclusión precisa, brevemente he consignado, á la aplicación de ellas en el estudio sobre *El Rigor de la Corneta*, diré que encuentro en esta novela un defecto capital, cual es el de no ser obra de literato sino simplemente de historiador, que escribe los datos sin arte y sin el debido concierto.

El literato de raza,—para valerme de una expresión bastante gráfica,—no puede ni debe olvidar por un instante siquiera que como primera

condición se exige á la novela que interese, esto es, que realice la belleza de suerte que la haga sensible á los lectores.

Si la unidad, necesaria en obras de esta naturaleza, ha desaparecido; si los sucesos no están enlazados lógicamente, como deben estarlo; si las diversas situaciones son absurdas; y, por fin, para no hacer una enumeración completa de los defectos en que se puede incurrir, si el desenlace no fluye de los antecedentes ni guarda con ellos armonía: la belleza no existe y la obra no agrada, por consiguiente, á los lectores.

En una novela mal concebida puede haber un carácter bien trazado, que llame la atención; un diálogo bien sostenido, que agrade; una escena primorosamente pintada, que entusiasme; una situación novelesca cualquiera, descrita con tal maestría que enloquezca: carácter, diálogo, escena y situación interesarán entonces porque realizan la belleza que deben realizar como partes de un todo, pero el lector inteligente y de gusto literario sentirá los vacíos de ese todo, sin unidad en la variedad, que no puede satisfacerle porque no cumple con su objeto y sentirá igualmente que no le interesan muchas partes que no guardan relación con la obra.

La novela *El Rigor de la Corneta* languidece en ocasiones á punto tal que el que la lee siente fastidio de las páginas que tiene á la vista y quisiera saltarlas por ser repetición inútil de lo que anteriormente ha visto. Tal repetición se explica fácilmente, pero no se excusa: el autor ha querido aprovechar los preciosos elementos históricos de que dispone, que tienen, sin duda, para él y para todos los chilenos, un grande interés, y no se ha cuidado de eliminar sin piedad y sin vacilaciones los que no son necesarios para la obra; en otros términos, ha dado más importancia á los recuerdos de la vida de campaña que á la novela histórica.

El argumento de *El Rigor de la Corneta* es pobre; más que un argumento único hay una serie de episodios, que tienen cierto valor, sobre los cuales descuella principalmente uno: la historia de un joven oficial chileno que se enamora de una limeña bien parecida, á quien saca de su casa una noche y á quien deja abandonada al siguiente día porque su deber de militar le hace salir de la ciudad en la expedición de Ayacucho, sin darle tiempo para despedirse de su amada. Ésta, después de algunas peripecias verdaderamente novelescas, consigue juntarse nuevamente, á la vuelta de un año, con el oficial, del cual ha tenido un hijo, y ambos santifican ante el altar la unión de sus almas realizada por el amor algunos meses antes.

Semejante historia, que, como queda dicho, es, en cuanto episodio novelesco, el más notable de *El Rigor de la Corneta*, no carece de in-

terés, sobre todo si se le reconcentra mentalmente, abstrayéndole de la novela misma. Hay en él una pasión grande y generosa, aunque inconsulta, que une á los jóvenes, contrariada y robustecida á la vez por accidentes verosímiles que nacen de las obligaciones del joven oficial chileno, á quien el rigor de la corneta, ó sea la disciplina militar, desbarata sus planes, y por los sentimientos de un padre herido en su dignidad, que manda á su hija á esconder su vergüenza en un pueblo apartado de la sierra adonde no lleguen ni noticias de Lima y adonde por feliz coincidencia llega, agotada por la cruda guerra de los enemigos y de la naturaleza, la expedición de que forma parte el oficial; y hay situaciones verdaderamente dramáticas, como el conflicto último de la niña que debe abandonar para siempre al hijo de sus entrañas si quiere volver á juntarse con su amado, que es su único bien, ó que debe abandonar á éste para siempre también, y entregarse por completo á los azares que la Providencia le depare, sola y sin apoyo el que menor, si quiere tener noticias de su hijo y cuidarle con todo el amor de madre, conflicto que se soluciona por el enlace de los jóvenes unidos anteriormente por el amor.

Suponiendo que este episodio fuera perfecto y que del mismo modo lo fueran otros de menor importancia que aparecen en la novela, y que están lejos de serlo, *El Rigor de la Corneta* sería siempre una obra defectuosa por la languidez de algunas escenas, por la vulgaridad de otras y por el estilo en que está escrita.

En lo meramente histórico de la novela hay páginas muy interesantes, tomadas de la expedición que una parte de nuestro ejército realizó atravesando las sierras del Perú. No son cuadros vivos en que el ¡ay! de los moribundos que exhalan el último suspiro peleando por la patria se confunde con el estruendo de las balas, y en que se olvidan las heridas porque en el fragor de la batalla el estrépito y la agitación lo dominan todo; nó; son escenas de color indeciso, veladas por las opacas sombras de la tarde, ó alumbradas débilmente por la luna, en las cuales se experimenta las fatigas de un ejército en marcha por las sierras, marchas lentas, penosísimas, de un ejército que tiene que salvar obstáculos al parecer insuperables, sin abrigo para resguardarse del frío, sin techo para cobijarse durante las tempestades, sin alimento suficiente para satisfacer su hambre, sin medio alguno artificial para atravesar los ríos y trepar las más empinadas cumbres, y sin más incentivo para dar término á la ruda jornada que el cumplimiento austero del deber.

¡Oh! leyendo algunas de esas páginas, escritas sin el arte del literato,

pero con la veracidad del que ha sido actor, se siente verdaderamente los desfallecimientos del soldado que durante días y días hace jornadas de muchas leguas, rendido de cansancio y hambre, por desfiladeros y senderos montañosos, rígidos sus miembros por el frío, ensangrentados sus pies por los guijarros del camino, ahogados sus pulmones por el soroche y por las punas, quemado su cutis por la intemperie, herida su vista por la blancura de las nieves que atraviesa, teniendo que lidiar todos los días con ríos, desfiladeros, emboscadas, pendientes, pantanos y peligros de toda suerte; expuesto á recibir á cada instante una galga ó una bala de los montoneros, sin poder avanzar y sacando fuerzas de lo más íntimo del alma para dar un paso y juntarse, tarde de la noche, con los que van una legua más adelante, sin auxilio el que menor y teniendo que prestarlo á los camaradas heridos ó materialmente imposibilitados para valerse por sí mismos, y todavía con la expectativa de caer en manos de montoneros salvajes y ser por ellos brutalmente descuartizado.

¡Oh! esas escenas se ven, se sienten en el alma; leyéndolas se comprende lo que es el amor á la Patria y los cruentos sacrificios que ésta impone á los defensores de su honor y su bandera y se experimenta respetuosa y ardiente veneración por los que, estén vivos ó hayan muerto, tan alto pusieron el nombre de Chile á costa de esfuerzos gigantescos y de raudales de sangre.

Pero esos cuadros se suceden día á día, con variaciones insignificantes, y aunque el novelista anuncie que no repetirá detalles que anteriormente ha dado, acompaña á la expedición en la jornada siguiente y la subsiguiente, y en la tercera y cuarta y entre ellas mezcla, á manera de oasis, episodios insignificantes y vulgares que no alegran y que no agradan porque la novela está en suspenso, y porque el lector, que comienza á olvidar el principio, desea saber el desarrollo que ella toma y llegar á su fin.

Este fin se aproxima, y aun cuando es un poco precipitado el enlace del oficial chileno con la niña limeña, y no muy interesante, considerándolo artísticamente, el desenlace de otros amoríos y episodios que corren paralelamente con el asunto principal, el lector se alegra porque ya puede imaginarse los episodios separadamente y cada uno por entero.

Bien pudiera censurar más detenidamente en *El Rigor de la Corneta*, y sería este el momento de hacerlo, la vulgaridad de algunas escenas, que si pueden ser exactas de toda exactitud, no dejan por eso de ser vulgares en cuanto á su fondo é innecesarias, á lo menos en la

minuciosidad con que han sido descritas, en cuanto al desarrollo de la novela; prefiero, sin embargo, dar de mano á tales censuras, y decir antes de terminar, algunas palabras sobre el estilo.

Todos sabemos que Chile no es tierra de literatos, ó sea que la perfección y el gusto literarios no son patrimonio de los chilenos, algo que flote en el espacio y de que cada cual se aproveche, sin esfuerzo ni molestia, para comunicarse con sus semejantes.

Para escribir, pues, obras que si no alcanzan á pasar á la posteridad como monumentos gloriosos de la literatura, alcancen cuando menos el aplauso desinteresado de los contemporáneos que las juzgan con ánimo imparcial y sereno espíritu, es necesario prepararse convenientemente, conocer, mediante el estudio, los tesoros del idioma y saberlos emplear con discreción mediante el continuado trabajo. Proceder de otra suerte es caminar á ciegas por una senda que muchos empiezan á recorrer, pero al término de la cual sólo llegan los que van guiados por la luz de sus vastos y profundos conocimientos.

Escribir una obra diciendo lo que el autor desea decir y en la forma que primero se le ocurre, sin preparación ni estudio literarios, no es ser literato. El estilo tiene algunas cualidades que varían según los escritores, pero tiene otras que obligan á todos ellos, y que, como he dicho, no son el ambiente que respiramos, de suerte que no están al alcance del que desea escribir sin darse más trabajo que el material de tomar la pluma y comenzar la tarea.

Fuerza es confesar á voz en cuello, para que el mal ejemplo no cunda, que en el estilo de *El Rigor de la Corneta* no se advierte ninguna de las cualidades á que he hecho referencia: es un estilo flojo, trivial, desaliñado, sin nervio ni brillo y desprovisto por entero de elegancia; tiene colorido en ocasiones, pero que no alcanza á cubrir con su manto luminoso los defectos anotados; y, por último, las comparaciones no escasean, pero son generalmente muy remotas, vulgares y sin mérito.

Después de lo dicho ¿podría, en justicia, dejar de censurar *El Rigor de la Corneta?*

LUIS COVARRUBIAS

Junio de 1888.

APUNTACIONES

SOBRE ALGUNAS PALABRAS USADAS EN CHILE, ESPECIALMENTE EN EL LENGUAJE LEGAL Y FORENSE

(Continuación)

"Úsase también de la propia figura (el pleonasmo), uniendo los adjetivos *mismo* y *propio* con nombres y pronombres, en frases. como éstas:—*Yo mismo* estuve presente; *tú propia* lo pediste; *tu padre mismo* lo ha mandado, en *cuyas cláusulas* parece que sobran *mismo*, *propia*, *mismo*, puesto que, sin estos vocablos, quedaba completo el sentido gramatical."

Conforme á las reglas antes copiadas de la Academia, debió decirse, no *en cuyas cláusulas*, sino *en las cuales cláusulas* ó *cláusulas en que.*

Si escritores eximios suelen emplear *cuyo, cuya* sin el carácter de posesivo, mucho más á menudo lo hacen aquellos que no son versados en el manejo del idioma.

El artículo 27, capítulo 1.º de la ordenanza de adua-

nas expedida por el presidente de Chile con fecha 23 de agosto de 1851, es el que se inserta en seguida:

«*Artículo 27.* Para que las lanchas y demás embarcaciones menores puedan obtener licencia de ir á las caletas no habilitadas, con el objeto de descargar ó cargar cereales ú otros artículos del país libres de derechos de exportación (único comercio que pueden hacer), sin necesidad de llevar guardas á su bordo, será necesario que los interesados rindan fianzas en las aduanas respectivas por el valor de las embarcaciones, apreciadas por los capitanes de puerto, *cuyas fianzas* servirán de garantía de que las citadas embarcaciones no se ocupen en tráficos ilícitos.»

Se notará sin dificultad que la locución *cuyas fianzas* está empleada por *las cuales fianzas.*

El vicio mencionado es muy común en Chile, especialmente en el lenguaje forense hablado ó escrito.

CHÁCARA, CHACRA

La Real Academia admitió la legitimidad de *chacra* en su DICCIONARIO de autoridades, tomo segundo, publicado en el año de 1729; pero no ha concedido otro tanto al equivalente *chácara* hasta la duodécima edición de 1884.

Sin embargo, esas dos palabras se han empleado en la América Española más ó menos simultáneamente desde el siglo XVI, ó sea desde el siglo que con propiedad hemos de considerar como el primero de la conquista.

La ley 14, título 12, libro 4 de la RECOPILACIÓN DE LAS LEYES DE INDIAS, que es un resumen de tres reales cédulas expedidas por Felipe II en 20 de noviembre de 1591, y la ley 12, título 3, libro 6 del mismo Código

que reproduce una ordenanza expedida por Felipe III, en 10 de octubre de 1618, emplean la palabra *chacra*.

El DICCIONARIO de autoridades apoya la admisión de esta palabra en el testimonio, no sólo de la RECOPILACIÓN DE LAS LEYES DE INDIAS, sino también en el del jesuíta chileno Alonso de Ovalle, que la usa varias veces en su HISTÓRICA RELACIÓN DEL REINO DE CHILE, plana 358.

En cambio, el libro becerro del cabildo de Santiago emplea varias veces la palabra *chácara* en vez de *chacra*, como puede verse en las actas de 5 de enero de 1545 y de 19 de septiembre de 1547.

Manifiestamente, las palabras *chacra* y *chácara* se usaban sin distinción.

Don Claudio Gay, en la HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE, *Documentos*, tomo 1, página 219, ha dado á conocer un acta, fecha 30 de octubre de 1556, por la cual se reponen y se fijan los límites que, al tiempo de su primitiva fundación, se habían señalado á la ciudad de la Serena.

En ese antigno documento, se dice *chacra* y no *chácara*.

Y por cierto, ello no tiene nada de extraño, puesto que un contemporáneo muy caracterizado usó indiferentemente uno y otro vocablo en una pieza oficial.

En el tomo 1.º, páginas 349 y siguientes de la obra titulada RELACIONES DE LOS VIRREYES Y AUDIENCIAS DEL PERÚ, se encuentran en unas ordenanzas expedidas por don Francisco de Toledo el 21 de enero de 1577.

Quien lea ese documento, interesante por más de un aspecto, notará inmediatamente que el virrey su autor dice unas veces *chacra* y otras *chácara*.

La 2.ª de esas ordenanzas aplicables *al campo*, verbigracia, es la que copio á continuación:

"Ordeno y mando que cualquiera acequia ó ramo que saliere de la madre ó acequia grande sea por cuenta y razón, y se le distribuya y dé por medida el agua que hubiere menester conforme á las *chacras* y tierras ó heredades que hubiere de regar; y para que en esto no pueda haber agravio, sino toda firmeza y estabilidad, se haga, en la boca de cada acequia que saliere de la grande, un marco de piedra, clavado en ella, en que se le dé el agua necesaria para lo que así hubiere de regar, el cual marco se haya de hacer, y haga fortificado de cal y ladrillo, á costa de todas las personas que hubiereu de participar de la dicha agua, rata y cantidad de las tierras que cada uno hubiere de regar."

La palabra *chacra* es usada igualmente en las ordenanzas 6, 7, 9 y 12.

La 13 de esas ordenanzas es que la que va á leerse:

"Ningún convento, ni monasterio de frailes, pueda tener, ni tenga en sus *chácaras*, tierras ni heredades, fraile algnno para el beneficio y labor de ellas, si no fuere teniendo juntamente español lego, que no sea fraile, que tenga el cargo principal de las dichas *chácaras* y heredades, y en quien se puedan ejecutar las penas contenidas en estas ordenanzas, y en las que adelante se hicieren; y si no tuvieren el dicho español, no se les dé ni reparta agua alguna por los daños é inconvenientes que por experiencia se ha visto haberse recrecido de tomar los frailes de las *chácaras* todo el agua que han querido, y con escándalos y armas, en perjuicios de los indios y españoles comarcanos; y los legos que estuvieren en el beneficio y gobierno de las dichas *chácaras* de los conventos, han de estar obligados á las penas pecuniarias y corporales en que incurren, aunque hagan el exceso los

frailes ó sus negros, yanaconas ó indios por su mandado; y así mando que se las ejecuten las dichas penas en los dichos españoles, como si fueran suyas las *chácaras*, y ellos por sus personas, ó por su mandado hiciesen los daños y excesos contra el tenor de estas ordenanzas, y de las que adelante se hicieren como dicho es; y que se notifique así á los prelados de los conventos que tuvieren *chácaras*, ó tierras, y heredades».

La ordenanza 15 dice también *chácaras*, y no *chacra*.

El jurisconsulto don Juan de Hevia Bolaños, autor de la CURIA FILÍPICA, remata la exposición de sus doctrinas en esta forma:

«Con lo cual ceso en esta obra en esta *chácara* del Parral de Justino de Amusco Manrique, natural de Medina del Campo, vecino de la ciudad de los Reyes del Perú, víspera del día del nacimiento de Nuestro Redentor y Señor Jesucristo, del año de mil seiscientos quince, que siempre sea loado y ensalzado como se debe. Amén».

Posteriormente hasta la fecha, se ha seguido usando en la América española *chácara* como equivalente de *chacra*, si bien es verdad que, por lo general, se da la preferencia al segundo de estos vocablos.

El artículo 5 de un decreto expedido por el presidente de la República en 8 de junio de 1823, se expresa como sigue:

Artículo 5.

«Á propuesta del profesor don Manuel Grajales, se nombrarán dos practicantes que con el salario de doce pesos cada uno, de propios de ciudad, vacunen á su orden desde el Maipo á Chacabuco, de curato en curato, y *chácara por chácara*.»

Así, la Academia ha procedido, en mi concepto, con incontrovertible fundamento al declarar en la última edición de su DICCIONARIO equivalentes estas dos palabras.

Pero no estoy conforme con el significado que les atribuye, el cual me parece inexacto.

Chacra ó *chácara*, según el DICCIONARIO, es "vivienda rústica y aislada."

Tal definición es, á mi juicio, errónea.

Para manifestarlo, voy á empezar por traer á la memoria algunos antecedentes históricos.

La RECOPILACIÓN DE LAS LEYES DE INDIAS, libro 4, título 12, ley 1.ª, refiriéndose á unas ordenanzas de Felipe II, define como sigue lo que es *peonía*, y lo que es *caballería*.

Peonía (dice) "es solar de cincuenta pies de ancho y ciento en largo; cien fanegas de tierra de labor de trigo ó cebada; diez de maíz; dos huebras de tierra para huerta; y ocho para planta de otros árboles de secadal; tierra de pasto para diez puercas de vientre, veinte vacas y cinco yeguas, cien ovejas y veinte cabras."

Caballería "es solar de cien pies de ancho, y doscientos de largo, y de todo lo demás como cinco *peonías*, que serán quinientas fanegas de labor para pan de trigo ó cebada, cincuenta de maíz, diez huebras de tierra para huertas, cuarenta para plantas de otros árboles de secadal; tierra de pasto para cincuenta puercas de vientre, cien vacas, veinte yeguas, quinientas ovejas y cien cabras."

En el siglo XVI mismo, se sustituyó á menudo el nombre de *peonía* por el de *chacra*, como puede verse en la ley 14, título 12, libro 4 de la RECOPILACIÓN DE LAS LEYES DE INDIAS, en la cual ley se encuentra la siguiente disposición:

"Ordenamos y mandamos á los virreyes y presidentes de audiencias pretoriales que, cuando les pareciere, señalen término competente para que los poseedores exhiban ante ellos, y los ministros de sus audiencias que nombraren, los títulos de tierras, estancias, *chacras* y *caballerías.*"

Aparece claramente que, en el precedente pasaje, se ha dicho *chacra* en vez de *paonía.*

Si hubiera alguna duda acerca de este punto, ella quedaría desvanecida por el texto de un auto sobre repartimiento de *chácaras* que don Claudio Gay, HISTORIA FÍSICA Y POLÍTICA DE CHILE, *Documentos*, tomo I, páginas 74 y 75, descubrió en el primer libro becerro de Santiago, auto que, sin embargo, no fué incluído en la COLECCIÓN DE HISTORIADORES DE CHILE Y DOCUMENTOS RELATIVOS Á LA HISTORIA NACIONAL, tomo I, donde habría debido ser publicado.

El documento citado es el que se copia á continuación:

"Sepan todos los vecinos y moradores desta ciudad de Santiago del Nuevo Extremo que, cuando el muy magnífico señor Pedro de Valdivia, electo gobernador y capitán general en nombre de su majestad, salió desta ciudad para ir á descubrir y poblar la provincia de Arauco, dejó orden al cabildo della diese y repartiese *chácaras* y *caballerías* á las personas que acá quedaban, y á algunos que, con su señoría, iban á dicho descubrimiento.

"Y esto hizo su señoría creyendo poblaría en aquella tierra una ciudad, y la podría sustentar con la gente que llevaba, hasta que le fuese socorro.

"Y siendo así, y dando allá indios de depósito y sus solares y *caballerías* á los que entonces iban con su señoría; y á los que, en esta ciudad, dejaba sin de comer

para la sustentación della, habría acá tierras donde pudiesen darse á los vecinos buenas *chácaras* y *caballerías*, como es justo, y tendrían el agua que les bastase para las regar.

"Y llegando su señoría á aquella tierra; y descubriéndola como la descubrió, viendo la mucha pujanza de los indios, y los pocos cristianos que llevaba para la poder poblar y sustentar. Siendo suplicado é importunado y requerido de toda la gente diese la vuelta á esta ciudad, hasta que, con más pujanza, sabiendo lo que ya era menester para poblar y sustentar, tornase su señoría á ir.

"Y él viendo convenía así al servicio de su majestad, y provecho de sus vasallos, y de la conquista de toda la tierra, dió la vuelta con todos ellos á esta dicha ciudad; y llegando á ella vió que sobre las dichas *chácaras* y sementeras había y se esperaba haber inconvenientes; y que destos resultarían agravios, porque los que acá quedaron, y algunos de los que fueron, tienen mucha cantidad de tierras para sembrar y suertes de agua para las regar; y los más no tienen desta manera donde poder sembrar y sustentarse.

"Y por remediar esto, manda el dicho señor gobernador, y los señores del dicho cabildo, sobreseer, y desde ahora sobreseen todo lo que se ha hecho desde que se comenzaron á repartir y señalar *chácaras* por cédulas de su señoría refrendadas de Juan de Cárdenas, escribano mayor del juzgado y acuerdo del cabildo sobre ellas.

"Y quieren y mandan, por convenir así al servicio de su majestad, y conservación de sus vasallos y de la tierra, para que, como dicho es, se sustenten los caballeros gentileshombres que acá estaban, y los que vinieron al

socorro desta ciudad, sin contiendas ni enojos, y todos tengan sus *chácaras*, como las tenían hasta aquí, y suertes de tierras, y siembren como solían sembrar, y se les den sus aguas.

«Otrosí mandan que ninguna persona pueda vender, ni enajenar la *chácara* ó estancia que tuviere, si no fuere yéndose de esta tierra; ó en caso de fallecimiento, que las pueda dejar á sus herederos, como bienes propios ganados por sus servicios.

«Manda se pregone públicamente para que llegue á noticia de todos y ninguno pretenda ignorancia.

«*Pedro de Valdivia.—Rodrigo de Araya.—Juan Fernández Alderete.—Francisco Villagrán.*

«En la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, á 12 días del mes de abril de 1546 años, se pregonó lo arriba dicho.—Ante mí, *Luis de Cartagena.*»

Aparece que *chácara* ó *chacra* era equivalente de *peonía*.

Sin embargo, ha de advertirse que, en la práctica, estas propiedades ó fundos no se ajustaron á la mensura determinada por la ley 1.ª, título 12, libro 4 de la RECOPILACIÓN DE LAS LEYES DE INDIAS.

Fueron, ó más grandes, ó más pequeñas, según las circunstancias, de lo que Felipe II, en su minuciosa reglamentación, había ordenado.

La *chácara* ó *chacra*, situada cerca de una población, á diferencia de la hacienda ó estancia, situada más lejos, comprendía una extensión menor, pero suficiente para cultivar arboledas, para plantar hortalizas, para hacer alguna siembra no grande de trigo ó cebada y para mantener alguna cantidad no abundante de ganado.

Tal es lo que *chácara* ó *chacra* significa en varios países de la América Española, desde la conquista hasta el día.

Don Andrés Bello empleó en este sentido la palabra *chacra.*

El año 1831, manifestó en *El Araucano* la conveniencia de que se fundara en Chile un jardín de aclimatación anexo á un instituto de química aplicada á la industria y á la agricultura.

Bello enumeraba las ventajas de este jardín, y mencionaba, entre otras, la que sigue:

"Dividiéndole en departamentos, se cultivaría en uno mucha parte de esas plantas que pueden ser útiles al país, ya en la economía doméstica, ya en las artes y la medicina, y así se podrían aclimatar sin trabajo y casi sin gastos, algunas de esas numerosas variedades de árboles ó de arbustos fructíferos que, después de cuatro siglos, ha podido adquirir la Europa sólo á fuerza de fatigas y de dinero; todas esas plantas tan agradables á la vista, como útiles á los perfumistas y fabricantes de licores; la mayor parte de esas numerosas variedades de legumbres que faltan aquí, y que hacen las delicias de la mesa; finalmente, de esas plantas medicinales que más que ningunas otras exigen una atención particular del gobierno. En cada año se haría la cosecha de los granos y semillas, que se distribuirían á los aficionados y agricultores instruídos, que las cultivarían con cuidado en sus *chacras* y haciendas, y las propagarían de provincia en provincia". (Bello, *Obras completas*, tomo VIII, páginas 177 y 178.)

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

(Continuará)

RETRATO DE MUJER

I

Disertaciones

—El amor es una enfermedad...

—Casi divina.

—¡Ay!...—dijo suspirando Aníbal,—sobre todo es humana.

Algunos se rieron.

Y Aníbal, sin contestar á las burlas de sus amigos, bebió hasta la última gota de su copita de *chasse-cafe*. La mesa estaba en ese desorden que sigue á una comida alegre y á una charla más alegre todavía. Una servilleta arrojada junto á una pieza de plaqué llena de flores, otra en el suelo, copas de burdeos vacías, copas de vino blanco medio llenas y cuatro botellas de Château-Iquem rodeando á una de Champagne manifestaban el entusiasmo de la comida.

Antonio abrió una caja de puros y después de sacar uno magnífico la pasó á sus amigos.

—Toma, Aníbal, son de La Vuelta de Abajo.

—Acepto.—¿Saben que los cigarros se parecen á las mujeres?

—Esto es un sacrilegio: ¡comparar los cigarros con las mujeres, cuando todo el mundo sabe que valen muchísimo más... los cigarros!

Esta frase, alegre en apariencia, esta comparación trivial, había sido pronunciada por el joven de una manera fría, recalcando las palabras y dándoles un aire de sarcasmo y de queja á un mismo tiempo.

Al escuchar el tono triste de su amigo, Antonio y Matías callaron.

—Son séres absurdos,—agregó el joven como hablando consigo mismo.

Hay instantes en que cierta excitación nerviosa nos obliga á hablar.

Muchas veces tenemos la conciencia de que vamos á decir algo inexacto, y sin embargo pronunciamos esa frase quemante movidos por fuerza irresistible.

—Nó,—respondió Antonio en tono grave.—Te encuentras, Aníbal, en uno de esos momentos en que un cariño desgraciado hace ver todo negro.

Las mujeres,—agregó el joven, volviendo á su idea primitiva,—son demonios en ciertos instantes de la vida y ángeles en otros; tal es nuestra opinión. Nada más falso, sin embargo. Así como ciertas finas plantas exóticas, son sutiles, frágiles, delicadas y necesitan una atmósfera especial para vivir. Muchas veces no las comprendemos y no sabemos amarlas; ellas se ofenden: ¿con qué motivo nos quejamos entonces? Toda mujer tiene un instante en que se transforma y se revela, en que se hace adorable y en que adora. Hay que admirarla entonces: madre, es

casi divina; esposa, amante, mártir, casi toca á lo ideal. No las conoces, no las has querido, no las has transformado, no tienes derecho de quejarte, Aníbal.

—¿Y tú?

—Yo,—respondió Antonio,—he amado una vez...

Los acentos del joven se apagaron lentamente. Por momentos se oía la música de una banda militar que tocaba en la plaza de X... Los farolillos de colores colgados de los árboles en el gran patio del hotel, y las carcajadas y las conversaciones de los que comían en diferentes mesas al aire libre, y el movimiento inusitado daban idea de una fiesta. Se celebraba, en efecto el dieciocho de septiembre de 1864.

Los jóvenes comían en un cenador, en el fondo del jardín, y la tristeza que comenzaba á invadirlos contrastaba con la alegría que los rodeaba.

—Y también he sufrido...—agregó, Antonio, envolviendo á Aníbal en una sonrisa dolorosamente irónica.

—¿Puedes contarnos?

El joven inclinó la cabeza afirmativamente. Hubo un instante de silencio; en seguida se oyó un trozo de *Norma* y el ruido del viento que hacía chocar las hojas de los naranjos y de las acacias.

—¡Silencio!

II

De cómo se perdió un pañuelo

«Á consecuencia de los disturbios políticos del año 59 nos vimos obligados á salir de Chile; era un sálvese-quien-pueda general. Varios jóvenes, entre los cuales Pepe Sánchez, nos dirigimos á la capital del Perú.

«Á pesar de que no éramos en nuestra mayor parte muy ricos, fuimos recibidos admirablemente por la sociedad limeña; bastaban para atraernos simpatía los recuerdos de nuestros combates y de nuestra desgracia reciente.

«Pasamos de fiesta en fiesta, de baile en baile, de comida en comida y nuestras penas casi, casi se ahogaron en Champagne. Lima se encontraba entonces en su período más brillante de lujo, de riqueza, de esplendor; era verdaderamente la reina del Rimac, y nosotros fuimos acogidos como príncipes. Sobre todo Pepe Sánchez, de quien hablaba hace un momento, fué recibido como una especie de Mesías. También es cierto que podía justificar ese papel: era alto de estatura, de bigote negro, de tez pálida, aire distinguido, un verdadero tipo de la raza de Borbón. Á los hombres se los conquistaba con su generosidad, con su valor á toda prueba, sus calaveradas ruidosas y su buen humor constante. Las mujeres quedaban encantadas con su figura, sus modales distinguidos, un no sé qué de escepticismo elegante, cierto cansancio de la vida que dejaba adivinar sin ostentarlo. Naturalmente, sus conquistas fueron infinitas y nada resistió á la voluntad del nuevo César.

«Me había hecho muy amigo con él durante el viaje. En aquellas largas noches en el mar, solían reunirse algunas personas al rededor de una mesa de juego; era de admirar entonces aquella audacia de Pepe que sólo justificaba su fortuna. Tenía una sangre fría impertubable y frases... y cuentos... Sobre todo cierta falta de orden, cierta espontaneidad que atraía.

«Una tarde en que nos paseábamos por la Alameda de los Descalzos, en Lima, me dijo con cierto aire serio que no le había visto nunca:

—"Tengo que decirte algo... Estoy enamorado de Elisa del Valle. La adoro con todo mi sér. Esa mujer es para mí no sólo el presente sino el pasado y el porvenir. Sé que mi pasión es un absurdo pero... ¿acaso el amor reflexiona?

—"La locura tampoco,—interrumpí.

—"Esta noche,—continuó Pepe sin hacerme caso,—iremos al baile que da la señora Barreda, conocerás á Elisa y me darás tu opinión sobre este asunto.

"Poco después nos separamos.

"En la noche fuí al baile. Atravesé un vestíbulo de mármol, de paredes tapizadas de hiedra, con palmeras y plantas tropicales y cubiertas de flores y verdura. Entregué mi abrigo á un sirviente, y cruzando grupos de jóvenes de frac y de corbata blanca, muy elegantes casi todos, que charlaban con esa excitación nerviosa y momentánea de los bailes, penetré en el primer salón. Había gran movimiento y los acordes de la orquesta llegaban muy apagados; sólo se oía por intervalos el sonido de la flauta predominando sobre el violín. Después de saludar á la señora, recorrí los diversos salones repartiendo ligeros apretones de mano y frases á mis amigas y apuntando bailes en mi tarjeta. Hacía media hora que había llegado, cuando sentí una mano que me tocaba el brazo:

—"Antonio,—me dijo Pepe,—voy á presentarte una amiga... la señorita Elisa del Valle... El señor...

—"Me alegro mucho de saludarla, porque ya éramos viejos amigos.

—"¿Sí?

—"Yo creo en la trasmigración de las almas y más firmemente aún creo que nos hemos conocido en la In-

dia... hace dos mil años más ó menos. Usted era el ave fénix y yo...

—«El pavo real,—interrumpió Pepe.

—«Todavía nó; era simplemente el árbol en que se posaba usted. Éramos muy amigos...

—«¿Me apunto dos bailes?

—«No puedo negárselos,—respondió Elisa sonriendo.—Sólo... tengo dados hasta los extras; sin embargo, le daré uno.

«Le hice un saludo y nos separamos en seguida.

«Recorrí de nuevo los salones y hasta creo que bailé dos valses,—en aquella época yo estaba firmemente convencido de que se iba á los bailes á bailar.

«Cuando tocaron los quintos lanceros me encontraba frente á Elisa; maquinalmente me había colocado cerca de ella. Le pedí mi baile.

—«Usted dispensará,—dijo á su compañero,—y soltándose de su brazo se tomó del mío.

«Yo era en ese instante el hombre más afortunado del salón, según creía. Una simpatía inexplicable me atraía hacia ella; ¿provenía acaso de mis conversaciones con Pepe, de ese atractivo misterioso que envuelve á las mujeres que sabemos amadas ó de un sentimiento secreto é ignorado hasta de mí? Yo no amaba á esa mujer, y sin embargo, me sentía encadenado á ella.

—«¿Baila usted?

—«Según...—le respondí.

«Ahora el baile es un pretexto para conversar.

—«Sentémonos.

«Penetramos en el saloncito celeste, tapizado de raso del mismo color, con sofaes bajos y muy blandos. En el centro una *causeuse* redonda del matiz de los muebles y

de las cortinas, ocultaba una parte del salón á la otra mitad. Los jarrones de bronce antiguo de los rincones, los espejos y los cuadros, uno de Delille y otro de Corot, los platos de Sèvres colgados de las murallas y aquella infinita cantidad de flores, nos sumían en una atmósfera de elegancia, de abandono, de lujo. Había tres parejas en el saloncito; nos sentamos lejos de ellas, en un sofá del fondo. Me parece verla todavía, apoyada en un cojín, de una manera tan natural y tan graciosa. Vestía un traje de rosa pálida, de escote muy subido y mangas que le bajaban hasta el codo; los guantes que ceñían sus manos finas y pequeñas subían tanto que apenas permitían vislumbrar, á través de los encajes en que concluían las mangas, el cutis delicado y transparente. Su cabello era negro y sus ojos color de castaña ó negros, según se contraía ó se dilataba la pupila. Las líneas firmes y suaves de su rostro,—como de medalla antigua;— su aire, su sonrisa, su frente, manifestaban un carácter apasionado y enérgico, una mezcla de madona italiana y de Venus griega.

«Elisa era una mujer fascinadora, adorable, voluptuosamente casta.

«¡Pobre de San Antonio si la hubiera conocido!

«No recuerdo de qué hablamos; pero debió ser algo de agradable, algo íntimo, á pesar de que recién nos conocíamos. Su franqueza me encantó. Tengo por costumbre no descubrir mi corazón, no mostrar el fondo de mi alma sino á las personas que me pueden comprender, que no se ríen de los recuerdos en apariencia candorosos de los primeros amores de la vida. Elisa me escuchaba con interés, hacía suyas mis emociones, ¿podía acaso pedirle más? Cuando tocaron otro baile y vino á buscarla su

nuevo compañero, me dió una mirada como diciéndome: usted comprende, me voy, pero no es mi gusto.

"Pronto se perdió en medio de las parejas, de aquella multitud de trajes claros, de encajes y de flores. Yo quedé afirmado en el marco de una puerta, mirando pasar maquinalmente esos grupos que no me atraían, esas bellezas que no me entusiasmaban. Sin saber cómo volví al asiento que había abandonado y encontré, con agradable sorpresa, un pañuelo en el asiento de Elisa.

"Era un lindísimo pañuelito de batista de ancha guarda de encaje de Inglaterra. Al tomarlo, sentí escaparse un doble perfume; de heliotropo, muy suave, era uno; era el otro ese perfume oculto, ese algo encantador é indefinible que tienen ciertas cosas de mujer. Estaba algo arrugado,—las mujeres se complacen en ciertas ocasiones en romper lo que que tienen más cerca, un pañuelo, un corazón, un abanico.

"¿Había sido intencionalmente abandonado ese pañuelo de Elisa, ó era un simple olvido? No podía saberlo; inútilmente la busqué por los salones y por la sala del té.

"En la semana había asistido á otras fiestas y como estaba cansado me retiré temprano aquella noche.

"Cuando me acostaba, las escenas del baile acudieron en tropel á mi memoria. Vi de nuevo á Elisa y me pregunté si estaba enamorado; probablemente nó. Era una amistad especial, una simpatía muy fuerte, algo no sentido hasta entonces, pero diverso de lo que llama amor el mundo.

"Al día siguiente Pepe me habló largamente de mi nueva amiga.

—"Elisa te encuentra muy amable,—me dijo.

"Amable, según la definición de un marqués de la

Regencia, es una persona junto á la cual nos encontramos en peligro.

—¿Encontraste un pañuelo?—agregó.

—«Sí.

—«Ese pañuelo ha sido olvidado expresamente. En la familia de Elisa todos me miran muy mal y me hacen la oposición más violenta. Gracias á este pañuelo, que devolverás hoy mismo, irás á la casa de embajador secreto. Espero ese gran favor de ti, querido Antonio.

—«No puedo y lo siento mucho. Antes de conocerla quizás hubiera consentido, pero ahora, nó. Tú no debes pensar en ella desde que no puedes casarte.

—«Pero es un amor tan puro...¡no me comprendes!

—«Ni te quiero comprender.

«Luego me separé de mi amigo y me puse á meditar. Ese abandono del pañuelo era la mejor prueba de cariño que Elisa podía dar á mi amigo, y aquel amor era imposible, sin embargo. Había entre los dos una historia que más tarde contaré, una amarga historia.

«Aquella misma tarde envolví el pañuelito y lo até con una cinta de seda. No pude contener un suspiro. El pañuelo perdido significaba una ilusión perdida también. «Quizás ella me hubiera amado... El pañuelo perdido puede hallarse; la ilusión nunca, nunca se vuelve á encontrar.

III

Se encuentra lo perdido

«El invierno fué excepcionalmente alegre en Lima. Los bailes, esas máscaras del cuerpo social, siguieron de prisa á los bailes. Y digo máscaras porque muy pocos

son los que van á divertirse; la mayor parte van á aparentar que se divierten. Fuí convidado á casi todos ellos y tuve, de consiguiente, más de una ocasión de ver á Elisa. La intimidad, como dije hace un momento, nació naturalmente entre nosotros y desde ese día fuimos tan íntimos como si tuviéramos largos años de amistad. Recibí todas sus confidencias y supe hasta los menores detalles de sus amores con Pepe. Más de una vez me sentí conmovido al escuchar su acento apasionado, sus frases llenas de sentimiento profundo que parecían decirme: ¡todavía hay amor y hay mujeres todavía!

"En vano la disuadí; le dije inútilmente que graves obstáculos hacían imposible aquel amor.

—"¡Pero si lo quiero tanto!... ¡tanto!—me decía Elisa. —Usted no puede figurarse, Antonio, lo que he sufrido y lo que he llorado por él.

"Esas frases me pintaban con elocuencia poderosa lo que ella sentía. En esas palabras, *lo que he sufrido*, se reflejaba el fondo mismo de su amor nacido entre los enojos y la oposición de su familia, en el callado silencio de la noche, al recordar las miradas palpitantes y las palabras fugitivas de *ese* joven.

"Después, yo caí enfermo y estuve hasta dos meses sin salir. El médico atribuyó mi enfermedad á la vida afiebrada y al exceso de fatigas del último tiempo.

—"Sólo el campo y una vida tranquila pueden sanarlo,—me dijo.

"Inmediatamente hice los preparativos de partida y resolví dirigirme al puerto de X... Carlos García puso á mi disposición una lindísima quinta situada en ese lugar; un *rancho*, según el lenguaje de esa tierra.

"Al caer de una tarde llegué á él y en medio del cami-

no polvoroso, situada sobre una colina próxima al mar, divisé la quinta de mi amigo. Sus murallas eran de caliladrillo y estaban cubiertas con el manto verde de las enredaderas que trepaban hasta lo alto y la envolvían en caprichosos arabescos. En el jardín, un lindísimo jardín, había varias magnolias y castaños de la India, plátanos de grandes hojas verdes, suave y flexibles, rosas de Parma y rosas té, jazmines del cabo y muchísimas flores que ahora no recuerdo; mi amigo se había rodeado del lujo exquisito de un artista millonario.

"La casa, situada en el medio del jardín, tenía á sus espaldas un extenso huerto que terminaba en un parque inglés, el más famoso de toda la comarca. Las fatigas del viaje habían agotado mis fuerzas y me dormí profundamente.

"En las primeras horas de la siguiente mañana tomé un libro, atravesé el huerto y me dirigí al parque. Me proponía leer bajo los árboles; pero me fué imposible. Todo un mundo se levantaba ante mí bajo aquella sombra deliciosa de los castaños inmensos, rodeados de hierba verde y fina empapada en rocío matinal. Por acá y por allá sobre el manto de verdura se asomaban helechos de hojas microscópicas y plantas y florecillas silvestres. Arriba, algunas hojas heridas por furtivos rayos de sol tomaban un color transparente y luminoso; las demás conservaban su color oscuro. Frente á esos horizontes dilatados, bajo esos árboles enormes, sentía crecer mi espíritu; admiraba la armonía completa entre las grandes manchas oscuras y los tonos de un verde claro, entre las hierbecillas finas y las ramas y los tallos que se entrelazaban y las hojas que recibían los rayos del sol produciendo las más extrañas combinaciones de luz; el

susurro de los pájaros y el ruido leve de la brisa completaban aquel cuadro en que se mezclaban de una manera inexplicable la pintura, la escultura, la música, todas las artes y todas las armonías. Yo pensaba en la manera de reproducir aquello que estaba viendo y me detuve desalentado. De repente, no sé cómo, me vino la idea de que ahí faltaba lo más importante, que el paisaje era mudo desde que no tenía una mujer.—¡Oh! si me hubiera querido,—pensé, y una figura cruzó rápidamente por mi espíritu.

"Al levantarme noté que mi libro había rodado suavemente hasta enconderse entre unas plantas próximas. Fuí á buscarlo y vi junto á él un objeto blanco: era un pañuelo.

"¡Era un pañuelo! Por una extraña coincidencia se asemejaba en todo al pañuelo perdido y aquella noche en que conocí á Elisa, sólo que la guarda de encajes de Inglaterra estaba más ajada y el pañuelo había envejecido mucho,—los pañuelos, como los hombres, suelen envejecer en pocos días.

"Lo examiné cuidadosamente y me convencí de que sólo podía ser el pañuelo de Elisa. Pero, ¿cómo se encontraba ahí? ¿Por qué serie de circunstancias había ido á parar tan lejos de la hacienda ó *ingenio*, donde residía su familia en el verano? Según me dijo el jardinero, á quien interrogué en el acto, habían visitado el parque en el día anterior un caballero y una señorita.

—"¿Te fijaste en la señorita?—pregunté.

—"Sí, señor. Era de regular estatura, de ojos negros... ¡y tan suaves! tan suaves!

—"Está bien,—le dije.

"Aquella misma tarde me dirigí á la casita donde me

dijeron vivía la recién llegada. En el fondo, cerca de un cenador, se paseaba una mujer. Era Elisa.

—"¡Ah! ¿cómo sabía que yo estaba aquí?

—"Por el pañuelo...

"Manifestó una alegría íntima al verme.

—"Usted no sabe,—me dijo,—qué necesidad tenía de hablar con un amigo, con un amigo verdadero sobre todo, dada la situación difícil en que me encuentro ahora. Estoy sola, casi sola, en el mundo. Mi familia no permitía que hablara con Pepe Sánchez, y en cambio, nos escribíamos ocultamente. No puede figurarse en qué situación espantosa me encontraba: agitada, nerviosa, inquieta, pensando únicamente en él, indignada de aquella oposición inexplicable é infundada de mi familia. He pasado tres meses de este modo, hasta que, aprovechando nuestra venida al campo, resolví casarme á pesar de ella. Pepe me esperaba en el pueblo en que debíamos pasar la noche. Al amanecer escapé en compañía de una sirvienta antigua, que me quiere mucho y me vine con él... Hemos tenido un contratiempo; el cura de este pueblo no quiere casarnos porque, según dice, faltan los requisitos indispensables. Pepe ha ido en busca de un sacerdote que vive cerca...

"¡Qué locura! dirá usted. Sí, es una locura, lo confieso, pero ¿qué hacer? Si usted supiera...¡me quiere tanto! Sólo piensa en mí, sólo vive para mí... sobre todo, allá en el fondo, tengo grabadas sus miradas y su imagen no se aparta de mi pensamiento ni un segundo! ¡Lo quiero tanto! tanto!

"Elisa me hablaba con todo el fuego de su alma joven y pura. Su voz clara y metálica vibraba como el sonido de una música y repetía "*¡Tanto!*" con sus gestos de niña mimada y regalona.

«Habría dado no sé qué por hacerla feliz eternamente y eternamente amada. Pero había llegado el momento de decírselo todo. Me reprochaba interiormente como un crimen el haber callado tanto tiempo. No tenía la culpa, en el fondo, desde que nunca imaginé que fuera á parar en aquel desenlace de novela.

—«Elisa, le dije, creo llegado el instante de decirle por qué constantemente, aún á trueque de serle fastidioso, traté de ahogar el germen de aquel cariño que usted siente por Pepe. Le había dado mi palabra de honor de guardar el secreto y voy á faltar á esa palabra. Su casamiento es imposible.

—«¿Por qué?

—«Porque Luis se casó en Córdoba, hace algunos años, á consecuencia de una aventura ruidosa...

—«¡Eso no es cierto!... sería demasiado infame.... no lo creo.—Después de un instante de silencio agregó:—¿Usted lo jura?

—«Lo juro!...

—«¡Ah!

«Ni un solo músculo de su fisonomía se movió; no tuvo una lágrima; lo único que hizo fué bajar los ojos.

«Continuamos maquinalmente paseándonos por el jardín en medio de los nísperos cuyas hojas verdes brillaban heridas por el sol, ya cerca del ocaso. Á derecha y á izquierda los plátanos, tan comunes en aquella zona, movían sus grandes hojas verdes de curvas elegantes. Seguimos en silencio; no había palabras para aquel dolor.

«Al despedirme me estrechó la mano afectuosamente:

—«Gracias...

«Entonces, sólo entonces vi una lágrima rodar por su mejilla.

IV

Una vela en el mar

«Al día siguiente, Elisa se trasladó á la casa-quinta que yo habitaba y le di las mejores piezas. Después de una larga conferencia, resolvimos que yo iría al Callao en el próximo navío que llegase al puerto de X. Una vez en Lima debía hablar francamente con su padre y decirle que la hija pródiga esperaba su perdón.

«Elisa, que yo había conocido tan alegre, tan viva, se había transformado por completo: ya no reía como antes. Una sonrisa triste velaba su rostro; sus ojos negros tenían la fijeza que da una idea golpeando incesantemente en el cerebro. Una tarde, en el instante en que nos dirigíamos á nuestro paseo de costumbre, á los alrededores, se sintió mal y se acostó inmediatamente. La acosaba una fiebre intensa que, según dijo el médico, era el resultado de emociones violentas y seguidas. Tres días duró la enfermedad, y durante esos tres días estuve constantemente á la cabecera del lecho en compañía de una vieja sirviente, preparando medicinas, dándole bebidas cuando tenía sed. En esos instantes es indispensable la mano de una madre ó de una hermana que procura suavemente lo que el enfermo necesita; un hombre es siempre rudo, su naturaleza se aviene mal con las susceptibilidades de un enfermo. Escribí á su familia y no tuve contestación.

«Felizmente al cuarto día pudo la niña levantarse, y después de una convalescencia relativamente corta pudo pasear por el jardín. Elisa había cambiado tanto en ese corto espacio que casi parecía otra mujer. Su mirada ha-

bía perdido el brillo, sus mejillas se habían hundido y un círculo azulado rodeaba sus ojos. Su espíritu, por el contrario, parecía mejor.

—«¡Ah! cuán feliz me siento,—dijo:—esta enfermedad me ha producido mucho bien.

«Era que el cansancio físico había borrado de su mente aquella idea matadora. Al caer, las ilusiones se habían llevado consigo su amor,—lo que ella creía su amor.

«Quedaba, sin embargo, otra preocupación tenaz: ¿qué diría su familia de aquella gran locura que había cometido? Y ahora sí que tenían razón sus padres, ahora comprendía ese instinto profundo con que se habían opuesto.

«Traté de distraerla, de hacerla creer que todo se olvidaría fácilmente. Y cuando la esperanza hubo penetrado en su corazón, inventé diversiones para ella; almorzamos alegremente en el fondo de una quebrada cercana, en medio de la frescura del bosque, bajo la espesura y cerca de una cascada. Durante esos largos paseos conversábamos con esa misma expansión alegre de otro tiempo.

—«¿Se acuerda de aquella noche en que nos conocimos, Antonio?

—«Esas cosas no las olvido jamás.

«Y luego insensiblemente me hablaba de Chile y me preguntaba las causas de mi destierro. Era tocarme la cuerda más sensible: todo mi sér se entregaba en aquellas confidencias: las esperanzas, la alegría, las indignaciones de la lucha. Elisa derramó lágrimas.

—«Así se ama á la patria,—me dijo,—así.

«Poco á poco, insensiblemente, íbamos descubriendo nuevos puntos de contacto y de armonía nueva en nuestra manera de pensar, en nuestras alegrías y en las amarguras pasadas. ¡Qué felices momentos! En compañía su-

ya veía pasar las horas sin notarlo. Me ligaba á Elisa un sentimiento nuevo, un cariño suave y profundo, sin la fuerza y sin los vaivenes de la pasión.

"Todas las tardes, como dije al principio, emprendíamos un paseo por los alrededores y á menudo llegábamos al mar, al mar que extendía su gran manto azulado y triste, á la caída de la tarde, cuando los últimos arreboles se perdían en cielo. Todas las tardes llegábamos hasta el mar, esperando divisar en el horizonte alguna vela, porque en ese buque yo debía partir para el Callao y conmigo sus esperanzas también. Al principio mirábamos ansiosamente y sólo veíamos las olas meciéndose á pérdida de vista; mientras más pronto llegase el buque, más pronto concluiría ese episodio amargo. Quince días después, cuando llegábamos á la ribera, yo miraba casi con miedo el horizonte...

"Llegó ese día, por fin. Acabábamos de subir al cerro y contemplábamos ese contraste irónico de la naturaleza que había colocado el valle verde, alegre, risueño, en medio de los arenales que se perdían de vista y frente al mar, eternamente solo. ¡Ah! nó; aquella tarde se veía una vela blanca, una linda gaviota en medio del mar azul, y á medida que la vela fué creciendo, apareció el casco negro y fino de un bergantín.

"Nuestra comida fué triste y silenciosa; en vano traté de distraer su ánimo y de hacerla sonreir. Me era imposible imprimir un giro alegre á nuestra conversación, y en aquel instante, ya próximos á separarnos, se palpaban todo el hielo y todas las tristezas de la ausencia. Las miradas de Elisa se fijaban obstinadamente en los rincones oscuros de ese comedor iluminado á medias; tenían la persistencia de la idea fija. Entonces me pregunté yo

por qué hallaba tan triste mi partida. ¿Temía acaso algún contratiempo? ¿que su padre recibiese mal las súplicas que yo le debía transmitir? Eso no era posible; ella sabía muy bien que los padres siempre perdonan á los hijos que sufren. Y si no sufría por eso ¿qué meditaba con tanta persistencia? ¿Era el simple afecto de un amigo que abandona á otro amigo? ¡Ah! nó.

»Tomamos el café en el saloncito, una de las piezas más lindas de mi amigo Carlos. Una lámpara con pantalla de seda celeste y encajes, sobre una mesita admirablemente tallada, arrojaba su luz sobre un florero de porcelana de Sèvres y sobre una copa de topacio quemado montada en pie de filigrana de plata. El resto del cuarto se hallaba sumido en suave penumbra. Dos *portières* de un rojo oscuro, bordados de arabescos, cerraban las puertas. En las paredes había mosaicos, bosquejos y cuadros distribuídos de un modo ligero, sin recargo, sin fatigar la vista. La sombra que se dilataba en los rincones daba un movimiento y una apariencia admirable de vida á la Venus de terra-cotta que se alzaba en un mueble antiguo, sobre una tela de fantasía india. Elisa, con la cabeza inclinada sobre el respaldo del sillón, en medio de aquella atmósfera lujosa y exquisita, de aquellos objetos de arte y de gusto, parecía una gran dama de otro tiempo. Sus ojos negros, con las ojeras que los agrandaban, tenían una expresión de sentimiento profundo y contenido; sus manos de una blancura de alabastro, con reflejos azulados, transparentes, caían sobre los brazos del sillón; su cabello negro contrastaba con la blancura de su rostro. En ese instante estaba ideal esa mujer. Y yo la amaba; sentía que no podía haber en el mundo otra que se le pareciera, que era la *única*. Yo que la había visto duran-

te los bailes y que era únicamente su amigo mientras la veía feliz, sonriendo, adorada; ahora que la desgracia la azotaba sin piedad alguna, ahora la quería profundamente. No era un amor como los que tuve en otras ocasiones: la materia que atrae á la materia, una mirada de fuego que besa el rostro, una mano que quema á otra mano; era un sentimiento de amistad casi infinito; la conciencia de que ella me admiraba con toda su alma, de que mi imagen estaba grabada en su corazón como la suya en el mío; el convencimiento de que mis ideas eran sus ideas, mis sentimientos los suyos, unas mismas nuestras locuras y nuestros sueños. Por eso nunca habíamos pronunciado la palabra *amor*.

"Elisa, sumida siempre en su tristeza, movió maquinalmente las hojas de un libro.

—"Mañana me voy,—le dije.

—"¿Mañana?

—"Sí. Ésta será, probablemente, la última vez que conversemos... Una vez en Lima quizás... se olvidará de mí.

—"¡Ah nó!—me dijo.—¿Usted lo cree sinceramente? Antonio...

—"¡Quién puede hablar del porvenir! Usted me olvidará.

"Elisa no respondió una palabra y salió. La seguí casi inmediatamente; se había dejado caer sobre un banco en el corredor y lloraba. ¡Cuán feliz me hicieron sus lágrimas! cuán feliz! Era la frase más bella que pudiera expresar su corazón.

"Al sentarme junto á ella, sobre el banco, sentí un temblor convulsivo que nunca había experimentado, y mi voz, cuando hablé, salió apagada, débil, embargada por el sentimiento.

—«Perdóneme, Elisa... aunque nó... Jamás he dudado de su cariño, pero no puedo imaginar que sea tan profundo como este otro, el que siento acá, en mi pecho. El amor es una verdadera fiebre que suele repetirse algunas veces en la vida, pero llega un momento en que esa fiebre no puede aumentar, en que llega á su grado más intenso que es único en la vida. Ese es el grande amor, el verdadero amor, el que yo siento ahora por usted y que según creo, será el último. Hasta este momento he debido callar, y callar un sentimiento que me ahogaba, que es mi vida. Si se lo hubiese confesado antes, quizás hubiera usted atribuído mi conducta al interés... ¿lo duda?... hay en el fondo de nuestra alma un instinto que nos hace suponer lo malo, sobre todo cuando hemos experimentado decepciones; y no habría creído en mi amor.

«Pero ¿es amor la comunidad de sentimientos; esa vista interior que muestra un mismo horizonte á dos espíritus, esa necesidad mutua y constante que une á dos almas entre sí?... Sus lágrimas han apagado mis últimas dudas.

«Vamos á separarnos, Elisa, y si llego á sufrir mucho, si la vida es amarga para mí, sus lágrimas serán luz... y consuelo.

«Tomé su mano; estaba tibia y tenía la suavidad deliciosa de la seda. Era primera vez que la tomaba, y la besé suavemente. Entonces...

«Apareció la luna suavemente por encima de las tapias cubiertas de zarzamora. Un grande y viejo eucaliptus que crecía corpulento y lozano en un rincón del jardín, sobresalía entre los árboles, y nos presentaba su parte oscura, no alumbrada por la luna: era una gran mancha de tinta china sobre un cielo azul claro, casi verdoso. Dos estrellas titilaban muy cerca del árbol. Un poco di-

seminadas por acá y por allá se alzaban las formas caprichosas de limoneros y magnolios, de jacarandás y lúcumos y jazmines del cabo; en medio de los cuadros de plantas los plátanos de hojas inmensas. La luz de luna que penetraba en el jardín lo sembraba de manchas luminosas mezcladas con sombras de contornos extraños.

"¿De qué conversamos? No recuerdo; sólo guardo grabada en la memoria la impresión de aquella noche, la última, en que sin saber cómo deposité sobre sus cabellos un beso, el único, un beso apagado, que no resonó en la noche y que nadie, ni ella misma, conoció.

"¿Por qué no cedí á los ardientes impulsos que sentía de abrazarla, de besarla en la frente, en las mejillas, de destrozarla á besos? Porque estaba lejos de los suyos, abandonada, sin más apoyo que el mío: yo era padre y amante á la vez.

"Y luego nos separamos. Aunque traté de conseguirlo, no pude dormir aquel instante. Para calmarme, bajé de nuevo al jardín, de puntillas, sin hacer ruído. Me senté en el mismo banco tratando de recordar las impresiones de aquel instante y me sumí en profunda meditación. Quién sabe cuántas horas pasé de esa manera, hasta que el ruído de una persiana que se abría me vino á despertar. Era la ventana de Elisa y yo me repetí con alegría íntima y suprema:

—"Elisa me ama; soy feliz... soy feliz...soy feliz...

V

El hombre propone...

"Algunos días después me dirigí á Lima y desempeñé mi difícil comisión con la mayor felicidad. Los amantes

perdonan únicameute; los padres perdonan y olvidan. Elisa volvió y todo fué mantenido en tanto secreto que nadie supo la aventura. En su casa me recibieron con cariño y me colmaron de atenciones, pero, en cambio, ya no pude tener con ella esas conversaciones íntimas, esos instantes de emoción suprema en que el silencio habla. Todo se redujo á conversaciones superficiales en común, y por instantes muy breves.

"¡Cuán rápido y cuán feliz pasó aquel tiempo! Todas las noches recibía yo cartas suyas y le entregaba las mías; todas las noches nos repetíamos esas mil trivialidades encantadores que no podíamos decir en público y que considerábamos tan importantes.

"Otra carta vino á interrumpir mi dicha; mi padre estaba muy enfermo y quería verme antes de morir. Volví á Chile inmediatamente, con el alma llena de presentimientos dolorosos que felizmente no se se realizaron. Al cabo de tres meses de una enfermedad bastante grave, se declaró la mejoría y pudo levantarse al fin. Durante ese tiempo, que me parecía interminable, mantuve correspondencia seguida con Elisa. Entonces vine á comprender que el amor no se manifiesta en toda su perfección sino lejos de la mujer que se ama.

"El padre de Elisa fué nombrado ministro del Perú en los Estados Unidos. Pero esto sirvió únicamente para redoblar mi actividad en esa lucha que acababa de emprender en busca de la fortuna. Cuando yo tuviera una posición, ya nada nos separaría.

"Así pasaron tres años. Todos mis sueños, toda mi vida, todo mi sér, durante ese espacio interminable, estuvo cifrado en ella. Si veía mujeres en los bailes, las encontraba menos lindas, menos graciosas que ella, y esto me

hacía gozar. Únicamente Elisa era perfecta. Y si algunos amigos me preguntaban con extrañeza la causa de ese hielo aparente ó si alguien me decía:—"Usted es de nieve, no quiere á nadie", yo contestaba con una sonrisa: —"Al contrario, amo demasiado."

"Un día cesó toda correspondencia y, si he decir la verdad, aunque sentí un dolor infinito, abrumador, no extrañé que *ella* me olvidara,—tenía yo tan triste idea del mundo que nada podía sorprenderme.

"Julio, que es todo un amigo, me escribió desde Valparaíso una carta en que me daba las noticias más extrañas.

"Ha llegado una limeña encantadora,—me decía,—y me he vuelto loco por ella. De broma, se entiende, porque se casará próximamente con un joven americano que viaja en su compañía. Es un hombre atrozmente rico... Es muy linda Elisa del Valle. ¡Hombre, si la vieras!"

"Casi me volví loco pensando en que *se casaba*... con un hombre "atrozmente rico". . . . . .

"Durante dos años viví retirado del mundo. Había pedido que me mandaran á un juzgado de provincia, y aproveché la ocasión para ocultar mi tristeza: la desgracia también tiene su pudor. Poco á poco se fué secando mi alma, rompiéndose las últimas y más divinas fibras que me hacían creer en lo santo de la vida, y caí en una especie de escepticismo, de indiferencia, de frialdad; en ese terreno medio entre la pasión y el olvido.

"Algún tiempo después tuve que ir á Santiago para asuntos personales y aproveché la ocasión de ver á mi amigo el administrador del hospital... y de ver su establecimiento.

La mañana estaba lindísima cuando atravesé la puerta. El sol dorando á trechos el jardín, convirtiendo en láminas de oro las hojas de los naranjos, daba á los inmensos patios un aire de alegría que contrastaba con la tristeza de las salas rígidas, llenas de amargura y de enfermos. Sobre los bancos de los corredores se hallaban tres pobres soldados con el capotón puesto, y tiritando á pesar del calor.

"El administrador, mi amigo, almorzaba tranquilamente en su saloncito, adjunto á la botica.

"Conversamos largo espacio.

—"¿Y esa pieza que está contigua?—le pregunté.

—"¿Aquélla?.... es la botica. Á propósito, voy á mostrarte la mujer más linda que sea posible encontrar... Es una historia romántica de esas que sólo se ven en las novelas. Figúrate que su padre quiso casarla con un joven de gran fortuna, y ella, que estaba enamorada de otro, se entró de monja.

—"¿Quieres verla?—agregó, dirigiéndose á la puerta de comunicación y alzando la cortina.

"Movido por la curiosidad le seguí. Dos monjas preparaban una medicina; una de ellas dejaba caer cierto líquido en un mortero y la otra revolvía. Á la luz de alta ventana vi un rostro muy blanco, bajo la toca blanca, transparente, como la Santa Cecilia de Rafael... y unos ojos infinitamente tristes.

"Un temblor nervioso me agitó.

"Era Elisa.

—"Es una mujer soñada más que real,—dijo mi amigo.—¡Y es bien peligrosa! Los enfermos que la han visto alguna vez de seguro que se vuelven á enfermar..."

Luis Orrego Luco

LA

LITERATURA EN CENTRO AMÉRICA

III

(Conclusión)

Concluyamos.

Hoy, todavía no ha pasado,—decimos en vista general, —el período de las ingenuidades, de los discreteos patriarcales, del achicamiento de las ideas, del remiendo de la frase, de las bizantinas y enmarañadas cuestiones filológicas, de la admiración de lo *rococó*. Hermosilla reina, se ignora á Juan Pablo. ¡Oh! y esto no es que no reconozcamos las buenas y fecundas cabezas de los que en ese gran mar de la mayoría meticulosa y opaca, se lanzan, batallan, reforman, logran ser vencederos. Sí, los reconocemos á esos, que son escasos, que á veces no se hacen comprender, y que cuando halagan el paladar de los muchos que son vulgo, según Cervantes, saben que descienden.

Hay inteligencias decididas, pensadores audaces que al fin triunfan.

Trabaja actualmente Fernando Cruz en Guatemala por provocar un renacimiento, por dar vida fragante y nueva á las letras de su país. Él es un escritor ameno y vivaz, lleno de erudición y franqueza, fuerte á veces, á veces con fuerza y gracia. Él ha hecho revivir el recuerdo de los escritores viejos, ha promovido fiestas en memoria de aquellos varones, ha iniciado nuevas ediciones de las mejores obras patrias. Otros le han seguido y ayudado en sus propósitos.

Él, hábil político, no ha dejado de cultivar las letras, ni de parar mientes en la instrucción pública, cuya mala dirección en Centro América ha sido causante de la apocada tendencia seguida en la producción intelectual en la mayor parte; la juventud, que hoy ya va para adelante, aunque poco á poco, animosa, dando hermosos resultados, llena de esperanzas, pensando en el porvenir, será la regeneradora.

Salvador Barrutia ha contribuído también al progreso de las letras guatemaltecas. Él no es un desconocido en esas tareas brillantes. Hace algún tiempo, publicó,—atrevimiento loable,—la conclusión de *El Reloj* de Batres Montúfar. Como se sabe, aquel grande ingenio dejó inconclusa su obra maestra.

Urrutia, Saravia, Valle y sobre todo, Alberto Mencos, son excelentes poetas. El primero ha escrito también novelas.

Vive aun, y escribe la señora doña Jesús Lapavía, poetisa, y uno de los primeros ingenios que en Centro-América se han dedicado á las obras teatrales. Un drama suyo, cuyo nombre no recordamos, fué muy bien

acogido últimamente, en su estreno. Á propósito, diremos una palabra sobre el teatro en aquellas regiones. Como en la mayor parte de las repúblicas de nuestra América española, el teatro no existe. Es cierto también que tan solamente Méjico puede enorgullecerse del suyo.

Las tentativas hechas en la América Central, han demostrado que no es estéril tal tierra para tales flores. No lo decimos por la tragedia de Francisco Díaz, *Morazán*, basada en la muerte del soberbio guerrero centro-americano, porque no tiene sino el mérito de la iniciativa; ni por el drama *Las dos rosas* de Francisco Galindo que lo que tiene de regular son algunos versos.

Sí lo afirmamos por los dramas primigenios de Mayorga Rivas, de Sáenz, y sobre todo, del primer poeta centro-americano, Gavidia, quien si viviese en España, y para España escribiese, estaría alto y glorioso en las universales letras, tanto como pueden serlo los que mejores obras dramáticas escriben en lengua castellana.

Gavidia era ayer no más desconocido. Hoy ya se le mira en su tierra,—á pesar de ciertas pasiones que todo lo atecan,—como lleno de la gloria que en poco tiempo ha sabido conquistarse.

Este brillante mozo, es el más joven de los miembros correspondientes de la Academia Española.

Lleno de potencia intelectual, con un estudio continuo y bien ordenado, desde hace cuatro años Gavidia trabaja noble y bellamente en su país. Allá le vimos por primera vez, el año de 1884.

¡Qué gratos recuerdos! Nosotros le conocimos recién empezaba á ser nombrado. Ocupaban entonces la prensa y la vida intelectual salvadoreñas el ecuatoriano Fe-

derico Proeña, castizo y picante diarista, compañero de Juan Montalva; Joaquín Méndez, joven de gran provecho, instruído y amante de las letras, sostenedor y fundador de la revista literaria *La Juventud*; Román Mayorga Rivas, poeta nicaragüense; Miguel P. Peña, imitador de Núñez de Arce, que escribió una epístola á este ilustre español y á José Velarde con motivo de los conocidos versos de éstos *La duda y la fe*; Enrique Martí, lo que se llama un muchacho de nervio y cabeza; Manuel Mayorga, quien si escribía algunas poesías, llamaba más la atención por sus artículos chispeantes y de ocasión; Manuel Baniere, un simpático periodista; Francisco Castañeda, literato de mérito, quien debía ser conocido en Chile, pues en tiempo de la guerra, sostuvo en *El Porvenir* de Guatemala las opiniones en pro de la nación chilena.

No digo el padre Bernal, porque escribía rara vez. Es éste un clérigo que tiene los favores de las musas. De mozo cantó amores, fué ardiente; hoy reza salmos y hace odas místicas. Gran carácter.

Gavidia era casi desconocido. Había llegado á la capital, de su provincia de San Miguel, con gruesos cuadernillos llenos de estrofas. Modesto...mentimos, tímido, no se había atrevido á darse á conocer. Por aquellos días murió un viejo sabio, maestro de toda una generación, don Pablo Buitrago. En el entierro, Gavidia leyó unos tercetos que le hicieron desde entonces famoso. Á la manera de Zorrilla, este poeta empezó á vivir la vida de la gloria, al borde de una tumba. Quisimos tratarle, hablarle. Nos presentaron á él y encontramos á un mozo moreno, robusto, de pecho ancho, cara franca y vivaz.

Un día, en su cuarto, un cuarto de estudiante, cerca

del parque Morazán,—hallamos sobre una mesa, entre varios manuscritos, un grueso rollo de papel. Estábamos encantados con sus versos. Deseábamos ver más. Le preguntamos:

—¿Y esto?

—Dos dramas.

Lo decía con una naturalidad que en otro nos habría producido mal efecto. ¡En verdad, el bravo mozo había escrito ya dos buenos dramas! Publicó hace algún tiempo un volumen, *Versos*. Lástima que no sea conocido como se lo merece. Su drama en prosa *Ursino*, que bien puede ser calificado como su obra maestra, hasta ahora, ha tenido un éxito espléndido.

Comenzó á publicar un poema por el estilo de los *Castigos* de Víctor Hugo. Mala es la política para el poeta. El presidente Zaldívar fué el blanco de las flechas candentes de Gavidia. El ataque individual fué cruel. En todo caso, el yambo que confunde á Napoleón III, no lo hallamos propio para Trochu.

Federico Proaño, hombre vivaz y talentoso, perteneciente á la gran comunidad del arte, no debía haber sido herido en el poema tremendo de nuestro queridísimos Gavidia, del modo que lo fué.

* * *

Hoy las letras han encontrado como un soplo de vida. En Guatemala, según parece, se ha fundado la Academia de la lengua correspondiente de la Real Española. En Costa-Rica el movimiento literario se hace notar. Gonzáles Víquez, Artur, Jiménez, van á la cabeza de la juventud. El Salvador tiene á Gavidia; al doctor Guz-

mán; á Castañeda; á Peña; á Vicente Acosta, joven de alientos, á Aragón y á otros más. Honduras á Zúñiga; á Rosa, el castelariano Rosa; á Gutiérrez; á Fortín y demás discípulos de Palma. Y Nicaragua, á Rivas, firme veterano; á Carlos Selva, el primero de los diaristas de Centro-América, nuestro don Zorobabel Rodríguez; y á Mayorga Rivas; á Gómez, á Lugo y á críticos como Enrique Guzmán, y literatos como Modesto Barrios. Tiene un novelista, Gustavo Guzmán.

Modesto Barrios es uno de los pocos escritores que allá tienen conocimiento y amor del estilo. Ama el arte, sabe escribir. Gautier ha tenido en él un traductor excelente y un buen seguidor. Donde más ha lucido sus buenas dotes ha sido en el periodismo, en el diario, donde le ha seguido muy de cerca un firme soldado de esas lizas, Hernández Sonsona, con talento rápido y fácil producción.

Barrios tiene el conocimiento de su lengua y el arte de la palabra, con sus brillos, espejismos, hermosuras y refinamientos; sabe comprender la excelencia del verbo, el mérito dominador del adjetivo, la coloración de una frase pictórica y gallarda.

Enrique Guzmán es un crítico de poderoso talento, de ilustración vasta, de gusto depurado. Solamente que es triste ver como pierde el tiempo,—que debería emplear en obras de trascendencia y en estudios generales que colocarían su nombre á envidiable altura en las letras modernas, siquiera en las americanas,—en pellizcar á los principiantes de nuestro prisecito; en señalar las faltas gramaticales de las odas *Á la luna* que suelen publicarse; en dar un palo, como dicen los españoles, á este ó á aquel aficionado empedernido ó colegial romántico, y,—

lo que más sentimos,—en gastar su buena prosa en sátiras políticas, de política casera, local, personal, á la diabla. Nó, Guzmán, que tiene páginas dignas de cualquiera literatura, debía salir con las alas de su ingenio fuera del círculo estrechísimo en que vive, y,—puesto que tanto conoce y gusta de Macaulay, de Saint-Víctor, de Richter,— dedicarse á producir afanosa y constantemente obras de alta crítica, que serían para él motivos de gloria y de satisfacción de su alma, y provecho de la juventud que ama las letras, y desea las claras y justas enseñanzas en el arte del bien decir.

Esto, sin aferrarse á las tradiciones manoseadas, sin enmendar las planas, Baralt en mano.

Allá, sin formas propias, sin encontrar hacedero sino aquello que el canon antiguo señala, los escritores y poetas han tenido como norma, de una manera principal, los clásicos españoles, hasta hace poco tiempo; después por nuevas vías han procurado seguir á tal cual astro grande ó mediano que en la madre patria se ha levantado. Y no es que censuremos el apego, por ejemplo, al decir puro y hermoso de los maestros de los mejores días del habla hispana, que esto es plausible, sino que desearíamos más vuelo, más entusiasmos; pues tenemos el convencimiento de que hemos llegado á un estado tal en nuestra América, hemos vivido una vida tan rápida, que es preciso dar nuevas formas á la manifestación del pensamiento, forma vibrante, pintoresca, y sobre todo, llena de novedad, y libre y franca; dar,—como lo hemos dicho en otra ocasión,—toda la soberanía que merece la idea escrita, hacer del dón humano por excelencia un medio refinado de expresión, utilizar todas las sonoridades de la lengua en exponer todas las claridades del es-

píritu que concibe. Pocos se preocupan de la forma artística; pocos dan,—para producir la chispa,—con el acero del estilo en esa piedra de la vieja lengua, enterrada en el tesoro escondido de los clásicos; pocos toman de Santa Teresa la doctora, que retorcía, laminaba y trenzaba la frase de Cervantes, que la desenvolvía armoniosamente; de Quevedo que la fundía y vaciaba en caprichosos moldes de raras combinaciones gramaticales. Y tenemos ahí,—y es lo que hay que aprovechar en nuestro decir moderno,—tenemos, quizá más que ninguna otra lengua, un mundo de sonoridad, de viveza, de coloración, de vigor, de amplitud, de dulzura; tenemos fuerza y gracia á maravilla.

El conocimiento del arte y el culto de la belleza, por otra parte, hacen imposibles ciertas expansiones y análisis, cierto desparramar ideas, reglas y palabras que no dan buen ejercicio al entendimiento y traen empequeñecimiento y decadencia. Esto, en cuanto con la alta crítica se relaciona.

Méjico y la República Argentina dan un espléndido ejemplo de producción y de desarrollo intelectual, tales cuales deben ser en nuestras naciones latinas.

La imitación de los poetas españoles contemporáneos se ha notado y se nota en la mayor parte de los centroamericanos. Surge algún nuevo nombre en la península, y ya no falta quien pretenda remedar su modo de lucir. Así, cuando dejando los modelos de antes, desde fray Luis hasta Moratín y Quintana, pensaron en dar nuevo rumbo á sus producciones, comenzó la boga de Zorrilla, que allá despertaron Urioste, y tal vez el mismo Fernando Velarde. Luego llegó la época de Campoamor, y las doloras se multiplicaron tristemente, y el retruécano

era la divisa de todo el que versificaba, y el querer ser filósofo en dos redondillas fué querer común. Vino el reinado de Núñez de Arce,—poco después de un período en que José Joaquín Palma hizo olvidar los poetas de la península,—y los cuasi-*Idilios* no fueron escasos. La duda ganó terreno. Las ideas liberales, el escepticismo, la clerofobia llenaron muchas estrofas.

Y así á Becquer, en verso y á Juan Montalvo, en prosa, se les ha tomado como norma,—quien más, quien menos,—y á otros autores, siquier medianías en España, se les ha rendido el mismo tributo.

*
* *

La revista, medio de difusión más potente que el diario, más fácil que el libro, y cuyos buenos efectos se advierten en todos los países, será en aquéllos, con el tiempo,—así lo esperamos de los encargados de la instrucción pública,—objeto de cuidado y de expansión. Las revistas especiales no necesitan allá sino el apoyo de los gobiernos. Guatemala desde mucho tiempo hace ha tenido más ó menos buenas publicaciones de este género. Entre ellas, la mejor indudablemente fué *El Porvenir*, donde escribían publicistas meritorios. El Salvador *La Juventud*; Costa Rica, *La Enseñanza*, sostenida y dirigida por Juan F. Ferraz; Honduras, últimamente, si nos es fiel la memoria, una fundada por Félix Medina, y Nicaragua *El Ateneo*, revista notable, órgano de la principal asociación literaria que allá ha habido. Esto, sin contar con gran número de publicaciones del mismo género, mantenidas por sociedades de jóvenes que em-

piezan su carrera, y con las distintas revistas de medicina, jurisprudencia y agricultura, como la que dirige nuestro excelente amigo Rafael B. Peña.

¡Oh! pero todo es escaso. No hay público, no hay lectores sino en pequeñísimo número; y, necesariamente, toda iniciativa tiene que ser de parte de los gobiernos.

Allá no hay ejemplo de que un Varela centro-americano haya promovido un certamen, ó haya hecho publicar tal obra de tal autor, como no ser con fines políticos. Nó, nunca. Gobernantes ha habido, eso sí, favorecedores de las letras, en estos últimos años.

Merece el primer lugar y el primer recuerdo Barrios en Guatemala,—tirano y todo lo que quieran decir sus enemigos,—radical al rojo blanco, pero que dió apoyo á las letras y fomentó la instrucción. Luego el presidente Zaldívar, del Salvador, á quien si se le pueden achacar las flaquezas muelles del rey Sol, tuvo también de éste la generosidad con escritores y poetas. Á Guardia en Costa-Rica lo recordaremos; baste que haya protegido á un pobre y soberbio ingenio, á Joaquín Pablo Parada, gloria de Colombia.

En Honduras, Marco Aurelio Soto, fué un presidente excepcional, un presidente literato. Aquí no podemos sino dejar escrito que bajo su administración llegó Palma á aquella república, siendo recibido régiamente, como este gallardo y real poeta se lo merece; que tuvo á su alrededor siempre hombres de letras, lo que no alaba mucho su capacidad de gobernante, si queréis; que ordenó la publicación de obras desconocidas de viejos autores nacionales como Valle; y que, con razón, entre los únicos siete individuos que en el mundo son miembros honorarios de la Academia Española, está él.

También Zaldívar. Y son los únicos de América, después del emperador don Pedro del Brasil.

En Nicaragua Cárdenas, y en Costa-Rica Soto, merecen la gratitud de la generación nueva que en aquellas repúblicas ha recibido de ellos apoyo y favor. Durante la administración Cárdenas, la instrucción progresó muchísimo, los colegios, las bibliotecas, tomaron ensanche. El señor don Joaquín Zavala, hizo un bien muy grande,—entre otros muchos,—al país, cuando ocupó la presidencia de la república: estableció la Biblioteca nacional, que su director, el poeta Aragón, procura mantener lo mejor que el ministerio de instrucción pública le permite.

*
* *

Hemos dejado para finalizar, dos nombres, los de dos escritores, si el uno más vigoroso y castizo, el otro más audaz y más artista: Pedro Ortiz y Manuel Riguero de Aguilar. Ellos sostienen hoy el pabellón, ellos dan animación á la prensa, los dos distinguidos, nuestros mejores compañeros de redacción en días mejores, porque son pasados. Ortiz es autor de una interesante obra sobre los hombres principales de Centro-América, estudios magníficos, donde reúne á una multitud de datos curiosos, mucha sabrosura en el modo de expresarse, y una corrección sujeta en todo y por todo, al rigorismo académico más completo. Riguero nó; Riguero,—que es español, y fué amigo y compañero de Bartrina, en Barcelona,—es más suelto, más caprichoso, gusta de ciertas libertades y holganza con su pluma, y escribe, como buen periodista, de todo. Es una especie de escritor enciclopédico y medio revolucionario. ¡Excelente colega aquel andaluz!

Nuestra última palabra.

Mientras no haya unión siquiera en la vida del alma, ya que no, ¡ay! en la vida política, entre las cinco pequeñas naciones en que está dividida la antigua federación centro-americana,—las letras, como manifestación verdadera de la existencia de un pueblo, no pueden ser allí sino escasas, débiles, pobres. Trabajad, ¡oh, hermanos! porque se efectúe esa unión; que sin ella seremos desconocidos, no digo en el otro continente, donde si ha llegado nuestro nombre ha sido con nuestros azúcares, nuestro café caracolillo, y nuestro buen cacao que ha hecho famoso á M. Menier; sino,—¡algo que da tristeza! —en estas mismas naciones de nuestra raza, como este soberbio país de Chile, desde donde os dirigimos estas palabras.

RUBÉN DARÍO

PARA LA HISTORIA

DON FELIPE PARDO Y ALIAGA

El 3 de enero de 1879, el ilustre chileno don Benjamín Vicuña Mackenna daba á luz en *El Ferrocarril* un interesante artículo histórico sobre don Felipe Pardo y Aliaga, dedicado al que esto escribe.

Poco antes, cuando llegaba á Chile la noticia telegráfica del asesinato de don Manuel Pardo, hijo de aquel eminente americano, consumada aleve y traidoramente por un soldado Montoya, al penetrar Pardo en la sala de sesiones del Senado peruano, nos fué dado observar hasta dónde se extendía la fecundidad vertiginosa del señor Vicuña Mackenna, como escritor y como hombre de acción.

Ese mismo día por la noche nos encontrábamos en la imprenta, que á la sazón existía en la calle de la Compañía, á los pies del palacio de los Tribunales de Justicia, cuando vimos llegar al señor Vicuña con un rollo de carillas escritas por él, y recibiendo apresuradamente otras im-

presas, las corregía con apariencias de distracción y conversando con nosotros. Formaban, unas y otras, un folleto biográfico sobre la víctima, que en esa misma noche debían entregárselo concluído, compaginado y cosido, para que á primera hora al día siguiente zarparan desde Valparaíso al Callao todos los ejemplares posibles.

Le ofrecimos entonces una colección de cartas dirigidas por don Felipe Pardo á su amigo don Ramón de Rozas y Rozas, de distintas épocas y materias, las cuales le sirvieron para componer el artículo que sobre este ilustre peruano dió á luz en *El Ferrocarril* del 3 de enero de 1879 á que acabamos de aludir.

Esas mismas cartas han pasado, entre los papeles del señor Vicuña, á ser propiedad del Estado, pues con alguna sorpresa, pero sin disgusto, las hemos visto figurar en el catálogo que se imprimió para esa adquisición.

Los escritores consagrados á las investigaciones históricas tendrán de ese modo más expedita su labor, y esto nos satisface.

En obsequio de ellos, y especialmente para que sirvan al distinguido publicista don Ramón Sotomayor Valdés en el curso de su interrumpida historia, vamos á copiar en seguida, de otra nueva y más importante colección de cartas, dirigidas por el señor Pardo á su amigo don Dionisio Fernández, de que somos dueños y que tenemos á la vista, los interesantísimos párrafos siguientes, concretándonos por ahora al año de 1839.

Damos preferencia al sentido y honroso homenaje de admiración y cariño que tributa á la memoria del esclarecido ministro don Diego Portales, en carta fechada en Valparaíso, el 5 de abril de 1839 y dirigida á don Antonio Garfias. Dice así:

"Señor Don A. Garfias

"Mi particular amigo: Los renglones que usted añade á la carta de nuestro don Dionisio son un nuevo comprobante de la fina amistad que siempre he creído deber á usted. La memoria del que formó este nudo es para ambos demasiado sagrada para que jamás nos atrevamos á romperle cualquiera que sea la distancia que nos separe.

"La amistad de los verdaderos amigos de Portales es un legado precioso con que él me pagó lo que le amé.

"Algún día nos volveremos á ver. Mientras éste llega, acuérdese de mí para ocuparme, seguro de que no encontrará quien le sirva de mejor gana.

"Á los pies de la señora. Petita, agradece y retorna las expresiones de usted, y siempre es su invariable amigo servidor

"F. Pardo"

Don Felipe Pardo se despedía de Fernández para Valparaíso, y de allí al Perú, en los siguientes términos, en carta de 30 de marzo de 1839:

"No me quiero despedir de usted, de mi incomparable don Ramón, de don Fernando ni de las señoras porque no estoy para malos tragos. Ya no puedo despedirme de las personas que amo sin representar una escena de tragedia. Mil abrazos en mi nombre á cada uno de los individuos de esa amabilísima familia, sin olvidarse de la ración de mi amigo don Antonio.

"Mi amigo, adiós. En todas partes me acordaré de ustedes. Hagan ustedes otro tanto con su invariable

"F. Pardo"

Don Felipe Pardo intervino como abogado, defendiendo los derechos de don Rafael Beltrán en el célebre y aun pendiente juicio de Bucalemu, como lo acreditan los notables párrafos siguientes:

"*Valparaíso, 13 de abril de 1839*

"Señor Don Dionisio Fernández

"Mi querido amigo: En testimonio de mi fidelidad en el cumplimiento de mi palabra, remito á usted el adjunto papelote, que me ha costado una irritación á las encías y otra á la garganta, y lo que es más, que me ha devanado los sesos hasta ponérmelos como hebras de cabello. Cada día me ratifico más en que la causa no es de las más fáciles de defender. Sin embargo, creo que aunque mi alegato no sea el mejor posible, ha logrado presentar la cuestión bajo el punto de vista más ventajoso. —Lo que importa ahora es que el señor Beltrán no se descuide, y que haga cotejar en el término de prueba las firmas de los documentos que se citan. Si nó, todo lo dicho en el escrito importa lo mismo que la carabina de Ambrosio.

"El papel va por el correo, porque quiero que vean ustedes si hay que agregar algo y me lo digan con tiempo, advirtiendo que el capitán del buque, ó el buquero, como dice Manuel, me ha dicho que saldremos el miércoles.

"Pongo sobre al ministro para que usted no pague el porte; porque si hace usted con la testamentaría de Balmaceda lo que ha hecho conmigo en las partidas de bautismo (1), dejaría usted por puertas á todos sus here-

(1) Las de sus dos hijas, registradas en la Catedral de Santiago.

deros desde don Eleuterio hasta doña Pastorisa. Salude á todos ellos cordialmente.

"Como mi letra es tan trabajosa, á pesar de que he procurado hacerla menos turbia de lo que acostumbro, pido á usted que lea por sí el alegato para que pueda leerlo de corrido á los interesados. . . . . .

"No puedo escribir más porque Bucalemu me ha dejado sin coyunturas. . .

"F. Pardo"

"*Valparaíso, 17 de abril de 1839*

"Señor Don Dionisio Fernández

"Mi querido amigo:

. . . . . .

"Usted me dice que le agradó mi alegato, aunque no es juez en estas materias. Yo pienso de distinto modo: usted es más juez que muchos. Por otra parte, entienda usted que yo en estos papeles tengo cuidado de trabajar para que me entienda y me juzgue todo el mundo, y ¡pobres de los abogados! (y estos son la mayor parte) que no trabajan para someterse al juicio de los hombres ilustrados, sino se complacen en valerse de una jerga profesional que solo está al alcance de sus cofrades. Por consiguiente, si á usted le ha gustado el papelucho, yo he tenido satisfacción en saberlo.

"Vamos al segundo punto. Mire usted, yo no he nacido para el tráfico vil de las letras, y siento en el alma que estén sometidas á la misma suerte del trigo, de los cordobanes y de los sebos. Quisiera escribir sólo por el placer de escribir. Esto es lo que me pide el cuerpo, ó

por mejor decir, lo que me pide el alma, porque cabalmente las necesidades físicas á que está sometida esta máquina humana son las que me impiden obrar conforme á mis deseos, y las que me obligan á obedecer á la ley común que somete á los frutos mercantiles los partos del cerebro lo mismo que las pariciones del ganado.

"Á pesar de esto, mi jurisprudencia no alcanza hasta hacerme pasar por el sonrojo de dar precio á mi trabajo. Aseguro á usted que quisiera complacerlo en este punto; pero no está en mi mano: no puedo vencer mi repugnancia. Suplico, pues, á usted se encargue de señalar á Beltrán la cantidad que le parezca proporcionada al trabajo, al grado de aprecio que le hayan dado los interesados y al valor que suelen tener estos escritos, y que yo ignoro. Lo que usted haga está bien hecho. Tome usted, pues, sobre sí esta comisión y no hablemos más del caso. Pero no olvide usted decirme la impresión que ha hecho en Beltrán el punto de vista en que presento su negocio.

. . . . . .

"Yo pensé, como dije á usted, salir hoy porque aunque el buque está anunciado para más tarde, el capitán me había prometido dar la vela el 17. Después hemos salido con que será el viérnes ó sábado. Á Rozas escribí bajo cubierta de don Andrés Bello. Mil cosas á toda la casa, y disponga usted de su afectísimo amigo y seguro servidor.

"F. PARDO."

Si *el estilo es el hombre*, para desgracia de esta época y de nuestro país, no existen ya los que escriban y procedan como don Felipe Pardo.

Fernández le fijó el honorario á su trabajo y Pardo le contestó de la manera siguiente:

«*Valparaíso, 19 de abril de 1839.*

«Señor don Dionisio Fernández

«Mi querido amigo: Usted se ha imaginado sin duda una de dos cosas: ó que soy un judío ó que me creo un Cicerón. Por eso son sus disculpas sobre el precio que se ha dado al escrito. Con las doce onzas está más que repagado. Lo que no está pagado, ni lo estará nunca, son los servicios que debo á la bondad de usted. No quiero decir todo lo que siento en esta materia, porque temo que se crea afectación.

«El capitán dice que nos vamos mañana; pero siempre presumo que nos demoraremos hasta el domingo. Si usted tiene algo que mandar todavía, puede darme órdenes.

«Dé usted las gracias á los señores Íñiguez y Beltrán. Mil cariños á toda la familia, y créame usted su renocido amigo y seguro servidor.

«F. Pardo»

El recibimiento que se le hizo á don Felipe Pardo en su país, y las penalidades y persecuciones que experimentó hasta su nueva y próxima salida, lo revelan las interesantes cartas que copiamos á continuación:

«*Lima, 18 de junio de 1839.*

«Señor don Dionisio Fernández

«Mi querido amigo: Mes y medio hace que llegué á

Lima, y en todo este tiempo no he escrito á usted porque los días no han sido bastantes para mis cuitas. El presidente mandó desde la sierra orden para que me arrojasen nuevamente del país sin poner el pie en tierra. La Fuente me concedió quince días con dieciséis mil pesos de fianza. Se cumplieron los quince días y obtuve nueva prórroga mientras venía la resolución del Presidente á un recurso que le dirigí. La resolución de mi recurso no ha venido; pero sí nuevas órdenes para que salga; y ayer se me ha mandado dejar el campo dentro de tercero día. Confío aún en que la bondad del general La Fuente no se habrá cansado de prórrogas.

"Este nuevo destierro sirve de salsa á la quiebra de don Rufino Guido que me dejó sin blanca, y á otras tajadas no menos exquisitas. De manera que todo ello forma un guiso de chuparse los dedos.

"No sé todavía lo que será de mí, pero si, como las probabilidades lo indican, vuelvo á Santiago, ya puede usted prepararme un par de docenas de pleitos que defenderé pronto y barato, como la hambre lo aconseja. Estos pleitos sazonados de cuando en cuando con un

tu serena in tanto il cuio

de doña Rosario; con un trote á San Vicente, y con algunos otros pasatiempos, me harán olvidar las groserías á que he estado sujeto en estos últimos meses.

"No necesito decir á usted que suspenda por ahora la remisión de sus papeles. Si este excelentísimo señor se apiada de mí, yo le avisaré á usted poniendo á su disposición mis servicios en esta capital.

«Un millón de millones de cariños á toda la familia masculina y femenina. Petita y yo soy, etc.

«F. PARDO»

«*Lima, 11 de agosto de 1839*

«SEÑOR DON DIONISIO FERNÁNDEZ

«Mi estimado amigo:

. . . . . .

«Á mí se me ha ido pasando día tras día sin moverme de aquí: pero el diablo que no duerme y que esta vez ha escogido por garita de centinela la armazón de huesos de mi buen don Agustín, ha hecho que me halle hoy en nuevos apuros con otra intimación del general La Fuente á quien ha costado algunos disgustos la indulgencia conmigo. En consecuencia, pasado mañana montaré en un coche y pasaré al Callao, que es el punto que se me ha señalado por lazareto, mientras se presente buque que conduzca á Chile el virus epidémico y pestilencial de que es copioso depósito la persona de este capellán de usted.

«Si efectúo mi viaje (y probablemente lo efectuaré), me aprovecharé gustosísimo de los ofrecimientos de negocios forenses que usted me hace, y en que me da un nuevo y poderoso motivo á la gratitud que ya no cabe en mi corazón. Sentiré sí, tener estos negocios sin que usted esté en Santiago, tanto porque contaba con que una de mis mayores satisfacciones seria abrazar á usted, cuanto porque me será muy doloroso el que usted esté en Lima, en época en que, por hallarme ausente, no pueda servirle.

«Reservadamente diré á usted que Ingrán me escribió

hace dos meses remitiendo un poder para Lavalle y para mí otorgado por don Paulino Mackensi para hacer en los archivos públicos varias investigaciones de papeles contra Beltrán. Yo contesté á Ingrán que mis relaciones con Beltrán no me permitían hacer nada contra él. No sé lo que Lavalle, poseedor hoy del poder, habrá resuelto.

"¡Los trigos á cinco pesos! ¡santa Bárbara! Mucho celebraré que la cosa suba por el bien de Cocalán y de San Vicente, aunque aseguro á usted que algo me remuerde la conciencia al formar este voto, porque no veo la mejor voluntad en Petita ni en los niños para hacer un pequeño paréntesis en el consumo del pan.

"Á las señoras y á los niños mil cariños, del mismo modo que á los demás individuos de la familia, y en particular á don Ramón, á quien escribí pocos días há.

"Al señor Bello, cuya carta recibí, á los señores Cavareda, León, Ovejero, don Pedro Fernández, Beltrán, Íñiguez, etc., un millón de expresiones, Recíbalas usted afectuosos de Petita, para sí y toda su casa, cuídenos mucho á la interesante familia de Lisboa, y no olvide al más sincero de sus amigos

"F. PARDO"

"*Valparaíso, 24 de septiembre de 1839.*

"SEÑOR DON DIONISIO FERNÁNDEZ

"Mi estimadísimo amigo: Embarcarme en el Callao y fondear en Valparaíso anoche no ha sido obra mas que de veintisiete días. ¡Si estaré atosigado de agua salada!

"Dentro de cuatro ó seis días tendré el gusto de poner-

me en camino á dar á usted un abrazo. Entretanto, bástame asegurar á usted y á toda su amable familia con sus ramificaciones que tienen en este puerto un humilde capellán á quien mandar.

"No escribo á Rozas porque lo supongo en la hacienda. Tres millones y medio de cariños para él, su señora y su apéndice.

"Al señor Bello, después de mil expresiones, dígale usted que he llegado sin *salvo conducto*, y que hasta ahora no atino por qué algunos amigos creían que yo creía que necesitaba *salvo conducto* para venir á Chile. He tenido el gusto de saber de él y de toda la familia, anoche, por Carlos en casa del gobernador.

"Á toda la casa, individual y generalmente, recuerdos míos y de Petita (que por supuesto quedó en Lima).

"Siempre de usted afectísimo amigo y seguro servidor

"F. Pardo"

Cerramos esta colección de cartas escritas en 1839 con la última de ese año que existe en nuestro poder.

"*Santiago, 29 de diciembre de 1839.*

"Señor coronel don Agustín López, edecán de S. E.

"Muy señor mío: Doy á usted las gracias por la invitación que en nombre de su excelencia el Presidente se ha servido usted dirigirme para el baile que se da mañana en la casa de gobierno; y me es sensible decir á usted que una reciente desgracia de familia me priva del placer de hacer uso de esta atención y de concurrir á la celebración de los triunfos del ejército restaurador, no

menos faustos para mí por la independencia de mi país que por la gloria y la seguridad de Chile. En consecuencia, devuelvo á usted, conforme á lo prevenido en el convite, el boleto que se sirvió acompañarme.

"Soy de usted, seguro servidor, que besa sus manos.

"FELIPE PARDO"

El señor Pardo se trasladó de nuevo al Perú en febrero de 1840 y volvió á Chile en septiembre de ese mismo año. Emprendió otro viaje en mayo de 1841. Se encontró en Chile los años de 1845, 1846, 1847, 1848, y en París el año 1852.—De todos esos años daremos más tarde á luz algunas cartas del señor Pardo en obsequio de las investigaciones históricas y de los hombres consagrados á su estudio.

Mientras tanto, y por tener algún contacto con nuestra actualidad política, no resistimos al deseo de anticiparnos á publicar el acápite de una carta fechada en París el 4 de febrero de 1852:

"Todavía hay otro motivo lamentable para dirigir á usted un pésame, y es la guerra civil en que está envuelto ese país. Créame usted que formo los votos más sinceros por el restablecimiento de la paz.

"La Francia también andaría dada al diablo, si don Luis no les hubiera dado un buen guantazo á los demócratas y socialistas, que amenazaban revolverla. Usted habrá llorado con lágrimas de sangre el naufragio de la asamblea, del consejo de estado, de la prensa, de la constitución, y de tantos objetos caros al corazón de usted, que se han hundido como por escotillón á consecuencia del golpe de estado de 2 de diciembre. Consué-

lese usted, mi amigo, con la idea de que la flor y nata de los demócratas franceses, está navegando á centenares para formar colonias penitenciarias en Cayena. Allí tendrá usted más cerca estos siervos de Dios. . . . . .»

RAMÓN RICARDO ROZAS

San Vicente (Talagante), julio de 1888

LA ÚREA

Y SUS EFECTOS EN EL ORGANISMO

I

La úrea, que tiene por fórmula C^2 H^4 Az^2 O^2, es una sustancia cuaternaria que al estado puro se presenta bajo la forma de prismas aplastados, incoloros, neutros, dotados de un sabor franco y amargo que recuerda el del salitre. En la sangre normal existe en la proporción de dieciocho centésimos por mil (Marchand), y de dieciséis centésimos por mil (J. Picard); y en la linfa, de dos por mil.

En la orina, la proporción normal, según Berzelius, sería de treinta por mil. La adición de sal marina en abundancia á los alimentos aumenta la úrea. Según O. V. Franque, con un régimen animal puro puede subir hasta cien gramos por día, por el régimen vegetal descender á veinticuatro gramos y por una alimentación sin ázoe, á dieciséis gramos. De todos los alimentos, el que engendra más úrea es la gelatina ó glicocola, que se trans-

forma por completo en úrea. La úrea es muy soluble en agua, pues se disuelve en un peso de agua fría.

Según Gallois, veinte gramos de úrea matarían un conejo de peso de dos kilogramos, con los síntomas siguientes: aceleración, de la respiración, debilidad de los miembros, temblores, convulsiones generales, tétanos y muerte.

Según Lehmann, la excreción de la úrea aumenta con la cantidad de agua; si por un litro es de treinta y tres gramos, por dos litros es de cuarenta y dos gramos, y por tres litros, de cincuenta gramos. Si la proporción de los alimentos azoados es la justa, los dos tercios salen al estado de úrea; si la alimentación es más abundante la úrea aumenta mucho en la orina, y aunque la suma total no transformada es la anterior, con relación á la excretada por la orina es el 1/6, 1/8, 1/50 de la úrea secretada. La diminución de la circulación disminuye la úrea, según Lehmann.

Según J. Vogel, en las fiebres (pneumonías, fiebre tifoidea), á pesar de la dieta y la diminución de la orina, la úrea crece paralelamente á la fiebre hasta ochenta gramos en las veinticuatro horas. Cuando la fiebre pasa, con la dieta baja á menos de la normal para normalizarse después. En las enfermedades crónicas es menos que la normal, pero aumenta en las tercianas desde antes que comience el frío y en las fiebres écicas. Hacia el fin de muchas enfermedades mortales desciende á seis y á cinco gramos por día. Desciende también en las hidropesías y aumenta por las diuresis que sobrevengan.

Según Pasteur, los líquidos con úrea se transformarían por una torulácea en carbonato de amoniaco.

M. Chalvet concluye de sus análisis que hay tantos

centígramos de úrea por mil gramos de sangre como hay gramos de la misma sustancia por mil de orina.

Gigot Suard dice haber dado á conejos hasta cinco gramos de úrea por ocho días, sin tener los síntomas descritos por Gallois.

Según Wilson, la eclamsia albuminúrica sería producida por el exceso de úrea en la sangre (uremia).

Según Frerichs, sería la transformación de la úrea en carbonato de amoniaco la causa de estos accidentes (ammoniemia).

Según Freitz, por falta de la secreción de la úrea, ésta se acumularía en la sangre, saldría por las secreciones: el sudor, la saliva, la leche, las secreciones intestinales. En las últimas, sus experiencias le han probado la transformación en carbonato de amoniaco que irritaría la mucosa causando catarros, disenterías, gangrenas, y yendo á la sangre, la ammoniemia, la cual no sería grave sino por la falta de excreción.

Schotin, Scherer, etc., han opuesto á la teoría anterior esta otra: no sería la úrea sino el extracto alcohólico de la orina la causa de los accidentes; la sangre (exceptuando el caso de los coléricos) no tendría úrea en exceso ni podría la úrea pasar á carbonato de amoniaco en un líquido alcohólico como es la sangre.

Por su parte, Gigot Suard ha dado el extracto alcohólico de la orina á perros en grandes dosis sin producir accidentes.

Á la teoría de la ammoniemia se oponen aun las experiencias de M. Claudio Bernard, que prueban que el amoniaco existe normalmente en la sangre, é inyectado en ésta en dosis fuertes, no produce otros accidentes que gritos y agitación.

Por la administración de la úrea, Gigot Suard sólo ha notado coriza serosa, angina, bronquitis, eritema de la abertura de las fosas nasales, neuralgias intercostales y comezón cutánea sin erupción. En experiencias sobre perros, el mismo autor, con dosis de cuatro gramos al día, ha producido, después de algunos días, comezones, secreción mucosa de los ojos, desaparecen los rasquidos, los ojos están poco inyectados, después se inyectan, la alegría del animal disminuye, la mucosa de las encías se congestiona, viene coriza, y nigún otro síntoma. En otro perro se produjo una ligera coriza, y muerto, no se halló nada en la autopsia.

Según experiencias de Becquerel y Robin, la excreción de la úrea está en razón de la concentración del plasma de la sangre, y disminuye con la concentración de éste. La úrea, en la orina, está combinada en cierta proporción al cloruro de sodio, y este compuesto cristaliza en octaedros por la evaporación del líquido. Además de cloruro de sodio, los alcalinos, según Parkes, aumentarían la excreción de la úrea. La úrea es considerada por los químicos como un carbonamide, $C^2\ O^2\ Az\ H^4$, y Gigot Suard opina que la úrea es engendrada por los tejidos laminosos, fibrosos y serosos. La oseína insoluble de estos tejidos ($C^6\ H^{10}\ Az^2\ O^2$), sería un nitrito de celulosa. Según Flint, contiene además 1.4 por mil de azufre. Expuesta á la humedad del aire, se hace ácida y en seguida amoniacal. Los ácidos favorecen su solución.

¿Será el hígado el que desdobla las sustancias albuminosas de glicople y ácidos glicocólicos y taurocólicos? Si en un enfermo sale poca úrea al día ¿cuál puede ser la causa? Para nosotros, la primera es la falta de circulación que puede ser por falta de tensión ó por estorbo mecá-

nico, y la segunda es el exceso de concentración de la sangre ó la falta de esta concentración. La tercera causa es la diminución de producción que puede ocurrir por falta de principios azoados ó por falta de agentes comburentes.

Si en un enfermo sale mucha úrea, las causas pueden ser: primero, exceso de producción ó exceso de excreción. Hay exceso de producción: primero, cuando se introduce un exceso de principios azoados; segundo, cuando se introducen ó producen principios que aceleran el movimiento de descomposición de esta clase de sustancias. Hay exceso de excreción cuando sale la úrea derramada en los tejidos ó sangre misma ó cuando se activan los medios de excreción.

¿Cómo, con tantas causas de trastorno, puede conservarse la regularidad de esta función? Del modo siguiente: si la úrea está en exceso en el sistema circulatorio, ejerce una acción sedante sobre el centro de este sistema, como la digital. La tensión de transudación aumenta, la úrea aumenta en la orina y el exceso no se hace dañoso. Si esta reacción está impedida, como es el caso en los obstáculos mecánicos á la expulsión de la orina, á su secreción en los riñones; á la entrada ó á la salida de la sangre, como es el caso en los tumores abdominales y oclusiones de las vías urinarias, entonces la misma úrea, que no tiene efecto sobre el centro que rige la circulación renal, obra sobre otros órganos, pues sale por otras secreciones y produce los vómitos, el tialismo y las diarreas de las mujeres en cinta.

La falta de apetito, el deseo de comer dieta ó sólo verduras, sólo se explican por la acción que la úrea y sus productos secundarios ejercen sobre el estómago y

por el instinto que lo hace buscar lo que nos aprovecha más, pues las calizas y verduras disminuyen la producción úrica. Si ninguna de estas reacciones es suficiente, entonces aparecen los accidentes urínicos. Éstos, ya se limitan á ciertos fenómenos, ya recorren todas sus faces hasta producir la muerte. Las diferencias dependen de una multitud de circunstancias que es necesario tomar en cuenta. Sin duda la úrea y los otros principios de la orina eran dañosos á la sangre cuando existe un aparato especial para su expulsión.

Otra prueba de lo nociva que es la úrea á la sangre la tenemos en el hecho mismo del poder del riñón para eliminarla, porque si el riñón hace la proporción de la úrea en la orina superior en cien veces á la contenida en la sangre, es por dos cosas; bajo el punto de vista de la causa del fenómeno, es por una disposición orgánica especial, y bajo el punto de vista funcional, porque la exacta separación de la úrea es esencial á las funciones de la vida.

Se objeta á esto diciendo que si la úrea es tan dañosa ¿cómo se coloca entre los diuréticos y su administración no hace daño? Es cierto que he citado las experiencias de Gallois y de Gigot Suard que han notado efectos distintos en la administración de la úrea. La verdadera teoría es la que explica todos los hechos. Los resultados diversos obtenidos por los experimentadores dependen de la diferencia de condiciones en que han hecho sus observaciones. Por ejemplo, se trata de un perro en buena salud al cual se administra una dosis más ó menos grande de úrea; los efectos diuréticos de ésta obran sobre los riñones sanos, y con un sistema nervioso central bueno hacen que su expulsión marche á parejas con su absor-

ción y que no haya productos acumulados. En segundo lugar, si los riñones están enfermos, no es sólo la úrea la retenida sino todos los otros principios en proporciones diversas, según las circunstancias, lo que hace el envenenamiento complicado en sus síntomas y variables.

Otra causa de confusión es la siguiente: así como la diarrea y cólicos son los trastornos que experimenta el tubo digestivo por cualquiera sustancia, así el sistema cerebral reobra por su agitación y apagamiento en todos los envenenamientos.

Para encontrar el envenenamiento simple por la úrea se tropieza con graves dificultades. En el régimen animal tenemos la producción de úrea en exceso, pero otros accidentes y circunstancias impiden el desarrollo de los accidentes úricos. El aumento de glóbulos sanguíneos, de producción de calor, de absorción de oxígeno, de densidad de la sangre, de sed, que se observa en estos casos, hace que la úrea se secrete en exceso por los riñones ó por la sangre; se depure, por sudores copiosos, por diminución del apetito ó por accidentes de indigestión, y como consecuencia por vómitos y diarreas.

¿Cómo nos entendemos? se nos dirá. Con que ¿un régimen sustancial y copioso es nocivo á la salud? ¿Qué cantidad de alimento es la que debe usarse? ¿Cuál debe ser la composición de la sangre y la de la orina que debe resultar? He aquí las cuestiones que hay que resolver, algunas de ellas, como las dos últimas casi imposible de determinar.

La dosis de alimento y su calidad deben variar según la suma de trabajos de cada persona, según su acrecimiento y según sus desperdicios. El medio fisiológico no sirve, pues, de nada. Pero si abandonamos la regla

caemos en dejar á cada cual la apreciación del alimento que necesita, y el glotón creerá parca una dosis excesiva de alimentos, y al de apetito escaso la dosis fisiológica le parecerá grande. Todo, en el mecanismo humano, es relativo; de modo que si vemos á uno que hace grandes esfuerzos mecánicos y que mantiene á alta temperatura un cuerpo voluminoso y sufre desperdicios abundantes por sus diversas secreciones, y á otro que inmóvil y soñoliento pasa su vida al calor de una estufa, podemos asegurar que mientras el primero con dos raciones sólo podrá sufrir de falta de alimentos, el segundo con media ración sufrirá por exceso de alimentos. La ración alimenticia debe variar, pues, de una persona á otra y en la misma persona según sus variaciones funcionales y orgánicas. El régimen alimenticio no puede fijarse; debe tantearse según las personas, su género de vida y su estado orgánico.

Las reglas según las cuales debe buscarse el alimento adaptado á las necesidades de cada cual, son de lato conocimiento y deben ser objeto de un estudio especial. El hecho es que hay cierto estado, que los antiguos llamaban pletórico y que los modernos consideran como grados del estado fisiológico, en que la nutrición general del sistema se ejecuta bien, pero en el cual sobrevienen accidentes agudos que no tienen por causa ó que estallan con el pretexto de un resfrío, y que tienen por resultado trastornos funcionales de las secreciones, fiebres é inflamaciones y aun hemorragias y congestiones que pasan en pocos días, que matan ó degeneran en enfermedades crónicas. Si el enfermo, en uno de estos casos, pregunta al médico qué es lo que tiene, éste responderá que es una pneumonía doble muy grave que podrá pasar en una

semana si es que no tiene la desgracia de morirse. Si el paciente indaga aún del médico la causa de la enfermedad, podrá éste decirle, ufano de su ciencia, que la circulación es periférica y central ó visceral, y las secreciones se hacen hacia afuera ó hacia adentro; que el enfermo se resfirió, la sangre se le fué al pulmón y la secreción cutánea que falta se ha reemplazado por la secreción de la sangre en el tejido pulmonar. El enfermo podría objetar al médico diciéndole que varias veces había tenido resfríos sin que nunca le hubiesen ocasionado una dolencia tan grave. El doctor, sensiblemente más embarazado para responder, dirá que las pneumonías se producen en ciertas épocas y disminuyen mucho en otras, lo que tiene por causa la constitución médica, expresión con la que expresamos los vientos, humedad, temperatura, electricidad del aire etc... y que si le ha tocado esta vez es porque estaba más predispuesto por su constitución y temperamento. Así el doctor, satisfecho de su ciencia, y el enfermo, resignado á soportar su desgracia, quedan en la más completa ignorancia sobre las causas verdaderas de la enfermedad.

Si queremos ir más al fondo de la cuestión y consultamos las grandes autoridades médicas, veremos que uno nos dirá que la causa remota es hereditaria y depende de la construcción orgánica original; el otro acusará la menor resistencia de un órgano, la dilatación de sus vasos por un trastorno de sus nervios ó las variaciones de concentración de la sangre, como lo cree G. Sée. Sin embargo, no es esta toda la verdad, porque el resfrío es el principio mismo de la enfermedad, las condiciones atmosféricas un elemento favorable á su desarrollo, la herencia una predisposición débil, y la dilatación vascular

y el trastorno de la actividad nerviosa condiciones de desarrollo.

Los vasos sanguíneos no pueden romperse si sus paredes están al estado fisiológico; pero si su nutrición sufre y la tensión arterial es alta, la hemorragia puede tener lugar. Los vasos sólo pueden dilatarse y estrecharse y como consecuencia producir la anemia ó la congestión en los tejidos. Podría decirse que esta circunstancia constituiría la causa de las enfermedades; pero veamos por qué el fenómeno no puede tener lugar. Si hay falta de sangre, el ácido carbónico y los otros productos de desasimilación paralizan los elementos contráctiles de los vasos y éstos se dilatan. Si los vasos dilatados oprimen los tejidos, la nutrición, en exceso ó escasa, de los nervios orgánicos del tejido, reobra sobre el sistema nervioso y por los nervios vaso-motores sobre los vasos dilatados. Si estas vías están interrumpidas, entonces se produce una congestión paralítica; pero la inflamación no llega sin una causa mecánica ó química sobreagregada. El poder del sistema nervioso sobre los tejidos es aún mayor; no sólo puede congestionarlos ó anemiarlos sino también aumentar ó disminuir la función especial á cada órgano; pero él mismo es impotente para producir inflamaciones y hemorragias y sus propios trastornos son efecto de acciones que obran sobre otros órganos ó sobre su propia sustancia.

Es, pues, siempre una causa exterior la causa de nuestros males. Pero esta causa es muy lata; es mecánica, física y química, y sus resultados en la vida se suman ó se restan según que tienden al equilibrio de nuestro sistema ó se apartan de él. La suma de resistencia disponible para contrarrestar la *causa* externa, va destru-

yéndose con los mismos trastornos orgánicos que la causa va acumulando en nosotros, y por esto llega siempre un momento en que nuestro sistema se destruye. La patología procede de la higiene, y como esta ciencia no puede disponer de la exactitud matemática para hacer á cada uno sus prescripciones, vista la multiplicidad de los elementos del problema, la patología es incompleta y la muerte inevitable.

La higiene será muy buena, dice uno; pero no son sus adoradores los que mueren más viejos. La economía política, dice otro, será una gran ciencia; pero ningún sociólogo ha llegado al poder. La equidad, la virtud serán muy buenas; pero más son los malvados felices que los hombres honrados y virtuosos, dirá un tercero. Bebedores consuetudinarios llegan á una edad avanzada, y niños nacidos con las mejores apariencias de salud y cuidados con todo esmero, sucumben á la primera enfermedad. Respondiendo á estos argumentos, diremos que, en primer lugar, los alcohólicos no son venenos tan activos que nadie pueda resistirlos, ni las apariencias sanas ni los más inteligentes cuidados son capaces de impedir todas las causas de destrucción. La cuestión es de estadística, hecha en grande escala con inteligencia y exactitud. La higiene acrimina al régimen animal y á la alimentación superabundante de producir desórdenes del estómago, diarrea y constipación; de tender á las congestiones hemorrágicas, y con evidencia á las flegmarias, según Becquerel, y á las fiebres. Cualquiera que sea la teoría, no se puede negar el hecho de vómitos y diarreas producidos por el exceso de alimentos. Si á veces los líquidos expulsados han sufrido una fermentación más ó menos avanzada, en otros casos puede cons-

tatarse la úrea y el ácido úrico como en las dispepsias de los bebedores, en los glotones y las embarazadas. Es cierto que la fermentación del contenido intestinal puede depender de las perturbaciones de las funciones del hígado, páncreas y glándulas salivares, por la úrea y el ácido úrico. Si la úrea es pura, los síntomas serán de simples secreciones más ó menos saladas y serosas. En esta clase podemos colocar los casos siguientes:

Ptialismo.—Para que lo tengamos, se necesita que se encuentren reunidas ciertas circunstancias, á saber: primera, que el riñón no funcione bien por cualquiera de sus causas; segunda, que la úrea obre sobre el sistema salivar, es decir, una causa local ó central que la excite; y tercera, una causa sanguinea que la permita. Es por estas causas auxiliares que en la secreción salivar serán antagonistas el fosfato y el sulfato de soda, el carbonato, lactato y sulfocianuro de la misma base, con los cloruros, las fiebres y las sales amoniacales. El gusto de la saliva será salobre si contiene muchas sales, é insípido si contiene menos. La saliva aumentará, pues, primero por falta de los riñones; segundo, por irritación del sistema salivar; tercero, por las sales de soda, lactatos, sulfatos y fosfatos, por el sulfocianuro y por la úrea. Disminuirá, primero, por la fiebre; segundo, por las sales amoniacales, potásicas; por los cloruros y por el ácido úrico. Según el predominio de estas distintas influencias, habrá ó nó ptialismo.

El romadizo que se produce á veces, obedece á las condiciones siguientes: abundancia de cloruro de sodio, de lactato de soda, de sulfatos, carbonatos y fosfatos alcalinos. Hay una circunstancia notable, y es que, salvo el sulfociaruro de potasio y sodio, todas las otras sales

salen en mucha mayor abundancia, en especial los lactatos, carbonatos y cloruros alcalinos. La secreción lacrimal se parece á ésta, sólo sí que contiene aún más cloruro de sodio y soda libre. El coriza agudo, según Dondero, contendría mucha sal amoniaco y soda libre; en seguida, el gusto salado y la reacción alcalina disminuyen.

Los vómitos son de varias clases y se hacen notar por la sal amoniaco que contienen en la proporción de 3.6 por mil.

Si se toma nota del cloruro de sodio, se llega á resultados muy curiosos é importantes. La secreción más salada del cuerpo humano es la de las lágrimas, que dan trece por mil, según Lech, y esta debe ser la razón por la cual las enfermedades eruptivas y parasitarias no se desarrollan sobre los ojos.

Después de estas secreciones vienen las otras secreciones protectrices, como la sebácea del cutis, que contiene cinco por mil, según Lutz; el mucus de coriza y del catarro tráqueo-brónquico, de cinco á seis por mil; siguiendo en diminución, la orina, de tres á cuatro por mil, lo mismo que las heces. Las otras secreciones, como el sudor, saliva, bilis, jugos pancrático, gástrico é intestinal, son de 1.5 á 2.5 por mil. Es curioso notar que son la saliva y el jugo gástrico algo menos salados que los jugos que siguen después del estómago. Es un hecho digno de la más alta atención que la leche sea el líquido menos salado del organismo humano, pues sólo contiene veinticuatro centésimos á treinta y cuatro centésimos por mil de sal, según Robin; y 1.35, según Filhol y Joly. ¿Sería esta la causa del predominio que tienen en los niños las enfermedades epidémicas y pa-

rasitarias? Es muy probable, porque, además, es en el adulto la parte suprapilárica el asiento más común de esta clase de enfermedades. Es cierto que debíamos hacer una corrección á estos datos, porque no debíamos tomar la sal marina sola, sino la suma de los cloruros que contiene, y así llegaríamos á los resultados siguientes: la sangre de cuatro á 4.35 por mil y el sudor de 2.47. Otro hecho interesante es el siguiente: mientras que la sal amoniaco existe en la sangre en una proporción inferior á 0.1 por mil, la sal marina puede llegar á 3.10 y 3.9 por mil (Becquerel y Rodier), lo que prueba la propiedad del riñón de acumularla y á la sangre de expulsarla. Además, Duchek ha encontrado siempre cantidades superiores á la normal en la orina de los fabricantes.

Debe notarse, además, que, según Mialhe, el cloruro de sodio disminuye en la sangre en las enfermedades en general, siendo en las enfermedades agudas, término medio, 2.3 á 2.5 por mil. En las plegmarias es, término medio, un poco menor todavía, según Becquerel. De modo, pues, que mientras el cloruro de sodio disminuye en la sangre, la sal amoniaco aumenta en la orina. El cloruro de sodio no sólo disminuye en la sangre, según Neubauer, sino también en la orina, pues en las fiebres agudas se hace hasta cien veces inferior á la normal. Cuando la metamorfósis orgánica aumenta, el cloro aumenta en la orina; así, de noche es treinta y ocho centésimos y en la mañana de cuarenta y ocho centésimos por mil, según Hegar; pero si el individuo se lo pasa la mayor parte de la noche trabajando, la cantidad de la noche supera á la de la mañana.

En ningún caso el trabajo acelera tanto la destrucción orgánica, como lo hacen las enfermedades febriles, y sin

embargo, la sal, en lugar de subir, baja casi á cero. La dieta se ha alegado como causa, pero ¿por qué la sal aumenta en la orina con la baja de la fiebre, á pesar de la dieta, hasta hacerse superior á la normal? Se alega la diminución de la orina; pero con una diminución de la mitad, poco más ó menos, no se puede explicar una diminución tan enorme como es la que en las fiebres sufre la orina. La causa es otra: es que el cloruro de sodio tiene otro empleo en las afecciones febriles, es que el cloruro sale por las otras secreciones de los enfermos; por ejemplo, los vómitos de los coléricos contienen hasta 6.75 por mil y sus deposiciones hasta 7.8, según Becquerel. Según Goldin Bird, las secreciones verdes de los niños contienen 5.5 de la misma sal. Esto mismo vemos en los derrames interiores, por ejemplo, en el líquido del hidrocéfalo agudo y en el de la ascitis, en donde puede encontrarse hasta ocho por mil. Según Nase, el serum del pus contiene 12.6, mientras la sangre contiene 4.6 por mil. Si á esto agregamos las secrecio nes mucosa y sebácea, que, como hemos dicbo, contienen á lo menos cinco por mil, llegaremos á comprender el empleo que tiene el cloruro de sodio en las enfermedades y la causa de su diminución en la orina.

Es curioso observar que secreciones del tubo digestivo que al estado fisiológico no alcanzan á contener dos por mil de sal marina, al estado patológico contienen una proporción mayor á pesar de ser la proporción contenida en la sangre, menor. La razón es la siguiente: la secreción mucosa contiene mucha sal fija en su mucina, de manera que en todos los casos de secreciones mucosas exageradas la proporción de sal debe crecer. Las sustancias albuminosas, para su filtración ó liquidación necesi-

tan una más fuerte aún y por este motivo al pus y líquidos derramados acompaña una fuerte dosis de sal marina. Si esta es la razón química fisiológica del fenómeno, la razón utilitaria ¿cuál sería? No se puede negar, según el aumento del calor orgánico que se nota en las fiebres, según el aumento de ácido carbónico, de úrea, etc., y de diminución de peso del enfermo, que en las fiebres se hace una destrucción orgánica exagerada. Si en las fiebres sin localización no podemos fijar el lugar de origen de los materiales en destrucción en los casos de las inflamaciones, es innegable que su foco es el órgano inflamado.

Esto es muy fácil probarlo. En toda inflamación vemos subir el calor, afluir los líquidos al lugar irritado; la mayor circulación unida á la mayor producción de calor local prueban que la vida del órgano afectado, es decir, su combustión vital, se exalta. Tenemos, pues, por conclusión que las inflamaciones orgánicas son procesos destructivos que se hacen en presencia de una fuerte dosis de sal marina. Las fiebres catarrales difieren de las inflamaciones porque el proceso destructivo en lugar de pasar en el seno de un órgano pasa en una superficie mucosa. Otro hecho digno de notarse es el siguiente: la reacción del estómago es ácido lo mismo que la del sudor y á veces la de la saliva; pero si la secreción sudorífera se exagera, ó aumenta, la secreción mucosa de la boca y del estómago, entonces la reacción cambia y el organismo entero se hace alcalino. Parece, pues, que los alcalinos unidos á los cloruros son los reactivos que la economía opone á las causas patológicas.

Pero volvamos á nuestro trabajo y sigamos con los otros cloruros de potasio y amoniaco. En la leche de

mujer, según Plaff y Schwartz, el cloruro de potasio existe en la proporción de tres décimos por mil, y cuatro décimos, según Filhol y Joly; en la sangre, quinientos cuarenta y seis milésimos; en la orina, sólo vestigios; y en el sudor, veinticuatro centésimos. En las heces, el cloruro de potasio no figura, pero sí en proporción de 2.6 por mil en el producto de secreción de los purgantes laxativos. En las secreciones del estómago, de la saliva, del páncreas, figura por el tercio del cloruro de sodio. En los líquidos intra-orgánicos, la proporción del cloruro de potasio es el tercio, ó la mitad de la del cloruro de sodio. De esta exposición podemos concluir que el cloruro de potasio pasa de la sangre en el sudor en dosis débiles, por la orina tiende aún menos á salir, por las secreciones intestinales no sale al estado normal, pero por la acción de purgantes sale á fuerte dosis.

Las secreciones que se hacen hacia el estómago, boca y líquidos interiores parecen accidentales, por ser menores que la de la sange. La expulsión del cloruro de potasia en exceso se haría principalmente por evacuación. En cuanto al cloruro de sodio, su eliminación es universal; por la orina se han encontrado hasta cuarenta gramos, en experiencias en que se consumió mucha sal. En cuanto al clorhidrato de amoniaco, se le ve aparecer en proporciones de un gramo cincuenta centígramos á dos gramos cincuenta centígramos en mil de orina sin que exista en dosis apreciable en la sangre. Se ve este mismo compuesto en ciertos líquidos patológicos de las mucosas y serosas, y es sin duda un principio extraño al organismo humano por el que atraviesa por su ingestión accidental ó por su formación secundaria de la descomposición de otras sales. El cloruro de potasio, como las

otras sales de potasa de la sangre, está unido á los glóbulos sanguíneos, y las de soda se encuentran en las dos partes: los glóbulos y el sérum.

Volvamos á la úrea. Hemos dicho que la úrea es producida por la oseína que forma la armazón conjuntiva de todos los órganos del cuerpo humano, que, llevada por el sistema linfático á la sangre, es expulsada de ahí por los riñones. Prueba el papel de absorción de los linfáticos el hecho de encontrarse la úrea, en éstos, en una propórción inferior á la que se encuentra en la sangre, según Wurtz. Los riñones no expulsan toda la úrea que pasa por ellos, pues, según Ricard, mientras la sangre de la arteria renal contiene cuatro centésimos de úrea, en la vena renal habría sólo dos centésimos.

Si la úrea llega al estómago y encuentra el fermento que le transforma en carbonato de amoniaco, ¿qué sucederá? Hemos hablado de la úrea en un estado de úrea, pero eso no es lo más común, pues, según experiencias de Claudio Bernard, se han encontrado siempre sales amoniacales en los líquidos intestinales de animales, cuyos riñones se habían sustraído, y la úrea no existía en la sangre sino en el caso de que el animal pronto á expirar no tuviera secreciones intestinales, en cuyo caso efectivamente se acumulaba la úrea en la sangre. El mismo Bernard cree que la transformación que ha encontrado de la úrea en el intestino es el resultado de una fermentación accidental, y la prueba de que es así es que ha sido encontrada en estado normal en la bilis y líquidos vomitados.

Si la úrea se transforma en sales amoniacales, ¿cuáles serán estas sales en la orina, y en qué condiciones se formarán? Si el estómago tiene su líquido acidulado por el

ácido clorhídrico, es claro que será sal amoniaco la formada y ácido carbónico. Si el ácido clorhídrico falta, puede ser otro de los ácidos que se desarrollan en el estómago por fermentaciones alimenticias ó que se introducen en él, es decir, el láctico, el acético y el butírico. Si se trata de los introducidos, pueden ser muy variados, pero en general los de las frutas, es decir, tártrico, málico, cítrico, oxálico etc. Si estos ácidos no existen, la sal amoniacal puede ser fosfato de cal amoniacal y sulfhridrato de amoniaco, y por fin el carbonato mismo de amoniaco. Si la fermentación amoniacal es débil y tiene lugar en una persona que por tomar alimentos abundantes y encontrarse en buena salud, secreta bastante jugo gástrico provisto de ácido clorhídrico, entonces tenemos todo el amoniaco producido en el estómago transformado en sal amoniaco. El hecho es tan cierto que la sal amoniaco figura como principio normal del jugo gástrico, 3.6 por mil (Blondlot) y cuatro décimos según Schmidt.

De nuestras observaciones resulta que la sal amoniaco en exceso en la sangre produce un gusto picante en la boca, romadizo y catarro traqueal y laríngeo. Si la dosis en la sangre se hace fuerte, se siente el enfermo afiebrado y con ganas de tomar frutas. Si se ensaya la orina por la potasa cáustica, se ve desprenderse una fuerte dosis de amoniaco. Esto sucede al principio del romadizo y catarro producidos por la sal amoniaco. Si se cambia de régimen alimenticio y se toma frutas y alimentos vegetales, la orina, que era encendida, se hace más pálida y turbia, y por la potasa cáustica desprende amoniaco en menor cantidad. La turbieza de la orina depende del urato de soda en suspensión y de los corpúsculos mucosos, y de los cristales de fosfato amoniaco

magnesiano en pequeña cantidad. La reacción de la orina sigue ligeramente ácida. Se toma una dosis de seis gramos de crémor tártaro y la reacción de la orina sigue ácida. Sin embargo, se notan los fenómenos siguientes: la comida alivia por de pronto, pero algunas horas después el romadizo y catarro crecen, la cabeza duele en la nuca y la frente y da sensación de desvanecimiento, se siente fatiga al estómago, producción de líquido aún por la mañana; en las personas delicadas hay vómitos líquidos verdosos, de gusto salino picante, á veces amargoso, flemonoso ó ácido por efecto de la fermentación láctica de los alimentos y de la expulsión de flemas gástricas y de bílis. Se nota un alivio con las sustancias aromáticas, con los alcalinos, los vómitos y diarrea.

Este último alivio es fácil de explicar si se considera que se arrojan así las masas en fermentación. Los alcalinos y las sales ácidas que se transforman en la sangre en alcalinos, parece que estorban la fermentación alcalizando el contenido del tubo digestivo. Los aromáticos, como la manzanilla, canela, cedrón, torongil, hojas de eucaliptus, estorban manifiestamente la fermentación. La irritación que produce la fermentación en el estómago y tubo digestivo y la cefatalgia que la acompaña, turba el sueño é impide los trabajos intelectuales, pero en sus remisiones en que la orina se hace mas clara, viene somnolencia.

La fermentación ácida acompaña y ayuda á la fermentación alcalina. La ácida precede y produce la sensación de frío; y la amoniacal, una sensación de calor y en seguida fiebre. La fermentación es láctica, sobre todo, pues es el ácido que predomina en los vómitos, la orina y los sudores. Los caracteres del ácido láctico son difíciles de

reconocer, de modo que mis experiencias han sido poco numerosas, pero su carácter de ser un ácido orgánico fuerte, inodoro, etc., me lo ha hecho encontrar por vía de exclusión. La fermentación láctica no marcha á parejas con la alcalina, pero la precede y la favorece. Si la fermentación alcalina se hace muy fuerte, tenemos la fiebre gastro-entérica, de la que ha habido casos violentos.

¿Cuál es el fermento que nos produce estos trastornos? ¿De dónde nos vienen? Según mis observaciones, la fuente sería el agua potable. Á la fecha, en Quillota todas las aguas potables, y en especial la de pozos, las he encontrado ricas en hongos, cuya forma dominante es la de *micelium* compuestos de hilos blancos hialinos entrelazados con finísimos pelos radicales, y entre ellos zigasporos ó corpúsculos negruscos. De estos micelium se elevan tallos rectos semejantes á fibras de algodón que llevan en su vértice un esporangio redondo que contiene numerosas esporas ovaladas. Serían, según esto, mucorídeas, aunque necesito prolongar mis observaciones para afirmarlo. Además, se ven células globulares, ovaladas, moniliformes, de figura arriñonada y granulaciones puntiformes.

En este cúmulo de gérmenes orgánicos, lo que yo no sabría decir es cuáles son los que producen fermentaciones en el tubo intestinal y qué importancia patológica tiene cada una de estas fermentaciones. Pero, en fin, un hecho puedo asegurar, y es que el agua es un agente mucho más poderoso que el aire para transmitirnos sus agentes de fermentaciones, y he aquí por qué: estas plantas se propagan de dos maneras, por semillas ó esporos y por yemas ó tallos ó sea zigosporos. Como en las plantas

grandes el desarrollo por brotes es más ligero y menos delicado, por este motivo los gérmenes que, llevados por el aire no producirían fermentaciones en nosotros, sea porque las condiciones de su desarrollo no le son enteramente favorables, sea porque durante su desarrollo se producen cambios en nuestras secreciones ó en el contenido de nuestro tubo digestivo que destroza su vida, llevados por el agua pueden producir terribles fermentaciones.

Esto, que podía concluirse de lo que se observa en todo el reino orgánico, es también lo que experiencias directas han probado á todos los observadores. Por ejemplo, en un tonel que haya estado seco la fermentación alcohólica es más lenta que en uno que contenga un resto de líquido en fermentación. El agua, pues, si no ofrece una transparencia perfecta cuando se la mira en un vaso de cristal contra la luz del día, no debe tomarse sin haberla hecho hervir previamente. Esta precaución, siempre útil, no debe olvidarse cuando el agua es de pozo, si hay fiebres gastro-entéricas y tíficas, ó epidemias catarrales complicadas de vómitos, meteorismo y acidez de estómago. Si esto puedo afirmar á la fecha, según mis observaciones, es muy probable que su influencia aparezca más extensa si se hace un estudio lato del problema.

Otro hecho digno de tomarse en cuenta es el siguiente: los infusorios animales y vegetales encontrados en la orina humana son muy análogos á los encontrados en el tubo digestivo, y las fermentaciones que se observan en ambos lugares son muy análogas. Por ejemplo, si la úrea se transforma en carbonato de amoniaco en la orina abandonada al aire y en los casos patológicos aún en las vías urinarias, esa misma úrea secretada por el tubo digestivo

se transforma igualmente en carbonato de amoniaco cuando se extirpan los riñones. En la orina vemos la fermentación ácida preceder á la alcalina y en el tubo digestivo se observa la misma cosa.

Es cierto que la multiplicidad de los fermentos y la imperfección de la química animal puede hacer temer que nuestros esfuerzos sean incapaces de descifrar las modificaciones que pueden imprimir en nuestra salud. El alcance que podría darse á esta observación se atenúa por las consideraciones siguientes: aunque los fermentos son distintos, sin embargo, hay analogías entre ellos, entre sus productos y en los trastornos que en nosotros producen. Por ejemplo, la leche de los distintos mamíferos no es igual, pero sí semejante; la orina de los distintos vertebrados es desigual, pero semejante; y esta misma analogía se encuentra en las enfermedades que su retención produce en cada especie. De modo, pues, que si no podemos llegar á un resultado matemático, al menos pedemos aproximarnos á la verdad.

La fermentación de la úrea que la transforma en el tubo digestivo en sales amoniacales, no puede ponerse en duda en los casos de extirpación de los riñones, pues las experiencias de Claudio Bernard son precisas y terminantes. La misma fermentación en las vías urinarias en ciertos catarros vesicales de la orina, que infiltra los tejidos en las roturas de las vías urinarias con acceso del aire y en ciertos casos de insuficencia de los riñones con lesiones orgánicas profundas, es admitida por todos los médicos. La úrea pasa en ciertos casos al tubo digestivo y por cada vía de fermentación se transforma en sales amoniacales. La úrea se encuentra, según Lonhet, normalmente en la secreción gástrica y si la proporción de

los principios secretados por las secreciones crece con la riqueza en esos mismos principios que tiene la sangre, no se puede poner en duda que la secreción gástrica será tanto más rica en úrea cuanto más rica lo sea la sangre. Si en el estado normal la úrea está representada en la orina por treinta gramos, en la fiebre lo está por sesenta y ochenta gramos, y con el régimen animal sube lo mismo, para bajar con la dieta á la mitad de la suma normal.

De esto debemos concluir que en las fermentaciones amoniacales del tubo digestivo, tenemos una ventaja positiva en quitar los alimentos azoados y dar las grasas y farináceas, como el arroz, el chuño y los caldos simples. Debemos además concluir qne las circunstancias propicias para las fermentaciones amoniacales del intestino no son sólo las enfermedades de los riñones, sino aún las fiebres y el régimen animal gelatinoso. Hay aún más, la diminución de la orina y la falta de secreción de la sal marina hacen, sin duda, insuficiente la excresión de la úrea, á pesar de estar aumentada, es decir, el acrecimiento en la sangre mayor que en la orina. Se objetará á esto que los análisis de la sangre de los enfermos de fiebre no lo ha probado; pero si es cierto, lo es por dos razones: por falta de análisis exactos y porque el exceso no se hace sentir por el aumento correlativo de otros productos menos oxidados, como, por ejemplo, el ácido úrico ó por su trasformación en sales amoniacales. Y todavía las sales amoniacales pueden producirse en el tubo digestivo á expensas de otros cuerpos, y he aquí cómo. Nuestro alimento contiene en la carne y el caldo gelatina ó glicocola. Pues bien, la gelatina, según hemos dicho, es disuelta por los ácidos y por los fermentos; se

acidifica y se transforma en carbonato de amoniaco, $C^6 H^{10} Az^2 O^2 = C^3 H^6 O^3 + (Az H^3)$. Para que esta ecuación se produzca, se necesita la fijación de H^2O, es decir, de un equivalente de agua. Así, pues, el fermento alcalino obrando sobre $C^6 H^{10} Az^2 O^2$, es decir, sobre la gelatina, lo hidrata ó le fija un equivalente de agua H^2O y por este motivo lo desdobla en $C^3 H^6 O^3$, es decir, ácido láctico y 2 $(Az H^3)$, es decir, amoniaco.

Si la reacción ácida del licor favorece la acción del fermento, es por dos razones: porque el amoniaco libre destruye el fermento, y segundo, porque, libre, impide su producción, y la razón es la siguiente: la vida del fermento consume energía química, y tiende, por eso, á desdoblar las sustancias orgánicas complejas para aprovechar la energía que se desarrolla por la satisfacción más completa de las energías químicas. Por esta razón los productos que resultan de las fermentaciones deben ser combinaciones más estables que las que se destruyen, y es de necesidad satisfacer la energía química del amoniaco, porque si no se le presentase una atracción mayor que la que tenía en el compuesto en que estaba, no lo abandonaría. El ácido, es, pues, necesario á la fermentación amoniacal de la gelatina. Con cierto ácido libre, el fermento amoniacal puede transformar mucha gelatina en amoniaco, porque sus dos productos, ácido láctico y amoniaco, forman una sal neutra.

Este ácido es el ácido láctico del cuerpo humano, que difiere del que procede de la fermentación ácida del azúcar, nó por su composición, sino por varios caracteres que lo han hecho llamar ácido sarcoláctico. El ácido láctico puede venir de la fermentación de las sustancias sacarinas, contenidas en la fermentación. La fermenta-

ción láctica exige la existencia de un álcali libre, como la creta ó el carbonato de soda, para que el ácido láctico, puesto en libertad por el fermento, se combine con ella, pues si así no fuese, el mismo ácido libre impediría el progreso de la fermentación. De las sustancias que fermentan lácticamente, sólo el azúcar desarrolla el ácido carbónico del carbonato alcalino que descomponga el ácido láctico. El ácido málico desprende el mismo ácido carbónico, y la malita, hidrógeno.

Tenemos, por consiguiente, que si el estómago está ácido de más, se facilita el desarrollo de la fermentación amoniacal y sarcoláctica, y si de menos, las sustancias sacarinas se transforman en lactatos. En el estado de salud, estas fermentaciones no tienen lugar, porque, á medida que la glucosa se produce en el estómago, bajo la influencia de la saliva, se absorbe; la hidratación de la carne y la disolución de la gelatina marcha á parejas con su absorción; pero en el estado patológico, la cosa es distinta, pues los fermentos introducidos en el estómago encuentran glucosa que la saliva ha producido, pero que no se absorbe por la secreción alcalina, que produce el catarro estomacal; la masa indigestada fermenta lácticamente y entonces el contenido láctico obra sobre la carne, cuya gelatina disuelve, y si no se absorbe, fermenta á su turno, dando ácido sarcoláctico y amoniaco.

De modo, pues, que el exceso de alimentos es causa de dispepsia, por falta de absorción de la glucosa ó por falta de absorción de la gelatina. Este mismo resultado puede obtenerse por exceso ó falta de los agentes digestivos y por obstáculos mecánicos á la circulación abdominal.

Dr. Erasmo Rodríguez

(Concluirá)

EN SU ALBUM

I

DOS SOLES EN UN CIELO

Radiante el sol en la celeste altura,
esparce en torno universal bonanza:
por él revuela el avecilla mansa
y surca el pez la cristalina hondura.

Al grato influjo de su lumbre pura
todo es paz, alegría y bienandanza:
ostentando ya el fruto en esperanza
verdeguea la mies en la llanura.

Vuelve á nosotros con su eterno giro
por darnos vida en su perenne anhelo:
¡espectáculo hermoso! Pero admiro

otro más bello aún en nuestro suelo:
tu rostro angelical, por que suspiro,
muestra dos soles en un mismo cielo!

II

Constancia

¡Ah! vuelve, vuelve á mí los dulces ojos,
por que son mi consuelo y alegría:
como á la noche el resplandor del día,
si me miras, alejan mis enojos.

Oiga el acento de tus labios rojos
para mí cual celeste melodía,
y extasïado entonce á su armonía,
no sentiré del mundo los abrojos.

De tu boca de rosa una palabra
resurgirá mi espíritu á la vida
y hará que un cielo para mí se abra.

Espero verte, Sol, compadecida
del infortunio mío, porque labra
la gota al fin la peña endurecida!

Luis A. Luco y Valdés

1886

ÍNDICE DEL TOMO XII

Número 89.—1.° DE ABRIL DE 1888.—*Dr. Erasmo Rodríguez.*—Sistema físico-químico del mundo, pág. 5.

Bruno Larraín Barra.—Las dos novias, pág. 32.

Enrique Nercasseau y Morán.—La migración de las fábulas, página 45.

Narciso Tondreau.—En la Escuela de Medicina (poesía), página 70.

Rafael Jover.—Instrucción para la lectura y corrección de pruebas de imprenta, pág. 72.

Número 90.—15 DE ABRIL DE 1888.—*Dr. Erasmo Rodríguez.*—Sistema físico-químico del mundo (conclusión), pág. 81.

Luis Covarrubias.—La fundación del teatro nacional, pág. 94.

Rafael Jover.—Instrucción para la lectura y corrección de pruebas de imprenta (continuación), pág. 107.

Luis Orrego Luco.—La estatua, pág. 118.

Kefas.—¡Silencio! (poesía), pág. 129.

Miguel Luis Amunátegui.—Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense (continuación), pág. 132.

Número 91.—1.° DE MAYO DE 1888.—*Dr. L. Darapsky.*—La lengua araucana, pág. 153.

Kefas.—Aspiraciones (poesía), pág. 186.

Rafael Jover.—Instrucción para la lectura y corrección de las pruebas de imprenta (continuación), pág. 187.

Luis A. Lucos y Valdés.—En el álbum de doña Sol (poesía), página 198.

Luis Covarrubias.—Revista Literaria («Don José Joaquín de Mora»), pág. 199.

Joaquín Echenique Gandarillas.—Conformidad de la física y la química con la filosofía escolástica, pág. 208.

Enrique del Solar.—Ola que gimes... (poesía), pág. 237.

J. V. Ochoa (boliviano).—El minero (poesía), pág 239.

Número 92.—15 DE MAYO DE 1888.—*Dr. Erasmo Rodríguez.*—La vida, pág. 241.

Rafael Jover.—Instrucción para la lectura y corrección de pruebas de imprenta (continuación), pág. 267.

Antonio Espiñeira.—Lo que no tiene sanción, drama en tres actos y en verso (acto primero), pág. 279.

Joaquín Echenique Gandarillas.—Conformidad de la física y la química con la filosofía escolástica (continuación), pág. 313.

Número 93.—1.° DE JUNIO DE 1888.—*Joaquín Echenique Gandarillas.*—Conformidad de la física y la química con la filosofía escolástica (continuación), pág. 321.

Rubén Darío.—La literatura en Centro-América, pág. 340.

Rafael Jover.—Instrucción para la lectura y corrección de las pruebas de imprenta (continuación), pág. 353.

Antonio Espiñeira.—Lo que no tiene sanción, drama en tres actos y en verso (acto segundo), pág. 363.

Miguel Luis Amunátegui.—Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense (continuación), pág. 404.

Número 94.—15 DE JUNIO DE 1888.—*Antonio Espiñeira.*—Lo que no tiene sanción, drama en tres actos y en verso (conclusión), pág. 409.

Rafael Jover.—Instrucción para la lectura y corrección de las pruebas de imprenta (conclusión), pág. 429.

Ruben Darío.—Gœthe y la segunda parte del *Fausto*, pág. 442.

Juan de Dios Peza (mejicano).—En vela (poesía), pág. 452.

Joaquín Echenique Gandarillas.—Conformidad de la física y la química con la filosofía escolástica (continuación), pág. 457.

Enrique del Solar.—Hojas sueltas (poesía), pág. 477.

La Redacción.—Revista literaria ("Haroldo", poema de la señora Amelia Solar de Claro), pág. 479.

Miguel Luis Amunátegui.—Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense (continuación), pág. 484.

Número 95.—1.° DE JULIO DE 1888.—*Pedro N. Cruz.*—El Rábula y los campesinos (juguete cómico en un acto), pág. 489.

Joaquín Echenique Gandarillas.—Conformidad de la física y la química con la filosofía escolástica (continuación), pág. 514.

La Redacción.—Crónica política, pág. 543.

Luis Covarrubias.—Revista literaria ("El rigor de la Corneta", de Arturo Givovich), pág. 551.

Miguel Luis Amunátegui.—Apuntaciones sobre algunas palabras usadas en Chile, especialmente en el lenguaje legal y forense (continuación), pág. 559.

Número 96.—15 DE JULIO DE 1888.—*Luis Orrego Luco.*—Retrato de mujer, pág. 569.

Rubén Darío.—La literatura en Centro-América (conclusión), página 593.

Ramón Ricardo Rozas.—Para la historia (don Felipe Pardo y Aliaga), pág. 605.

Dr. Erasmo Rodríguez.—La úrea y sus efectos en el organismo, página, 618.

Luis A. Luco y Valdés.—En su álbum (sonetos), pág. 644.